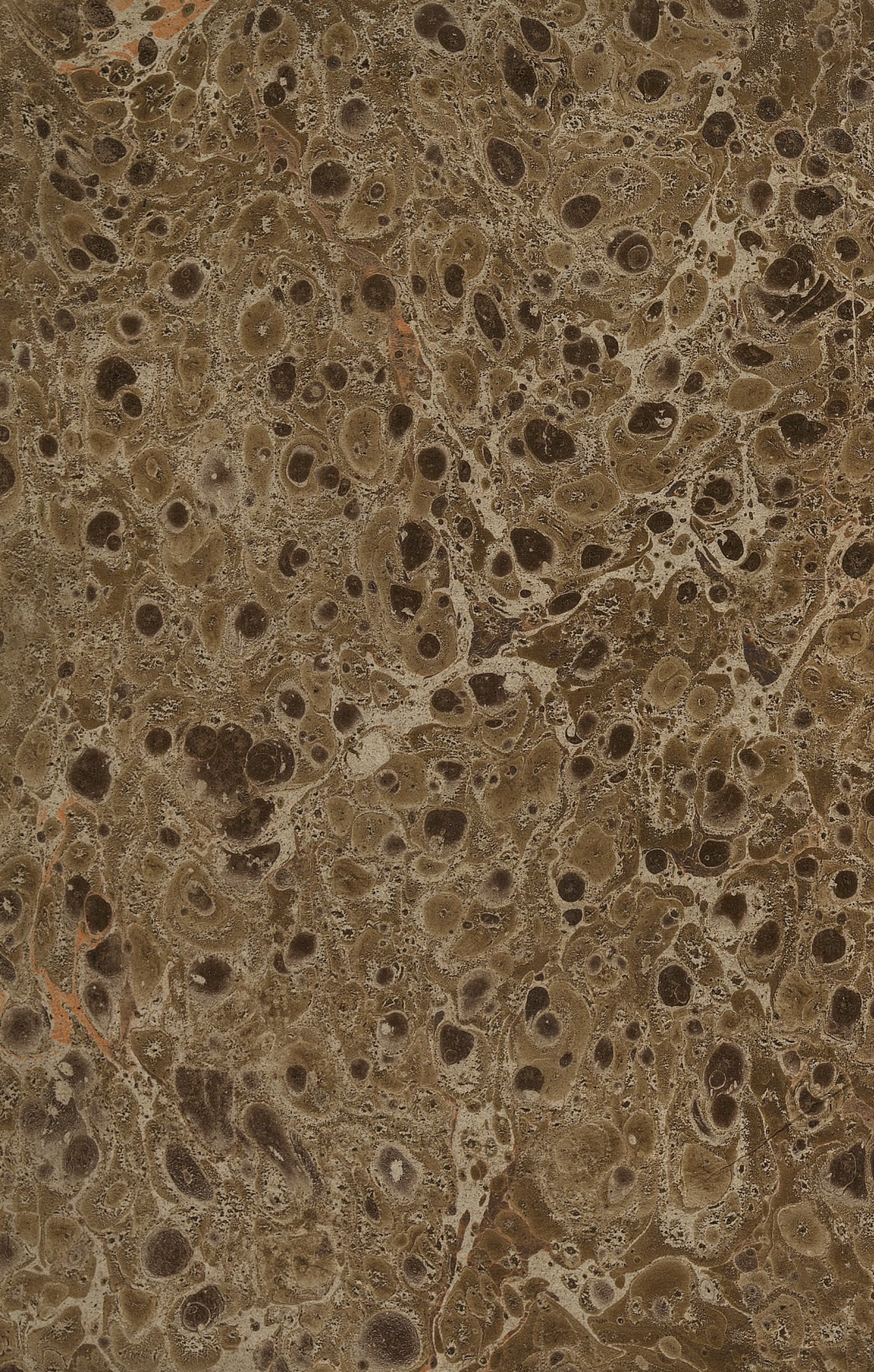


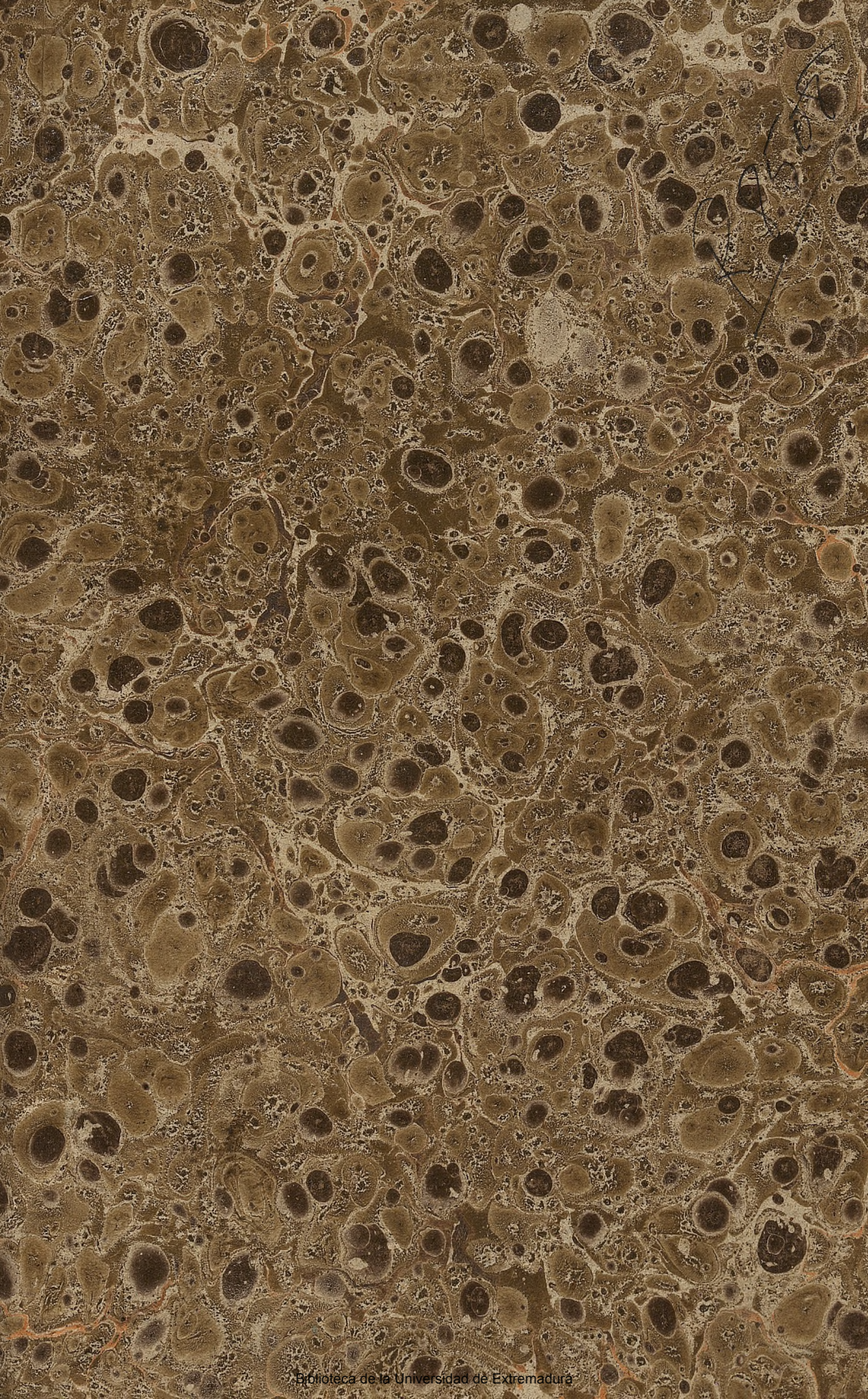
LA HUÉRFANA
DE BRUSELAS

D. C!

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-966





82.34

TS-966

TS-966

VEL
huc

JESUS GRACIA: EDITOR.

R 8328

LA HUÉRFANA DE BRUSELAS.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

.....//qui viderit illas,
de lácrimis factas sentiat' esse meis//
(OVIDIO. *Eleg. I.*)



CÁDIZ.

LA PUBLICIDAD:

S. JOSÉ, N. 4.

MADRID.

DON EMILIO FONT:

RELATORES 14.

HABANA.

DON JUAN ANTONIO GRACIA

CALLE DE AGUIAR N. 26



REVISTA MÉRICA

LA MÉRICA

REVISTA

REVISTA ORIGINAL

DE

D. JOSÉ VILLANUEVA Y SAZONIA

Es propiedad de su editor.



MADRID

DON EMILIO FORT

RETA...

CADIZ

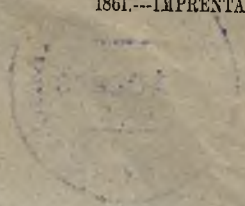
LA BUC...

D. JOSÉ N. S.

HABANA

IMPRESION DE LA REVISTA ORIGINAL

1861.--IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA, CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.



AL SEÑOR

D. ANTONIO FERNANDO GARCÍA.

Las dedicatorias de los libros antiguos colocaban al autor y al parto de su ingenio bajo la protectora egida de un personaje ilustre. Hoy se reducen á dar testimonio de respeto desinteresado y amistad sincera. Antes provocaban el patronato poderoso del nacimiento y la fortuna. Ahora se consagran á la expansion de afectos dulces. Por eso el nombre de V. aparece en esta página, reservada á tan plácido objeto. Si acertara yo á comunicar á mi *huérfana* el interés que despertaron en su tiempo las Virginius, Clarisas, Atalas, Corinas y Esmeraldas, además del legítimo orgullo de los Saint-Pierre, Richardson, Chateaubriand, Staël y Victor Hugo, tendría un motivo de bendecir mi buena estrella. En este caso la fama de la obra extendiera á mayor círculo la manifestacion de los sentimientos de gratitud y cariñosa lealtad, que tanto merece V. y que tan acendradamente le profesa

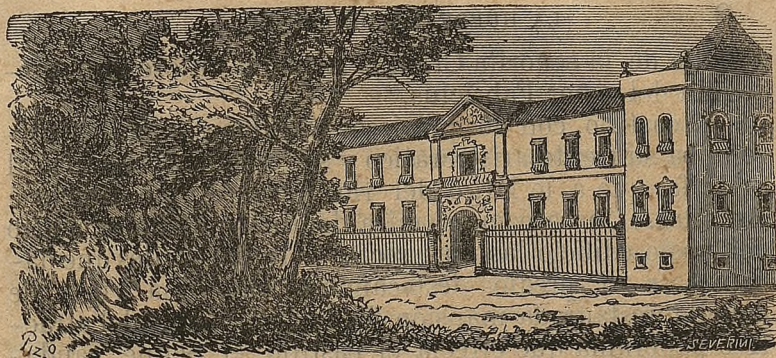
EL AUTOR.

A. L. S. N. O. I. S.

D. ANTONIO FERNANDO GARCIA

Las deliberaciones de las Cortes de España, celebradas en el año de 1808, en virtud de las cuales se acordó la formación de un Congreso general de España, para el arreglo de los negocios de este Reino, y el establecimiento de un sistema de gobierno, que fuese conforme a las ideas de la Constitución de 1808, y a las necesidades de la Nación, en el momento de su reunión. Este Congreso se reunió en Cádiz, el día 24 de Septiembre de 1808, y se le dio el nombre de Cortes Extraordinarias de Cádiz. En virtud de las deliberaciones de este Congreso, se acordó la formación de un gobierno provisional, que se denominó Gobierno de Cádiz, y se le dio el nombre de Gobierno de España. Este Gobierno se reunió en Cádiz, el día 24 de Septiembre de 1808, y se le dio el nombre de Gobierno de España. Este Gobierno se reunió en Cádiz, el día 24 de Septiembre de 1808, y se le dio el nombre de Gobierno de España.

EL REY.



PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

ÁNGEL Y DEMONIO.

Declinaba la tarde. Las auras de la primavera recojian perfumes deliciosos en los amenos jardines y umbrías alamedas de *Chateau-fleurí*, quinta situada á tiro de cañon de la famosa ciudad de Bruselas, y embellecida á todo costo por el señor Fabricius, anciano cambista retirado del comercio para descansar de sus fructíferas tareas en un verdadero palacio de hadas, cercano á la populosa y comercial metrópoli de los dominios belgas. Los jardines de tan suntuosa posesion tenian por limites de un lado la huerta, modelo de provechoso cultivo; una cerca de tapias almenadas, y un patio, conocido por el de la cisterna seca, donde estaban arreglados la leñera, el corral de la volatería, y una pajarera graciosísima de hechura de kiosko; alcázar y prision de canoras aves al cuidado

solicito de la señorita Cristina Armand, interesante protegida del señor Fabricius.

El castillo, con dos preciosos pabellones laterales, presentaba su frente aristocrático y sus esbeltas torrecillas al arrecife, que á lo largo del rio traza camino directo á Bruselas. Una espaciosa mira dominaba desde el centro del vasto edificio las vias rectas y transversales que daban paso al predio; destacándose como una vigía de aquella restaurada mansion feudal. Por fondo del atractivo panorama que ofrecia el castillo, el Senne caudaloso brindaba las sombras de los árboles espontáneos, y las masas de arbustos y mimbres que crecen en su margen al arrullo de sus limpias aguas. El escudo de la ilustre casa de Hartz habia cedido su puesto al caduceo de Mercurio y otros símbolos del comercio, la navegacion y la industria, mandados entallar por el opulento cambista, que en despique de ciertos ultrajes hacia gala de un insultante menosprecio hácia las razas nobles; jactándose de su origen hebraico y de las fatigas con que habia reunido su respetable capital en especulaciones fabriles y de giro; convirtiendo en pan las piedras, como solia decir con aire de orgullo. Se habian cegado los fosos y el puente levadizo desapareció, elevándose una pesada verja que resguardaba el frontis; dando á la finca cierto aire de fábrica, que hacia contraste singular con su arquitectura arrogante y sus nobiliarias pretensiones.

En el patio de la cisterna seca pasa una escena extraña. Cristina acaba de salir de la pajarera de arreglar los nidos con suaves y niveas pellas de algodón. Al pasar por la leñera la puerta se abre rechinando sus mohosos goznes, y un hombre de traza distinguida, pero de gesto ceñudo y de imponente presencia, se adelanta hácia la huérfana sobrecojida de espanto, y la cierra el paso con resuelto ademán.

—Dios mio! señor Wálter!... qué buscais aquí? exclamó la jóven aterrada.

—Tengo que hablaros, Cristina. Vengo decidido á

que me escucheis, poniendo fin á una situacion intolérable. Os retirais cuando me hago anunciar á vuestro bienhechor; evitais mi encuentro con una tenacidad que me humilla; no os tomais siquiera el trabajo de disimular la aversion que os inspiro....

—Señor Wálter, interrumpió Cristina sobreponiéndose difícilmente á su angustia; no puedo.... no debo oiros. Mi decóro y mi deber me lo vedan.

—Y sin embargo me oireis, contestó el sombrío personage con insistencia amenazadora.

—Ese language, caballero!....

—Es el de un hombre desesperado; que ama y se conoce aborrecido; que brinda su mano y su modesta fortuna á una mujer, que las repele como si encontrara en ellas la degradacion y la infamia; que no alcanza de vos ni las consideraciones mas triviales; que ahora vá á perder hasta el último residuo de esperanza, porque el Señor Jaime Fabricius tiene prometida vuestra fé.... No es verdad?

—Señor Wálter, replicó la encantadora doncella con un supremo esfuerzo de dignidad, esta escena es un escándalo. Vuestra conducta, vuestras palabras y vuestro abuso de una confianza inmerecida, son cosas que no tienen nombre.

—Sí le tienen, Cristina, repuso con irónica amargura Wálter: se llaman la desesperacion y los celos.

—No hé dado pábulo á vuestra inclinacion ciertamente.

—Harto lo sé, cruel hermosura.

—No reconozco el derecho que os abrogais. Adios señor.

—Oh! no dareis un paso mas, aunque me costara la vida, dijo el siniestro amante de la huérfana, acercándose á ella con tal audacia y exasperacion que retrocedió pálida y temblorosa.

—Caballero, balbuceó su labio, ahorradme la vergüenza de pedir socorro.

—Cristina, (respondió Wálter pugnando por enfrenar la escitacion violenta á que habia cedido el momento an-

terior), reflexionad que teneis en vuestras manos mi porvenir, mi felicidad, mi restauracion honrosa; hasta mi salvacion eterna. Pensad en que de vos depende que yo dé tregua á los extravíos de una borrascosa juventud; que me rehabilite en la opinion, renacido á la existencia laboriosa y honrada por la santidad de la familia; que brille en el foro, y me refugie al hogar, como á un oasis de inalterables goces; como á un manantial de fuerza para el espíritu, agotado por los estudios y los improbos afanes, y fortalecido por el amor mas noble y puro.

—Dios mio! exclamó desolada Cristina. ¿Quereis imponerme por ley vuestra inflexible voluntad? Yo agradezco vuestro cariño, Sr. Wálter, continuó ruborizada y confusa; le agradezco; pero no me es dado concederle otra recompensa que mi gratitud.

—Vuestra gratitud! repitió el impetuoso abogado con sarcástico acento.

—Soy una huérfana, amparada por el Sr. Franz Fabricius, prosiguió Cristina con una inflexion melancólica y dulce; sin mas proteccion que la del cielo y la suya; sin mas dote que mi honra y la educacion que me ha proporcionado su caritativo interés. Vos sois un hombre de posicion y clase; digno de un partido ventajoso; reuniendo á vuestra fortuna talento y relaciones. Me haceis el honor inesperado de pedirme para esposa al Sr. Fabricius, y rehusó tan lisonjera proposicion. Es que no pienso contraer vínculos que me asustan; porque solo creo que los sanciona una pasion, de que mi alma está libre todavía.

—No sois franca, señorita, replicó Wálter con brusca precision.

—Os digo la verdad, caballero; aunque no mereceis esta explicacion de mi proceder; porque nada os autoriza á exijirla ni á desecharla.

—No sois franca, repito. La calumnia ha sembrado de abrojos vuestro camino; motivando la declarada anti-patía que me habeis manifestado desde que formulé mis deseos al Sr. Fabricius.

—Os engañosais, señor. Mi resolución estaba tomada de antemano, y esas que llamais calumnias, en nada han influido en mi propósito.

—Personas indignas se han apresurado á informaros de mí con una exajeracion rencorosa. Si os hubieran dicho, Cristina, que mi carácter temerario, y mi espíritu rebelde al yugo de las conveniencias sociales, me habian arrastrado á trances, relaciones y compromisos, incompatibles con mi nacimiento, mis dotes, mi carrera y mis intereses, yo inclinaría la cabeza ante el severo fallo de mis extravíos, y os diría: «todo es verdad; pero rodeadme con el influjo de vuestro amor, y donde han execrado al libertino, al procaz y al hombre peligroso, hareis que admiren al restituido á sus deberes; que reconozcan al ciudadano útil; que respeten al caballero intachable.»

—Obrad así por vos mismo, dijo la huérfana con la entereza de los ánimos rectos. Reconciliaos con vuestra conciencia, y con el ayuda de Dios, y el impulso firme de vuestra voluntad, borraréis el rastro de una vida desarreglada; sin necesidad de un auxilio que no puedo prestaros.

—Pero no se han limitado á esto, agregó Wálter con una rábía sorda y preñada de hiel. Oh! Lo juraría por el alma de mi madre. Os han hablado de mi íntima amistad con el baron Hudley á quien presenté en los mejores círculos y tertulias de Bruselas; creyéndole un joven ilustre y pundonoroso. Jugó con naipes señalados; contrajo infinitas deudas; burló á familias respetables, y abandonó el campo. Algunos miserables me han supuesto su cómplice, y extienden mi difamacion, mientras me reciben con agasajo en sus reuniones.

—Nadie me ha referido esa historia, contestó la joven sin poder reprimir su repugnancia.

—Pero os habrán contado el desafío de Gante. Un oficial prusiano me insultó en cierto banquete de damas libres, por un pretendido desaire de su Aspasia. Salimos al terreno que llaman del honor. Jugué lealmente mi vida

contra la suya, y tuve la desgracia de matarle; huyendo el rigor de las leyes. Pues bien: mis encubiertos y encarnizados enemigos han ennegrecido horriblemente el suceso; publicando que en el duelo á florete llevaba yo una cota de seda bajo la camisa, y que se halló en el cuarto de la fonda del *Leon de oro* cuando la policía fué á buscarme el día después de mi fuga.

—Sr. Wálter, repuso Cristina afectada por la revelacion de aquellos misterios de una existencia tempestuosa, para tener tantos enemigos es fuerza haber causado mucho mal.

—No lo creais, señorita, objetó el abogado sonriendo con acerba contraccion: basta con herir á la envidia venenosa con algunas prendas; sobra con la imprudente facilidad de poner en relieve el ridículo que tanto abunda; no es preciso mas que ofrecer tras de esto algun blanco vulnerable, y los defectos se elevarán á crímenes por la maledicencia. Ah Cristina! (prosiguió Wálter con animacion creciente). Soy víctima de una conjuracion tenebrosa é implacable, que desprecié al principio, y que hoy me rodea como á Lacoonté la serpiente. Sostengo una acusacion de infanticidio, sustituyendo al ministerio de la ley, contra Luisa Desloyes, y se murmura que yo soy el seductor de la muchacha, y el padre de su hijo. Pierden su pleito los herederos de Hartz contra el Sr. Fabricius, y se me imputa haber vendido la causa de mis clientes al oro de vuestro protector. Pretendo vuestra mano, y al saber que se me niega, dicen que habeis sido informada por secreto aviso de pérdidas al juego que comprometen mi fortuna.

—Es falso, respondió Cristina; sé que corrian con respecto á vos rumores desfavorables; pero como católica de corazon, jamás condeno al que oigo acusar; nunca acepto malicias ajenas, y estoy libre de odios y preveniciones contra los heridos por la opinion, porque ni soy el juez de sus actos ni olvido que me han enseñado á orar diciendo: *no nos dejes caer en tentacion, mas libranos de mal, Padre de los hombres que estás en el Cielo.*

—Angel adorable! exclamó el osado pretendiente de la huérfana acercándose con vehemente emoción y devorando á la doncella con inflamados ojos. Dadme una esperanza remota; permitidme obrar para merecer un día que acepteis mis reverentes homenajes. Admitid mi arrepentimiento, Cristina, y trabajaré tanto por reconciliarme con la sociedad y hacerme digno de vuestra gracia, que concluireis por tener piedad de mis tormentos.

—Señor Walter, dijo severamente Cristina retrocediendo y retirando con púdica hosquedad la mano, de que el abogado enardecido trataba de apoderarse, es duro haberos de reiterar que nada puede existir de comun entre nosotros; que...

—Tened cuidado, Cristina, interrumpió Walter: estoy suspendido entre la gloria y el infierno y á vuestra entera merced. Será una aberracion de mi entendimiento, una perversión de mi voluntad; en buen hora; pero no es menos positivo que de vos depende mi suerte futura.. Un punto de esperanza y estoy salvado. Un desengaño irrecusable, y me pierdo y os arrastro en mi ruina

—Caballero, replicó la huérfana exasperada, no conozco en qué principio apoyais esa sumision de nuestra suerte á vuestro capricho despótico.

—Perdonad á un insensato, señorita, repuso Walter con hipócrita sumision y doblando una rodilla en actitud suplicante; yo os conjuro para que no veais en mis palabras mas que efectos de una pasion que me enloquece, y que podria sernos fatal si continuáseis privándola de expansion y cerrándola inexorable los horizontes de la esperanza.

El último rayo del astro del día iluminó con resplandor tibio y moribundo aquel cuadro. Cristina miró con inquietud al cielo, que rafagueaba de tintas de ópalo y amatista el fulgor postrero del astro-rey, y las sombras de la noche corriendo los pliegues de su negro manto. La huérfana se estremeció al considerarse sola en el de-



partamento mas aislado del castillo en compañía de un hombre, tan emprendedor como desalmado, y espuesta á una violencia ó á un intento criminal por parte de aquella criatura, envilecida por vicios degradantes y ofuscada por una pasion impetuosa.

Cristina contuvo sus zozobras, y con el eco mas sereno y melodioso de su persuasiva voz dijo á Wálter, que permanecia arodillado y las manos juntas en ademán humilde y deprecatorio:

—No abuseis de mi condescendencia, caballero. Es tarde, y el señor Fabricius me espera como de costumbre para su colacion. Repito que agradezco vuestro interés. Levantaos, señor; yo os lo suplico; no me deis causa para que evite vuestra presencia como la de un enemigo de mi reposo.

—Dispensad á un importuno, respondió Wálter levantándose é insistiendo en su aparente resignacion; pero me han asegurado que el señor Jaime Fabricius merecia lo que yo solicité en valde; sostenidas calorosamente sus pretensiones por el señor Franz, su tio y socio, y aceptadas por vos como un medio de pagar la proteccion del viejo cambista.

—El Sr. Franz nada me ha insinuado sobre ese punto, contestó la huérfana con la ingenuidad de las almas elevadas. Es natural que me proponga el partido como un asunto de mi sola incumbencia, y cuya resolucion deje á mi arbitrio, cual sucedió con vuestra pretension, caballero.

—Una palabra todavía, y perdonad mi audacia, exclamó Wálter con viva ansiedad y frunciendo las cejas en un torvo gesto. Si el Sr. Franz invoca esta vez sus derechos á vuestra gratitud; si en apoyo del Sr. Jaime interpone su influencia con empeño formal; si os llega á mandar, Cristina, que seais la esposa de ese vulgar y obtuso negociante....

—No creo que ese caso llegue; pero si tal sucediera por desgracia....

—Oh, Cristina! se apresuró á suplicar el temible ena-

morado de la vírjen, juradme.... no, prometdme, amor mio, no consentir en haceros la mujer de ese hombre.

—Señor Wálter; (declaró la joven hermosura con arranque sublime de generosa abnegacion filial) el Sr. Fabricius me ha colmado de favores; ha sido el valedor de mi orfandad desamparada; le debo educacion, cuidados paternales, y un patrocinio desinteresado y pródigo. Cueste lo que costare á mis inclinaciones y deseos, si habla será escuchado con religiosa veneracion: si manda será puntualmente obedecido.

—Eso necesitaba oir de tus lábios, criatura desapiadada, rugió el fatídico perseguidor de Cristina con la desesperacion de Satanás, expulso de las regiones celestiales. Tú acabas de resolver tu perdicion y la mia; porque.... óyeme bien; seré tu sombra desde hoy; tu perenne enemigo; un verdugo sin entrañas. No has querido ser el ángel de mi redencion, y yo me constituyo en el demonio que se posesione de tí. Serás mia por la fuerza; por el crimen; por una catástrofe horrenda; mia sin remedio, y para acompañarme á rodar por el abismo que abriré á nuestras plantas.

—Dios mio! murmuró Cristina, presa del terror y sintiendo flaquear sus fuerzas. ¿Permitireis que se consume esa obra impía y malvada?

—Créeme, Cristina, añadió Wálter con una calma aun mas arredradora que el furor antecedente, es un instinto de mi corazon agorero, un presentimiento fiel. Un lazo santo ó un vínculo maldito debian unir nuestros seres. Dios sabe que hé buscado la senda del bien para llegar hasta tí; pero tú has obstruido ese camino, que yo emprendia con el ánimo impregnado de fé, y abierto á la esperanza como una flor al rocío que la vivifica. Cúmplanse nuestros hados, y llegue el turno de la fatalidad. Triunfe el infierno, y bebamos en union reprobada la copa del infortunio, hasta apurar la última gota de su veneno.

—Caballero, respondió lo huérfana, recobrando el valor de la dignidad ofendida, cierra la noche: os hé oido

demasiado: esta escena es una villanía de vuestra parte; pero aun puedo ocultarla al Sr. Fabricius, si me abris el paso, y no me precisais á llamar en auxilio mio á los criados de una casa, que tan poco respetais en lo sagrado de sus fueros.

Wálter cruzó los brazos sobre el pecho con insultante desden; sonrió con cínica indiferencia, y movió la cabeza á uno y otro lado, como compadeciendo á su víctima.

—Idos pues, señorita, replicó con intencion malévolá; pero llevad entendido que me perteneceis; que mientras yo respire nadie os disputará con éxito á mi absoluto dominio; que no sereis libre hasta que nuestra union la rompan mi muerte ó la vuestra. Adios, Cristina.

La encantadora beldad se alejó con paso rápido de aquel hombre funesto.

Wálter la siguió lentamente, absorto en reflexiones amargas.

El conserge, Pablo Dángton, vino poco despues á cerrar la cancela de hierro que dividia el patio de la cisterna seca de los restantes departamentos de *Chateaufleuri*.

CAPÍTULO II.

EL CÓMPlice.

Uando el conserge Pablo Dángton, habiendo dado fin á su comision, entraba en su aposento con el manojo de llaves de los pabellones y cuerpo principal de la quinta, apercibió al señor Wálter Roche, instalado cómodamente en su sillón de baqueta, dispuesto frente á la puerta acristalada del vestíbulo: observatorio natural de un portero vigilante.

Un relámpago de odio brilló en los ojos bizcos del conserge; pero su repugnante fisonomía recobró al punto la espresion bajamente servil de un hombre que se reconoce á entera merced de otro, y besa con reconcentrado furor la mano que mordería de buena gana.

Wálter le media de alto á bajo con el aire de absoluto dominio de un Tiberio. Roche era díscolo y hostil á los que reconocia por superiores; incisivo y cáustico para sus iguales; cruel y abrumador con los subalternos. Descreído, duro y egoísta, sus relaciones reconocian por única base el interés; burlábase de las pasiones hidalgas

como de una fábula mal zurcida; y sus beneficios aparentes encerraban en sí un proyecto de explotación, ó un designio de utilidad infame.

Dángton para disimular mejor su impresión primera dirigióse á una tabla pendiente del muro, donde prendió á un garfio de alambre el pesado manajo de llaves fiado á su custodia.

Al volverse para entablar plática con el abogado encontró la mirada de su mal genio, tan sarcástica y despreciativa, que el portero de *Chateau-fleurí* se mordió los labios, herido hondamente en ese aprecio de sí mismo que no pierde la criatura mas envilecida.

—Qué ocurre de particular? preguntó Wálter afectando indiferencia.

—El señor Jaime estuvo anteayer en la quinta, respondió Pablo con la ceremoniosa escrupulosidad del espía que dá cuenta de sus acciones.

—Ya me lo dijiste, majadero; interrumpió el abogado con enojo.

—Habló con Sunter, continuó el conserge sin desconcertarse, y sorprendí el asunto de su venida: interesar al señor Franz en el propósito de casamiento...

—Basta! dijo Roche secamente. También me lo has dicho.

—Ayer trageron el capital enorme del viejo cambista, devuelto por el señor Jaime, quien parece que gira por sí. Venian seis arcas henchidas de oro y papel-monedas. Quizá mas de un millon de ducados entre metálicos y títulos, añadió Dángton respirando codicioso anhelo.

—¿Qué te parece semejante suma, conducida por un vericueto extraviado, y atisbada por tu pupila de gato montés en los dias felices de tus escursiones por esos campos de Dios?

Cada palabra del siniestro personaje caía en el corazón de Pablo como una gota ácida en los sangrientos bordes de una úlcera. Una densa nube surcó su chata y deprimida frente, y despues de un penoso esfuerzo replicó:

—Harto me cuestan esos dias que llamais felices!

—Hola! remordimientos? interrogó Wálter desapiadadamente irónico.

—Y por qué no? replicó el conserge. Por unos cuantos lances del camino hé sufrido prisiones, arsenales y minas. Mi madre sucumbió de pesar. Me han azotado sin misericordia; he roto mi cadena, y hasta refugiarme en vuestra casa pasé cuantas fatigas pueden abatir á un hombre de acero. En lugar de procurarme los medios de huir á Francia ó Alemania, me habeis colocado aquí. Yo queria ser otro enteramente; pero vos me necesitais, Dios sabe para qué, y aquí estoy sirviendo á vuestros fines, y á sueldo de ese pobre diablo de negociante. Si me descubren, si me reconoce alguno, no hay remedio para mí. Los tribunales no me condenarán á muerte; mas en cambio los caporales y maestros me la darán á palos y torturas, lenta y desesperada.

—Te reconozco, naturaleza ingrata y réproba, exclamó el amante de Cristina con acento amargo. Hé aquí el pago de haber salvado una cabeza que esperaba con tan buen derecho el verdugo. Recompensa legítima de recibir en mi casa al prófugo de las minas del Estado; contrayendo la responsabilidad de encubrir á un malhechor execrable. Pena merecida del necio que proporciona una ventajosa posicion al Sr. Juan Grúe, que envidiaran un centenar de hombres de bien.

—Perdonad, señor, (tartamudeó confuso el cliente de Wálter, vencido por tan ágrias reconvenciones) hay dias malos para el corazon de la criatura, como los hay para la atmósfera. Esa horrible prediccion de la bohemia me tiene fuera de mí. Yo no puedo olvidar que me arrancasteis la cuerda del cuello, y que teneis derecho á.....

—Vamos á lo que importa, repuso el abogado tranquilamente. Las llaves obran en mi poder, conforme á los modelos en cera que me has ido suministrando. Tenemos el paso abierto desde el postigo del patio de la cisterna seca hasta los dormitorios del cuerpo principal. Falta introducir á mi compañero para que te ayude á

dar el golpe de gracia; y para este fin te pregunto ¿cuándo hallarás mejor coyuntura?

Pablo se enjugó con el revés de la diestra el sudor congojoso que bañaba su frente.

—Vamos, dijo con reflexiva lentitud. Pienso que pasado mañana es tiempo el mas oportuno. El Sr. Jaime Fabricius estrena su casa con un baile, y segun me ha dicho la bachillera Betsi, mujer del hortelano, el viejo y la niña se han comprometido á concurrir.

Una sonrisa diabólica plegó los delgados lábios de Wálter.

—Sunter, prosiguió el bandido, ha comunicado á Berta, la doncella de la señorita Cristina, que mañana irán á la ciudad á disponer trajes y perifollos. Queda el campo libre de esos dos sirvientes que pasan la noche en alcobas contíguas á las de sus amos. En cuanto á los otros se reparten en los extensos pabellones de izquierda y derecha. Jardinero, hortelano, cochero y cazador se recojen en departamentos distantes. Introduciré al Sr. Herman en la leñera por la puerta falsa, al declinar la tarde, y á la hora que fijeis os esperamos para dar comienzo al avío.

—Muy bien pensado, concluyó Roche con íntima satisfaccion; pero si ocurre novedad....

—El señor Herman sabrá entonces lo que haya sucedido y lo que deberémos hacer para conseguir otra ocasion, aunque ninguna tan favorable como la presente. Ah! no olvidéis el lazo para Condor. Ese maldito perro no abandona un punto al señor Franz, y huele como un diablo.

—Tendré el gusto de estrangular al señor Condor, que me profesa extraordinaria antipatía.

—Sería conveniente, agregó Dángton, proveerse de ganzúas....

—Y para qué? interrogó Wálter con viva estrañeza.

—Por si hay que forzar puertas; ó mejor dicho, arcaas, armarios....

El abogado entendió á su cómplice.

—No se trata de robar al cambista, dijo con frialdad.

—Perdonad mi imprudencia, respondió el falso Dángton; pero como quiera que hace dos meses que os sirvo en la intriga, ignorante de lo que va á resultar definitivamente....

—No era preciso que lo supieras, espuso Wálter con un gesto de mofa. Juan Grüe no es hombre que se detiene en barras, y con él no habia que salvar escrúpulos de conciencia.

—Sí, objetó Juan Grüe resuelto; mas caminando á oscuras no se anda bien, y un práctico en esta clase de negocios necesita enterarse de todos los pormenores del proyecto para combinar las cosas.

—Dime: ¿sabes tú si la señorita Cristina asegura por dentro las puertas de sus habitaciones?

—Positivamente; pero una mampara media entre la alcoba del viejo y el cuarto de su protegida. Por una se pasa fácilmente á el otro, si es que acomoda pasar.

—Acomoda; concluyó lacónicamente Roche.

—Es, pues, el asunto con la señorita?

—¿No lo habias comprendido? preguntó el abogado con incrédulo gesto.

—Temia comprenderlo, señor, dijo el prófugo en tono lúgubre. No me gusta habérmelas con mugeres, y sobre todo con una que me desarma.... Burlaos de mí á discrecion, padrino; pero retorceria el pescuezo á ese anciano, que ningun mal me hace, y abrasaria el castillo con todos sus moradores, mejor que tocar á un cabello de esa jóven huérfana.

—Eres muy original; hasta delicioso, Juan Grüe, exclamó el abogado fingiendo admirablemente una expansion afable, que sin embargo no pudo engañar la perspicacia de su cómplice.

—Contad conmigo para todo, menos para poner una mano en Cristina, concluyó Pablo con resolucion enérgica; porque eso no lo haré, así se empeñe el infierno en conseguirlo.

—Sabes tú lo que es un rapto, Juan?

—Yo sé todo lo malo que pueden hacer los hombres.

—Pues de eso se trata, siguió Wálter con agasajadora confianza: un raptó sin mas fuerza que la precisa para que la mujer calle y siga á sus raptóres hasta el carruaje preparado para trasponerla. Es una cuestion de herencia, larga de explicar. Te baste saber, yo te lo fio, que no sufrirá Cristina en su vida ni en su honra.

—Mas vale asi, contestó el desertor de las minas del Estado, desahogando su pecho un dilatado suspiro.

—Una vez dado el golpe, insistió el patrono de Grúe, recibirás dinero y un pase como criado del señor Herman, que te hará atravesar sin obstáculo la frontera francesa.

—Quiéralo el cielo y que no se cumpla la prediccion terrible.

—Qué quieres decir?

—Yo me he propuesto en vano desechar esa idea. Pude amortiguarla en la vida de salteador; pero en los calabozos y en los subterráneos ha vuelto á apoderarse de mí como una pesadilla.

—Bah! Te creia mas fuerte, camarada, dijo el abogado desocupando el sillón.

—En la feria de caballos de Bruges, relató Dánngton con la pertinacia de los ánimos hondamente preocupados, consentí en que una vieja bohemia me dijera el sino por las rayas de la mano y las líneas de la frente. Acertó casi en todas sus palabras, y al recibir la limosna y mirándome de hito en hito me preguntó «qué edad tienes?»—Veinte y ocho años, le respondí.—«Pues bien, me replicó: al cumplir los treinta y cinco morirás trágicamente.»

—Y cuándo los cumples?

—Pasado mañana, replicó Juan Grúe con acento apagado y medroso.

Wálter sintió un escalofrío que corrió por toda la estension de sus fibras como un choque eléctrico.

—No hagas caso de brujerías, exclamó dominándose, y piensa que al logro de mi proyecto van unidos tu libertad y un cambio en tu fortuna. Adios.

CAPÍTULO III.

FRANZ FABRICIUS.



El Señor dijo: «Hágase la luz, y fué la luz hecha,» exclamó santiguándose devotamente el viejo criado Juan Sunter, portador de un candelabro con tres bujías aromáticas, que á la vez iluminasen y perfumaran el gabinete de recepcion confidencial en el principal departamento de la quinta de *Chateau-fleuri*, antiguo castillo de la poderosa familia de Hartz. Acomodado el macizo candelabro de plata encima de una mesa de palo-rosa con multitud de incrustaciones de nácar y carei, Sunter acercóse á la poltrona donde el señor Franz Fabricius estaba sepultado entre almohadones de damasco carmesí henchidos de finísima pluma. El anciano banquero parecia mas bien que viviente criatura un espectro de fantástica leyenda. Envuelto en una bata de abrigo á grandes cuadros verdes y negros, y cubierta la cabeza con una gorra de piel de nutria, aquel moribundo, retenido en la tierra á costa de cuidados amorosos y prodijios de la medicina,

yacía silencioso é inmóvil ante la chimenea, iluminado por su rojiza llama como una aparicion misteriosa.

—Buenas noches, señor, le dijo el criado con afanoso interés ¿Qué ha opinado el médico?

—Que puedo ir al baile, respondió el señor Fabricius con voz nasal y tono de melancólica ironía.

—Él sabrá lo que se dice, contestó el fiel servidor disgustado; pero por mi dictámen no os meteriais en danza.

—Y por qué no?

—Porque el viaje primero, y el calor de las habitaciones, y el ruido, y la agitacion natural de...

—Hombre, repuso el enfermo saliendo gradualmente de su abstraccion tétrica, mas vale vivir para morir de seguida que estar aquí muriendo para vivir, créelo, Sunter.

—Vamos, replicó el sirviente conmovido y pesaroso. No empecemos con exasperaciones.

—Además, añadió el protector de Cristina, bien vale la pena de esponerse un poco el espectáculo de ese sarao brillante, con que el señor Jaime Fabricius inaugura su casa-banco, girando exclusivamente por cuenta suya.

—Y la esperanza de arreglar la boda del sobrino con la señorita Cristina Armand, agregó maliciosamente el antiguo criado.

—En nuestra pobre familia (exclamó el banquero) es menester apresurarse á ser feliz, porque los dias de salud son breves, y hemos recibido un legado fatal. No hay crónica mas variada en destino religioso; pero ninguna mas consecuente en términos de la vida, y sinó cuenta.

—Vaya en gracia, apoyó Sunter siguiendo el humor comunicativo de su amo.

—Mi abuelo Benjamin Fabricius, rabino holandés, trajo de Curazao un capital decente; pero destrozado el hígado por el clima devorador de las colonias, vivió rabiando en Ostende, y acabó de morir despues de padecimientos sin cálculo.

—Vá uno.

—Número dos, continuó el cambista: mi abuelo Ruben por una disputa en el sanhedrin de su secta se hizo

luterano; trabajó desesperadamente por acrecer sus fondos; tuvo serios disgustos con sus co-religionarios primitivos, y fué á morir en Suiza de la propia y terrible enfermedad de su padre.

—Y el vuestro, señor?

—El mio se afilió á la reforma de Zwingle en el canton de Var; hizo un caudal respetable; casó á mi hermana María con el señor Lutgen, establecido en Bruselas; parecia dichoso, robusto y destinado á la longevidad de los Patriarcas; y sin embargo el hígado se afectó, y en seis meses el scirro precipitó en el sepulcro á una especie de sombra.

—Cruel sino, señor! observó Sunter contristado.

—Mi hermana María, prosiguió el doliente narrador, se hizo católica por propension irresistible de su alma y amor vehemente á su marido. Era el ángel de mi guarda, Juan; y hoy que lo pienso bien, te digo que se puede amar á una hermana con esa ilusion que eleva la vida, y hace á un hombre unirse al porvenir de uná muger para no tener la existencia en dos mitades separadas... María falleció prematuramente, víctima de una ulceracion espantosa del hígado.

—Y van cuatro ejemplos.

—Héme aquí de quinto caso. Yo, establecido en Bruselas por cariño á mi dulce y bella María, y convertido al catolicismo por su persuasion elocuente, he llegado á reunir la fortuna de un lord del Reino Unido; dejando á mí sobrino Jaime en la posicion del fabricante primero y cambista segundo de la ciudad; pero me disuelvo como la sal en el agua dentro de esta ilustre mansion de los altivos Hartzs, desalojados al fin por *el judío*, como se atrevian á llamarme esos encopetados deudores.

—El señor Jaime Lutgen....

—Fabricius, hombre, Fabricius, corrigió el señor Franz. El apellido de su padre cede al mio por su fama comercial y sus garantías. Jaime es del tipo de mi padre, que paz haya. Fuerte en apariencia, activo y rebo-sando salud; pero, Sunter, repara bien las manchas rosá-

ceas que se van indicando ténueamente en sus mejillas, y el esmalte amarillento que se nota en el cristal de sus ojos azules. Por otra parte, ese juicio impropio de sus años me ha causado siempre inquietud; porque cuando los niños no juegan, y de adolescentes no bullen, hombres formados no llegan á viejos.

—Quizá deba ser una venturosa escepcion de esa regla.

—Plegue á Dios! concluyó con desaliento penoso el señor Fabricius, fijando la vista en un hermoso perro de Siberia, echado á sus pies, y atento á seguir sus movimientos todos con el interés y eficacia de un leal amigo.

—Sí, mi querido amo, apoyó Sunter con efusion cariñosa: esperemos de la Providencia días mejores para los Fabricius. Ahora es necesario pensar en dirigir con acierto la inclinacion del señor Jaime para que la corone con su aprobacion la señorita Cristina.

Los ojos del enfermo brillaron con animacion súbita; una sonrisa fugaz contrajo sus labios secos y descoloridos, y las arrugas de su frente ondearon como los pliegues de un cortinaje que acarician las auras tibias de una tarde del otoño.

—Cristina y Jaime! exclamó conmovido. Oh! qué union tan deseada, Sunter! Yo no sé por qué resisto creer que se realice este sueño delicioso. Sería demasiada felicidad. Yo he querido á mi hermana María con ese amor que nada tiene de humano. No me casé porque no veía mujer ninguna que se aproximara á su tipo; y si la hubiese hallado tal vez habria temido profanar la pureza de mi amor, hasta con los goces consagrados por el matrimonio. Célibe y necesitando ocupar con un cariño santo el vacío de mi corazón concebí un paternal afecto por la encantadora pareja á quien debe el ser Cristina. La muerte prematura de Luis Armand y de Fanni Harrison me hizo protector de la huérfana, y mis beneficios han procurado al ocaso doloroso de mi vida una providencia tierna y pródiga en consuelos. Ya ves si los recuerdos de mis perdidos amores y el ánsia de labrar un venturoso porvenir á los caros objetos que los representan me

escitarán á pensar en ese enlace, como en el último rayo de sol que alumbra este sepulcro, en que me consumo lentamente. Sin embargo, no sé qué presentimiento recóndito me anuncia que este placer me está vedado; y por disfrutarle acometeria lo imposible: hiciera sacrificios sin cuento; perdonara hasta los Hartzs.

—Pero, señor; ¿qué dificultades encuentra ese proyecto?

—Ningunas de parte de mi sobrino. Jaime es todo un buen mozo; un hombre honrado y que merece el aprecio universal. Ha nacido con esas prendas que captan la estimacion de una mujer, y la permiten aparecer orgulloso de su marido; pero Cristina....

—La señorita no puede negarse á dar gusto á su protector en una idea que lleva por norte su dicha.

—Es que yo no quiero imponerla un destino que repugne en lo mas mínimo á su voluntad, replicó el anciano con decision terminante; y me parece advertir en la huérfana síntomas de que no participa de la pasion que ha inspirado al hijo de mi hermana.

—El reconocimiento á vuestros favores empezará por decidirla á esa boda, y el mérito y las solicitudes del señor Jaime ganarán la partida de seguro.

—Puede ser; pero por mas que se crea lo que halaga, dudo aun de que mi pensamiento logre su efecto cumplido; porque no basta casarlos y adornar mis horas posteras con una plácida ilusion. Es menester dejarlos ricos y felices; y no hay felicidad cuando el hombre y la mujer no funden sus almas en una sola aspiracion: no hay felicidad cuando la inclinacion no es mútua y espontánea. Resignarse á una situacion cualquiera no es otra cosa que transigir con la desgracia; y como hay otra vida, Sunter, otra vida desde la cual velan las almas de los que fueron por los que amaron en el mundo y quedan en él, sería para mí un infierno el paraíso si por mi culpa se nublara el porvenir de mi hija adoptiva.

—Yo creo que os descorazonais sin causa. La señorita es reservada, tímida, y sus relaciones con el señor Jaime se resienten de ese carácter contenido. Y bien

pensado no me figuro que otro amor.... Porque seria imposible que el señor Wálter Roche....

—Imposible: esa es la palabra, insistió con sobreescitacion violenta el señor Fabricius. Ni Cristina es capaz de adquirir simpatías por una persona que excluye toda confianza, mal quisto y de tenebrosos antecedentes, ni yo autorizaria nunca sus relaciones con ese pícaro presbiteriano; plagado de vicios; acusado de aventuras infames, y responsable de torpes bajezas que envilecen un talento, empleado en hacer mal.

—Como quiera que ese caballero se atrevió á solicitar la mano de la señorita....

—Ese hombre es un miserable, interrumpió con sorda indignacion el banquero. Yo debí rechazar su proposicion como un insulto; pero al oirla de sus lábios quedé mudo de sorpresa, y despues comprendí que era necesario disimular con una criatura peligrosa, y que puede y sabe vengar los desprecios que sin embargo merece su tortuosa conducta. Accedí á comunicar el caso á mi patrocinada, y de acuerdo con ella trazamos una evasiva plausible á pretesto de mis achaques y alegando la intencion de Cristina de consagrarme sus cuidados mientras el cielo no disponga de mi combatida existencia.

—Parece haber renunciado á sus esperanzas, dijo Sunter.

—No sin mortificacion de sus ambiciones y de su orgullo, le hizo reparar el enfermo; porque el señor Wálter ha disipado su patrimonio, comprometida su reputacion, y disgustado á su clientela. Aspira á rehabilitarse con un destino ilustre, fiscal de la sala de justicia, cuyo empleo sirve en los frecuentes accesos de la dolencia que acaba por instantes al propietario. Busca para esposa una mujer de mérito, cuyo dote repare los quebrantos de su fortuna; y como le consta que tengo instituida heredera de la mitad de mis bienes á Cristina, y como la huérfana es un ángel, se prometia hacer un doble negocio. La familia de Hartz le negó antes una de sus pretenciosas damiselas, y nuestra repulsa ha enconado, por mas que disimule, la contrariedad de sus aspiraciones.

—Ya que esa nube está disipada, espuso Juan animando á su señor; pensemos en que se entiendan de una vez y para siempre nuestros jóvenes, y para ello....

—Para ello, repitió el señor Franz con aire de grata confianza, he accedido á ir al sarao de Jaime con mi pupila; porque en la confusion del baile, y en la intimidad de esos momentos de alegre franqueza, la juventud adelanta mucho camino, Sunter. Y Jaime es un muchacho modesto y desconfiado de sí mismo, que ha menester estímulos artificiales para arriesgar un paso que decidirá de su porvenir. Cristina, Juan, no parece educada en Francia, y en esto me hé llevado un chasco solemne.

—Un chasco, señor? preguntó el criado lleno de curiosidad.

—Sí, respondió Fabricius. Su padre, natural de Lion, manifestó deseos de que la preciosa niña se instruyera en su patria, y propuesto á cumplir ampliamente las voluntades del difunto, apenas frisó en los doce años la huérfana, la procuré ingreso en el convento de Ursulinas en París, pensión de las señoritas de alto nacimiento y posicion ventajosa. Yo tengo antipatía á las costumbres francesas, y temí que me devolviesen á la cándida y cariñosa muchacha, que conduje á la Babilonia de nuestra edad mal de mi grado, convertida en una heroína sentimental, soñando en amores romancescos, ó lo que es peor, trocada en una petimetruela insustancial y casquivana. Pero ya la vés, hombre, ya la vés, con el candor de una chiquilla y el arreglo doméstico de una mujer consumada en sus deberes: ya la vés, inocente y ruborosa como una aldeana de nuestro inmortal Rubens.

Condor el perro de Siberia del señor Franz, se incorporó súbitamente, gruñendo en amenazadora actitud.

—Alguien llega, exclamó Sunter, dirijiéndose á la puerta del gabinete.

Condor ladrando furioso iba á seguirle; pero su dueño le retuvo por el lomo, golpeándole hasta obligarle á permanecer echado.

Wálter Roche penetró en la habitacion. El criado le saludó con fria ceremonia y evacuó el aposento.

—No he querido retirarme sin daros las buenas noches, dijo el abogado, procurando comunicar un eco amable á su voz naturalmente despejada.

—Me felicito de ello, contestó el anciano con forzada sonrisa.

—El jardinero me ha escojido los tiestos de plantas exóticas que me permitís llevar á mi invernáculo, y por cuyo favor os repito las gracias.

—Eso no merece la pena, señor Wálter.

Condor volvió la cabeza hácia Roche, repitiendo un fosco gruñido.

—No tengo el honor de obtener las simpatías de ese arrogante animal, repuso el pretendiente de Cristina, disimulando su aversión al inteligente perro con chance-ro tono.

—Es un casca-rabias insoportable, replicó Fabricius haciendo callar á Condor con un amago severo.

—Siento infinito no poder concurrir al baile que dá vuestro excelente sobrino, y al cual ha tenido la galantería de invitarme por medio de esquila incluyendo el billete. Precisamente mañana por la tarde voy á la alquería de Jarrey en calidad de albacea, y á la apertura de un testamento.

—Jaime lo sabrá por mi conducto, caballero.

—Recordais, señor Franz, expresó Wálter con cierta especie de ligereza, que os supliqué reservarais en giro doscientos ducados, resto de costas que me pertenecian del finado asunto de los Hartzs. Si esto no os contraria, pudierais espedir orden al señor Jaime, y los haré efectivos para una urgencia.

—No es preciso tal: enviadme el recibo mañana á cualquier hora.

Cristina entró con la ligera refaccion del enfermo. Franz sonrió á la huérfana con inefable ternura. Wálter saludó con muda cortesía y marchóse, no sin dirigir á la doncella una mirada significativa.

Condor gruñó á su enemigo, y movió la cola agasajador al acercarse el ángel bueno de *Chateau-flaurí*.

CAPITULO IV.

LA ROLINA.



En todas las combinaciones sugeridas por esa devoradora consulta del azar que se llama el juego, ninguna tan amplia, extensa, ruinoso, y rápida en sus resultados, como la *roulette* (rolina): invención francesa, que data de la época de Luis XIV y que apenas lanzada por pasto al vicio, se propagó por Europa como una peste fatal para las costumbres. Vino á aumentar con su estímulo la pasión mas corruptora de los nobles sentimientos; ensanchando por medio de sus pares y nones, rojos y blancos, pasas y faltas, enteros, mitades y cuartos, el círculo de contaminados del codicioso afán; y dando margen con sus tentadoras promesas, su variedad y el giro incesante de los intereses, á la seducción de los que odian en los juegos de envite la intervención exclusiva del banquero y la dependencia humillante de los puntos.

La rolina tomó, para el seguro fomento de la per-

version nueva que introducía, una forma aristocrática, que al par comprometiera fortunas respetables, y atra-gese á los muchos que execran los repugnantes accesorios del vicio mas que al vicio mismo. Desde que el ce-bo de fabulosas ganancias se aliaba á las condiciones de-corosas de una especulacion, organizada mercantilmente, desaparecia el reparo de hombres de caudal y bien quis-tos. Tan pronto como la contaduria trocaba por fichas el metálico, los inspectores mantenian rígidamente el si-lencio y el orden en la sala de juego, y éste comenzaba á hora fija, terminando al transcurrir los sesenta minu-tos de plazo, requiriendo una presentacion formal la in-troduccion de cada nuevo socio, el garito se transforma-ba en reunion selecta para tantos hombres superficiales, como en todos tiempos se dejan cautivar en la red de cautelosas apariencias; desconociendo el daño efectivo, latente al amparo de disfraces y á favor de prestigios ópticos.

Por primera condicion de la rolina, figuraba una companía de banqueros que aprontara los nada suaves gastos de instalacion para seguir con poner en comun un capital enorme, expuesto á los vaivenes de la fortuna en las violentas peripecias de un juego tan ramificado. Venían por su orden la necesidad de un local aislado, capaz y compartido en divisiones cómodas para tesore-ría, contabilidad, sala de juego y gabinete donde reci-bir á los catecúmenos y aspirantes; la eleccion de em-pleados para dirigir el cambio, y liquidacion del capital comprometido, como para imponer circunspeccion á los jugadores; recoger billetes de entrada, y guardar las puertas de aventureros y díscolos. Seguian la inteli-gencia con los agentes de la autoridad á fin de garantir el establecimiento de sorpresas, embargos, y escándalos, que nivelaran el flamante instituto á los ordinarios é in-famados gazapones; la extension de billetes, circulados á personas de haberes y discretas, que fuesen gradual-mente ingresando en la sociedad; tanto para sustituir á los arruinados y arrepentidos, cuanto para formar la

numerosa familia que exigen las jugadas de la célebre *roulette*.

Merced á estas dificultosas exigencias la rolina no ha prosperado todo lo que prometian su tinte de buen tono, el lucro de muchas compañías que la sostuvieron en capitales populosas, y el incentivo del premio pingüe que solia recompensar algunos aciertos de los puntos. En su efímero triunfo no obstante hizo víctimas sin número, improvisó fortunas cuantiosas, y contribuyó en grande escala á enriquecer la crónica criminal de nuestro continente. Coadyuvaron no poco á su auge esa pasion por las reuniones misteriosas, característica del siglo anterior, y esa hidrópica sed de emociones que agrupó tantas nubes en aquella atmósfera hasta desatarse en desecha tormenta revolucionaria. La rolina, un tiempo reina de la disolucion elegante, y paseando en triunfo sus tapetes bordados y sus bolas de marfil en ruedas de cristal por las cortes y poblaciones de alguna importancia en la vieja Europa, ha llegado vergonzante y degradada hasta nosotros; como esas cortesanas famosas, vaciadas en la turquesa de las Aspasias y Laïs, que paran en Celestinas decrépitas, y soportan el brutal tratamiento de la hez de la canalla, á cuyos infames placeres sirven, rendidas por la miseria y la abyeccion. En algun tabuco recóndito, y en tal cual feria, sale á relucir; despojada de sus alardes distinguidos; fácil á la inteligencia del vulgo y recogiendo cargas de cobre y plata menuda, en vez de arrollar montones de oro, y arrastrar en palas de caoba carros de monedas gruesas del segundo metal, calificado de noble por la heráldica.

Bruselas no tenia razon de preservarse del contagio de París, que habia cundido hasta Cádiz para salvar el Océano, llevando su conflagracion á las Américas; introduciéndose en Constantinopla y Rusia, gracias á la intrépida propaganda de calculistas franceses, que explotaron la boga de la rolina y los opimos rendimientos de moda tan infausta. A trescientos doce kilómetros de la Babilonia moderna no era fácil sustraerse á una invasion

pervertidora, que traspasando los límites del antiguo mundo se abalanzó al nuevo para añadir pábulo á los frutos de su indolente ociosidad: que en alas del demonio de la codicia traspuso los dos mil seiscientos kilómetros que separaban á la córte del rey cristianísimo Luís XIV de la residencia del gran señor, heredero de Soliman *el magnífico*; y los dos mil trescientos veinte que mediaban entre la cuna de la invencion y la capital de la terrible autocracia moscovita. Monsieur Lafarge se presentó en Bruselas, enriquecido en la grande rolina de Lóndres sita en el barrio de san Pablo, y buscando sócios para fundar una, que se instaló en 1778, en casa labrada expreso en uno de los cuarteles mas retirados y calle menos frecuentada de la ciudad baja. Los primeros colegas del señor Lafarge obtuvieron ganancias de consideracion; pero á mediados de 1779 hubieron de comprometerse en una conspiracion contra el jugador francés y sus empleados y compatricios. El primer banquero, á cuyo nombre estaban casa, giro, mecánicas del juego y suntuoso menage, anunció que le llamaban de Viena con objeto de fundar rolina en proporciones magnas, y devolviendo sus capitales á los partícipes ingratos de su reprobada industria, declaró la compañía disuelta; despidiéndose con melosa cortesía de los mismos conjurados contra su direccion, para emprender un viage á la capital del imperio de Occidente. Acompañáronle el cajero, el gefe de la tesorería y el contador, personas de probada destreza y el inspector gefe de la sala de juego, el señor Herman Huguell; hermoso húngaro de cinco pies y seis pulgadas; mayor retirado del servicio de Prusia, arrogante *maggiar* de imponente fisonomía, y tal cual pudiera desearlo un artista para tipo del ángel rebelde, ó modelo singular de la belleza sombría de Pluton; el dios terrible del averno pagano.

Próximo á finar el año de 1779 regresó á Bruselas el señor Huguell, y dió principio á la constitucion de una compañía; abundando los sócios, esperanzados en las lisonjeras resultas de la primera asociacion; pero sometidos

dos á la direccion absoluta del húngaro y pactando entera conformidad con los empleados que encargase de las dependencias todas de la rolina. Habia mudado el burgo-maestre de gefe de policia y el señor Pleyel, director del ramo, pasaba por un Caton incorruptible; pero Herman traia una carta de Viena, recomendándole á la proteccion del señor Wálter Roche, y éste se dió tan buenas trazas para amansar la fiereza del cancerbero, que la casa de Monsieur Lafarge se reinstaló con todas las garantías de un instituto protegido por el Estado: figurando el amante de la huérfana de *Chateau-fleuri* como uno de tantos accionistas de la torpe asamblea. A principios de 1780, y cuando estaba completo el número de capitalistas, apareció como por ensalmo Monsieur Lafarge, ocupando el rango de director y descendiendo del capitolio el maggiar para tomar la plaza secundaria de banquero-pagador del lado izquierdo de la mesa.

El reloj de la sala de juego marca la conclusion próxima de la partida, comenzada á las nueve en punto, y jamás excediendo de las diez de la noche. Cierta inquieto murmullo, tolerado ya por los inspectores, revela la ansiedad creciente del concurso á la expectativa de la peripecia final de la sesion: llegando como un susurro del aura al apartado retrete donde nos proponemos conducir al benévolo lector que guste seguirnos.

El gabinete particular de Monsieur Lafarge está amueblado con una sencillez elegante y de esquisito gusto; denunciando ese talento de los detalles lindos en que no tienen rival los tapiceros franceses. El dueño de la casa aparece sentado ante un bufete lujoso de ébano, saboreando como inteligente apreciador un aromático café-moka, servido en bajilla de porcelana de Sevres, y envuelto en la sombra suave de una lámpara templada en su vivo resplandor por una pantalla circular de tafetan color de rosa.

Entre las seductoras tonterías que forman asuntos como la *«historia de Simbad el marino»* *«los viajes de Gulliver»* y el *«País de las monas»*, recuerdo haber tro-

pezado con un libro que ponía en relación las fisonomías humanas con la faz de los animales. El autor de este original opúsculo describiría de una plumada al gefe de la rolina de Bruselas, llamándole el *lobo cano*; y por su astucia, por el matiz de sus cabellos, y su aplomo en toda especie de lances de la vida, como por su estampa, este Labruyere resultara inmejorable en su calificación.

El traje de nuestro singular amigo distinguíase por su riqueza y afectación de apego al estilo antiguo de la corte de Luis XV; y en 1780, época en que se inaugura nuestro relato, y cuando empezaba la juventud á desechár las pelucas, á suprimir los bordados, y á naturalizar la casaca inglesa y el sombrero de copa, Monsieur Lafarge, como tantos otros récalcitrantes, subía hasta Lauzun y Richelieu; obstinándose en conservar los botones de acero bruñido; la costosa y profusa pasamanería y los castillos de pelo de arreglo tan delicado, y que dieran á Leonardo una reputación europea.

Al tomar nuestro héroe el sorbo postrero de su legítimo moka sonaron las diez campanadas en el inmediato salon de juego; y despues del ruido extraordinario que debían producir mas de cincuenta personas levantándose de sus asientos en torno de la mesa, y pasando á las estancias contiguas, mientras los criados arreglaban el menage y recogían los enseres del vicio, cerráronse las puertas del templo de la casualidad, y reinó un silencio profundo en aquel teatro de ocultas, pero escitantes y encontradas pasiones.

Monsieur Lafarge sacó un cachumbo, labrado por la industria estravagante de algún *piel-roja*, y aspiró ávidamente por sus agujeritos porción de menudísimo tabaco en polvo, de exportacion colonial portuguesa.

—Nuestro hombre no puede tardar mucho, dijo para sí, recostándose con sensual beatitud en el respaldo de un sillón-sofá de terciopelo de Utrech, especie de *triclínium* como el que usaban los romanos para comer en una postura llena de molicie, y digna del pueblo de los Lúculos y los Epulones.

Cercanos pasos hicieron incorporarse al sibarita francés.

La puerta del retrete se abrió por un lacayo rechoncho y mofletudo como el Triton excavado de las ruinas de Itálica, quien saludando con solemne reverencia, anunció al señor conde de Heuffel.

—Pase adelante, replicó el gefe principal del establecimiento, dando á su voz una inflexion meliflua.

El conde de Heuffel penetró en el gabinete con gentil desembarazo, y se inclinó con gravedad ante Monsieur Lafarge, que saliendo á su encuentro obsequioso, se deshacia en señales de consideracion, que hubo de cortar el reciénvenido, instalándose en una silla cercana al bufete, y rehusando el sitio de preferencia que se obstinaba en depararle.

—Ambrosio, dijo el capitalista á su criado, cuidad de que nadie, sin escepcion, nos interrumpa.

El lacayo se retiró, cerrando tras de sí la puerta.

Despues de nuevos cumplimientos Monsieur Lafarge consintió en recobrar su sitio.

El francés y el aristócrata se observaron con recíproca y curiosa atencion un breve período.

El primero convino para sus adentros en que el señor conde pertenecía á esa clase de vástagos de razas, privilegiadas doblemente por la naturaleza y la fortuna, que llevan con naturalidad encantadora los inequívocos signos de su distincion. El segundo comprendió al instante que se las habia con un veterano del trato social, para quien no existian cuestiones dificiles ni preámbulos fatigosos.

—Señor conde, empezó Lafarge con una sonrisa cortesana, estoy en la edad que autoriza atrevimientos de esta especie, trato con una persona que sabe dar á las cosas el conveniente sesgo, y abordo la conversacion con plena confianza; dando por supuestas las preliminares excusas por la molestia que os haya causado, y causaros pueda en el curso de la entrevista.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, contestó el conde, moviendo la cabeza en deferente demostracion.

—Soy el propietario de esta casa que os ofrezco con entera voluntad; dirijola banca como capitalista y gefe, y tengo la debilidad, que escusareis, de invertir mis fondos en propagar la rolina por Europa; pero tras de estos caractéres, sospechosos hasta cierto punto, brindo á vuestro mandato á un hombre que está muy lejos de ser un advenedizo, ó un aventurero enriquecido por malas artes.

El conde redobló su atencion.

—En estos tiempos (espresó Lafarge dando un suspiro) es menester reconocerse mútuamente antes de comprometer un paso aventurado en las conexiones sociales. Soy para serviros Juan Amadeo de Lafarge de Breteuil, segundo de la casa de Chavras en Normandía; agente diplomático en las córtes de Berlin y Portugal; retirado con modesta asignacion del servicio activo, y opulento merced á un feliz matrimonio y al benigno flujo de la suerte como banquero, y participe de asociaciones que popularizan la rolina por todas las capitales de nuestro continente.

—Me lo habia manifestado el señor baron de Preisler, mi amigo, y mi introductor en vuestra sociedad, respondió el conde con amable gesto.

—Caballero, teneis una suerte admirable, exclamó el francés entrando en materia; y yo que debo la mitad de mi fortuna al favor del azar soy voto en el caso.

—Si jugara con empeño en el lucro perderia tal vez, repuso el conde encojiéndose de hombros.

—Llevais ocho dias de fabulosa estrella, insistió Lafarge; ocho dias de desbancar; auxiliado por la mayoria de nuestro círculo, que ya reserva sus fondos para seguirnos como su oráculo.

—En efecto, y creed que me incomoda ese papel, replicó el conde con indudable franqueza; porque yo sé demasiado que no deben engreir los giros propicios de la ocasion y tengo poca fé en mi infalibilidad. Me pesaria arrastrar en el período malo á cuantos me siguen, fiados en un acierto que ni me lisongea ni me asombra. Yo juego por devorar pensamientos penosos en una distraccion activa.

—No hé reconocido jugador que os sea comparable en resolucion y cálculo, fuera del señor duque de Silveira en Lisboa, que concluyó por interesarse en mi banca, despues de sostenerme la partida con una felicidad imponderable. Los números parecian vendidos á su combinacion.

—Hay en eso casualidades que hasta suelen pasar por mérito, concluyó el señor de Heuffel.

—Vuestras ganancias no pueden serme desagradables, (añadió el lobo cano) ni llegan al extremo de afectar nuestros fondos de manera que nos causen inquietud. Sucede que en una especulacion como esta, en que figuran personas, cuales podeis ver en el libro de compañía, no es dable admitir un nuevo socio sin acuerdo de los partícipes, y segun nuestros estatutos, en caso de vacante...

—No os entiendo, señor, dijo el conde frunciendo las cejas con recelosa desconfianza.

—Comprendo que se juegue por matar el tiempo, ó distraer el ánimo preocupado desagradablemente (prosiguió impávido Monsieur Lafargè); pero es mejor correr el albur con probabilidades de éxito. En nuestra sociedad resultan dos vacantes, y los accionistas me han investido de plenos poderes para ofreceros, señor conde, la parte que os plazca en el capital que se espone en nuestras partidas.

—Gracias, pero no puedo aceptar...

—No hé concluido, agregó el francés con entonacion galante; y encargado de esta comision por mis consocios os repetiré fielmente, si me lo permitís, sus instrucciones. El señor baron de Preisler, vuestro amigo, al proponer yo que se os brindara el ingreso en la compañía, retiró su propuesta de amparar las acciones que resultan en descubierto; celebrando infinito que os fueran ofrecidas los señores de Hartz y marqués de Bresson.

—Lo agradezco sumamente.

—En punto á decoro (continuó Lafarge irguiéndose) la rolina escluye toda sospecha de manipulacion infame y no admite en su órbita á la turba indigna de tahures

que florecan en los juegos carteados. Sus ganancias estriban en el cómputo que ha dado reciente origen á la lotería oficial, y no debe avergonzar á los particulares emprender tratos que constituyen en rentas públicas los gobiernos que presiden á la civilizacion. Finalmente, señor conde, os hago notar que en el último dividendo repartido percibieron los accionistas un ochenta por ciento del efectivo impuesto en caja como producto del trimestre.

—Caballero, respondió Heuffel con terminante decision, dignaos escusarme con vuestros socios, siendo intérprete de mi gratitud á sus proposiciones; mas se atraviesa cabalmente la necesidad de partir, vencidos ciertos obstáculos, con direccion á Gante, donde me interesa de un modo extraordinario practicar una averiguacion escrupulosa, y de que tal vez dependa mi suerte futura.

—Señor conde, interpuso Lafarge, tengo numerosos conocimientos en esa ciudad, y estimaria en el alma poder seros útil en tan delicado y vital asunto como parece el que os dirige allá.

El jóven aristócrata fijó una mirada de indagacion en la fisonomía de su interlocutor que indicaba el firme propósito de servir á los fines de su viage.

—Acepto, pronunció con viveza, y preferiré la recomendacion á personas aficionadas á inquirir las novedades del dia, á estar al corriente de los lances, y á conocer lo que se llama la crónica secreta en cada poblacion. Este género de curiosos me importa consultar.

—Nadie mejor que el señor Pfaun, gefe de policia, y el señor Keisland, diarista gantés, podrán saber los sucesos que os importa poner en claro, señor conde. ¿Cuándo pensais salir de Bruselas?

—Tal vez pasado mañana.

—Mañana mismo tendré el honor de remitiros las cartas. ¿A dónde, señor?

—Plaza del Sablon, fonda del Prusiano.

—Perfectamente, dijo Monsieur Lafarge, gozoso de la ocasion que le proporcionaba favorecer al conde.

—Caballero, exclamó el simpático Heuffel con emo-

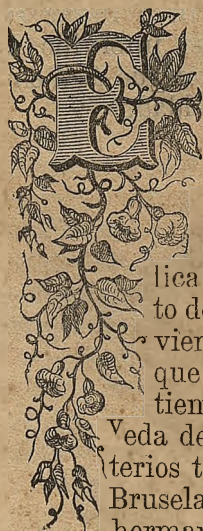
cion generosa, creeria faltar á un deber de reconocimien-
to á vuestra premura en secundar mis planes sinó os co-
municara la tendencia de esta esploracion.

—Es demasiada bondad, conde, porque lo que os
proporciono bien poco vale por cierto.

—Amigo mio, yo naçi gemelo, y aunque primogé-
nito de nuestra casa, formaba la mitad de una sola exis-
tencia con mi segundo Wenceslao, capitan de dragones
del Rey; no habiendo mio ni tuyo entre nosotros. Ha-
ce tres años pidió á S. M. seis meses de licencia para vi-
sitar los Países bajos y la Francia, y la primera noticia
que tuve suya fué una carta, anunciándome que su re-
cibo sería evidente prueba de que habia sucumbido en un
lance personal. Cuatro líneas de un tal Charton, padri-
no suyo en el desafio, confirmaron la fatal nueva. Estuve
para volverme loco; pero hace dos meses que cierto fran-
cés contó delante de mí un duelo que tuvo lugar en
Gante con un extranjero ilustre y en que intervino la
traicion mas inicua, y es fuerza que yo vengue á Wen-
ceslao si ha sido víctima de semejante maldad.

CAPÍTULO V.

BRUSELAS Á LA LUZ DE LA LUNA.



L reloj de *Broot-huys*, palacio real de Bruselas, deja oír doce campanadas con lento intervalo entre sus vibraciones. Un viento suave y de frescura deliciosa restaura á la naturaleza de la fatigosa impresion de uno de esos dias últimos de Mayo que convierten á la primavera en estío. La luna preside con su melancólica magestad á ese punto de la noche, objeto de tantas supersticiosas creencias, en que se vienen á encontrar el dia que espira con el que nace, como dos centinelas que releva el tiempo. La atmósfera diáfana como una bóveda de cristal permite al astro de los dulces misterios toda la intensidad de su tibio resplandor, y Bruselas, iluminada por los pálidos rayos de la hermana de Apolo, parece salir de las aguas del Senne y del canal que comunica con el Escalda por el Rupel, como esas ondinas escandinavas que surgen de los lagos para danzar y solazarse en las noches tranquilas. Dejemos á Wálter entregado á sus preocupaciones

sombrias, y presa de inquietudes que no ceden espacio al remordimiento, paseando con marcha desigual frente á las magnificas casas del consistorio, alzándose altivas con su arquitectura arrogante y su torre de cuatrocientos cuarenta piés de elevacion, coronada por la estátua colosal de San Miguel Arcángel, como veleta digna de aquella mole imponente, paralelas al orgulloso *Broot-huys* y representando con muda elocuencia el antagonismo de la monarquía con los comunes, que reasume la historia de la edad media en Flándes. Abandonemos por un instante la Plaza mayor con sus ocho cuerpos de edificio y ostentando como una joya sin precio la suntuosa iglesia de *Santiago de Cudemberg*, rodeada por sus cuatro ángulos de porticos, para descubrir el panorama seductor que ofrece la ciudad que sirve de teatro á nuestra leyenda á la argentada claridad de la luna.

No busqueis el nombre romano de Bruselas, ni esperéis hallar medalla alguna en que figure como castramento, municipio, ni colonia de los señores del mundo. *Brusola*, ó *Brissella*, como la llaman los viejos cronicones enrollados en pergamino, era una selva entrecortada por valles cuando Colonia se adornaba con el infando nombre de Agripina, madre de Neron, y Marco Aurelio rechazaba á las poderosas tribus germánicas al otro lado del Danubio. En el siglo séptimo del cristianismo San Gevi, obispo de Cambrai y de Arrás, fundó un templo á las orillas del Senne, y al amor de un valle, protegido por la montaña vecina, y atravesado por el canal en manso y plácido curso. A la sombra del santuario agrupáronse los servidores de la basílica. Acudieron á tomar vecindad los vasallos míseros de los terribles condes y barones de comarcas feudos, y al amparo de la iglesia crecieron los moradores francos hasta construir villa, ampliarla á pueblo, y erigirla en ciudad, luego emporio de la industria, el comercio y las artes. San Marino creó una colonia en Italia, agricultora por falta de otros elementos de subsistencia, y aquellos *pista-we* de nuestro siglo son hijos que no han roto los vínculos de tradicion

con sus padres. San Gevi instituyó su poblacion en las márgenes de caudalosos rios, y los pescadores, los labriegos y artesanos que fueron incorporándose á la familia congregada en torno del templo han sido reemplazados por industriales que llenaron á Europa de maravillas en tapices, encages, brocados y gasas; armadores que rivalizaran con las repúblicas de Italia en número y calidad de buques mercantes; banqueros que hicieran afluir el oro á sus arcas cuando el oro constituía la mayor riqueza, y desde el descubrimiento del nuevo-mundo explotaron el elemento fabril. Los hijos de San Marino, pobres, laboriosos y encerrados en su valle patriarcal entre montañas, permanecen fieles al dogma de su santo fundador. Los hijos de San Gevi, opulentos y engreidos con el auge de su floreciente capital, han quebrantado el símbolo de su Patriarca y divorceiáronse de la unidad católica para elevar la razon al ara donde sus padres invocaron el auxilio de la fé.

Vedla estenderse en un circuito de dos leguas, campeando gallarda con rivales que la rodean pero no la vencen, ni en hermosura ni en fausto. Siete leguas y media la separan de la famosa Amberes; nueve y cuarto de Gante, que meció la cuna de Carlos V, y rebelada despues sufrió sus terribles iras; treinta y una la dividen de Amsterdam, la docta y rica metrópoli. Si la imaginacion levanta su vuelo en presencia de Bruselas, iluminada por la luna con reflejo lánguido, si evoca las fantasmas como las brujas escocesas de los tiempos de Macbeth, pasarán en procesion medrosa Oton segundo y Carlos de Lorena que fijaron allí su córte. Maximiliano que vencido por la fortuna de Francisco primero firmó allí la renuncia á los estados de Italia, ratificada en Cambrai; Carlos V que la llamaba con predileccion amante «*mi Bruselas*»; la infanta Margarita, pura y noble mujer atacada en vano por la villana calumnia; el duque de Alba, tremendo ejecutor de la voluntad inflexible de Felipe segundo; el héroe de Lepanto, demasiado leal para la política insidiosa de su siglo; Nasau, aprovechando el

cisma religioso para convertir su corona de conde en diadema real, sueño ambicioso, no realizado por el intrépido Carlos de Borgoña, instituidor de la orden del toison de oro, y primer capitán de su siglo. Y como adición á esta histórica fantasmagoría se ocurren los trances de la conflagración europea que produjo el advenimiento de los Borbones al solio de Fernando III y de Isabel la Católica. El Austria con los círculos alemanes hostiliza á la Francia de Luís XIV, mientras sustenta en España su archiduque contra el animoso Felipe V, y la Inglaterra, perenne tea de discordia en el continente, hace el corso por su cuenta. Bruselas ocupada alternativamente por los ejércitos beligerantes, viene á poder de la Francia hasta la paz de Aquisgran, y el emperador José II mandó abatir sus fortificaciones, dando lugar á obras de hermoso, á espaciosas alamedas y esplanadas de excelentes puntos de vista, allí donde macizos muros y almenados torreones levantaban sus flancos denegridos, impotentes á resistir el cerco mientras el enemigo pudiera cortar las comunicaciones.

Bruselas no ha conseguido borrar la huella de la dominación española; y aunque sacudió el yugo á costa de porfiada lucha, en vano querría arrancar de su frente el estigma de los Hapsburgos, y anonadar los testimonios de su antigua sumisión que indelebles lleva en sí. La parte baja de la ciudad, irregular y en malas condiciones higiénicas, muestra aun las casas del gusto gótico-árabe, construidas como las de Toledo, Granada y Sevilla, con sus azoteas y terrados á la morisca; con sus ventanas de celosías y sus balcones boleados y protegidos por guardapolvos de madera; con sus arquillos y escudos en el frontis. Algunas de estas viejas casas son las mismas que visitó en el siglo diez y seis la epidemia llamada del bubon: azote cruento del mediodía de Europa y que con menos intensidad afligió á las provincias del Norte. Estos vestigios del imperio de la casa de Austria desaparecen en las diez nuevas calles edificadas en una eminencia, tiradas á cordel, y denominadas del barrio de la montaña

en razon de su respetable altura. Este precioso cuartel de Bruselas, visto á cierta distancia, parece una ciudadela puesta por freno á una turbulenta ciudad como el Monjuich de Barcelona. El barrio del parque se destaca entre todos por la donosura de sus moradas, la variedad de su perspectiva, y la perfecta belleza de su conjunto. En él se alian la nobleza á la aristocracia de la fortuna, y las artes y las profesiones se instalan en sus distinguidas viviendas para ofrecer al mejor círculo de la capital sus recursos y ministerios. La gran plaza del Sablon, de las mas notables de Alemania, decora una de las ochos secciones que comparten la ciudad, y en su frente se eleva severamente hermosa la estatua colosal de Minerva.

A un tercio escaso de legua al este de la bella ciudad corre un delicioso lago, cuyas aguas transparentes y saludables surten por medio de cañerías que denuncian el sistema arábigo importado por los españoles, las numerosas fuentes públicas y de particulares moradas. Entre las fuentes públicas sobresalen la intitulada de *Steen-porte*, y la antigua y monumental de *Mannekepise*, en cuyo centro los naturales señalan á la curiosidad del extraño una estatua de bronce con ropaje azul, que representa al ciudadano de recordacion mas remota en la colonia cristiana de San Gevi.

Pero si la luna realza con su fulgor macilento las avenidas que forman arterias de esta circulacion del movimiento y la actividad, que tanto distingue á la populosa Bruselas, entregada ahora al reposo, sus rayos rielan en las ondas que la atraviesan con amoroso arrullo, y retratan en sus cristales la larga y esbelta silueta de veinte y siete puentes, destinados á establecer la comunicacion entre las márgenes que sus linfas separan. La Ribera cautiva desde luego la atencion con sus perspectivas náuticas; sus almacenes de mercancías; sus depósitos provisionales, protegidos por techumbres de zinc; sus cómodos muelles, y sus cuatro anchurosos diques, abrigo de naves de gran porte. Allí no se escuchan en el

silencio de una noche templada las lindas *marinarescas* que repiten los écos serenos del Adriático; ni los brillantes coros que se exalan del golfo de Nápoles. El marinero alemán prefiere el mutismo de la indolencia á la expansion del canto. Se balancea recostado en el borde de la embarcacion, siguiendo con atenta vista las espirales de humo que su pipa arroja y sueña, sin conciencia de sí mismo, en esos espacios indefinibles que alivian á la vida humana de su peso fatigoso. Y si canta el marinero alemán, sus largas y monótonas cadencias, envueltas en las ráfagas del aire, mas que articulaciones humanas parecen esos gemidos flébiles del viento, percibidos á larga distancia.

El canal por donde el Senne comunica con el impetuoso Escalda ha recibido el pago de su fecundo riego y de su galante mansedumbre; y los pobladores de Bruselas elevaran la *Alameda-verde*, paseo amenísimo que sigue la direccion del canal el espacio de media legua hasta el puente de *Zaëken*, como una despedida afectuosa al rio que acrecienta su vitalidad, y sirve de ancho arcaduz á su riqueza. La *Alameda-verde* es uno de los sitios de recreo mas notables en el norte y donde no se tiene ideas de esas calles de naranjos del mediodía que embalsaman la atmósfera; de esos cármenes andaluces, de esas *villas* italianas que asemejan reminiscencias del eden, dejadas para estímulo del alma sobre la tierra ingrata de la peregrinacion mortal.

El ojo del pájaro nocturno que se pose en la eminente torre de *Santa Gúdula* descubrirá á Bruselas en sus ocho secciones, tan diversas en còrte, gusto arquitectónico y respectivo rango en el destino de la comercial metrópoli, y sus ocho plazas públicas, de aspecto tan heterogéneo, desde la que compite con las primeras de Europa hasta la que podria pasar por un mercado de villa.

Sería cosa de sobreponerse al recuerdo luctuoso de los Arban y los Poitevin para verificar una ascension aereostática sobre está capital de la moderna Bélgica; estudian-

do desde la altura los varios rumbos que determinan sus doscientas noventa calles y sesenta callejones, como observa el naturalista el panal de las abejas, vivienda y taller del enjambre; lección elocuente para el hombre mismo. Las trece mil casas de la industriosa ciudad, dominadas á vista de águila para el viajero del horizonte, perderían pronto su tipo de diferencia como las preocupaciones se disipan para el ánimo que sabe levantarse á esferas superiores al criterio vulgar.

Volvamos á Wálter, á quien vimos pasear con inquietud frente á las casas de consistorio.

De vez en cuando interrumpía su vertiginosa movilidad para detenerse téticamente preocupado y mirar con impaciente espectación á la calle que venía á desembocar en la gran plaza.

—Si no vendrá! murmuraba sin poder reprimir su angustia.

Y luego pugnando por vencer la tenaz idea que le agitaba, volvía á emprender sus largos paseos frente á *Broot-huys*, con tales intervalos de lentitud y precipitación que algunos transeuntes se apartaron cautelosos de su camino, tomándole por un mal intencionado ó por un demente.

Al fin divisó un grupo de hombres que se acercaba, llevando uno de ellos una linterna con vidrios de colores.

—Gracias á Dios! exclamó desahogando su ansiedad en un profundo suspiro, y dirigiéndose con paso acelerado hácia el grupo que adelantaba como explorando vigilante las travesías.

Apenas hubo entrado Wálter en el radio de luz que producía la linterna, una voz imperiosa le gritó:

—Alto á la ronda! quién vá?

—Un honrado ciudadano, replió Roche con acento firme. ¡Viene entre vosotros el señor Pleyel?

—Qué se ofrece? preguntó un hombre alto, flaco, vestido de negro, avanzando con aire de importancia.

—El señor Wálter Roche tiene que hablaros.

—Señor Wálter! dijo el jefe de policía reconociendo

al sustituto del ministerio fiscal, y con muestra de profunda consideracion. Aquí estoy á vuestras órdenes. Podiais haberme hecho avisar en vez de venir...

—Ha sido una ocurrencia imprevista, respondió Roche encogiéndose de hombros.

—Esperad en la esquina, repuso el jefe dirigiéndose á sus alguaciles, que saludaron y siguieron fielmente la indicacion.

—En qué puedo tener la honra de seros útil?

—¿Recordais sin duda el espediente famoso de estradicion de una señorita francesa?

—La señorita Bertrand, segun creo.

—El pobre tutor ha corrido la posta para sorprender al raptor de su pécora de sobrina; pero el pájaro voló con las alhajas de la damisela, y solo pudo haber á la Ariadna abandonada de su Teseo.

—Pobre hombre!

—El cónsul intervino en el asunto; yo activé el despacho en nuestras oficinas, y se expidió el pasaporte, firmado por vos....

—Expide uno tantos! espuso Pleyel para justificar su falta de memoria.

—Pasaporte á favor del señor Bautista Juan Amadeo Bertrand, recaló Wálter para escitar los recuerdos del jefe de policia. Valedero para él, su sobrina y un criado; en silla de posta, y via directa para París, con encargo á las autoridades de proteger la estradicion de la señorita Fortunata en caso de resistencia...

—El documento obra en mi registro sin duda, concluyó el señor Pleyel.

—Es el caso, añadió el abogado con aparente jovialidad, que el sándio del tutor ha perdido el pasaporte.

—Diablo! exclamó el jefe de policia, siguiendo la broma.

—Ha pasado el dia en buscarle por todas las vias de Bruselas, pero sin fruto, y recurre á mí exponiendo que tiene ajustada la silla de posta para mañana á las diez. Yo le he prometido salir garante del suceso, y responsable á sus consecuencias...

—No hay gran mal en el asunto, interrumpió el señor Pleyel, gozoso de alcanzar á servir al sustituto del ministerio fiscal. Se reitera el pasaporte con nota que invalide el anterior, y mañana á las ocho tendré el gusto de remitíroslo.

—Estoy al desquite, amigo mio, contestó Wálter con efusion sincera esta vez. Hasta mañana.

CAPÍTULO VI.

DOS PÍCAROS A LA LUZ DE UNA VELA.



o es molesto ciertamente para el criado que sabe vivir esperar á su señor en un gabinete lujoso; en un primer piso de casa de viviendas independientes; sentado á la mesa con oriental laxitud, frente á una escudilla de bizcochos de espuma, y dos botellas de vino del Franco-condado; haciendo honor á tales pasatiempos, y aspirando con avidez frecuentes tomas de tabaco en polvo.

Así pensaba con sobra de razon el hércules suizo Wandrillo Góttling, doméstico de íntima confianza del señor mayor Herman Huguell, y personaje de pésima catadura; señalado en la cara por un sablazo descomunal; torvo ceño; bigotes rojizos y rebeldes, y tipo intermedio entre el soldado camorrista y el bandido de las ciudades.

Pero como el bien dura poco en este pícaro mundo, apenas habia hecho la reflexion de su bienestar el suizo,

sonaron dos fuertes aldabadas en la puerta de la escalera, y una cromática de silbidos dulces y sonoros como de un flautin, tocado por hábil profesor.

—Ahí está, gruñó contrariado el paisano de Tell, y levantándose con parsimonia depositó en una alhacena de cedro sus provisiones; echó la llave, que guardó en el bolsillo de su chupa de paño grana y se dirigió hacia la puerta, eslabonando una docena de juramentos, capaces de atraer la cólera divina sobre su cabeza criminal, si no tuvieran fuero de escepción, aunque por distintas causas, la inocencia y la estupidez.

—Allá voy, exclamó foscamente al abrir la puerta.

—Te vás haciendo insoportable, Wandrillo, contestó una voz estentórea. Cierra pues, y vamos á tomar un bocado. Tenemos que hablar seriamente.

—Sí, replicó Góttling: lo de siempre: palabras y cero en resultados. Ya no me engañas.

El maggiar penetró en el gabinete. Tiró sobre una silla el capote de seda que llevaba plegado al brazo. Dejó en otra su sombrero militar con roja escarapela en la pre-silla, y aproximando un taburete de baqueta á la mesa de caoba en medio del aposento, instalóse con una galanura marcial; apoyando la mano izquierda doblada en el muslo, y poniendo el codo derecho en la mesa para acariciar cómodamente sus largos mostachos, sedosos, de un negro brillante y formando un bucle de ébano á lo largo de sus mejillas.

El mayor Huguell, como se llamaba en la rolina del señor Lafarge, tenia una hermosura de leon, pero no reposadamente fiera; sino contraida en un gesto habitual de imponente alarde. Era el Adónis de esas mujeres materialistas que no comprenden al hombre sino en relacion de su fuerza, y bajo este punto de vista Herman tenia las proporciones de un modelo al desnudo de la antigüedad, y la resolucion, la altivez y la pujanza se leian en la mirada centelleante de sus rasgados ojos, y en los surcos de su blanca y deprimida frente. Una casaca abrochada, calzon de punto blanco y bota ajustada hasta

la rodilla, componian su traje y pendiente de una cinta azul lucia en su pecho la condecoracion del águila de Prusia, creada por el Gran Federico como recompensa de notables hazañas. Mientras observamos al mayor, el suizo redoblando las muestras de su humor indisplaciente, le puso delante una escudilla de bizcochos de espuma, una botella de vino, y una copa de cristal de Maguncia tallado por hadas.

—No me haces frente? preguntó Herman á Wandrillo, sonriendo y buscándole la gracia, como dicè espresivamente el vulgo.

—Que aproveche. No tengo apetito, replicó bruscamente Góttling.

El mayor con estremada sangre fria dió principio á su cena frugal. Dos ó tres veces su fisonomía tomó un carácter alarmante. Una especie de nube preñada de sañuda intencion cruzó su frente; mas apuró de un trago el contenido de la copa, y al dejarla sobre la mesa la calma habia renacido en aquella severa faz. Puso término á la colacion nocturna, y separando de sí escudilla, botella y copa tosió, miró de hito en hito á Góttling, que se hacia el distraido, y dijo al fin con solemnidad:

—Cabo Góttling, vamos á cuentas... ¿Qué mil legiones de diablos teneis?

—Sargento Huguell, respondió el suizo con insolencia, que no quiero ser vuestro criado por mas tiempo.

—Mi criado! exclamó el mayor moviendo la cabeza con sarcástica mofa: un criado que sale cuando y á donde quiere; que recibe dinero para pagar la limpieza del cuarto, comer donde guste, y solazarse como le acomode; que deja la llave al portero para que me la entregue; pasa la noche en garitos y tugúrios, y vuelve hecho un perdido; que pide mas dinero y no se le niega... ¡Excelente criado! Condenacion!

—No echemos la cuestion á bulla, sargento Herman, repuso Wandrillo con irónica fiema. Esto no es lo tratado entre nosotros al evadirnos de Prusia. Entonces nos

propusimos aventurarlo todo para hacer fortuna, partir-la como hermanos, y separarnos como dos socios que liquidan en paz.

—Y dónde está esa fortuna? interrogó el húngaro ir-ritado. Bien sabes que perecíamos de hambre, y que ya íbamos á lanzarnos á las calles de Lóndres, arros-trando el ojo avizor de los *police-mann* cuando mi en-cuentro con el señor Lafarge en una taberna de la *City* me proporcionó la plaza de inspector de la sala de rolina en el barrio de San Pablo. Desde entonces acá disfruta-mos las comodidades de gentes de mediana posicion, y si hubiéramos salido á merodear en Lóndres, á esta fecha los que escaparon del fusilamiento por robo en Prusia habrían sido ahorcados en Tiburn.

—Pero tú eres el mayor Huguell, y el cabo Góttling sirve de asistente; y esto lleva trazas de no concluir nunca. Quien no busca no encuentra. Vamos á buscar.

—Has nacido para mi perdicion, demonio, dijo el mayor exasperado. Cuando viniste á mi regimiento yo tenia la nota de intachable y el águila de plata. Tú me enseñaste á frecuentar burdeles, cantinas y gazapones; y de abismo en abismo llegué al punto de robar la caja, perder sus fondos, y ganar la frontera vecina, asociado á tí que dejabas sin un cristo á tu escuadra y al bueno del provisionista del batallon.

—Y no he corrido tu propia suerte?

—Jamás contento, añadió Huguell; siempre renegando de mí; impulsándome al crimen grosero y brutal; porque yo me proponia aprovechar la suerte en el juego florea-do; burlar con travesura á una vieja enamorada; levan-tarme con un capital y un nombre, adquiridos tenebro-samente, pero sobre seguro. Y tú no entiendes de otra cosa que de fechorías de salteador y de proezas de ase-sino....

—Cuidado con la lengua! interrumpió el hijo de los cantones helvéticos, amenazante y sombrío.

—Yo no os conozco de ayer desgraciadamente, contes-tó el *maggiar*, y sé que apesar de vuestro empaque de

maton habeis recibido cuchilladas que no os cuidasteis mucho de devolver.

—Pero nos declaramos la guerra? articuló intencionadamente Góttling.

—Me es igual, absolutamente igual, afirmó Huguell. Un dia y otro vengo soportando vuestras impertinencias; teniendo que oir vuestros atroces planes; habiendo de hacer el papel humillante de un sobrino pobre que adula á un tío millonario. Sabedlo de una vez, cabo Góttling; no os temo. Hablad á quien os plazca: denunciadme. Todavía en la balanza de la justicia puede hallarse una cadena para mí y la horca para vos; y antes que tolerar por mas tiempo los aires que vais tomando todo lo acepto con gusto.

—Hombre! tartamudeò Wandrillo dominado por aquella energía, arreglémonos, y....

—De eso trato, continuó el húngaro con súbito cambio de tono. Tengo un negocio á la vista. Me he despedido del señor Lafarge, cobrando mi parte en ganancias, y quedo libre para maniobrar.

—Hablaras de una vez, replicó el suizo con alegre emocion y frotando sus manos alcídeas.

—Alcanzo el medio de salir de Bruselas con un fondo considerable, en silla de posta y en direccion á Francia, que es un país de grandes recursos; cambiando de frente en la formación que se me traza por el mayor.

—Esplicame eso, cuerpo de tal, dijo Góttling con una curiosidad femenil.

—El señor Wálter Roche ama como él es capaz de amar; por una idea interesada primero; despues por irritacion de su orgullo herido con una repulsa, y ahora por ánsia de vengarse del menosprecio que le manifiestan.

—El señor Wálter sabe hacer las cosas, observó el esguizaro con aplomo.

—Se ha espontaneado conmigo, y favorecido por mí en sus extravagantes ideas, me asocia á su proyecto. Nos suministra lo necesario para el asunto: pasaporte, carruage, y lo suficiente para llegar á París, adonde al ca-

bo de unos cuantos dias, irá á reunirse con su adorado tormento; quedando nosotros francos de servicio.

—Y el cambio de frente? preguntó Wandrillo con recelosa desconfianza.

—Ese le daré yo tan pronto como el señor Wálter me introduzca en casa de su codiciado tesoro. El se promete de mi buena amistad el solo papel de cómplice del raptó; pero ya en el terreno le haré comprender que caben en un solo acto su pensamiento y el mio; y como el amo de casa es un judío Matusalen, avellanado y amariello como su oro, le desbalijaré sin resistencia, y al paso que me lleve á su hija, sobrina ó lo que fuere, cargaré con el botín de guerra irremisiblemente.

—Yo te acompañaré, Herman, respondió Góttling con inquietud. Tú no sabes dar salida á ciertos particulares, que la piden pronta y sin escrúpulos.

—Descuida, hijo de las montañas de Uri. Cuando matamos para robarle al carnicero de aquella rica villa de la frontera aun duraban los recuerdos militares del sargento Huguell; pero en el dia obraré como corresponde; porque el caso es acopiar dinero para los dos, y romper esta cadena que nos liga y embaraza: volar cada uno con sus plumas y hasta olvidar que nos hemos conocido.

—Y qué debo hacer yo en ese lance?

—Tú ajustarás la silla de posta, conduciéndola además como antiguo postillon de la carrera de Italia, mientras el conductor flamenco bebe aguardiente en el puente de *Laëken*. Mañana á las doce te presentas al señor Wálter, y sigues sus indicaciones sin discrepar un átomo; y sobre todo, cabo Góttling, cuenta con el zumo de la vid, porque si perdemos el salto por vuestra causa, por el rayo de Dios que....

—No sucederá ¡infierno! exclamó Wandrillo con exaltacion gozosa. Pero se me ocurre una idea.

—Habla, respondió Herman que no esperaba gran cosa en la conveniencia ni en la sencillez de las ideas del suizo.

—El señor Wálter puede oponerse á que explotes la mina.

—Te fio que será inútil que se oponga, repuso el maggiar irguiéndose con arrogancia; porque una vez comprometido el suceso, si se atreve á interponerse en mi camino, si no se aparta cuando yo se lo mande, su pensamiento no se llevará á cabo, pero el mio se realizará, aunque haya de sacrificarle á su logro.

—Puede haber en la casa mas gente de la precisa, y vais dos hombres: uno mejor dicho.

—Tenemos un aliado en el campamento enemigo.

—Malo! No me gusta mucha gente en esa clase de diversiones.

—El aliado recibirá un descarte magnífico, concluyó Huguell con sonrisa lúgubre. En cuanto á servidumbre es numerosa la de esa quinta; pero apartada del principal cuerpo del edificio no estorbará la operacion. En fin, tengo sueño, cabo Góttling. Mañana será otro día. Despertadme temprano, y templad el humor, que gracias al diablo nos queda poco tiempo de andar en pareja.

—Dispensa, Herman, balbuceó Góttling. Yo á decir verdad no debía...

El húngaro tomó una cerilla que habia preparada en el platillo del candelero próximo; la encendió en la llama de la bujía que alumbraba el gabinete, y se dirigió á su cuarto, cuya puerta cerró tras de sí.

CAPÍTULO VII.

EL DIA FELIZ.

Sunter habia sido indiscreto. Antes de partir á la ciudad en compañía de Berta, doncella de Cristina, comunicó á la protegida del señor Franz Fabricius los votos del anciano negociante por unir en destino á los dos seres que se repartian el imperio de su corazon. La huérfana recibió este aviso como una regla de conducta; porque su alma recta y noble no conocía los mil pretestos especiosos á cuyo favor se sustraen las conciencias laxas á la severidad de sus deberes, evitando los ásperos pasos del sacrificio. Hija de unos operarios fabriles, traidos de Francia para montar los talleres de encagería del banquero, á la muerte de los autores de su sér quedó al amparo generoso de un hombre que pasaba por duro, desapacible y avariento; pero que fué para ella un padre lleno de cariñosas prevenciones; un ángel tutelar, que respetando hasta los caprichos del difunto tejedor, hizo educar en

las Ursulinas de París á la jóven francesa, entre las señoritas del supremo rango. Ella debia compensar los cuidados solícitos, dispensados á Fanni Hárrison en su última dolencia; tributados á Luís Armand en mas de un año de viajes al mediodía de Europa, buscando remedio á la tísis que acabó prematuramente sus dias en los brazos del señor Fabricius. Ella reconocíase obligada por la deuda de su educacion, por la ternura sin límites de que era objeto y por aquella adoracion constante, que recibia sus caricias como favores y no como justo premio de un hidalgo proceder. El amor y el matrimonio se unen en la fantasía calorosa de la doncella como dos capullos que brotan de un solo tallo. Es preciso que el corte frío de la experiencia separe estas imágenes encantadoras para precipitar uno de estos capullos en el fango de la vida positiva y prosáica. Cristina habia soñado en el amor como divino gemelo de un santificado enlace, y ahora impulsada por la gratitud, plegándose á un anhelo bastante prudente para reprimirse en obsequio suyo, iba á entregar su mano á un hombre á quien no podia ofrecer su alma; pero esta discípula del evangelio sudaba sangre como el Redentor al pensar en los trances de su pasion acerba; diciendo tambien:—«*Señor, hágase en mí segun tu voluntad.*»

Cristina amaba. No con ese ardor inquieto de las púberas fogosas, depravadas precozmente en su imaginacion por escitantes conversaciones ó arriesgadas lecturas. No con el impaciente malestar de adolescentes enfermas que ceden sin lucha á la vitalidad exuberante que la edad desarrolla. Amaba á un hombre hermoso, noble, excepcional. Su voz vibrante habia sonado en sus oidos, como esas notas perdidas en los espacios de la noche, y que halagan el timpano cual dulces ecos de armonía celestial, escapados á la region de la bienaventuranza. La huérfana cambió con aquel tipo ideal esas frases corteses que enredan el diálogo sin producir esplicacion alguna; mas la corriente irresistible que establece mútua simpatía entre los que nacen para entenderse sin auxilio de

la palabra obró en ambos un efecto mismo, y cada uno comprendió mas lo que pasaba en el otro que la emocion propia. La entrevista tuvo por teatro el locutorio de las Ursulinas de París. Comprometida la huérfana por su amiga Elia de Saint-Medard á bajar en su compañía al locutorio, allí vió al hermano de Elia, jóven recién admitido en la guardia de corps y á su camarada Carlos; gallardo vástago de una casa ilustre y bizarra muestra de aquella juventud eselarecida, esforzada y vehemente, segada en flor mas tarde por la cólera del pueblo, por el puñal de los sicarios, ó el filo de la guillotina. La patrocinada por el señor *Fabricius* no pudo ocultar á la maligna Elia la impresion de su ánimo. Bajó aun dos veces al locutorio, vencida por una inclinacion que superaba sus escrúpulos; pero tuvo miedo de su debilidad; rehusó acceder á las instancias apremiantes de su amiga y rompió unos preliminares que la habrian conducido á donde arrastran la impremeditacion y la inercia á los espíritus pusilánimes. Guardó en su pecho una ilusion grata. Pensaba en Carlos con ese melancólico éxtasis que produce la memoria de un sueño delicioso, desvanecido al estremecerse á su influjo bienhechor. Se defendia con sonrisas de indiferencia de las exploraciones osadas de su alegre compañera de estudios y llamaba á la razon y al deber en contra de una seduccion, halagüeña sí, pero fatal á sus destinos futuros y dañosa á el encargo sublime de difundir la bienandanza y el consuelo en los hogares de su anciano y enfermo protector. En los dias de aquella lucha misteriosa el viejo Sunter llegó en comision del cambista á recoger de la casa de educacion á la interesante huérfana, y Cristina pactó con Elia seguir en amistosas comunicaciones, para darse cuenta de su situacion respectiva en el círculo trazado á cada una por su nacimiento y circunstancias. La hija adoptiva del señor Franz abrazó llorando á las buenas religiosas, en quienes habia encontrado indulgentes y cuidadosas madres y á las educandas, atentas á complacerla con efusion fraternal. Recorrió los lugares todos donde se desli-



V. Urrabieta dib.^o y lit.^o

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8.

zaron sus horas entre faenas, labores, y solaces, y al atravesar por el locutorio su imaginacion exaltada le dibujó en su fondo obscuro, y entre los cruzados hierros, la sombra del apuesto guardia de corps; sentado en el taburete, y embebido en contemplar á la hermosa pensionista. Aquella tarde Sunter alquiló una carroza y llevó la joven al bosque de *Boulogne*. De improviso salió de una de las avenidas un ginete galan, montado en un ruano soberbio; pasó al galope contenido cerca de la huérfana, y saludó respetuosamente, perdiéndose luego en un recodo del camino. Cristina sintió afluir la sangre á sus mejillas y palpitar con fuerza su corazon. Cerró los ojos y aun veia á Carlos ruborizado y bajando su sombrero hasta el estribo al pasar cerca de ella. La ausencia y las domésticas ocupaciones no enfriaron este culto secreto, guardado como un tesoro de la investigacion profana.

En Bruselas rodearon á Cristina las atenciones paternales del señor Franz y los homenajes respetuosos de Jaime su sobrino. Jaime era el prototipo del negociante flamenco en el siglo diez y ocho; formal, activo, emprendedor, y celoso de su buen nombre hasta la escrupulosidad de un caballero de la edad media. Dotado de una figura simpática, instruido sólidamente en relacion á su clase y de un natural recto y pundonoroso, Jaime inspiró á la huérfana un afecto de hermano; tranquilo, puro y sereno como el azul de un claro dia. La enfermedad del señor *Fabricius* esperimentó una incrucescente crisis, y los facultativos aconsejaron el completo abandono de las tareas comerciales y la vida del campo. Franz propuso entonces la compra del castillo de Hartz á sus altivos dueños, deudores suyos por una crecida suma, y los orgullosos aristócratas rechazaron duramente la proposicion; añadiendo que no se habia levantado la fortaleza por el conde Ivo de Hartz para que fuese morada de un hebreo enriquecido. Aquel insulto enardeció la sangre del cambista. Entabló su pleito; prodigó el oro; ensayó la corrupcion de Wálter Roche, abogado de sus contrarios, y obtuvo la adjudicacion del castillo,

como único predio de los Hartz que podría cubrir la mayor parte del crédito del hebreo enriquecido. Cristina fué consultada para mudar el nombre histórico de la fortaleza, y por eleccion suya recibió la denominacion de *Chateau-fleurí* (castillo florido); recuerdo de una posesion amenísima, sita en el lugar de *Fontenay-aux-roses*, en los contornos de París. La huérfana vivía resignada con sus deberes y devorando el tiempo entre presidir al régimen de la casa y hacer olvidar al enfermo el peso abrumador de sus males, cuando Wálter interpusó su demanda amorosa, y provocó el conflicto que conocen nuestros lectores. El miedo se habia apoderado de la jóven; porque el siniestro Roche era capaz de cumplir sus infames amenazas. Sunter reveló los fervientes votos del cambista, y Cristina, dando un triste adios á la imájen de sus ensueños, decidió rendirse á la insinuacion primera de *Fabricius*, y crearse un protector contra las asechanzas impías de un hombre sin freno en sus pasiones.

Digno era del pincel de Wan-dik el cuadro que presentaban la huérfana y su protector, entregados á dulces expansiones, despues de servido el almuerzo en el gabinete del señor *Fabricius*.

Cristina era una jóven alta y esbelta; de ojos azules, lánguidos y velados por rizadas pestañas; perfil de carácter galo; boca de labios purpúreos; óvalo de estatua griega. Sus cabellos rubios, ligeramente empolvados, formaban un marco hechicero á su cabeza de vírgen de los bosques druidas. De las mangas de su bata de tafetan de color rosa salian dos brazos admirables que envidiara Sva, la Venus de la mitología escandinava, y su cuello, sus hombros y sus espaldas, descubiertos con ingenuidad por un escote frangeado de trencilla de seda, no cederian en belleza y frescura á los de Hébe, la copera de los dioses en el Olimpo griego. Habia tanta distincion natural en las posturas de la huérfana de *Chateau-fleurí*, tal aire de candor y dignidad en su semblante atractivo, y tanto conmovedor interés en su mirada, que hombres de la especie de Juan Grüe, avezados al mal, y

capaces de emprender lo imposible, sentíanse desarmados y enternecidos ante aquella muger, favorecida por la Providencia con amplios dones del cuerpo y del alma.

El señor Franz, ya lo hemos dicho, era una especie de momia, agitada aun por un soplo imperceptible de vida; pero cuando su hija de adopcion se instalaba en un asentillo de tafilete á sus piés, entregando su cabeza de estudio al blando halago de su mano descarnada y cadavérica, aquel resto de vida flameaba en sus ojos, que humedecian los asomos de un llanto, sin fuerza para correr por sus mejillas áridas y rugosas. Entonces el banquero respiraba sin opresion: mitigábanse los continuos dolores de su hígado en disolucion horrible, y parecia que en su cuadrante retrocedía la sombra á la influencia de Cristina, como en el de Ezequías á la prediccion del profeta.

—Escucha, hija mia, exclamaba con apagada voz; muero con dos ángeles á mi cabecera: el invisible de mi guarda, y tú que endulzas mi agonía con tus solicitudes; pero no muero tranquilo; porque te dejo sin apoyo en el mundo; rica, independiente, y blanco de asechanzas de criaturas que lo sacrifican todo al interés.

—Padre mio, contestó la huérfana ruborizándose, decidid mi suerte con arreglo á vuestra entera voluntad.

—Eso no, querida niña, replicó el señor *Fabricius*. Ni tengo ese derecho, ni aunque lo tuviera emplearia mi ascendiente en disponer de tu mano; porque el matrimonio es un asunto demasiado espinoso para resolverle bajo el solo aspecto de una conveniencia egoista.

—Sin embargo, insistió la huérfana con un triste desaliento, muchas veces elije lo peor la inesperienza juvenil, y lo mejor la prevision esmerada de los que desean nuestra dicha.

—Tienes razon, repitió el anciano vivamente complacido, y hablas con una cordura que me enagena. Sí, Cristina; yo no estoy autorizado á darte consejos en el particular á fuer de célibe; pero he observado mucho, y lo mismo que tú, creo que el corazon amante se engaña

con suma frecuencia. No obstante, he visto no pocos enlaces, contraídos por la resolución paternal, trágicamente desenlazados, y gérmen de atroces desventuras.

—Padre mio, repuso Cristina espaciando su clara inteligencia, muchas veces consiste la desgracia en perseguir un fantasma vano á quien se reviste con las formas de la realidad.

—Es cierto, apoyó *Fabricius*.

—Claro es, continuó la jóven, que si el humano se obstina en hacer real á lo puramente fantástico habrá de parecer al niño que pretende sugetar al agua entre sus manos juntas. El amor, en mi pobre entender, es la manifestación del sentimiento que liga á todo lo criado en una série de perfecta armonía. Si se le toma por lo que concibe una imaginación calenturienta ese amor será un delirio que no tenga cabida en el orden racional de la existencia humana, y consentir que se apodere del ánimo es labrarse la cadena que nos ha de sugetar al infortunio.

Esta reflexión era la misma á cuya fuerza apelaba la vírgen de *Chateau-fleurí* para desterrar de su espíritu la memoria de Carlos: memoria que vivía confinada en un íntimo repliegue de su corazón, como una sagrada reliquia en lo más recóndito del tabernáculo.

—¡Dichoso mil veces el que logre unirte á su porvenir, hija mia! dijo el señor Franz trémulo de alborozo.

—¡Dichosa yo, replicó la huérfana, si logro satisfacer todos vuestros anhelos!

—Escúchame, Cristina, empezó el anciano con cierta violencia que pugnaba por disimular ¿Qué piensas de nuestro Jaime, el hijo de mi hermana María?

—Que es un hombre de honor, de índole excelente, y acreedor al afecto de cuantos le tratan.

—Sí, pero en otro sentido, agregó el negociante. ¿Le crees capaz de labrar la ventura de la muger que escoja por compañera en el camino de la vida?

—Sí, respondió la jóven con entereza. Siempre que esa muger no busque más que los vínculos firmes y du-

rables que establecen las cualidades sólidas, y fortifican la conciencia de los deberes supremos.

—Todavía mas, siguió *Fabrizius* con exaltado interés. ¿Comprendes tú que el vacío no aparezca á cierto plazo en un matrimonio que no tenga mas allá de la estricta órbita de los derechos y los deberes?

—Padre mio, balbuceó Cristina confusa, à esto...

—Dime tu dictámen, reiteró el enfermo con tenacidad: tu inteligencia excede á tus años y traspasa tu condicion.

—Pues bien, señor, concluyó la doncella con esfuerzo sublime; la religion y la moral no permiten á la muger que sabe acatarlas dar curso á pensamientos que falsean por su base derechos y deberes.

—Bendita seas! interrumpió el viejo, levantando sus manos temblorosas sobre la cabeza de su hija adoptiva ¡Bendita seas de Dios, que me dispensa en tí el mayor de sus beneficios!

—Señor, dijo Cristina mirando fijamente á su segundo padre ¿me es permitido saber el móvil que encierran esas preguntas acerca del señor Jaime *Fabrizius*?

—Sin duda, querida mia, replicó Franz animándose á entablar el diálogo en términos mas precisos. En la conducta de mi sobrino respecto á tí hay una delicadeza respetuosa, à través de cuyos testimonios reverentes no era difícil descubrir el amor en su mas pura esencia; al amor que teme empañar con su hálito al objeto de su idolatría. Yo, que os quiero con el cariño del mejor padre, he guardado una reserva absoluta, y dejé obrar al tiempo, receloso de forzar tu albedrío si intervenia en el asunto...

—El señor Jaime os ha encargado pues...

—Nada absolutamente, se apresuró á contestar el enfermo; pero mañana debemos asistir al baile con que se inaugura su casa de giro; y yo sé que Jaime se propone aprovechar aquellos instantes de confusion y alegre bullicio para espontanear su fé, y declararte los sentimientos que abriga su alma.

—Y qué pensais vos de ello? interrogó la huérfana con exploracion cariñosa.

—Eso no es del caso, niña, respondió Fabricius con embarazosa dificultad. Es un negocio en que se juega tu felicidad futura, y en que no debe consultarse mi gusto para nada.

—Para ser franca, padre mio, he menester que vos seais sincero. Respondedme.

—Es que me he propuesto una neutralidad...

—Imposible, concluyó Cristina sonriendo: imposible, sí; porque yo sé que sería para vos el día mas feliz aquel en que os dijera, como os digo: «Os autorizo para declarar al señor Jaime que acepto su amor; que seré su esposa, y llevaré dignamente su nombre.»

Franz llevó la diestra á su corazon, como si temiera que le ahogaran sus palpitaciones.

—Pero reflexiona antes de repetir esa declaracion que me enloquece de alegría (repuso fuera de sí, y temiendo que se desvaneciera aquella ilusion plácida) reflexiona, encanto mio, que este enlace no le deseo sino en cuanto produzca tu bien; en cuanto no cifres tu afan en el esclusivo propósito de complacerme; en cuanto participes del amor que inspiras á Jaime.

—Padre mio, exclamó Cristina con una entonacion firme, yo no puedo ser desgraciada con un hombre de la especie del señor Jaime, y mucho menos con la idea de satisfacer el mas halagüeño de vuestros designios sobre mi porvenir. Además me hace falta una proteccion eficaz y respetable para lo futuro y aun por lo presente.

—Por lo presente! repitió Franz alarmado.

—El señor Wálter Roche es un hombre de talento; relacionado en nuestra sociedad; peligroso para enemigo, y perdóneme Dios... pero le juzgo susceptible de pensamientos rencorosos y alevés. Manifiesta haberse conformado con vuestra repulsa; pero creed, padre mio, que medita una venganza temible.

—Miserable! prorumpió el anciano con sorda furia. Y ha osado amenazarte con su venganza?

—No; tranquilizaos, replicó la jóven asustada por la irritacion biliosa de su valedor; es una sospecha mia, fun-

dada en su reserva siniestra; en sus acciones calculadas; en algun relámpago sombrío de su mirada torva al fijarse persistente en mí.

—¡Mal hayan los Hartz que me hicieron conocer á ese inicuo! repuso el banquero con resentimiento enconado. ¡Maldita la hora en que pagué á ese monstruo el precio de su indecorosa venalidad! Bien dice el adagio, niña querida: *«no hay buen fin por mal camino.»*

—No pensemos en esa nube negra, respondió la vírgen con afable persuasiva.

—Tienes razon, apoyó el señor Fabricius; pensemos en el inefable gozo que me proporciona tu determinacion adorable; porque tú consientes en esta boda de todo corazon... ¿no es verdad?... sin repugnancia alguna; de tu espontáneo y libre impulso... ¿No es esto?

—Ya os lo he dicho, respondió Cristina, cortando esta serie de preguntas penosas.

—¡Cuánto vá á sorprender este resultado á mi pobre sobrino! prosiguió el anciano con una alegría que le hacia estremecer con temblor epiléptico. Oh! aunque deban confundirse vuestras nupcias con mis funerales, haré celebrar una fiesta digna de los tiempos del emperador Cárlos de Hapsburgo...

—Dais permiso? preguntó desde la puerta del gabinete una voz áspera y ronca:

—Adelante, contestó el señor Franz.

Wandrillo Götting, el suizo que pasaba por criado del mayor Herman. Huguell, entró seguido de Condor como de un centinela. El perro de Siberia olfateaba al recién venido y mirábale con tenaz desconfianza.

—Para serviros, mi amo, (dijo el helvético) soy dependiente del señor Wálter Roche, y me envía...

—Ya sé, repuso el banquero con ágría impaciencia; ¿Traeis el recibó?

—Héle aquí, replicó Götting, poniendo un doblado papel en manos del señor Fabricius.

El cambista habló en voz baja con la huérfana, entregándole un manójo de llaves.

Cristina entró en la alcoba próxima y volvió á salir al breve rato con dos paquetes de oro que recibió el negociante; guardando las llaves en el ancho bolsillo de la bata que envolvía su cuerpo estenuado.

—Esa es vuestra cuenta, idos en paz: exclamó el viejo con tono severo, alargando ambos paquetes á Wandrillo.

—Quedad con Dios, contestó el suizo frunciendo el entrecejo y volviendo la espalda, picado de aquel recibimiento brusco y aquella despedida fosca.

—Pardiez! dijo Góttling para sus adentros, atravesando la galería contigua; el viejo merece que se le estrangule, y gana la humanidad; pero la muchacha.... ¡voto á Crispo!.... es lástima que caiga entre las uñas del condenado de Wálter.

CAPÍTULO VIII.

DOS PÍCAROS Á LA LUZ DEL DÍA.



Wálter Roche vivía en el barrio elegante, denominado la *montaña* á causa de su elevacion sobre el resto de la ciudad. Allí se habia establecido su abuelo, procurador de la ley, de carácter inflexible, y de una severidad de costumbres propia de los estóicos. Allí habia constituido un bufete de gran crédito su padre, abogado de sólida instruccion y proverbial rectitud. Allí un hijo indigno de tales progenitores envilecia su honrosa profesion; manchaba un apellido respetado con bajezas é innobles vicios, yurdia en combinacion con un miserable la trama inicua de robar á la huérfana de *Chateau-fleuri*; asestando golpe tan cruel á la existencia de un anciano moribundo; empañando con su crimen la reputacion immaculada de una jóven ejemplar; destruyendo con atentado semejante las esperanzas de un hombre honrado y virtuoso que adoraba á Cristina, preciando á la vez sus gracias y sus dotes morales.

El señor Wálter no estaba en su despacho. Ocupa-

ba su lugar un viejo de aspecto sórdido; antiguo escribano del tribunal de Bruselas, privado de oficio por habilidades que merecian una cadena de galeote; pero á buen librar perdió su carácter en la curia y servía de pasante y consultor al señor Roche en los negocios que requerian cierto manejo, tácticas pérfidas, y agente de osadía probada y conciencia muda.

Un jóven de fisonomía grave, continente reposado, y aire de preocupacion continua en serios pensamientos, dedicábase al ramo criminal; mostrando predileccion extraordinaria á los procesos en que hacia Roche la parte de la ley, en virtud de su rango de fiscal sustituto y en las frecuentes agravaciones de las dolencias del propietario, ó por aliviarle en sus tareas cuando la estadística penal experimentaba incremento en sus cifras desconsoladoras. Dos amanuenses dependian de ambos subalternos de Wálter, completando el personal de aquella forense oficina. Wálter estaba en su retrete del piso alto, cuyo balcon cerrado por verdes persianas daba á un pequeño jardin, dispuesto con esmerado gusto y rico apesar de su reducida estension en plantas exóticas, juegos de agua, asientos rústicos, y estatuas de escayola, retratos de filósofos, cortesanas y repúblicos de la Grecia. Sentado ante una mesilla trípode y frente al mayor Herman, sostenía el diálogo con intermision de dos botellas de Tokai y una docena de ostras de Ostende, conservadas en latas y en adobo estimulante. El abogado reclinaba su cabeza en el respaldo de un divan de tela imitando marroquí y cerca de él y sobre el espacio vacante en su holgado asiento descubriáanse un pasaporte y un manajo de llaves, no usadas aun á juzgar por la brillantez de sus cañones y guardas. El Tokai obrando con sus espíritus poderosos en aquellas cabezas producía efectos distintos. Wálter sentía pesar una tristeza desesperada sobre su corazon, y su inteligencia despertábase como torcedor sin piedad que le reprehendia el infame empleo de facultades privilegiadas. Huguell experimentaba una inspiracion alegre y comunicativa. No abrigaba recelo sobre el logro

de sus designios, y hacia con chancero énfasis el resumen de sus encargos en aquella torpe conjuracion contra los *Fabricius*.

—Quedamos pues (decia Herman) en que á las cinco en punto debo esperar tu respuesta en el puente de Laeken. Si el tuno de Juan Grüe te avisa que hay novedad, aplazamos la cuestion. Si continúan las circunstancias favorables al asunto, emprendo la marcha á *Chateau-fleurí*, y media hora antes de oscurecer me persono en la portería del venerable conserge Pablo Dángton, que me otorga hospitalidad en su habitacion.

—Exactamente, repuso Wálter. Cuida de animar al bribon de Grüe con la expectativa de su libertad una vez en la frontera; porque ese canalla vacila y teme. Muéstrale el pasaporte que os permite el viaje con entera seguridad. Prométele una suma bastante para soportar las peripecias de su emigracion.

—No es preciso tanto, replicó el maggiar con burlesca sonrisa. Déjame entablar la partida con el amigo Dángton; y cuando llames á media noche al postigo del patio de la cisterna seca te prometo por lo mas sagrado en la tierra y el cielo que Juan Grüe será un cadáver.

—Un cadáver! repitió alarmado Roche.

—Una masa inerte, un instrumento dócil, corrigió el húngaro con exaltada jovialidad.

—Has tomado la silla de posta? preguntó el abogado con avidez.

—Y Góttling la guia, contestó Huguell, satisfecho de sus previsiones. Está pagada por cinco dias, y el conductor esperará en la parada que se le prevenga. Ya sabes que á las diez, y mediante aviso que dés á Góttling, aguarda á tu disposicion en la plaza y frente á *Broot-huys*.

—Cuántas precauciones! exclamó Wálter meditabundo. ¡Y qué fácil fuera todavía fracasar este proyecto!... Ah! (continuó cediendo á la violencia de sus reprimidos pesares) mas valia que nunca hubiese visto á esa muger; que el pensamiento ambicioso de unir á su posesion las

esperanzas de ópima fortuna no se alimentara en mi alma impetuosa. Sí, Herman, (siguió con desconsolada angustia) yo me veo en la pendiente que conduce á la sima de la infamia; y no hay ya un móvil de interés, ni una razon friamente calculada, que arreglen mi conducta. Son los celos y la desesperacion los que me impelen al abismo.

—Aun es tiempo de retroceder, observó el cómplice de Wálter, encojiéndose de hombros con gesto de mofa. Nada hay perdido en la materia. Es cierto que me has cansado sin fruto en consultas, sugeriones y planes; pero ¿qué le hemos de remediar?... Me presté á dar informes de tu buena alhaja de Juan Grüe como sirviente fiel y experimentado para que la agencia Havart le colocara en la vacante de conserge de *Chateau-fleuri*. Accedí á mezclar á Götting en esta conspiracion, donde yo arriesgo mi honra y mi vida por servir á los proyectos de un amigo y ahora salimos con que...

—Y quién te ha dicho que retracto mis resoluciones? interrumpió confuso el abogado. Una cosa es lamentar la adversa estrella que obstruye los caminos directos á mis fines, y otra bien diferente retroceder en la senda que el destino me traza, y á donde te arrastro por el influjo de la amistad.

—Hombre, (respondió el maggiar afectando candidez) pudieras haberte arrepentido de la intentona. Las Magdalenas y los Dimas no están exentos de reproduccion.

—Es tarde! concluyó Roche con tono brusco y ademan impaciente.

—Nunca lo es para el arrepentimiento veraz, objetó Huguell, irónicamente agresivo. Remites el agravio de tu amor propio. Añades al desaire de los Hartzs la repulsa de los Fabricius. Lo tomas por el lado filosófico, y te conformas con esperar á que el tiempo borre la impresion de estos percances. No todas las herederas nobles óricas han de darte respuestas desoladoras ¡qué diablos!

—Haces bien en burlarte de mí, dijo el abogado con sombría postracion.

—Quizá es el partido mas razonable, agregó el húngaro con refinado sarcasmo. Nada: renuncia completa á la venganza de tu hermosa ingrata. Déjala en plácido reposo; y dentro de quince dias, ó veinte á lo mas, una hermosa mañana de primavera recibes una lindísima caja de bombones franceses y una tarjeta en vitela color de rosa, donde se lea entre cupidillos de relieve, guirnaldas, antorchas nupciales, y palomas cruzando los picos: «Jaime Lutgen y Cristina Armand tienen la satisfacción de anunciaros....»

La sonrisa de Wálter fué tan espantosa, tan preñada de sanguinario amago, que Herman se detuvo al aspecto de aquella rabia, que ponía en la faz lívida de su amigo la expresion misma con que Satanás contempló á nuestros primeros padres, inocentes y dichosos en las arboledas del Eden.

—No sucederá, dijo con una calma terrible. Y tú que juegas con los dolores de un alma lacerada, no sabes todavía lo que puede la envidia cuando interna su diente envenenado en el corazon. Las heridas del amor propio se restañan y la ley de compensacion mitiga un contratiempo con un resultado satisfactorio. La ambicion se cura, se desvia de un polo para dirijirla á otro fin, ó se temple por la esperanza: último asilo de las humanas ilusiones. El interés y el amor no producen lesiones mortales, mientras el uno no llegue á la avaricia, y el otro no se convierta en pasion celosa, en sentimiento predominante y despótico.

—Pero ¿estás enamorado Wálter? interrogó Huguell con profunda estrañeza.

—No lo sé, replicó Roche téticamente; y quizá te cause risa la posicion de una persona de mis condiciones que no sabe darse cuenta de lo que le pasa. Ríete: pero es verdad por mi mala fortuna.

—El mundo es una jaula de locos, exclamó Herman sentenciosamente, apurando el resto del néctar germánico que contenia su copa y tornándola á llenar con ceremoniosa lentitud y aire preocupado.

—Si es amor esa insensata idolatría que costó á Sanson los cabellos y á Hércules la dignidad, yo no amo. Si es amor ese ciego sacrificio del hombre en aras de un querido objeto, inmолando á su ventura hasta los mismos votos de su corazon, yo no sé amar. Pero si es amor el propósito de romper todo género de conexiones con un pasado turbulento para empezar una existencia laboriosa é intachable en gracia de una muger hermosa, pura y distinguida, yo he amado por primera vez, Herman. Si es amor ese encono insaciable que se apodera del ánimo cuando otro vá á conseguir lo que uno codicia, y se niega á sus vivas solicitudes; si es amor ese impulso que hace familiar el crimen á condicion de no sufrir la pérdida irreparable del bien anhelado; si es amor esa brutalidad salvage que con tal de romper el vínculo que la exalta por todo rompe desbordada y furibunda, yo amo así.

—Me engañé (dijo el mayor, contagiado por el sesgo de conversacion tan siniestra). Yo creia que tuvieras capricho por la muger y cálculo en el matrimonio.

—Así comenzó sin duda; mas tú no conoces á Cristina afortunadamente. Tú no te has colocado bajo el dominio de su encanto, y no puedes concebir cómo, ayer mismo, combinado ya nuestro complot, á punto de consumarse nuestro plan, si aquella criatura, sin par en la naturaleza, me dá una esperanza remota, ó llega á prometerme resistir á las proposiciones de Jaime Lutgen, hago traspasar á Juan Grúe la frontera del reino vecino; te escuso de toda cooperacion á mi proyecto; arrojé esas llaves al Senne y me resigno á esperar.

—Poco se me alcanza en punto al amor, (reparó Huquell desdeñosamente) pero yo cometeria un atentado por coronar mis deseos, y no daria un paso que me comprometiera sin fruto.

—Esplicáte, repuso Wálter, mirándole de hito en hito y en espectacion alarmada.

—La cosa empezó por gusto y conveniencia (siguió Herman pausadamente). Una beldad con el plus de he-

redera probable de un millonario con los piés en el sepulcro es un negocio soberbio. Convenido. La niña dice que nones. El padrino, padre, ó lo que quiera que fuere, manifiesta repugnancia. Se vuelve á emprender el asedio, y hay que renunciar á la entrega voluntaria de la plaza fuerte. Quedan los recursos extraordinarios...

—Y bien, intervino el abogado con ansiedad. Prosigue.

—Se piensa en arrebatar á la doncella al poder de sus deudos... ¿Para qué?

—Para estorbar su enlace (respondió Roche enérgicamente); para impedir que un rival afortunado y presuntuoso te insulte con el espectáculo cruel de su felicidad, que tiene por fundamento tu infortunio, por aliciente tu inútil anhelo, y por trofeos tu humillacion y tu envidia... ¿Te parece poco?

—¿Y no es mejor (preguntó Huguell maliciosamente) sacar partido del rapto que trabajar en odio de un émulo?

—No penetro tu idea, confesó Roche.

—Es muy sencilla, añadió el húngaro. Figúrate que esta noche demos el golpe. A favor de las copas y las caretas el señor Fabricius nos toma por bandidos que van en busca de su dinero. Nosotros le sugetamos á la cama, y echando el guante á la protegida la intimamos pena de muerte, á ella y á su protector, si resiste, grita ó provoca una lucha con la servidumbre. La subimos en la silla de posta, y en un santiamen cátanos en Francia y en la capital inmensa, merced al pasaporte que me transfirió el papel del señor Bertrand; tutor, tío y árgos de la sensible Fortunata; paloma fugitiva de su nido y vuelta á su abandonado hogar...

—Adelante.

—Juan Grüe recibe carta franca. Götting, la señorita y yo vamos á la casita misteriosa que franquea la Du-bois á las tórtolas que se solazan en soledad apacible. Tú quedas en la ciudad para desorientar malicias y prevenir sospechas; pero á los treinta dias simulas una escursion á Gante; fuerces el camino y te incorporas con no-

sotros en París. Te hago formal entrega de la interesante víctima, y entonces me dedico á procurarme socios para fundar rolina en alguna cabeza de departamento, mientras que adelantas en la conquista de tu Elena.

—No conoces á Cristina Armand, dijo Wálter con sonrisa amarga.

—En buen hora; pero estás en el caso de hacerle una porcion de reflexiones que no tienen réplica. El público es inclinado á pensar lo peor de las mugeres y sobre todo en los enredos de amor. El viejo contará el lance y sin embargo el auditorio preferirá creer cómplice á la dama á compadecerla como blanco de una intriga tenebrosa. Inútilmente habrás respetado su honor. El mundo presta mas asenso á las infamias que á las tonterías; y pocos ó ninguno creerán que se perpetre un crimen para detenerse en repulgos á renglon seguido. Luchar en audacia, en poder y en teson contigo no es fácil á esa niña; y el escándalo nada remedia, y nada favorece; máxime cuando tú cuidarás de que en todo evento no pueda acusarte con visos de verosimilitud. En esta situación Cristina reflexionará que para salir de embarazo no le queda otro espediente que aceptar tu mano, y volver á Bruselas casada, y pretestando una fuga por miedo de verse compelida á una boda contra sus inclinaciones.

—Ojalá se realizara tu pensamiento! exclamó Wálter dando un suspiro; mas ó mucho me engaño ó la implacable jóven preferirá la ignominia en el concepto del público á restablecer su crédito en parte figurando haber cedido á mi amor y autorizado con su anuencia un rapto escandaloso.

—Y qué gana con ese prurito de inculpabilidad?

—Es católica, respondió Roche con tono incisivo; educada en un monasterio con prácticas severas, y subordinada á la férula de directores espirituales. Los sacerdotes papistas son fanáticos y la imbuyen en esas máximas de arrostrar la opinion desfavorable, satisfecha su conciencia de la integridad de sus actos.

—Es que allí en la casita aislada de la Dubois, no ha-

brá confesor, ni sugerencias devotas, sino tu poder y tu arbitrio. Por muy extravagante que sea la señorita Armand no me parece que prefiera perderlo todo á ganar alguna cosa, prestándose un poco á pasar por débil. ¿Quién se casará con ella, aunque diese asenso á su historia de la casta Susana? ¿Quién respetará su virtud, despues de saberse que ha estado una temporada á disposicion de sus atrevidos raptores? ¿Sabes tú el partido que sacarás de estos cargos?

—Ah! querido mayor! repuso Wálter, crédulo como todo el que ambiciona de la congetura mas nímia que halague su esperanza. ¡Qué goce tan inefable volver á Bruselas marido de esa muger sin rival en el mundo, y vengado de los desdenes de su familia!

—Bribon! (continuó Huguell). Bien sospechas tú que el viejo no tardará en firmar el armisticio, y si en el primer ímpetu de su ira revoca el testamento á favor de la muchacha, en breve mudará de dictámen; hará la declaracion apetecida, y conseguirás como suele decirse honra y provecho,

CAPÍTULO IX.

FRENTE Á FRENTE Y MANO Á MANO.



L sol habia desaparecido del horizonte. El crepúsculo vespertino tiñe de fajas sombrías el ocaso, donde se agrupan pesadamente masas de nubes cenicientas preñadas de electricidad y que parecen espiar el primer soplo del viento para invadir el cénit, y dar suelta á la tempestad que en sus senos hierve, exhalando en cárdenos relámpagos su comprimida furia. La naturaleza creeríase devorada por una de esas intensas fiebres que causan profundo sopor. Ni el hálito del aire que basta á estremecer una hoja en la rama venia á mitigar la pesada cargazon de la atmósfera. Los aromas de la vegetacion, que las auras esparcen y fertilizan la campiña, se condensaban faltos de ambiente que los pusiera en movimiento. La primavera escondia su cetro de flores, y el abrasador estío avanzaba esas tormentas breves pero furiosas, con cuyo auxilio templea los ardores de su imperio, y disipa las emanaciones densas que su influjo suscita.

El castillo de *Hartz*, elevando sus torrecillas, miradores y cúpulas sobre aquellas franjas oscuras del firmamento, se destacaba á lo lejos del camino, y saliendo de las ondas del Senne, como un espectro colosal que abandona su morada subterránea al espirar el día. El viajero apresuraba el paso en dirección á la ciudad cercana, temeroso de que este amenazador aparato se convirtiera en temporal deshecho al menor cambio del aire, á la sazón adormido. La iluminacion de la capital lucía sobre los puentes y eminencias, demarcando puntos lumínicos que esmaltaban el fondo negro de un cielo tenebroso y un silencio aterrador reinaba en los campos, no interrumpido por el grito de las aves nocturnas, los arrullos del zéfiro en la arboleda, ni el zumbir de los insectos. Un hombre de elevada estatura vestido de negro y embozado en una capa española, se deslizó lentamente por uno de los flancos de *Chateau-fleuri*, y evitando colocarse en posicion de ser visto desde las ventanas del piso principal, penetró en el vestíbulo internándose en la portería.

El conserje Dángton, ó sea Juan Grüe, no hacia mas que venir de cerrar las puertas interiores. Ponia las llaves en el garfio cuando el ruido de la mampara de cristales de su observatorio girando sobre sus goznes, y el rumor de cautelosas pisadas le hicieron volver la cabeza. Al reconocer al recién venido su cuerpo se estremeció como el que recibe un choque eléctrico; su cutis, curtido por el sol y la intemperie, se puso del pálido color de la cera virgen; y su lengua quedó pegada al paladar por una secatura ardiente.

—Buenas noches, camarada, (exclamó el mayor Huguell, desembozándose con parsimonia). Aquí estoy, fiel á nuestros pactos, y dispuesto á cumplir con mi deber; haciendo cumplir á todos con el suyo, y con el compromiso contraido.

—Buenas noches, contestó al fin Grüe con voz ahogada.

—Con vuestro permiso, mi buen conserje (dijo el atlético húngaro con cierta formalidad irónica). Voy á des-

embarazarme de la capa; á poner el sombrero encima; á colocar dos botellas de Tokai que me acompañan sobre una mesa; á procurarme una silla; á enteraros menudamente...

—Esperad, interrumpió Dángton conteniéndole y con acento sigiloso. Van á traer una luz, y despues debo cerrar la verja y la puerta principal de la quinta. Es necesario que entreis en mi alcoba para que Juanillo no vea un desconocido en la portería. Es menester que me aguardéis lo menos una hora y media quizá.

—A dónde vás? pregunto el cómplice de Wálter con desconfianza.

—A comer con toda la servidumbre. La señorita hace orar á los criados católicos en la capilla poco mas de media hora; y luego dadas las órdenes oportunas, cada uno se retira á su departamento.

—Pardiez! (repuso el maggiar) Abrevia lo que puedas, y reflexiona que es el último dia que te queda de conserge, porque mañana á estas horas estarás en Francia, libre y con la bolsa rellena de oro.

—Ahí llega Juanillo, señor. Venid y no tengais recelo alguno.

Herman quedó escondido en la alcoba y Grüe salió al encuentro del criado portador de la luz.

Al cabo de dos horas de aguardo impaciente y receloso el mayor prusiano vió luz que acercábase paso á paso á lo largo de la galería que daba ingreso en el patio principal, conduciendo al observatorio del conserge. Juan Grüe, llevando un farol en la diestra y revolviendo en torno de sí una mirada exploradora, avanzaba inquieto y perturbado por preocupaciones fatídicas hácia la habitación que servía de albergue al terrible maggiar. El viento soplando á ráfagas periódicas, breves pero violentas, estendia las nubes y las aglomeraba; provocando una esplosion que tenia por precursores repetidos relámpagos, y esas gruesas gotas de lluvia en medio del calor sofocante de una calma insufrible.

Herman se apresuró á introducir en su vaina de ace-

ro un puñal de triple filo y punta aguzada, que comprimía en su mano vigorosa, dispuesto á vengar la perfidia. Apenas le dió guarida en el bolsillo interior de su casaca de terciopelo negro, Dángton entró en la estancia: puso el farol sobre la mesa: entornó la puerta con esquisita precaucion: cerró la ventana que caía al patio: preparó una lámpara de cobre: encendió una mecha en la luz del farol de mano: comunicó su llama á la torcida de su mohosa lámpara: extinguió de un soplo la que ardía en su linterna, y vino á colocarse ante Huguell con esa impresion entre servil y enconada del siervo que obedece y odia al amo.

—Bien venido, aunque hartó esperado (le dijo el húngaro con forzada cordialidad). Siéntate y charlemos.

—Pero en tono mas bajo, repuso Grüe temeroso. Aun no han sonado las puertas que dividen al piso principal de los pabellones laterales, donde se reparte la servidumbre. Fuera imprudente levantar la voz dando motivo á curiosidades, que echarian á perder el asunto, y nos acarrearán alguna complicacion penosa.

—Eres un modelo de sagacidad, muchacho, (replicó el maggiar con marcial franqueza pero obedeciendo la intimacion de su cómplice). Estoy á tus órdenes inmediatas como un edecan sumiso.

—Pero ¿de qué se trata? preguntó el conserge con ansiosa emocion.

—Pregunta singular! contestó Huguell con enfado. Estás loco, Grüe?

—Estoy cuerdo (expresó el prófugo de las minas del estado enérgicamente). El señor Wálder dispone de mí como de un esclavo. Le debo la vida. En mi fuga me ha dado refugio. Me emplea en sus tramas sin dignarse especificar ni lo que se propone hacer, ni lo que me exige que cumpla. Ayer noche me habló de un rapto...

—Muybien! le interrumpió Herman con cáustico énfasis. Habeis errado el golpe, rata de los arsenales.

—Mas bajo digo, insistió Juan Grüe con imperiosa actitud.

—Habeis errado el golpe. Yo no vengo á daros detalles que no os haya esclarecido vuestro protector y dueño. Yo mismo no sé mas sino que me igualo á vos en la intriga. Las llaves falsas que traigo, el pasaporte que contiene mi cartera, y nos abre espedito y seguro el camino de Francia, el traje negro que visto, la careta que guardo en mi sombrero para la ocasion oportuna, el puñal y las pistolas que me acompañan... todo esto me anuncia que no he venido aquí á rezar en la capilla católica por dar gusto á la señorita Cristina.

—En efecto; (respondió el conserge moviendo la cabeza en signo de triste afirmacion) vuestro papel en este negocio es lo que me pasma, señor Herman. Que se eche mano de mí, demasiado se penetra. Soy un hombre á entera merced de quien conoce mi secreto; pero vos...

—Yo comprendo así la amistad, señor Grüe; (dijo el húngaro articulando con decision sus esplicaciones) y en consecuencia de este principio voy con el camarada á quien concedo mis simpatías, lo mismo á servir enfermos á un hospital, que á desenterrar muertos á un osario. ¿Entendeis?

—Perfectamente, mi mayor.

—Por eso yo, el mayor Huguell, me encuentro aquí á vuestro lado y al servicio del señor Wálter. Si decide robar robaré: si le acomoda el incendio se aplicará la tea, y si es cosa de arrebatarse una dama del dominio de sus parientes cargaremos con ella y en marcha.

Las puertas de los pabellones fueron cerradas con estrépito. Juan Grüe respiró como el hombre que se siente aliviado de una inquietud abrumadora.

—Sí, (objetó con terminante ademan) ayer lo declaré al señor Wálter, y hoy me ratifico en mi declaracion. Soy materia dispuesta para todo, menos cuando se trate de violentar á la señorita... Mi patrono me indica que no piensa en hacerla mal; que es una cuestion de herencia; una especie de...

—En efecto (apoyó el maggiar echando su capa en el respaldo de la silla). Creo haberle oido hablar de eso.

—Yo no lo he creído (continuó Dángton con gesto ceñudo). Si yo no dependiera del señor Wálter como la sombra del cuerpo; si yo tuviese vuestra fuerza, señor Herman, nunca habria consentido en servir en el primer caso de instrumento al rapto de esa muger divina, y en el segundo la defenderia de todo y contra todos con la ciega lealtad de un perro; hasta verter la última gota de mi sangre.

—Diablo! (murmuró alarmado el desertor del ejército de Prusia). ¿Estás enamorado de ese diantre de muchacha que á todos trastorna? Seria particular.

—Los ángeles nada pueden tener de comun con los condenados, dijo Grüe con honda desesperacion.

—En resúmen (manifestó Huguell): supón que ya dentro de la alcoba del judío se le ocurre aliviar de peso el arcon, que segun noticias fidedignas posa frente á la cama del respetable señor *Fabricius*.

—Yo asusto al viejo, incapaz por sus achaques de defender su tesoro: (replicó el conserge) yo abro el arca y la dejo sin medio escudo. Si es necesario, yo envio á ese pobre fantasma á dar cuenta de sus ganancias como usurero al tribunal de la suprema justicia.

—Bien; pero desbalijado el cambista, y reducido á la impotencia por la amenaza, (mejor que el matarle sin duda alguna), entra arrebatado á la señorita, y obligarla á seguirnos, á subir en la silla de posta, á guardar silencio en la travesía, y á permanecer prisionera en París hasta que el señor Wálter resuelva acerca de su destino futuro, y conforme al plan que se ha trazado.

—En todo eso nada tengo que hacer (declaró Grüe levantando su diestra en señal de una decision irrevocable). Sobre mi lecho está el lio de la ropa que traje á *Chateau-fleurí*, y mientras que vosotros forzais á la señorita Armand á que muda y sobrecojida de espanto se deje llevar á la silla de posta yo abandono la librea de esta casa, cuya hospitalidad pago con la traicion mal que me pese, y recobrando mi hato miserable, compro mi libertad por medio de la accion mas infame de mi vida aventurera y desastrada.

—¿Sabes qué estás gracioso con tus remordimientos y tus cuitas, Juan Grüe?

—Mi mayor (dijo el patrocinado de Roche con impetuosa espontaneidad), dos cosas me hacen maldecir las iniquidades de mi existencia: una, la muerte de mi madre de vergüenza y dolor al enterarse de que su hijo en vez de traficar en ganado de aquí para allá, recorría con otros salteadores los caminos públicos: otra, coadyuvar, aun compelido á ello sin defensa posible, á que se consumiese un atentado semejante contra la muger mas pura y noble que es dable encontrar en la tierra. Estos dos frutos de mis estravíos no merecen perdon, y ¿quién sabe cuanto se hará esperar una expiacion funesta y vaticinada?

Absorto en sus pensamientos punzadores Dángton no vió la sonrisa cruel del húngaro, ni pudo concebir la insidiosa intencion de su mirada fosforescente. Pasó aquella impresion alarmante, rauda como el fulgor lívido de los relámpagos que arduan en los nublados del cielo tempestuoso, y la fisonomía del maggiar tomó una expresion benévola, extraña á su continente altivo, fiero y dominante.

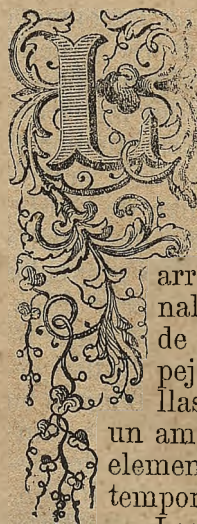
—Pobre Grüe! exclamó. Todo se compondrá y consultaremos tu gusto en cuanto no dañe al propósito. Entre paréntesis ¿has probado alguna vez el néctar de Tokai? Es un placer caro.

—Jamás, mi mayor, respondió el conserge.

—Pues he traido dos botellas para matar el tiempo. Hé aquí la tuya: etiqueta verde. Hé aquí la mia: etiqueta roja. Bebamos á fuer de buenos compadres; frente á frente y mano á mano. Empuja Juan. ¡Vaya á tu salud!

CAPÍTULO X.

LA CISTERNA SECA.



A tempestad ha descargado sus concentradas iras en breve pero terrible período. Dos exhalaciones eléctricas sacudieron las nubes de su caliginoso seno. La una serpenteó en torno de la enhiesta torre de Santa Gúdula, arrasando las columnas de mármol de una ventana. La otra abatió una frondosa acacia en el espacioso arrecife de la *Alameda-verde* á orillas del canal. Una copiosa lluvia templó los rigores de la tormenta, y el cambio del viento despejó la atmósfera; viéndose relucir las estrellas con ese fulgor que aviva la diafanidad de un ambiente, purificado por la revolucion de los elementos, y batido por las alas pujantes del temporal.

Las doce han sonado por intervalos en los relojes de Bruselas: hora fatidica para los espíritus fantásticos; imponente para los tímidos; propicia al amor; favorable al crimen.

En la plaza de *Broot-huys* espera un hombre embozado y al abrigo de una puerta el punto de una cita interesante á juzgar por la impaciente espectacion que no le permite un minuto de sosiego, ni una postura reposada.

Es Wálter Roche; el sustituto del ministerio fiscal; el hombre del honroso apellido, que ha colocado el pié en esa pendiente resbaladiza que del vicio precipita al delito, y del delito despeña á la infamia al que penetra en el camino de la perdicion, de tan difícil retroceso.

Es Wálter Roche; dotado por la Providencia de nobles facultades; instruido en cuantos conocimientos elevan el alma y aseguran las condiciones del derecho y el deber, y que de exceso en exceso, de indignidad en indignidad, ha venido al torpe extravío de convertir al amor en un sentimiento enconado y ciegamente rencoroso.

Es Wálter Roche, á quien el nacimiento, la fortuna y sus cualidades abrían un horizonte lisonjero en la sociedad. Aliado y víctima de miserables de la estofa de Herman Huguell y Wandrillo Góttig. La conciencia evoca inútilmente reminiscencias lúgubres en aquella imaginacion, exaltada por un ávido y culpable deseo. Pasan como sombras perdidas en el espacio los recuerdos punzadores, las reconvenciones acerbadas, las memorias humillantes de un pasado vergonzoso; y la estafa, la deslealtad mas pérfida, hasta el homicidio alevé de Gante, no suscitan un remordimiento en el alma de aquella criatura, bastante eficaz para disuadirle de sus proyectos desatentados. Wálter, hombre del foro, astuto y falaz, medita un crimen inútil. El que propala que un delito sin lucro no merece indulgencia, vá á robar á una jóven, que aceptará la muerte antes que dar la mano á su raptor. La arrebatá á las aspiraciones de un rival, la compromete á los ojos miopes de un vulgo deslumbrado; pero así no obtiene con la posesion de una muger incomparable la fortuna que al principio tentara su codicia. Así no logra mas que arruinar el crédito de la huérfana, y saborear una venganza sin disculpa; enredándose en una gradacion de vilezas y monstruosidades de solucion

tenebrosa. Hé ahí un ser inteligente, sagaz, temible, artificioso; presa de un anhelo brutal; impelido por un ansia irreflexiva; ni mas ni menos que el último de la canalla soez que puebla las minas y arsenales en espacion de sus violencias, de sus ataques feroces, y de sus rapaces instintos. Otras veces há sabido paliar sus desafueros; y si no pudo libertarse de la mala opinion, se puso á salvo de la merecida pena, y á cubierto de la accion de las leyes. Dios daba á su justicia la tregua de su misericordia, y abria el camino del arrepentimiento, consintiendo aun la impunidad. La medida rebosa. Wálter, engreido por su destreza en burlar las garantías sociales, concibe un apetito que irrita y enardece la repulsa; y le abandona su aplomo; olvida su cautela; le arrastra la pasion como arista que voltea el torbellino, y se dispone á servir de comprobante al aterrador apogema: «*Dios enloquece á los que resuelve perder.*»

Un bracero desabrigado, y sintiendo el frio de una noche desapacible, regresa á su hogar con las ganancias del dia y la velada, y pensando en su familia, provista de medios para el dia siguiente. Al pasar cerca de Wálter observa su capa que con el vuelo le defiende de la impresion glacial del aire, y con el embozo le resguarda la faz preservándole de un pasmo; y la envidia le arranca un hondo suspiro; y se aleja pensando en la desigualdad de las condiciones terrenas... ¡Mísera humanidad!... ¡Pobre cálculo del hombre!

El bracero, llegado á su humilde domicilio, entregará á su esposa el precio de un honrado trabajo: besará á sus hijos sin esa repulsion de las conciencias culpables ante la inocencia infantil; conciliando el sueño despues de las fatigas de su ruda labor, sin lucha, sin terrores, y libre de atormentadoras pesadillas.

El caballero de la capa, el envidiado, abandona su cómodo albergue para realizar una cobarde tropelia: se debate entre los lazos de dos bandidos, que explotarán su pensamiento, amoldándole á mas siniestros fines: se agita como Prometeo al roer sus entrañas el buitre, sin po-

der apartar la idea de Huguell y Grüe que le esperaban en *Chateau-fleurí*: se estremece á cada lejano rumor creyendo percibir el ruido de la silla de posta á cargo del atlético Götting, y le desespera el silencio que reina en la capital, á medida que las luces se extinguen, y cesa el tránsito de los retrasados por las oscuras travesías.

Al fin oye rodar el carruaje: percibe el chasquido del látigo que sobresale de la vibracion de las campanillas y cascabeles que adornan las colleras de cuatro caballos vigorosos: llega á sus oidos ese grito agudo y salvaje con que los postillones avivan el ardor del tiro, y la voz imperiosa de Wandrillo que manda parar frente á *Broot-huys*.

—Gracias al diablo! exclamó Wálter, haciendo justicia á sus intenciones y al que podia favorecerla; y abandonando su guarida con precipitacion, salió al encuentro del suizo, que contenia en aquel momento sus caballos.

—Buenas noches, Götting, dijo Roche al helvético. ¡Cuánto has tardado en acudir á la cita!

—Es una muerte la briega con los maestros de postas (contestó el desertor del egército prusiano, separando de su boca una larga pipa de barro de Maguncia). Demasiado lo advertí á mi... al señor mayor. Yo conozco esta plebe. Como que principié mi carrera por zagal. Se conviene una hora, y se sale con el atraso de dos á lo menos; y gracias á que yo mismo hé ayudado á las faenas; que si nó tenemos negocio para el amanecer.

Götting mentía. Siguiendo las instrucciones de Herman habia tardado una hora en emborrachar al conductor para sustituirle, y en cerciorarse de que el postillon era una especie de autómatas apellidado el *Bobo*, escojido expresamente para seguridad de los raptos. Wandrillo se habia puesto la casaca del conductor, y en su sombrero lucia la chapa de cobre con el lema de *Postas Reales*, y las armas de la monarquía de los Países-bajos.

—Es fuerza partir sin perder tiempo, repuso Wálter con vehemente exigencia. Los minutos son preciosos y se nos aguarda allá abajo con ansiedad. ¡Quiera Dios que no sea tarde!

—No será, replicó Wandrillo echando una densa bocanada de humo. Decidme pues la ruta; subid al carruaje y... ¡Soó piés de corzo!... y en un abrir y cerrar de ojos estaremos allá.

Roche llegó hasta el oído de Góttling y le habló en voz baja.

El postillon se habia apeado y apretaba la cincha de su cabalgadura.

—*Bobo*, (le gritó el suizo) abre la portezuela al señor y encarámate de seguida.

El interpelado obedeció la primera parte de la orden. El abogado instalóse en el asiento de testera levantando la cortinilla carmesí que obstruía la vista al exterior á través de un grueso cristal. El *Bobo* subió á su caballo, y volviéndose hácia Wandrillo pareció esperar sus preceptos.

—Estamos, niño? preguntó el conductor, empuñando las riendas y enarbolando el látigo.

—Estamos, respondió el mozuelo... ¿Qué ruta?

—Siguiendo el Senne, á lo largo del arrecife, hasta las tierras de Hartz, y por el atajo á detenerse á poca distancia del castillo, en la alameda de álamos. ¡Arré!

La silla arrancó tomando la vuelta; atravesó la plaza al trote, y al entrar en la calle próxima galopaban los caballos al estímulo de los gritos y los chasquidos de la fusta. Los faroles se distinguían á lo lejos como los ojos de un gigante, avanzando en la sombra con paso veloz.

La silla se detuvo en la alameda de álamos á orillas del rio y á espaldas de *Chateau-fleurí*. Sus faroles se habian apagado antes de penetrar en el atajo, y el tiro anduvo lentamente la distancia entre el camino real y la ruta extraordinaria; tanto por precaución, cuanto para no producir alarma en el caserío de la quinta.

Apeóse Wálter, llevando la capa terciada sobre el brazo, y en la siniestra una careta negra de terciopelo, y dirigióse con andar de lobo hácia el postigo, sito á un extremo del blanqueado muro que señalaba el área de las habitaciones, distinguiéndola de la huerta y jardín adherentes, rodeados de tapias almenadas.

Llegado que hubo á la estrecha puerta falsa, pintada de negro, el abogado retrocedió como si un abismo se abriera ante sus plantas; pero dominando su emocion con impulso repentino, acercóse resuelto y dió tres palmadas.

Tal era la señal convenida. El postigo se abrió seguidamente.

—Quién vá? preguntó una voz entera y de inflexion imperiosa.

—Sigilo y valor, contestó Roche con la lentitud de una contraseña convencional.

—Adelante, amigo, dijo el húngaro asomando la cabeza, y guardando las pistolas que le defendian de una celada, como de cualquier otro caso fortuito.

Wálter penetró apresurado en el sombrío patio de la cisterna seca.

Herman entornó el postigo.

—Párate, mandó á su cómplice. La cisterna está al descubierto, y pudieras caer en su fondo.

—¿Dónde está Grüe? interrogó el amante de Cristina.

—Ahí cerca, replicó el maggiar. Espera que aparte de mi linterna sorda el pantallón que encubre la luz.

—Pero ¿á qué separarte de Grüe? observó Roche con recelosa inquietud.

—Nada temas, (repuso el finjido mayor con pausa y pugnando por vencer el resorte de su linterna sorda). El supuesto Dángton está imposibilitado de hacernos traicion. Yo te lo fio.

Un vivo rayo de luz hirió en los ojos á Wálter, quien se hizo atrás deslumbrado.

Herman se bajó hasta depositar su farol en el suelo y á corto trecho de la cisterna, cuya tapa de madera reforzada por clavos de cabeza achatada y enmohecida, estaba abierta y dejando apercibir cuatro muros de cantería, cubiertos de verdina seca y telas de araña, y mas abajo la pavorosa obscuridad de un vasto algibe, cegado por la destruccion de sus atageas.

—¿Qué significa esto? exclamó el sustituto del poder fiscal con asombro.

—Esta es la tumba de Juan Grüe, respondió Huguell con entonacion severa. Tú sospechabas de su adhesion. Yo he adquirido la prueba de su infidelidad, y he separado el estorbo de nuestros pasos.

—¡Un crimen por comienzo de la obra! murmuró con amargura Roche. Apuesto á que no ha dado ese infeliz un motivo suficiente para tan cruel desenlace.

—Trató de inducirme á que despojásemos al banquero, respetando á la señorita Armand.

—Maldicion! (prorumpió exasperado el patrono de Dángton). Esa criatura se dominaba fácilmente, porque era cobarde y capaz de gratitud á mis favores. Hé aquí una hazaña bien miserable! Yo tenia orgullo de haberle arrancado á las garras del egecutor. Me servia de él para mi trama; pero confié en salvarle, y dejarlo en la frontera libre y provisto de algun dinero...

—¡Bonito plan! interrumpió el asesino de Grüe con cínica burla. Ese pobre diablo, como todos los caribes de su especie, no sabia vivir fuera de la zona en que nació y produjo sus mañas. Gastado el dinero, ó antes, regresaria á su país donde la autoridad no tardara mucho en tenerle á buen recaudo; y entonces, amigo mio, ó bien te pondria en horribles compromisos con sus exigencias, ó bajo la impresion de sus tristes circunstancias revelaría todo...

—Era su destino, concluyó Roche bajando la cabeza como abrumado.

—Así es preciso creerlo, añadió Herman gravemente. Yo concebí la idea de desembarazarme de él, rindiéndole á la virtud soporífera de un narcótico, mezclado en el Tokai que le destinaba. Pensé reducirle á que me suministrara informes acerca del uso de las llaves, y verificado nuestro propósito introducirlo como un fardo en la silla de posta; y ya en París secundar tu pensamiento acerca de su suerte.

—Mas valiera así, reparó Wálter pesaroso.

—Pero; qué diablos! (continuó Huguell con estraña volubilidad). Recordé tus sospechas. Me vino á las

mientes su empeño en disuadirme del rapto de Cristina. Reflexioné en el influjo singular de la joven sobre aquel natural malévolo y traidor. Temí que un día volviese aquel bandido á hollar el territorio, y te perderian sus confesiones. Creí peligroso que fuesen cuatro los cómplices de esta fechoría, y...

—Y le hundiste el puñal en el corazón, concluyó Wálter con eco sombrío.

—Hice muerte el sueño, agregó el maggiar con una sangre fría espantosa. Entonces concebí un proyecto inmejorable. Es preciso que Grüe parezca el raptor de Cristina. Para elló no debe quedar rastro del conserge. Su ropa hecha un lio irá con su cadáver al fondo de esa cisterna, cuya trampa cerraremos con su mohosa llave, que volverá al cajon de la mesilla del portero de donde la saqué. La librea de Dángton será colocada sobre el lecho de la huérfana, y entre algun traje de Cristina, que dejaremos de llevarnos. El viejo, cohibido por nuestras amenazas y presa del terror, nada distinguirá exactamente, y la joven seguirá nuestros mandatos, temiendo por la vida del banquero las consecuencias de su rebeldía. Ya ves que mi proyecto es cosa de importancia.

—Eres un demonio, Herman, observó Roche subyugado.

—Quedamos tres cómplices, siguió el húngaro con entereza. Te prometo que Wandrillo no incomodará. Tan luego como vayas á París á entregarte en la Dulcinea que yo retenga en depósito, partiré mi dinero con el Sr. Góting á condicion de embarcarle para Jamáica. Allí el rom es fuerte y barato. El Suizo delira por él, y positivamente sucumbirá en el duelo su cascada naturaleza. Basta con dos colegas de un delito. Nosotros, ¡Cuando nos volveremos á ver!

—Y bien, dónde está el cuerpo de ese desventurado?

—A cuatro pasos de tí; (dijo Herman) dentro de un saco de lana, donde habia resto del aserrin que mojado esparcen sobre los pavimentos de losas para arrastrar mejor el lodo que se introduce entre las junturas... No te in-

quietes por el rastro de la sangre. A mayor abundamiento le envolví en su holgado redingot. Respondo de que no hay huella.

—Acabemos, resolvió Wálter téticamente. Quede consumado el primer crimen; precipitemos al mísero Juan en la cisterna, y vamos á concluir nuestra culpable mision.

—Aguarda. Primero echaremos el lio y despues el cuerpo.

—Como te plazca, replicó el abogado con repugnancia invencible.

El maggiar impulsó con el pié un atado de ropa, cubierto por una sábana y bastante voluminoso, hasta el brocal del estenso algibe y á otro empuje el equipage de Grüe hundióse en la cisterna produciendo su caída un golpe seco en el fondo de aquel antro subterráneo.

—Ayúdame (dijo el húngaro dirijiéndose á Roche, absorto en meditaciones dolorosas). La faena de traerlo hasta aquí he tenido que acometerla solo, atravesando el edificio con la luz encubierta, y abriendo puertas y cancelas con un tiento imponderable. Justo es que me auxiliés ahora.

—Justo es, repitió Wálter con gesto sardónico: justo es el castigo de mi obra maldita.

El supuesto mayor arrastró por los piés al cadáver de Grüe, mientras que su patrono sostenia la cabeza; sujetando las envolturas con el miedo de descubrir sus veladas formas. Introducido el cuerpo en el brocal, Huguell le dejó caer á plomo; cerrando violentamente la trampa y echando la llave con premura, como si temiese que la cisterna devolviera su sangriento depósito.

—Negocio concluido, exclamó Herman incorporándose. Tomaré el sombrero, la capa y la máscara que están aquí. Esto es. Ponte la careta, amigo mio. Recupero mi linterna, y amortiguo un tanto su luz. Sígueme, camarada, y pasemos al asunto principal.

CAPÍTULO XI.

EL GABINETE.



A linterna sorda de Huguell tenia un respirador: agujero circular cubierto con talco carmesi, bastante á iluminar ténue-mente el camino de quien la llevase, y asaz opaco para no excitar la atencion, apercibido de lejos aquel punto rojo, como el fosforescente resplandor de una luciér-naga.

Al fulgor sanguinolento de aquel ojo de la lámpara el húngaro impasible, y Wálter presa de una excitacion nerviosa que le agi-taba con temblor epiléptico, entraron en la portería á récojer el capote de librea y el sombrero de Dángton que Herman queria dejar sobre el lecho de Cristina como indicio de fuga en complicidad con un sirviente del señor *Fabri-cius*: Guiados por aquel reflejo débil subieron la escalera espaciosa del piso principal, sin producir un eco sus pisadas lentas y cuidadosas en los tramos de mármol; sin rozar sus vestidos en la balaustrada de jaspe de sus

compartimientos. La puerta se sugetaba al marco por un grueso picaporte. El *maggiar* le levantó con precaucion suma. Impulsó la puerta un poco y dejó caer el hierro que servia de afianzarla. La puerta, vencida por su propio peso, giró sobre los goznes, produciendo una especie de gemido triste y prolongado.

—Van á sentirnos, exclamó Roche con extremado sobresalto.

—¡Calla! le dijo el sargento prusiano duramente. La expedicion toca á su fin. Adelante, y valor ¡qué diablos!

Los raptores entraron en una galería acristalada que servia de pasadizo á paralelas habitaciones.

Herman se detuvo. Wálter le preguntó con ansiedad «¿qué sucede?»

—Sucede que tú conoces el camino y yo nó, repuso el húngaro con flema, y corresponde que guies.

—Por aquí, indicó el sustituto del ministerio fiscal. Esa puerta debe estar cerrada. Conduce á la sala de recibo; pieza dilatada y de un exorno admirable. Una mampara de damasco amarillo la divide del gabinete; aposento ordinario del cambista. Por la puerta del fondo de este gabinete se entra en la alcoba de Fabricius, y por otra lateral en el dormitorio de Cristina. Las alcobas se comunican entre sí por una mampara de hule.

—Perfectamente, replicó Huguell. Aquí tengo un ruiseñor que franquea todas las puertas, menos la del cielo á cargo del amigo Sephas el calvo...

—No hay tiempo que perder, interrumpió Wálter con brusca resolucion. Sigamos.

—Vamos á penetrar en la sala de recibo, y...

—Y concluyamos de una vez la faena, determinó Roche impaciente.

—Tenemos que hablar antes de introducirnos en el gabinete, amigo mio, espresó el húngaro con voz misteriosa.

—¿No está convenido quanto vamos á egecutar?

—Falta que convenir en algunos detalles, respondió el odioso *maggiar* con repugnante descaro.

—¿Y qué nuevo crimen intentas? interrogó su cómplice, midiéndole de alto á bajo con reconcentrado furor.

—¡Curioso! le dijo el subalterno del señor Lafarge sin parecer advertir aquella mirada flamígera. Ya lo sabrás. Ahora pongamos en franquía esa puerta. Pero antes de la operacion permíteme terciar en tu hombro la librea del difunto Grüe mientras que procedo á tantear la cerradura, y...

—Déjala en el suelo, objetó el abogado, retrocediendo con pavorosa emocion.

—Como se pide, articuló Huguell, encogiéndose de hombros, y poniendo en tierra lámpara, capote y sombrero del desafortunado conserge para quedar libre y forzar la puerta de la sala de recibo.

El ruseñor ó llave maestra del húngaro resultó inútil. Por una falta de precaucion, hartó comun, los habitantes de la quinta no interceptaban siquiera el ingreso á los cuerpos del edificio; ya fuese por la seguridad que inspira el número; ya por acudir al socorro de un anciano, sujeto á repentinos y mortales accidentes. Herman empujó aquella puerta con esquisito cuidado, y pudo convencerse de que ni llave ni cerrojos obstruian el paso de los invasores. Sujetó una hoja; hizo un ligero esfuerzo, y la otra cedió rozando sobre una alfombra antigua, alarde singular de la industria flamenca.

—Ya lo ves, camarada, dijo Huguell con apagado acento. El cielo parece nuestro cómplice.

—Recoge esas prendas, y la luz, y pasemos adelante contestó el abogado secamente.

El *maggjar* obedeció con parsimonia. Se introdujo en el salon detrás del amante desdeñado por la huérfana; depositó sobre una silla las ropas de Grüe; colocó su linterna sobre la mesa redonda, situada en medio de la estancia, y tomando por la mano á Wálter, que abortó en cavilaciones lúgubres parecia una estatua sepulcral, le condujo al sofá de damasco que decoraba el

testero de la sala; hízole sentar y lo verificó al lado suyo, con una pausa de pésimo agüero. Apartó la máscara que encubria su rostro de una hermosura, exenta de simpática atraccion, y apareciendo francamente malo, audaz, y dominante, como digno socio del cabo Góttling, el inspector de la rolina comenzó así el diálogo:

—Ha llegado el tiempo de fijar nuestra situacion, señor Wálter. Hasta aquí me habeis creído un calavera, capaz de comprometer el cuello en una aventura, de que debiais reportar el provecho solamente. Pues bien: sabed que son dos los negocios que se emprenden ahora. En esta casa hay dos objetos de gran valía: una jóven que es un tesoro, y un tesoro que puede hacer feliz á un jóven. Partamos la utilidad. Vos la jóven: yo el tesoro.

—Mayor Herman, exclamó Wálter con esplosion iracunda; yo no podia sospechar al bandido tras del noble uniforme del oficial prusiano.

—Bajad el tono, amigo mio, dijo el húngaro sin desconcertarse por el insulto de Roche. No hemos llegado hasta aquí para vendernos; sino para establecer una mútua y cordial inteligencia.

—Imposible bajo esa villana base, replicó el sustituto del ministerio fiscal.

—¡Cuidado! añadió el *maggiar*, frunciendo las cejas en un gesto de amenaza formidable. No empecemos por cerrar las vías de conciliacion; porque esto pudiera llevarnos á estremidades que tal vez luego nos pesaran. Quitate la careta, y ajustemos en sana paz las condiciones del convenio. Empecemos por...

—Es inútil, repuso bruscamente el abogado.

—¿Y por qué? preguntó el húngaro, mordiéndose el lábio inferior.

—Porque desisto de mi plan, contestó Wálter con aplomo; porque salgo de esta casa de la misma manera recatada con que en ella me he introducido. Pagaré los gastos de la espedicion. Abonaré lo que se me pida por el auxilio que me habeis prestado; pero no consentiré en rebajarme hasta cómplice de un robo; ya que he sido la causa de un asesinato.

—¡Pardiez! respondió Huguell con irónica inflexion, cualquiera diria que temeis empañar una reputacion immaculada. Pues sabed, señor escrupuloso, que vender el secreto de los litigantes haciendo traicion á sus intereses, no es el mejor título al respeto de las gentes honradas.

—Venid fuera del castillo, exclamó Wálter, apretando los puños convulso de rabia, y averiguaremos si corresponde el corazon á la lengua.

—¿Llevais la cota de seda como en Gante? interrogó el *maggiar* con abrumadura burla.

Roche hizo un movimiento hácia Herman.

Huguell puso frente á la cara de Wálter la boca ennegrecida de una pistola de arzon.

El abogado se hizo atrás. Llevó las manos á las presillas de su máscara, engachada á las orejas, y puso al descubierto su demudado semblante.

—Mayor, dijo con solemnidad, si es una broma vuestra proposicion de robo, es una broma pesada.

—Es positiva, insistió el húngaro. Me basta con la tercera parte de la fortuna del viejo.

—¿Y habeis esperado esta ocasion?....

—Escúchame, interrumpió Herman, guardando tranquilamente su pistola. Supon que entramos en la alcoba de *Fabricius*, y mientras que tú le presentas el puñal, amagando su vida al menor movimiento de resistencia, yo penetro en el dormitorio de Cristina: la intimo que me siga y la amenazo con despachar á su protector si grita ó pide socorro. Logramos el rapto con felicidad extraordinaria, y las sospechas recaen en Juan Grue, cuya librea con el sombrero aparecen sobre la cama de la señorita Armand.

—Continúa, murmuró Wálter devorado por una fogosa inquietud.

—Nadie cree sin embargo que Cristina haya huido con el conserge, estraviada por un indigno amor. El viejo referirá las circunstancias de la sorpresa, dandõ señas puntuales de los enmascarados, y las sospechas recaerán

sobre tí, único amante de la jóven Armand; celoso de la preferencia que parece obtener Jaime Fabricius; hombre de fama dudosa; reputado por enemigo hábil y temible. Juan Grüe se juzga tu cómplice.

—Prosigue tu cálculo, añadió Roche con anhelacion fatigosa.

—Es cierto que tú no abandonas la poblacion; que yo llevo á Cristina á la casita reservada de la Dubois; que pasa un mes sin que las pesquisas dén resultado; pero te mueves en direccíon opuesta á París, y te siguen agentes encubiertos de los Fabricius que no pierden tu rastro, porque en tí se fundan todos los recelos.

—Es verdad, confesó involuntariamente Wálter.

—Falta dinero en el arca del cambista, prosiguió el húngaro con viveza; no todo, sino una parte, indicando la zozobra del espoliador. Desaparece Dángton el conserge, y la historia varía de personaje. El portero es un bandido que en sociedad con otro de su especie, no solo ha robado á su señor, sino que se lleva á la ahijada del Sr. Franz; quizá para obtener un cuantioso rescate. Y no olvides que dado el golpe, para desorientar á esta gente, hace falta un anónimo pidiendo una fuerte suma por devolver á su familia á la Señorita Armand.

—Pero el robo imposibilita la conciliacion mucho mas que el rapto, espuso Walter. El robo me cierra el camino de aparecer esposo de Cristina, reducida al punto de aceptar mi mano por recuperar su honor. El robo no me permite volver á la gracia del Sr. Franz y captarme su simpatía, procurándome la mitad de su ópima herencia. El robo frustra mis proyectos de ascender á la magistratura fiscal y establecer mi opinion bajo fundamentos sólidos.

—¡Insensato! dijo Huguell con toda la energía que cabe en un acento contenido. ¿No comprendes que nunca lograrás extinguir la repugnancia del banquero, aun dado el caso de que venzas el desden de su protegida? ¿No conoces que eres el rival de su sobrino, y que ese viejo ha formado la ilusion y la esperanza de sus dias

últimos con la idea de una boda que se reparta su amor y su oro?

—No será ¡por el nombre de Dios! No será, repitió Roche exaltado hasta el delirio.

—Hablas de ascensos en tu carrera! (continuó el *maggiar* con implacable teson) Desengáñate, Wálter. El abogado de la ley, enfermo de peligro, morirá pronto; pero tú no obtendrás su cargo; porque luchas con una reputacion arruinada; porque te reconocen talento; confiesan que has nacido con privilegiadas facultades; y sin embargo seria escandalosa tu promocion; y el ministerio sabe que la opinion pública te rechazaria alarmada, y que nada ganara en ello el prestigio de la toga.

—¿Y quién te ha dado esas noticias adversas?

—Créeme, Wálter, añadió el húngaro con sentenciosa seguridad. Te pasa en Bruselas, como en Berlin á mí. Los milagros se nos truecan en crímenes; porque hemos provocado la atencion lo bastante para que no se desvie de nosotros á voluntad nuestra. Lo mejor es abandonar el campo, y dorar nuestros infortunios con el barniz de la opulencia que encubre todo género de manchas.

—¿Y dónde iré, Herman? preguntó Roche subyugado.

—Tú no eres enteramente pobre, (agregó el falso mayor prusiano) y tal me sucede á mí. Tienes como yo un pié de fortuna. Realiza tu pensamiento acerca de esa muchacha, pensamiento que aplaudo, porque te suministra una querida encantadora, y deja con un palmo de narices á tu émulo; pero no desperdicies la ocasion. Una máscara te encubre, un amigo te auxilia, la coyuntura se presenta favorable. Llevémonos á mansalva la mitad de los fondos del viejo: el dote de tu Clóris. En Paris te aguardo, sirviendo de custodio á la doncella. Haz dinero lo que te resta de patrimonio en los Paisés-Bajos y engólfate en esa opulenta y deliciosa capital, donde á nadie se pregunta de donde viene, quién es, qué trae y por quién pasa. Allí partiremos la presa, y si gustas de afiliarte á mí, seguiremos el rumbo del señor

Lafarge, sin perjuicio de mezclarnos en ese laberinto de sociedades secretas, que proporcionan fructíferas y altas relaciones en un momento. Si decides correr solo á riesgo y ventura, el piélagos no tiene fin: titúlate conde, baron: llámate como quieras. Introdúctete en la corte. Hoy no es difícil porque la corte busca afiliados, y tú eres hombre de valor en todas partes, menos en Bruselas.

—Eres un demonio tentador, repuso Wálter, luchando aun por sustraerse al dominio del *maggiar*... ¿En qué infausta escuela has aprendido tal y tanto?

—En la escuela de la desgracia (respondió Huguell melancólicamente). Ya sabes mi historia. Hijo de una noble familia de mi país, pero hijo cuarto, me encontré envuelto en una conspiración abortada; teniendo que refugiarme á Prusia, donde no hay mas carrera que la militar. Para subir de soldado distinguido hasta mayor, tú concibes la serie de proezas que es necesario acometer; pero todo ha sido inútil para escalar una posición ventajosa, blanco de mi afán perpétuo. No soy rico, y he menester nadar en la opulencia; (prosiguió levantándose) y toda vez que se me pone á cuatro varas de un arcon que encierra millones, no seré tan necio que me detengan consideraciones de honor, ni recelos fútiles. Tú puedes hacer lo que te parezca mejor. En cuanto á mí voy á intentar el negocio, y ¡ay del que se atreva á cerrarme el paso!

—¿Es decir que insistes en tu plan? interrogó el abogado abandonando su asiento y con decision sombría.

—Positivamente, contestó el húngaro con esa firmeza que excluye toda esperanza de variar una resolución; insisto en mi propósito. Si me acompañas, nuestro convenio es indisoluble. El robo y el rapto se consumarán sin remedio y cumpliré tus encargos, á fé de noble *maggiar*, y aunque me costara la vida. Si te niegas á obedecer y te separas, el pacto queda roto. Yo entro á llevarme los escudos del señor *Fabricius* y la silla de posta me traslada á París con mi tesoro en breves horas. Tú sacarás á Cristina si puedes, ó habrás de resignarte

á dejarla en poder de su protector, y hábil para contraer matrimonio con el venturoso Jaime.

Wálter se puso el antifaz con nerviosa agitacion y exclamó:

—Cúmplase mi destino.

—Eso es hablar, camarada, replicó Huguell dando expansion á su alborozo. Manos á la obra.

El sargento desertor recuperó su linterna, recojió las ropas del conserge, y dirigióse con paso lento y estudiado hácia la mampara del gabinete contiguo, precedido por Roche que parecía animado por una inspiracion infernal, é impelido por esa fuerza que arrastra á la sirta á los condenados á perecer en su fondo.

Wálter no atendió ya á producir el menor ruido posible. Llegó al picaporte y abrió la puerta de par en par.

—Socorro! gritó de improviso con voz ahogada.

Huguell preguntó con zozobra:

—Qué sucede?

—Que me destroza, amigo mio, acude; exclamó con terrible angustia el abogado.

El húngaro destapó la linterna. Condor, el perro de Franz, atenaceaba entre sus aguzados dientes la parte posterior del muslo derecho de Wálter. El noble animal habia mordido sin aviso de su defensa. Roche helado de espanto, aunque armado de un puñal, no se defendia. Herman sacó un agudo cuchillo y enarboló el brazo atravesando las sienes del leal Condor que vino al suelo moribundo, rematado un instante despues por una disforme herida en el cuello. La mordedura de Roche fluia sangre en copiosa abundancia.

—¡Valor! dijo Huguell al oido del espantado Roche. Eso no vale la pena ¡qué diablos!.... Ya sabes el refran: *«muerto el perro se acabó la rabia.»*

CAPÍTULO XII.

CONFIDENCIAS.

CRISTINA se ocupaba en escribir á Elia de Saint-Medard, su compañera de colegio mas querida, el nuevo sesgo de sus destinos, y las razones de gratitud y precaucion contra la osadía de Wálter que la inclinaban en favor de Lutgen: haciéndola aceptar con su mano una excelente posicion en la capital del Reino Unido.

La huérfana estaba satisfecha íntimamente de su proceder; sin exagerar el rendido sacrificio de su corazon con el orgullo que deslustra las acciones meritorias; sin ese alarde amanerado que priva al bien obrar de su candor, y con él de su gracia y legítimo efecto. La jóven Armand estaba muy lejos de las pretenciosas condiciones de una romántica y sentimental educacion. Tampoco habia recibido en las Ursulinas de París esos hábitos de caprichosa veleidad y versátil ligereza que tanto comprometen el porvenir de la mujer; disfrazándose con los especiosos nombres de viveza

y coquetería. Mucho menos se le habia inspirado ese materialismo de las faenas domésticas, ese espíritu casero y servil, que convierten á la jóven en una especie de *Androida* ó autómeta-sirviente, como la fabricada por Alberto el Grande, y rota á bastonazos por Santo Tomás de Aquino, juzgándola una obra infernal de mágicas artes. La piedad por base de las costumbres, la instruccion amplia en los deberes que impone la sociedad de consuno y acuerdo con la religion, y la educacion en los ramos que se destinan á ensanchar la órbita de cada existencia en sus necesidades y en sus goces respectivos, habian desarrollado la índole naturalmente buena de la protegida del señor *Fabricius*, germinando en su alma las virtudes y creciendo en gracias á su sombra.

Y no se crea por esto que la piedad de la huérfana tocara en el fanatismo; que sus costumbres se resintieran de ascética afectacion ó de encogimiento medroso; que hubiera en su ánimo esa lánguida dejadez de los que se anonadan ante la providencia hasta negar el libre albedrío de la criatura humana. Cristina era de esas mujeres que no ocupan su imaginacion en graduar la intensidad y estension de los sentimientos; pero que sienten con espontaneidad mientras menos razonan en este punto. Su corazon era libre y al decidirse por complacer á su bienhechor admitiendo los obsequios de Jaime, pagaba una deuda de sagrada gratitud; y si bien no cumplía ese voto misterioso del corazon juvenil de darse por premio á quien realizara el tipo que cada imaginacion se crea, si bien resolvía su destino, cerrando espacio á los halagos de la idealidad, su eleccion recaía en un objeto digno, y adornado de esas cualidades, que si no realizan los sueños exaltados de la adolescencia, prometen los durables goces de un pacífico hogar. ¡Ah! ¡Cuántas veces se han preferido á los sazoados frutos del otoño las auras volubles y efímeras galas de la primavera!

Pero es preciso confesarlo. Cristina no podía sustraerse á las condiciones de su sexo y edad, y la educacion

católica habia conseguido fortalecer su espíritu contra los extravíos de la razon; mas no estinguir ese vuelo del pensamiento hácia un bien desconocido, esa exploracion ávida de lo futuro, ese anhelo impaciente por hallar la personificacion efectiva de un fantasma, acariciado con transporte secreto. En la huérfana no era esta aspiracion un tiránico sentimiento, como en las jóvenes entregadas sin defensa á las inspiraciones de su fantasía. No llegaba á ser una sed hidrónica cual acontece con las mugeres livianas: Tántalos desesperados del banquete de la vida. Era un arcano melancólico, sepulto en el fondo de su corazon, hundido en lo mas íntimo por el peso de prudentes reflexiones; saliendo á hermosear los ensueños de la doncella con promesas imposibles y con perspectivas falaces. La joven Armand nó se disimulaba el peligro de permitir á la mente esas ópticas de grata ilusion; ni recurria menos á la plegaria en que se pide fuerza contra las poderosas tentaciones. Pero cuando el alma no se descieñe el cendal de la pureza, cuando las visiones cruzan sin alarmar el pudor de la muger; cuando todo es amor del paraíso vedado á la profanidad y á los incentivos materiales, se necesita todo el valor de la piedad cristiana y el eficaz auxilio de la gracia divina, para sustraerse al imperio de esos delirios; porque si es verdad que en pos de sus cándidas fruiciones suelen venir los combates insidiosos de los sentidos, mientras no insinúan su envenenado aguijon, esos ensueños parecen reminiscencias confusas de un eden perdido, ó presentimientos de un paraíso adivinado. Cristina, antes de empeñar su fé en aras del himeneo, habia permitido un desahogo á su combatida inspiracion. Sentada ante el bufete de su cómoda, con una hoja de papel de Holanda á la vista y mojada la pluma, apoyó su cabeza angelical en el respaldo del sillón, fijando su mirada distraida en el círculo de luz que marcaba en la techumbre el tubo de su lámpara de bronce, con bomba opaca de cristal de Maguncia, y pantalla circular de un verde oscuro. Los dias serenos de su pubertad vinieron á su imaginacion,

refrescándola como un soplo del céfiro. Recordó sus obligaciones metódicas de colegiala; sus alegres juegos á la sombra de viejos árboles; las fiestas que turbaban á períodos suspirados el recojimiento claustral; la solemnidad de las visitas de Monseñor el Arzobispo y sus vicarios; las funciones religiosas; tan amorosamente dispuestas y con tanto celo sostenidas, como dulcemente memoradas; las emociones de los exámenes; el ingreso y salida continuos de educandas, con su variedad de relaciones rotas y conexiones nuevas; los cuidados solícitos de las madres; las profesiones y los funerales, sucediéndose como el flujo y reflujó del mar; la calma del santuario; el silencio del refectorio; el rezo coreado de las horas de oracion; el bullicio de la huelga; el órden de los dormitorios; el murmullo de la sala de leccion, y las faenas de las aulas. Y sobre todo el tropel de estas reminiscencias amables se destacaba su amistad con Elia, hija de una familia preeminente, niña de carácter diverso al de Cristina, pero noble de corazon y tierna como una hermana. Si la interesante Saint-Medard no hubiera combatido con sus zumbas la inclinacion de la huérfana á la vida monástica, Cristina habria sido muy desgraciada al salir del convento, donde la engreian sus propensiones al retiro y á los placeres cándidos.

—El Sr. Fabricius me ha dado el segundo ser de la criatura, la educacion, (pensaba entonces la jóven) y yo no debo resistir á su derecho á disponer de mí, como si fuese mi padre por la naturaleza.

Mas allá de estas memorias de una suave delicia se agolpaban otras, mas enérgicas, de una impresion mas penetrante. Elia anunciaba la visita de su hermano; guardia de corps de S. M. Cristianísima, Luis XVI. La locuaz y traviesa señorita pintaba al guardia con las romancescas tintas de un Amadis; manifestando vivos deseos de interesar el corazon de su amiga en favor del jóven caballero, y contando con él como auxiliar poderoso para retraer á la huérfana de sus gustos por la regla Ursulina. La visita tenia lugar el domingo de Resurreccion,

y Cristina bajando al locutorio en compañía de su inseparable, era presentada al apuesto Leon de Saint-Medard como una mitad de su atractiva hermana, y recibia los cumplimientos más delicados sobre su hermosura, y plácemes lisongeros acerca de sus fraternales sentimientos para con Elia. Despues Leon daba á conocer á las jóvenes á su camarada, Carlos de Belleville, su Píladés, cuyas prendas igualaban á su mérito físico, realzando el lustre de un nacimiento privilegiado. Leon de Saint-Medard era de una familia distinguida; pero una muger delicada preferia desde luego á Carlos de Belleville, y renunciaba á la marcialidad y gallardía del uno por la inefable dulzura y la aristocrática belleza del otro. Carlos tenia un aire de gravedad que denunciaba una reflexion atenta y ejercitada. Sus ojos negros de largas y rizas pestañas parecian sonreir al compás de su rosada boca, de ebúrnea dentadura. Sus manos y piés hubieran causado envidia á una criolla cubana, y apesar de su talle esbelto y su cutis trasparente la energía viril, la intrepidez y la firmeza tenian líneas en aquella frente espaciosa y rasgos indesmentibles en sus modales. La huérfana se detuvo con singular complacencia en el análisis de tales circunstancias; recogió con alborozo los ecos de aquella voz melódica: grabó en su memoria las frases que Carlos intercalara en el curso de la conversacion, y vió llegar con pena la hora de romper el encanto que la subyugaba. Elia habia advertido la impresion recibida por su compañera y la escitó en balde á confesarla. Cristina sin negar las cualidades de Belleville, y sin obscurecerlas, protestaba la libertad de su corazon, y aducia como argumento en pró de su sentir la distancia de condiciones y la necesidad de separarse; pero la maliciosa Saint-Medard respondia á su turno que la atraccion simpática era independiente de las voluntades, y que el amor suele prescindir de obstáculos que tantas veces ha sabido vencer. La visita repetíase de allí á poco, y apesar de las precauciones de la protegida por *Fabricius* estableciöse una intimidad delicada entre los jóvenes; arrastrados uno y otro

por una corriente magnética irresistible, y estrechando mutuamente un recatado vínculo confundiendo sus afectuosas efusiones cuando entendian vagar en esas generalidades que enlazan un diálogo de meropasatiempo. Elia estuvo hasta epigramática en su despecho por la reserva de Cristina, y la huérfana entonces sondeando su alma con espanto, determinó huir de las ocasiones que la ligaron á Belleville, cuyo dominio en su espíritu conoció estremecida... ¿Qué seria de ella al reclamar su regreso el Sr. Franz? ¿Qué locura mayor que la suya, trabando lazos amantes con un noble de las primeras alcurnias francesas? ¿Con qué derecho se comprometia en Francia cuando sus deberes fijaban su residencia en los Países-Bajos?

Desde aquel dia la jóven Armand tuvo una excusa perenne para eludir su presentacion en el locutorio cuando Saint-Medard y Belleville venian á visitar á Elia; y á las reconvenciones de su amiga por semejante conducta replicaba con entereza que no le parecia bien dar motivo á que sospecharan interés donde no le habia, y que era acertado alejar del locutorio pretesto á la murmuracion. Pero Cristina subia á las azóteas del monasterio en estas ocasiones, y se pascaba por los terrados, absorta en pensamientos impregnados de ternura. Repetia enagenada las frases de Carlos mas nobles y dignas de su generoso aliento. Escuchaba palpitante la campana sonora que con sus tres vibraciones ponía término á las visitas de fuera. Espiaba desde el enrejado de los miradores la salida de los bizarros guardias, y una lágrima fugitiva corria por su mejilla pálida al distinguir á favor del crepúsculo moribundo de la tarde á Belleville, pensativo y preocupado, siguiendo á Saint-Medard, alegre y satisfecho. Frecuentemente Carlos se volvía hácia el convento, y abarcaba en su mirada indagadora sus muros denegridos y sus elevadas torres. En aquella sazón pensaba Cristina cuanto conmovría al guardia un pañuelo blanco, agitándose en signo de despedida desde los canceles que coronaban el edificio; pero se hacia atrás con violencia y conteniendo con una

mano helada los latidos de su pecho amante, bajaba las escaleras del terrado, avergonzada de una tentacion que la esponia á confesar su correspondencia al cariño de Belleville; estableciendo preliminares que amenazaban con serias complicaciones sus destinos futuros.

Luego se trasladaba á la época en que Sunter vino á sacarla de las Ursulinas para llevarla á Bruselas y allado del Sr. Franz; y traia á mientes las muestras de cariñosa atencion de las madres y de sus compañeras solícitas, y sobre todo el vivo dolor de Elia, sus protestas de inalterable amistad, y la promesa empeñada de seguir una correspondencia no interrumpida que las tuviera al corriente de los sucesos respectivos. Aquella tarde misma en el bosque de *Boulogne*, cuando la huérfana meditabunda se mecía en la carretela con la indolencia triste de los ánimos abatidos, sin entender á lo que pasaba en torno suyo, respetado su ensimismamiento por el mejor amigo de *Fabricius*, el trote sostenido de un caballo la hizo volver la cabeza sacándola de su penosa distraccion. Era Carlos de Belleville, animado por un ardor febril. Carlos que emparejaba al fin con el carruaje; dirijia á la bella Armand una mirada elocuente; en que iban envueltos el amor y la angustia; saludaba con profundo acatamiento, y alejábbase al galope, como recelando hacer traicion á sus sentimientos si continuaba en presencia de la jóven.

—¿Quién es ese caballerito? preguntó Sunter con su ordinaria afabilidad.

—Un pariente de mi compañera de cuarto, respondió Cristina sin poder ocultar su turbacion.

En este punto la huérfana salió de sus abstracciones deleitosas; incorporóse con aliento fatigado; pasó por sus ojos húmedos la diestra, como tratando de despejar su imaginacion de tales recuerdos, y recobrando la pluma, que impregnó en tinta azul de Prusia, dió principio á su carta.

«Chateau-fleurí: mayo: 1780.—Mi siempre querida «Elia: mi suerte vá á decidirse de un golpe, y yo hé «provocado una situacion de cuyas consecuencias me

«estremezco, pero no es posible retroceder en la senda que me he trazado, y cueste lo que costare, llegaré hasta el fin del camino; pidiendo al Señor me dé fuerza para consumir la obra.»

Un rumor de voces alteradas en la alcoba del señor *Fabricius* hizo á Cristina abandonar su tarea y prestar anhelosa atencion á lo que acontecia en el aposento inmediato. El rumor tomó cuerpo, y llegó á los oidos de la huérfana un acento furioso que la hizo levantarse temblando, y dirigirse á la mampara que abrió convulsa, asomándose á la contigua estancia.

—¡Dios mio! gritó desesperada y cayó sobre la alfombra privada de conocimiento.

¿Qué habia visto la pobre jóven en la alcoba de su enfermo y abatido protector?

CAPÍTULO XIII.

LA ALCOBA DEL SEÑOR FRANZ.



HERMAN sugetó con su pañuelo en forma de vendage los sangrientos bordes de las heridas, causadas en la parte interna del muslo de Wálter por los aguzados dientes de Condor. El abogado parecía próximo á desfallecer; sus escalofríos le agitaban en estremecimientos tercianarios, y sostenido en el muro jadeaba falto de respiracion. El *maggjar* le dejó algunos instantes; apartó el cadáver del pobre animal inmolado por su custodia fiel; dejó su linterna sobré una silla; devolvió á Roche el puñal que este guardó maquinalmente, y le dijo con acento breve y duro:

—¡Basta de niñerías! El tiempo vuela, y es preciso aprovecharlo. Pasó el mal lance y esa lesion es una friolera que en dos dias está cicatrizada perfectamente. Sigüeme y obedece mis órdenes como un satélite sumiso. Cuenta con proferir una palabra que te descubra. El viejo te conoce á entender

que eras tú el guardian de su persona en tanto que yo saco á su protegida, seria forzoso acabar con él para salvarte de una denuncia.

—Es verdad, contestó Wálter animándose, y dispuesto á secundar las prescripciones del húngaro.

—No olvides tu papel, añadió Huguell; porque conviene alejar toda sospecha. Eres un subalterno mio, mudo y amenazante. Yo hablo; intimo; registro el arca; recojo el oro. Tú á una señal mia te instalas puñal en mano cerca de la cama; no pierdas de vista al anciano sobrecogido de pavor: le contienes con violencia si se mueve; le amagas si intenta echarse abajo del lecho para seguirme al cuarto de Cristina. Y si en vez de someterse lucha desesperado, si grita, si osa llevar la diestra al tirador... Ahora que me acuerdo ¿has entrado tú en esa alcoba?

—Sí, respondió Roche: en dos ó tres ocasiones, y la conozco bien.

—¿Está el tiro de la campanilla de llamada cerca del lecho?

—No, está en el fondo del cuarto; en un rincón junto al arca de hierro.

—Entonces camarada, buen ánimo: oído al parche y cuenta no olvidar mi lección.

Herman llevó una mano firme al picaporte de la puerta de cedro laboreada á cuadros, que daba acceso á la alcoba del Sr. *Fabricius*, franqueándola sin género alguno de precaución.

Wálter siguió tras de él con la obediencia mecánica de un seide degradado, que carece de medios y valor para rebelarse contra la inteligencia maligna que le subyuga.

El anciano banquero, desvelado por lentos dolores, se incorporó un tanto al percibir el susurro de dos voces misteriosas, que creyó al pronto ráfagas de aire silbando encallejonadas en las galerías del corredor inmediato; pero distinguió algunas palabras confusas, y el sobresalto le dió energía para levantarse, apoyado en el codo derecho, y jadeante de fatiga por el esfuerzo aquel.

Al aparecer el húngaro en la alcoba del Sr. Franz cayó éste sobre la almohada como herido por el rayo.

Repuesto inmediatamente de su sorpresa, dirigió la vista al enmascarado que le acompañaba y se creyó perdido.

—¡Silencio! le dijo con sigiloso ademán Huguell. Reflexionad que vuestra vida depende de un signo de resistencia, de una tentativa de invocar auxilio, de un gesto de contrariedad á nuestros deseos.

—Señores... (tartamudeó el consternado Franz) ¡Por favor!... Ved mi estado triste... mi...

—¡Silencio, digo! reiteró implacable el desalmado húngaro. Nosotros no hemos llegado hasta aquí para que nos cuenten lástimas. Venimos por dinero, y si te conformas á facilitarlo, y te rindes á partido razonable, escaparás como no tienes derecho á esperar, usurero judío.

—Sois dueños de todo; pero prometedme...

—¡Condiciones! (exclamó irritado el *maggjar*) Veamos!

—Prometedme, repitió, el mísero cambista con acento suplicante y apagado, que tomando mis fondos saldreis sin dar un paso hácia el cuarto de mi hija, que duerme y á quien matareis de susto.

—Hola! repuso el bandido cínicamente. ¿Teneis una hija?

—Tengo una hija, repitió el anciano con súbita entereza. Llevaos en buen hora mi dinero: nada tengo que oponer á este propósito; pero si dais un paso hácia esa alcoba, que es un santuario de pureza angelical, os advierto que me defenderé para que acabeis conmigo y mi sombra ensangrentada os...

—Dejemos á un lado las amenazas, interrumpió el infame Huguell... Eh! ven acá *Brazo-fuerte*: (continuó encarándose con su menguado cómplice) tú me respondes del amigo. ¿No es esto?

Wálter hizo lentamente dos signos de afirmacion, y vino á situarse cerca del lecho de *Fabricius*.

El Sr. Franz quedósele mirando de hito en hito. Roche retrocedió un paso.



—No hieras hasta que yo te lo mande: (encargó el *maggiar* al otro enmascarado, fingiendo desconfiar de una indole sanguinaria) no suceda lo de otras veces. ¿Entiendes?

Wálter contestó en otra señal afirmativa. *Fabricius* no apartaba los hundidos ojos de su guardian.

—¿Donde páran las llaves de ese arca? interrogó el sargento desertado del servicio de Prusia.

—Ahí á los piés de la cama, en esa silla de brazos está mi ropon y en su bolsillo encontrareis un llavero.

—Eso es, dijo Herman, siguiendo puntualmente las indicaciones de su víctima. Wálter no pudo reprimir un estremecimiento de repulsion hácia los preliminares de aquel acto inícuo.

Su cómplice ó mejor dicho, el protagonista de la vileza agregada al rapto, examinó el llavero, acercándole á la luz de una lamparilla de porcelana, colocada sobre la mesa de noche y cerca del lecho de Franz. Dirigió una ojeada escrutadora á la cerradura del arca de los fondos, y apartando una llave mediana y de guardas fuertes, vino á mostrársela al anciano, quien adivinando la pregunta respondió: «Esa es.»

—Una palabra, añadió el húngaro con voz cavernosa. Hay cerraduras de trampa y de ofensa, y tú eres ladino, compadre Franz... ¡Ay de tí si en ese mueble las hubiera!

—No las hay (repuso el viejo); abrid sin temor; y dejadme en paz.

Huguell se encogió de hombros: llegóse al arca: procuró abrirla con la mayor suavidad, y conseguido su propósito alzó la tapa que apoyó en el muro y sus ojos se inflamaron á la vista de los paquetes de oro y plata que encerraba en su seno, despreciando los documentos y títulos de propiedad, contenidos en canutos de plomo con membretes manuscritos, y en una especial separacion. El Sr. *Fabricius* debía salvar la mitad de su dinero, porque las monedas grandes de oro yacian en sacos ocultos en el fondo del arca, merced á un tapamento disimulado que

daba al interior de la mitad del hueco efectivo del mueble. El *maggjar* en su deslumbramiento codicioso no se apercibió del doble fondo del arca. Hundió las manos en el tesoro, patente á su ambicion infernal de riqueza como escala de posicion y fueros, y la intensa y devoradora fiebre del crimen circuló por sus venas el ardor que precipita á los excesos mas horribles. Pasó por su mente la idea de acabar con el viejo, libertándose de la accion directa persecutoria del despojado. Pensó luego en descartarse de Roche, con quien habia de partir el dinero que tocaba con la embriaguez de la avaricia mas innoble y brutal en sus insaciables deseos. Se le ocurrió burlar á Götting, que los esperaba en el pescante de la silla de posta, deslizándose como un fantasma á lo largo del muro exterior de *Chateau-fleuri*; entrar en Bruselas; subir en un carruage que le condujese á Amsterdam, y de allí organizar su expedicion á Francia; internándose en el Dédalo de Paris y comenzando el curso de aventuras que promete una bolsa bien provista. Y mientras concebía planes tan siniestros, apenas concebidos cuando la reflexion tenia que desecharlos por sus graves inconvenientes, trasladaba con rapidez á sus bolsillos paquetes de metálico; y en la imposibilidad de caber en ellos lo que acumulaba su rapacidad hacia de su pañuelo un saco improvisado; utilizaba la tohalla del lavador de *Fabricius* y calculaba con exaltacion las sumas de que se iba apoderando.

Wálder no podia soportar la atencion escudriñadora y alarmante de *Fabricius*, que prescindiendo del actor principal en aquella imponente escena, se fijaba terca y obstinada en el cómplice encargado en vigilarle.

Evitando la impresion glacial de aquella mirada persistente ó investigadora, el abogado fuese volviendo un tanto hácia el húngaro cuyos movimientos seguia con el interés de la impaciencia. Entonces Franz, como obedeciendo á la inspiracion de una idea predominante, tornó la cabeza en la almohada; apercibiéndose de que el ladron estaba engolfado en el espolio de sus fondos y *Brazo-fuerte*, su centinela de vista, preocupado de la faena, y embebido en las operaciones de su compañero.

Una estraña sonrisa plegó sus labios secos y descoloridos. Un relámpago de odio mortal flameó en sus ojos.

Superando los dolores que le producía el movimiento, dominándose con esfuerzo supremo sobre los codos é incorporándose con tan esquisita pausa y cuidadoso tiento que su vigilante no lo echara de ver fiado en la prostracion de sus fuerzas vitales, el valedor de Cristina estendió su brazo de esqueleto; inclinóse fuera de la cama, y asiendo por el guarda-barba del antifaz la máscara de Wálter se la arrancó del rostro con violencia, rompiendo del tiron ámbas presillas. Roche dió un grito, y se volvió furioso hácia el viejo, que despedazaba la careta con indignacion; desafiando las consecuencias de su inconcebible arrojó.

Huguell abandonó su tarea, y avanzó algunos pasos para enterarse de lo ocurrido: llevando las manos á las pistolas que sus bolsillos contenian; pero al comprender el suceso detúvose cruzándose de brazos.

—¡Miserable! exclamó *Fabricius* con fulminante menosprecio. Te conocí al minuto de observacion.

—Acaba con él, gritó el *maggiar*. ¡Fuera estorbos!

—Acércate, *Brazo-fuerte*, añadió Franz con terrible ironía. Ven á luchar conmigo si te atreves. Soy un moribundo; pero no me arredras, abogado traidor, bandido flamante.

—¿Qué esperas Roche? preguntó Huguell exaltado por la paciencia de su cómplice.

—Acércate, vil ladron, repitió el anciano con el frenesí de la cólera.

—*Fabricius*, dijo Wálter con voz ronca y desencajado semblante, reza tu última oracion, porque es llegada tu última hora y solo un milagro puede salvarte de mis garras.

El puñal brilló en la diestra del abogado, que se precipitó sobre el estenuado cambista.

¿Qué podía hacer un senecto, casi espirante, sostenido por el enojo en una pasagera emocion enérgica, contra un hombre en la flor de su vida; enardecido por la rabia;



J. Urrabieta, dib.^o y lit.^o

Lit. de S. Gonzalez, Madrid

- Rapto y Robo.

acosado por el riesgo de su honra y de su existencia; alentado por su compañero de crimen y armado de un hierro esterminador?

La lucha duró un segundo escasamente.

Franz derribado sobre la almohada, recibió una herida de esencia mortal en el pecho, otra en la garganta de profundidad disforme, y su sangre saltó á la frente del asesino, que retrocedió con el cabello erizado; extraviada la vista; jadeante; levantando el arma sobre su cabeza, cual en testimonio de la iniquidad consumada. En este cruel momento precisamente la desafortunada Cristina, sobresaltada al oír extraño ruido en la alcoba de su protector, y conociendo la voz furiosa de Wálter en la amenaza horrible precedente al cobarde asesinato, abrió la mampara, asomando su cabeza de querubín al aposento, infeliz teatro de la sanguinaria escena.

El grito de desesperacion escapado á sus lábios hizo volver en sí al demudado Wálter.

—Es ella, exclamó acercándose á la desmayada belidad, y tirando el puñal sobre el lecho de *Fabricius*.

—¡Magnífico! repuso Huguell. Todo sale á medida de nuestro interés. Espera, voy á cargarla sobre mis hombros como un fardo, y antes de que torne en sí quedará acomodada en la silla de posta.

—¿Estará muerta? preguntóse consternado el raptor, sin osar poner una mano profana sobre su seno.

—Descuida, replicó el húngaro; no se muere tan así el bello sexo. Aparta.

—¿Qué vas á hacer?

—A conducirla en mis brazos al carruaje.

—No: eso me toca á mí, respondió el abogado, envolviendo en su capa á la jóven, y levantándola al nivel de su pecho.

—Vamos pues, dijo el *maggjar*. Te alumbraré con la linterna que dejamos en el gabinete, y volveré á recoger dinero y á borrar la pista.

Los raptos salieron de la estancia, conseguido su infernal propósito.

CAPÍTULO XIV.

BORRAR LA PISTA.



La alcoba del infortunado *Fabricius* ofrecia al númen de un pintor de la escuela romántica el cuadro mas terrible. El arca de hierro abierta y saqueada. La mampara que ponía en comunicacion ambos dormitorios, espedita, y en el dintel abandonada la cofia de noche que la huérfana tomó sin conciencia de tal acto al levantarse del pupitre de su cómoda. La puerta que daba salida al gabinete, entornada é impedida de cerrarse por la capa del húngaro, dejada caer intencionadamente al evacuar el aposento. El cadáver del triste Franz entre un lago de sangre. Echada atrás la cabeza en la defensa desesperada contra la agresion de Roche. El cuerpo convellido en los estertores de una cruel agonía. Un brazo posado sobre la almohada por el asesino, que le apartó para herir á su placer. El otro en el borde del lecho y la diestra contraída en la accion de apoyarse para resistir el segundo golpe, incorporándose desatentado.

¿Qué mas lúgubres accidentes harian adivinar en el lienzo las tres peripecias espantosas de aquella noche en aquella estancia? ¿Qué vestigios mas fidedignos del robo, del asesinato y el rapto?...

Pasos presurosos resonaron en el gabinete. Huguell entró, trayendo el capoton y el sombrero de Juan Grüe.

El pañuelo que utilizara en recoger los paquetes de plata y oro venia apercebido á servir de nuevo en el despojo del mísero cambista. Ninguna emocion habia pintada en el semblante de aquel hombre escepcional. Paseó una mirada tranquila por el ámbito de la pieza. Abarcó todos los objetos presentes, fija su imaginacion en el siniestro plan que tenia concebido. Pareció vacilar un instante sobre lo primero que deberia intentar en su empresa; pero la codicia triunfó en su alma y dirigióse al arcon de hierro, ocupándose en completar el robo, interrumpido por el incidente inesperado de *Fabricius*. Mientras verificaba su innoble propósito un tropel de pensamientos acudia á su mente; sucediéndose en el prisma de su atencion con una movilidad vertiginosa.

—¿Qué haré de Góttig? (decia entre sí), Partir con él este dinero seria una locura. Él es un canalla que se dedicará á vivir en garitos, lupanares y tugurios, en tanto que yo he menester mucho oro para sostener un rango ilustre, como anzuelo para los otros, y goce para mi ambicion de figurar y de valer... ¿Querrá Wálter la mitad de esta suma? No es posible; mas si pensara en ello yo le diria que mi auxilio en esta ocasion y mi custodia de Cristina durante un mes en la casita de la Dubois bien valen la cesion de lo que estime parte suya en la presa... ¿Y perderé un mes, constituido en Argos de esa muchacha? Si, qué diablos! Es preciso cumplir alguna palabra fielmente. Además Wálter es un enemigo temible. Cobarde para la parte material del crimen, sabe trazar una venganza, y es bastante rico aun para llevarla á efecto. Y él ama á esa jóven... ¡Qué mala enfermedad es el amor!... Adelante. Wandrillo querrá volver á Suiza y

le daremos gusto. ¡Ay de él si continúa apurando mi paciencia con sus voluntariedades y su díscola condicion!... Roche no dilatará un mes su ida á París, y me dejará relevado de vigilar á Cristina... Entonces, unida esta respetable cantidad á mis ahorros en la rolina del Sr. Lafarge, principiare á descubrir el terreno, y en esa Babilonia caben todas las especialidades del mundo: hay mugeres opulentas y caprichosas: hijos de familia que recurren al préstamo para sostener sus vicios; casas de juego que parecen palacios encantados; partidos ventajosos para un noble *maggiar* en las familias plebeyas del giro y la industria.

El pañuelo no podia contener mas paquetes de metálico.

Huguell reflexionó.

—Quedan aun dos terceras partes del capital de *Fabricius* (continuó en su monólogo íntimo); pero difícilmente cabrá lo recogido en la maleta del carruage y en el hueco de los cofres; y por otro concepto llamaria la atencion en la frontera dinero en tal abundancia y tan mal acondicionado. Wandrillo podrá exagerarse la cantidad por el bulto y si llegara á creer que poseia un tesoro, él que es insaciable... Basta ya! concluyó suspirando.

Apartóse del arcon y colocando el pañuelo sobre una silla de largo respaldo y enrejado asiento, anudó sus picos fuertemente, y pasó la mano por sus ojos como para arrancar de ellos la venda con que el interés ciega á los que domina.

Volvió el rostro hácia el cadáver del anciano banqueero, y no pudo reprimir un gesto de compasion.

—Pobre señor! murmuró condolido. Mal por mal, (añadió pausadamente) prefiero mi tarea á la de Wálter. Juan Grüe era un bandolero, y este un hombre de ciertas condiciones. Sin embargo, (le dijo su conciencia) Dios en su eterna justicia no puede distinguir esas circunstancias externas en que se detiene la falibilidad humana, y su decálogo dice terminante: «no matarás.»

La conciencia de Huguell no disfrutaba de largas expansiones.

—Concluycamos, exclamó, y borremos la pista.

El húngaro penetró en la alcoba de Cristina, y apareció cargado con una maleta de cuero, henchida de ropa blanca, que situó cerca de la puerta de salida al gabinete, volviendo á introducirse en el dormitorio de la huérfana. Al minuto reapareció trayendo una bata blanca de muselina, con ramilletes morados, y ajustador de ancha cinta de gasa con igual matiz, que depositó sobre el lecho de Franz; apoderándose del capote de librea y el sombrero del supuesto Dángton que condujo al cuarto de la jóven Armand.

Al regresar advirtió la cofia de noche que yacia próxima á la mampara, é inclinándose á recogerla sonrió complacido por la idea que le vino á las mientes.

—Recapitulemos, (pensó) y pronto, que me esperan. Grúe ha debido entrar por la puerta del corredor que conduce á la alcoba de Cristina; por que son cómplices en el hecho.

Una aspiracion prolongada á poca distancia del aposento heló la sangre en las venas de Herman.

Aplicó el oido, conteniendo las palpitaciones de su corazon.

La aspiracion repitiéndose disipó los recelos del húngaro. Era el canto agorero de la lechuza.

—Pardiez! (se dijo á sí propio.) Es preciso abrir la puerta que cae á la galeria, y figurar por ella la evasion de los cómplices, á cuyo fin conviene comenzar por llevarnos dinero, maleta, capa y la linterna que está en el inmediato gabinete.

Y el *maggiar* entró á dejar cerradas las puertas por donde él y su amigo se internaron hasta la alcoba de *Fabricius*, y realizada esta precaucion traspuso al dormitorio de la jóven los objetos mencionados.

En el profundo silencio de la noche percibiase apenas el ruido de la llave del dormitorio de Cristina: con tal suavidad franqueaba Huguell la puerta de salida al corredor.

Restituido al aposento de Franz, el húngaro tomó la bata de la huérfana, y mientras la reconocía se entregaba á los siguientes cálculos.

—Para desorientar las pesquisas induzcamos la sospecha de que la muchacha se ha fugado con Grüe, robando á su bienhechor. El bandido ha muerto á su amo, y aquí me se ocurre desgarrar la falda de este traje... Eso es: continuemos. La máscara no me sirve ya. Dejémosla sobre la cama y se la adjudicarán al conserge. El puñal ensangrentado quedó en el patio de la cisterna seca. Ahora manchemos de sangre el pecho y la falda de este vestido, y que parezca asido por la mano del cadáver.

Y aquel mónstruo de impávida perversidad ejecutó puntualmente su designio. Mojó pecho y falda del ropon de *negligé* en el charco de sangre que existía en el funerario lecho, y osando tomar la mano izquierda de la víctima, consiguió doblarla hasta deteneren ella el giron de la bata de Cristina, pendiente hasta descansar en la alfombra mangas y peto.

La mano derecha del cadáver se deslizó por su mismo peso al moverle Herman, rozando su costado.

Un estremecimiento rápido le hizo retroceder, impresionado profundamente.

—Vamos de aquí (exclamó)... Qué diablos! Concluiría por tener miedo. ¡Qué pobre cosa es el hombre!

CAPÍTULO XV.

GOLPE CRUEL.



EN Francia, país eminentemente feudal, y en España, que lo fué poco, si bien no se profesaba paladino desprecio á la industria y al giro en consideracion á las utilidades de la república, las clases elevadas solian mirarles con cierta prevencion desdeñosa, toda vez que la fabricación ó el comercio manifestaran la legítima aspiracion de distinguirse á medida de su inteligencia y recursos. En Alemania, emporio del feudalismo, y en los Países-Bajos especialmente, los industriales y banqueros gozaban de fueros extraordinarios; siendo comun la cordialidad entre esta definida y respetada clase media y las gerarquías superiores.

Así se explica la costumbre de los cambistas flamencos de inaugurar sus casas de tráfico, abriendo sala de baile; recibiendo en ella á lo mas granado de las poblaciones, y luciendo su riqueza y gusto en ambigús, servidos con profusion y esmero.

El Sr. Jaime Lutgen, ordinariamente conocido por *Fa-*

bricius el menor, disponia un sarao magnífico; no solo por seguir la práctica establecida entre sus colegas; no ya por dar una ventajosa idea de su ilustracion y fondos, sino por ofrecer este homenaje á la huérfana de *Chateau-flaurí*, y proporcionar favorable coyuntura á una declaracion, respetuosa á pesar del ardor impaciente de que habia de ser testimonio. Aquel jóven de bella presencia, de nobles cualidades, de respetable fortuna, de talento y actividad en los mas árduos negocios; considerado en el gremio fabril; en el comercial admitido con distincion estremada; en relaciones con los hombres de mayor valía del reino; próximo á recibir en su elegante morada á lo mas florido del vecindario de Bruselas; aquel jóven afortunado se engreía en el pensamiento de lograr por recompensa de sus gastos, y por éxito de sus trazas la sonrisa afectuosa de una muger. Es cierto que esta muger era Cristina Armand: tipo de la hermosura de las arrogantes hijas del norte; dechado de las domésticas virtudes que una educacion católica desenvuelve en el alma impresionable de la niña, que recibe su sávia vivificadora.

Bajo el dominio de amor tan puro y santo, Jaime habia tenido esas inspiraciones felices que germinan en el espíritu influido por una emocion delicada, y exaltado hasta la poesía, merced al estímulo poderoso de un aliciente encantador. Estudiando los gustos de Cristina, sencillos como su carácter, elevados con ingenuidad como su ánimo, ideó unir en grato consorcio la suntuosidad en el exorno de sus salones con un gusto esquisito, libre de esos alardes pretenciosos que sacrifica el mérito intrínseco á las apariencias de un boato deslumbrador. El tapicero Holldain al recibir la nota de mueblage y decoracion habia reconocido una inteligencia ilustrada que parecia incompatible con la especialidad del jóven Lutgen. El pintor Tanow despues de oír las instrucciones de Jaime en punto á perspectivas, transparentes, medallones y escudos, hubo de confesar que raras veces un profano dictaba condiciones tan adaptables al lucimiento de las dotes de un artista. En un lindo gabinete de

tocador, reservado para la juventud femenina, Lutgen, comprendiendo que la huérfana entraria á restablecer su tocado, hizo dominar el fondo rosa, color predilecto de la hija adoptiva del Sr. Franz, y encima del espejo de vestir destacábase un cupidillo risueño y malicioso, en actitud de brindar un ramo de violetas; símbolo de la pasion contenida y durable. A un lado y otro del espejo habia cuadros ovalados: el de la izquierda representaba la fachada del convento de las Ursulinas en París, y el opuesto el frontis del castillo de Hartz, llamado *Chateau-fleurí* por la interesante protegida del viejo *Fabricius*. En el fondo de la estancia y sobre un pedestal de bronce elevábase la estatua de Himeneo; con su antorcha en la mano, y desenvolviéndose de entre los pliegues del velo del pudor.

Jaime hubiera deseado que la muda elocuencia de las perspectivas, lienzos y ramilletes confesaran al objeto de su ternura, los sentimientos de su corazon; y sin el recelo natural y justo de que otros interpretasen sus votos mas férvidos habria apelado á todos los medios de insinuacion que ahorran los penosos preliminares de una declaracion amorosa, cuando la declaracion es sincera y el amor vehemente. El sobrino de Franz presidia á la colocacion de objetos y demás preparativos de la fiesta, asociado al adornista Holldain y al pintor Tanow.

Berta, la doncella de Cristina, arreglaba con una complacida pulcritud el vestido de baile de su ama; *la mejor de las amas*, como ella decia con entusiasmo y en todas partes. Iba y venia al cajoncillo de las alhajas, no satisfécha con haber admirado cincuenta veces el aderezo mandado comprar por el Sr. *Fabricius* al fiel Sunter en la joyería de los hermanos *Deziruggi*, genoveses de gran reputacion como diamantistas, esmaltadores y caladores en filigrana. Berta era una sirvienta modelo. Lejos de sentir los impulsos enconados de la envidia al contemplar los riquísimos atavios de la huérfana, ella, joven asimismo, graciosa y amiga de parecer bien, disfrutaba una viva fruicion al imaginarse cuanto resplan-

deceria la hija de Luis Armand con aquellas galas; acreciendo el prestigio de su hermosura, y la aureola de candor que radiaba en su persona hechicera.

Sunter habia descargado parte de su comision en la doncella de Cristina, llevándola á escoger el traje negro de terciopelo y punto de seda que habia de vestir el anciano *Fabricius*. Berta era sobrina de Sunter, y tenia interés en hacer honor á la eficacia de su tio, á cuyo efecto rebuscó roperías, calculó medidas aproximadas, y supo manejarse con tal habilidad que no obstante la poca amplitud que ofrecia el encargo, eligió indudablemente lo mas rico y elegante en su género. Todo se hallaba dispuesto en la alcoba del Sr. Franz en el orden mas adecuado para una operacion facil y calculada; denunciando la providencia obsequiosa de una muger, atenta á los pormenores, y rebosando solicitud y afan de ser útil.

En tanto que la garrida muchacha atendia á estos ministerios con la voluntad mas loable, Sunter para digerir el almuerzo recorria embebecido la casa; no hartándose de registrar pieza por pieza el departamento aderezado para el sarao nocturno. Es difícil retraer á los hombres de cierta edad de sus preocupaciones y línea de conducta. Juan habia creído siempre, de acuerdo con su amo el viejo *Fabricius*, que la práctica de abrir los bancos dando un baile era una adulacion servil, cuando no llegaba á ser una alharaca ó un gasto infructuoso. Reprobado el pensamiento capital, todo lo que restaba por inquirir á Sunter se reducía á explorar si las condiciones de la fiesta disimulaban con su brillo y fascinacion la ridiculez del objeto, ó la necedad del móvil. En una palabra, el servidor y confidente del cambista retirado examinaba con una nímia detencion hasta los últimos rincones de las estancias prevenidas para el festejo; y ya que le pareciese una tontería todo aquel cúmulo de prevenciones delicadas sin retribucion, conformábase con que la tontería se llevara á cabo en debida regla.

Para recorrer á su sabor el lujoso departamento que

debía servir de teatro á los placeres de aquella noche deleitosa, Juan hizo ajustar un coche de camino que á las nueve estuviera á la puerta de Lutgen, y subiendo en él un criado le guiase hácia *Chateau-fleurí*, con el fin de recoger al señor Franz y á su ahijada, y traerlos á la habitación del recién instalado cambista. Era día de excepciones. El cochero fué puntual. El criado estaba listo para llenar su deber. El carruaje partió para el castillo de Hartz, convertido de sombría fortaleza gótica en amena quinta que juntaba al producto el recreo. Sunter respiró como el que se desembaraza del peso de sus obligaciones, y librando las demás en la exactitud y celo de su sobrina, réstregóse las manos en señal espresiva de su satisfaccion, y resolvió emplear su tiempo en escudriñar si Jaime era efectivamente sugeto que lo entendia; si el señor Holldain era acreedor al rango de tapicero-adorcionista de S. M. el monarca de los Países Bajos, y si el señor Tanow correspondia á su fama en Inglaterra, á su alta estimacion en Holanda, y al título de sócio de mérito de la Academia de San Lúcas en Roma, capital del catolicismo, y metrópoli en las ciencias y artes de la generosa raza latina.

Con todas sus ínfulas de Zóilo de la costumbre que daba origen al sarao y con todos sus humos de Aristarco de los aprestos de la fiesta, el antiguo dependiente de *Fabricius* no encontró un reparo siquiera que hacer á la decoracion y ornato de los aposentos. La industria y la especulacion mercantil tenian emblemas en multitud de escudos enlazados por guirnaldas de verde follage; y allí el hombre fabril y negociador se ennoblecía recordando su origen, y sublimando los atributos de su doble profesion.

Los tapices eran otros tantos cuadros de Wan-dik y Rubens, reproducidos por la diestra lanzadera, émula arrogante del pincel. Cuadros ovaes, alternando con grandes espejos de orla prismática, prez de las fábricas de Nuremberg, trazaban escenas de costumbres de los principales pueblos de Europa; desde el patinaje moscovita

hasta la regata de botes en la bahía de Gibraltar, ya malaventuradamente colonia inglesa. Arañas de cristal labrado en Maguncia, armadas con inimitable gallardía en Francfort sobre el Mein, pendían en las techumbres de gruesos cordones de seda carmesí con borlas de canutillo. Macetones de porcelana de Altemburgo contenían lo mas delicado y vistoso del reino de Flora, y en los ángulos de las salas consagradas al sarao, alzábanse sobresalientes copias de la Vénus de Médicis, del Apolo Pítho, del Hércules Magusano y la diosa Nealena, tales como nos muestra *Ferrario* éstas dos divinidades del alrunismo; del Baco indio, del Antinoo, de la Niobe y de Julio César. La escalera estaba alfombrada de un paño escarlata con estrellas negras, zurcidos los bordes con tanta maestría, que no podíase acertar con los retazos; creyéndose de una sola pieza, y producto gigantesco de un prodigioso telar. Al pie de la escalera, y como una chanza de buen gusto, el señor Holldain habia situado una figura de pasta del tamaño natural, representando un lacayo de gran librea, que inclinado un tanto el cuerpo en reverencia cortés, señalaba la subida, teniendo una alabarda en la otra mano. Sunter dió los buenos dias al autómeta, que tuvo la desatencion de guardar silencio, y las carcajadas de dos oficiales adornistas llamaron sobre el lacayo la consideracion de Juan, que no tardó en asociarse francamente á la risa de los operarios, con la ingenuidad de su escelente índole y calculando el número de chascos de análoga especie que á favor de las luces artificiales daria la figura á los convidados de Lutgen.

Apenas llegado al pie de la escalera el buen Sunter, y aun riendo del lance ocurrido, vió aparecer á Barth, el jardinero de *Chateau-fleuri*, que dejaba á la puerta su corpulento frison; adelantándose con tétrica faz al encuentro del confidente de *Fabricius*.

—¿Qué es esto, Barth? ¿qué sucede? preguntó azorado el tio de Berta.

—Una horrible desgracia, señor Sunter, contestó el jardinero espaciando su acerbo pesar.

—El señor Franz, dijo el criado balbuciente, y apoyándose en la balaustrada de la escalera.....

—Asesinado, respondió Barth, cubriéndose con ambas manos el rostro.

Sunter cayó como una masa inerte.

Los adornistas se precipitaron en auxilio del pobre Juan. Un criado que vio aquel accidente súbito echó á correr hácia el comedor en busca de un vaso de agua. Cundió la zozobra en la servidumbre que se puso en azorado movimiento. Jaime notó aquella situación angustiosa; pidió informes y al conocer la causa bajó precipitadamente, seguido del pintor y del tapicero. Mandó conducir á Sunter á su propia habitacion, encargando llamasen al facultativo é interrogó á Barth con interés:

—Qué hay amigo mio?

—Esta mañana, exclamó el jardinero sollozando, fui avisado por Magdalena á eso de las nueve, de una terrible novedad en la quinta. Sí, Sr. Jaime; es una novedad enorme...

—Acaba, interrumpió Lutgen palideciendo y convulso.

—El conserge, ya sabeis... Dángton, ha desaparecido con toda su ropa.

—Robando á mi tio? dijo el jóven sintiendo un frio glacial hasta en la medula de los huesos.

—Ha desaparecido en union de la señorita Cristina, añadió Barth con exaltado acento.

—Dios mio! (prorumpió Jaime juntando las manos con destrozadora pena) Pero ¿y mi tio, Barth?

—Le han dado la muerte.

—Justicia del cielo! gritó loco de dolor el negociante.

—Muerto y robado! agregó el jardinero, rompiendo á llorar como un niño.

Holldain y Tanow contuvieron á Lutgen que se golpeaba la frente en arranques insensatos.

La casa de Jaime Lutgen, decorándose por la mañana para una fiesta y trocando sus bizarros exornos por los signos consternadores de un duelo amargo, ofrece á Bru-

selas una deesas lecciones de la vida, que por algunas horas producen melancólicas impresiones; borrándose gradualmente de la memoria entre el bullicio de las pasiones y el tráfago de la existencia social.

Las salas dispuestas para la recepcion de un escogido y numeroso convite se han cerrado. La escalera aparece desnuda de su magnífica alfombra. El autómatas del donaire del tapicero de S. M. ha desaparecido. Las macetas de boj, arrayan, laureola y mirto, que adornaban vestibulo y patio se encerraron en el fondo del jardin. La noticia de la catástrofe dada por Barth á Sunter y á Jaime, corrió por todos los ámbitos de la capital populosa formando el tema obligado de todas las conversaciones. Los comentarios mas absurdos entraron en circulacion; refiriéndose al asesinato y robo del antiguo cambista y á la fuga de la huérfana en compañía del conserje de *Chateau-fleurí*. Holldain quedó al cuidado del jóven banquero, presa de una fiebre abrasadora, que redujo á la postracion sus fuerzas, en tanto que Tanow, acompañado del jardinero, fué á dar cuenta de lo acaecido en el castillo de Hartz al ministerio de la ley; obteniendo que fuese á inquirir lo sucedido un juez de instruccion, autorizado por el canceller en turno y el ministro de guardia.

Son las nueve de una noche serena y deliciosa. Jaime acaba de salir de su sopor, y pregunta por el artista, comisionado en llevar á la granja al representante del poder jurídico. Holldain contesta que no ha regresado todavía de su diputacion lúgubre. Lutgen quiere saber la hora. El adornista responde con ese laconismo que excluye toda conversacion sucesiva. El jóven se incorpora en el lecho, donde le instalaran sin apercibirlo en su profundo letargo, y cruzando las manos sobre el pecho, exhaló un largo suspiro; clavando su mirada abatida en la colcha de damasco que cubria la sábana superior. Su guardian seguia con preocupacion triste las oscilaciones compasadas de la péndola de un reló de pared á que daba frente.

—Tanow apareció, llevando impresas en su notable fisonomía las huellas de una preocupacion triste.

—Decidme, amigo mio, exclamó Lutgen ¿qué habeis determinado respecto al cadáver de mi pobre?...

—El juez de la instruccion se reserva hasta mañana resolver este punto.

—¿No habeis consentido la autopsia? preguntó Jaime con ansiedad.

—No es posible impedirlo, respondió el artista pesadoso. Para investigar las lesiones se hace indispensable la diseccion anatómica y entonces se determinan los hechos y resulta evidente la responsabilidad del ofensor.

—Y se persigue á Dángton? Se escapará ese infame?

—De quién hablais?

—De Pablo Dángton, el consege de *Chateau-fleuri*, que ha desaparecido robando y...

—Decid Juan Grúe, salteador de caminos, condenado á trabajos forzados á perpetuidad, prófugo del lugar de su condena, y recibido no sé por qué, ni con qué recomendacion en la quinta.

—Y cómo se ha descubierto?...

—El juez de instruccion hizo recoger un capote de librea y un sombrero del conserge que yacian sobre la cama de la Señorita Armand...

—Es posible! interrumpió Holdain.

—Rejistrando escrupulosamente el capote se advirtió un papel en la vuelta de una de las mangas que fué inmediatamente estraido. Era un aviso de escalamiento y fuga escrito con sangre y por la punta de un palo aguzado, donde no obstante el laconismo de una nota se espresaba el nombre y apellido del malhechor.

—Y qué se ha descubierto de Cristina?

—Por su dormitorio aparece haber entrado el asesino, dijo Tanow con tono sombrío y gesto ceñudo.

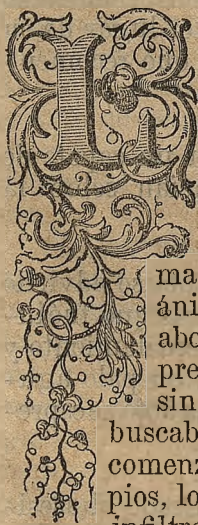
—Callad! gritó Lutgen horrorizado. Tal sospecha es indigna de vos. Ella no puede ser criminal ¡imposible!

—Reflexionad, mi pobre amigo, que...

—Basta! respondo con mi cabeza de su inculpabilidad.

CAPÍTULO XVI.

EL FORO.



La revolución había tomado sus medidas con tal acierto y perseverancia que en todas las divisiones del principio de autoridad se minaba en nombre de la filosofía la base del poder y se presentaban los defectos de la acción superior como atentados enormes contra la libertad humana. Con mas ó menos recatadas formas íbase preparando el menosprecio de los ánimos impresionables hácia instituciones, aborrecidas por aquella osada juventud, que pretendia manejar la palanca de Arquímedes sin haber encontrado el punto de apoyo que buscaba el sábio de Siracusa. La enciclopedia comenzó á desnaturalizar hábilmente los principios, los hombres y las cosas. El materialismo infiltróse en los ramos de la educación pública. La rebeldía al dogma, al poder y á la jurisdicción pasaron por arranques generosos del espíritu emancipado del yugo de preocupaciones tiránicas; y hubo de avergonzarse la multitud, seducida por aquella verba fascinadora, de

creer, respetar, y seguir el curso ordinario de los destinos mortales. Unos, como los discípulos de Voltaire, entraban en la conjuración contra el orden establecido con pleno conocimiento de medios y fin de su empresa detestable. Otros, partidarios de Rousseau, engreídos con la fantasmagoría de su imaginación novelera, destruían el edificio social á los sones de una lira, á cuyo influjo Anfiction habia levantado los muros de Tébas. Varios envidiosos del poder, explotando yerros sensibles, se prometían socavar los cimientos de las gerarquías, abatiéndolas á sus plantas; y ya que sus cabezas arrogantes no alcanzaran á la cima del Capitolio, que sus ruinas sirvieran de escabel al orgullo de los nuevos Erostratos. Muchos obedecían sin saberlo á la pasión dominante en su época; murmurando de todo lo antiguo; intentando renovar las esenciales condiciones del Estado; creyéndose en el colmo del ridículo al parecer afectos á un orden de cosas condenado sin audiencia y sin recurso por los apóstoles de una regeneración violenta; prefiriendo el aura efímera de los que lisongeaban la preocupación común á la honra de las convicciones leales.

No es fácil determinar á qué familia de esta especie pertenecieran los redactores del *Foro*, revista de Jurisprudencia, Legislación y Tribunales que veía la luz pública en París, escrita por jóvenes abogados y profesores de la Universidad y escuelas de derecho. Sus artículos contra la prisión arbitraria, las leyes de crimen de Estado, régimen de la Bastilla, y diferencias categóricas ante la justicia, le proporcionaron una boga extraordinaria, que fué en aumento, cuando pasando de las teorías al terreno práctico, emprendió una calorosa polémica contra la enseñanza del derecho canónico en el seminario protegido por Monseñor el Arzobispo, y criticó duramente la jurisprudencia establecida por algunos fallos del Parlamento. *El Foro* se hizo protagonista de la emancipación intelectual en punto á la profesión de Papiniano, y descargó el látigo satírico en las fórmulas y en el fondo de la ciencia tradicional; aspirando á crear

un derecho que no se derivara del Sinaí; que no tuviese origen en el Gólgota; que reconociera por fundamento la naturaleza del hombre y la utilidad social: Grocio y Bentham en consorcio infando. Y este designio lamentable tenia por fautores de su éxito á una cohorte de catedráticos insurgentes que llamaban *ultramontanos* á los que sustentaban la disciplina; *recalcitrantes* á cuantos resistian romper el hilo de trabazon entre el saber pasado y los adelantos modernos; *rábulas* á los que combatian esa libertad de erigir sistemas apocalípticos sobre los destrozos de métodos autorizados. Los abogados jóvenes que formaban parte de la redaccion limitaban sus tendencias á conseguir influjo en los Tribunales por el auge de la Revista y la extension de los nuevos principios en el círculo de su accion deleterea. *El Foro* tenia correspondales que arreglaban sus noticias y apreciaciones al espíritu de la publicacion, y entre ellos era uno de los mas estimados Jonathás Hubner, pasante de Wálter Roche; aquel jóven de fisonomía reposada y aire puritano, que vimos en el estudio del sustituto fiscal en el capítulo octavo de esta primera parte.

Hubner, influido diestramente por Roche, y creyendo suministrar datos preciosos á la Revista francesa, envió la correspondencia que sigue á la direccion, que le dió cabida en el número inmediato.

«Crónica estrangera.—Bruselas.—Proceso de Cristina Armand, la huérfana.—«Hace seis años que la justicia «logró apoderarse de tres malhechores, capitaneados por «Juan, Grüe; trabajador agrícola, natural de Amberes, y «hombre de condiciones funestas, que habia mantenido «al pais en deplorable consternacion, infestandola cam- «piña, y abrumando el tráfico con sus exigencias y atro- «pellos. Aprehendido al fin este bandolero, y llevado á los «tribunales, halló una misericordia de que era indigno; «condenándosele á trabajos forzados en arsenales y minas «desalpor el resto de una vida, tan infamemente empleada «contra la propiedad y las personas.—En 20 de Septiem- «bre de 1779 consiguieron evadirse de su depósito penal

«varios penitenciados de importancia, con auxilio del
«cabo Grue, elevado á este cargo indebidamente por un
«débil gefe de trabajos, sugeto á responsabilidad en vir-
«tud de semejante falta á las prescripciones que rigen la
«materia. La agencia Havart para la colocacion de sir-
«vientes garantizados, inscribió al reo prófugo en su re-
«gistro bajo la razon de Pablo Sammuel Dángton; fian-
«do su conducta su último señor, el mayor Herman Hu-
«guell, al servicio de S. M. Prusiana, húngaro de natu-
«raleza, y persona apreciada generalmente por sus re-
«levantes cualidades. La agencia Havart proporcionó á es-
«te sirviente, así recomendado, el puesto de conserge en
«el castillo de Hartz, hoy quinta de *Chateau-fleuri*; po-
«sesion encantadora, sita á tiro de cañon de Bruselas;
«adquirida en autos ejecutivos por el respetable anciano
«señor Franz Fabricius, cambista, y fabricante retirado
«hace poco del comercio; dueño de una fortuna cuantiosa;
«individuo merecedor de aprecio universal por sus
«prendas; tío y noble protector del negociante Sr. Jaime
«Lutgen, y padre adoptivo de la joven francesa, Cristi-
«na Armand y Hárrison, hija de Luis y Fanni, contra
«quien se sigue el procedimiento en rebeldía, y segun se
«dice, presunta cómplice en la catástrofe de que os doy
«sumaria cuenta.—La señorita Armand era ahijada del
«Sr. Fabricius, quien á la prematura muerte de sus padres,
«directores en los talleres de encajería de dicho señor, en-
«cargóse de su tutela con toda la ternura de un padre ver-
«dadero; haciéndola educar en el convento de Ursulinas
«en París, y trayéndola á su lado al cumplir los diez y
«seis años de su edad.—Cuantos conocen á la joven Cris-
«tina ponderan los atractivos de su figura, la afabilidad
«de su carácter, los cuidados amorosos que prodigaba al
«enfermo protector de su orfandad, y la dulzura inefable de
«su trato con todo género de personas; pero todos con vien
«unánimes en la incurable melancolia que della habíase
«apoderado, y en el disgusto profundo que acibaraba su
«existencia; moviéndola á desechar con pertinacia parti-
«dos harto ventajosos hasta para una señorita del primer

«rango.—Atribúyese al señor Fabricius el proyecto de en-
 «lazar á su recomendable sobrino con la joven procesada:
 «plan que pudo acelerar muy bien, descubierta ó declara-
 «do, la solucion terrible del hecho que os relato con la
 «imparcialidad que me caracteriza.—Es lo cierto que cuan-
 «do el señor Jaime Lutgen disponia la inauguracion de su
 «casa comercial con un sarao al estilo de nuestros acredi-
 «tados banqueros, (ausentes de la quinta el antiguo cria-
 «do de confianza Sunter y la doncella Berta, camarera de
 «Cristina, y enviados por la encausada á Bruselas con el
 «pretexto de encargos para el baile) el desventurado Franz
 «Fabricius, despues de serdespojado de treinta mil escu-
 «dos, aparece cosido á puñaladas en su lecho, y se evaden
 «de aquél lugar de horrores el supuesto consérge y la jó-
 «ven Armand.—En la cama de la reo yacen el capote y
 «el sombrero de librea del falso Dánton; aquel capote en
 «cuyo forro se nota y descubre el billete escrito con san-
 «gre, que comunica al cabo Grüe el proyecto de fuga del
 «arsenal.—El asesino resulta introducido por la habitacion
 «de la huérfana. En una mano del cadáver se halla asida
 «la bata de noche de Cristina, desgarrada y llena de san-
 «gre. La cofia de dormir de la protegida del triste Fa-
 «bricius yace al pie del fúnebre lecho. Se recoge una car-
 «ta inconclusa de la infeliz muger, que revela el combate
 «entre los buenos instintos y una resolucion aventurada,
 «que agobia su ánimo hasta pedir fuerzas al cielo. Una
 «maleta provista de ropablanca y el vestido de viage han
 «sido los únicos efectos que no parecen; denunciando co-
 «mo voluntaria la desaparicion de Cristina. El puñal se
 «recoge en un patio interior, por cuyo postigo se ha fu-
 «gado la culpable pareja.—Una silla de posta de cinco
 «caballos les ha alejado en las tinieblas de una noche, pro-
 «tectora de su crimen, de aquella casa campestre, teatro
 «de un robo y de un asesinato infame. Las ruedas y los
 «pies de los caballos marcan el camino que de la márgen
 «del rio conduce al arrecife de la capital; pero los peones
 «camineros habian cubierto de zavorra gruesa el trayecto,
 «y la multitud de caballerías y vehículos que transitan

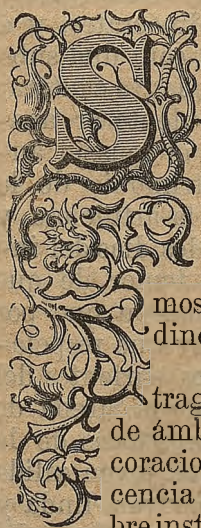
«por la carretera, borran los vestijios que en una senda
«poco frecuentada permiten seguir la direccion de los que
«persigue la justicia.—Sehan hecho comentarios sin nú-
«mero para dar un giro favorable á la cuestion respecto á
«la prohijada del malhadado Fabricius; porque todos juz-
«gan inconcebible en su educacion, en sus hábitos y en
«sus maneras, la parte que resulta haber tomado en esta
«abominable trama; pero las congeturas mas propicias en
«apoyo de su inocencia fracasan al exámen de los hechos,
«y ante esa ilacion de datos, que la Providencia eslabo-
«na en el camino del delincuente, como un rastro que
«conduce al criterio hasta dar con el culpable.—Sin duda
«alguna es doloroso tocar la decepcion donde radiaba el
«encanto de la virtud, y haber de contemplar en el ban-
«quillo de los acusados á una beldad en la primavera de
«sus hechizos; ornato de la sociedad; prez de su sexo, y
«ángel tutelar del senecto desafortunado, retraido por sus
«achaques en *Chateau-fleurí*.—Uno se esfuerza en des-
«echar los indicios acusadores, por mas vehementes que
«resultan; pugnando por descubrir qualquiera esplicacion
«verosímil, y que restablezca el minado crédito de una
«adolescente, hermosa, querida y citada por modelo de
«gratitud á su bienhechor, y tipo de cariñoso trato con sus
«iguales é inferiores. Se recuerda involuntariamente la
«nómina de víctimas de coincidencias abrumadoras, que
«el foro humano ha tenido por convictas de crimen; mar-
«cándolas con su estigma indeleble de reprobacion para
«reconocer mas tarde la falibilidad de sus convicciones y
«lo peligroso de sus fallos. Y no obstante, al entrar en el
«análisis de las circunstancias que concurren en el suceso
«que tiene consternada á Bruselas, surge una série de pre-
«guntas que no consienten admitir la deseada inculpabi-
«lidad de Cristina.—¿Por qué ha sido la puerta de su al-
«coba la franca al acceso de Juan Grüe? ¿Por qué su le-
«cho demuestra que no se ha acostado? ¿Por qué no hay
«un signo de lucha ni de violencia en su aposento? ¿A
«qué llevarse una maleta con ropa blanca y un vestido de
«viage? ¿Quién ha podido colocar en la cama de Fabri-

«¿cius esa bata, y esa cofia de noche? ¿Quién se ha entretenido en desgarrar ese ropage y mancharlo con la sangre del anciano infeliz? ¿Qué privilegio goza la huérfana para libertarse de la ferocidad de un bandolero desalmado, que por robar la caja del banquero Fabricius y salir impune no debe escusar atentado alguno? ¿Dónde está una gota de sangre de la que debió ser sacrificada primero al inicuo propósito del malhechor? Si ha perecido la doncella ¿á qué conduce arrebatarse el foragido ropas que no le sirven y embarazan su fuga? Si no hay connivencia entre la jóven Armand y el supuesto Dángton, ¿por qué se ha traído una silla de posta á la quinta, que el conserge no pudo sufragar exhausto de fondos? ¿De qué sirve á un ladron una muger que oponga resistencia á su expolio y excrete el asesinato de su segundo padre? ¿Es creíble que se comprometa hasta ligarla á sí por un rapto sin esperanzas de éxito y con riesgo del escándalo y la denuncia? Si Cristina ha huido espontáneamente con el conserge de *Chateau-fleuri*, ¿cuánta perversidad no paliaban sus actos esteriore, y cuánta depravacion revelaria este amargo descubrimiento!... ¡Ah! En suma, no seria mas que una de tantas muestras del abismo insondable que se denomina corazon humano: un ejemplo, entre otros, de los misterios aterradores que disimula un aspecto cándido, y encubre una apariencia de atractiva mansedumbre.—El celoso juez de instruccion, Sr. Talldor, continúa los procedimientos; conciliando la actividad y la mesura; siendo de sentir que la salud del Sr. fiscal Seross no le permita actuar en la causa, que tanto ilustrarian su privilegiado talento y su práctica escelente.—El conocido doctor Wálter Roche, primer sustituto del ministerio, parece destinado á reemplazarle.»

Estos apuntes inútil es decir que Húbner los habia recibido en pérvida confidencia de su maestro y amigo Wálter Roche.

CAPÍTULO XVII.

EL FISCAL.



ERIAN próximamente las ocho y media de la noche cuando una elegante berlina de ciudad se detuvo á la puerta de la morada del Sr. Wálter; abriendo la portezuela y bajando el estribo un lacayo de arrogante porte, galoneados de oro sombrero y costuras de la casaca: librea adaptable á todas las condiciones, pues que el oro es el símbolo de la riqueza, y tenemos la fortuna de conocer la aristocracia del dinero.

A poco aparecia el Sr. Wálter Roche, en traje de rigurosa etiqueta, calándose guantes de ámbar y ostentando sobre el pecho la condecoracion del *mérito civil*, adquirida de la munificencia soberana por una luminosa disertacion sobre institutos penales y condiciones de su reforma. El apuesto lacayo hizo una profunda reverencia al sustituto del ministerio fiscal, quien al instalarse en el carruaje dijo «*Arsenal de marina, número 18.*» Al repetir el lacayo las señas al conductor de la berlina, tomando asiento á

su lado, el áuriga sonrió maliciosamente; porque en la casa número 18, sita en la plaza del Arsenal de la marina, habitaba la célebre condesa de Cassall: bailarina francesa, conocida en París por el nombre de guerra de *Aspasia*: querida del aventurero Sir Edward Longdalle, que la paseó en triunfal carroza por la Gran Bretaña y la Prusia; dejándola allí tan desprovista de fondos que hubo de descender á la clase de dama libre. Sacada por el cariño de un jóven estudiante de medicina en Berlin del fango de la prostitucion, hizo algun tiempo vida bucólica con su bello y enamorado Títiro. Pero el escolar era pariente y protegido del conde de Heuffel, cumplido caballero, quien noticioso de aquella égloga, en vez de sacar una orden de expulsion contra la cortesana, se avistó con ella secretamente; la espuso los inconvenientes de prolongar aquel romance; le facilitó sumas bastantes á costear su establecimiento en los Países-bajos, y la decidió á partir lejos del discípulo de Hipócrates, y á dirigirse á Holanda. En Gante, atendida con una subvencion delicada por el espléndido conde, logró cautivar al anciano y vicioso conde de Cassall; opulento Sr. austriaco, declarado legalmente pródigo por el consejo áulico á instancia de sus deudos. Un matrimonio de la mano izquierda, ó *morgánico*, permitió á la artificiosa y esbelta sílfide del teatro francés abreviar los dias del intemperante prócer; titularse condesa, sin temor de que la policía la desnobilizara, y cobrar la pension que por su testamento dejóle asignada su marido, y que respetaron por ahorrar contiendas y disgustos los parientes del pródigo legal. Lanzada en el gran mundo la Sirena de París vino á Bruselas, aun con las fúnebres tocas de la viudez; componiendo su servidumbre una jóven salida de cierto casino amoroso de Gante; pero vivaz, linda y amable camarera, llamada Florina, y un mayordomo del difunto Sr. de Cassall, compendio de todos los vicios, y capaz de todas las bajezas. La señora tenia un temperamento de sacerdotisa corintia, y propension irresistible hácia los adolescentes garridos, y los hombres rudos

de ínfima clase; alternando en su historia erótica los Adónis con los gladiadores atléticos. Mas á la noble condesa no se podían tolerar las espansiones caprichosas de la traviatta de Berlin, y por otra parte, la antojadiza compañera de Sir Edward empezaba á tener humos ambiciosos; soñando en las influencias políticas de las Pompadour y Dubarris. Luis XIV y Luis XV no tenían copia en el trono de los Países-bajos; pero el Sr. Justino Kermadoc, secretario del ministerio en la seccion de justicia y cultos, concibió una pasión violenta por la dama que se engreía con el papel de la princesa de los Ursinos. Aquel togado magestuoso, calvo, miope, y relleno de leyes y ortodoxia, hizo el galán con malísima gracia, y rindiendo su fortuna y su crédito á los piés del ídolo obtuvo el carácter de amante venturoso de una aristócrata seductora. Mientras un ministro de la corona, embajador ó agente político, norendían mejores homenajes, ensayaba su explotacion la aventurera en el serio y enamorado secretario; pero el cochero que conducía el carruaje de Roche era el mismo que en diferentes ocasiones llevara al campo y á soledades gratas á la condesa viuda y á cierto aspirante del ministerio, que en tiempo de Enrique III de Valois hubiera hecho admirable pareja con San-Megrin, Quelus, Epernon, y demás famosos meninos del disipado monarca. El cochero conocía tambien al colosal cabo de suizos Scholler, gigante favorito de la señora, que en el seno de la mas íntima confianza refería los lances de una especie de Chipre, situada en el puente nuevo, donde le atraían las citas recatadas del viejo mayordomo, y las caricias ardientes de la voluptuosa condesa de Cassall. Al domicilio de esta hermosura dirijíase Wálter al trote de dos caballos negros como los del carro de la noche, que hacían pasar las ruedas de la berlina sobre el pavés cual si fuesen las alas de una gaviota registrando presa, rasante con las olas del mar.

Llegado que hubo la berlina frente al número 18, Roche bajó, encargando al lacayo le esperase en la ex-

tenza plazoleta que formaba el frente del arsenal, y penetró con aire de confianza ligera en un departamento delicioso, balsámico, elegante: una digna citeres de aquella Venus gala.

El mayordomo salió á recibir al sustituto del ministerio fiscal.

—La señorita Florina? preguntó concisamente Roche.

—En la sala de labor, caballero. Sois?...

—Soy Wálter Roche, contestó el abogado.

—Bien venido, repuso el viejo inclinándose. Tened la bondad de seguirme.

El sombrío personaje atravesó un corredor acristalado, con vistas á un jardín inglés del hotel contiguo y su conductor le introdujo en una pieza de tránsito al gabinete, donde Florina arreglaba cintas y lazos para su señora.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, dijo el mayordomo saludando, y cuadrándose en el dintel para dejar acceso libre á Wálter en la estancia.

—Un instante, amigo mio, exclamó el abogado, deteniéndole con afable gesto, y perdonadme la curiosidad importuna que me acomete. ¿Tomais tabaco en polvo?

—Sí señor, respondió el criado con melosa inflexion en su acento. Es un vicio mas que debo al finado Sr. conde de Cassall, mi bueno y generoso amo.

—Pues á propósito, insistió Roche; hé aquí una caja de aloe incrustada en nácar y oro que me han remitido de las colonias, y que podeis utilizar mejor que yo, enemigo de la planta nicotiana.

El mayordomo alargó ávidamente la mano, recibiendo alborozado el donativo.

—Me repito á vuestras órdenes, añadió reiterando sus reverencias: gracias por este...

—Bah! no merece la pena, interrumpió Wálter, encogiéndose de hombros con las ínfulas de un nadab que midiese los diamantes como el arroz de su cosecha.

Florina al escuchar la voz de nuestro héroe hizo un mohin de impaciencia; porque Wálter la conocia por sus galantes aventuras en la ciudad natal de Cárlos V, y la

simpática camarera abrigaba sus pretensiones ambiciosas; ni mas ni menos que la dama á quien servia de confidente y auxiliar en las disipaciones. Florina buscaba un marido: la prosa de la existencia doméstica; una situacion ordenada detrás de un mostrador, en el almacén de una fábrica, ó en el caserío de una quinta. La pobre muchacha hubiera dado sus gages de un quinquenio en casa de la condesa por borrar de su crónica los días delibertinaje en la enunciada capital; porque ella no habia nacido para Frinea y solo la necesidad y el engaño pudieron afiliarla en el gremio de las mozas perdidas. El encuentro de un hombre que supiera su infamia la estremecia, y Wálter la causaba una especie de terror supersticioso; porque ella conociale por un *hombre malo*.

—Buenas noches, Florina, dijo el abogado con cierta cariñosa intimidad, y tomando asiento junto al velador, donde la doncella tenia estendidas sus labores.

—Felices, caballero, replicó la camarera, esforzándose en aparentar agasajo afectuoso.

—Cómo sigue la gentil y amable condesa?

—Goza de excelente salud.

—Y nuestro negocio?

—Ayer hubo una séria discusion entre la señora y el grave secretario. Acudí al toque de la campanilla para llevar el chocolate y las tostadas que la condesa toma en punto de las once, y oí que mi ama decia al Sr. Kermadoc: «no hay remedio: es preciso que el cargo sea suyo. Es cuestion de honra para mí.»

—Incomparable condesa! exclamó Wálter sonriendo... Y quedaron al fin en que?...

—No lo sé, caballero, respondió Florina; porque el secretario ha permanecido en el cuarto de la señora hasta los primeros albores del día.

—Negocio hecho, repuso Roche con guiñada maliciosa.

—Al medio día vino una amiga de la señora, y la vestí en presencia suya; de modo que no fué posible ocuparnos de vuestro asunto. La condesa mandó al mayor-

domo por un carruage, en el que salió sola á sus escursiones caritativas; porque tiene un corazon!...

—Es un ángel, apoyó el sustituto fiscal, que sospechaba la beneficencia particular de Madama.

—Volvió cerca de anoecer... no; ya anohecido. Tomó una colacion ligera, y recibió á un jóven aspirante del ministerio, algo pariente de su señoría. Un mancebito afeminado, desdeñoso con los que sirven, y valen mas que él... pero importa callar.

La camarera no podia perdonar al favorito de la condesa su altanería, ni la falta de gages.

—Y ese pariente prolonga sus visitas? interrogó Wálter contrariado.

—Ordinariamente no, y mucho menos hoy que el secretario vendrá á las diez en punto.

—Sabes de qué me estoy acordando en este momento? dijo Roche de improvisó.

—Decidlo pues, respondió Florina, mirando á su interlocutor con temerosa curiosidad.

—La primera vez que tuve el gusto y el honor de conocerte llevabas al cuello una cinta de felpa grana, de que pendia una monísima cruz de esmalte.

—Sí, tartamudeó la camarera confusa: la perdí en el baile del jardin francés; pero ¿á qué conduce ese recuerdo? añadió con impaciente indagatoria.

—Me pareció un adorno tan sencillo é interesante, y te sentaba tan bien, Florina, que no puedo resistir á la tentacion de regalarte esta crucecita de rubíes; suplicándote que la uses, porque siempre eres para mí la morena mas seductora de los Países-bajos.

La camarera sonrió mas al regalo que al elogio; abriendo la cajita en que venia acomodada la joya y contemplando aquella alhaja con ojos radiantes de placer, como una hijuela agregada á su dote.

—Sois muy galan, caballero, exclamó Florina, extraordinariamente halagada.

—Eso es una bagatela, repuso Wálter con ademan despreciativo. El dia en que la transtornadora condesa

de Cassall obtenga del honorable Kermadoc mi nombramiento de ministro en reemplazo del difunto Jeremías Scross, aquel día (recalcó el abogado) tendrás unos pendientes de perlas para tu boda que darán envidia á todas las novias del reino.

La campanilla de la sala de recibo hizo acudir á la doncella precipitadamente.

Volvió al cabo de cortos momentos, y dijo á Wálter con dulce familiaridad:

—Despachaos, caballero. La señora condesa os recibe en su retrete, como á un amigo de confianza.

La condesa era una mujer de treinta y cinco años; llena de atractivos incitantes: maestra en el arte de agradar; veleidosa como una Odalisca mimada; indolente, débil á todas las seducciones de la vanidad y á todos los eventos casuales. Wálter Rochellegó hasta ella con desembarazo: tomó su diestra que llevó á sus lábios con ceremoniosa lentitud, y sin esperar permiso sentóse en un taburete, próximo á la otomana donde en estudiada postura reposaba la beldad.

—Amigo mio, dijo Aspasia con dulce tono, he tenido grandes obtáculos que vencer para conseguir alguna cosa.

—Cómo así? preguntó el abogado aparentando sorpresa.

—El Sr. Kermadoc parece muy prevenido en contra vuestra á lo que pude advertir.

—Creia, respondió Roche con sonrisa amarga, que el secretario del ministerio en la seccion de justicia y cultos habria olvidado algunos debates en las vistas públicas cuando presidia el tribunal superior del distrito: debates originados por su índole severa, y por los deberes de mi encargo de defensor.

—Sr. Wálter, añadió la condesa con amistosa espontaneidad; sois un hombre de indisputable mérito, y sin embargo teneis muchos y encarnizados enemigos.

—Condesa, repuso el hábil personaje; vos sabeis por una esperiencia dolorosa que el mérito acarrea envidias

emponzoñadas, y que por esas envidias se miden las ventajas personales.

—Teneis razon, contestó la señora engreida, y eso cabalmente he respondido al secretario.

—No obstante, agregó Roche con altivo continente, á Dios gracias, es la honra y no el lucro lo que busca mi ambición en los cargos públicos de mi carrera; y si he de pasar por tantas prevenciones, si he de comprometer sobre todo vuestro crédito con el Sr. Kermadoc, renuncio á mis esperanzas, y...

—Nada menos que eso, interrumpió la viuda del prócer austriaco. Por de pronto quedais nombrado fiscal interino, cuyo nombramiento me traerá esta noche el secretario y os remitiré mañana...

—Tanta bondad! Ah, condesa!

—Es un empeño mio, insistió ladama con vehemencia: un ensayo de mivalimiento con un amigo que tanto pondera su afan de complacerme en asuntos arduos y de importancia. Es mi primera prueba en este género, Wálter; y si llegara á salir sin mi propósito, el honorable Justino Kermadoc iria noramala á difundir protestas mentirosas. Pero credme, amigo mio, tenemos algunas probabilidades de triunfo.

—¿Quién osará resistir á una insinuacion de esos labios de rosa?

—Cuidado, señor lisongero! exclamó Aspasia con una amenaza juguetona. Kermadoc me ha prometido manteneros en la plaza de fiscal en concepto de interino, dandó tiempo para que trabajéis en cultivar relaciones provechosas con el ministro; ya que S. M., Dios le guarde, no se mezcla en proveer los cargos. Me ha jurado prestar á vuestras gestiones un apoyo leal y sincero, y yo no quiero ocultaros lo que me dijo respecto á este particular.

—Veamos, condesa, intercaló Wálter con atencion expectativa.

—Cuento con vuestra discrecion, caballero.

—Podeis dudarlo señora?

—Me dijo el secretario con esa inalterable calma que le conoceis: «Condesa, arrostraré compromisos; voy á exponerme á invectivas y sátiras desapiadadas, á sufrir reconvenções justas y sin réplica; pero que vuestro ahijado se procure el asentimiento de su Excelencia y yo le daré todo mi auxilio en consideracion á vuestro empeño.»

Roche se apoderó vivamente de la diestra de Aspasia; besándola con finjido transporte de reconocimiento. Con una destreza suma deslizó una sortija en el dedo anular de la condesa, que retiró la mano, contemplando el esquisito trabajo del anillo y la brillantez del solitario que le decoraba.

—Esta es una corrupcion, caballero, dijo la dama afectando resentirse.

—Es una alhaja de mi madre, señora, replicó el abogado con romancesca melancolía. Vos me amparais con una ternura maternal, y no creo que rechaceis esta expresion de tan digno origen y tan hidalgo objeto como demostrar una acendrada gratitud.

La dama contestó con una de esas sonrisas seductoras que dibujada en los labios de Eva hace comprender la desobediencia de Adan.

CAPÍTULO XVIII.

LA CONSULTA.

RES jurisconsultos habianse reunidos en el despacho de Wálter Roche para examinar el proceso sustanciado contra el supuesto Pablo Samuel Dángton, Juan Grüe de verdadero nombre, y la señorita Cristina Enriqueta Armand y Hárrison, por robo y asesinato del Sr. Franz Fabricius. El fiscal ínterino, sucesor del severo é ilustrado Scross de Senneval, al recibir los autos tramitados por el juez de instruccion en ausencia y rebeldía de los presuntos reos, quiso descansar en el acuerdo de personas competentes para emitir un dictámen concienzudo, y asesorado con peritos de reconocida superioridad. Esta resolucion de Roche no podia aparecer mas digna y modesta; pero como todo lo bueno en el proceder de aquella réproba criatura no pasaba de un efímero barniz, tras de cuya brillantez habia siempre una intencion inícua ó una mi-

ra villana, Wálter proponíase obtener á fuerza de maña, y poniendo en juego las poderosas seducciones del amor propio, una aprobacion esplicita de sus designios, que no eran otros en suma que hacer condenar á la huérfana en calidad de cómplice del conserje; procurando inducir la sospecha de un monstruoso vínculo entre el foragido y la virtuosa doncella, arrebatada al castillo de Hartz en virtud de alguna trama execrable. El innoble afan del abogado cifrábase en impedir á Cristina el regreso al territorio, donde pesara una condenacion terrible sobre su cabeza; y ya que por culpa del infame Huguell no era dable satisfacer un anhelo ambicioso y saciar un apetito irritado por el frio desden de la jóven, el infernal personage trataba de arruinar en los Paisés-Bajos el crédito de su víctima, abrir un ancho foso entre la desgraciada y los autores de su cruel infortunio, sin perjuicio de dirigirse á París á la primera ocasion para abusar brutalmente de la huérfana, vengando sus desprecios con la ignominia y el abandono. El húngaro habia prometido retener aun dos meses en la casita de la Dubois á la afligida hermosura, á condicion de que Roche renunciara á su parte en el espolio de Fabricius, y el sustituto del ministerio de la ley se congratulaba de conseguir un triunfo abominable sobre la inmaculada pureza de aquella vírgen, imponiéndola el horror de su acusacion criminal ante el foro belga y obteniendo á la vez la categoría de magistrado, representante de lo que se llamaba aun en la ciencia la *vindicta publica*. Raro parecia ver reunidos en el mismo hombre las propensiones degradantes del último malhechor al anhelo persistente por conquistar el rango de acusador público; paladion de la ley; amparo de los derechos ultrajados por las violencias; perseguidor de los excesos y anatema perenne fulminado contra el crimen. Y sin embargo, en la perversion de los sentimientos que agrava las condiciones del delito cuando su autor baja al lodazal desde preeminentes gerarquías, aun Wálter pensaba tener enfrenadas sus pasiones, y todavía lisonjeábase de no emprender todo lo malo que cabia en su pensamiento.

En épocas análogas á la que sirve de teatro á esta accion, en el hervidero volcánico de todos los aviesos insistentes, de todas las aspiraciones perturbadoras, de todos los intereses irreconciliables con el orden armónico de la sociedad, los fenómenos comunes adquieren una intensidad que desconsuela y en la atmósfera que se respira hay una cargazon sofocante, que generaliza la corrupcion en las costumbres y fomenta la inquietud de los pensadores sobre el porvenir de una humanidad degenerada, que se divorcia del propio beneficio de la redencion divina. Wálter Roche llevaba en su inteligencia maligna por predileccion y en su orgullo satánico los elementos principales para acarrear á su existencia las borrascas que hacen el naufragio tristemente seguro; pero vivía en el tiempo de la inoculacion revolucionaria, en los dias de predicacion incesante contra la autoridad, en los momentos supremos de deificarse la ilimitada libertad del individuo, y desde el tiempo en que tienen esclusa los viciosos impulsos del corazon el cenagal se hace corriente cenagosa. Fuera del buen camino, extraviado en los senderos sinuosos del error, el perseguidor de Cristina se ilusionaba néciamente, conceptuando compatibles la satisfaccion de sus ruines ideas con la honra de una investidura respetable, y juzgando por sí mismo de los demás, entendía hacedero imbuir á sus colegas de profesion en las alucinaciones que preparaba á su juicio.

Wálter despues de protestas humildes y testimonios exagerados de consideracion, habia hecho el análisis del proceso; realzando las coincidencias que comprometian á la joven Armand; citando menudamente los casos en que la forma de la virtud mas atractiva paliaron los abisinos de almas tan hipócritas como inmundas, y dejando penetrar su creencia pesarosa en un nuevo lance de este género aciago.

Atentamente escuchaban esta prolija y hábil enumeracion de indicios acusadores el señor Fausto Hollertzen, consejero de honor en el de justicia, y decano de la facultad, el señor Bartolomé Dunnay, asesor de marina en

el departamento, y el corresponsal de la Revista francesa *El Foro*; pasante, amigo y cómplice sin sospecharlo de Wálter.

El señor Hollertzen era digno de los tiempos de Esparta, y nunca una fisonomía mas leal y serenamente hermosa sirviera de fiel sobrescrito á un ánimo franco y á una veracidad mas á prueba de ambages ni disimulos. Para el consejero honorario no habia contemplaciones, miramientos ni obstáculos. Guardaba una impasibilidad germánica frente al absurdo y á la impositura que repelia su índole recta y generosa. Sin la sangrienta mofa de Diógenes, sin las lágrimas de Demócrito, sin la reprension austera de Sócrates, la calma de su hermoso semblante sobrecojía á los fautores del error voluntario, y era necesaria toda la impudencia de Roche para mentir sin bajar los ojos ante aquella dignidad imperturbable, tan elocuente en su mismo silencio. Tan pronto como se provocaba la opinion del señor Hollertzen esponia la verdad de su sentir, los motivos de su conviccion y el fallo de su conciencia; sin jactancia de sus talentos y condiciones; sin la rudeza de esos que se valen de la razon como de una maza destructora, pero con una estension noble, estraña al orgullo como á la complacencia.

El señor Dunnay pertenecia á esa especie de hombres que no llegan á comprometer en las discusiones un parecer definitivo; porque su espíritu jamás se concentra en un objeto solo, y accidentes pequeños abultados por su misma desconfianza les impiden resolverse con energía. Aspirando á conciliar los extremos el honorable asesor de marina nunca pudo hallar el medio de pensar y decidir por cuenta suya.

El jóven pasante de Roche adolecia de la exaltada imaginacion de la juventud en su época. Los asuntos mas sencillos en su fondo tomaban proporciones fantásticas á medida que sufrían el asedio de una inquisicion suspicaz. Donde no habia mas que eslabones uniformes de la cadena que liga los acontecimientos humanos, Jo-

nathás apercibía todo un drama misterioso, velado por exterioridades pérfidas de sencillez. En aquel mancebo impresionable y seducido por doctrinas perniciosas se advertía la obra de los subvertidores franceses, enconando los ánimos contra los poderes antiguos con la enumeración y abultamiento de sus hechos reprobables, y encareciendo las virtudes republicanas con el esmalte heroico de los rasgos terribles de Virginia, Scévola y los Brutos. Ser implacable era el ideal de aquella juventud modelada por los moldes de Grecia y Roma, que se estereotipa en Saint-Just en la revolución de Francia. Suponer en todo una tendencia malévolá constituía la prevision de unos repúblicos que debían llamar en auxilio de su causa al sangriento dios de la guerra y á la afilada cuchilla del verdugo.

Walter luego de concluida la narración de la causa, precisó su dictamen reducido á los puntos que conoce el lector. No se podía escuchar sin interés á un letrado, que tanto en la esfera del jurisperito como en la difícil especialidad de orador, prometía al foro de su país una figura notable. Admirábase quien le conocía de que brillantes disposiciones, tan buenos estudios y facultades se arrastraran en la orgía, en los garitos, y en las aventuras que mancillan el decoro. Lastimaba á los corazones sensibles considerar que todas aquellas dotes que subliman las almas, ó las reprimen al menos, no servían al fiscal interino de otra cosa que de incitarle al mal proceder con seguras ventajas para el éxito y disminuir la compasión que se concede á los estraviados. Roche puso término á su tarea, dando por indudables la complicidad de Cristina con el conserge, y la solidaridad de sus responsabilidades ante la ley, sometiendo á la crítica de sus colegas una censura fiscal en bosquejo, si bien demarcados en ella los términos de todas las cuestiones de hecho y derecho.

Jonathás, en calidad del mas jóven de los consultados, hizo uso de la palabra inmediatamente.

—Señores, dijo con severidad puritana, conozco el

procedimiento en sus detalles mas íntimos, y como hecho de triste celebridad en el pais, como primera causa que incumbe tratar á mi maestro en su condicion nueva de fiscal interino, y como caso extraordinario en nuestro foro, he consagrado toda mi atencion al estudio de un suceso que debe tener apreciaciones interesadas y resentirse de todos los efectos que producen las circunstancias de una palpitante actualidad. Yo no repetiré los cargos de Cristina Armand y Juan Grüe en la forma que acaba de hacerlo cumplidamente el señor Wálter; pues que su opinion es la mia en conformidad absoluta. Estraño á todo conocimiento con la huérfana de *Chateau-fleurí*, no pueden fascinar-me esas impresiones dulces que deja el trato de una mujer hermosa, hábil en escitar la simpatía, y educada en la dependencia que impone la gratitud sin escitar el cariño. El odio caprichoso contra una muger no es pasion que se esplica en organizaciones libres de enfermedad que las pervierta. Así pues, la neutralidad mas rigorosa preside á mi juicio, y creed que no sin maduro exámen, no sin dolerse de un desengaño mas en las ilusiones placenteras de la vida, se concluye por convenir en que cabe conexion entre una jóven, como la protegida del Sr. Fabricius, y un miserable, tal como el supuesto conserge del castillo de Hartz. Lo que falta á mi entender en el aparato de acusacion se reduce á realzar una coincidencia que en mi concepto dá la clave de este asunto; esplicando el móvil de los reos, la atrocidad del delito, y los rastros que dejara su perpetracion. El Sr. Jaime Lutgen ha declarado con ciertas restricciones y embarazos que no me importa escudriñar; pero el anciano Sunter revela que su amo trataba de unir á su ahijada con su sobrino, y que en esta disposicion se prometia buen efecto del sarao próximo. Notad, señores, que el expansivo criado llega hasta decir que este matrimonio era el sueño de oro del banquero. Afirmo aquí, al folio veintisiete, que su amo recelaba que su idea no llegaria á efectuarse. Pues bien, no perdamos de vista que el dia anterior á ese baile se con-

suma el crimen; se roba y se extermina al negociante, y desaparecen los procesados: quedando en el castillo las huellas de su connivencia, y los testimonios de una relacion malvada.

El Sr. Dunnay principió confesando que le hacian fuerza los indicios agrupados por el ministerio fiscal; pero dudaba del ingreso de Grüe por la alcoba de Cristina, por no probarse que estuviesen cerradas las otras puertas de comunicacion con la galería, y por el hallazgo del cadáver de Condor en el gabinete. Sospechaba que la huérfana hubiera sido robada por el malhechor, en inteligencia con algunos cómplices; bien por un apetito sensual; bien para exigir un rescate al cabo de cierto tiempo. De estas observaciones pasaba á reconocer la verosimilitud de varios vestijios; cuales las ropas de Grüe sobre el lecho de la Armand, y la falta del vestido de viaje y la maleta de ropa blanca en la alcoba de la jóven francesa. Como los caractéres irresolutos se figuran haber encontrado el mejor de los expedientes en cuanto retarda la decision que cohibe su espíritu, el asesor de marina estimaba indispensables precursoras diligencias, ampliaciones del sumario y esmerada búsqueda de los presuntos reos.

Llegó el turno al decano del colegio de Bruselas, y Wálter escitó sus esplicaciones con un gesto respetuoso; prestando oido atento Dunnay y Hubner.

—Sr. Roche, (exclamó el íntegro Hollertzen con su aplomo habitual), siento bastante, y no hé menester asegurarlo, que embebido en las cuestiones de hecho y derecho, se os haya oscurecido una cuestion preliminar de gran bulto; que atañe á vuestra honra; que afecta al encargo que desempeñais.

—Espero que seais esplicito, mi caro maestro, contestó Roche dominando apenas su zozobra.

—Es mi costumbre y mi deber juntamente, repuso Hollertzen. El fiscal debe ponerse al abrigo de toda sospecha, aun remota, de interés adverso ó favorable hacia los que le toca acusar ó declare indemnes.

—Sin duda, interrumpió Wálter, adivinando el sesgo de la conversacion; pero dignaos advertir que....

—Es sabido, insistió el decano con firmeza, que pedisteis la mano de Cristina Armand al Sr. Fabricius y que vuestra proposicion no tuvo la fortuna de ser aceptada. En este caso, Sr. Roche, yo temiera parecer impulsado por el rencor en un sentido, ó por el cariño en el opuesto; y recusándome por razones de delicadeza, remitiria el proceso á un sustituto, exento de compromisos en el particular.

—Sin duda, repitió Wálter con fatigoso anhelo, me permitireis esplanar razones que...

—Es inútil, concluyó el decano severamente. Los puntos de honra no tienen escepcion ni evasivas, señor de Roche.

CAPÍTULO XIX.

ENTREVISTAS.



IN duda habrá supuesto el lector que Wálter no siguió la línea de conducta, hidalgamente propuesta por el honorable Hollertzen, á pretexto de que la recusacion envilecia, revelando una desconfianza de sí propio, equivalente á reconocerse capaz de pasiones contrarias á la justificacion característica de los ánimos superiores. Además, decia el fiscal interino, aspirando yo al ministerio de la ley en reemplazo del difunto Scross de Senneval, perjudica á mis pretensiones una recusacion que puede interpretarse, ya por la confesion paladina de mi incompetencia en negocios de tanta gravedad, ya por miedo de las esplicaciones de un proceso notable, y en que se dividen las opiniones con encarnizamiento.

Roche trabajaba en el retrete del piso alto, donde le vimos departir con el mayor Huguell sobre el rapto de Cristina, y corregia cuidadosamente el estilo de su censura fiscal, cuando uno de los amanuenses de su despacho

le anunció que el abate Exter solicitaba con empeño algunos momentos de audiencia, prometiendo abusar poco de la bondad que se le dispensara.

—El abate Exter! repitió el abogado apelando á su reminiscencia. Yo hé oído ese nombre en alguna parte, y no puedo recordar ahora... ¿Qué señas tiene ese individuo?

—Es un anciano respetable, dulce, cortés, de noble fisonomía, (respondió el escribiente). Es párroco de la capilla católica de San Gevi, célebre por su caridad, y famoso predicador.

—Ya se os conoce la hilaza, señor papista, repuso el presbiteriano con incision cáustica. Haced subir á vuestro digno pastor, y encarecedle la honra que le dispense, interrumpiendo mi trabajo para oírle en penitencia.

—Está bien, dijo el mancebo saludando, y retirándose incómodo por la entonacion irreverente de Wálter.

—El abate Exter! murmuró Roche. Decididamente conozco este apellido; pero, ¿de qué, de dónde?

El párroco de la capilla católica de San Gevi entró en el retrete con una modestia impregnada de cortesania afectuosa. Era un hombre que llevaba muy bien sus sesenta años; fuerte de complexion; de agradable presencia; modales distinguidos y sin la mas leve tinta de profanidad vanidosa; vestido con el esmero que su estado permite, y pareciendo ignorar sus títulos al respeto y á la consideracion públicos.

Wálter le observó con insolente curiosidad. Correspondió á su saludo con fria ceremonia, é invitóle á sentarse con un ademán breve y casi altivo. El abate no dió muestra de disgusto ni turbacion. Tomó asiento junto á la mesa en una silla enverjada de fabricacion sajona, y esperó como era natural la primera palabra que estimulase sus esplicaciones. Roche rompió al fin silencio tan embarazoso.

—Señor abate, dijo con sequedad, estoy á vuestra disposicion y escucho.

—Señor fiscal, replicó el venerable sacerdote, soy el

confesor de la señorita Cristina Armand y Harrison. Me han asegurado que sosteneis la acusacion, presentando á esa desdichada jóven como culpable, y con circunstancias que la envilecen y degradan al nivel de una criatura artera y prostituida. Yo no hé querido creer semejantes asertos; tomándolos por fábulas que entretienen la malevolencia de algunos, á quienes Dios ilumine y perdone el escándalo de sus obras. Sin embargo, ya la version es mas autorizada, y se citan nombres respetables en su abono, entre ellos el del honorable Sr. Hollertzen que deplora vuestra conviccion en la materia.

—Proseguid, señor abate, expresó el fiscal interino tras de la ligera pausa, que sirvió al Sr. Exter para tomar aliento y observar el efecto de sus palabras en aquel hombre de reputacion tenebrosa.

—Prosigo, repitió el anciano. Pretender convenceros de que conozco el alma de Cristina como los espacios del santuario que sirvo es una vulgaridad. Yo leo en aquel corazon como en las páginas del libro de mis rezos, caballero. Yo he poseido su entera confianza, como padre espiritual, y como director de su conducta en críticas circunstancias. Soy un hombre de experiencia; educado en el trato social; médico de nombradía en Viena; eclesiástico hace vinticinco años, y observador atento, con pródigas ocasiones por mi actual condicion de internar en la conciencia humana en diversas peripecias de la vida. No me vanaglorio, señor fiscal; (añadió el ministro del culto romano con entereza) pero si la ahijada del Sr. Fabricius hubiera experimentado una tentacion de retroceso en el buen camino, de seguro la hubiese apreciado mi vigilancia: y sin gran mérito de mi parte, porque en la corriente límpida y serena de un riachuelo fácil es descubrir la piedra que han arrojado en su fondo. Yo os lo juro delante de Dios, y por la salvacion de mi alma, caballero, Cristina es inocente del crimen que se le imputa. Una mujer, educada como ella lo ha sido, no llega á los piés del sacerdote para engañarle; no insiste en frecuentar el confesonario para

seguir una serie de mentiras sin provecho; impías y sacrilegas, á la vez que expuestas á la contradicción que concluye por descubrir las falsedades mejor combinadas. Yo conozco el idioma de la verdad, porque le hablo y le enseño; y en el alma de la huérfana de *Chateau-fleurí* he visto siempre lo mismo, sin un síntoma que alarmara mi cariñoso desvelo. Os lo repito, Sr. de Roche; la señorita Armand es inculpable en esa horrible tragedia.

—¿Habeis concluido, señor abate? preguntó el abogado con glacial continente.

—Poco me resta que añadir, respondió el eclesiástico. Creyendo obedecer á un sentimiento imperioso, confiando en la eficacia de las acciones meritorias, no dando cabida al reparo de que rechazarais mi officiosa intermisión, tolerante con los disidentes de la comunión apostólica, y por tanto con derecho á igual tolerancia, he venido á invocar vuestra rectitud y á escitar vuestra justicia contra alucinaciones funestas, de que no están libres los entendimientos mas privilegiados. Yo sé muy bien, caballero, que mi testimonio no vale en juicio; que un confesor no puede influir en el concepto que del encausado se forme; pero tiemblo de que una presunción desfavorable se apodere de vuestro criterio y produzca resultas amargas para Cristina y aun para vos. Nada os exijo, Sr. Roche; nada pretendo alcanzar. Me limito á repetir que soy el confesor de la huérfana, intermediario entre Dios y ella, y estoy privado de una explicitud que nos seria provechosa...

—Qué significan esas palabras? interrogó el fiscal frunciendo las cejas torvamente.

—Nada que os ofenda, Sr. Roche, añadió el párroco con su insinuante dulzura. Apelo á vuestra conciencia, que bien examinada, tal vez os induzca á variar de plan en la acusación que teneis en ciernes.

—Señor abate, declaró el osado sucesor de Scross de Senneval, yo soy presbiteriano, y por consiguiente no recurro á mediadores entre Dios y mi alma, ni echo de menos los officios de un árbitro de mis acciones. Cuan-

do la gracia toque mi corazon, y llame á las puertas de la capilla católica de San Gevi, estarán muy en su lugar ciertamente moniciones intempestivas hoy; y dispensadme el calificativo en gracia de esa verdad que tanto amais.

—Caballero, dijo el ministro del Dios-hombre sin apariencia de contrariedad; yo no vengo á reducir os al gremio de la verdadera Iglesia; porque la mision está prohibida en los paises que autorizan la libertad de cultos. Invoco una moralidad que se funda en el decálogo de Moisés. Aconsejo una circunspeccion que os recomendarian los estoicos de Marco Aurelio. Escito en términos regulares unos deberes de que no os relevarian los propios secuaces de Voltaire. En cuanto á mi autorizacion para el caso, reflexionad que soy un hombre consagrado al servicio del Señor y al bien de mis semejantes, y que tan pesadas obligaciones algo deben permitirme extender un derecho que ni os daña, ni redundá en mi interés personal. No atendais en buen hora á la uncion sagrada de mi cabeza segun el orden de Melchisedec. Consideradme como una criatura que toca á los dinteles del sepulcro, agoviado al peso de una edad proveccta y traed á mientes que la ancianidad era y es un título á la atencion de los pueblos. Si por ventura habeis creído que mi razon flaquea, y que esta visita se resiente de un antojo maniático, haced como los pueblos musulmanes, y respetad al demente.

—Harto debeis alcanzar, exclamó Wálter con forzada sonrisa, que he pagado tributo á esas consideraciones, cuando no interrumpí una conversacion que me lastima y ofende.

—Eso no, Sr. Roche, contestó el abate con aseveracion enérgica. Sé que me comprendereis lo bastante para que yo cumpla mi comision, sin faltar á mis funciones, sin herir vuestra susceptibilidad y entendiéndonos.

—Estais en un error, Sr. Exter, dijo el fiscal procurando herir al anciano con su mofadora indiferencia. Os habeis permitido penetrar en mi retrete á darme una leccion de elocuencia sagrada.

—Este no es el púlpito de la capilla de San Gevi, objetó el abate con perfecta serenidad.

—Luego (siguió el cómplice de Huguell, redoblando su burla) me habeis honrado con revelaciones deleitosas acerca de la confesion auricular de la señorita Cristina.

—Caballero, (corrigió el párroco católico sin perder su aplomo admirable), no puede ser lo que decís; porque conozco la historia de San Juan Nepomuceno, y levantaís aun ante mí la frente para escarnecer á un ministro que encadena á vuestra merced absoluta el sigilo sacramental.

—Siempre enigmas, señor abate, agregó Roche con risa sardónica. Acabais de encarecerme que madure mi opinion respecto á la prohijada del Sr. Fabricius; niña inocente, pura, angelical, víctima de una execrable perfidia; objeto de congeturas infundadas; blanco de mi exagerado celo...

—¿A qué entretenernos en escitar una discusion, imposible por mi parte? repuso el varon evangélico, recogiendo su tricornio, y abandonando el asiento con mesura. Por estravagante que os parezca mi proceder, Sr. Roche, me dispensareis que os reasuma el asunto que me ha traído á vuestra casa. Soy el confesor de la doncella de *Chateau-fleurí* (repitió con intencionada lentitud): me consta su inocencia: os suplico por lo que haya de mas sagrado para vos que entreis en vos mismo. El Todopoderoso os conceda un rayo de luz, y os persuada de que en la carrera del mal detenerse es el dichoso principio de retroceder. Poco valen mis oraciones, Sr. Fiscal; pero contad con ellas. No les deis el valor que les comunica la fé; no les concedais el precio que avalora la esperanza: recibidlas como el homenaje de la caridad.

—Espero, señor abate, (dijo el asesino de Franz, trémulo de pavor y de ira) que no se reproduzca esta escena.

—Mi deber ha concluido, replicó el sacerdote, saludando al presbiteriano con inefable mansedumbre y saliendo de la estancia con paso firme y tranquilo semblante.

Wálter oyó las pisadas del ministro en los últimos tramos de la escalera.

—¡Exécración! rugió sordamente, apretando los puños y en el frenesí de la rabia. Ese viejo papista me ha hundido un puñal en lo mas hondo del pecho.... ¡Oh Dios mío, Dios mío! exclamó cediendo al fin á la esplosion de los roedores remordimientos que atormentaban su conciencia. Tú sabes que el mendigo errante, sediento, sin pan ni albergue, no es mas infeliz que yo desde aquella noche maldita.

Y el miserable ocultó la faz entre sus manos, como evitando á semejanza de Cain la presencia de Dios.

.....

El trabajo devora á la existencia que abruma reconditos y crueles dolores; pesando como una plancha de hierro sobre la imaginacion que multiplica las angustias, y obscureciendo el curso del tiempo implacable que nos conduce entre escollos al mar sin orillas de la eternidad. Roche entregado con febril ardor á la tarea de erigir tremendos cargos contra la prisionera de Huguell en la casita misteriosa de la Dubois habia perdido luz á un criado para continuar su obra interrumpida por las tinieblas de la noche. Mientras el sirviente encendia la lámpara, sumergido en las sombras del aposento el fiscal interino, escuchando el susurro del céfiro entre las ramas de los arbustos que crecían en su jardin, y cerrados los ojos á la vez que recostada la cabeza en el respaldo del divan imitando al marroquin francés, la imagen de Cristina cruzaba por su mente, triste, silenciosa, perdida entre una especie de vapor, como aquellas almas que pinta Virgilio vagando por las áridas márgenes del Leteo. El abogado sentia un pesar inesplicable, un desconsuelo profundo ante aquella vision, porque era el fantasma de sus insomnios; el tema doliente de su fatigoso sueño; la figura que dibujaba su fantasía entre los pliegues de un cortinaje, en las nubes del horizonte, en los espacios privado de luz. Iba á herir el tímpano para esci-

tar la venida del criado, cuando éste se presentó con la lámpara y seguido de un extraño, en traje de luto, de excelente porte y solemne gravedad.

—Señor Lutgen, exclamó Wálter incorporándose demudado. Tened la bondad de tomar asiento.

—Será muy breve la visita, respondió el sobrino del señor Franz. Estoy bien de pié, caballero.

El doméstico dejó solos á los pretendientes de la huérfana.

—Insisto en que me hagais el honor de sentaros...

—Repito que seré breve, repuso Jaime con despego. Me se cita para ampliar declaraciones ante el juez de instrucción y á instancia vuestra en el día de mañana.

—Sí, contestó Roche. La esplanacion de ciertos antecedentes exige que se recurra á vuestra espontaneidad para fijar hechos importantes, y descubrir datos precisos y seguros.

—Creí señor, dijo Lutgen con mal reprimido menosprecio, que limitaríais vuestra saña á una pobre niña como la señorita Armand; saciando en ella vuestros resentimientos enconados, sin atreveros á la empresa de ponerme en ridículo al amparo de vuestra posicion, y por un azar bien doloroso.

—No os entiendo, Sr. Jaime, observó el fiscal con agresiva indiferencia.

—Me esplicaré, continuó el jóven negociante, conteniéndose á duras penas. El interrogatorio se estiende á reiteradas preguntas sobre el plan de mi desventurado tío acerca de un enlace entre la señorita Armand y yo.

—Exacto, interrumpió Wálter; y bien....

—Y bien, repitió exaltándose Lutgen; de aquí os prometeis deducir que la huérfana, agobiada por asedios de mi tío é instancias de mi parte, ha caido en el colmo del vilipendio y la abyección.

—¿Quién os ha dicho, caballero?...

—Sí, respondió el sobrino de Fabricius. Quién ha tenido valor para acusar criminalmente á la muger, cuya mano solicitara, y cuyos desdenes sufriera, contra el dictámen de un Hollertzen...

—Señor mio, declaró Wálter con fiereza. Yo soy el juez de mi honra.

—Y se le conoce quien la juzga, replicó Jaime con centelleantes ojos.

—Acabemos de una vez, añadió el fiscal dando un golpe sobre la mesa de su despacho.

—Quien ha hecho lo que vos, recalcó Lutgen exasperado, pondrá cima á su hazaña, persuadiendo artificiosamente al vulgo de que mi respetable tío era un tutor de Moliere, y de que en mí haya cabido la bajeza de apoyar solicitudes amorosas en otros medios que en una tierna proposicion, y en el libre arbitrio de la pretendida.

—No puedo autorizar semejantes desahogos, dijo el abogado empezando á perder su irónica exterioridad.

—Habeis de oirme, Sr. Roche, apoyó Jaime con la resolucion mas vehemente. Yo adivino las tácticas incalificables de un rival enardecido por los celos, y capaz de todo en su venganza ansiosa; pero os engañais imaginando que habré de quedar preso en vuestras sutiles redes. En mis declaraciones pasadas hé sido lacónico. Una sospecha terrible me hace considerar este proceso como infécundo para averiguar lo que verdaderamente ha pasado. Donde se empeñan en reconocer una culpable yo lamento una víctima. Donde se juzga haber encontrado las huellas de los delincuentes yo no apercibo mas que las máscaras de efectivos y astutos criminales. Pero yo os fio que abriré esa cueva de Sésamo, y no tardaré en saber la cifra que la franquea.

—¿Qué os proponeis, caballero? preguntó azorado el fiscal.

—Mañana esplanaré mis declaraciones, puesto que así lo quereis (contestó el mancebo con enérgica intencion;) y antes de consignar palabras que envuelven revelaciones de vuestro anhelo por conseguir la mano de la jóven, que hoy acusais de robo y asesinato á mas de suponerla querida de un facineroso: y antes de manifestar la estrañeza de vuestro proceder y el móvil que os impulsa á pedir que responda á vuestro interrogatorio...

—Estais en mi casa, caballero, reparó Wálter irguiéndose amenazador.

—Antes de confiar al papel tan graves especies, (prosiguió el banquero, desafiando á su rival con viva expresion rencorosa), he querido averiguar si estais pronto á rechazar este agravio.

—Abusais de mi posicion oficial en que el duelo es imposible, repuso Roche.

—Hasta mejor coyuntura, caballero, dijo Lutgen. Espero en Dios que la ofrezca pronto.

—Yo tambien la deseo, Sr. Lutgen; (contestó el abogado con reconcentrado furor) porque hace tiempo que me insulta vuestro desden y me irritan vuestros aires insolentes conmigo, que valgo por diez hombres de vuestra laya. Pero ¡paciencia!... Ese dia llegará.

—Mientras que llega, repuso el sobrino de *Fabricius* con sardónica sonrisa, tened entendido, Sr. Roche, que os conozco demasiado por fortuna, y...

—Ahorradme el disgusto de vuestra presencia, concluyó Wálter sentándose, y volviendo el rostro por no ver á su enemigo.

—No saldré sin concluir la frase, insistió Jaime con refinada mofa.

—Acabadla pues.

—Conmigo no os ha de servir la cota de Gante.

Lutgen salió con estudiada lentitud.

El fiscal dejó caer la cabeza entresus manos ardorosas.

CAPÍTULO XX.

VÍCTIMA Y VERDUGO.



DEJEMOS á Versailles, humilde señorío de los Lomenie, vendido á Luis XIII en 1627 por Antonio, hijo de una de tantas víctimas del sangriento día de San Bartolomé: ese padron eterno de oprobio para el reinado infausto de Carlos IX. Dejemos, por ahora, la relacion del rápido progreso que experimentara su desmantelado castillo, desde los pabellones mandados construir por el esposo de Ana de Austria, indolente pupilo del Cardenal Richelieu, hasta la magnificencia desplegada por Luis XIV, con auxilio de los planos de Mansard, los pinceles de Lebrun, los conocimientos especiales del naturalista Lenostre, y los cinceles privilegiados de Puget y Girardon. Dejemos para mas adelante la descripcion de un pueblo, que reconoce por origen un punto de cita para cacerías en la cadena de selvas que de San German corre á Ram-

bouillet, rodeando los caseríos adherentes á una iglesia, cuya edificación se refiere al año 1084 de la era cristiana.

No evoquemos aun las reminiscencias grandiosas que datan de 1660 para el afortunado sitio real; ni hagamos especial mención de las ostentosas fiestas que para celebrar dignamente la creación del alcázar se dispusieron por Colbert; se amenizaron por Moliere y su compañía; fueron celebradas por La Fontaine, y presididas por un semi-dios, radiante de juventud, amor y gloria.

Desde 1672, y concluidas las obras del castillo, elevado á residencia soberana, S. M. Luis el Grande fijó allí su habitacion preferente; evitando á San German, donde había nacido, y desde cuyos terrados y ventanas divisaba de continuo aquella majestuosa abadía de San Dionisio mártir, panteon de los reyes francos: fantasma terrible, que le traía á la memoria el término inevitable de unos días, compartidos entre los episodios galantes, las empresas políticas y los placeres del fausto. En los siete años de minoridad de Luis XV el Regente restituyó la corte á Paris, con no poco disgusto del alto clero y la nobleza, que abandonando la capital á la magistratura y al comercio, se habían procurado á toda costa hoteles, quintas y habitaciones en la ciudad nueva.

Tan pronto como Luis XV salió de la tutela de Orleans regresó la corte á Versailles, que en 1722 contaba 100,000 almas de vecindario; rebosando animacion y vida; prestándose á los festejos y diversiones infinitamente mas que Paris, y sobre todo á las partidas de caza y montería: favorita pasion de los Borbones de Francia, Italia y España. Luis XVI continúa morando en Versailles, y sustituyendo á las escenas libertinas de Trianon y el bosque de los Ciervos, los goces puros de familia, y los rasgos benéficos propios de su magnánimo corazon y de la ardiente caridad de María Antonieta.

Nosotros, empero, guardándonos de atravesar el arrecife que entonces conducía de Paris al Real sitio nos deslizaremos á lo largo de la montaña que desemboca en

un valle próximo á San German. En este valle, escondida entre los grandes árboles de una alameda tortuosa, se encuentra la casita aislada, perteneciente á Madama Dubois adonde el húngaro encerrara á la huérfana de *Chateau-fleurí*; reservándola con precauciones cautelosas de ser apercibida por estraños, y guardándola por medio de una vieja furia, mientras que sus quehaceres le alejaban de aquel albergue recóndito.

—¿Quién era madama Dubois? preguntarán nuestros lectores.

Justo es satisfacer á esta pregunta.

El abate Dubois, confidente, amigo y hechura del Regente Orleans, tenia una hermana de conducta tan escandalosa que el mismo Sr. abate, inaccesible al rubor y profundamente depravado, llegó á solicitar de su escelso patrono el destierro de aquella muger, tan cínica en sus costumbres como desfavorecida por la naturaleza. Orleans se echó á reir en las barbas del abate, colocado á sus piés en posicion trágica; previniéndole que se abstuviera de gestionar contra una Celestina, tan en boga entre sus disipados cortesanos, tan hábil para la conquista de hermosuras recalcitrantes, y que á mayor abundamiento habia proporcionado á S. A. R. citas deliciosas en la casita reservada de la alameda de tilos. Desahuciado el abate hubo de entenderse consu impúdica hermana para que aceptando una pension cuantiosa, abandonara su infame comercio; consintiendo en retirarse á un distrito lejano; pero madama Dubois era una de esas mugeres que no tienen atmósfera posible en la existencia modesta y oscura de la clase media. El vicio constituia su aristocracia; y si la distincion no es mas que una consecuencia del ruido en los períodos de la degradacion social, esta muger supo determinar su odiosa figura en el repugnante cuadro de la regencia. Ella, locamente libertina; precisada por su aspecto y prematura vejez á pagar obsequios galantes; envidiosa de la belleza; encarnizada contra la virtud; y en arma perenne contra la inocencia, presidía como un génio infernal

á las cenas disolutas, á los pérfidos engaños de jóvenes inespertas, á los raptos y seducciones, como á las únicas tramas que tenian por objeto empañar la reputacion de las mugeres, que resistian á los halagos y promesas de los clientes ordinarios de su casa.

Inútil es decir que la Dubois mandó enhoramala á su hermano; prosiguiendo el curso de sus torpes aventuras, y haciendo reir á sus tertulios con referirles las exhortaciones cómicas del abate, sus promesas é inútiles tentativas. En cuanto al abate, entretenido en descubrir conspiraciones y ascender al episcopado, olvidó en breve la infamia de su nombre merced al proceder de su hermana, quien continuó formando página inmunda de aquella historia de corrupcion cortesana; preludeo funesto de los desmañes revolucionarios; provocacion insensata de la animadversion pública; testimonio irrefragable de esa providencia, que lo mismo descarga el azote de su justicia sobre los Reyes que sobre los pueblos, sirviéndose de los unos contra los otros.

Wálter tenia un íntimo amigo en Paris, con quien entabló correspondencia; interesándole en el arrendamiento de la casita aislada, por tres meses y sin reparar en el precio. Este amigo, famoso jugador florista, que con auxilio del abogado desplumára en pocas sesiones á la seccion viciosa de la juventud de Bruselas, evacuó su cometido con esmerada puntualidad. Apenas supo la indigna hermana del abate que una señorita de los Países Bajos, candorosa y distinguida, habia de ser encerrada violentamente en aquél misterioso retraimiento y á disposicion de sus raptos, se apresuró á entrar en trato, haciendo marcado favor en el alquiler de la mencionada vivienda.

Es desolador penetrar en las condiciones de algunos caractéres, totalmente destituidos de moralidad; pero la esperiencia en sus duras lecciones denuncia cada día índoles perversas, y tales que si admitiéramos, á semejanza de los indios, el influjo supremo de los dioses del bien y del mal, las creeriamos obra nefanda de un poder malé-

fico y enemigo del orden en la naturaleza, Se atribuye á Neron el deseo de que el género humano contara una cabeza sola para tener el placer de cercenarla de un golpe. La Dubois, tan monstruosa en su género como el hijo de Agripina, no disimulaba su odio pertinaz á la inocencia; ambicionando que el pudor femenino tuviese un solo velo para hacerle pedazos entre sus manos sacrilegas.

Cristina, arrebatada por el abogado y sus cómplices de *Chateau-Fleuri*, privada de sentido ante el espectáculo desgarrador que ofreció á su vista la alcoba del anciano *Fabricius*, y trasportada al carruaje en el embargo de sus potencias, abrió los ojos á larga distancia de la quinta. Vióse entre los brazos de Herman, que la sostenia en los vaivenes de la silla de posta, y volvió á caer en la insensibilidad, al doloroso recuerdo de lo sucedido, y á la conciencia de su alarmante y desesperada situación.

Mas adelante la huérfana salió de su desmayo, rechazando con horror á Huguell, y abalanzándose á la portezuela con el ansia de procurarse la libertad; pero el maggiar la detuvo por el brazo con rudeza, la obligó á sentarse al lado suyo, y le dirigió la palabra con brusca precision:

—Señorita Armand, le dijo, os advierto que comprometéis la cabeza en cada intento infructuoso de escapar á mi poder. Se os conduce á Francia, y á un sitio reservado en tanto que deis ciertas seguridades que nos garanticen vuestro sigilo; quedando libre despues para encaminaros á todas partes, menos al pais de que se os roba. Si os dejais conducir sin resistencia, si os absteneis de promover alborotos inútiles, yo os lo juro, en tal caso vuestra reclusion será menos dilatada, las condiciones que se os impongan mas benignas, y el plazo que os devuelva la libertad mas corto por consiguiente.

La jóven fuera de sí tornó á incorporarse, pugnando por bajar el vidrio de la ventanilla para pedir socorro.

Huguell la asió por la cintura; la derribó con furia sobre los almohadones del asiento, y sacando una pistola

apoyó su cañon en la frente de la consternada beldad, que cruzó las manos en actitud fervorosa, cerró los ojos con resignacion de mártir, y esperó la muerte que se cernia sobre su cabeza.

El húngaro retiró el arma fatal, guardándola en el bolsillo de su casaca de viage.

Cristina respiró penosamente, abriendo sus hermosos ojos arrasados de lágrimas,

—Oyeme, tenaz criatura, (esclamó el feroz personaje, tomando asiento cerca de la huérfana). Vives por un efecto de nuestra conmiseracion imprudente. Mientras yacías en el suelo, helada y exánime, se resolvió conservar tus dias sin perjuicio de ponernos al abrigo de tu denuncia. Yo hé tomado á mi cargo custodiarte en cierto lugar, apartado de toda comunicacion, hasta que un juramento solemne y terrible nos sirva de prenda y fianza de tu conducta en el porvenir. Pocas leguas nos separan de la frontera francesa, adonde caminamos provistos de un pasaporte, que bajo el nombre supuesto del señor Bertrand me autoriza á emplear la proteccion de las autoridades para obtener la extradicion de mi sobrina Fortunata, prófuga de su hogar en seguimiento de un seductor, restituida á mi dominio por la autoridad superior civil de Bruselas.

La huérfana levantó sus trémulas manos al cielo en invocacion muda de su justicia suprema.

—No hé concluido (añadió el maggiar con eco siniestro). Tú esperas sorprender mi vigilancia, ó bien te congratulas de obligarme á consentir en tu evasion por miedo de que reveles mi parte en el crimen, cometido en el castillo de Hartz. ¡Desventurada! No conoces al hombre que han hecho árbitro absoluto de tu suerte. Desdeño emplear mi brazo en destruir á una pobre muger, anhelando una solucion cualquiera que ahorre otro delito; pero si te rebelas contra mí, ya advertida de mis propósitos, si haces un movimiento, si das una voz, si te alejas un paso de mi lado, te hundo en las entrañas este puñal, sin misericordia, y hasta la cruz de su empuñadura.

Y Herman hizo relucir el arma asesina ante la faz de la consternada doncella, que abatida al peso de amago tan formidable, proferido por un sér tan capaz de darle cumplimiento, dejó caer la cabeza sobre el hombro; entregándose á su aciaga suerte con ese rendimiento fatigoso que se apodera del ave, atraída por la fascinacion de la culebra negra de América hasta las fauces del terrible reptil, dispuesto á devorarla.

En este anonadamiento de sus facultades, presa de una calentura ardiente, y arrastrada á la reclusion sin movimiento en contrario de su quebrantada voluntad, llegó Cristina á la alameda de tilos, donde el húngaro hizo detener la silla de posta; bajó dándola el brazo, en que maquinalmente apoyábase la infeliz, vencida por el cansancio y la fiebre; internándose en el recinto sinuoso que servia de ruta á la casita rústica de la Dubois.

La huérfana, recibida por una vieja Meguera y un muchachuelo de malvada fisonomía y raquítica figura, subió al aposento que se le tenia destinado, y preguntó con humillacion amarga á Huguell si le era lícito cerrar la puerta de su estancia para conciliar algun reposo, y no sufrir testigos cuando quisiera entregarse libremente á su dolor.

—Señorita, respondió el húngaro dulcificando su áspero tono, os vais mostrando razonable, y ese es el medio de conciliaros todas las atenciones posibles en nuestra respectiva situacion. Dormid en la entera confianza de que respetaré vuestro honor fielmente, y de que si proseguis siendo discreta y dócil, y esperais con paciencia la resolucion de vuestro destino, se ampliará el círculo de mis concesiones. Habitaré en el piso bajo, teniendo cuenta con proveer á vuestro sustentó y comodidad. He traído parte de vuestra ropa, y muy luego se os habilitará de vestidos para remudar convenientemente. Tendré que hacer algunas escursiones á Versailles y Paris; pero guardaos de dar cabida al pensamiento de sustraeros á mi custodia; porque si fuérais tan afortunada que lográseis escapar de las uñas de la esperta Belli y del gozquejo,

digno fruto de su vientre, caeríais sin remision en manos de mis auxiliares, apostados en las salidas de este asilo, y no respondo en este trance de vuestra honra, ni de vuestra vida. Vos lo habreis querido así.

Herman salió con lentitud del cuarto de Cristina, quien reconociendo con atencion escrupulosa los muros, y examinando las puertas de una sola y reducida ventana que caía á un estrecho patinillo, y la que comunicaba con el inmediato corredor, las cerró todas; desnudóse en el trastorno de su abatimiento, y se refugió en la cama; dando ensanche á sus comprimidos sollozos, expansion á sus recuerdos dolientes de *Chateau-flauri*, y orando con devocion melancólica hasta que la rindió el sueño, ó mejor dicho una modorra pesada.

Tres dias pasó la huérfana, abrasada por intensa fiebre, recibiendo por un postiguillo de la puerta las aguas medicinales que Belli traía, y sin fuerza para sobreponerse á la desolacion que se habia apoderado de su alma; haciendo decaer á su cuerpo, y amenazando con las resultas de postracion tan completa como fatal.

La religion obtuvo un noble triunfo en aquel ánimo, preparado siempre á recibir sus salvadoras impresiones. La jóven Armand reflexionó que segun la doctrina del crucificado debia esperar con ilimitada confianza el cumplimiento de los inescrutables designios de la Providencia, y sin engreirse en los dias prósperos, sin exasperarse en los nefastos, disponerse á los decretos de la eterna sabiduría con la abnegacion de la Virgen-madre, y repitiendo su frase sublime: *«hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí conforme al imperio de su voluntad poderosa.»* Su religion no la prevenia ese dominio tremendo, que hacia exclamar al estoico: *«dolor, tú no eres un mal;»* ni menos esa inercia bruta, que insensibiliza al musulman en la desgracia despues de comprender que *«así estaba escrito.»* El dolor no se veda al cristiano; pero la idea de una eterna vida, premio de la virtud, compensacion inefable del infortunio inmerecido y la persecucion injusta, temple ese dolor; resolviéndole en conformidad

evangélica, y en filial apelacion á las bondades infinitas de un Dios Padre, que acepta por la mediacion de un Dios-hijo sufragios piadosos, que abonan á los que fueron méritos y oraciones de los que son en la tierra. La fé del catolicismo nada tiene de comun con el fatalismo idólatra, ni la fanática humillacion del ismaelita ante un poder, que anonada el libre albedrío con su despótica irrevocabilidad. Cuando la divinidad se revela bajo la forma de un padre supremo, el hombre, su hechura predilecta, se vota con la plenitud de su voluntad al entero arbitrio de una supremacía, pródiga en amor, y fecunda en testimonios de una providente tutela.

Cristina adoptó una línea de conducta, llena de valor y dignidad. Manifestó una calma heroica ante Huguell y la horrible vieja, y sin muestra la mas leve de indisciplinencia ni resentimiento, emprendió un género de vida metódico y regular; aceptando las viandas que Belli brindaba á su apetito; pidiendo el permiso que obtuvo de pasearse por el jardín de la retraida vivienda campestre; recibiendo á Herman cuando este impetraba el favor de una audiencia; leyendo en libros de devocion que á su ruego fueron traídos por el *maggiar*, y encerrándose en su estancia al venir la noche.

El cómplice de Wálter llegó á temer en un principio que la víctima escapara al destino cruel que la pasion desordenada de Roche la tenia deparado, merced á la intervencion irreparable de la muerte. Sorprendido luego por tan súbita mudanza en la disposicion de la doncella de *Chateau-fleurí*, receló el malicioso húngaro que tratase de engañarle con la apariencia falaz de una resolucion tranquila; aprovechando en la primera ocasion la libertad que se le permitiese en recompensa de su nuevo proceder. Para desengañarse de su sospecha, ó tener pretesto plausible de comprimir á la reclusa, fingió alejarse el *maggiar* por dos dias; dejando á Cristina otorgada licencia para asomarse al balcon, y esparcir la vista por la plazoleta que formaban los tilos, estendiéndose en semicírculo ante la casa, y sirviendo de punto de partida

á tres alamedas irregulares, á guisa de calles de un laberinto. Hizo pasar delante de la casa á dos labriegos; estando la jóven en el balcon, pensativa al declinar la tarde, y escondido Huguell desde donde distinguiera perfectamente cuanto pudiese ocurrir. Los campesinos saludaron. La cautiva correspondió á su cortesía con una graciosa inclinacion de cabeza. Ni un gesto, ni un impulso, ni un signo de rebelion á su adversa suerte á la expectativa de quienes pudieran acudir en apoyo de su oprimida inocencia, salvándola de sus odiosos lazos. Herman admiró la firmeza de aquella criatura desamparada, que puesto el corazon en la proteccion divina, y serena al borde de un abismo, dejaba llegar los acontecimientos; inclinando sumisa la frente á los decretos celestiales, é imponiendo á sus mismos opresores con la imperturbabilidad de su ánimo. El húngaro no acertaba á explicarse la compasiva emoción, el irresistible interés hácia aquella muger extraordinaria, que lentamente ablandaran su corazon de roca.

—«*Gutta cavat lapidem.*» decia para sí el maggiar confuso, deseando por momentos que la llegada de Wálter Roche le eximiera del repugnante encargo de carcelero de Cristina: comision que le abrumaba de tédio desde que la ahijada del triste *Fabricius* con su dulce y melancólica resignacion desarmó sus rigores; comenzando á enternecer aquellas entrañas de fiera.

Una noche iba á cerrar la huérfana las puertas de su habitacion, cuando oyó los pasos, harto conocidos ya de su vigilante, y se detuvo por miedo de irritar su condicion hosca y dura; quedándose en el dintel, y procurando disimular el terror mezclado de repugnancia, que le producía la presencia de aquel hombre siniestro.

—Un momento, Cristina, dijo él con atencion deferente. Se acerca la hora de vuestra libertad.

—¡Plegue á Dios que así sea! exclamó la jóven exhalando un suspiro de lo íntimo de su pecho.

—Espero la llegada de Wálter, añadió el húngaro.

—Wálter! repitió la doncella estremeciéndose... ¡Y

es él, señor, es él, quien ha de dictar las condiciones?

—Tranquilizaos, Cristina. Creo que habrá de contentarse con vuestra solemne protesta de callar perpetuamente lo sucedido, y el juramento de alejaros para no mas volver de los dominios alemanes.

—Oh! yo juraré sobre los santos evangelios, sobre la tumba de mis amados padres, por la sombra querida de Fabricius....

—Aun no es tiempo, replicó Huguell con penosa conmiseración.

—Haré cuanto querais, señor Herman, repuso la huérfana juntando las manos en su angustia vehemente; pero no quiero ver al señor Roche. Yo le perdono el mal que me ha hecho. Yo renuncio á pedir justicia en el tribunal divino de su atentado, que me arrebató un bienhechor. Yo me embarcaré para el fin del mundo. Permitiré que me hagan pedazos antes de volver á Bruselas....

—¡Pobre niña! murmuró conmovido el maggiar. Leed este papel (agregó entregando á su prisionera un número del *Foro*, Revista de Tribunales); enteraos de su contenido, y juzgad si es dable que volvais á los Países-bajos.

—Este papel, tartamudeó Cristina, asiéndole con mano convulsa....

—Ese papel es una infamia, concluyó el falso mayor prusiano; retirándose precipitadamente por no ceder á su emociion.

CAPÍTULO XXI.

LA ACUSACION.



É aquí la manera en que la revista francesa de legislacion, jurisprudencia y tribunales, intitulada «*El Foro*,» publicada en Paris, daba cuenta del acta de acusacion, escrita por el abogado de la ley en la córte de los Países-Bajos, Sr. Wálter Roche, en el proceso instruido por asesinato y robo del anciano cambista Franz-Fabricius, en el antiguo castillo de Hartz, modernamente llamado quinta de *Chateau-fleurí*.

«CRÓNICA ESTRANGERA.—PAÍSES-BAJOS.—

Causa célebre contra Juan Grüe y Cristina Armand y Harrison.—Acta de acusacion.—Hémos venido enterando á nuestros ordinarios lectores de todas las incidencias ocurridas en este

famoso procedimiento, desde la noticia del desastre que puso en consternacion al vecindario de Bruselas, no acostumbrado á la repeticion de crímenes atroces, hasta enumerar las conjeturas diversas de que fuera objeto un aten-

tado de circunstancias tan especiales. Hoy nos cumple reproducir la censura fiscal, pronunciada en ausencia y rebeldía de los tratados como reos; parto feliz del talento relevante del honorable Sr. Wálter Roche, jurisconsulto de reputacion distinguida, sustituto del ministerio público durante muchos años, y fiscal interino de presente por la dolorosa pérdida del honorable Ross de Senneval, prez de la toga del vecino imperio. Bien quisiéramos en esta ocasion que las dimensiones de nuestra revista nos permitiesen publicar íntegro el texto de una acusacion, tan concienzuda como brillante en sus formas; pero en la imposibilidad absoluta de seguir nuestros impulsos en esta parte, entresacaremos algunos períodos, de los mas notables, que ya determinen personalidades de gran bulto en el hecho de que se trata, ó bien indiquen las convicciones fundadas del ilustrado defensor de la vindicta pública.—El exordio de acta, tan singularmente formulada, puede llamarse un modelo de dignidad, mesura y elocuente persuasion. Entre sus inspirados párrafos no podemos resistir al deseo de copiar uno que reasume, por decirlo así, el pensamiento dominante de esta primera parte del discurso retórico:—«Tan distante del ódio como »del favor; (escribe el Sr. Roche), cerrados los oidos á »esos juicios arbitrarios de la multitud, que absuelve ó »condena al compás de instigaciones veleidosas; aflijida »el alma, porque la decepcion es siempre acerba y cruel; »pero tranquila la conciencia, y arrostrando en la con- »fianza que producen la rectitud de miras y la elevacion »de un objeto, los embates de opiniones estraviadas, cie- »gas simpatías, é interesados designios, pronuncio una »condenacion que estimo procedente y justificada contra »el forzado prófugo, Juan Grüe, y la que aparece fautora »de sus delitos, Cristina Armand. El ministerio de la ley »se ha detenido muchos dias en la apreciacion de los in- »dicios acusadores, y en el análisis de cuantas soluciones »esculpadoras podian variar el curso indicado á la crítica »judicial. Acerca del supuesto Dángton, la gradacion es »funestamente lógica. Su carrera de perdicion é ignomi-

»nia guarda una consecuencia, no interrumpida mas que
»por la accion de los tribunales, y la espiacion reiterada
»y sin provecho de sus maldades sucesivas. Los testimo-
»nios de sus causas y condenas, traídos á este proceso, de-
»nuncian sus adelantos en la escala criminal. Apenas en-
»trado en la adolescencia, Grüe pretende distinguirse en-
»tre los de su edad y vecindario por la astucia y la fuer-
»za, y los tribunales de correccion se encargan sin fruto
»de modificar su carácter y reprimir sus escesos. Contra-
»bandista despues, cómplice de espendedores de moneda
»falsa, encubridor de bandidos, salteador, y finalmente
»capitan de bandoleros, viene á poder de la justicia, que
»por un efecto de conmiseracion aparta de su cabeza la
»segur del verdugo; destinándole á perpetuidad á traba-
»jos forzados en minas y arsenales. Este hombre sin es-
»carmiento logra quebrantar sus cadenas: entra al servi-
»cio del mayor prusiano, Sr. Herman Huguell, que en su
»calidad de extranjero ignora, sin duda, los requisitos
»qué impone la administracion al recibimiento de cria-
»dos, y se hace recomendar ámpliamente por su noble
»patrono á la agencia Havart, compañía moralizadora de
»la servidumbre doméstica. El malaventurado Fabricius
»necesita un conserge: Grüe se presenta, resguardado con
»una certificacion honorífica á sus costumbres: penetra
»en el castillo, y lejos de juzgarse feliz por obtener una
»posición que le preserva de contingencias terribles, se
»le ocurre el infernal proyecto de corromper una virtud
»acrisolada; desbalijar á su nuevo amo, y hundirle el pu-
»ñal asesino en la garganta para apagar sus voces, y en
»el corazon para prevenir su denuncia.—Respecto á la
»hija adoptiva del infortunado Fabricius la cuestion va-
»ria esencialmente; y aquí es donde el acusador público
»ha tenido que afrontar innumerables consideraciones,
»y empeños tenaces por sincerar á una doncella, hermo-
»sa; educada con esmero en un cenobio católico; tipo de
»solicita gratitud con su bienhechor; ejemplo de urbani-
»dad delicada; dechado de caridad con inferiores y me-
»nesterosos; espejo de virtudes cristianas; orgullo legíti-

»mo de la sociedad, que pagaba rendido homenaje á sus
 »prendas y méritos.—¿Por qué misteriosa escala, se pre-
 »gunta, ha descendido esta noble criatura del Capitolio
 »á la roca Tarpeya?—¿Qué influjo satánico la pudo ligar
 »con vínculos horrendos á un miserable como Grue?—
 »¿Cabe alianza entre el ángel de la paz y el consuelo en
 »*Chateau-fleurí* y el réprobo social, fugitivo de las minas
 »del Estado, é introducido en la granja como la ingrata
 »culebra del apólogo para morder traidora el pecho que
 »le diera calor y abrigo?—¿Por qué no se suspende al me-
 »nos el juicio en vez de manchar con sangre la alba tú-
 »nica del inocente José?—El abogado de la ley ha que-
 »rido combatir, como el primero de los apasionados de la
 »procesada, las inducciones que la comprometen en el
 »particular; porque no hay sér regularmente organizado
 »que ~~gore~~ cubrir de lodo inmundo la obra admirable
 »de una mano creadora. No reputa imposible que el can-
 »dor, la sabiduría ni el poder se truequen de improviso
 »en la impudicia, la torpeza y el envilecimiento; porque
 »la historia ha copiado de la humanidad infinitos cuadros
 »de esta especie. Se encuentran al paso y de continuo
 »mujeres degradadas, que fueran un tiempo ornato de
 »la sociedad y timbre de su sexo: hombres pervertidos,
 »que antes dieran ópimas esperanzas de su saber y mo-
 »ralidad. De un momento al otro Salomon eleva el tem-
 »plo del verdadero Dios, y rinde culto á los ídolos de
 »Moab y Asiria. Neron promete al imperio días de oro, y
 »estremece al universo con el espectáculo de sus iniqui-
 »dades. Helena es la gloria del reino de Tindaro, y re-
 »vuelve la Grecia con sus aventuras escandalosas. Las le-
 »tras divinas y profanas convienen en llamar al corazón
 »humano abismo insondable; y al tornar los ojos, la Ves-
 »tal de ayer es la Bacante de hoy: Nabucodonosor yace
 »convertido en bruto... ¿Y hemos de rechazar las pruebas
 »de una acción culpable, porque un período feliz ampara
 »al que resulta delincuente con favorables presunciones?
 »¿Hemos de recusar los testimonios de nuestra debilidad
 »y nuestra miseria; negándonos á concebir que el vaso de

»eleccion se haga ponzoñoso cáliz? Porque lastime, hiera
»y desconsuele, ¿es justo ni racional que la esperiencia se
»olvide, y la verdad se menosprecie?—¡Ojalá compare-
»ciese ante los tribunales Cristina Armand y Hárrison un
»dia próximo para comprobar plenamente su inocencia!
»La vida es harto pródiga en desengaños para que no se
»acoja con alborozo la justificacion del acusado, víctima
»de un error deplorable.—Pero mientras no sucede tal,
»y subsistan los cargos del proceso, es forzoso decir, antes
»de probárselo con detencion y amplitud, á los officiosos
»protectores de la encausada que su conexion criminal
»con Grüe es un hecho: triste; desolador en buen hora;
»pero un hecho patente.»

«Entrando de seguida en el exámen del procedimien-
to, el señor fiscal enumera los datos que convencen á la
huérfana de complicidad con el malhechor, y aquí se
presenta inimitable en la tarea dificultosa de eslabonar
los indicios, revestir de una verosimilitud incuestionable
los versiones que brinda á la crítica de los jueces, y ex-
pugnar con estension y lucidez los cálculos que pudie-
ran aducirse en defensa de la inculpabilidad de Cristi-
na.—Despues de referir los sucesos en el orden que los
ofrece el sumario, y de agrupar con método y precision
los que fundan su dictámen, y persuaden la intervencion
de la jóven Armand en la catástrofe de *Chateau-fleurí*,
el abogado de la ley se dirige á los que se obcecán en
mantener ilesa la fama de esta criatura mísera con un
contundente apostrofe que no alcanzamos otro medio que
el de reproducirle para dar exacta idea de su viveza y
energía:—«Pero, vosotros, los que aun dudais de estas
«pruebas, y todavía ennegreceis los móviles del minis-
«terio fiscal, mejor que oponer una plausible esplicacion
«á la série de sus procedentes ilaciones y apoyadas con-
«geturas, ¿creeis que valen en el foro las inspiraciones
«caprichosas de vuestra fantasía preocupada? ¿os lison-
«geais de suspender el ánimo judicial con opiniones arbi-
«trarias, hijas de un sentimiento exagerado, y despro-
«vistas enteramente de un colorido que las haga to-

«derables en el dominio de la discusion jurídica?—Veamos cuanto propalais en abono de la procesada; por mas «fútil que aparezca semejante ocupacion, y aunque se «lamente que descienda á este género de debates el mi- «nisterio de la ley.—¿Es Cristina Armand otra víctima «de Juan Grüe y los ocultos compañeros de su malfetría? «Convengamos en esta solucion del asunto.—¿Dónde es- «tá su cadáver? Franz Fabricius aparece asesinado en su «lecho: el de su prohijada ni tiene huella de haber des- «cansado en él un punto. En la cama del cambista hay «un lago de sangre: en la de su hija adoptiva ni un ase- «ñal de violencia. Se registra la casa, los alrededores, «el campo en un gran trecho. Ni vestigio: ni removi- «da la tierra: ni pisadas de los conductores del cuerpo: «nada en fin. Los que han asesinado á un anciano ino- «fensivo y á las puertas del sepulcro; ¿por qué han res- «petado la vida de una jóven que ofrecía mas incon- «venientes á el éxito de su empresa? ¿á qué ocultar los «restos de la una, dejando yacer á los del otro en do- «lorosa exhibicion?—Y en contradicción evidente de este «supuesto repasad los datos que autorizan á estimar vo- «luntaria y convenida la fuga de esa desalumbrada jó- «ven. La señorita Adipsson, modista en la calle de Oran- «ge, declara al folio ciento setenta y cuatro que la ma- «ñana del dia en que tuvo lugar el hecho mandó Cristi- «na á su casa al jardinero Barth por un vestido de via- «ge, encargado hacía poco, y con suma urgencia; y «evacuando la cita el testigo mencionado conviene en «su certeza; añadiendo que dicho trage debia servir pa- «ra la travesía de la granja á la vivienda del señor Jai- «me Lutgen, quien debia dar un baile el dia inmediato. «¡Una bata de viage para medio cuarto de legua de tra- «vesía!—Berta Sunter, camarera de la reo, reconociendo «la ropa de la señorita Armand, que cuidaba ordinaria- «mente, expresa al folio ciento tres que faltaba como la «mitad de ella, contenida en una maleta de cuero, ar- «reglada por Cristina una semana antes de la tragedia. «—¿Qué bandidos son estos que desdeñan las vestiduras

«de un hombre rico y abundantemente equipado, para «llevarse una maleta con ropas de muger, y un vestido «de viage, que estaba entre lujosas batas de salon y bai- «le?—Pero si preferís el rapto á la destruccion deladon- «cella, tambien puedé seguiros este ministerio á donde «pretendeis llevar la cuestion.—El rapto con violencia «no es dable en las circunstancias del caso. El supues- «to conserge aventura demasiado en el azar para que se «atreva á intentarle. Para traspasar la frontera necesita «pasaporte, y en la hipótesis de que burlase la vigilan- «cia de los aduaneros ¿cómo complicar esta situacion «tanto peligrosa con el rudo embarazo de conducir vio- «lentada á una muger? El contrabandista y la jaram- «pera se esponen á cruzar la línea; pero fian en escapar á «la persecucion, ocultándose ó emprendiendo una corri- «da violenta ¿y cómo se concilian estos recursos con el «hecho de escoltar á una jóven forzada?—La informacion «que se ha practicado respecto á salidas de sillas de pos- «ta dió por fruto averiguar que desde el dia del suceso «al fin de mes viajaron cuatro, y todas con pasaporte «espedido por el honorable gefe de policía del reino. «No es aventurado deducir que Grüe y Cristina perma- «necen retraidos en algun apartado rincon del Bravante «mientras el oro les abre camino para estrangera playa; «y solo el amor, una afiliacion abominable entre un án- «gel caido y un génio del mal, encubre el retiro de los «procesados; porque ¿adónde ocultaria en los Países-bajos «el desalmado Grüe á una señorita recta, pura, alentada, «asi no fuese porque la ha unido á sí, mudándola en una «cómplice execrable de sus atentados, partícipe de sus «vicios?—¡Basta de combatir sombras! El abogado de la «ley no supone. Encuentra en el procedimiento los da- «tos irrefragables de su juicio; los coordina, los espone «con fidelidad, y saca sus legítimas consecuencias. Los «razonamientos se refutan con razonamientos contrarios. «Un tropel de hipótesis gratuitas no desvirtúa un ápice «de justificacion legal.»—El honorable Roche pasa luego de fijados los cargos á esponer la doctrina de la ley que

se refiere al caso que nos ocupa: tarea que acredita su ilustracion, tanto como su tacto en dividir las condiciones de responsabilidad de cada uno de los reos. El fiscal se estiende en esta parte del acta á consideraciones filosóficas de un orden elevado, y por desgracia rarísimo en los hombres constituidos en dignidad. Hemos observado con disgusto que los libres pensadores mas ilustres se consideran en el deber de sustentar los principios de antaño tan pronto como se deposita en ellos un átomo de autoridad ó jurisdiccion. El ministro fiscal de Bruselas es una escepcion honrosa en este punto. Las leyes de su pais equiparan á reos y cómplices en los delitos calificados, y el representante de la vindicta pública refuta esta absurda teoría; y á la vez que establece la entidad respectiva del criminal y el fautor, de la inteligencia y el instrumento, de quien dirige y ejecuta y de quien colabora, no vacila en separarse del tenor de las leyes, caducas ante los adelantos de la ciencia, y pide atenuacion de su exagerada rigidez respecto á Cristina Armand; concluyendo con este período superior á todo encarecimiento:—«Frente á frente se hallan la ley caida en el «desprestigio, y el tribunal que restablece la jurisprudencia con sus modificaciones sábias; el texto escrito «que empieza á ser letra muerta, y el arbitramento judicial que prepara las reformas del poder legislativo. «Demos hoy el paso que mañana harán inevitable los «progresos del espíritu filosófico; con la ventaja de no «dejar atrás un tributo indebido á una razon de autoridad que ya no escuda la autoridad de la razon. En este resultado se interesan la relacion proporcional entre «los hechos y las penas que les corresponden; la divergencia entre los hábitos, prácticas y motivos de los agentes en un propio esceso; la moralizadora distancia que «consigue la ley de los grados intermedios al último de «la escala criminal.—No puede subsistir la ley cuando «el tribunal de la opinion se divorcia del principio que «la sirve de origen; porque el imperio de las leyes no «puede ser en una sociedad bien regida un decreto despó-

«tico. Lo que subleva á la razon y al par repugna al «sentimiento no subsiste mas que por una causa efímera «é insuficiente. Lo que no puede ser no es con lejitima «razon. Basta para concebir estas ideas, contrayéndolas «al caso de hoy, figurarse unidos en el cadalso á Cristi- «na Armand y á Juan Grüe; y la cabeza y el corazon de «acuerdo repelen este absurdo; y marcan los grados de «comprenden entre el autor del robo y asesinato de Fa- «bricius y la doncella arrastrada al abismo por una aber- «racion insensata; y piden para él todo el rigor de la «justicia humana; para ella la reclusion que escite y «proteja su arrepentimiento.»—Habrán estrañado quizás nuestros lectores que el abogado de la ley en la capital del reino vecino se dirija con tanta frecuencia á celosos defensores de la inocencia de Cristina Armand; arguyén- doslos con cierta especie de nerviosa acritud. Apresurém- onos á decir en abono del honorable Wálter Roche que pocas veces se ha preocupado la multitud de una idea antojadiza y sin fundamento con mayor vehemencia y tenacidad. Debemos añadir que se han empleado hasta combinaciones reprobadas para influir en las conviccio- nes y conducta del ministerio acusador, y que deudos y sirvientes de la familia de Fabricius han declarado en los autos con una intencion insidiosa hácia el represen- tante de la sociedad. Con una templanza suma, con una discrecion loable nos lo revela, este párrafo significativo del acta:—«Dejo enteramente á la calificacion del tri- «bunal las agresiones de que mi persona ha sido blanco «de parte del señor Jaime Lutgen y en la diligencia de «ampliacion de su declaracion primera, renunciando á «la accion persecutoria que me compete contra las ca- «dumnias y desacato que se permite en los desahogos de «su amargura. Hay especies tan desconcertadas, tan «manifiestamente rencorosas y mezquinas, que en lugar «de ofender á quien se refieren rebajan y desconceptúan «á quien las emite. Pablo Barth, Berta Sunter, su tio, «Lawney, todos los sirvientes del castillo de Hartz en «una palabra, vienen como un eco de su nuevo amo, el

«señor Jaime, á referir lo que no se les pregunta; y á «la fórmula legal de interrogarlos por el conocimiento «de las partes en el proceso manifiestan que conocen al «fiscal interino como pretendiente á la mano de Cristi- «na, repugnado por la jóven, y no bien recibido por el «anciano banquero. ¡Estéril trama! La toga del de- «fensor de la ley es una cota que no atraviesan los dien- «tes de esas víboras. La sabiduría del tribunal es un «escollo donde naufragan esas injurias aventureras.»— Pasado este incidente á todas luces extraño, y transigi- do con excesiva hidalguía por el señor Roche, aunque tal vez no lo deje sin correctivo el tribunal, especialmen- te considerando inferida la ofensa á un individuo de la magistratura, entra el fiscal á reasumir cargos y pe- nas; viniendo á solicitar se imponga la de muerte á Juan Grüe y la reclusion perpétua á Cristina Armand; publicándose la sentencia, con apercibimiento de que comparezcan á defenderse en el plazo de la ley para re- abrir el juicio en forma. El último párrafo de la censura completa el efecto de obra tan esmerada. Dice así:— «Segun lo que de sí arrojan las actuaciones acaba de «formular su acusacion este ministerio, y conforme á «estas por consiguiente ha de resolver el tribunal. Grüe, «reseñado en los libros de razon de cárceles y estableci- «mientos penales del Estado, es el mismo filiado por la «agencia Havart bajo el supuesto nombre de Pablo Sa- «muel Dángton; y en su capote de librea, abandonado «sobre el lecho de la huérfana de *Chateau-fleur*, se «descubre oculto el billete escrito con sangre que le en- «tera de un plan de fuga del arsenal. Cristina apa- «rece haberle seguido voluntariamente, tomando parte «en sus atentados, y segun todas las probabilidades hu- «yendo el consorcio con Lutgen, decidido por el tio y «por el sobrino apresurado. Pero ¿resultará un dia que «el bandido no sea mas que un cómplice, y la doncella «una víctima? ¡Plegue al cielo! Entonces el abogado «de la ley vendria á reclamar la atenuacion de la pena «respecto á Grüe, y la indemnidad mas esplendorosa

«para la procesada. Entonces haria alarde de su imparcialidad, promoviendo una restauracion solemne, como hoy la demuestra, solicitando un ejemplar escarmiento.—No se vislumbra remota esperanza de que varien los datos recogidos en la instruccion; ni seocurren «las alteraciones que influyan en dar otro giro á los cargos. Dios sabe toda la verdad. El hombre la recoge «desnaturalizada sobre el lodo en que se agita.»—Nosotros esperamos con impaciente curiosidad el fallo del tribunal de Bruselas, de que daremos noticia á nuestros lectores en su tiempo y lugar oportuno. Con referencia al señor Roche creemos que este documento enaltece, si es posible, su aventajada figura en el foro Belga, y hace preveer que el gobierno recompense sus dotes y laboriosidad con el cargo que interinamente ocupa, y domina con tanta honra y debido aplauso.»

El lector habrá comprendido que esta reseña del acta acusadora estaba escrita por Jonathás Hubner, corresponsal del *Foro*; pasante y amigo de Wálter, uno de los convocados á consulta en el bufete de Roche, y sugerido con artificiosa maña por el maligno fiscal.

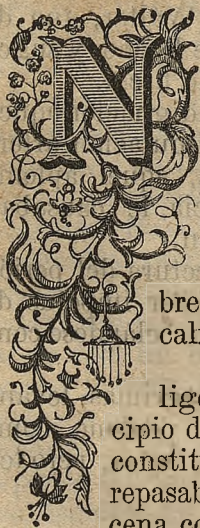
El mismo Herman Huguel leyó con indignacion aquellas líneas pérfidas, y propias de una simulacion artera y persistente. Aquella infernal astucia, aquel aplomo á prueba de movimientos de la conciencia, le causaban una involuntaria pero violenta repulsion.

Cristina interrumpió mil veces la lectura del periódico para enjugar su llanto, ó para sofocar ímpetus de su pudor, de su dignidad, de su honra, rebelándose contra aquellas acusaciones impías.

—¡Dios mio! (exclamó deshecha en lágrimas, levantando al cielo el escrito execrable). Yo perdono como tú á mis verdugos; yo te pido por ellos, Señor; pero ten piedad de mí, y vuelve por mi causa.

CAPÍTULO XXII.

EL MENSAGE.



UESTROS lectores no pueden haberle hecho el inmerecido agravio de olvidarlo al héroe del capítulo cuarto de esta parte primera; al sagaz y redomado Monsieur de Lafarge; diplomático un tiempo al servicio de Francia; jugador de brios y dichosa estrella; capitalista opulento gracias á la suerte; director y banquero de la rolina establecida en Bruselas, y hombre de mundo en todas las acepciones de esta calificación.

Este personage de cuenta* despues de un ligero desayuno, (porque era idólatra del principio de conservacion, y estaba en lucha con una constitucion apoplética en grado alarmante,) repasaba una nota de rendimientos de la quincena con atencion fija, cuando vino á interrumpir su ocupacion un criado; abriendo la mampara del gabinete, y adelantándose con cierto género de embarazosa timidez.

—Y bien, Pascual, dijo el francés, animándole con bondadosa sonrisa.

—Señor, repuso el sirviente, un caballero insta por veros, y me ha dado esta targeta.

—Veamos, replicó el orondo director de la *roulotte*, apoderándose de la vitela, y leyendo bajo una corona heráldica el nombre del conde de Heuffel.

—Heuffel! repitió el banquero rascándose la frente para escitar su memoria.

El remedio surtió un efecto cumplido.

—Yá recuerdo, añadió alborozado. El amigo á quien dí cartas para Gante. ¡Vaya! Heuffel, sí...

—¿Qué le contesto, señor? preguntó Pascual impaciente.

—Pídele que te excuse la detencion y que pase adelante.

El criado salió á cumplir la comision recibida.

El hermoso y distinguido prócer penetró en la estancia con aire melancólicamente preocupado; abandonando sobre una silla su látigo de montar y su sombrero de copa á la francesa, y tendiendo la mano á Monsieur Lafarge, que se levantó con ceremoniosa cortesania, avanzando á su encuentro.

—Bien venido, Sr. conde, exclamó el gefe de la oficina con gozosa efusion.

—Adios, caballero, respondió el prusiano. Os dedico mi primera visita, y á hora bien intempestiva por cierto: las diez de la mañana. Es un abuso de confianza indisculpable.

—Es un honor, y una prueba de...; pero... pero permitidme. Aquí; yo os lo suplico.

—Estoy bien, interrumpió el conde, sentándose al lado de su interlocutor en una silla de caoba y terciopelo, y haciendo recuperar á Monsieur Lafarge su enorme sillón de brazos, con espaldar y asiento de baqueta.

—¿Y cuándo fué la llegada, señor?

—Ayer á media noche, amigo mio. El viage ha sido mas dilatado de lo que me figuré, y mis exploraciones

en el triste particular que me llevó á Gante mucho mas difíciles y complicadas de lo que pude concebir.

—¿Mis cartas han prestado alguna utilidad?

—Ciertamente, contestó Heuffel inclinándose, y el jefe de policía sobre todo ha correspondido de una manera admirable á la recomendacion con que me favorecisteis.

—Es un escelente hombre, apoyó el francés satisfecho hasta lo sumo.

—Gacias á su destreza me puse en la pista del doloroso acontecimiento; casi olvidado ya, añadió con tétrica ironía el conde. Ha sido necesario buscar en Francia á un tal Húttington, y al Charton en Viena, donde desempeña el cargo de cónsul general de S. M. Cristianísima. En cuanto al dueño de la fonda imperial ha muerto; pero su hija recuerda haber oido referir al padre la infame y trágica aventura.

—Ha sido una informacion enredosa, pero completa á lo que parece.

—Decidme, interrumpió súbitamente el conde: ¿conoceis al Sr. Wálder Roché por ventura?

—Perfectamente. Fué accionista en mi banca, y retiró sus fondos hace poco. Ahora es fiscal interino por fallecimiento del propietario, y se suena que será nombrado definitivamente; protegido por una influencia poderosa.

—Y qué reputacion disfruta? interrogó Heuffel con interés extraordinario.

Monsieur Lafarge vaciló en responder; porque el abogado no era enemigo que importaba poco ni á las personas menos propensas á temer peligrosas hostilidades.

—Perdonad, insistió el prusiano con noble entereza. Vuestros informes, si con ellos me honrais, no saldrán de mis labios ni con el último aliento. Si abuso de vuestra deferente consideracion....

—Teneis todas mis simpatías, señor conde, dijo resueltamente el banquero, y por tanto absoluto derecho á mi confianza.

—No favoreceis á un ingrato, amigo mio, respondió el jóven con viva emocion.

—El señor Roche, prosiguió el capitalista con aire de reserva, es un talento eclipsado por aviesas inclinaciones, y que tiene un crédito fatal á causa de su índole desmanada, y los desórdenes que han absorbido una juventud digna de mejor empleo. Heredero de un apellido notable, y de una fortuna suficiente á garantizarle una posición airosa, ha concitado contra sí rumores que degradan su apellido; está arruinado en el concepto de las personas de valer por mas de un lance poco decoroso, y creo que su capital toca á los postreros compromisos.

—Es un miserable, en resúmen, concluyó el aristócrata con cierta amargura.

—Lo es, replicó Monsieur Lafarge con espontaneidad. Por su medio conseguimos conquistar al señor Pleyel, gefe de la policia en Bruselas, para que diera seguro á nuestra especulacion, y despues de compartir el regalo que la compañía hizo á Pleyel, exigió una accion amparada en el giro, que hubo de concedérsele, además de admitirle unos doscientos ducados que pretendió colocar en el fondo. Se hizo camarada de un diablo titulado mayor prusiano, un quidam que recogí en Lóndres por su marcial presencia para inspector principal en la sala de juego; y por Dios, que nunca un Orestes de tal calaña pudo encontrar un Píladés de mejor estofa. A los pocos días de trato se tuteaban como compañeros de toda la vida, salían y entraban juntos, y aun dicen que entre los dos robaron el dinero á un caballérito de Amberes, que vino á parar al hotel de la Corona. Es lo cierto que mi húngaro era un bribon de siete suelas; un perdulario con facha de general en gefe; pero capaz de todo por lucir, y rodear de una aureola espléndida su arrogante figura y su orgullosa jactancia. Afortunadamente el *maggiar*, no sé por qué motivo, y no me interesó averiguarlo, vino á mí con la solicitud de que le abonára su haber, y el tanto por ciento con que se acostumbra gratificar á los dependientes de las casas de rolina. Alcanzó una suma decena-

te, y trató al despedirse de trazarme el panorama de sus ilusiones en París; pero yo que desde las novelas de la señorita Scuderi he contraído la costumbre de dormirme al arrullo de la prosa poética, me apresuré á despedirlo por no rendir párias á Orfeo. A los quince días el caballero Roche se presentó en mi despacho, suplicándome le reembolsara su activo por urgencias y gastos indispensables, cuya enfadosa enumeracion se disponia á hacerme cuando tiré de la campanilla que sirve de llamada al contador. A los cinco minutos tenia el metálico y la nota delante de sí: nos despedimos y hasta el día. Sé, de muy buen origen, que ha realizado dos fincas urbanas, único resto de su patrimonio; y aunque yo salgo poco de este círculo, y me gusta menos husmear vidas ajenas, tengo un cajero, inmejorable para agente de policía, un verdadero *Petrus in cunctis*, que todo lo averigua; todo me lo cuenta. Unas palabras mueren sin eco, y otras se van arrinconando en mi memoria hasta una esplosion como la presente. Por esta causa, pues, he llegado á enterarme de que el nombramiento de fiscal interino del amigo Wálter proviene de una condesa viuda de Cassal, confidente estrecha del estirado secretario de cultos y tribunales.....

—¿No es verdad, preguntó el conde con despecho, que humilla haber de entenderse de igual á igual con un canalla de ese jaez? Y sin embargo, caballero, es preciso que yo mate á ese hombre, ó que ese hombre me arranque el corazon.

—¿Es posible! exclamó Monsieur Lafarge. ¿Será él?...

—Habeis adivinado, concluyó Heuffel con voz sorda. Wálter Roche es el asesino de Wenceslao; del oficial mas valiente y pundonoroso del ejército de Prusia; de la mitad querida de mi sér. ¡Y yo he tenido que peregrinar como un romero de la tierra santa para recoger hoja por hoja la historia sangrienta de un duelo, cuyo protagonista ha pasado al lado mio, codeándome, sin que mis ojos le anonadaran con la virtud tremenda del basilisco!... Es forzoso concluir de una vez. El matador aleve de Wenceslao y su gemelo no caben unidos en el mundo.

—Permitidme, conde, una observacion, dijo el francés pausadamente. El asunto es grave y precisa andar con tiento.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió el jóven áulico reprimiendo su sombría irritacion.

—Frecuentemente la impaciencia por descubrir un suceso misterioso, agregó el banquero, nos hace tomar como datos seguros especies equívocas y antecedentes dudosos. Calmaos, señor conde. Voy á concluir. Para orientaros en una aventura sigilosa, que tuvo lugar entre escasos testigos, habeis tenido necesidad de ocurrir á París y á Viena, si mal no recuerdo, y á individuos extranjeros en los países de su morada. Yo no puedo insultar á sugetos que no conozco, y hablo en tésis general y en interés vuestro. ¿Estais convencido de que esas personas merecen fé?

—Juzgad voz mismo, respondió el Conde. Wenceslao era un hombre de corazon; valiente como Teseo; generoso como un paladin de la tabla redonda; pero incauto y confiado como un niño. Al pedir licencia para un año de viages por Europa me empené en acompañarlo; pero restablecido yo hacia poco de unos dolores de reuma, se negó á mi plan; asegurando que consentiría mejor en quedarse por no esponer mi salud delicada en la variacion de temperaturas.... ¡Ah! el corazon me anunciaba lo que debia suceder; pero cedí á sus razones, y marchó solo.

—Es menester que los destinos se cumplan, observó el antiguo diplomático, fatalista acérrimo como todo jugador.

—Recibí noticias tuyas con puntualidad cariñosa, prosiguió Heuffel, afectado por semejantes reminiscencias. De Gante me escribió que paraba en la fonda imperial, contento por hallarse entre gente de buen tono y alegre humor. Me hizo la pintura de la famosa ciudad, y anunciaba sus preparativos para continuar la escursion hácia el mediodia del continente. Un dia, inolvidable para mí, recibo una carta de Wenceslao; lacónica; cruel; grabada en mi memoria con caractéres de fuego....

—Ahorremos dolorosos pormenores, conde.

—Una carta que decia así, continuó Heuffel con la tenacidad de los sufrimientos desesperados. «Hermano mio: me bato mañana al amanecer por un bofeton. Si triunfo no lo sabrás. Si sucumbo verás estas líneas. Es tuyo el corazon de— *Wenceslao.*» Al pié de este escrito se leía en un renglon de letra elegante: «murió en el campo: enterado de secreto: su padrino—*Luis Charton de Someran.*»

Las fuerzas del conde se agotaron en este esfuerzo, y guardó un silencio profundo durante algunos minutos. Repuesto de su conmocion al fin, siguió de esta manera:

—Estuve á pique de volverme loco. Mis parientes me rodearon de cuidados y desvelos, y seguí el curso de la vida con ese cansancio del que anda, sin distraccion en los accidentes del camino; sin proyectos para el término del viage; sin ansia de llegar; sin resolucion para detenerse. Alguna vez fijé la imaginacion en la tragedia de Gante; pero yo no pude recelar que las cosas hubieran pasado de otro modo que el ordinario. Un acaloramiento, un bofeton, un desafio, un azar vigilado por jueces del campo, y un cadáver: el de Wenceslao, como pudo serlo su contentiente, mas diestro ó mas feliz.

—Seguramente, apoyó Monsieur Lafarge.

—Ya os dije, amigo mio, que un compatriota vuestro refirió en mi presencia, tratándose de las perfidias inesperadas en ciertas clases y personas, el duelo inicuo que me dispongo á vengar. Citó á Gante; espresando que la víctima de la traicion habia sido un militar estrangero. Aquella revelacion fué un rayo de luz para mí.

—¿Y los testigos del lance están contestes de todo punto?

—En absoluta conformidad, repuso el noble prusiano; y tened entendido que el uno, Charton, es segundo-génito de una casa ilustre en Provenza, y habia conocido en Berlin á Wenceslao, estando de adscripto á la embajada francesa en nuestra córte. El otro Húttington, se hallaba por casualidad en el sitio donde ocurrió la disputa que dió origen al lance, y fué mezclado en el asunto por esta es-

clusiva circunstancia. Hoy es director de una fábrica de cristales en París, cuyo despacho se encuentra en el passage Orleans.

—Es una felonía imperdonable, dijo el capitalista exaltado.

—Fueron unidos á cierta casa de damas libres, refirió Heuffel con voz alterada por la ira. Wálter habitaba en la fonda imperial, y se unió á Wenceslao y á su amigo. Bebieron sin exceso. Sobrevino una cuestion de amor propio por la conducta de cierta Frinea de las elegidas para cenar en sociedad íntima, y á las observaciones de mi hermano respondió el abogado con ironía, y desdeñosa burla. Se agravaron las palabras, y enfurecido Wenceslao por la mofa de su contrincante se dejó arrebatar á una violencia, que provoca entre hombres de honor la mas sensible estremidad; que se reconoce por tradicion bárbara de incultos pueblos; que las leyes castigan severamente; pero que subsiste y se acata sin embargo de todo.

—La sociedad lo exige, añadió Lafarge con un gesto pesaroso.

—El señor Wálter dispuso las condiciones como agraviado, y eligió el florete. En este arreglo se conocieron los padrinos. Tuvo lugar el combate con el resultado que sabeis; pero una duda martirizadora quedó en el alma de Charton. Aficionado á la esgrima, el diplomático francés siguió con inteligencia los trances de la lucha; advirtiendo que estocadas bien dirigidas y paradas mal nõ habian ofendido á Wálter, mientras que una suya á fondo hizo caer á mi pobre y valiente hermano. Acosado por una sospecha punzante fué á reunirse con Húttington, que nada había observado, y convinieron en ir juntos á entenderse con Roche. El abogado habia partido precipitadamente; pero el cielo, enemigo de la deslealtad, permitió que se olvidara de recoger una cota de seda, marcada con sendos golpes que contundieran sus puntos, y aparecia recién quitada del cuerpo, húmeda aun de sudor y tendida en el espaldar de un sillón de descanso, puesto en medio del cuarto del asesino.

—¿Y no pensaron en seguirle para que diese cuenta de su vil hazaña?

—La licencia de Charton estaba cumplida, y hubo de marchar á su destino. En cuanto á Húttington no cabia sospechar de su fé; porque le abonaba su principal, el banquero mas honrado de Gante; constando que conoció al infame al mismo tiempo que á mi hermano y á su padrino. La hija del dueño de la fonda imperial, casada con un mercader, hace la misma narracion del hallazgo de la cota con referencia á su padre, que Dios haya. He ido sabiendo el suceso por individuos que no podian estar confabulados para favorecer un engaño criminal, en que no tenian especie alguna de interés, y que sin noticia de otros informes daban los suyos en absoluta conveniencia con mis investigaciones.

—Ya veo que la relacion no admite duda, confesó Monsieur Lafarge; ¿qué pensais hacer?

—Llevar ante los tribunales al asesino es imposible, replicó el conde moviendo la cabeza apesadumbrado por tal contrariedad; porque el duelo es un delito en este pais, aunque se tolere mas que en otros reinos. Por otra parte no me es lícito comprometer en este negocio á hombres, que me han suministrado sus noticias con tanta exactitud como buena voluntad; empezando porque no tengo mas medio de prueba que estas declaraciones.

—Teneis razon, conde; pero en semejante situacion.....

—Matar á ese hombre, como se aplasta una víbora, sin poder probar la infamia que ha cometido, me espone á la suerte de un asesino vulgar; y aunque así no fuera, este medio no conviene á un hijo de los Heuffel, que llevan por divisa en su escudo «*semper recta via;*» siempre por el camino derecho.

—El desafio fuera un paso arriesgado, ó inútil para vuestros fines, dijo Lafarge.

—El baron de Preisler se entenderá con el señor Wálter Roche dentro de una hora, caballero.

—Estad en la persuasion de que se exime con su po-

sición actual en la magistratura, si no es que dá noticia de los preliminares del duelo al director de la policia, Sr. Pleyel.

—¡Llevará á ese extremo la bajeza! exclamó el conde enfurecido, y cerrando los puños convulsivamente.

—Así lo creo, repuso el capitalista con íntima convicción; y no suelo equivocarme en mis conjeturas.

—¡Y qué hacer en tal caso! se preguntó á sí mismo el prócer de Prusia en la mas penosa incertidumbre.

—Renunciar á ese duelo, respondió Lafarge.

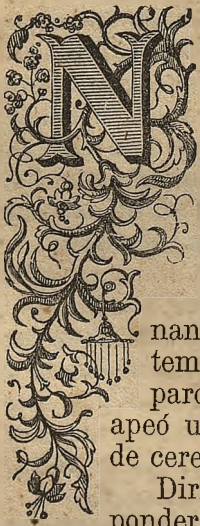
—Nunca! dijo Heuffel levantándose con violenta emoción. No lo haré aunque supiera que ese villano me habia de arrancar cien vidas que tuviese.

—Pero ved que el duelo es un mero azar en que...

—Él ó yo, declaró el altivo aristócrata con resolución incontrastable. Siento que la fatalidad me arrastra; pero no cejaré un paso, y afrontaré con brio mi suerte.

CAPÍTULO XXIII.

EL GOLPE DE GRACIA.



o hacía diez minutos que la hermosa y atractiva condesa de Cassal se apeara de una carretela mitológica, especie de concha marina donde Vénus merecía la admiración de todos; entrando en su elegante domicilio, ufana de sus triunfos en la alameda verde, y dando interpretación favorable á los cuchicheos que su presencia escitara en el paseo famoso de Bruselas.

Un fiacre de alquiler, tirado por dos rociantes éticos, y conducido por un auriga, contemporáneo de Edipo, y sordo por añadidura, paró á la puerta de la linda casa, y del se apeó un caballero joven y distinguido, en traje de ceremonia.

Dirigióse al vestíbulo con paso firme, sin responder al portero que hubo de preguntarle á quien buscaba; continuando su marcha intrépida hasta encontrarse de frente al viejo mayordomo, que ya conoce el lector.

—¿Qué se ofrece á vueseñoría? preguntó el bribon del criado con aire de importancia.

—Ahora hablaremos, contestó el recién venido, sacando su cartera; de ella una targeta, y añadiendo algunas palabras, escritas con lápiz, á la indicacion grabada de armas y nombre.

—¿Y qué debo hacer con eso? interrogó el mayordomo con sorna.

—Llevarlo á la señora condesa, y esperar la contestacion, replicó el caballero tranquilamente.

—Es el caso que su señoría no está visible.

—La señorita Florina le pasará la vitela, y servirá de conducto á la resolucion de la señora.

—Pudiera suceder muy bien que....

—Entendámonos, maese, interrumpió el noble personaje.

—Entendámonos, repitió el tuno decano, sonriendo con malicia.

—Los importunos y los pretendientes pueden abrir esas puertas por medio de una gratificacion. Los caballeros y las visitas antiguas de la condesa llevan por aldabon su nombre, y por garantía sus señas.

—Suplico á vueseñoría que disimule....

—Despachaos, y espero el permiso en ese gabinete, respondió el jóven señor, introduciéndose con marcial desenvoltura en la habitacion que tratara de obstruir á su paso el digno sirviente del finado conde.

El lector conoce demasiado la especie de la familia humana que vive en la servidumbre para suponer que el mayordomo llevase la targeta sin saber su contenido antes, y á la primera luz que pudo hallar. Bajo una corona decia un renglon de letra gótica «*Comte de Heuffel,*» y mas abajo habia puesto el enemigo de Wálter esta pregunta: «*Olvidais á vuestros amigos?*»

—¡Diablo! exclamó el mayordomo, erré el golpe como un novicio en el juego.

La linda camarera recibió el mensaje: lo pasó á la Aspasia ennoblecida, y tornó á salir con precipitacion,

trasladando vehementes órdenes de iluminar la sala de recibo; hacer entrar con todos los honores de su rango á Heuffel en el salon de la señora, y disponer dos tazas de chocolate con bizcochos de espuma lo mas pronto posible.

El lector supondrá desde luego que el mayordomo estaria tan servicial y bajo con el conde como estuvo ligero é indiferente al principio; poniendo en relieve la primera falta con sus desgraciados esfuerzos por desvanecerla.

El salon de la señora era el mismo en que introdujimos á Wálter en solicitud del influjo de la favorita del caballero Kermadoc, secretario del ministerio en la seccion de justicia y cultos.

La sala de recibo era un retrete, destinado á los amigos de intimidad: el templo donde el honorable secretario rendia sus galantes votos: la region de la luz, como dicen que llaman los franc-masones al postrer grado de iniciacion en los misterios de su órden, hoy tan transparentes como el cristal por fortuna.

Florina, la perla de las camareras, vino al salon á dar la bienvenida á Heuffel de parte de su señora, y á pedirle excusas por el tiempo que debia tardar en el arreglo de su coqueta compostura de casa la viuda del conde austriaco. El prócer de Prusia se entretuvo en afable diálogo con la gentil muchacha.

La condesa entró risueña; deslumbradora en su *negligé* pérfido; llena de seduccion la mirada, y disimulando un temor vago bajo la apariencia de la cordialidad mas afectuosa.

—¡Vos por aquí, amigo mio! dijo á Heuffel, tendiéndole su diestra que el conde llevó á los lábios con galantería.

—Yo por aquí, repitió el jóven sonriendo, y en demanda de vuestro favor, condesa.

—¿Pretendeis? interrogó la astuta hembra con verdadero júbilo y aire de chanza.

—En primer lugar, contestó el caballero, ser tratado como sincero y antiguo amigo vuestro, señora.

—Nada mas justo, repuso Aspasia con tentadora confidencialidad. En ese concepto pasemos á la sala de los amigos íntimos. Precededme. Soy con vos al instante.

El conde no se hizo de rogar, y fué á sentarse al lado izquierdo de una otomana con honores de mullido lecho.

—Florina, ordenó la dama á su camarera, que nadie nos interrumpa, y que venga pronto la colacion para ambos.

La graciosa criadita se alejó discretamente.

—Conque «*oubliez- vous á vos amis?*» recalcó la provocativa beldad, zumbando á Heuffel con la pregunta escrita en su targeta. Me habeis juzgado mal. Se olvidan los amigos, conde; porque ó se les llama así sin serlo, ó no se espera que lo sean en ocasiones críticas; pero los bienhechores....

—No os entiendo, condesa, interrumpió el caballero encogiéndose de hombros.

—Yo no olvido vuestra delicada conducta, insistió la señora aproximándose á Heuffel con amable interés. Es cierto que me separásteis de vuestro pariente; mas lo hicisteis socorriendo con profusion mi desamparo. ¿Y Lázaros? interrogó con voz ligeramente conmovida.

—No quiero entenderos, condesa, espresó el aristócrata con exquisita amabilidad.

—¿Por qué razon, conde? añadió ella mirando fijamente á su interlocutor.

—Porque yo hé venido á ver á la viuda del ilustre Cassal, igual á mí por su rango esclarecido.

Aspasia respiró como quien sale de una perplejidad fatigosa.

Temía que el Conde abusara de su ascendiente; que fuese indiscreto con los episodios de Berlin; que hablara de su pariente, el estudiante, galan romancesco de la moza perdida; que comprometiera su posicion y sus aspiraciones.

—Sea como gustéis, mi buen amigo, respondió con una gachonería mimosa.

—Os he visto en la alameda verde, siguió el conde,

mas adorable que nunca; admirada como el tipo mas encantador de la córte; seguida por la mirada envidiosa de las mugeres; haciendo volver el rostro á los niños y á los ancianos, que aun no sienten ó no sienten ya el irresistible influjo de una hermosura provocadora.

—¿Me enamorais? interrogó la condesa con un gesto de estrañeza, impregnado de estímulo.

—No por desgracia, contestó Heuffel con melancólico abandono. Soy un pasajero que saluda una maravilla al cruzar ante ella; escribe su nombre en testimonio de su entusiasmo; continúa su viage; y no vuelve á contemplar aquel objeto en el resto de su vida tal vez.

—¿Y vuestro gemelo?

—Wenceslao murió, repuso el noble con tono solemne.

—Hablemos de otro asunto, se apresuró á decir Aspasia. ¿Qué objeto os trae á Bruselas, conde? Esto es, si puede saberse.

—Ver la capital, mi bella amiga; ajustar una cuenta á cierto deudor, y un instinto indefinible de que encontraria por aquí algo que me interesara; algo que aliviase mi tristeza.

—¿Buscáis á vuestra muger ideal?

—No soy tan necio que la busque en la tierra; respondió Heuffel suspirando. Estoy enfermo del espíritu, y voy vagando á Dios y á la ventura hasta respirar en una atmósfera que me dilate el pecho.

—Fijaos en Bruselas, conde, exclamó vivamente la viuda. Veremos de curaros, si es posible.

—Mi querido doctor, replicó el caballero, temo de vuestras recetas el efecto contrario.

—Los que sufren desconfian, observó la condesa con una espresion dulce y lánguida como un arrullo de tórtola.

—Estoy un poco maníaco, señora, prosiguió Heuffel. Es menester dispensármelo en consideracion á mis males. Por ejemplo, me ha dado la tema por decir la verdad á los que merecen oirla, y saben aprovecharla.

—Oh! Es un capricho muy puesto en razon, conde, exclamó Aspasia palideciendo un tanto.

—Os he visto (agregó el prusiano con cariñosa confianza) y os ha reconocido mi corazon con alegría, levantada á una posicion envidiable; escitando murmullos de complacencia y ruines desahogos de saña impotente; singularizando vuestra belleza y buen tono en la metrópoli de los Países-bajos. Recogí al pasar, silencioso entre la multitud, las muestras de simpatía y las murmuraciones enconadas, que me revelaron una historia completa. Teneis un principio de favor, todavía en modesta escala, pero un poco de todo; cabeza, un freno al corazon, y creedme, Aspasia, estais destinada á ser en la corte porque valeis para el caso.

—Me lisonjeais, conde, contestó la amada de Kermadoc, estraordinariamente complacida.

—Os hablo de todas veras, apoyó Heuffel gravemente. Y como no hay nadie inútil en el mundo en un momento dado, me acerco á vos para decirlo peto á peto: «podeis necesitar recursos en una ocasion determinada; consejos, un apoyo, un asilo, ó bien una influencia; en todas estas eventualidades acordaos de mí, y disponed.»

—Qué deseais? Hablad, dijo con vigorosa resolucion Aspasia.

—No os compro, condesa, respondió el caballero enérgicamente. Os estimo demasiado para eso.

—Amigo mio, siguió la viuda redoblando su audacia, tengo prisa por seros útil.

—De veras?

—Sois pariente del único hombre que me levantó del fango, y quiso tratarme como á una muger desgraciada, digna de mucha lástima y de algun amor.

—Lázaro está casado en Berlin, dijo Heuffel como al paso.

—Dios le haga dichoso, espresó la condesa. Tengo de él un recuerdo grato y nada mas; pero de vos no me olvido, porque para romper mis vínculos con Lázaro fuísteis delicado en las formas y generoso como un Príncipe.

—Ya os dije, condesa, que no queria....

—Pues yo quiero, insistió tiernamente Aspasia. Cuando me puse en contacto con vos, Enrique, cuando os conocí tal como sois.... debia callar esta locura... pero no lo haré (añadió decidida la viuda de Casal). Entonces sentí amargamente no ser una dama sin nota infamante, una muger que pudiese amaros sin merecer la befa del ridículo.

—Condesa, dejadme deciros la verdad, interrumpió el noble prusiano. Ya que teneis ambicion, dadle un giro que disculpe los medios. No seais una Dubarry corruptora, sino una Sorel benéfica y elevada. Buscad talentos oscurecidos por la modestia ó la falta de espacio, y dadles expansion en la esfera pública. Proteged artistas de esperanzas, tímidos en el albor de su existencia, y unid vuestro nombre á los suyos. Amparad desventuras inmerecidas. Intervenid en favor de las postergaciones arbitrarias y frecuentes. El honorable Kermadoc es un hombre justificado, aunque pretencioso. No le hagais torcer el camino, abusando del poder que os le entrega dominado y sumiso. No le amais; en buen hora, Aspasia; pero valeos de su influjo para honrarle y para honraros.

—Sois un hombre singular, conde, manifestó la viuda subyugada.

—No soy un Caton, esforzó Heuffel. Pase que sin venalidad ni escándalos tengais protegidos que os adulen por medrar en sus carreras: esto es demasiado comun para ser notable; pero respetad las cosas que merecen respeto, y no esciteis á la opinion pública, que caerá irritada sobre vos como la pesada losa de un sepulcro.

—Me se calumnia, amigo mio.

—En algunos puntos, afirmó el conde; pero en otros tienen razon desgraciadamente. Habeis hecho obispo de los reformados á un ministro vicioso y visto generalmente con repugnancia. Manteneis á viva fuerza en el cargo importante de acusador público á un hombre execrado por sus aventuras tenebrosas.

—Creed que vuestra reconvencion me pesa mas que todas las censuras de la corte, dijo la incitante beldad con aire ingenuo; porque sois de los que saben sentir y pensar.

—Y de aquellos que dicen lo que sienten y lo que piensan, corrigió Heuffel. Ya veis. he venido á molestaros por un interés mio, que es tambien vuestro; y en lugar de arteras diplomacias, en vez de evocar necios títulos á vuestro favor, y haceros una corte lisonjera, principio por deciros la verdad, por indicaros el buen sendero, y acabaré por ir derecho á mi negocio; con la advertencia preliminar de que vengo ámpliamente instruido de los precedentes, y preparado para recurrir á otros influjos si el vuestro me falta.

—Podeis creerlo, Enrique?

—Necesito zanjar un asunto con vuestro patrocinado el señor Wálter Roche; pero no puede ser mientras ocupe el ministerio fiscal.

—Exigís que le sacrifique?

—No lo exijo, señora, enmendó el conde; lo demando á vuestra bondad. Yo gano en ello; vos os libertais de un motivo fundado de agria censura: la sociedad se vé libre de un representante que rechaza.

—No encarezco el sacrificio, conde, espuso humildemente la dama de Kermadoc; pero voy á crearne un encarnizado y temible enemigo.

—Enemigos de ese calibre, objetó el prusiano con profundo desden, valen poco y pueden menos.

—Le retiro mi apoyo, Enrique, decidió Aspasia venida por aquella voluntad dominante.

—Kermadoc sale de una situacion violenta, querida mia, amplió el conde; porque libre de vuestro imperio en este punto, espedirá una orden que restituya á su conciencia la paz, y á su decoro el prestigio. Vos abris la ruta á un pretendiente, digno del puesto que solicita, y que se resignaba á ceder á vuestro antojo. Yo consigo liquidar mi cuenta pendiente con el caballero Roche.

—Sois un malvado, conde, dijo la hermosa dama, y abusais de vuestro predominio.

—Aspasia, replicó Heuffel con seriedad, he preferido tratar con vos, porque me conoceis, y os es fácil comprender que mis ofertas no son vanas; que si pongo á ruda prueba vuestro influjo, en cambio podeis contar con una gratitud efectiva y una adhesion entera; que si os atrajese una complicacion por el hecho de servir á mis fines no soy hombre de tornar la espalda á un trance peligroso.

—No lo dudo, Enrique, aseguró la viuda mirándole con voluptuosa dejadez; y estad persuadido de que me acomoda en gran manera que os mantengais distante de mí; porque si hoy, escasa en influencia, y desenvolviéndome en una órbita reducida, os inmolo al pobre Wálter, que sostuve contra todo género de obstáculos, mañana si llegara á ser una Gabriela ó una Maintenon, á una indicacion de vuestra parte no sabria resistir, y...

—Estad segura de que esta gracia es la última que os pido, y la mayor de cuantas pudiérais concederme, interrumpió el caballero, tomando la diestra de Aspasia y estampando en ella un ósculo.

—Esta noche relevaré al señor Kermadoc de su esclavitud; diciéndole, si os parece, que me han persuadido sus objeciones, bien meditadas; que se murmura de mí con ese motivo; que no quiero esponerle por una obcecacion á desagradables contingencias.

—Sois Lucifer, bajo la forma de una tentacion incontrastable, Aspasia.

—Mañana se espedirá la orden de cesar Wálter en su ministerio, quedando elegido el mas acreedor.

—Yá sabeis, exclamó el conde, que me ligo á vos con la cadena del agradecimiento.

—Prometedme deteneros en Bruselas algun tiempo, Enrique.

—Está prometido.

—Y venir á visitarme todos los dias. Jurádmelo.

Florina entró con una oportunidad que no sospechaba, trayendo en una bandeja la colacion, mandada disponer para la señora y su amigo de Berlin.

CAPITULO XXIV.

DOS CARTAS.



ALTER ha recibido una comunicacion del ministerio dándole gracias por sus servicios en el cargo de representante de la vindicta pública, reconociendo sus derechos á ventajosa y oportuna colocacion, y declarándole cesante en el destino, conferido en propiedad al honorable Roberto Oxborne, fiscal de grande crédito en Lieja. El abogado no ha querido personarse en casa de la dama de Kermadoc, porque entendia el colmo de la necesidad inquirir pormenores de un acontecimiento, cuya consecuencia triste y deplorable no admitia duda, siendo de esperar en la condesa una esplicacion artificiosa y preparada, como distante de la exactitud histórica. Roche atribuia el malogro de sus esperanzas á combinaciones de Jaime Lutgen, y esta persuasion redobló infinitamente su sañuda malevolencia hácia Cristina, en quien prometia descargar el peso de una venganza odiosa y detestable.

En la esplosion de su rabia llegó á celebrar aquel hombre, violento y lanzado en una senda maldita, el golpe que destruía sus últimos compromisos y sus postreras aspiraciones en la vida pública; creyéndose conducido por una suerte irrevocable á consumir proyectos feroces y desatentados, que contaban por víctima á la doncella de *Chateau-fleuri*. Humillarla para hacerla espiar sus desdenes era el pensamiento culminante de aquel mónstruo. Hacer della una querida por la fuerza brutal, y mas tarde una esclava con título de esposa para impedir que le perdiese con sus revelaciones, seguían despues como ideas de conveniencia. Wálter aborrecía á su patria, como todo fruto desnaturalizado de una madre que repele de su seno al hijo ínucuo en pena de sus maldades y obstinacion. Francia brindaba á los aventureros, á los mal avenidos con los elementos del órden en los demás países de Europa, y á los talentos peligrosos é imbuidos en las máximas de una despreocupacion ficticia, la holgura de un centro hirviente en facciosos y conspiradores; el aura y los aplausos á las declamatorias de falsos Gracos y Rienzis, á los candentes folletos, á los libelos infamatorios. Allí pensaba abrirse camino Roche, auxiliado por su audacia, sostenido con restos de su caudal, y vendiendo su inteligencia á la causa mas en boga.

Wálter hizo subir á su gabinete á Jonathás Hubner, su pasante, el corresponsal de *El Foro*.

—Amigo mio, le dijo con afable cordialidad, puesto que se me sacrifica al señor Oxborne, estoy convencido de que el mérito es inútil en este país, prevaleciendo la intriga y el ínflujo. Pierdo la última ilusion, y abandono la carrera forense.

—Es posible! exclamó el jóven con veraz sentimiento.

—Resolucion invariable, replicó el abogado; pero no conviene que se sepa; mucho mas cuando pienso legaros mis negocios, y haceros mi sustituto en la confianza de los mejores clientes. Me dirijo al estrangero, Jonathás, y al entender de todo el mundo para volver muy

pronto. Queda en hipoteca esta casa por año y medio. No descuideis pagar los plazos convenidos, y si acomoda á vuestros propósitos haceos della.

—Pero yo no puedo creer que lleveis á cabo esa determinacion. El despecho....

—Repito que no tornaré á Bruselas, insistió Roche con tono firme. No hay aquí el espacio que yo necesito, ni el ambiente que me hace falta respirar. Sois mi único amigo verdadero y aspiro á dejaros en la mejor posicion que pueda. Teneis altas disposiciones, fortuna que os permite esperar con decoro una ocasion de singularizar vuestros talentos, y un pié de crédito que os brindo en débil homenaje de mi afecto hácia vos, lealmente correspondido; me consta.

—Mañana, continuó dirigiéndose al pasante, subireis concluidas las horas del despacho, y pensado maduramente el particular, para que entremos en el arreglo formal y minucioso de cláusulas y bases del pacto.

—Hasta mañana, pues, repuso el mancebó tendiendo la mano á su director, que la estrechara con fuerza entre las suyas.

Wálter, quedando solo, rompió con agitacion nerviosa el sobre de la carta, preparándose con ansiedad á la lectura de su contenido.

Llegó la hora de sentarse á la mesa, y contra su costumbre el abogado no se hizo presente en el comedor.

El criado entró en su estancia; hallándole sentado ante el bufete; la cabeza entre las manos, y al parecer dormido.

—Señor, se aventuró á decir, han dado las cinco hace rato.

Roche, estremecido al eco de estas palabras, levantó su faz descompuesta y con señales de irritada exaltacion. Miró al doméstico con ojos fosforescentes, y señaló la puerta con ademan iracundo.

El sirviente obedeció temblando.

Cerró la noche, y el pobre servidor, temiendo provocar el enojo de su amo, y recelando que pudiera exaspe-

rarlo con prescindir de sus ordinarios deberes, encendió la lámpara que iluminaba el estudio alto del fiscal cesante, y fué á dejarla sobre la mesa, como de costumbre.

A la impresion de la luz salió de su letargo Wálter; detuvo al criado con una actitud enérgica, y con voz alterada le dijo:—«quiero estar solo y á oscuras ¿enténdeis?

El doméstico no se hizo repetir la intimacion, y dió término á su empresa.

Sonaron las doce. El sirviente no sabia qué hacer. Acostarse era un testimonio de indiferencia. Velar sin objeto le parecia un sacrificio inútil. Si Roche sentia apetito, sed, ó necesitaba un súbito remedio ¿quién estaba en el caso de suministrarle lo que hubiese menester? Si queria salir ¿quién le franqueaba la puerta?

No sin vacilar muchas veces se arriesgó á acometer otra tentativa. Encendió la luz y entró en el gabinete.

La fisonomía del abogado hubiera servido de modelo á Praxiteles para la faz siniestra de Caron.

—¡Otra vez! exclamó fuera de sí.

—Señor, tartamudeó el criado, es la media noche.

—Dormid y dejadme en paz, concluyó enardecido.

El servidor retiróse, dando gracias á su arrojo de las buenas resultas del lance.

Cuando al despuntar del dia salió de su cuarto, y hubo de atravesar el jardin, levantó los ojos al balcon del retrete de Wálter, y vió al abogado de bruces sobre la baranda, absorto en meditacion sombría. El rostro de aquel hombre denunciaba mas que una noche de insomnio y agitacion febril una de esas emociones devastadoras, que producen la vejez prematura, ó la postracion de la fuerza moral para lo futuro y sin remedio.

Poco despues de abrir la puerta, el sirviente oyó pasos lentos tras de sí: volvió la cabeza, y vió á su amo que pasó por delante del sin apercibirlo; tético; la mirada vidriosa; andando como quien camina sin objeto, por un mecanismo de sus facultades físicas puramente. Wálter iba á procurarse una entrevista con el mayordomo de la condesa de Cassal. Buscaba al enemigo oculto que le arre-



V. Urrabieta dib.^o y lit.^o

Lit. de Gonzalez S. Clara 8, Madrid

WALTER ROCHE.

batara sus adelantos, y queria saciar en él la furia que devoraba su corazon. Recibir la muerte de sus manos ó derribarle sin vida era indiferente al desesperado Roche.

Al regresar á su habitacion el abogado traia la frente alta y en los ojos una estraña y radiosa animacion. Conocia por las revelaciones del viejo mayordomo al adversario que investigaba su encono. El criado salió á su encuentro, anunciándole el recibo de un billete que habia puesto sobre la mesa del despacho. Wálter reconoció en el sello sobre cera de España las armas del baron de Preisler. El escrito decia así: «Señor: creo que ya podemos entendernos en el asunto de mi distinguido amigo, el señor Conde de Heuffel. Vuestro servidor—de Preisler.»

La sonrisa que contrajo los secos lábios de Roche tenia una espresion diabólica.

Tomó una hoja de papel; sentóse ante el bufete; limpió esmeradamente la pluma, examinando sus puntos á la luz, y escribió con firme pulso lo que sigue:

«Mi querido Jonathás: hacedme el favor de avistaros con el señor baron de Preisler, que vive en la fonda del Sablon. Se trata de un lance de honor inescusable. No entreis en pormenores, ni permitais que os instruyan en antecedentes que á nada conducen. Sed lacónico é inexorable. Hé aquí mis condiciones: mañana al amanecer; donde se resuelva; pistola, por turno y á corta distancia. Os espero—*Wálter.*»

CAPÍTULO XXV.

LA DEL HUMO.



QUELLA resignacion de mártir que manifestara Cristina en los primeros dias de su encarcelamiento bajo el poder del *maygiar* se cambió en una angustiosa inquietud tan pronto como Huguell le hubo anunciado la próxima venida del implacable Roche. La huérfana medía con ojos espantados la extension de su desgracia; tomando por base de su cálculo la refinada perversidad de Wálter, su cínica desvergüenza, su índole vengativa, y su necesidad de anular por cualquier medio un temible testigo del asesinato de *Fabricius*.

Desde el sacrificio de su honra hasta la destruccion de su vida la jóven recorria una escala de sufrimientos crueles. Dias de mortal ansiedad y noches de abrumador insomnio minaban su delicado temperamento; y el ruido del aire, el rumor de una pisada, el crugir de un mueble, estancaban la sangre en sus venas, haciéndola entrar en una violenta crí-

sis nerviosa. La vida de aquella muger reduciase á una série de estremecimientos penosos, que no podian terminar sino con la pérdida de la razon, ó con el supremo reposo de la muerte. Pugnaba por engolfarse en las sombras del sueño, y fantasmas amenazadores, hijos de la fiebre, la hacian saltar del lecho despavorida. Sentábase resuelta á velar, y á resistir á sus terrores; pero ya la impresion de un tacto imaginario, ya el sonido de una voz misteriosa, la rechazaban del asiento pálida y trémula. A veces apelaba á toda la resolucion de que era capaz su ánimo, y armábase de valor para hacer frente á los insultos que de su verdugo temia; mas apenas su imaginacion reproduciale la figura siniestra del abogado caian por tierra sus proyectos; reconociendo con amargura el dominio de aquel mónstruo sobre su espíritu anonadado. Recurría á la oracion; pero su cabeza perdiase en vértigos trastornadores, y la palabra moria helada én sus lábios secos y cuarteados por intensa calentura. Falta de aliento y apelando á la proteccion divina en el horror de su abandono, la huérfana levantaba al cielo sus manos y su mirada llorosa para pedir al Padre de las misericordias el amparo de su triste existencia.

Herman estaba ausente. La vieja criada de la Dubois y el pequeñuelo asediaban con su insultante curiosidad el retiro de Cristina; espiando sus acciones con malévolo interés. Un criado semi-idiotá traía los viveres del mercado de Versailles, y cuando la jóven atravesaba por delante dél seguía la con una atencion compasiva y melancólica. El otoño con sus primeros nublados, precursores del aterrido invierno, hacia mas tétrica aquella casita aislada entre elevados árboles, donde inícuos propósitos cautivaban á una desventurada hermosura. En las tardes y á puestas de sol la prisionera salia al terradillo del jardín, y su vista apagada por el exceso del llanto fijábase en una cadena de nubes obscuras, cortadas por claros de tibia y plácida luz, que parecian escalones de una cordillera, interrumpida por valles, y dando curso á las ondas de un rio por diferentes embocaduras. Cristina se forjaba la ilu-



sion de un país cercano, que la ofrecia refugio contra la tiranía de sus opresores. Distinguía claramente las montañas, la margen de los arroyos, la sombra de una casita rústica en el declive de una escarpada prominencia. Un paso, y la huérfana recuperaba su libertad. Un esfuerzo, y se abría camino por aquellas sendas solitarias. Mas ¡ay! el panorama se iba desvaneciendo, como una columna de humo entre las ráfagas del aire. Cerraba la noche, y la ahijada del mísero Franz, abatida, inclinada la cabeza, entraba en su estancia lentamente; encerrábase con precauciones prolijas, y volvía á sus zozobras, hasta que agotadas sus fuerzas en lucha semejante, una modorra febril rendía sus sentidos, y daba tregua al embate de sus dolientes ideas, que al despertar se recrudecian, torturando su alma con persistencia tenaz. Otro mes como el que espiraba en aquel punto, y el mismo Wálter, aquel hombre de corazon diamantino, enconado contra la virgen de *Chateau-fleurí* por tantas causas, hubiera tenido piedad de aquella criatura, aniquilada por atroces padecimientos.

La noche había sido en extremo lluviosa, y el cielo ananeció lúgubrementemente encapotado. Serian las nueve de la mañana, cuando la vieja sirvienta de la Dubois entró en el aposento de la huérfana dando los buenos dias con melosa afabilidad, y presentando á Cristina un ligero desayuno. La jóven, despues de las fatigas de una noche en agoniosa vela, manteníase con la cabeza oculta entre sus manos para impedir que la curiosa criada advirtiese las huellas de su desolacion. El ruido de voces en el piso bajo alarmó á la antigua Meguera, sacando á la cautiva de su absorcion doliente.

—Veamos, chiquillo, decia una voz estentórea con inflexion iracunda; ábreme paso con mil demonios.

—Madre, madre, gritaba el maligno fruto de la vieja; que me lastima este señor.

—Execracion! exclamó la Medusa estremeciéndose. ¿Quién será ese maldito hombre?

Y la odiosa guardiana de Cristina corrió en auxilio

del maligno muchachuelo, animada de un furor de gato montés contra el desconocido que invadía la casa, atropellando brutalmente á su hijo.

La doncella de *Chateau-neuri* prestó el oído á lo que pasaba fuera, procurando contener con ambas manos las palpitaciones de su corazón y el latido de sus sienas.

La lucha duró poco aunque fué brava. El árgos de la huérfana resistió el acceso de un incógnito, por mas que se dijo emisario de Herman Huguell, y el chico alborotó de lo lindo en apoyo de la resistencia maternal; pero el invasor de la casita reservada puso término á convenciones é insultos, encerrando en la despensa al enfaldado Cancerbero, y en un cuarto contiguo á su raquíptico aborto, que se guardó muy bien de continuar el escándalo, despues de las pruebas de atlético vigor de aquel Ferragut.

El extraño personaje subió pausadamente la escalera, dirigiéndose á la estancia que ocupaba la señorita Armand, medrosa del destino que podía caberla en aquella escena repentina.

Al fin penetró en el aposento. Era Wandrillo Götting, el suizo, el cómplice del *maggiar*.

Cristina quedósele mirando con ávida espectacion. El helvético descubrióse respetuosamente, y su fisonomía dura y toscá llegó á espresar un interés, mezclado de admiracion involuntaria.

—Nada temais, señorita, dijo Wandrillo con brusca prontitud. Yo no vengo en comision del infame húngaro que os tiene aquí encerrada, ni sirvo á los cálculos execrables del otro canalla de Bruselas.

—¡Plegue á Dios que así sea! exclamó la jóven en un raptó de alegría radiosa, que iluminó su semblante con una especie de dulce y santo resplandor.

—Soy un miserable, señorita, añadió el suizo con ingénua franqueza. No valgo un árdite mas que el pícaro de Huguell y el malvado Wálter, pero que el rayo de Dios me confunda si despues de veros tan hermosa y con aire de ser tan desgraciada, no maldigo de todo corazón la parte que he tomado en vuestra pérdida.

—Yo os la perdono, se apresuró á decir Cristina con expansiva bondad.

—Yo conducía la silla de posta en que os robaron de la granja á orillas del Senne.

La huérfana se entregó á su dolor al luctuoso recuerdo de *Chateau-fleurí*.

—Yo os dejé á cincuenta pasos del bosquecillo que conducía á esta casilla, y en ambas ocasiones no tuve tiempo de contemplar vuestra belleza de ángel; pero he venido á devolveros la libertad.

—Será posible! No me engañais? Oh! Seria inícuo hacer resonar en mis oídos tal promesa para tenderme un nuevo lazo. Vos no lo hareis ¿no es verdad?

—Señorita, repuso Wandrillo con ademán solemne, convendreis conmigo en que hay nombres tan sagrados que no se invocan sin que el alma se estremezca.

—Convengo en ello, respondió la jóven con atención exploradora.

—El nombre de una madre es uno de los mas santos sin duda. Pues bien, yo os juro por la salvacion de mi madre que vengo á arrebatáros de las garras de vuestros malditos opresores.

—Dios es grande, justo y misericordioso! exclamó Cristina transportada de júbilo, y elevando al cielo una mirada de adoracion entusiasta..... ¿Cómo os llamais, señor?

—¿Para qué necesitais saberlo? contestó Wandrillo avergonzado.

—Para unir vuestro nombre á todas mis preces, replicó la favorecida por Góttling con ternura infinita.

—Señorita, agregó rudamente el suizo, mi obra carece de mérito; porque es hija de un plan de venganza contra Herman Huguell. Mas ahora, sabedlo, es ya un movimiento de piedad hácia vos, y de respeto á un infortunio que no mereceis; porque, no sé lo que me pasa ¡cuerpo de tal! no sé qué teneis en el semblante, en la voz, en las maneras; pero es lo positivo que me habeis hechizado y que os sacaria del foso de los leones donde

encerraron al profeta Daniel. Estoy seguro de que libertaros me ha de producir buena andanza, y....

—No hay beneficio sin recompensa, interrumpió la huérfana con emocion agradecida.

—Así lo creo, apoyó el helvético pensativo. Un anciano pastor de Uri solia decir tambien que una buena accion rescata muchos crímenes. Siento en el alma, señorita, no poder ofreceros para salir de esta mansion un brazo en que sea dable apoyaros con entera confianza; pero así como así; verifíquese el milagro aunque lo haga Satanás.

—Salgamos de esta casa al punto, esclamó Cristina levantándose con vehemencia.

—Estoy á vuestras órdenes, concluyó decididamente Wandrillo.

—Pudiera venir el señor Herman, y sorprendernos en los preparativos de fuga, añadió la tímida beldad, asustada de los riesgos que su imaginacion preveia en tal caso.

Götting sonrió maliciosamente. La huérfana le miró sorprendida y con asomos de recelo.

—No vendrá: perded cuidado en ese punto. El húngaro duerme como un liron, y la receta que ha servido para adormirle no marra. Su dinero rellena mi mochila de viaje, y dentro de algunos segundos la víctima que reservaba á la ferocidad del señor Roche estará á buen recaudo.

—Pero en fin ¿qué habeis hecho con ese hombre? preguntó la jóven cautiva sin ser dueña de disimular su repugnancia. ¿Quién sois en suma?

—Soy un desertor del ejército prusiano, dijo el cabo Götting con viveza: un camarada del *maggjar*, unido á él por los lazos del delito y de la miseria. Me hube de resignar á parecer su criado, porque él es bello, instruido y brillante, al paso que yo soy brusco, grosero y vicioso. Esta es la verdad: toda la verdad, señorita.

—Proseguid, repuso la huérfana con avidez.

—El trato fué separarnos partiendo el capital cuando

hubiéramos atrapado uno; pero Herman entró en una rolina en Londres; pasó á otra en Bruselas; tuvo queridas; hizo gastos de lord; se dió el tono de un grande de España, y yo no pasé de la esfera de sirviente suyo, por mas que le recordaba nuestros compromisos.

—Y al fin....

—Al fin salió el negocio de la quinta que harto sabeis. Allí se recogió mucho dinero, y se os robó por comision del abogado Wálter; pero Huguell trató de hacerme tragar que el botin era cosa despreciable, y tuvo la avilantez de ofrecermé quinientos ducados por mi parte en la presa, que yo rechacé, amenazándole con mi resentimiento.

—Y le habeis matado? interrogó Cristina retrocediendo con gesto pavoroso.

—En conciencia así debia de hacerlo, observó el suizo; porque amor con amor se paga, segun dice el adagio; pero el castigo es mucho mas suave de lo que él merece, aunque suficiente sin embargo para que sienta el peso de mi encono.

—Os llevais la presa de *Chateau-fleurí* ¿no es esto?

—Y sus ahorros en la rolina, añadió Góttling con satisfaccion. Sabed, señorita, que el camarada Huguell ha pagado por dos veces mi asesinato. Una, á cierto maestro de armas, que me provocó al combate; pero consintió en beber una botella de Borgoña en mi compañía; se arrepintió de su empresa, me confió su pecado, y nos hicimos desde entonces los mejores amigos del mundo. La última intentona partió de un prófugo de presidio, que se propuso ganar en toda regla cien libras por envainar su cuchillo en mi corazon; pero escogió mal la hora, el sitio y la oportunidad, y dos guardias franceses le condujeron á una prision, despues de administrarle el número uno de las palizas soberanas.

—¡Cuánta iniquidad! dijo la huérfana suspirando melancólicamente.

—Entonces, siguió el desertor prusiano, me presenté á mi húngaro, dándome por arrepentido y pesaroso de haber repugnado tomar mi contingente, y manifestán-

dome sumiso y dispuesto á emigrar tan luego como to-
cara las quinientas monedas de oro. El *maggjar* cayó
en la red como un galopo, y un narcótico seguro, de
que iba yo provisto, mezclóse á la copa de Tokay, que
con bizcochos de espuma compone su cena, con cuya dó-
sis tiene sueño para mas de veinte y cuatro horas. Me
he apoderado de sus fondos sin dejarle una moneda de
cobre para la cuerda, si proyecta ahorcarse, y completo
mi pensamiento, señorita, sustrayendo vuestra amable
persona al dominio de esos bandoleros desalmados.

—Pero ¡ay de mí! repuso Cristina con abatimiento,
¿dónde me llevais?

—Donde quiera que os sirvais de indicarme.

—A nadie conozco; no sé donde estoy, ni tengo me-
dios de subsistencia.

—Escuchadme, señorita, replicó Götting resuelta-
mente. La mayor parte del dinero contenido en mi mo-
chila pertenece al despojo de vuestra casa á orillas del
Senne; de suerte que por via de restitucion os daré lo
bastante para algunas semanas, y mientras que os pro-
curen acomodo.

La jóven rechazó con energía un bolsillo de mallas
de seda que alargaba el helvético.

—Niña, observó Wandrillo con acento firme, no me
hagais arrepentir de mi buena resolucion. Mi diestra
no ha vertido sangre en vuestra morada, y el dinero pa-
sa de manos de un foragido á las de un caballero sin
huella de su paso. Aceptad pues, y seamos amigos
hasta el fin.

Cristina venció su esquisita delicadeza, y guardó el
bolsillo, jurando en su interior sufrir todo género de ne-
cesidades antes de utilizar aquella suma, arrebatada á su
pobre bienhechor con la vida.

—Estamos á corta distancia de Versailles, continuó
Wandrillo, donde ni vos ni yo conocemos alma vivien-
te; pero me se ocurre una idea.

—Hablad, respondió la jóven, palpitante de júbilo á
la expectativa de su libertad inmediata.

—Mi padre, añadió Góttling, murió en Suecia peleando como buen esguizaro á sueldo de estraños, y mi madre quedó reducida á una situacion cercana á la mendicidad. Pasábamos una vida azarosa y estrecha, y frecuentemente, señorita, carecíamos de todo lo necesario.

—¡Pobre familia! exclamó enternecida la huérfana.

—Mi madre era católica, á Dios gracias; pero católica como no hay muchas desde los mártires acá. «Hijo mio, solia decirme con su voz pura y conmovedora, vamos á la casa de Dios, y á pedirle socorro en esta cuita. Es un buen padre, y no nos dejará perecer de hambre y de frio.» Y en efecto, ya una limosna del párroco, ya un auxilio generoso inesperado, nos proporcionaban pan y leña.

—Comprendo, interrumpió Cristina con noble arranque de sublime fé.

—Yo os dejaré en una iglesia, señorita, siguió el desertor dulcificando la aspereza de su tono; en la primera que se presente en nuestro camino; y como Dios suministraba pan y lumbre á la viuda y al huérfano, facilitará á la fugitiva un asilo y un protector. Estad segura dello.

—Estoy pronta, amigo mio, concluyó la jóven sonriendo. Nada tengo que sacar de esta casa infausta. Salgo della sin volver la cara atrás.

—Vamos, replicó Góttling presentando el apoyo de su brazo, y bajando la escalera precipitadamente.

—Vieja, gritó ante el encierro de la criada, dirás á tu amo que la prisionera ha tomado la del humo.

CAPÍTULO XXII.

EL DUELO.



CEPTADO el desafío á muerte por el señor Wálter Roche, y arregladas por los padrinos de ambos adversarios todas las condiciones y circunstancias del combate singular, el noble conde de Heuffel otorgó su testamento; dejando con su título nobiliario la mayor parte de su cuantiosa fortuna á su sobrino, el amante un dia de la Condesa de Cassal; haciendo un legado considerable á la seductora Aspasia, y ordenando la distribucion de crecidas limosnas á los menesterosos á juicio y discrecion de los párrocos de la comunion católica en Bruselas.

El baron de Preisler y Jonathás Hubner señalaron por dia del lance un domingo, en las primeras horas de la mañana, á orillas del Senne y en la esplanada que extendiase á la espalda de la famosa quinta de *Chateau-fleurí*, antiguo castillo de los poderosos Hartz. Los contendientes en situacion paralela, á

diez pasos de distancia, y armados de sendas pistolas de arzon, debian esperar que se echara á suerte arrojando una moneda al aire quien habia de disparar primero sobre su enemigo; siguiendo el turno el otro, caso de no resultar lesion del disparo.

El conde de Heuffel experimentaba ese malestar de las naturalezas generosas cuando se ponen en contacto con los sentimientos que la religion rechaza y la opinion ilustrada reprueba.

Wálter devoraba la vida con una vehemencia insensata, creciendo su frenesí desde que Herman le anunció en desordenado y furibundo estilo el robo de sus fondos hecho por Góttling, y la desaparicion de la prisionera.

El baron prometia á su ahijado una segura victoria; porque era de los fanáticos míseros que profanan la idea de la justicia de Dios hasta suponerla interviniendo en los trances de una lucha homicida y rencorosa.

Jonathás observaba la agitacion calenturienta de Roche; procurando en balde tranquilizar su espíritu, y contener la esplosion de una rabia insensata, seguida de raptos de convulsiva hilaridad y cáustica vena.

Heuffel salió el dia ántes del duelo, muy de mañana, y entrando en Santa Gúdula asistió devotamente al divino sacrificio del sagrado cordero; encargando una misa de requiem en sufragio del alma de su querido y malaventurado gemelo Wenceslao.

Penetró al efecto en la sacristia, y saludando al abate Exter, cura en aquel grandioso templo, le llamó aparte para hacerle entrega de una respetable cantidad con destino á los necesitados entre sus feligreses.

—Orad por mí, señor abate, exclamó el conde, estrechando la diestra del venerable párroco con efusion filial. Orad por mí, que debo correr muy pronto un inminente riesgo; un peligro de muerte.

—Hijo mio, contestó el anciano y virtuoso eclesiástico, ese peligro dependerá de vos á lo que sospecho; porque ninguna situacion de la vida comun suele inspirar tan tristes congeturas. La vida humana es una milicia, co-

mo dice Job; pero el hombre, no contento con la exposición ordinaria de sus inseguros dias, los abrevia con temeridades lastimosas.

—Padre mio, repuso el noble prusiano, hay posiciones que pesan al ánimo, y repugnan á la conciencia; pero una vez en tan funesto camino se hace enteramente imposible retroceder.

—No se puede servir á dos amos, dijo el sacerdote con sentenciosa gravedad. Dios y el mundo no caben. El falso honor es una idolatría, tan despreciable como el grosero materialismo de los pueblos paganos, y tan feroz como la antropofagía de las hordas salvages. Si el suicidio es una cobardía, el duelo es una brutalidad sin disculpa.

—Ah! replicó Heuffel suspirando, la sociedad, las pasiones....

—Jóven, interrumpió el ministro con entereza, podia perdonarse á vuestros remotos abuelos el combate singular, porque era una de las formas de su ruda fé; pero la moda de batirse es una ceguedad impía y sin pretexto hoy.

—Orad por mí, repitió el conde, besando la mano al digno abate, y retirándose presa de una preocupacion sombría.

Wálter pasó la noche antecedente al dia del lance, llamado por antonomasia *de honor*, quemando papeles, empaquetando efectos, y distrayendo su angustia en operaciones sin cálculo ni concierto alguno. De repente el abogado interrumpia sus faenas para entregarse á reflexiones saturadas de hiel, espaciando su sordo furor en apóstrofes violentos y en desesperadas actitudes. La carta de Herman Huguell, leida y releida á largos intervalos, escitaba sus iras á un grado próximo al delirio, y su testo lacónico y amargo aumentaba estraordinariamente la agitacion de su alma. Hé aquí el escrito del *maggjar*:

«¡Condenacion! Todo se ha perdido, y por tu culpa, »imbécil. ¡Qué diablos de raptó y custodia de esa mo- »zuela! El suizo, Lucifer le ahogne entre sus garras, me »ha robado hasta el último escudo de mi capital, y no

»contento con esta villanía, toma vuelo en amor y com-
 »pañía de la señorita Armand. Tu amistad me ha perdi-
 »dido ¡rayo de Dios! y es una fortuna para tí que no te
 »pueda haber á las manos. ¡Vuelta á principiar la car-
 »rera de las aventuras! Es preciso que yo devore á ese
 »condenado de Góttling. En cuanto á tí, maldita la ho-
 »ra que te he conocido. H. H.»

—Miserable! murmuraba Roche, cerrando los puños convulsivamente, y moviendo la cabeza en signo ame-
 nazador. ¿Quién imaginó el robo de Fabricius? ¿quién le unió á un pillo tan depravado como el Góttling? ¡Y se atreve á echarme en cara la custodia de Cristina como el origen de su desventura! ¡Y esa muger está libre de mi dominio y fuera de mi alcance! Infierno! ¿Dónde se oculta? Daria por saberlo la mitad de mi vida... pero ¡qué digo! mi vida no me pertenece: voy á jugarla á un envite dentro de breves horas. ¡Oh! si la suerte me es mas propicia esta vez, y derribo á mi adversario sin vida á mis plantas, yo revolveré el mundo hasta encontrar á la insolente fugitiva, y entonces no logrará huir de entre los términos de un dilema inexorable: unirse á mí con vínculo indisoluble, ó perecer en holocausto de mi futura tranquilidad.

Roche habia realizado los restos de su fortuna, haciendo girar letras sobre París, y reservando poco dinero en su cartera. Cuando Jonathás Hubner fué á buscarle en un ligero cabriolé para conducirle á las cercanías de *Chateau-fleuri*, Wálter se hallaba dispuesto y vestido con severidad. Su porte era de imponente aplomo. Dió la mano á su padrino, tomó el sombrero y salió del brazo de Hubner hasta el carruage.

La mañana era fria y nebulosa. El otoño se anunciaba con densas neblinas, y un velo tupido ocultaba los objetos distantes, pareciendo que el transeunte dirigíase á una esfera desconocida y envuelta en pavoroso misterio. Una humedad nociva á los pulmones impregnaba la atmósfera, y todo daba indicio de esa estacion en que la hoja cae del árbol, y los enfermos sucumben, como otras

tantas hojas desecadas en el árbol de la humanidad.

Wálter respiró con gran placer aquel ambiente húmedo que refrescaba su abrasado seno. Jonathás avivó el paso del caballo tan pronto como el cabriolé rodara sobre la alameda en direccion del castillo de Hartz.

Los árboles del camino lucian esas hojas amarillentas que en el norte denuncian los rigores de setiembre, y las ruedas del ligero carruage hacian polvo en su rotacion las hojas desprendidas de sus ramas.


Cerca de *Chateau-fleuri* cruzóse delante del cabriolé una berlina, tirada por dos vigorosos frisonos.

Una mano agitó un pañuelo. Hubner, dotado de vista perspicaz, reconoció al baron de Preisler en el cortés saludador, correspondiendo con agitar su sombrero diferentes veces. La berlina pasó rápida por frente del edificio, y tomó á mano derecha. El cabriolé no siguió la misma ruta, y esquivando el frontis de la quinta, se encaminó á la esplanada á la márgen del Senne. Un momento despues se saludaban con frialdad ceremoniosa los combatientes y sus padrinos. El baron y Jonathás se acercaron, y sacando de una estensa caja las armas homicidas, procedieron á un exámen minucioso dellas. Luego el baron situó convenientemente á su ahijado, y Hubner midió pausadamente la convenida distancia, haciendo colocar en su puesto á Roche que sonreia con ironía sangrienta. En seguida fueron cargadas las pistolas, y puestas en manos de los enemigos. Una moneda subió á la altura, descendió al suelo, botó contra la tierra y rodando un trecho en semicírculo cayó presentando el busto soberano. Heuffel habia dicho *cara*: Wálter *escudo*. El conde, favorecido por la suerte, y diestro tirador, disparó su arma, y Roche permaneció impassible. La bala se habia llevado los picos de su corbata de olan con puntas de encaje. Llegó el turno al abogado. Hizo fuego y Heuffel cayó sin proferir un gemido.

El duelo no puede ser el juicio de Dios.

CAPÍTULO XXVII.

EL FAVOR DE DIOS.

PENAS hubo abandonado Cristina la casita aislada en el bosque en compañía de Wandrillo Götting cuando ocurrió á su imaginacion una duda atormentadora. «¿Será este hombre, se preguntó á sí misma con espanto, instrumento de Wálter en una nueva y funesta emboscada?»

El suizo adivinó en la detencion repentina de la huérfana, y en el sobresalto que se retrató en su semblante, alguna sospecha medrosa de sus intenciones.

—Señorita, dijo á la turbada jóven con gesto ceñudo, conozco que desconfiais de mi.

—Me habeis jurado por el nombre de vuestra madre....

—Y seré fiel á mi juramento, añadió el hérocles de Helvecia con solemnidad. Para intentar vuestra pérdida sobran con el húngaro y su camarada el de los Países-bajos, sin maldita necesidad de mi concurso. Para llevar á cabo cualquier propósito contra

vuestro honor ó vuestra vida no habria sitio mas adecuado que el que dejamos atrás.

—Teneis razon, repuso Cristina con una sonrisa triste; pero cuando se ha sufrido tanto como yo, cada paso parece conducir á un abismo nuevo; cada persona se cree un verdugo mas. Perdonadme la observacion en gracia de mis infortunios.

—Estamos cerca del grand'Montreuil, arrabal de Versailles, replicó Góttling. No faltan por el camino traginantes y carruageros, que vuelven de vacío de París y San German. Si quereis, señorita, haré detener el primero que pase y tenga proporcion de conduciros cómodamente, y me despediré de vos despues de pagar el costo del viage.

—Ya no dudo, exclamó la desgraciada beldad con acento conmovido, y me arrepiento de haber dudado de vos. Adelante pues; y aunque os reconocéis tan culpable como los hombres que han labrado mi ruina, y háyais sidó cómplice de sus atentados, el Señor tenga de vos la piedad que de mí teneis.

—Bien la necesito, concluyó Wandrillo poniéndose en marcha al lado de Cristina.

Bien pronto Versailles dibujó en un firmamento nebuloso y sombrío las cúpulas del magnífico palacio de Luis XIV; los terrados y cimborrios del grande y pequeño Trianon; los torreones de su castillo; las cúspides de los soberbios edificios de la Chancillería, Superintendencia, Marina y cuartel de Guardias de corps; los flancos de piedra de las casas consistoriales; las almenas y fuertes muros del *Grand-commun*; las paredes de las grandes y pequeñas caballerizas, principal exorno de la estensa plaza de Armas; las torres de sus nueve iglesias, descollando las trazadas por el célebre Mansard, que son las de Nuestra Señora y catedral de San Luis; las chimeneas de sus forgerías militares, famosas en el reino, y los terrados, torrecillas y miras de sus elegantes casas en los barrios del cuartel de Nuestra Señora, asilo predilecto de la gente de pró en aquel pueblo, elevado al

rango de ciudad en 1713, y contando á la sazón con ochenta mil vecinos, gracias á la permanencia de la corte en el favorecido sitio real.

Cristina y Götting entraron en la espaciosa calle de árboles, avenida de Saint-Cloud, al norte de la ciudad, y en dirección al arrabal intitulado el grande Montreuil, alameda deliciosa, que por fuera de Versailles continúa hasta confundirse con las de Picardía y Sceaux; formando ameno circuito á un abrevadero redondo y de suma capacidad, y abriendo una sola calle hasta la plaza de Armas, término de division entre lo que se conoce, sin razon para tal diferencia, por ciudad moderna y antigua. El Sena corre al norte en sosegado curso hácia la populosa París, sangrado por la máquina de Marly para los depósitos Goubert, Montbaurou, juego de aguas y cerro de Picardía, surtideros de la poblacion en connivencia con el raudal que encauza el acueducto de Buc, sito á dos leguas y cuarto en latitud sur del real sitio. Wandrillo preguntó á un mendigo mutilado, constituido para su doliente cuestacion al pié de un árbol y sobre una piedra de sillar al borde del arrecife, por la ruta directa al grande Montreuil, recompensando sus informes con una moneda que besó agradecido el portoso.

Montreuil ofreció en breve á los viajeros un atractivo panorama al norte de la pintoresca avenida de París, y la torre de San Sinfiriano, parroquia y templo notable del arrabal; elevándose entre las viviendas como enseña del evangelio, nuncio de la ley de concordia entre los hombres.

—Hénos aquí al final de la jornada, dijo el esguízaro frotándose las manos con íntima satisfaccion.

—Un paso nos separa de la iglesia, repuso Cristina con tierna súplica; acabad vuestra obra generosa, amigo mio, y no os apartéis de mi lado hasta dejarme en el pórtico, porque ya veis el desórden de mi equipage: mi bata y mi cofia de casa han hecho volver el rostro á cuantas pasaban al lado nuestro en el campo y en la ciudad,

y recelo la indiscrecion de algun temerario. ¡Hay tantos imprudentes por donde quiera!

—Iré con vos, señorita, hasta el fin de la tierra, espuso Wandrillo con decision absoluta.

—¡Con qué puedo recompensar tantos favores! replicó la huérfana en viva esplosion de agradecimiento.

—Con rogar por mí alguna vez, respondió Góttling suavizando su natural fiereza. Yo creo que un bien rescata muchos males, como decia el viejo pastor de Uri. Soy católico, aunque indigno, y fio en la eficacia de las obras meritorias, y bueno es que en el libro de mi cuenta final haya una página blanca entre tantas negras.

—Salvador mio, dijo la interesante jóven uniendo las manos en ferviente intercesion, separaos de la mala senda y romped los lazos que os arrastran á una perdicion infalible. Vuestra madre lo implora de Dios, como yo lo pediré desde este dia á la madre del Redentor de los hombres.

—Basta, señorita, interrumpió aquel hombre rudo y brutal, sintiendo acudir á sus ojos las lágrimas del enternecimiento. Es preciso que nos separemos pronto ¡qué diantre! Sois capaz de convertirme en un mandria con esa cara de Madona y esa voz de querubin. Yo pensaré en mejorarme ¡voto al diablo! Al fin será necesario parar en hombre de bien; porque el delito pide juventud, y yo voy para abajo, y de corrido.

En esta original esplicacion el suizo echó á andar seguido de la fugitiva, y vino á detenerse junto al pórtico de San Sinfiriano, donde la huérfana le alargó la diestra con efusion bondadosa.

—Señorita, dijo el desertor atreviéndose apenas á tocarla, pienso enmendarme, os lo aseguro.

—Hacedlo y sed feliz, contestó Cristina, estrechando entre las suyas la callosa mano de Góttling, y penetrando en el santuario con paso presuroso.

El cómplice de Huguell la siguió hasta perderla de vista con una emocion sensible, y desconocida á su naturaleza salvaje, y endurecida en las privaciones, en la

severa milicia prusiana y en los azares de una vida criminal.

—¡Pardiez! dijo entre sí con melancolía, hé ahí una criatura capaz de trocar á un pecador en un santo. Yo no he conocido más que cantineras, bribones y demonios en zagalejo ¡qué me habia de suceder! Dime con quien andas....

El suizo se encogió de hombros, y prosiguió con volubilidad.

—Ruede la bola; y ahora que soy rico demos una vuelta al canton de Gard, y pasemos á Italia, donde abunda el buen vino, sobran Evas que buscan un Adan, y cria Dios tantos y tan sabrosos manjares. Adios, Francia! Adios, señor mayor prusiano! Vamos á vivir y venga lo que viniere.

Wandrillo se alejó tarareando un canto de su pais natal, y dirigiéndose hácia el seno de la ciudad convertida en corte de la régia estirpe de Borbon.

Cristina llegó á la nave principal de la basílica de Montreuil, arrodillándose con devota compostura, y exhalandose en una plegaria ardiente la inmensa gratitud de su alma por el inesperado patrocínio que le deparó la divina misericordia, valiéndose para mayor testimonio de su poder de tan extraño instrumento.

La oracion de la huérfana fué interrumpida por la madre Antonia, alquiladora de sillas en San Sinfiriano; vieja de una locuacidad infinita, pero servicial hasta lo sumo; entrometida sin especie alguna de reparo, mas humana y compasiva con toda clase de necesidades.

—Una silla, mi buena señorita, dijo la anciana presentando el mueble á la jóven; es mas cómodo para orar, y el precio es bien poca cosa.

—Muchas gracias, replicó la huérfana, cortada algun tanto.

—Aceptadla, aunque no traigais dinero. Otro dia será, mi bella señorita. La madre Antonia no consiente que una prenda como vos se lastime las rodillas por caer de cuatro sueldos.

El aire franco y cumplido de la vieja animó la timidez de Cristina, que incorporándose trabó conversacion con la madre Antonia.

—Decidme, ¿quién es el párroco de esta iglesia?

—Entendámonos, contestó la anciana dando rienda á su elocucion inagotable. El párroco, señor abate Verland d'Aiguillon, un santo hombre, hija mia, está enfermo de un ataque tremendo de.... de una cosa enorme que hace temblar y.... perlesía, esa es la palabra.

—¡Enfermo! repitió la huérfana, dolorosamente contrariada por aquella noticia.

—Y morirá, segun dice el fanfarron del señor Nesrode; el suizo gordo, que está allá junto á la pila del agua bendita, con su banda de terciopelo, y alabarda en mano. Yo no soy de su dictámen ciertamente, mi querida niña; porque el señor abate, á pesar de sus setenta años, es robusto de complexion, y hace extraordinaria falta á los pobres del arrabal, que son muchos por desgracia. Si le oyérais cuando predica contra esos hereges.... los jansenistas.... ¡vaya! es cosa de erizarse los cabellos, y además...

—Pero, señora, ¿quién sustituye al señor cura durante su enfermedad en el ministerio sagrado?

—Un hombre ilustre, hija mia, se apresuró á responder la madre Antonia con entusiasmo; todo un hombre grande, hermosa de mis ojos. Versailles ha producido ese timbre del estado eclesiástico en 1712. Figuraos, señorita preciosa, que es un señor de venerable aspecto, presencia digna, modales corteses, un corazon de apóstol, una inteligencia privilegiada, y luego una conversacion, una conversacion, mi jóven amiga, que roba las atenciones y....

—¿Cómo se llama ese buen abate, señora?

—¿No os lo he dicho? Bah! Soy una grulla. Es el padre de los desgraciados; el consuelo de los que sufren; la providencia de los desvalidos. Es preciso que conozcaís su nombre, porque es famoso en Europa y en otras partes. Los periódicos se ocupan dél como de los Reyes;

pero él es modesto y humilde, y ¡tan llano! ¡tan accesible á todo el mundo!....

—Pero en fin, ¿cómo se llama?

—Carlos Miguel de L'épée, el maestro de los sordomudos, dijo la alquiladora de sillas con énfasis dramático.

Cristina se estremeció de alborozo. El nombre de aquel egregio bienhechor de la humanidad era efectivamente conocido, y con harta justicia venerado en todos los pueblos del continente, llegando su reputación hasta los confines últimos de las razas civilizadas, y con ella una envidiable nombradía de sólida instrucción, edificante piedad y beneficencia insigne.

—El abate de L'épée, prosiguió la madre Antonia redoblando sus encarecimientos, no es un sacristan cualquiera, ni una rata de seminario, como tantos otros que... mas vale callar. Tiene estudios escelentes, y ha sido un abogado de la flor, nata y espuma de los hombres de toga: como que en su mano estuvo subir á ministro de los consejos; pero Monseñor el obispo de Troyes dió tanto en atraerlo á la Iglesia, y en escitar su vocación que hubo de aceptar un canonicato.

—¿Y dónde está el señor abate?

—¿Quereis verle? Lo mismo procuran todos los forasteros, y un millar de personas de viso, que no tienen la honra de haber nacido en Francia. Es mucho abate, señorita. Figuraos que enseña á los sordomudos á esplicarse por los dedos tan perfectamente como yo lo hago con mi espedita lengua, á Dios gracias. Y los pobrecitos escriben como un gefe de la Superintendencia, y aprenden el latin, y el griego, y el diapason, y las artes. Y con todo eso, niña encantadora, el gobierno rehusa proteger su instituto, montado de una manera tan prodigiosa por ese hombre incomparable, con ayuda del abate Sicard.

—¿Está en el templo el señor abate? preguntó Cristina con vivo interés.

—Vinó á descansar unos dias al lado del señor cura

Verland Aiguillon, su antiguo compañero en la Universidad de París; pero en esto acaeció el accidente perlático, y por amistad, por encargo del señor obispo, y á impulsos de su humana condicion, sirve el ministerio pastoral ¡con un celo! ¡con una perseverancia!...

—Señora, interrumpió la huérfana, no tengo tiempo que perder. Si el señor abate se halla en la iglesia tened la bondad de acercarme á él como persona que necesita con urgencia de sus auxilios.

—Hele allí que va á sentarse en el confesonario de la capilla de San Dionisio; allá enfrente, ¿no le veis?

—Gracias, buena madre, por vuestras solícitudes cariñosas, respondió la joven, saludando á la bachillera comadre, y dirigiéndose hácia el tribunal de la penitencia, donde recogido en religiosa meditacion estaba el abate de L'épée.

Cristina se arrodilló ante una de las rejillas laterales. El sustituto del abate Verland aplicó el oído.

—Señor, exclamó la huérfana con brioso esfuerzo, no busco al ministro que perdona los pecados en nombre de la piedad excelsa; busco al sacerdote que ampara á los que padecen una persecucion injusta; busco al hombre singular que defiende á los que condena un fallo inicuo; busco al discípulo de Jesus, que no abandona á los que no pueden valerse contra las mas arteras asechanzas. Soy Cristina Armand; la histórica y execrada huérfana de Bruselas....

—La acusada en el proceso *Fabricius*? añadió el abate con voz perfectamente tranquila.

—La misma, señor abate, continuó la joven prorumpiendo en llanto: objeto de generales odios; presentada como el horror y la ignominia de su sexo; condenada á reclusion perpétua, y maldecida por el público europeo al nivel de los monstruos de ingratitud y barbarie. Y sin embargo, señor, yo os juro por el cuerpo y la sangre del Dios hijo que soy tan inocente en la tragedia de *Chateaufleur* como lo era Jesucristo de las calumnias de sus denunciadores.

—¿Quién os ha traído á Francia? preguntó el abate de L'épée con bondadosa indagacion. 30

—Me robaron durante el embargo de mis sentidos los propios autores del asesinato y despojo de mi noble protector, y en una silla de posta, vigilada por uno dellos, amenazada de muerte, sin medios de defensa contra su audacia, me han tenido cautiva en una casa rústica, no lejana de Versailles, hasta hoy que he recobrado la libertad.

—¿Habeis burlado la custodia de vuestros enemigos? interrogó el abate.

—No señor, contestó la huérfana sollozando; un sirviente, mejor dicho, un cómplice de uno de los criminales, aspirando á vengar alevos lazos contra su vida, ha robado al ladron y abierto las puertas de mi cárcel; conduciéndome hasta aquí con muestras de profundo respeto. Dios ha tocado su corazon de roca.

—¿Y qué pensais hacer, pobre criatura? esclamó la providencia de los sordo-mudos con acento dulce.

—Tentar mi único camino de salvacion, señor abate, respondió Cristina entregándose á una consoladora esperanza, y en vos estriba hoy todo mi remedio; porque vuestro carácter augusto, vuestra índole noble, y vuestros antecedentes sin par en los fastos de las existencias empleadas en pró de la desgracia y los padecimientos mas crueles, me han hecho suponer en las puertas de vuestra morada la leyenda del evangelio que dice: «LLAMAD Á LA PUERTA Y SE OS ABRIRÁ.»

—¿Y no habeis temido que os creyese culpable como tantos otros?

—Confíaba en que las almas superiores están libres del yugo de la preocupacion comun; nada resuelven hasta poder juzgar con entero conocimiento de causa; tienen reservado un oido á la justificacion de quien acusa la opinion tantas veces estraviada, de la multitud, y distinguen al cabo de un maduro exámen la mentira artificiosa de la verdad sencilla y franca.

—Una palabra aun, Cristina, añadió el sacerdote con pausada intencion. ¿En qué forma, bajo cuales condiciones en fin, demandais mi ayuda? ¿Qué me es dado hacer en vuestro obsequio? ¿Qué exigis de mí?

—Señor, señor, dijo la huérfana en ademán suplicante y con abatimiento doloroso. ¿Dónde habeis visto que la sierva estipule, que la fugitiva ajuste su refugio, ni que la desamparada dicte condiciones? Van á perseguirme y carezco de asilo. Soy huérfana; á nadie conozco; mi nombre es el estigma de Cain. Rechazadme, y saldré del santuario como una víctima entregada al brazo de sus cruentos sacrificadores.

—Eso no, hija mia, replicó el abate de L'épée, levantándose magestuosamente, tomando la mano de la infortunada hermosura, y estendiendo la diestra sobre su cabeza, inclinada al peso de la desdicha. Creo que estais pura de la mancha que os suponen en la frente. Yo os acojo bajo mi amparo; yo os defenderé de vuestros enemigos, y al lado de mi hermana, ó en un refugio respetable, dareis testimonio de que nunca falta á quien de veras le implora el favor de Dios.

CAPITULO XXVIII.

EL FAVOR DEL DIABLO.

EXISTE, profunda, aislada, se distinguia una casa enorme al extremo norte de la calle de Saint-Cloud en la ciudad de París, inmediata al boulevard del Temple en la comparticion llamada del Marais. Los jardines sombríos de otro caseron destartelado y ruinoso la envolvian en cercas cuarteadas y negruzcas, y los cipreses, laureles y masas de enredaderas indias recortaban sus sombras, encubriendo su mole en muros y flancos deteriorados y de lúgubre aspecto. No era fácil registrar lo que pasaba en aquellas viviendas escepcionales, que parecia construidas espresamente para eludir la curiosidad de un vecindario incómodo, á cuyo efecto habíanse edificado en situacion paralela y dentro de un cuadrilátero de cantería, con una cancela de hierro, cuyo árgos servia para guardar una y otra. La una mas cercana al boulevard era objeto de conjeturas fantásticas y propósitos estraños de parte del vulgo; blanco de la atencion de la juventud galante, y un ara de Baal, donde los idólatras nobles y opulentos iban en peregrinaje recatado á inquirir lo futuro de la tenebrosa ciencia del Ganges y del Nilo. Allí al decir de la multitud existia un laboratorio misterioso donde el oro corria en hermética fusion, y el diamante rutilaba en cazoletas candentes.

Allí tenia su residencia un aventurero de ruidosa reputacion; el famoso conde de Cagliostro, intitulado otras

veces conde de Fénix; José Bálsamo de verdadero nombre.

En la otra casa no habia Lorenzas seductoras, ni se fabricaban el oro y diamante, ni el saber oculto de indios y egipcios se reflejaba en conjuros, adivinaciones y sortilegios; pero la espectacion del vecindario no era menor respecto á ella que relativamente á la del conde; y lo mismo en ambas se advertia el conato sospechoso de amparar existencias veladas por el arcano, y favorecer el sigilo de visitas encubiertas. Murmurábase entre los rebuscadores de noticias, en que hierven las capitales populosas, que el baron de Hudley, morador de aquel edificio, cedia sus salones á los héroes de la banca para medir sus fuerzas en el tapete; llegando el enardecimiento hasta jugar fortunas contra fortunas. No faltaba quien dijera que mas de un rico viagero, presentado en aquel antro terrible, perdió su último escudo en la fiebre intensa que producen las exaltadas emociones de un continuo azar; refiriendo á un crimen, sepulto en el interior de aquella guarida cavernosa, la desaparicion estraña de un coronel moscovita, á quien se vió entrar y no salir del garito, barnizado con efimero tinte aristocrata para disimular sus efectivas condiciones.

En este caseron, á las doce y media de una mañana fria y nebulosa, entró apresuradamente un caballero, embozado en una capa á la española y hasta los ojos, y venciendo las dobles y enfadasas contrariedades del portero de la reja y del conserge del hotel, consiguió subir al primer piso, invocando el nombre de Leotard, ayuda de cámara con honores de secretario del baron de Hudley.

Leotard yacia soñoliento en un sillón de la sala, contigua á la alcoba de su digno amo, y hubo de sentir infinitamente que le despertara un doméstico llegando á darle cuenta de la aparicion del recién venido; pero venciendo su disgusto se disponia á preguntar nombre y señas del caballero, cuando este apareció desdeñoso y arrogante, avanzando con lentitud hácia el ayuda de cámara, que á pesar de su descaró y libertades fundadas

en la confianza de su señor se puso de pié, inclinándose confuso bajo la obsesion de la mirada magnética del altivo personaje.

El caballero examinó á Leotard con exploracion dominante y despreciativa casi. Le volvió la espalda para desembarazarse pausadamente de su abrigo, innecesario en la tibia y perfumada atmósfera de un lujoso y comfortable gabinete, y ocupando el asiento, abandonado por el ayuda de cámara, le dirigió la palabra en tono cáustico y desapacible.

—Parece, le dijo, que siguiendo las tradiciones de Gil Blas los criados toman aires de señores todavía, y hacen guardar antesala á los propios íntimos de sus amos. Está bien, y bueno es que no se pierdan las loables prácticas.

—Señor, contestó Leotard amostazado, guardaba el sueño al señor baron y...

—Y yo vengo á despertarle, interrumpió el caballero con ironía; con permiso vuestro y sin él.

—El señor baron se acostó de madrugada, dejándome la orden de no incomodarlo por ningun título.

—Soy el señor Wálter Roche, de Bruselas.

—¡Cómo! exclamó el ayuda de cámara extraordinariamente lisonjero. ¡Qué torpe! Teneis razon sobrada. ¡El señor Wálter Roche! ¡El mejor amigo de mi amo!.. ¡Y he podido olvidar su tipo!

—¡Basta de encomios! cortó el despegado flamenco. Avisad á Hudley que necesito hablarle.

Leotard consultó el reló con cierta inquietud.

—Son las doce y media largas, dijo como quien gana el tiempo que le es posible. A la una y media, ó á las dos á lo mas tarde se levanta el señor baron. Si vueseñoría fuere servido...

—Yo me he venido sin almorzar, observó el abogado moviendo la cabeza en signo perplejo; y si mientras yo salgo viniere alguno, y entretuviera á Hudley, ó le obligara á salir....

—Almuerce en casa vueseñoría, y espere á mi señor agradablemente entretenido.

—Aprobado, respondió Wálter, levantándose y poniendo la mano á Leotard sobre el hombro con familiaridad brusca.

Concluía el desayuno de Roche cuando Leotard entró á advertirle que su amo le esperaba en el gabinete.

Wálter separó de sí el plato de fruta en almíbar que tenía delante; enjuagóse la boca apresuradamente, y abandonó el comedor para seguir al ayuda de cámara, encargado de conducirlo á la presencia del baron.

Hudley hubiera servido á un pintor de asuntos sagrados para modelo sin rival del apóstol Judas. Tenía los históricos cabellos de un rubio rojizo, ojos destellando fulgores siniestros y llenos de malévola intencion, y esa presencia repelente con que la naturaleza marca á los hombres de pasiones bajas y ruines.

—Héme aquí, dijo Roche duramente al baron, Fracasaron todos mis proyectos; y para colmo de las desventuras he salido de Bruselas huyendo de las resultas inmediatas á un desafío.

—¿A florete? preguntó el baron con sonrisa cruel y significativa de mútua confidencia.

—A pistola, repuso Wálter con eco sombrío, y con uno de los mejores tiradores de armas en Berlin: el conde de Heuffel.

—Hermano del capitan Wenceslao, añadió Hudley. Eran gemelos y debian morir de la misma suerte.

—¿Y Huguell? interrogó el asesino de Fabricius, fijando una mirada escrutadora en su interlocutor.

—Venía á verme tal cual dia de vuestra parte, y parecia desear que llegárais para entregaros la paloma.

—¡Dios la confunda! murmuró Roche con reconcentrada y sorda rabia.

—Vino últimamente en ocasion en que estaba armada la timba, agregó Hudley. Me pidió algun dinero, que le facilité al punto. La suerte le sonrió un poco, y al reintegrarme el préstamo me contó el robo de su doméstico ¡bribon de suizo! y la hazaña de llevarse además á la mozueta. Pero ¡qué diablo de chiquilla esa Armand que robais á sus parientes, la haceis guardar por

un mayor del ejército de Prusia, y toma vuelo con semejante gandull!

—Es una muger sin entrañas, esclámó Wálter que se propuso constantemente imbuir al baron en que la huérfana habia consentido en el rapto. ¡Oh! pero yo la encontraré, y pagará sus escetricidades á muy alto precio. Os lo juro.

—¿Cuál es vuestra posicion, mi querido Roche? preguntó Hudley disimulando su inquietud.

—Tengo realizados mis fondos, contestó el verdugo de Cristina tranquilamente, y aun debo recibir algunas sumas. Quizás interese cantidades en el comercio, algunas en rolinas acreditadas.... En fin, veremos.

—Sabeis que podeis contar conmigo y disponer de mi caja fraternalmente.

—Gracias, baron, respondió el siniestro personaje. Si alguna vez se os ocurre hacer el corso, y se nos pone en facha algun cándido de los que juegan por matar el tiempo, tomaré mi papel en la farsa, y nos repartiremos la presa como en mejores dias aconteció por allá abajo.... Algo me hizo perder la especialidad.

—Ahora cultivo poco ese ramo, replicó el indigno prócer. Me engolfo en jugadas mas espuestas.

—Estais en trabajos en París?

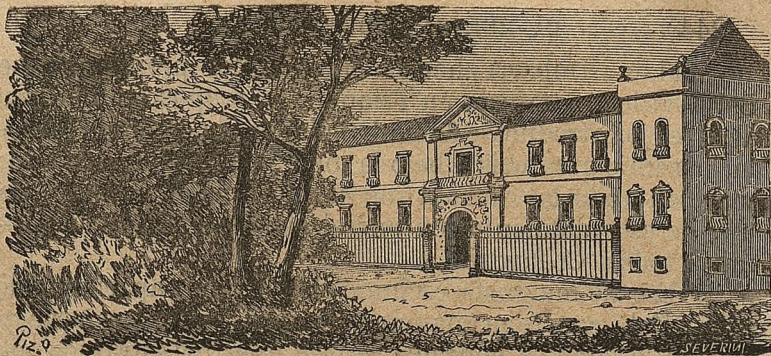
—Y activos é importantes, dijo Hudley con exaltada animacion. No se dan treguas nuestros adelantos y..

—Lo celebro en el alma, baron, interrumpió Roche con estraordinario y singular alborozo. Hé aquí uno mas.

—¡Cómo! (repuso el aristócrata, pasmado de la metamórfosis). ¡Sois vos, el Juvenal contra las sociedades secretas, el que habla de ese modo! ¡Vos, el acérrimo enemigo de los ILUMINADOS de Alemania! ¡Vos, el burador eterno de los clubs!

—Amigo, concluyó fria y categóricamente Wálter. He penetrado el móvil político de la francmasonería por un evento casual. Es una empresa merecedora del auxilio del infierno, y yo vengo decidido á buscar el favor del diablo.

LA HUÉRFANA
DE
BRUSELAS.



PARTE SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

BELLE-VILLE.



El marqués de Belle-ville habia sido un hombre escepcional en la corrompida corte de Luis XV. Digno, sin alardes severos, tolerante, sin concesiones á la degradacion de la aristocracia, y respetado á fuerza de mérito, lealtad y nobleza, logró en aquellos tiempos difíciles y fatales al porvenir de la monarquía, la sincera estimacion del Rey; la consideracion respetuosa de sus iguales en rango, y el aprecio de sus inferiores.

Una vez osó cierto abate, que parodiaba la causticidad venenosa de La Rochefoucauld, increpar de puritano al señor de Belle-ville en un epígrama latino; y en lugar de celebrarse el chiste, convinieron los palaciegos en que Boileau mismo no haria prosperar una sátira contra personaje de tan ilustres prendas.

Madama Dubarri, herida en su amor propio porque Belle-ville no parecia en Trianon; se propuso ridiculizar al egregio introductor de embajadores; haciéndole retratar por un caricaturista bajo la metamorfosis de pavo real; y presentando la vitela al sucesor de Luis el *Grande*, en uno de esos momentos en que el caballero FRANCIA permitia todo á la favorita.

—Eso no me gusta (esclamó el Soberano, apartando de sí la vitela con repugnancia). Seamos justos, señora; y ya que las gentes honradas sufren nuestros estravíos, no insultemos además su paciencia.

La Dubarri se guardó de reproducir el ataque.

El marqués, inaccesible á la lisonja, y estraño á la maledicencia, vivia en aquella corte como la salamandra en el fuego. Rico á la par que de escelsa alcurnia, era estraño á la ambicion de altivos Amanes, y harto elevado de espíritu para solicitar gracias y pensiones. Continuaba en el destino de su padre, porque lo creia conveniente al porvenir de su hijo único, el hermoso Cárlos; y además el cuidado de sus pingües intereses en Gascuña lo tenia fiado con razon al señor Enrique de Bayard, cumplido nieto del que llevaba por divisa «*sin miedo y sin reproche*,» y hermano de la marquesa, muger de temple superior, que parecia tradicional de tiempos heroicos.

Belle-ville pagó el comun tributo á la naturaleza en 1773, pocos meses antes de sucumbir el disipado monarca, á quien servia con tan acrisolada fidelidad y acatamiento de hidalgo súbdito.

El caballero Bayard habíale precedido en el término de su carrera, y su huérfana, la bella y pura Blanca, vino al lado de sus tios, como una prenda mas de cariño tierno y pródigo.

El marqués congregó en torno de su lecho de muerte á su esposa, hijo y sobrina; y encomendando á su consorte los altos deberes que por su falta debian gravitar sobre ella, legó su honra, el lustre de su nombre, y la defensa de sus fueros á Cárlos; prometiéndose de su prohi-

jada las virtudes que precian á la muger católica, y escitan el recuerdo de un origen preclaro y la série de acciones loables en una generacion privilegiada.

La marquesa, Juana Luisa Constanza de Bayard, educada en los estrictos principios de una moral rígida, avezada á llenar el hueco de sus obligaciones sin reparo ni escusa, y fuerte en la conciencia de sus actos, presididos siempre por el prurito de cumplir sus encargos con puntualidad, habia sido una hija incomparable; fué una esposa ejemplar, una madre tiernísima, y en el recogimiento de un dolor cristianamente contenido escuchó á su esposo como á un oráculo, y se propuso cumplir sus voluntades escrupulosamente.

Cárlos, naturaleza expansiva, trasunto de Armandó de Belle-ville, su abuelo, intitulado *Rolando* por el gran Condé y muerto en la célebre batalla de Almansa, peleando por Felipe V, no pudo reprimir los ímpetus de su aficcion al oír las amonestaciones de su padre moribundo, y hubo necesidad de sacarlo á viva fuerza de la alcoba del agonizante.

Blanca, deshecha en lágrimas, permaneció junto á su tio hasta cerrarle piadosamente los ojos.

La marquesa apoderó á un pariente suyo para la administracion de sus haciendas en Gascuña; instalándose en un hotel de Versailles, cedido por el embajador moscovita, en virtud de trueque con la casa de París que ocupaba la escelsa señora; pues el marqués, menospreciando una corte donde el escándalo tenia carta de naturaleza, y la corrupcion asentaba sus reales, resolvió alejar de tan funesto contagio á la madre de su hijo; dándose ella por recompensada de aquella privacion con los goces inefables de la maternidad, y la direccion cuidadosa de los sentimientos del interesante Cárlos. A la muerte de Belle-ville Juana Luisa Constanza de Bayard determinó establecerse en el real sitio para estar cerca del jóven marqués, guardia de corps, honrado por la estimacion soberana con el cordon del Espíritu-santo, y el rango de gentil-hombre de casa y boca de S. M. Cristianí-

sima. El mayordomo de la señora marquesa, Monsieur Janicot, charlatan sempiterno, decia á todo el mundo, encargando por supuesto la reserva mas absoluta, que su ama habia formado el proyecto de casar al bizarro guardia de corps con la bella y pura Blanca de Bayard, su prima; fiando á la estrecha y frecuente comunicacion de los jóvenes la realidad halagüeña de su cálculo. El tuno de Barthelemí, posadero de la IMPERIAL CORONA, y recientemente desposado con la encopetada Paulina, doncella y ahijada de la señora marquesa, era uno de esos palurdos sagaces y avisados que sienten crecer la yerba, segun la expresion significativa del vulgo. Este doctor en gramática parda daba cuenta á los criados de Belleville de que la señorita Blanca no era dueña de contener su cariño hácia el nuevo y apuesto marqués, su primohermano, al par que el descendiente del héroe de Almansa no sentia respecto á la nieta de los Bayards otro género de inclinacion que el afecto reposado y dulce de pariente. La servidumbre deploraba esta contrariedad; porque Blanca era digna de una pasion rendida; tanto por la hermosura casta y severa de la Vesta romana que la distinguia, cuanto por las virtudes de su alma, y sus propensiones á la rectitud mas indeclinable. Carlos, en efecto, pasaba por delante de tan raro tesoro sin ocurrirsele la idea de su posesion.

El embajador ruso al permutar vivienda con la marquesa viuda creyó hacer un buen negocio; pero el hotel que le cedió en Paris la familia de Belle-ville, si bien era de ostentosa apariencia y extraordinaria capacidad, estaba sito en la demarcacion mas triste de la CITÉ, y ahogado bajo la sombra imponente de NOTRE-DAME.

Por el contrario la morada de Versailles, construida á tiro de arcabuz del arrabal intitulado el pequeño MONTREUIL, participaba de las condiciones de palacio campestre, y de las ventajas de habitacion pintoresca en poblado, además del repartimiento hábil de sus piezas, y el aspecto encantador de su fachada. BELLE-VILLE á muy poca costa quedó hecho una residencia inmejorable, y

ningun visitador de la corte pasó por delante de aquella casa de mármol sin detenerse complacido, y preguntar curioso qué género de moradores encerraba aquel oasis delicioso.

Las acacias se estendian en un semi-círculo ante el frontis de BELLE-VILLE, formando una esplanada, con tres calles de menudo césped, cuidadosamente sembrado, y dirigido en regular ensanche hasta el edificio, como los enlosados de la gran plaza de San Pedro en Roma. En medio de la esplanada habia un pilon circular con un salto de agua cristalina y copiosa; y bullian los peces de colores entre los continuos anillos que desarrollaba en las ondas de la fuente la caída del surtidor. Una escalinata de mármol conducia por dos ramales al primer cuerpo del hotel, que constaba al exterior de una puerta entre seis ventanas con celosias verdes, otras dos á cada costado del edificio, y una apariencia igual por el reverso que por la faz anterior. El segundo cuerpo no tenia mas diferencia que un balcon boleado, y encima dél el escudo de la estirpe generosa de los nobles gascones, cuyo apellido servia de nominacion á tan lindo hogar. Un jardin precioso, y cultivado esmeradamente, encuadraba con los muros á espaldas del frontis de BELLE-VILLE, y el terrado que daba remate á la construccion permitia descubrir los alrededores amenos de Versailles.

Entretenidos en animada conversacion al pié de la escalinata se descubren á los mencionados Monsieur Janicot, mayordomo de la señora marquesa, y Barthelémí, posadero de la *Imperial Corona*, y esposo de Paulina, ex-camarera de la ilustre dama.

El mayordomo es una especie de tonel con piernas: cara mofletuda y ojos pequeños y vivaces. Viste de negro con una pulcritud no exenta de pretensiones, y luce sortija de camafeo romano; cadena ancha con sellos de oro de exagerado volumen, y botones de pechera de amatistas, circuidos de rubíes y esmeraldas alternadas.

El posadero es un moceton rubio, de fisonomía pica-

resca: trage campesino, si bien flamante y airoso, y todas las trazas de un hombre de chispa y listo para hacer su negocio cumplidamente.

—Quedamos pues en que volveis mañana, mi buen amigo, dijole el camarada Janicot con halago zalamero.

—No, repuso Barthelemí. Quedamos en que estareis aquí cuando yo vuelva.

—¡Podeis dudarlo! exclamó el mayordomo.

—Lo dificulto al menos, contestó el marido de Paulina; porque sois avaro, señor Janicot....

—¡Es posible!

—Es cierto, reiteró el posadero de la IMPERIAL CORONA. Sois avaro, y se os figura que con retener un día mas las doscientas libras que regala á mi muger la señora marquesa van á parir en la caja. Yo os conozco bien.

—Decididamente os declarais mi enemigo.

—No tal, replicó Barthelemí. Soy demasiado generoso, y sé respetar al vencido despues de la victoria.

—¡Fátuo! dijo Janicot disimulando mal su despecho con una sonrisa que no pasó de mohín. Yo no os presenté la batalla: que si tal hubiese acontecido no sé por quién hubiera quedado el campo.

—¡El campo! repitió el jóven. Sin duda por vos; pero el campo para huir tras de la derrota mas completa; porque Paulina no es gran partidaria de las antigüedades.

—¡Ay Barthelemí! respondió el mayordomo dándola de escéptico, el oro todo lo puede, y yo tengo una fortuna capaz de tentar á mas de una hija de Eva.

—Pero no pasará de la tentación, que todavía no es el pecado, concluyó el ladino posadero.

—Ahora se presenta proporcion de nuevo compromiso, añadió el mayordomo con enfática gravedad; y no siempre está el diablo detrás de la puerta, amigo Barthelemí.

—Pero ¿insistís en contraer nuevas nupcias? interrogó el posadero. ¿Qué mal espíritu os ha cogido? ¿Qué pecado gordo teneis que espiar, señor Janicot?

—Necesito vivir en familia, espuso el viejo con aire confidencial; porque así, viudo, y con mi temperamento, y sin hijos.... ya veis, estoy abocado á un lance amoroso que produzca algun escándalo, y la señora es inexorable en estos puntos.

—Y lo será mucho mas con vos, porque supone con fundamento la falta de las faltas.

—Hablad con formalidad, si podeis, replicó amostazado Janicot.

—Haré lo posible. Continudad, camarada.

—Os confesaré que tengo envidia de los goces paternales, dijo el mayordomo suspirando. Es necesario que me rodee el cariño de una esposa modesta y amable, y que el departamento contiguo al jardín, donde me aloja la consideracion benévola de la señora marquesa, sirva de nido á un par de chiquitines bulliciosos y traviosos que me trastornen los muebles, y me hagan bailarles el trompo ó vestirles la muñequita.

—Estareis delicioso en esa posición; pero vamos por puntos. ¿Creeis que la señora apruebe esa especie de suicidio que teneis en proyecto?

—La señora me servirá de madrina como á vos, y con la ventaja de no perder con mi boda los servicios de una doncella, como la señorita Paulina, vuestra mujer.

—¿Quién es la interesada?

—Una jóven seductora, Barthelemi; un prodigio. Una parienta del digno abate de L'épée, recomendada por este respetable anciano á la señora marquesa, y que viene á sustituir á Paulina. Ayer fui á casa del ilustre sacerdote para anunciarle que estaba recibida en el cargo vacante su prohijada, y tuve ocasion de examinarla detenidamente. ¡Qué criatura, amigo mio!

—Pronto os las prometeis felices, señor Janicot.

—Cuento para ello con mi posición en la casa, y con un patrimonio saneado, apoyó presuntuosamente el mayordomo; y sobre todo, con el desamparo de esa hermosa huérfana, que no cuenta mas apoyo en el mundo

que la tutela caritativa del venerable eclesiástico, deudo muy lejano, segun tengo entendido.

—¿Y decís que la chica es prenda de rey?

—Es una maravilla, exclamó Janicot con entusiasmo. Una de esas mugeres que harian santo á Lucifer si el ángel rebelde participase de la carne de Adan. Figuraos, querido Barthelemí, que vale mas que la señorita Blanca cien veces.... no; mil veces mas. Vuestra Paulina es un tipo de gracia insinuante, de seductor gracejo, de....

—¡Basta, amigo, la conozco íntimamente. ¡Adelante!

—La señorita Blanca parece una de esas bellísimas estátuas de alabastro, copiadas de la mitología griega...

—Es una perla ¡pardiez! convino el posadero enérgicamente.

—Pues la parienta del señor abate escede á las sobre-dichas como el lucero á las demás estrellas. No se la puede mirar sin que el corazon se conmueva y se declare en favor suyo. Mientras mas se la observe mas impresion causa, y mas encantos se descubren; y si os interesa por la armonía de sus facciones, os cautiva por la dulzura de su voz; y luego os prenda con la melancolía de sus ojos del azul del cielo; y despues os domina con la nobleza de sus modales.

—Y ¿cómo se llama esa joya del sexo perturbador?

—Enriqueta Hárrison, inglesa de origen á juzgar por el apellido; pero educada en Francia, y jóven de una virtud angelical. Los informes del insigne abate de L'épée han sido brillantes; y ya sabeis que este varon evangélico es incapaz de un propósito que en lo mas mínimo falte á....

—No tiene duda, interrumpió Barthelemí con muestras de profundo asentimiento al justo elogio de la veracidad severa del escelente ministro.

—La camarera de la señorita Blanca, agregó Janicot con maligno júbilo, está furiosa con los encarecimientos que he prodigado á la sucesora de vuestra Pau-

lina. Ya teneis noticias de los celos rabiosos que tenia della, y de los enredos y tramoyas que fraguaba para que descompadrasen todos los individuos de la servidumbre con vuestra muger.

—La Ruperta es un diablo con faldas, amplió el posadero, y no le arriendo las ganancias á la parienta del abate de L'épée como se haya propuesto esa furia aburrirla y hacerla huir de BELLE-VILLE.

—Es una hipócrita miserable, dijo exaltado el mayordomo; y en cuanto reproduzca sus ataques envidiosos, yo revelaré á la señora marquesa y á la señorita Blanca las arterias de esa muger infernal, que con su aire de *agnus-dei*, y sus inocentadas de novicia boba, arma cada zafarrancho que arde como Troya esta casa, otras veces tan pacífica y apacible.

—Hubiérais hecho muy bien, amigo, en ahorrar desazones á Paulina, siguiendo antes esa línea de conducta.

—Camarada Barthelemí, respondió el señor Janicot aprovechando su coyuntura; decidida por vos la graciosa camarera de la señora, y debiendo salir del servicio para establecerse en la *Imperial Corona* en vuestra amable compañía, ni yo me creí autorizado á emplear mi influjo, ni me pareció prudente aventurar por tan corto plazo un paso tan decisivo.

—Sois digno de tener vuestra edad, terminó el posadero con sorna.

—Advirtiéndome, continuó el mayordomo, que vos disteis lugar á mucha parte de aquellos rencores. No os encojais de hombros, y confesadlo ingenuamente. Cortejábais á todas las mozas de seis leguas en contorno, y la presumida de la Ruperta llegó á creer que no os parecia saco de paja. Pero, ¡silencio! hagámonos á un lado. Ahí vienen el señor abate y su recomendada. Examinad á esa muger. ¡Cuerpo de tal! Es un querubin.

El abate de L'épée se adelantaba hácia *Belle-ville*, llevando á su izquierda á Cristina. El sacerdote apoyábase en un largo baston, y su figura noble y respetuosa

traducía á la vez la energía sublime del espíritu y la postracion de los años, con sus constantes fatigas en favor de la humanidad. La huérfana podia servir de tipo á la resignacion mas conmovedora. Janicot y Barthelémí se descubrieron, dejando paso al sacerdote y á su protegida.

—Buenos dias, amigos, dijo el ejemplar eclesiástico al pasar por delante de los interlocutores.

—Muy buenos, señor abate, contestó el mayordomo con veneracion profunda.

—¿Cómo va de salud, Barthelémí? preguntó el maestro de los sordo-mudos al posadero de la *Imperial Corona*.

—Grandemente, padre mio.

—¿Y Paulina?

—Paulina.... hecha un brazo de mar, señor abate.

—Lo celebro, concluyó el ilustre L'épée. Adios, hijos míos, y el señor os bendiga y os libre de todo mal.

—Amen, respondieron Janicot y Barthelémí, inclinándose ante el ministro del culto católico que conducía á su refugio á la oveja, perseguida por el lobo carnicero.



V. Urrabieta dib: y lit:º

Lit. de S. Gonzalez. 3. Clara 8 Madrid.

EL ABATE L'EPÉE.
Biblioteca de la Universidad de Extremadura

CAPÍTULO II.

LA MARQUESA DE BELLE-VILLE.



A marquesa era una muger en el otoño de la vida. La sangre de los patricios se denunciaba en su belleza deslumbradora y rebosando magestad. La educacion religiosa y grave, recibida entre los muros del castillo feudal de Gascuña, habia impreso en aquella faz de Cornelia la calma imperturbable de una matrona lacedemonia; sierva del deber hasta decir á sus hijos: «*con el escudo ó sobre el escudo.*» Capaz de todas las pasiones elevadas y de todos los sentimientos exaltados, la viuda de Belleville sabia ocultar sus emociones bajo el púdico velo de una dignidad tranquila; y solo cuando era preciso afrontar obstáculos para seguir la linea inflexible de un deber imperioso, Juana Luisa Constanza de Bayard soltaba riendas á una voluntad, tanto mas incontrastable en circunstancias estremas, quanto mas contenida de ordinario. La nieta del caballero «*SIN MIEDO Y SIN REPROCHE*» estaba exenta

de ese vanidoso desplante, de ese tono duro, de ese menosprecio á las clases inferiores que afectan los ricos improvisados y algunos aristócratas de nuevo cuño; porque en sus principios religiosos la soberbia era la historia de Lucifer, y en sus creencias sociales el secreto de la grandeza consistia en justificarla, dando un uso hidalgo á sus medios, y difundiendo beneficios que hicieran gratas las categorías, disimulando un desnivel humillante para la numerosa condicion comun.

La marquesa vestia de negro desde la muerte de su marido, y el luto contribuia no poco á dar un aire solemne á la figura elegante de la dama. Sentada en una poltrona, y ante una mesilla circular de fabricacion chinesca, la ilustre viuda del introductor de embajadores ocupábase en el gabinete inmediato á la sala de recepcion en leer las cartas y cuentas de administradores y arrendatarios en su provincia.

Un golpe en la mampara de cristales turbó á la marquesa en su atenta lectura.

—Loado sea Dios, pronunció una voz harto conocida á Juana Luisa de Bayard... ¿Se puede pasar adelante?

—Entrad, padre mio, respondió la marquesa, levantándose para salir al encuentro del sacerdote.

El abate L'épée penetró en la estancia con aquella atencion cariñosa que le era peculiar, y le hacia tan acatado en los altos círculos como en las humildes cabañas.

Cristina, equipada con el traje modesto de las jóvenes plebeyas, y trémula de emocion, seguia al maestro de los sordo-mudos, y permaneció junto á la mampara en tanto que el abate, instado por la viuda de Belleville, tomaba asiento en el camapé al testero de la pieza.

—Bien venido siempre, señor. Dadme á besar vuestra mano.

—Señora, (repuso el ministro católico con dulzura inefable, y levantando al cielo una mirada de reverente súplica) sea la bendicion de Dios en esta casa, la paz de los justos en vuestro espíritu, y la ventura en vuestra familia.

—¿Es aquella jóven vuestra recomendada?

—La misma. Acercaos, Enriqueta: mas aun, hija mia. La señora marquesa os recibe, y su amparo vale mas que el débil apoyo de un hombre de mi edad y de mis circunstancias. Estoy seguro de que sabreis corresponder á mis informes y á la esquisita bondad de tan excelente valedora. Lo estoy asimismo de que vuestras cualidades y proceder os han de atraer una proteccion eficaz de parte de tan caritativa y generosa dama. Yo me doy la enhorabuena de haber buscado tan noble asilo á la orfandad de una doncella virtuosa, y de proporcionar á la mejor de las amas de elevada gerarquía una servidora útil, instruida é intachable.

La marquesa examinó prolijamente á su doncella futura, y una simpatía mezclada de compasion la hizo sonreir afectuosa para alentar la timidez de la jóven. Por mas que Cristina apareciera á sus ojos una muchacha del pueblo, cortada y confusa en su presencia, baja la vista, y teñidas las mejillas con el carmin del rubor, un no sé qué de distinguido y de elevado echábase de ver en su persona, que sin despertar sospechas respecto á su efectiva condicion, inspiraba lástima de considerarla sometida á la servidumbre.

—Esta niña (dijo con tono amable Juana Luisa Constanza) encontrará en BELLE-VILLE todo el agasajo que merece una parienta del abate L'Epée. Con poco que sus esfuerzos cumplan lo que su aspecto promete, me daré por satisfecha del regalo que se digna hacerme el buen padre de los menesterosos.

—Enriqueta, exclamó el abate con inflexion paternal, dad las gracias debidas á tamaños favores.

—Señora, osó decir la huérfana luchando con su profunda conmocion, las obras acreditarán mi agradecimiento mejor que mis palabras. Oh! no sabeis, señora... no podeis saber cuanto...

El llanto cortó el hilo de tan sentidas como dolorosas frases.

—Enriqueta es muy desgraciada, continuó afectado

el abate; y la recomiendo con este sagrado título á vuestra consideracion benigna, señora marquesa. Ha perdido á sus padres en el albor de su existencia azarosa. Su padrino ha tenido un fin trágico; dejándola sin apoyo y espuesta á las asechanzas de seres, á quienes perdone Dios sus maldades y su endurecimiento. Las persecuciones mas indignas se han organizado contra su persona y para manchar su reputacion; y cuando yo, pobre, agobiado por la edad, y abatido por el desden que repulsa el fruto de mis improbas tareas, he brindado mis escasos auxilios á esta víctima de la perversidad, contaba con almas de vuestra especie, señora, para confirmar muchas fées vacilantes con el evidente testimonio de que si Dios permite el mal es para dar ocasiones al bien en este valle de lágrimas.

—Habeis hecho justicia fiando en mis sentimientos, señor abate, replicó la marquesa, tendiendo su mano en signo de inteligencia cordial al sacerdote, que la estrechó suavemente entre las suyas.

—Por otra parte (continuó el anciano ministro), Enriqueta es acreedora á nuestra proteccion; porque puede aun desafiar á la calumnia en el fondo de su alma lacerada, pero inocente. Levanta la cabeza, hija mia; (añadió el señor L'Epée dirigiéndose á Cristina con ternura) aparta las manos de tu rostro; mira en torno de tí sin terror. Estás al abrigo de tus verdugos.

—Vuestra desgracia aumenta mi interés hácia vos; (espresó la marquesa) y libre de curiosidades importunas, sabré respetar vuestros secretos, si los teneis; procurando endulzar vuestros sinsabores con esos discretos alivios que no irritan una herida á pretexto de aplicarle el bálsamo que la debe curar.

—Señora marquesa, (contestó Cristina, apareciendo revestida de enérgica resolucion) mis secretos nada contienen que me haga estimarme indigna de vuestras bondades, y mis penas no me impedirán consagrarme con todas las fuerzas del alma y del cuerpo á reconocer una deuda sagrada de gratitud.

—Basta, hija mia! (interrumpió el abate). Toca á la señora trazaros vuestros deberes.

—Enriqueta, (manifestó la esclarecida viuda con una espontaneidad terminante) el cargo que vais á ocupar en BELLE-VILLE no es el que deja vacante Paulina Dezjarten por su matrimonio con el posadero de la *Imperial Corona*; porque harto se echa de ver en vuestras palabras y continente que habreis presidido al arreglo de una casa; pero sin la obligacion que impone el salario, y sin la práctica de las faenas manuales.

—Señora, (respondió la huérfana sonriendo tristemente), aunque haya disfrutado algunos años del bienestar nunca entendí condicion lo que era un favorecimiento; y en el dia doy gracias infinitas á Dios y á vuestro corazón magnánimo de una colocacion ventajosa, superior á mis esperanzas, y mucho mayor que mis méritos.

—El papel de una doncella no es difícil (siguió la egregia señora); y tanto menos lo será cuanto yo os considere, no como una persona adscripta á mi servicio, sino en clase de una patrocinada, con ámplio derecho á la indulgencia, y títulos á la confianza que no puede recibir sin abusar la familia doméstica generalmente.

—Señora marquesa, (repuso Cristina agobiada por tanta distincion amable), el porvenir os revelará que no habeis colmado de favores á una ingrata.

—Así lo espero, Enriqueta, (concluyó Juana Luisa). Despedíos del señor abate, y esperadme en mis habitaciones, que cualquiera os indicará. Necesito ocupar un momento al señor L'Epée, y soy con vos dentro de algunos instantes, hija mia.

La huérfana besó la mano del eclesiástico, esforzándose en comprimir las muestras de su enternecimiento.

—La señora marquesa, (dijo el abate), no estrañará que frecuente algo mas que hasta aquí una mansion que sirve de albergue á mi protegida; y aprovechando su condescendencia, hija mia, ireis los dias festivos por la tarde al presbiterio á pasar algunas horas en mi compañía, á cuyo efecto enviaré á buscaros á Javier, mi buen ahijado y discípulo.

—En hora buena, otorgó la viuda de Belle-ville.

—Adios, Enriqueta; (terminó el ministro de la ley de gracia dando su bendicion á la affigida jóven) dejad correr el tiempo con cristiana resignacion, y esperad el porvenir con el ánimo preparado á la conformidad absoluta con los decretos de la omnipotencia. Aquí os guarda una egida poderosa de amaños y enconos que tras de acibarar vuestra juventud, se proponen arrastraros sin misericordia á la ruina y á la muerte. Yo velaré por vos con el celo de un ministerio sagrado y tutelar, y mientras dure mi vida, sean cuales fueren los sucesos que agiten la vuestra, me tendreis á vuestro lado y frente á los enemigos que han jurado perderos.

—Ah señor! balbuceó Cristina llorosa y juntando las manos en sublime ademan de reconocimiento.

—Valor, hija mia! (replicó el bienhechor de los desamparados, irguiéndose con la fuerza de las almas superiores). El triunfo de los malos es efimero, y la inocencia tiene por espacio el tiempo y por horizonte la eternidad. Bendecid la mano que os humilla, aguardando el punto en que os exalte; y laboriosa y modesta en la situacion á que os reducen, estad dispuesta para recobrar un dia los fueros que os tienen usurpados, sin odio á los mismos causantes de vuestra desgracia. Marchad, pues, y que el Señor confirme mis votos por vuestra felicidad, mi querida Enriqueta.

La huérfana despues de una profunda inclinacion reverente salió de la estancia, seguida con mirada cariñosa por el abate de L'Epée.

—Estoy contenta de la adquisicion que me habeis proporcionado, dijo Juana Luisa Constanza de Bayard; y hasta la especie de misterio que rodea el infortunio de esa jóven acrece la estimacion que me inspira su persona.

—Marquesa, respondió el abate con intencionada lentitud; comprendereis que no soy árbitro de revelaros el género de persecucion que sufre mi recomendada.

—Os aseguro, señor, repuso la viuda, que no intento penetrar ese arcano.

—No obstante, prosiguió el señor L'Epée con formal insistencia, teneis derecho á una seguridad que disipe algun tanto la alarma que producen los antecedentes equívocos, y las sombras que incitan sospechas involuntarias. Enriqueta Hárrison no es lo que parece; pero en la historia de sus desventuras no hay una página que esplique sus padecimientos por una imprudencia ni una culpa de su parte.

—Suponia todo eso en el hecho solo de presentarla en BELLE-VILLE.

—No me basta creerlo, señora, agregó el anciano sacerdote vivamente. Os lo juro por cuanto hay sagrado para mí en el cielo y en la tierra. Y ocasion es oportuna de ponerlos en guardia contra cualquier eventualidad concerniente á esa doncella desvalida, que viniese de improviso á complicar su destino, renovando sus pesares. Conoceis el mundo lo suficiente para concebir que un amor impuro ó monstruoso, que un reprobado interés, ó ya un móvil criminal sugieran planes fabulosamente inicuos para abatir al que condenan estas pasiones infaustas. No juzgo inmediato el asedio de los perseguidores de Enriqueta; mas si logran descubrir su paradero, y se atreven á reproducir sus pérfidas maquinaciones, acordaos, señora, de que yo fio la conducta de esa muger; suspended vuestro juicio ante las acusaciones que se le dirijan, y dejadme entonces el cometido penoso de afrontar la falsa imputacion y confundir la impostura.

—Así lo haré si el caso llega á presentarse, contestó Juana Luisa.

—Es cuanto puedo aclarar el asunto, añadió el abate, y hasta que no sobrevenga un inesperado accidente respetemos el misterio de una vida angustiosa, aunque libre de mancha. Teniais, habeis dicho, algo que comunicarme en reserva. Estoy á vuestras órdenes, señora.

CAPÍTULO III.

BLANCA DE BAYARD.



EMOS dicho que la situacion de BELLEVILLE es encantadora; y nos cumple añadir que el costado del edificio que ocupa Blanca de Bayard, y donde tiene alcoba, gabinete de tocador y sala de recibimiento en confianza, reúne las ventajas de participar de una ventana en el frontis, de dos en el flanco derecho que permiten registrar el barrio de Montreuil, y de otra que da al jardín deleitoso de la linda morada. En esta última aparece la sobrina de Juana Luisa Constanza, absorta en esa especie de vaga meditacion, que se puede llamar la somnolencia del espíritu. Su diestra abarca un cortinaje de muselina que templá el efecto de la luz en el gabinete, y se sujeta en gracioso pabellon junto al marco de la ventana. Su mano izquierda pequeña, suave, y de afilados dedos posa en el marco inferior, sirviendo de apoyo á su seno en la postura mas negligente y lánguida que los autores de idilios han dado nunca á sus amantes pastoras. Blanca

de Bayard recuerda involuntariamente á quien la mira aquellas damas de la edad media, dignas hijas del exaltado amor y de la fuerza briosa; bellas como una inspiracion celestial; púdicas hasta la timidez infantil; pasando una vida monótona y resignada entre los muros de inexpugnable fortaleza, y dominando con el fervor religioso, la dignidad de estirpe, y la modesta educacion, la ternura de sus sentimientos y la intensidad de su amante fé. Hay nombres que son la sátira de quien los lleva; y nada mas burlesco que llamarse Hércules un ente desmedrado, ni mas triste que apellidarse Platon quien carece de comun sentido. En cambio suele haber conveniencias admirables entre nombres y personas; y Blanca en este punto podia servir de elocuente testimonio. Su madre tenia estremada predileccion por una imágen de Blanca de Castilla, madre de San Luis, que adornaba su gabinete; y fuera uno de tantos maravillosos efectos de la imaginacion, ó bien pura casualidad, es lo cierto que la jóven reprodujo el tipo noble y grave de aquella escelsa castellana; prez de su patria; esmalte de las lises; madre de un rey santo, y tía de nuestro santo rey Fernando III.

Blanca tenia pertinazmente fijos sus negros y rasgados ojos, circuidos de sedosas y rizas pestañas, en un pilar de cantería, labrado en medio del jardin, ante la puerta de un templete al gusto chinesco, donde asentaba un jarron de porcelana de Sevres, obra maestra en solidez y gusto fantástico; sirviendo de maceton á un tierno naranjillo de Grecia, pigmeo de su privilegiada especie. Aquel arbolito y la pieza de porcelana que le contenia fueron regalo de María Antonieta al bizarro Carlos de Belle-ville, y delicado premio de su intrepidez en una circunstancia notable. La arrogante austriaca era apasionada ardiente de los ejercicios violentos, cuya emocion aumentaba la idea del peligro, y si la diversidad de caractéres constituye un elemento de felicidad en el matrimonio, Luis XVI con sus inclinaciones apacibles y su prudencia cuidadosa formaba el contraste

de mejor augurio con la naturaleza exuberante y arrebatada de la hija de María Teresa; por otra parte generosa y digna hasta merecer la adhesión mas justa y entusiasta de cuantos leían en el fondo de aquel corazón magnánimo. La reina, educada por sistema lejos de la corte, y retraída con sus hermanas en SCHÖENBRUNN, compartía sus horas entre serios estudios, las labores propias de su sexo, y la gimnasia salutífera de la carrera, la equitación y las fatigas del cuerpo, que contribuyen á la robustez, y desarrollan poderosamente las facultades del espíritu. Sucedió que un día se propuso tomar parte en la diversion de patinar en el estanque de los suizos, y su trineo, leve y agudo como una flecha india, recibió el impulso de dos guardias atléticos, orgullosos de deslizar sobre la nevada superficie á la princesa mas seductora del continente europeo. Tanto los patinadores, como los que empujaban trineos de elevadas señoras, dejaron el centro del estanque en línea recta espedito á la escursión real; pero el caballero de San Jorge, presumido mulato, hábil en todo género de faenas que requerian agilidad y vigor, creyó de buen gusto emprender una lucha con los guardias que conducian el régio vehículo, y trazó magistrales vueltas en torno del trineo, viniendo siempre á cruzar delante dél, saludando con libertad estraña. María Antonieta frunció las cejas y encogió el labio cesáreo en signo de contrariedad. Entonces Carlos de Belle-ville, que se habia retirado como tantos otros en muestra de respeto á la soberana, se precipitó hácia el trineo real, y cuando San Jorge se disponía á cruzar ante él comunicó un empuje tan desesperado al de sus colegas que el vehículo tomó la delantera, sin que el célebre americano pudiese producir un alarde de destreza, tan inoportuno como censurado por los espectadores; internándose confuso en las filas de los retraídos en homenaje deferente hácia los costados del estanque de la guardia helvética. Su Magestad dió las gracias á Belle-ville con una de esas miradas magnéticas que hacen estremecer; y al llegar

al término de la línea con una velocidad febril, el gentil-hombre reemplazó por acuerdo de la reina al caballero Saint-Medard, teniendo la honra de impeler el trineo en union del apuesto cuanto desgraciado Felipe de Taverney. Dos criados del intendente de los jardines de Versailles condujeron á *Belle-ville* en la tarde de aquel día el jarron de porcelana, entre cuyas labores resaltaba en relieve dorado la corona de Francia, y donde aparecía el naranjo, traído entre diferentes plantones de su diminutiva familia de las encantadas riberas del pais heleno. La marquesa viuda hizo construir la columna estriada que servia de pedestal sencillo á tan rico producto de la fábrica de Sevres; y aquel monumento recordaba á su cariño de madre el caballeresco rasgo de su hijo, y la estimacion que mereciera á la esposa de Luis XVI. Blanca pensaba en Cárlos, mientras su vista no podia separarse del agasajo real. Blanca sabia que su tío estaba decidido á unirla en matrimonio con su heredero, porque este plan del marqués constaba en correspondencia con su padre, que ella habia recogido y guardaba como reliquia preciosa del autor de su sér. La jóven conoció á su primo, y la impresion de su presencia y el atractivo de su trato, y el conocimiento de sus excelentes cualidades, la hicieron desear la realizacion de un proyecto, que si entraba en los propósitos de dos nobles familias, consagraba á la vez la pasion mas férvida y pura que cupo jamás en alma de vírgen ruborosa. Blanca no tenia recelos de ver frustrada su esperanza secreta y querida por accidente alguno. Es verdad que *Belle-ville* no pasaba con ella los límites de un cariño de hermano; pero ella esplicaba aquel afecto galante y contenido por la seguridad de un amor que cumplia los designios paternos, y armonizaba las voluntades de los prometidos esposos con la sencillez ingénua de unas relaciones sin obstáculo, y confiadas en su legítimo desenlace. Además la señora de *Belle-ville*, creyéndola ignorante del compromiso contraído entre las dos alcurnias, habia explorado cautamente las disposiciones de su

sobrino acerca del consorcio; interrogándola sobre la opinión que le merecian las condiciones y circunstancias de Carlos con el marcado interés de una exploracion de suma trascendencia. Blanca dejó entrever á la ilustre viuda cuanto basta á revelar una inclinacion afectuosa; guardándose de hacerla confidente de un amor, que absorbía toda su existencia en un solo afán, en un voto único, en una aspiracion esclusiva.

El jóven marqués de Belle-ville habia impetrado y obtenido licencia de S. M. para visitar sus dominios señoriales en Gascuña, porque en aquella raza de caballeros sin degeneracion el fuero feudal era el origen de una série de deberes sagrados, y los vasallos de su territorio tenían indisputable derecho á conocer á sus señores, á esponerles sus quejas, á pedirles justicia, á proponerles mejoras de su condicion, y á contar con su patrocinio y amparo en todos los trances de la varia fortuna. Desde Felipe el *Hermoso*, que otorgara á Gaston de Belle-ville una parte de las pertenencias de la orden del Temple en Gascuña, ningun marqués habia dejado de presentarse entre sus súbditos, y establecer con ellos el pacto de alianza que los convertia en partícipes de sus destinos futuros. Oliveros de Belle-ville, uno de los militares mas esclarecidos de Enrique II, fundó pingüe mayorazgo, adjunto al primer feudo de sus ascendientes; y en el acta de fundacion constaba el capítulo que sigue: «*Item: »mando que ningun nacido en línea derecha, y por juro »de varonia en nuestra casa, reciba pecho, ni cobre derecho, ni pida moneda, pontazgo ú tributo de los que »procedan de este patrimonio, mientras por sí y de presente no fuere venido á catar sus vasallos, y á que ellos »le conozcan, para que el gobernar y conocer se funde y »asiente en comun, y cual atañe á ley divina y á la pró de cada cual dellos.*»—Carlos en acatamiento debido á esta insigne tradicion de sus mayores marchó á Gascuña, gustoso de obedecer á una voluntad, conforme enteramente con sus sentimientos hidalgos. Cerca de dos meses duraba su ausencia, y Blanca de Bayard hacia

inútiles esfuerzos por reprimir su inquietud y disimular la preocupacion melancólica que se iba apoderando de su alma y denunciándose en su semblante marchito.

Desde su ventana distinguia la doncella una parte de las travesias de Montreuil; y al girar la vista distraidamente en direccion de aquel barrio divisó un guardia de la real persona, caballero en un ruano fogoso, y estremadamente parecido al objeto del misterioso culto de su corazon. Blanca experimentó una especie de sacudimiento nervioso, y sus ojos radiaron en súbita expresion de alegría; pero el guardia, que se habia inclinado hacia el cuello de su cabalgadura para deshacer un entorpecimiento en la libre accion de la rienda, tornó á enderezarse en la silla, y la semejanza resultó ilusoria. La nieta del caballero Bayard exhaló un suspiro de triste desaliento; soltó la cortina que su diestra mantenía plegada, y refugiándose en el fondo del gabinete, dejóse caer en un amplio sillón, de hechura análoga á las poltronas modernas. Sola por venturoso azar, avergonzada de sí misma, desahogó en llanto copioso las angustias de su enamorado pecho, y la fatiga de ocultarlas como un crimen á la vista de todos, sin escepcion alguna.

Blanca logró dominarse, porque en aquella criatura, educada sin la solícita providencia maternal, y bajo la direccion de un padre austero y reservado, la expansion no era una costumbre, sino mas bien una debilidad, que vencía pronto el hábito de mostrarse impasible ante la mirada escrutadora de un recto juez. Apenas la jóven habíase repuesto de su emocion dolorosa, y procuraba restablecer las apariencias tranquilas, sonaron pisadas en la inmediacion de su retiro, y abriéndose la puerta dió paso á una muger en el término de la juventud, pero afectando la gracia insinuante de las adolescentes; de una verba halagadora, mas preñada de acerba intencion; alegre y franca al parecer, aunque en realidad envidiosa y maligna. Tal era Ruperta David, doncella de Blanca, y verdadero Lucifer de *Belle-ville*, segun las esplicaciones del mayordomo Janicot con el posadero de la *Imperial Corona*.

—¡Válgame Dios, señorita! exclamó haciendo recargados signos de admiración. ¡Qué habreis dicho de mí! ¡La una de la tarde, y sin venir á mudaros el vestido! ¡Y todavía en negligé! Soy una impertinente sin disculpa, y merezco que me lo digais sin rebozo.

—Nada os digo, contestó Blanca indiferente.

—En honor de la verdad (repuso la locuaz camarera) no era cosa de perder el espectáculo.

—¿De qué espectáculo hablais? preguntó la sobrina de la señora marquesa viuda.

—¡Vaya! tenemos una alhaja en BELLE-VILLE, señorita: una doncella incomparable en reemplazo de la pizpireta Paulina.... ¡Oh! pero una damisela de alto bordo; llorando como una Magdalena penitente, despues que logra una colocacion que ya desearan mas de cuatro, y de las mas encopetadas. ¡La parienta del señor abate L'épée! Aunque no supiera abrochar un corchete.

—La recomendacion del señor abate es un título de confianza, dijo gravemente la nieta de Bayardo.

—Enhorabuena, replicó la malévola sirvienta redoblando sus ataques; pero se me figura que ha de durar poco en la casa.

—¿Y por qué?

—Porque tiene dos defectos garrafales.

—Pronto los descubristeis.

—El uno orgullosa. Entró en el cuarto de la señora marquesa, guiada por Lafleur con todas las atenciones de ese lacayo-adónis, y ni se cuidó de darle gracias por el servicio. Yo hacia la entretenida para examinarla mas á mi sabor, arreglando los diges de porcelana y cristal que hay sobre la cómoda, y mi Artemisa, despues de una mirada indiferente... casi insultante... ni inclinó la cabeza, y se puso á mirar de hito en hito el retrato del señor marqués, como si fuera á reproducirle. ¡Ah! Y es curiosa si las hay; y este es el segundo de los defectos indicados. ¡Si viérais cuántas preguntas me hizo! ¡con qué ansia me importunaba! ¡qué furor por enterarse de lo perteneciente al señorito Cárlos!

Blanca palideció, y pudo contener una pregunta afanosa que iba á brotar de su labio trémulo.

—Vestidme; dijo con resolucion, y dejaos de bachellerías.

—Allá voy, señorita, allá voy, repuso la inagotable David; pero permitidme una pregunta.

—Veamos, replicó la hija de los Bayards.

—¿Creeis en los zahoríes, señorita?

Blanca se encogió de hombros con desden.

—Mi padre lo era, añadió la sirvienta con misterio.

—¡Y produce el oficio? interrogó la sobrina de Juana Luisa Constanza en tono chancero.

—No os burleis, señorita, agregó con aire de importancia la supersticiosa Ruperta. Mi madre decia que me sintió llorar en su vientre.

—¿Y á qué vienen esos propósitos?

—Señorita, tengo corazonadas que me hacen estremecer, y os aseguro que la camarera de vuestra señoría os ha de traer algun grave mal andando el tiempo.

Blanca se dirigió á su alcoba para ocultar la emocion involuntaria de terror de su impresionable espíritu.

CAPÍTULO IV.

JAVIER.



Un portero es el estorbo que coloca ante su puerta el morador, y el obstáculo que tiene que vencer el que viene de fuera. Se puede llamar el alma de una puerta. La inteligencia que hace girar los goznes. La voluntad que afirma el pestillo.

Lo mas cómico de la posición estriba en su entonación dramática.

El portero es una antítesis de sí mismo por lo común.

Su derecho consiste en preguntar al que entra quién es, qué busca, ó qué trae.

Su deber se reduce á replicar á quien contesta á sus preguntas.

Se irrita contra el temerario que se introduce sin detenerse ante su aduana, porque lastima su derecho.

Se incomoda con el que utiliza sus informes, porque le exige el cumplimiento de su deber.

Le exalta que no reconozcan su encargo, y le contraría que pongan en ejercicio su empleo.

El portero de BELLE-VILLE tenia un derecho incuestionable á semejante estravagancia en su doble calidad de hombre y de portero, y aun en cualquiera de las dos.

Desde su ventana en el frontis del edificio vió acercarse á un jóven de regular estatura, en traje humilde, con aire preocupado, y llevando un bulto de forma particular bajo el brazo izquierdo.

—¿Quién será este quidam? murmuró con foseo ademán, previendo una série de preguntas y respuestas.

El individuo pisó el zaguán de la noble morada.

El conserge apareció al ventanillo de su intervencion; pero el jóven continuó su marcha como si acabara de llegar con el capitan Cook de Otaiti; isla salvaje donde sabian vivir sin porteros á la llegada del ilustre explorador.

—¡Es mucha desvergüenza! exclamó el Argos de *Belle-ville*, herido en su dignidad de Cancerberero por aquel Orfeo sin lira, y sin pretensiones de adormir su vigilancia.

El desconocido pasó el corredor, entró en el patio, y se dirigia en línea recta á la escalera.

Esto era mas de lo que podia permitir un portero irritado.

El de *Belle-ville* abandonó su puesto de confianza por detener al intruso en su carrera audaz; y asiéndole del brazo con la magestad de un Júpiter olímpico le dijo secamente—«¿á dónde vais?»

El detenido clavó en su aprehensor unos ojos que hacian veces de lengua, y elocuente.

El portero no hablaba aquel idioma, pero lo entendia segun es de suponer cuando dejó en libertad al cautivo, haciéndole una seña amable, que contenia el permiso de proseguir su incursion.

El jóven respondió á este signo con una sonrisa que reprobaba al portero su torpeza, á la vez que la disculpaba.

El conserje hizo un gesto de conformidad pesarosa con la calificación envuelta en la sonrisa, y cuando el jóven continuó su camino volvió á su departamento como el guerrero que vá á esconder en su tienda el despecho de una derrota.

Aquel diálogo sin palabras habia tenido un testigo impaciente: la esposa del portero de *Belle-ville* que se creía autorizada á la curiosidad en su período álgido por el doble carácter de muger y mitad de un portero.

No pudo esperar á que su marido entrase en la portería, ni á que llegara cerca della.

—¿Quién es el mocito? le gritó alargando el cuello.

El Abraham de aquella Sara era un veterano del matrimonio: sabia ensordecer á las impertinencias de su costilla. Paso á paso regresó á sus dominios, y fué á ocupar su asiento en la ventana del frontis.

La hija de Eva repitió ávidamente su pregunta.

—Muger, dijo el conserje encogiéndose de hombros, voy perdiendo la memoria de una manera triste. Ya no me acordaba de ese diablo de sordo-mudo que sirve al señor abate de L'épée, y está encargado de acompañar á la doncella de madama á casa de su pariente y de traerla razones de su parte. Y su filiacion no es dudosa: basta con la pizarrita que lleva siempre bajo del brazo, y donde escribe con la presteza mas singular.

—¿Cómo se llama ese pobre chico?

—El señor abate me lo dijo al dármele á conocer. Hace tres dias que pasó, y ya no me acuerdo. Espera, ¡Esta memoria! ¡ah! sí; Javier. No hay duda. Javier es su nombre; ¡y si lo vieras hablar por los dedos!

—¡Por los dedos! ¿Tiene en los dedos la voz?

—Muger! exclamó el conserje, atónito ante aquella enormidad. Hace letras con varias contorsiones de la mano, y el que sabe el busilis va leyendo en lo que hace lo que dice.

—Cosas del diablo, concluyó la portera escandalizada.

—¿Cómo el diablo! ¿Crees tú que tenga pacto el se-

ñor abate de L'épée?

—Lo tendrá su criado, tonto.

—¡Imposible! El señor abate ha inventado la maravilla de entenderse con esos pobres que ni oyen ni hablan y yo sé que en París tiene montada una fábrica de instruir sordo-mudos, sin necesidad maldita de que el diablo le ayude.

Javier encontró en el piso alto al mayordomo, que salió á su encuentro con petulante parsimonia.

El sordo-mudo, apelando á su pizarra, escribió el nombre de *Enriqueta Harrison*, y presentó la pregunta al mayordomo, que examinó al jóven con atencion rece-losa y acerba.

El amigo Janicot se permitia la impertinencia de los celos tras de la audacia de aspirar á la mano de Cristina *in pectore*. De buen grado hubiera impedido la entrevista de la doncella con el adolescente. El protegido del señor abate de L'épée era una pobre criatura, recogida en el colegio del respetable eclesiástico por recomendacion del cura de Santa Genoveva, condolido de su infortunio y desamparo; pero en sus ojos garzos chispeaba el fuego de la inspiracion; su boca, del corte mas correcto, sonreia espresivamente, y la juventud como un esplendente rayo de sol vivificaba aquella naturaleza, realizando sus efectivas dotes, acrecidas en interés por la consideracion de su desgracia.

El señor Janicot, viejo y enamorado, tenia la sordida envidia de la edad y la ridiculez.

El mayordomo, hombre material, lo temia todo de la carne, porque no conocia la accion del espiritu.

Pasó Lafleur, el lacayo mas ceremonioso que su generacion pudo producir, y Janicot le dió el encargo de guiar al sordo-mudo hasta las habitaciones de la marquesa viuda.

Lafleur oyó la consigna con la formalidad de un cen-

tinela. Saludó al mayordomo que le había tornado las espaldas al concluir la orden; volvióse afable hácia Javier; inclinó la cabeza sonriendo, y haciéndole seña de seguirle, echó á andar delante del adolescente con paso medurado hácia el departamento de la señora de Belleville.

Juana Luisa Constanza habia salido en carruaje, acompañada por su sobrina, y con ánimo de hacer algunas compras en los almacenes de sedería y telas de oro, sitios en las calles céntricas de Versailles.

Cristina arreglaba con minucioso cuidado el ropero de la marquesa, cuando oyó dos golpecitos discretos en la puerta de cristales de la sala de recibo.

—¿Quién es? interrogó la camarera suspendiendo su trabajo.

—Lafleur, señorita Enriqueta, dijo el lacayo con tono melífluo. Tengo la honra de advertiros que os buscan.

La huérfana se apresuró á pasar á la pieza inmediata, y franqueó la puerta, descubriendo á Javier, encarnado como una guinda, detrás de su conductor, y arrepentido de su empeño en ver á la bella protegida de su patrón y maestro.

—Buenos dias ante todo, repuso Lafleur con su empalagosa amabilidad. Este caballero pretende...

—Sí, le interrumpió Cristina. Me traerá algun recado del señor abate de L'épée...

—Entiendo. ¿Teneis alguna comision en que emplear mis buenos oficios, señorita?

—Ninguna: gracias, contestó gravemente Enriqueta.

El lacayo hizo una reverencia profunda y dejó libre el campo á las esplicaciones de aquellos seres, confiados por la providencia divina al amparo de un mismo bienhechor.

Javier, saliendo de su embarazo penoso mientras Lafleur perifraseaba remilgadamente, habia escrito en su pizarra una oracion lacónica, que presentó á Cristina apenas quedaron solos.

«Perdonad mi imprudencia: hace tres días que no os veo, y no puedo vivir así.»

La huérfana se enterneció al leer aquella espontaneidad dolorida; comprendiendo que el sordo-mudo la amaba, sin darse cuenta de su pasión, ni de las causas que la produjeron.

Figuraos que en el presbiterio, ocupado por el abate y una vieja sirvienta, vió Javier entrar á Cristina como una aparición angélica, llevada de la mano por el sacerdote, y tratada con una dulzura paternal. La joven estimuló al patrocinado del escelente ministro á que explicara sus sentimientos por medio de la escritura; dignándose responder á sus manifestaciones por el mismo conducto que las recibía. Algunas noches la huérfana, dirigida por el sordo-mudo, ensayaba el alfabeto manual, empleado por L'épée, y traducía los signos del pobre muchacho, esforzándose en valerse dellos con decisión y soltura bajo su inspección cuidadosa. Javier tenía rudimentos de dibujo, y con el secreto móvil de contemplarla á su sabor empezó ocupándose de su retrato, borrado mil veces á cada progreso del lápiz, no tanto por el reconocimiento de su inesperienza, cuanto por dilatar ocupación tan deleitosa. De esta suerte las veladas, antes tan aburridas, se hicieron plácidas y llenas de encanto; y Cristina llegó á ser para aquella criatura sensible, exaltada y á quien la educación reveló contra el mutismo y la sordera con los recursos de una regeneración bendita, uno de esos atractivos de la existencia, de cuyo precio dá razón el horrible vacío que se siente cuando el infortunio lo roba desapiadado.

Enriqueta Hárrison no pertenecía á ese género de mugeres que se solazan en escitar la propensión amante de los corazones incautos y sencillos, valiéndose de coquetterías y estudiadas confidencias para despertar sensaciones que lisonjeen su amor propio como triunfos de la belleza y de la astucia, Javier, criatura incompleta, y restituida al trato por la pródiga especialidad de L'épée, fué para Cristina un tipo acreedor al estudio, á quien hu-

bo de alentar con benevolencia fraterna para que aceptara sus agasajos, y diese la clave del arte portentoso, á cuyo favor se vencian obstáculos de la naturaleza, hasta entonces reconocidos por insuperables.

Llegó el momento de la separacion. Cristina dejó el presbiterio con pena, pero Javier regresó á él para encontrarle lóbrego, sombrío, sin luz y sin ambiente. El sordo-mudo procuró á toda costa recobrar la calma, conciliar el sueño, entrar en su pasado sistema. ¡Inútil afán!

Javier iba y venia dentro de una casa que parecía un sepulcro, porque allí faltaba la vida á su sér aniquilado. La felicidad, pasando como una ráfaga por aquella mansion, la dejaba mas tétrica que antes parecia al protegido del buen abate L'épée; y cuando resolvió visitar á Cristina en BELLE-VILLE no reflexionó que se esponia á incurrir en su desagrado, ni cuán fácil era que apareciese importuna su presencia en aquella hora. El sordo-mudo cedió á un afán irresistible, parecido á la sed del hidrópico: obedeció á una ley de su temperamento, como obedece á la ley de la atraccion la aguja imantada.

La huérfana tomó la pizarra de Javier, pidiéndole el lápiz que el jóven le alargó con mano trémula, y borrando con lentitud las palabras escritas por el apasionado adolescente, le dirigió esta pregunta:

—«*¿Me traes razon del señor abate, nuestro favorecedor generoso?*»

Javier palideció, y recuperando la pizarra, sustituyó á la pregunta una franca respuesta:

—«*No sabe que he venido á Belle-ville.*»

Cristina repitió la descrita faena, devolviendo la pizarra con esta exclamacion:

—«*¡Cómo así!*»

El sordo-mudo sin vacilar escribió la réplica.

—«*Me han enviado á Montreuil á dar un socorro á cierto enfermo: ya sabreis: Legrand el tegedor...*»

Enriqueta leyó dando muestra de enterada en el asunto, y empujando la pizarra como una órden de pro-

seguir el relato. Javier humedeció en saliva su diestra, y aminorando la dimension de los caracteres continuó así:

—«*Cumplí la comision en breve. Miré á esta casa: pensé en que estabais á cien pasos de mí; en que hace tres mortales dias que no os veo, y.... ¡Dios mio! ¿Me perdonareis esta...?*»

La camarera de Juana Luisa limpió con su pañuelo el escrito, y apoderándose de la pizarra y del lápiz, estampó esta interrogacion atrevida:

—«*¿Me amas, Javier?*»

El sordo-mudo no trató de recobrar la pizarra y el lápiz para esplicarse.

Devoró con vista ansiosa la pregunta: miró á la huérfana con adoracion entusiasta: llevó ámbas manos á su noble corazon, y elevó sus ojos al cielo en un transporte de inmensa y desconocida felicidad.

—«*Yó tambien te amo como á un hermano, Javier, (escribió pausadamente Cristina); porque eres desgraciado como yo; porque nos ampara una proteccion misma, y porque conozco tus raras cualidades.*»

Javier se apresuró á pedir la pizarra, y volviéndola del reverso para no borrar aquella esplicacion afectuosa, correspondió con estas sentidas oraciones:

—«*No he conocido padres, hermanos ni mas pariente que un anciano tio, sacristan de Santa Genoveva en París.*»

Hizo desaparecer la cláusula y prosiguió escribiendo:

—«*Vagué hasta los doce años, perseguido por los crueles pilluelos de la capital, y sin conciencia de mí propio.*»

La frase borrada con premura convulsiva dejó su lugar á la siguiente:

—«*Me condujeron á la escuela del señor abate de L'epée, donde entré con el corazon oprimido y arrasados los ojos en lágrimas de amargura. Mi libertad era bien triste, y yo sentia perderla sin embargo.*»

El sordo-mudo reiteró su faena, continuando de esta suerte.

—«Allí me devolvieron el carácter de sér pensador, y la inteligencia desarrolló sus goces y sus martirios en el desierto de mi alma. Fui un moribundo que volvieron á la vida. No: fui el caos convertido en luz.»

Enriqueta impulsó la pizarra como un aviso de celebridad á Javier, engreido en aquella manifestacion de su historia.

El sordo-mudo escribió con una presteza extraordinaria:

—«Despues de Dios no reconozco mas objetos de mi culto en la tierra que el señor abate y vos. Uno me ha enseñado á pensar y otro á sentir.»

Enriqueta borró las líneas y tiró suavemente de la pizarra; pero Javier no habia terminado su pensamiento y le completó con tanta rapidez como energía.

—«Seros útil con mi vida es difícil é inseguro, y deseara que mi muerte os pudiera acarrear la dicha; porque así os dejaría un recuerdo de mi cariño, y un testimonio de mi fé y mi lealtad.»

Cristina respondió con este período terminante:

—«El que ama, Javier, obedece. Exijo que no vuelvas aquí sin orden del señor abate. Tú faltas á la obediencia en venir, y á la verdad en la disculpa si notan la dilacion, y te piden cuenta della.»

—Teneis razon, dijo el sordo-mudo con su espresivo melancólico gesto.

—«Mi posicion en esta casa es la dependencia, Javier, (añadió la huérfana escribiendo, seguida por esa mirada fosforescente de los sordo-mudos educados al atender al curso de un diálogo manual ó en caracteres comunes) y no quiero esponerme á murmuraciones y maliciosos cálculos.»

Javier protestó con ademan elocuente su entera sumision á la voluntad de Cristina, y ésta, conmovida por el profundo respeto que traducia en las acciones del jóven quiso despedirle con alguna muestra bondadosa, escribiendo al efecto en la pizarra:—«Adios, hermano mio: no me olvidaré de tí.»

Ruperta, la maligna doncella de Blanca de Bayard, habia visto desde un ángulo del corredor aquella correspondencia estraña, y acercándose al paso leve y rastro del zorro que avanza hácia su presa, emprendió una resuelta marcha, cuando Cristina devolvía la pizarra á Javier; enterándose de la última frase, que ni la huérfana cuidó de borrar, ni el sordo-mudo ocultó á su mirada indagadora.

Javier saludó á Enriqueta y se alejó suspirando. La doncella notó la irónica sonrisa de la camarera de Blanca.

—Es muy guapo vuestro hermano, ó lo que fuere, dijo Ruperta á Cristina.

—Sí, contestó la interpelada con ingenua espresion. Es un pobre sordo-mudo, discípulo y criado del señor abate de L'épée, que no se puede tratar sin tenerle tanta lástima como cariño.

—Hará un amante muy discreto, repuso cáusticamente Ruperta.

—Eso no me incumbe averiguarlo, replicó la huérfana, internándose en el aposento próximo.

—¡Fátua! murmuró la envidiosa David, mirándola alejarse con aire amenazador. Yo no podia vivir en paz con Paulina; pero á esta la aborrezco de muerte y algun dia.... Ya le llegará su hora.

CAPÍTULO V.

CARLOS DE BELLE-VILLE.



RENAS el sol ha hundido su postrero y tibio rayo en la masa de cenicientas nubes, que anuncian una fría noche y un día crudo y rigoroso del mes de Enero de 1781, penetra en la esplanada que se estiende entre frondosos árboles y en figura de semicírculo ante *Belle-ville*, un joven viajero, embozado en una ancha capa militar, con cuello de grana y dos galones de oro, inclinado el tricornio hácia la oreja derecha, y conteniendo el trote de un corpulento y robusto frison.

Detrás, y á poca distancia, parece un palafrenero con la librea blanca y azul de los Belle-villes, espoleando á su caballo para adelantarse y tener el estribo á su apuesto señor; pero el marqués antes que Bautista detuviera á su cabalgadura desmontó con la precision y desembarazo de un consumado ginete, y alargó las riendas al servidor que se acercaba confuso.

—Un buen pienso al bravo Humbell (dijo Carlos á su escudero) que bien lo merece. Que descanse mañana, y pasado lo restituyes á las cuadras del cuartel donde se aloja el regimiento Imperial.

El bizarro marqués acarició con algunas palmadas las ancas sudosas del animal fatigado.

—¡Pobre Humbell! murmuró cariñosamente. Sin la antipatía que me inspira tu casta, me has servido tan bien esta ocasión que.... Pero mas vale que continúes al servicio del mayor Dantniew, que es tu paralelo en el tipo humano.

Bautista, llevando del diestro al frison y á su castaño, encaminóse á las cuadras, sitas en el lado izquierdo del hotel.

Cárlos entró apresuradamente en *Belle-ville*, donde nadie le aguardaba; pues su carta última se reducía al anuncio de próximo regreso, y segun los cálculos de la marquesa viuda y de la impaciente Blanca debía tardar aun dos dias, contando con otro de detencion en París para arreglar cierto asunto con un opulento rentista. Pero el mancebo ganó un dia tomando una silla de posta que tornaba de vacío á la capital que baña el Sena, y no encontrándose en la ciudad al señor Beaulieu, apoderado del baron de Cavannes, y persona con quien debía transigir un pleito, resolvió partir inmediatamente, restituyéndose al amante seno de su familia. Bautista esperaba al ilustre viagero en París y en el cuartel del regimiento Imperial; pero de los dos caballos que habia traído, el destinado á Cárlos cayó enfermo de suma gravedad de un aire, y el jóven guardia de corps hubo de aceptar el préstamo de Humbell, animal de fatiga del mayor Dantniew, y tan alcídeo y flemático como su ginete.

El frison experimentó á la vez todo el interés de los contrastes; y nunca índole mas reposada é igual cediera con mayor cordura á los vivaces ímpetus de otra naturaleza ardiente y dominadora. Cuatro ó cinco espolazos vigorosos y dos ó tres halagos en el cuello al entrar en los aires de trote y galope bastaron á convencer á Hum-

bell de lo que se le exigia, y cumplió cual si tratara de secundar la galante ofrenda del mayor Dantniew, que le habia colocado en tan grave compromiso. Hasta la posada de la *Imperial Corona* el noble animal no tuvo el mas mínimo conato de rebeldía, y parecia resignado al difícil papel de caballo árabe. Carlos se detuvo á saludar á los posaderos, ahijados de boda de Juana Luisa Constanza; aceptó una copa de Burdeos del tonel de reserva; esperó que Bautista, digno borgoñon, trabara conocimiento con un vaso del néctar de su pais, y despues de recibir y devolver una cáfila de cumplimientos y civildades, arrancó volviendo á exigir el trote largo al obediente Humbell, que con resolucion desesperada y el peor aire del mundo continuó la parodia del caballo de sangre hasta BELLE-VILLE.

Mientras toda la servidumbre se pone en movimiento al apercibirse de la vuelta del señor marqués, y Janicot corre á noticiarla á su señora, sentada á la chimeña despues de la comida en el salon principal, y Rupertu vuela á participarla á Blanca, ardiendo en el deseo de espiar sus primeras emociones, ocupémonos en dar una rápida pero distinta idea de la figura y porte de Cárlos de Belle-ville.

El nieto de los Belle-viles y los Bayards es de mediana estatura, y su cuerpo reúne la suave piel y redondez mórbida de las mugeres á la arrogancia y muscular desarrollo de los hombres fuertes. Sus ojos garzos, comunmente dulces y adormidos, se iluminan al encenderse en aquel pecho la llama del entusiasmo, y flamean como dos relámpagos que se cruzan en los raptos de imperio, ó ante la inminencia del peligro. La nariz acusa la noble raza circasiana, primera de las que dividen las especies en la humana familia. La boca no oculta su regularidad á la sombra del bigote, porque los guardias de corps de Luis XVI, imitando al monarca, no recibian como signo marcial aquel adorno del semblante, hoy tan vulgarizado. No se podia escusar el complacido exámen de aquella cabeza, erguida sin soberbio énfasis, y ador-

nada con todos los testimonios de distincion que entre apiñadas filas de innúmera multitud nos fija en una que sobresale por su tipo escepcional. El cabello recogido en coleta y en bolsa colgando á la espalda, y ligeramente empolvado, hace resaltar el sonroseo de un cútis que habria envidiado el famoso Lauzun; y la casaca militar dibuja los anchos hombros, el redondo pecho, la delgada cintura y aun la cadera del elegante guardia. Los modales del caballero corresponden á su gerarquía; su voz es de timbre claro y sonoro, y en su amena conversacion alternan la franca alegría del carácter francés, y la gravedad de los ánimos hidalgos cuando llega el turno á su enérgica manifestacion. Terminémos el retrato físico-moral de nuestro héroe, advirtiéndole que en su alma recta y en su continente brioso reflejaba como la luz en limpio espejo el restaurador influjo en las costumbres cortesanas del rey mas bueno y desgraciado de la Francia, y de la princesa seductora y generosa que compartia su tálamo y su trono, y habia de sufrir luego sus persecuciones y su muerte en el cadalso.

Luis XVI al ascender al trono de su abuelo, dirigiendo una mirada llena de terror al pasado y á lo futuro, exclamó con honda pena:—«¡Dios mio! qué desventura para mí!»—Rodeóse desde luego de hombres de saber y probidad, y así encargó á Sartines la marina, los negocios estrangeros al conde de Vergennes, los sellos á Mallesherbes, y la presidencia á Maurepas. Renunció espontáneamente á su advenimiento al poder el derecho de *joyeux evenement* (acontecimiento fausto), contribucion onerosa que no quiso acibararse el júbilo de su pueblo. Los parlamentos, abolidos por la tiranía caprichosa de Luis XV, fueron convocados para ilustrar el curso de los particulares del régimen político. Aquel soberano, padre efectivo de sus súbditos, instituyó el monte de piedad, ampliando la dotacion de los hospitales: suprimió la infinidad de pensiones abusivas que gravaban el erario, mientras aseguraba á los acreedores del Estado el cobro de sus rentas, y abolia los graves impuestos titulados

CORVÉES, haciendo llegar el consuelo de una administracion templada hasta los albergues de la pobreza. Aurora de la igualdad ante la ley, entre las modificaciones del procedimiento criminal figuró proscrita la tortura, y destruyó esenciones y fueros que detenian la espada de la ley sobre cabezas culpables, pero elevadas. Las costumbres de la casa real eran metódicas y puras, y las gentes desacreditadas abandonaron poco á poco una corte, donde el vicio no proporcionaba medro, y la degradacion no tenia disculpa ni paliativos. Palacio habia sufrido un cercenamiento considerable en sus gastos y pompas. La beneficencia recibia una parte de los fondos que otras veces alimentaron superfluidades vanidosas, ó fiestas fecundas en riesgos para la moral. Hasta la ampulosa-etiqueta de Luis XIV hubo de ceder á los gustos patriarcales de su nieto y á la ingénuu libertad de la deslumbradora austriaca. La corte, ajustándose al ejemplo de la régia familia, cesó de dar pábulo á la licencia; y en vez del cinismo del regente y de la depravacion de Luis XV, cuando las virtudes no eran espontáneas se pagaba ese tributo externo al bien parecer, que hace preferible la hipocresía al torpe alarde de inmoralidad.

París que habia remedado constantemente á Versailles, y seguido el curso libertino de sus hábitos, repugló imitar las reformas, los sacrificios de la vanidad, y la restauracion de los principios religiosos y morales. Admiraba y reconocia la bondad del rey, como la gentileza de su consorte, la dulzura de madama Isabel, y la educacion de los príncipes infantiles; pero sin poder resistir al espíritu frondista contra la autoridad, y contaminado por el escepticismo volteriano.

La clase media, hombres de negocios, abogados, nobleza de la toga, especuladores díscolos, y la masa heterogénea que podemos llamar poblacion flotante y descontentadiza, se habia infatuado con una libertad que servia de miserable pretesto á sus instintos ambiciosos y á sus miras interesadas. Los enciclopedistas habian naturalizado el prurito de la irreligiosidad, y la desobe-

diencia burlona tomó incremento, merced al genio fatal de Beaumarchais.

Volvamos al jóven y distinguido marqués de Belleville, sentado frente á la chimenea, teniendo á su derecha á Juana Luisa, y á su izquierda, conmovida y palpitante, á Blanca de Bayard.

—Hijo mio, decia la marquesa, contemplando al mancebo con radiante júbilo, y acariciando su mano apoyada en el brazo de la poltrona. Supongo que tus vasallos han quedado contentos de tí.

—¿Podeis dudarlo, tia? replicó la señorita de Bayard, sin poder reprimir el alborozo que inundaba su alma.

—Tal lo he procurado al menos, respondió modestamente Carlos; y creo haber conseguido bastante á fuerza de buena voluntad. El año pasado, madre mia, fué la cosecha escasa, y algunos labradores en nuestros dominios no cogieron lo que habian sembrado, hallándose en descubierto diezmos y rentas. Apenas llegué al castillo vinieron á representarme la ruina que les amenazaba si no se les concedia espera; permitiéndoles satisfacer el canon en frutos del año próximo. Yo les respondí que eso mismo estaba en las tradiciones de nuestra familia, y que á falta de ocasion para hacer tanto en otras cosas como mis ilustres antepasados queria escederles en interés por el infortunio de sus gentes. Reduje á la mitad los feudos, y me avine á la demora de su pago en la recoleccion inmediata.

—Muy bien hecho, hijo mio, espresó Juana Luisa con orgullo maternal.

—¡Cuánto celebrarían el beneficio los pobres arrendatarios! exclamó Blanca con tierna conmocion.

—De todos los ancianos del pais, continuó el jóven marqués, ninguno me ha causado tanto efecto como el padre Ponsard. ¡Qué soberbio tipo! Un hombre aun fuerte y ágil, levantándose al despuntar el dia, ayudando á sus nietos en las faenas agrestes mas duras, que ha conocido al cardenal Mazzarino y á los héroes frondistas, y os habla de Luis XIV cuando era un niño el gran rey.

—¿Conociste á la tia Madelon? preguntó Blanca llena de curiosidad afectuosa.

—Vino á verme al dia siguiente de su llegada, re- puso Cárlos sonriendo, y me abrumó á preguntas acerca de tí, prodigándote los nombres cariñosos mas estravagantes. Me presentó despues á tu hermano de leche...

—El bueno de Fabian, interrumpió la doncella.

—Es un cetáceo, añadió el bizarro guardia riendo alegremente. Parece, prima mia, esas caras infladas y enormes que sirven de caños en las fuentes públicas.

—¡Burlon! dijo Blanca reprendiendo á su primo con dulzura.

—Pero no importa, corrigió el marqués galantemente. Bastaba que durante la enfermedad de tu señora madre hubieras compartido la nutricion con aquella especie de triton marino para que en tu nombre le hiciese vestir como un rentero de cabildo eclesiástico, y á tu nodriza como á labradora acomodada.

—Eres generoso y bueno, concluyó Blanca enternecida .y bajando los ojos tímidamente. Yo te doy gracias por mí y en nombre de esas humildes criaturas.

—No merezco tanto, añadió el sumíller de S. M. Cristianísima. Ese don fué en nombre tuyo, y en el mio les proveí de algun dinero, y les tengo prometida la portería vacante del hospital de San Roque, patronato de Belle-ville.

—¿Cómo sigue el rector Elie? interrogó la marquesa con vivo interés.

—Soportando sus achaques con una resignacion que causa maravilla; pero siempre austero y solemne como un profeta de Israel. Me habló de vos con muestras de consideracion profunda, y de Blanca con una efusion de padre.

—Es un alma de privilegio, contestó Juana Luisa.

—Es un santo, añadió la señorita de Bayard con veneracion entusiasta.

—Verdaderamente, convino Cárlos inclinándose en signo de asentimiento. Sin embargo aborda las cues-

ciones mas difíciles con una brusca precision que sobrecoge el ánimo mas sereno.

—¿Por qué lo dices? preguntó la marquesa con intencionada lentitud.

—Porque al venir á despedirme al castillo á la cabeza de su clero me espuso la necesidad de tomar estado, y se permitió hasta indicaciones, muy lisonjeras ciertamente en sí, pero algo inconvenientes en su boca, y...

—¿Vos qué respondisteis? repuso la ilustre viuda de Belle-ville.

—Respondí que dependia de vos como todo buen hijo, y que una resolucion tan solemne no se adoptaba sin maduras reflexiones y detenidos acuerdos. ¡Hice mal, madre mia?

—Segun el tono de la respuesta, Carlos, dijo la marquesa con aire severo.

—El tono era sumiso y respetuoso, afirmó el guardia llevando la mano al pecho con dignidad. Por mas que me sorprendieran las insinuaciones del rector Elíe, hechas delante de sus beneficiados y en una ceremonia semejante, yo no podia faltar á un hombre de su carácter y de sus prendas, y que á mayor abundamiento os merece una estimacion estremada, y ha instruido tan bien á mi prima en los principios y prácticas de nuestra religion.

—Muy bien hecho, hijo mio, contestó Juana Luisa, gozosa de los sentimientos que habia inspirado al jóven.

Blanca no sabia qué partido tomar en el curso de este diálogo. Habia comprendido que las indicaciones del rector Elíe versaban acerca de su persona. Quedándose corria el peligro de no poder disimular la turbacion que se iba apoderando de su espíritu y trascendiendo á su virginal fisonomía. Saliendo de la habitacion temia la sobrina de Juana Luisa Constanza dar á entender que habia penetrado el asunto de que discretamente se trataba entre sus esclarecidos deudos.

La marquesa advirtiendo su perplegidad se apresuró á decir á su hijo:

—Hablarémos de ese particular á su tiempo y con despacio. Ahora, Cárlos, refiérenos, los pormenores del acto de colocar tu retrato de familia entre los de tus ascendientes.

—Señora, repuso el mancebo con visible embarazo; en ese punto debo pedir os perdon por haber infringido la etiqueta, alterando las tradiciones de estirpe; mas alguna excusa merece la falta por el sentimiento que ha dado origen á mi proceder.

—Veamos la falta primero, caballero, replicó la marquesa viuda.

—Prestando una indisposicion, hice asistir en lugar mio al señor Alfredo de Bayard á la ceremonia de colocar el cuadro en la galería del norte, con asistencia de vasallos y servidumbre.

—¿Y la excusa, señor marqués? Sepámosla.

—Madre mia, respondió Cárlos confuso, tenia vergüenza de suspender yo mismo mi retrato al lado del retrato de mi excelente padre, único caballero de la corte de Luis XV....

—¡Marqués, exclamó la nieta de Bayardo con entereza, hablais de un monarca y de un difunto.

—Perdonad, señora. Además temia verme último, escaso de méritos, y exhausto de virtudes, en parangon con aquellos hombres de mi raza, cubiertos de acero, famosos en la historia, ó modelos de dignidad, saber y prudencia. Yo, que tanto insté por moveros á que me concediéseis permiso para ingresar en la Real armada; yo, que cedí á vuestra voluntad, aunque el corazon me decia que en los mares podian realizarse mis sueños ambiciosos; yo, que soy marqués de Belle-ville por el nacimiento, y guardia de corps y sumiller por los fueros y servicios de mis antepasados, nada por mí....

—Basta, hijo mio, cortó la noble viuda melancólicamente. Pedid á Dios que no os conceda mas ocasiones de probar el temple de vuestra alma que las nacidas en el seno de la paz del Estado, y conciliables con el reposo y el honor de la familia, porque amagan tiempos calamitosos.

tosos, y quizás sobren los dias dificiles que echais de menos.

La camarera de la señora marquesa de Belle-ville se acercó llevando en una bandeja de plata el servicio de té, que se ponía en una mesilla chinesca cerca de la poltrona, ocupada por Juana Luisa junto al fuego.

Cárlos se fijó en la doncella por mera curiosidad de conocer á la que habia reemplazado á la esbelta Paulina; pero cuando estuvo á corta distancia de la huérfana hizo un movimiento de sobresalto, y la examinó con atencion vehemente. Cristina no levantó los ojos hácia el jóven marqués; pero su rubor, sus agitados movimientos al servir el té á la señora, y su marcha vacilante al abandonar la estancia, no pasaron desapercibidos para el compañero de Saint-Medard.

—Es ella, dijo para sí con alborozo. Es mi educanda de las Ursulinas: mi primero y santo amor.



CAPITULO VI.

UNA EPLICACION.



La marquesa viuda de Belle-ville y su encantadora sobrina habian salido en carruage á disfrutar de uno de esos dias claros y templados de invierno, que parecen anunciar la primavera entre los rigores de una cruda estacion, como un rayo de esperanza asoma tal vez entre los amargos trances de un cruel infortunio. Cristina sentada en el gabinete anterior á la sala de recibimiento, junto á un velador de palo santo, y á la luz de una ventana guarecida por celosías verdes, guarnecia de encages una bata de seda de su señora, entregándose afanosa á esa labor manual, en que la imaginacion femenil absorbe su actividad devoradora, sometiendo el pensamiento inquieto y móvil á la presion de un mecanismo que le hace plegar las alas.

Cárlos de Belle-ville apareció en la puerta en traje militar, en la mano el sombrero, grave y reflexivo.

Cristina continuó su faena, como una máquina obedeciendo á la accion de sus resortes.

—Es ella, murmuró el jóven marqués, absorto en contemplarla. Señorita, exclamó resuelto ¿dónde está la marquesa?

La huérfana se estremeció. Levantó la cara, y la costura se deslizó de sus rodillas.

El bizarro guardia se adelantó paso á paso hasta la doncella, quien se puso de pié al recordar que pertenecía á la servidumbre de Belle-ville, y que se acercaba á ella el heredero de tan ilustre nombre.

—Tened la bondad de tomar asiento, dijo Cárlos con sonrisa bondadosa. Yo os lo suplico, señorita Hárrison.

Enriqueta obedeció, porque no podia sostenerse, y un vértigo la trastornaba.

—¿Está visible mi excelente madre? preguntó el caballero.

—Ha salido con la señorita Blanca, contestó la virgen de CHATEAU-FLEURÍ con tembloroso acento y esforzándose en evitar la mirada inquisitiva de su interlocutor.

—Ha salido, repitió Cárlos con intencion marcada. ¿Hace mucho tiempo? añadió en seguida.

—Hace poco, replicó Enriqueta, apoderándose de la costura con avidez, como de un recurso que le permitia disimular sus vehementes impresiones, y sus crecientes zozobras.

El marqués contemplaba estático la belleza melancólica de aquel tipo adorable. A pesar de la distancia entre las Ursulinas de París y el encuentro reciente, y sin embargo de la espresion resignada y conmovedora que la desgracia diera al rostro de la linda púbera del convento, el amante reconocia á su amada, y su corazon palpitaba de placer al eco de una voz querida y armoniosa.

Cristina sentia pesar sobre ella el flúido magnético de una mirada ardiente, impregnada de pasion. Temblaba al imaginarse descubierta, y temia como á un ca-

taclismo á la primera palabra que saliera de los labios del jóven; y no obstante se juzgaba feliz al considerar que la ausencia no había borrado su imágen, ni los sabores desvanecido su reminiscencia afectuosa.

El gentil-hombre de S. M. Cristianísima rompió el silencio con tierna efusion, esclamando:

—¡Qué ingrata sois, Cristina!

—¡Ah, no! señor Cárlos, repuso la huérfana sin conciencia de sí misma; agitada, fuera de su centro, y clavando sus ojos arrasados en lágrimas en los del mancebo con expresion angustiosa y suplicante.

—¿Habeis creído que no os reconocería bajo todos los nombres y disfraces posibles, señorita? añadió Belleville con viva animación. Hace cuatro dias que lucho con la idea de hablaros, expiando una coyuntura favorable para evitaros compromiso, y queriendo conciliar mi explicacion franca y sincera con la veneracion profunda que mereceis por vuestras prendas, y además hoy... ¿debo decirlo?... sí, por vuestra desventura, Cristina, porque vos no habeis nacido para la situacion en que os hallo.

—¡Basta, señor marqués! interrumpió la huérfana revistiéndose de triste dignidad. El único favor que me atrevo á pedir es el olvido de mi posicion anterior y la reserva de mi infausto nombre.

—¡El olvido! repitió Cárlos con voz vibrante. ¡Imposible, Cristina? No se halaga dentro del corazon una memoria ideal, bendita, para sofocarla cuando se hace realidad una ilusion que embellece la existencia y la sirve de estímulo noble y poderoso. Podré callar á todo el mundo que os conocí en otro, y muy diverso estado...

—¿No es verdad que lo hareis? preguntó ella con estremo sobresalto y tono lastimero.

—Sin duda, afirmó el jóven enérgicamente. Nadie sabrá por mí que la preciosa Cristina, la educanda de las hermanas de Santa Ursula, se encubre bajo el supuesto nombre de Enriqueta.

—Es mi segundo nombre, caballero, se apresuró á

contestar la huérfana; como Hárrison es mi segundo apellido.

—Yo no conozco vuestro apellido primero, agregó Cárlos con dulce entonacion. La señorita Elia de Saint-Medard no os llamaba mas que Cristina, ó su HERMANA, y yo despues de conoceros no pensé en descubrir particular alguno de vuestra familia ó condicion; porque... inútil es ocultarlo.... os amé perdidamente: con el amor que no deja acceso al raciocinio, ni flanco á la curiosidad: con ese amor que no concede espacio á reflexiones, ni permite medir su intensidad misma.

—No me habéis así, yo os lo ruego, demandó Cristina trémula y consternada.

—¿Y por qué? interrogó el guardia con calorosa insistencia. Dejad que se exhale de mi alma ese incienso puro que puede subir hasta Dios sin ofender su ley santa. Yo no tengo la pretension vanidosa de provocar vuestra correspondencia, Cristina. Me basta amaros, y poderlo confesar como un culto sin sombra de interés ni de codicia, como un himno á los ángeles que defienden la inocencia. En el libratorio de las Ursulinas se encontraron nuestras almas y se comprendieron, porque eran dignas de entenderse. De improviso, y cuando mas aliciente habia en nuestras conversaciones, os obstinásteis en rehusarme vuestra comunicacion, revelando que os espantaba el efecto de aquellas intimidades, peligrosas para nuestro reposo futuro. Adiviné la causa, y respetando la resolucion no dejé escapar una queja.... Ya lo sabeis.

—Sí, respondió Cristina, recobrando su valor con las muestras de respeto del marqués. Entonces nos entendimos hablando como dos niños sin malicia ni temor de dolo, y nos entendimos tambien cuando mi retirada, sin necesidad de explicaciones de mi parte, y sin que una indiscrecion de la vuestra me hiciese arrepentir de mi primera confianza. Esta conducta, señor Cárlos, sabedlo, os ha valido un lugar preferente y caro en mi memoria. En el día...

—Escuchadme, señorita, respondió el guardia con solemne acento. En aquellas confidencias inolvidables del libratorio tuvisteis la bondad de participarme que érais huérfana, y protegida por un rico personaje de Alemania, que costeaba vuestra educacion, y se proponia llevaros al lado suyo al cumplir los diez y seis años. Yo no me pertenecia entonces. Vivía mi padre, y no habia cumplido mi mayor edad. Debíamos separarnos en breve, y quizás para no encontrarnos nunca en el sendero de la vida. Huir el uno del otro, y sepultar nuestra naciente llama en el abismo de la separacion, era sin duda el partido mas cuerdo. Hube de resignarme, y hasta me llegué á lisonjear de que nuevos objetos, activas distracciones y un teson vigilante en reprimir mi predileccion á los sitios en que tuve la fortuna de conocerlos, curarian definitivamente la herida de mi corazon, devolviéndome la perdida calma del espíritu. No ha sucedido tal, Cristina. Ni aun he vuelto á ocuparme de investigar vuestro paradero, porque me estremecia de pensar que os hubieran casado, y saberlo de una manera positiva. Elia de Saint-Medard....

—¿Dónde está Elia? preguntó Cristina, levantándose azorada y congojosa.

—¡Cómo! exclamó Cárlos con extrañeza. ¿No os habeis informado de su destino al venir á Francia? ¿No se os ha ocurrido el pensamiento de buscar á una amiga tan leal y cariñosa?

—No señor, respondió la doncella con abatimiento doloroso, y tornando á sentarse. Yo no podia ni debia hacerlo. Dios me ha deparado en mi aciaga suerte la proteccion del señor abate de L'épée, y su influjo me ha valido la colocacion en *Belle-ville*, que acepté por no descubrir con mi repugnancia un misterio, que fio á vuestro honor, señor marqués, y que no puede tener excepcion alguna.

—No defraudaré vuestra esperanza, contestó el caballero con noble ademan. Sabed, Cristina, que Elia está con el duque, su padre, en Parma, donde el anciano

señor representa nuestra corte, y su hijo ocupa el cargo de secretario de la embajada francesa. La familia partió hace mas de tres meses. Yo fui á despedirlos. Sabia que en una amistad como la vuestra era de creer una correspondencia íntima y frecuente. Nada me atreví á preguntarle, y aun hice como que no había entendido una alusion, que provocaba vuestro querido recuerdo.

—Quisiera explicaros mi actual situacion, caballero, dijo Cristina bajando humillada la cabeza. Comprendo la extravagancia de recurrir á vuestro sigilo, á la vez que os oculto la clave del enigma sospechoso que me envuelve; pero no me es dable descubrir una punta del velo que me encubre.

—Guardad en buen hora vuestro secreto, señorita, respondió Cárlos con entusiasta adoracion. Yo no intento penetrar ese arcano, por mas que no pueda ver con indiferencia en la servidumbre de mis hogares á la que vive en un templo dentro de mi alma; porque yo creo... perdonadme, Cristina.... espero que no me prohíba vuestro pudor el consuelo de tributaros el homenaje de mi fé, cuando una mirada importuna no alcance á descubrirnos.

—Señor Cárlos, manifestó la huérfana con la firmeza característica de las almas elevadas en los instantes supremos; os juro por cuanto hay de grande y acatado para los hombres que puedo levantar la frente, limpia de mancha; y que si me someto al triste destino que me subyuga, me queda la satisfaccion de inclinarme sumisa á la Providencia que me prueba así, pero que no me impone castigo.

—Lo creo, ángel adorado, lo creo, repitió el jóven marqués con sublime arranque. Tu labio no se mancilla con la impostura, y en tus divinos ojos resplandece el candor de la inocencia.

—El generoso abate de L'épée es el único en Francia que conoce toda la extension de mi desventura; y si no estuviera persuadido de que merezco....

—Una palabra, dijo Cárlos con decision terminante,

y bajando el tono. Ya os he asegurado que no ansio enterarme de los sucesos que os condujeran á este país, y á casa del que os ama con todas las veras de un corazón hidalgo. Yo no quiero saber por qué motivo os falta el patronato del rico anciano alemán, que os hizo educar entre las señoritas de la primera nobleza en las Ursulinas de París....

Cristina ocultó la faz entre sus manos, rompiendo en tristes sollozos.

—Renuncio á que me reveleis las complicaciones que os hacen evitar la patria de vuestro protector; y os acogen al amparo del bienhechor de los sordo-mudos, cambiando nombre y apellido, y queriendo vivir ignorada, y en una esfera que debe repugnar á vuestra distincion, mortificando vuestra delicadeza cruelmente.

—¡Oh, señor Carlos! exclamó la doncella con amargo desaliento: Aun me parece superior á mis esperanzas, y mucho mas lisonjera de lo que me guarda la negra fatalidad que me persigue.

—Dejadme concluir, intimó el hijo de Juana Luisa con serena autoridad. Sin detalles de vuestra desgracia, y sin aspiracion la mas remota á obligaros al agradecimiento de un servicio, sea cual fuere el desengaño que os abate, la persecucion que os abruma, ó el arcano que os rodea, hay protecciones, Cristina, que saben conciliar su eficacia con la discrecion y la prudencia, y que alcanzan con su resolucion lo que no logran siempre la experiencia y la mesura.

—Os lo agradezco á la par del alma, señor Carlos, expresó la víctima de Wálter, consolada por aquella oferta leal y animosa. Tengo una fé absoluta en vuestro pundonor, una confianza sin limites en vuestra cordura; pero el remedio de mi mal, si le hay, no depende de los recursos con que podeis contribuir en mi auxilio.

—Respeto vuestra opinion, aunque no conozca los datos que la determinan. Mi posición me permite brindar un tanto de influencia. Mi fortuna me autoriza á intentar algunas gestiones extraordinarias. Mi edad y mi

clase garantizan hasta cierto punto la actividad y energía de la empresa. Mi cariño y vuestra indulgencia darían una especie de título á mi favorecimiento.

—Señor marqués, concluyó Enriqueta con determinacion franca; os repito que nada podeis hacer en mi obsequio, fuera del disimulo, que me conserve un asilo sagrado; autorizándome á ocultar mi efectiva clase y mis disgustos bajo la exterioridad de una doncella de cierta educación, y harto feliz con haber conseguido entrar en tal cargo y en tan ilustre casa.

—Soy esclavo de mis promesas, replicó el heredero de Belle-ville, inclinándose deferente ante la virtud desgraciada, y no insistiré porque acepteis unos cuidados, que reputais estériles para el alivio de vuestras críticas circunstancias, Cristina; pero los acontecimientos cambian de faz á cada punto, y el pensamiento humano tiene la dicha de ser inconsecuente como los trances de la existencia. Os dejo empeñada mi palabra para el porvenir, y los hombres que llevaron hasta ahora mis dos apellidos no tienen la ignominia de haber faltado á sus ofertas. Cuando el exceso del infortunio, la inminencia del riesgo, ó una bendecida y tierna confianza os inspiren el designio de recurrir á mi voluntad para salvaros de esta situacion, agravada por mayores accidentes, contad, amor mio, con todos los extremos á que conduce un afan sin medida de consagraros mi sér: desde la astucia, que desbarata los planes pérfidos á fuerza de perseverancia y abnegacion, hasta el arrojo que sacrifica la vida, sin exigir un ápice de gratitud.

Enriqueta dejó caer la barba sobre el pecho y cerró los ojos, saboreando enagenada de placer aquellas apasionadas frases; compensacion suprema de todos sus padecimientos y torturas anteriores.

Carlos guardó silencio un breve rato, observando amorosamente á la seductora huérfana, y animándose á la completa expresion de su acendrado cariño.

—Cristina, prorumpió al fin con rendida expansion; hoy no somos dos criaturas que se aman sin apercibirse

dello, y se evitan por no dejarse arrastrar de un afecto, sin términos hábiles de cumplir sus propósitos.

—Es verdad, contestó la joven irguiéndose con entereza. Hoy es muy diversa nuestra posición en efecto.

—Una circunstancia, si adversa para vos, dichosa y providencial para mí, nos reúne inesperadamente. Mi destino está fijado. Soy libre, y os ofrezco mi mano, Cristina, con solemnidad y sin impaciencia, como quien es vuestro, ahora cual en el término de sus días.

La huérfana se levantó pálida y revelando una determinación inquebrantable.

—Caballero, dijo al joven marqués, si no tuviese pruebas inequívocas de vuestro honor, al escuchar lo que acabais de decirme dudaría de vuestras intenciones, contestando á esa declaración con el desprecio.

—¡Qué decís, Cristina! exclamó el guardia atónito y desconcertado.

—La verdad, añadió ella con lisura; porque en mi situación anómala y triste debería rechazar como un lazo ese ofrecimiento, ó considerarlo mas benignamente como un arrebató de demencia, que se olvida y se perdona en gracia de la obcecación que le produce.

—Advertid, señorita, agregó el mancebo justificándose ansiosamente, que mi proposición es un testimonio de constancia y fé de mi parte, y una prueba de mi recto ánimo, sin compromiso ni ofensa.

—Sí tal, señor marqués, repuso Cristina. Hay compromiso, y bien duro para mí. Yo no puedo negaros el interés que despertara en mi corazón el trato en el laboratorio de las Ursulinas, y la consideración de vuestra conducta en aquellos días inocentes, turbados por la primera impresión amante. Yo no puedo escucharos, porque mis excepcionales circunstancias me lo vedan; y si tornárais á repetir una escena como la de hoy, caballero, lo participaría al digno abate de L'épée, y huyera de una casa donde se hacía imposible mi retiro pacífico y honesto.

—Exagerais la interpretación de mis palabras, señorita.

—Además y por último, terminó la doncella agotando su valor; no es dable creer que seais el único que ignore en esta casa el proyecto de matrimonio que debe estrechar nuevamente á los *Belle-villes* y los *Bayards*.

Cárlos retrocedió como si se hubiese abierto un abismo ante sus plantas.

—Alguien viene, dijo sobresaltada Cristina, ocupando su asiento y restituyéndose á su labor.

Cárlos se volvió con pausada lentitud y evacuó el aposento sombríamente preocupado.

Ruperta, la maliciosa camarera de Blanca, entró bajo el pretexto de ayudar á su colega.

CAPÍTULO VII.

CENTAURO.



VENTURA Faloppi, natural de Palermo, había sido el rey de los saltimbanquis italianos cuando la Italia parecía tener el especial privilegio de surtir de acróbatas, alcides, equilibristas, jugadores de manos y cabalgantes olímpicos á todos los teatros y circos de Europa. Ventura había encontrado relegada á la vulgaridad mas desastrosa la danza en la cuerda y alambres tirante y flojo. Los Hércules se sucedían en el estadio, derribándose con harta precipitación del ara de los semi-dioses; oscureciéndose con ejercicios de una esposicion insensata, y haciendo esta especialidad de poca dura para el mismo famoso Milon de Crotona. Habian dado en venir á nuestro continente indios salvajes, con quienes era imposible luchar en punto á equilibrios, juegos de destreza y prodigiosa agilidad; apareciendo en ridícula evidencia los esfuerzos por imitar hombres civilizados, diversiones y recreos, familia-

res á los hijos de la naturaleza primitiva. En cuanto á los jugadores de manos la moda habia dictado un fallo reprobatorio y justo; porque no se daba feria ni corral de villa que no hubiese visto á los titereros tragarse una espada, convertir en gallo á un gorrion, y merendar estopa ardiendo. El género hípico era el menos profanado, y Ventura adoptó la carrera de Cástor y Pólux, dedicándose á la gimnasia ecuestre con todo el ardor de un hombre, dotado de grandes fuerzas, disposiciones felices, y ferviente anhelo por trazarse nueva vía en los dominios de una profesion, que tras de irse agotando, permitia poco tiempo de lucir y lucrar á quien la abrazaba. Faloppi se hizo en poco tiempo un ginete singular y un atleta incomparable sobre caballos, amaestrados maravillosamente.

Ventura encontró ajustes ventajosos en todos los circos de Italia, y los públicos se disputaban su posesion, y le recibian con ovaciones frenéticas y capaces de henchir de orgullo el ánimo del estóico mas inerte á los halagos del aura popular. Montando á la alta escuela sin émulo posible, dominando á los caballos mas desmandados y viciosos, é importando á la equitacion los saltos, suertes y posiciones académicas, ordinariamente acometidos á pié firme, Faloppi hizo alarde feliz de una especie de génio, que puso á contribucion para excitar el entusiasmo de los espectadores la intrepidez del fogoso numida, la serenidad del guagiro americano, la inconcebible soltura del indio, y la mañosa inteligencia y refinado gusto del europeo. Estudió con esmero los tipos de paises y provincias diferentes; ensayó evoluciones y maniobras que le juntaran un selecto repertorio, y para amenizar sus concurridos espectáculos educó buen número de discípulos de un sexo y otro, que dieron lugar á producirse una plaga de sílfides y genios, bastante á inundar las pistas de nuestra comparticion terráquea. Ventura halló un Mecenas generoso que le abriera su bolsillo para sacarle de la condicion de titiritero (aun no se profanaba el título de ARTISTA), y le moviese á formar compañía escogida y

numerosa; recorriendo los distritos alemanes, y la Inglaterra, constante favorecedora de los juegos de fuerza, luchas y pugilato.

Faloppi, enriquecido con la especulacion de empresario, retiróse lentamente de su difícil y fatigosa especialidad, optando por la doma y enseñanza de caballos, y sobre todo, dedicándose con marcada preferencia á quitar resabios y hábitos perniciosos á los animales de precio, sujetos á tan sensibles accidentes. En Viena contrató á la jóven y linda Hórtón, danzarina de cuerda, natural de Bohemia, y zíngara capaz de trastornar el juicio á un patriarca de la antigua ley, con su sonrisa maliciosa, sus incendiarios ojos, y sus formas de incitante bayadera. Ventura se prometió como Augusto atar á esta Cleopatra á su carro de victoria; pero en vez de recurrir al áspid, la Cleopatra paisana de Juan Ziska respondió con un mohín de befa menospreciativa á la declaracion del SIGNOR IMPRESSARIO. Faloppi se llegó á imaginar que la gitanela no podria resistir al efecto de su exhibicion radiosa, recordando con satisfaccion los triunfos obtenidos en aquellas grandes escenas mímicas sobre esas naturalezas sensuales y caprichosas, que espolean hasta el frenesí los estímulos de una materialidad alarmanente. A este propósito quiso tomar parte activa en una funcion á beneficio de la ingrata Hórtón, escogiendo en la nómina de sus tareas ecuestres la intitulada FEBO; gran carrera de á cuatro caballos, en la cual aparecia nuestro célebre palermitano con la cabeza circuida de ráfagas luminosas, ciñendo una banda purpúrea, y rigiendo su cuádriga con riendas de oro. Hacia falta un caballo de estampa notable para completar el tiro; pero un noble austriaco habia confiado recientemente al profesor á WALASKI, oriundo de la Croacia, y á los pocos ensayos que recibiera creyó Ventura listo y corriente al cuadrúpedo para representar su papel de un modo pasadero. El amor, que hizo al hijo de David incensar al cocodrilo egipciano al fin de sus dias, no fué menos despota con el director de los saltimbanquis; escitándole á

confiar su vida y su renombre á la insubordinacion del animal croata; por otra parte fiero, rebelde, y enemigo de la espectacion. Las primeras vueltas de Apolo en el circo pasaron sin mas novedad que adelantamientos ó retrasos de WALASKI, que la concurrencia no pudo apreciar, y disimuló con el aplomo de la experiencia el rubicundo padre de la luz; pero engreido el rutilante hermano de Diana en una entrada en paso y compás de su educando, hizo una postura olimpica en los caballos traseros, y se dispuso á saltar sobre el lomo de los delanteros en el curso de su pantomima solar. El público aplaudió estruendosamente la magestad de Febo, y WALASKI, espantado por la aclamacion, sobrescitado por la música, y enfurecido por las violentas sacudidas que le sugetaran al nivel de su correspondiente en la cuádriga, no bien sintió el pié de Faloppi pesar en la mantilla almohadillada que á sus riñones iba sujeta con una cincha de espléndida bordadura, botó sobre sus manos vigorosas, despidiendo de costado al maestro, y rompiéndole un brazo en la caida contra la barrera. El padre de Faeton tuvo la suerte de su hijo en este episodio, y la zíngara, que se habia mofado del pretendiente vanidoso y dominante, asistió en su cura y convalescencia con esquisita solicitud al gimnasta ecuestre, víctima de su arriesgado ejercicio.

Faloppi recuperó lla salud, pero perdió la libertad. Curó prontamente del brazo, mas dejó el juicio en las redes de aquella sirena, y no tuvo mejor pago que dar á los cuidados y desvelos de enfermera tan servicial y esmerada que ofrecerle su mano y fortuna, aceptados con desenvoltura gentil por la bailarina de cuerda, quien no habia resistido á las proposiciones galantes del director por otra causa que el cálculo de ganar un marido, rechazando las instancias de un mancebo.. Ventura no conocia los antecedentes de la bohemia, y se congratuló de llevar ante las aras á una especie de Cornelia, madre de los Gracos, inaccesible á lisonjas y presentes, y á cubierto de asechanzas por una de esas virtudes salvajes

que responden á un requiebro con un bufido. El sacerdote invocó el favor divino sobre las cabezas de los desposados, uniendo sus diestras con las preces canónicas; y el tropel de amazonas, danzantes y mímicos á sueldo del siciliano, acrecido por una turba de jóvenes disipados, damas libres, y mas de un vetusto Lovelace con ínfulas de irresistible, y no sabiendo distinguir la porcion de atenciones que debía á su dinero, corearon con el estrépito de una bacanal desenfrenada aquellas nupcias, en que la maligna Hórtón consideraba espedido su pase á la vida turbulenta á la sombra de un paciente esposo, y Faloppi veía el suave ingreso á una égloga pastoril.

El ídilio soñado por Ventura no pasó de la primera estrofa; y aunque dicen que el marido es el último que averigua los pecados de la muger, fué tan escandalosa la predileccion de la zíngara por un payaso de la tropa, que hubo de enterarse de la novedad el IMPRESSARIO, despidiendo al arlequin de la falange, y sacudiendo de lo lindo á la infiel, que juró vengarse de tan rudo trato. En Maguncia la frágil hermosura se enamoró locamente de un deforme volteador en la pantomima heroica de los ciclopes; y Vulcano obtuvo los favores que habia buscado con tanto riesgo el deslumbrador Apolo con su ardiente cuádriga, dando lugar á un vapuleo de marca mayor, y á la ruptura de la contrata con el herrero del Etna. Al venir á Francia para instalar su circo en Paris Faloppi tenia un concurrente formidable en el genovés Pietra, y determinó abrir la campaña con brio, buscando local en los corrales del Palacio Orleans, y proponiéndose adquirir nuevos satélites que disputaran á su émulo la atencion veleidosa del público mas novelero y voluble del globo. La incorregible bohemia, á pesar de la vigilancia inexorable de su consorte, intransigente con las debilidades de su costilla, se dejó cautivar por cierto mulato abisinio, discípulo de Ventura, y que hacia de beduino, mameluco y esclavo en las pantomimas trágicas con indecible perfeccion; y despues de conquistar su afecto y dar derecho de posesion al africano, robó

á Faloppi buen número de alhajas y efectivo metálico, y desapareció en compañía de su galan y en busca de una Arcadia pacífica donde apurasen la copa del deleite, desconocidos y seguros.

El primer impetu del burlado cónyuge fué recurrir á la policía, y hacer arrestar á los fugitivos. Ya se dirigía en busca de la autoridad, cuando tuvo la buena suerte de encontrarse con un jóven caballero que regresaba de sus viages por Italia y Alemania, y habia conocido á Ventura en la capital del imperio germánico. A las primeras preguntas del jóven señor, el conmovido empresario, á fuer de hombre herido en sus mas caros intereses, soltó la lengua en la doliente relacion de sus disgustos domésticos, y dando la ira lugar al dolor, aquella criatura fuerte y valerosa prorumpió en llanto; porque amaba á la fementida bohemia, y la amaba lo bastante para deplorar su extravío mas que la suma en dinero y joyas que le sustragera. El caballero extraordinariamente condolido de aquel esposo indignamente ultrajado, le hizo entrar en un RESTAURANT de allí próximo; instalándose en una pieza aislada, donde pudiesen conversar á todo su sabor y sin recelo de testigos importunos. Despues de una copa de Alicante, Ventura dió libre rienda á su cólera, esplanando proyectos dignos de los héroes de Shaskespeare respecto á la zingara y al mulato; pero dejándole primero desfogar su ilustre amigo, que era todo un pájaro de cuenta, cortó el hilo de aquellos melodramas con observaciones juiciosas, respecto del escándalo de una persecucion, los dispendios de toda acusacion criminal, lo imposible de vivir unido á una Mesalina semejante, y lo conveniente que seria tomar una resolucion prudente y acertada sobre fijar residencia; abandonando ya la especialidad vagamunda en que habia labrado un capital bastante á permitirle holgura y desahogo en cualquier especulacion que emprendiese.

Faloppi entre expansiones, consejos y copas de Alicante, salió mareado del restaurant, y hubo de retirarse á su casa, dejándose vencer del sueño: lenitivo de esas

angustias que acaban por hacer cometer locuras ó necesidades, segun el temperamento, circunstancias y relaciones del paciente, y hasta conforme al viento que predomina; porque el rey de la creacion á la luz de un minucioso análisis no presenta muchos títulos al engrimiento de su magestad. Todo el resto del dia lo pasó Ventura amodorrado como un LAZZARONE al sol, recluso en su aposento, y revolviéndose en el tálamo conyugal, abandonado por la impudente Hórtón para seguir al abisinio; mulato de condicion brutal y aspecto repugnante. Al disponerse para salir á la mañana siguiente nuestro palermitano, recibió la visita del caballero, que le consolara en sus cuitas amargas, proporcionándole el aturdimiento que producen generosas copas. El jóven aristócrata francés era uno de esos ricos desocupados que se habitúan á vivir entre las intrigas de bastidores, las rivalidades de circos, y las pugnas de bellezas, émulas en la carrera mundana. Habia hablado con Pietra, el empresario de la compañía con quien se aprestaba á luchar Faloppi, conviniendo en reunir á Héctor y Aquiles en un almuerzo campestre, favorecido de los aficionados mas notables es al noble ejercicio de la equitacion y campo neutro donde el siciliano y el genovés celebraran un armisticio que ahorrara la division entre los afectos á espectáculos ecuestres y gimnásticos. Ventura rehusó la entrevista con su contendiente al principio; mas ¿qué firmeza de ánimo puede quedar al mísero esposo tres veces engañado, y que no obstante se resigna á tolerar que hnelgue su mujer con el espolio de supeculio? Cedió á las instancias de su consejero. Subió al coche que esperaba á la puerta del hotel. Entró en la fonda rústica donde habia de celebrarse la paz. Fué recibido con los honores del triunfo hasta por su mismo antagonista. Comenzó el almuerzo, y succulentos manjares y vinos exquisitos predispusieron á una inteligencia cordial. Se habló de la necesidad imperiosa de adquirir un maestro del arte hípico, que fijase en la córte su morada; estableciendo pista, y pupilaje de caballos, á la vez que su-

ministrara un centro comun, donde compradores y vendedores se pudiesen reunir.

Ventura, notabilidad de primer orden como inteligente, picador y maestro de caballos viciosos, fué reconocido como el tipo por excelencia para establecerse en Versailles, y prosperar en ramo tan lucrativo, creándose una posicion que escitara la envidia por su lustre y rendimientos. Pietra declaró con honrosa espontaneidad que no conocia en el continente quien reuniera las condiciones de Faloppi al propósito de que se trataba, y por aclamacion ruidosa se propusieron brándis al futuro maestro de equitacion, proveedor de las caballerizas reales, y amigo de los potentados y caballeros de la corte. El paisano de Santa Rosalía, incensado tan pródigamente, despertada la ambición de figurar, consecuencia de un pié de fortuna; prevenido contra los acróbatas, que no contentos con abrumarle á pesadumbres con su conducta desarreglada, le jugaron las tretas del payaso, el volteador y el abisinio, y escitado por la emocion de aquella escena, tanto como por los espíritus alcohólicos, manifestó que de buena voluntad aceptaría el partido que se le presentaba á no tener á su cargo una compañía numerosa y de gran costo, cuyos contratos tenia amparados hasta fines de primavera. Pietra entonces, como un amigo que se sacrifica al bienestar de su Orestes, declaró que aceptaba en la suya á los individuos de la compañía rival, aunque su tropa estuviera algo sobrecargada de por sí. Faloppi se escusó con el cariño que profesaba á muchos de sus dependientes, y la enormidad de sus gastos para conducir á la capital de Francia hombres, caballos y equipos, además de los objetos de servicio comun en escenas mímicas, danzantes y ecuestres. El director genovés prometió indemnizar tales costos con una suma crecida, pero abonada en plazos y garantida por cierto banquero, que pasaba por íntimo confidente de la señora de Pietra. Los concurrentes no aguardaron al consentimiento expreso de Ventura para ordenar el abrazo de los directores; saludando á Faloppi como el picador de la

córte, y hombre de confianza de los caballeros y aficionados al ejercicio mas digno de la fuerza inteligente. Al siguiente día se formalizaron las escrituras entre el genovés y el siciliano, y el hijo de Palermo realizó sus esperanzas en Versailles, estableciendo picaderos y depósito de caballos en venta con extraordinaria aceptación. En este picadero, al lado de Faloppi, y ante dos caballos en exhibición, vamos á encontrar al jóven marqués de Belle-ville.

—El caballo del señor baron de Hudley es bien formado sin duda, de estampa arrogante, decia Ventura á Carlos con la dulcedumbre italiana; pero prefiero á Corzo; ese noble animal del color del ébano que pone en venta sir Tompson en un acceso de SPLEEN. *Centauro* es caballo de mejor vista, miembros inmejorables, y la cabeza... ¡oh! la cabeza es de estudio.

—Escojo á Centauro, repuso el marqués. Su piel atigrada me gusta como un juego de la naturaleza, y es de esos animales que realzan al ginete, porque revelan una obediencia que nunca desciende á la entera sumisión.

—Como gusté vueseñoría, replicó Faloppi; más yo no sé por qué siento que tan noble caballero no elija caballo tan noble, tan leal como *Corzo*; porque este, añadía Ventura golpeando el anca del hermoso cuadrúpedo, sabe ser útil sin el riesgo de una rebelion funesta, al paso que ese pícaro atigrado...

—Amigo mio, exclamó el marqués con su acostumbrada firmeza, si me dirijo á vos para la compra de un caballo que reemplace á mi pobre CHERI, inutilizado por un aire fatal, es por la confianza que me inspiran vuestros grandes conocimientos en la materia, y vuestra reputación de hombre honrado y cabal en estos tratos.

—Vueseñoría me hace mucho honor y alguna justicia, contestó Faloppi inclinándose.

—En punto á caballos hay dos cosas á que atender, añadió Carlos terminantemente. El gusto y objeto de quien los adquiere en primer lugar, y en segundo la seguridad del individuo. Veo que ensalzais á *Corzo*, que

no pasa de un buen caballo, como lo son tantos otros de su especie, y pareéis preferirle á *Centauro*, que por su rara piel, su traza y movimientos se distingue entre todos los de vuestras cuadras... Veamos ¿de qué padece?

—De nada que yo sepa, protestó Ventura con la mano sobre el pecho.

—¿De qué procede entonces ese conato de influir en mi elección?

—Señor marqués, concluyó Faloppi con austera formalidad; *Corzo* es mi discípulo, y *Centauro* un pupilo de pocos días. El ojo de *Centauro* no me gusta y en su fogsidad descubro algo de salvaje y frenético que me choca. Tal vez se derive esta antipatía de una rara coincidencia: *Walaski*, el caballo croata que me rompió el brazo en Viena, tenía el mismo ojo chispeante y la piel atigrada. Desconfiad de *Centauro*.

CAPÍTULO VIII.

EL VÉRTIGO.



ALOPPI recibió una carta del baron de Hudley concebida en estos términos:

«Maese Ventura: sois un diablo original, y quereis lo que declara imposible el evangelio: servir á dos amos. Poneis mal corazon al marqués de Belleville respecto á CENTAURO, y no llevais sin embargo vuestra franqueza hasta revelarle toda la verdad: con lo que me causais perjuicio sin llegar á servir al señor Belleville. Por fortuna yo he podido, picando el amor propio del jóven gentil-hombre, hacerle adquirir ese maldito caballo, que me ha privado del mejor mozo de cuadra que tuvo jamás caballero alguno. Se lo vendo con todos sus arreos, y mañana irán á buscarle de parte suya á vuestro establecimiento. Mis negocios me llaman á París con urgencia; y aunque en rigor, y en castigo de vuestra ambigua conducta os debería privar de la gratificacion que me toca daros,

«tengo la magnanimidad de poner en olvido vuestro pro-
«ceder y remitiros por medio del caballero de la Roche
«una prueba de que soy generoso.—Hasta la vista,
«maese.—HUDLEY.»

El caballero de la Roche era el señor Wálter, despo-
jado de aquel continente altivo y severo; máscara hipó-
crita á cuyo favor tratara de encubrir en balde en su
país el hombre de la toga sus vicios, y el escándalo de
sus torpes aventuras.

El baron de Hudley era por desgracia un noble efec-
tivo; pero un noble, oprobio de su linage y castigo de
su categoría social: uno de esos nobles, cuya aristocra-
cia viene á ser la picota de sus villanías.

Hudley, oriundo de una ilustre familia germánica,
arruinado en la desenfrenada carrera de una juventud
tumultuosa, envilecido por la pobreza, y queriéndose
elear por la infamia al punto de que le precipitó el li-
bertinaje, escarmentó del papel de víctima y aprendió
el de verdugo, iniciándose en las bajezas de ese latroci-
nio que los jugadores disimulan con la denominacion de
VENTAJA.

El baron Hudley en su viaje á los Países-bajos co-
noció á Wálter en Amsterdam, y trabó con él esas rela-
ciones, harto fáciles entre personas que no son escrupu-
losas en punto al honor. Roche participó de las ópimas
ganancias de su nuevo amigo, y quedaron conformes en
reunirs en Bruselas, donde el abogado introduciría al no-
ble fullero en las mejores sociedades, facilitándole oca-
sion de desplumar á ciertos incautos, que constituyen el
patrimonio de los héroes de la trampa. En efecto, llega-
do que hubo el baron á la capital del Reino unido, Wál-
ter le acompañó en calidad de recomendado á su galan-
teria, abriéndole sus puertas las casas de buen tono, aun
no cerradas para el amante de Cristina Armand, que to-
davía no era mas que temido por su humor cáustico, y
tratado con precauciones prolijas.

Hudley abandonó toda especie de prudencia, y el
lector recordará que en el capítulo primero de la prime-

ra parte de esta obra, queriendo justificarse Roche á los ojos de la huérfana de CHATEAU-FLEURÍ de su complicidad en las fechorías escandalosas del prócer extranjero, se daba por el primer engañado. El baron (como habia dicho Wálter á la protegida de Fabricius) jugó con naipes señalados, contrajo infinidad de deudas, burló á familias respetables, y abandonó el campo. El abogado percibió su parte en aquellas estafas ruines; pero la opinion pública se sublevó irritada en contra del hombre sospechoso que habia servido de introductor al inicuo aventurero; y si bien no se pudo extrañar de los círculos decentes á Wálter, nadie creyó que hubiesen abusado de su buena fé, y al primer lance de presentacion que se le hubiera ocurrido habria experimentado un desaire bochornoso.

Cuando el asesino de Franz vino á París, despues de su duelo con el malaventurado conde de Heuffel, encontró á Hudley establecido en la capital de Francia, y afiliado á las sociedades secretas que disponian la revolucion. Roche nobilizó su apellido con la adicion *de la*, y se hizo íntimo é inseparable del baron, nada menos que Rosa-cruz en la logia masónica en trabajo constante en la ciudad que baña el Sena. En representacion de su digno amigo, Wálter conversa con maese Faloppi en una salita de despacho, sita en el vestibulo de la casa picadero de Ventura, y entrega al director de aquel favorecido establecimiento la dádiva del baron por la venta de CENTAURO al jóven marqués de Belle-ville.

El marido de la infiel Hórton se escusaba como mejor podia de sus insinuaciones adversas al caballo de Hudley, cuando el ruido de la mampara de cristales le hizo volver el rostro hácia la puerta, levantándose de seguida con muestras de profunda consideracion hácia el personage que se adelantaba con una sonrisa fácil y benevolente.

Wálter, hombre de índole altiva y natural fiero, se puso de pié por un movimiento de espontaneidad presurosa.

—Nadie se incomode por mí, exclamó el recién venido, saludando con una afabilidad soberana.

—Señor conde, repuso Ventura, aquí teneis un sillón bastante cómodo. Hacedme el honor de aceptarle.

—Señor conde, añadió el abogado inclinándose reverente y sumiso, tengo la satisfaccion de presentaros mis respetos.

—Gracias, caballero de la Roche, contestó el conde, fijando en el amigo de Hudley sus ojos negros, penetrantes y de un brillo extrordinario, con una mirada entre imponente y exploradora.

—¿Estais contento con el tiro, señor conde? preguntó Faloppi con agasajo servil y temeroso.

—Lo está Lorenza, respondió el singular personaje, y esto es lo principal en el asunto. En cuanto á mí aborrezco los caballos blancos, y por eso me persiguen. En Petersburgo me regaló un par de ellos para la driska de la condesa el amable príncipe Potemkin, y su hermosura ni su buen servicio pudieron vencer mi prevencion antipática. Lorenza en cambio no puede reconciliarse con los caballos negros. Es verdad que si los consortes no estuviesen en diametral oposicion de gustos el matrimonio fuera de una monotonía insoportable.

—Me felicito de la aprobacion que merecen mis gemelos á la señora condesa, dijo Faloppi.

—Entre paréntesis ¿os ha pagado Lorenza? interrogó el conde sonriendo.

—Expléndidamente, replicó Ventura. Como era de esperar de la muger de tal marido, señor.

—Eso venia á saber, agregó el conde con encantadora naturalidad. Lorenza sabe hacer las cosas; pero el caso es que las haga, porque todos mis esfuerzos no bastan muchas veces á evitar sus distracciones. Y tanto es así que sospechando de su incuria, os traia un recuerdo para testimonio de nuestro trato.

—Señor conde, esa extremada bondad....

—Es una bagatela, interrumpió el opulento magnate, sacando de su bolsillo una cajita de carei con ribetes

de plata que alargó á Faloppi; un mosaico milanés que representa un caballo en la carrera romana del Corso en carnaval. Una maravilla de paciencia, amigo mio; pero de escaso valor positivo para que el objeto no parezca paga, sino una curiosidad artística.

Ventura estaba trastornado, porque merecia aquel signo de distincion al hombre de moda en París, al objeto de la curiosidad europea, al astro radioso que eclipsaba las fúlgidas estrellas de Mesmer, Saint-Martin, Swedenborg, y San-German: verdaderos reyes de la impresionable sociedad francesa.

—¿Y el baron de Hudley? preguntó á Wálter el conde con cierta ligereza de evidente supremacia.

—Ausente, dijo Roche con marcado acento; pero debe regresar pasado mañana lo mas tarde, porque se propone asistir á una reunion á que no puede faltar por ningun título, recalcó Wálter con solemnidad.

—Sentiria que sus quehaceres le detuvieran, espresó el conde con intencionado laconismo, porque la sesion á que se le invita parece de sumo interés.

—Lo tiene además, insistió Roche, en razon de proponerse presentar á un amigo que podria ser muy útil á los fines de tan estimable asociacion, señor conde.

—Enhorabuena, concluyó el hombre á la moda, encogiéndose de hombros. ¿Y ese amigo ha hecho sus pruebas en otra parte?

—Y está recibido tambien, contestó el abogado.

—Veremos, terminó el conde con decision imperiosa. A propósito, dijo dirigiéndose á Faloppi, ¿está aun en vuestras cuadras el jóven Corzo?

—Sí señor, espuso Ventura. Su dueño se niega á rebajar el precio fijado. Y es lástima ciertamente; porque el caballo es digno de un príncipe. No comprendo... no puedo adivinar, señor conde, cómo habiéndole admirado como él merece sin duda, no le habeis adquirido. Su precio...

—No es su precio lo que me detiene, manifestó el potentado, moviendo la cabeza y con un gesto de contrariedad.

—¡Ah! ya lo creo, se apresuró á corregir Faloppi confuso.

—Voy acercándome á los cuarenta años, confesó el extraordinario personage con la ingenuidad mas atractiva; y aunque uno posea el secreto del elixir de larga vida, señores, entra en la familia de la gente madura, y le retrae aquel refran que dice: *no hay hombre cuerdo á caballo*.

—Los refranes, señor condé, objetó Walter afectando amabilidad, son la filosofía del vulgo, y el vulgo es pedestre, y envidioso del orden ecuestre á mayor abundamiento.

—Y añadid á esa observacion, intercaló maese Ventura, que el señor conde fué discípulo mio en Strasburgo. Montaba con buen aire; pero en mi pista adquirió la soltura y seguridad de mi escuela, y se citaba como un modelo de mi enseñanza, que debió á esta circunstancia feliz un crecimiento imponderable.

—¡Strasburgo! articuló el conde, evocando sus recuerdos de aquella metrópoli alsaciana. El príncipe-cardenal de Rohan me hablaba ayer de nuestros buenos dias en aquel pueblo, que reúne á la lealtad francesa el candor germano; que acoge á los extrangeros de alguna distincion con tanta amabilidad...

—Strasburgo pagó una deuda, señor conde, arguyó Ventura, táctico en la lisonja como buen italiano. Las maravillas de que fué testigo bien valian sus muestras de estimacion, y Monseñor mismo, Príncipe del Estado y de la Iglesia, no hizo tantas limosnas, ni sembró tantos beneficios.

—Amigo Faloppi, dijo el conde con bondadosa inflexion de su voz de claro y sonoro timbre; Strasburgo hizo mucho en recibir mi buena voluntad y recompensarla con la suya. Los judíos crucificaron á Jesus.

—¿Y el Príncipe de Soubise? preguntó Wálter con viva curiosidad.

—Se ha cumplido mi prediccion, respondiò el famoso extrangero con sonrisa irónica, á pesar de los sinies-



tros pronósticos de la insigne facultad médica de París. Aquella furiosa fiebre escarlatina que debía conducir á Monseñor al panteon de su excelsa familia ha cedido á diez gotas de un elixir, que no han fabricado por cierto los malos espíritus.

—Se desesperaba de su vida, intercaló Faloppi.

—Yo dije á Monseñor de Rohan, continuó gravemente el conde, que en dos dias el príncipe de Soubise podría hallarse en disposicion de abandonar el lecho y pasear por la alcoba sin molestia: que en el término de ocho saldria en su carruage á dar una vuelta por la populosa capital: que al cabo de tres semanas iria libre de todo riesgo á hacer su corte al palacio Real de Versailles. Su carroza me ha dejado en la plazuela inmediata, y en estos momentos Monseñor con su presencia en las estancias reales, desmiente á los vaticinadores doctorados, y acredita á este pobre diablo de conde de Italia, coronel de Prusia, y brujo de aficion, que tiene la extravagancia de curar á los que condena á muerte la prez de los hijos de Esculapio; sin diploma, venia de la facultad, ni encono á Moliere; y con la circunstancia agravante de no admitir especie alguna de retribucion por los socorros que presta á los desahuciados.

—¿Qué dirán ahora los pro-hombres de la facultad? espresó Ventura, frotándose las manos con satisfaccion.

—Ahora dicen que Monseñor debía curar, repuso el salvador del príncipe con frio menosprecio; y como no pueden obscurecer otros casos de indigentes, abandonados por su ciencia, y favorecidos por mi acierto, aseguran que en lugar de ser un noble, aficionado á la medicina, soy un médico, disfrazado de aristócrata.

—Perros que ladran á la luna, acabó Roche con su natural acritud.

—Sus Magestades, indicó Faloppi, celebrarán el restablecimiento del príncipe. Serán informados de todo lo sucedido, y es de esperar, señor conde, que quieran conocer al hombre insigne, autor de tantos prodigios, y...

Wálter espiaba con mirada siniestra la notable fisonomía del procer extranjero.



El conde bajó los ojos para nublar así un rayo de alegre esperanza. Se repuso con la prontitud de una persona avezada al disimulo, y maestra en el arte de darse en espectáculo, y tomando un aire de acerba sequedad contestó:

—No espero que tal suceda, ni yo me prestaría á la exhibicion en la cámara real. Luis XVI es un devoto: María Antonieta una disipada. Entre hipócritas y espíritus evaporados me tocaba hacer un papel indigno de mí. Harto se miente á costa mia en la capital, y demasiadas aventuras se refieren á mi humilde individuo, para que me entregue á las hablillas de la córte, á la exploracion meticulosa del rey, y á las invectivas sin chiste de la austriaca y sus favoritos. No: (afirmó duramente el misterioso pesonage) el hijo del tenebroso Egipto, el iniciado en los arcanos herméticos, el profeta ingerto en sacerdote de las ciencias ocultas, nada tiene que hacer con el nieto de Luis XV y la hija de María Teresa. Dejemos á los ciegos vagar en las tinieblas, y cúmplase el destino de la monarquía de Faramundo y Clovis.

Wálter aplaudió con un gesto exaltado el anatema sombrío de aquel hombre, hostil á la familia real francesa. Wálter se distinguía entre la falange subvertidora de extranjeros, que llevaron á Francia el sedimento impuro de sus vicios, y la agitacion terrible de aventureros, ávidos de abrirse camino por la audacia, y resueltos á acometerlo todo con tal de salir á pública luz. Wálter, buscando una mordaza para su conciencia en la lucha revolucionaria, despreciable á sus mismos ojos, tenía una envidia diabólica al poder, á la riqueza, á la felicidad doméstica, al orden y á la armonía.

Un criado vino á llamar á maese Faloppi, anunciándole que el señor marqués de Belle-ville le aguardaba en el picadero, mientras hacia ensillar á CENTAURO.

Ventura pidió excusa á sus interlocutores y salió. El conde, evitando quedar á solas con Wálter, le siguió rareando una cadencia siciliana. Roche quedó absorto en reflexiones tétricas.

Carlos de Belle-ville satisfacía al hijo de Palermo la gratificación correspondiente á la compra de *Centauuro*, que recibía Faloppi con la vergüenza de quien se reprende en su interior un dolo indigno.

El conde entraba en el picadero á la vez que una especie de gigante, mozo de cuadra del saltimbanqui retirado, traía del diestro con mano firme al caballo de Hudley; hermoso animal, pero indócil, de perversa intención, y ojo de viveza insensata. *CENTAURO* sacudía la cola con nervioso crispamiento; tascaba el freno tenaz y convulsivamente, y á cada paso del alcides, que le conducía con tanta precaucion como vigorosa estrechez, amagaba un golpe desesperado.

El jóven guardia de corps refería á Faloppi la conversacion que habia tenido con Hudley, contándole la mofa que el baron se habia permitido de los ginetes medrosos, y la necesidad que experimentaba el guardia de vindicar á la escuela francesa de la nota de pusilánime ante un caballo de aviesa condicion.

El conde seguía á *Centauuro* sin perder uno solo de sus movimientos.

Belle-ville se acercó al cuadrúpedo, que mantenía en forzada inmovilidad la mano ruda del mozo, y contenía en sus arranques el temor á Faloppi, y su voz que le acariciaba, imponiéndole la obediencia.

El marqués, asido de las crines y bridas, metía el pié en el estribo cuando el conde le dirigió la palabra.

—Caballero, le dijo con premura, hareis mal en subir sobre ese caballo, porque está próximo á un ataque de vértigo.

Belle-ville le miró con arrogancia, sospechando una conspiracion con Hudley para arredrarle.

—¿Conoceis al señor baron de Hudley? le preguntó lleno de serena dignidad.

—Le conozco, respondió el jóven, estrañando la interrogacion del noble mancebo.

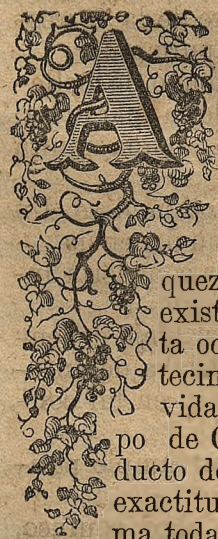
—Pues tened la bondad de decirle que me llevo á *CENTAURO*, añadió el marqués, afirmándose en la silla,

apoderándose de las riendas, y empujando al animal, que enderezó el cuello, y arrancó ya desmandado en línea recta hacia el vestibulo.

—Se va á matar ese muchacho, esclamó el conde dirigiéndose azorado hácia la puerta del picadero.

CAPÍTULO IX.

EL DOCTOR.



CERCÁBASE la hora de sentarse á la mesa en el pintoresco hotel de BELLE-VILLE. No estando de faccion ó de servicio el gentil-hombre de S. M., guardia de corps tambien de las reales personas, las señoras aguardaban al jóven marqués, quien sabia eludir compromisos y evitar lances súbitos; manifestando con noble franqueza su obligacion y gusto en la ordenada existencia de familia. Cuando una imprevista ocurrencia, ó bien cualquiera de esos acontecimientos que no se pueden prevenir en la vida militar y cortesana, embargaban el tiempo de Cárlos, lo advertia á su madre por conducto de un mensajero á quien se encargaban exactitud y celeridad. No habia motivo de alarma todavía en el lindo palacio de BELLE-VILLE. Juana Luisa y Blanca de Bayard, sentadas ante la chimenea del salon, seguían con distraimiento melancólico el giro de la llama; y en el foco de luz y en los incendiados leños creían ver esos mónstruos fantásticos como

la salamandra, que la imaginacion dibuja en el tizon que chisporretea, en la ceniza del hogar, ó en el perfil de la llama que vibra silbando como una lengua de fuego.

El reló de la severa estancia dejó oír los tres cuartos para las cinco.

—Carlos no puede tardar, exclamó Blanca dando un suspiro de satisfaccion.

—Todo está dispuesto, replicó la ilustre viuda, y al llegar mi hijo servirán la comida.

—A no ser que avise como otras veces...

—Eso no es comun, repuso la marquesa; y desde su regreso de nuestros estados no hay ejemplar de una excepcion en acompañarnos. Carlos, hija mia, tiene un placer en servirnos y en vernos contentas al lado suyo.

—En efecto, contestó la gentil doncella, tornando á fijar sus rasgados ojos en la lumbre con una espresion de dulce tristeza; porque la incertidumbre de la correspondencia es el martirio de un tímido y puro amor.

El señor Janicot, el antiguo mayordomo de Belleville, entró en la sala, prévio permiso de la marquesa.

—¿Há llegado el marqués? preguntó Juana Luisa Constanza.

—No señora, respondió el anciano inclinándose. Un caballero insta por hablar á vueseñoría con urgencia.

—¡A esta hora! exclamó la noble viuda con cierta inquietud.

—Se lo hice observar, señora, añadió el viejo dependiente; pero insistió asegurando que se trataba del interés de vueseñoría y del señor marqués, y en tal concepto...

—Hacedle pasar inmediatamente, interrumpió pali-deciendo la dama.

—Señora marquesa, agregó Janicot algo confuso, ese caballero...

—Acabad, ordenó Juana Luisa impaciente.

—Pretende hablar á solas con usía, terminó el mayordomo.

Blanca se levantó de su asiento y salió con paso firme, aunque la ansiedad agitaba su espíritu.

Janicot desapareció con toda la presteza que sus años le permitían.

A los pocos instantes se presentó el conde italiano que hemos visto en el despacho de Faloppi.

Juana Luisa dominó su emoción alarmada, recibiendo al personage que le pedía una entrevista singular con el aplomo de una muger de su clase y de sus prendas.

El conde había trocado la espresion de ligereza indiferente con que le pintamos en casa de Ventura por una serenidad de gesto y maneras, propia de esos hombres extraordinarios que no faltan á las consideraciones, ni se ocupan en pagar los tributos comunes y de fórmula.

La marquesa indicó con un gesto al reciénvenido el sillón, desocupado poco antes por su sobrina.

El conde saludó; instalóse en el asiento que se le ofrecía, y tomó la palabra con singular despejo.

—Señora, dijo resueltamente, basta con tener la ocasión que logro de veros para comprender que puede contarse con un alma firme, y evitar circunloquios para hablaros de un asunto grave y que reclama valor.

—Proseguid, caballero, replicó Juana Luisa estremadamente pálida, pero erguida y magestuosa.

—El marqués no corre ya peligro, aseguró el conde con un gesto solemne, yo respondo de su vida.

La marquesa abrió la boca, mas la palabra helóse en sus lábios convulsos y lívidos.

—La caída fué terrible, amplió el particular personage, y no tuvo poca fortuna en que el caballo torciese camino, dejando de atropellar al brioso mancebo.

—¡Mi hijo! exclamó al fin la marquesa con voz estridente ¡mi hijo!

—El caballo padecía de vértigo, explicó rápidamente el conde; y en vano maese Ventura lo dió á entender al señor marqués, é inútilmente, señora, le advertí al

montar á *Centauro* que estaba próximo á un acceso de su dolencia...

—¡Imprudente! prorumpió la viuda en el colmo de su triste congoja.

—El baron de Hudley habia irritado su amor propio, y vuestro hijo, que es digno de su madre, habria montado sin vacilar y por mantener su punto de honra al mismo Pegaso de la fábula; porque...

—Pero ¿dónde está mi hijo? interrumpió Juana Luisa con apagado acento.

—No tardará mucho, señora, prometió el conde italiano, esforzándose en tranquilizar á la consternada madre. Me adelanté con el designio de prevenir vuestro ánimo de este funesto azar, remediado felizmente.

—¿De veras? preguntó con avidez la noble dama, arrasados en lágrimas los ojos.

—Por mi honor, aseveró con dignidad el prócer extranjero. La lesion parecía mortal; y al verle, despedido de la silla como una pelota de viento, caer de cerebro sobre el pavés de la calle, todos, y yo mismo, concebimos la idea de su trágico fin, y fué unánime la dolorosa exclamacion.

La marquesa ocultó el rostro en su pañuelo, empañándole en silencioso llanto.

—Pero yo tengo esa fé, que no es una arrogancia del hombre, sino la confianza en Dios, siguió diciendo el aristócrata con aire de inspiracion entusiasta. Saqué el pomo de un elixir de mi composicion, señora, y corrí presuroso á aplicarlo á la nariz de aquel hermoso mancebo; que todos en torno de mí reputaban cadáver.

Juana Luisa clavó su vista empañada por el lloro en aquel hombre de tipo tan escéntrico.

—Pronto sorprendí un signo casi imperceptible de vida, continuó el salvador de Carlos con interesante animacion. Retiré el espíritu; vertí una gota en los lábios entreabiertos del jóven, y observé, con el aliento suspendido, devorándole con ojo atento, si la ciencia tenia aun medio de accion sobre aquella criatura exánime. Un mi-

nuto de espera, y el arte logró una esperanza legítima. Otra gota del elixir y retrocedió la muerte.

—¡Gracias, señor! exclamó la marquesa, tendiendo su mano al conde, que la llevó á sus labios respetuosamente.

—Era mi deber, repuso el caballero con exaltacion romanescas. Cuando el que todo lo sabe y lo puede otorga un don, ó un privilegio á una de sus hechuras, no atiende á favorecerla solo, sino á depositar en ella el bien que otras han de necesitar en un momento dado. Yo tenía en mi bolsillo la vida de aquel sér, y bendigo á Dios que puso esa desgracia junto á su inmediato remedio. El señor marqués ha recibido una seria lesion; pero sus dias no corren peligro por ahora y en consecuencia suya. Me atrevo á responder con mi cabeza.

—¿Y ese golpe compromete su salud en lo futuro? interrogó Juana Luisa trémula.

—Espero que no, respondió el conde. Congeturo que mañana correrá la crisis mas alarmante; pero no le abandonaré un momento, y fio en restituirle su vigorosa salud. Reclamo, señora, el honor de su asistencia.

—Oh! sin duda, espresó la agradecida madre.

Janicot apareció á la puerta de la sala, y su aire consternado dió á entender lo que no tuvo fuerzas para anunciar: que habian traído en una camilla de socorro á su señor.

La nieta de Bayardo se levantó como impelida por un resorte.

—Id, señora, dijo el conde moviendo la cabeza en signo de beneplácito. Disponed que instalen al enfermo en su cama, y que muevan el menos ruido posible en la alcoba. Debe estar como aturdido; amodorrado tal vez: es natural. Viendo que se retardaba el cirujano le sangré yo mismo de la mano derecha, y mandé á buscar al hospital la camilla de socorro en que se le ha conducido acá. Ahora importa acomodarlo en el lecho, y dejarle reponerse por medio de un sueño reparador.

—¿No venís á verle, doctor? preguntó Juana Luisa

con tímida consulta; porque la angustia de la madre habia triunfado del continente altivo de la dama egregia.

—Despues que se halle tranquilo en su lecho, replicó el conde. Convendria que tragesen luz, y que viniera á recibir mis órdenes una persona de vuestra servidumbre, eficaz, de alguna inteligencia.... una muger en fin; porque Dios ha dotado á vuestro sexo de un tesoro inagotable de caridad y amor.

La marquesa evacuó la estancia presurosa.

Janicot se acercó al noble extranjero con la zozobra pintada en el semblante; las manos juntas y cruzadas en ademan de férvida súplica; la voz entrecortada por sollozos.

—En el nombre de Dios, caballero, le dijo. Yo no soy de la ilustre familia, sino un criado, el mas antiguo de la casa. A mí no tendreis razon para ocultarme la verdad.... toda la verdad, por terrible y espantosa que fuere.

—Os la diré, buen anciano, contestó el ilustre médico, movido por el profundo sentimiento de aquel viejo fiel.

—¿Morirá el señorito Cárlos? preguntó Janicot con acento dolorido.

—Vivirá; replicó el conde con seguridad triunfante. Le haré resistir la crisis que preveo, y dentro de un mes habrá recuperado totalmente las fuerzas.

—Bendito seais, exclamó el mayordomo levantando sus manos al cielo. No salvareis al marqués solamente. Su madre le habria seguido al sepulcro, y la señorita Blanca se hubiera vuelto loca.

Cuando el mayordomo abandonaba el salon entró Lafleur con una lámpara solar de fabricacion alemana.

—Buenas noches, dijo saludando al extranjero luego que hubo dejado la lámpara sobre la mesa, colocada en medio de la extensa habitacion. La señorita Enriqueta vendrá inmediatamente, segun las órdenes de la señora marquesa.

—¿Y quién es la señorita Enriqueta, amigo mio? preguntó el conde sonriendo afable.

—La camarera de su señoría, repuso el lacayo. Suenan sus pasos en la galería próxima. ¡Calle! No es ella.

Ruperta David, la doncella de Blanca, se introdujo en el salon con paso ligero, llevando en un azafate hilas, bálsamo, vendas, un vaso de agua, un frasquillo de vino generoso y unas tigeras.

—Buenas noches, señor doctor, dijo demostrando grande fatiga. Aquí he traído lo que creo necesario; porque esta casa es un infierno. La señora en el cuarto del señor marqués: la señorita Blanca hecha un mar de lágrimas en su aposento, y hasta la doncella de la señora se ha permitido desmayarse... Me chocan las alharacas de ciertas gentes que se dan por sensibles cuando nada les va en los sucesos de una familia. ¡Adulaciones!

El conde tomó el vaso de agua, y vertió en el fondo de la chimenea la mitad de su contenido. Sacó un pomito, y con el mayor cuidado dejó caer en el agua tres gotas de un elixir que la tiñó del encendido color del rubí. Fué á buscar en una rinconera un platillo de china, y tapó el vaso con precaucion vigilante.

—La marquesa entró apenas terminada la operacion del conde, haciendo seña á los criados para que despusasen.

—Podeis venir, doctor, dijo al prócer italiano con infinita dulzura. Todo está dispuesto segun vuestras instrucciones.

—Señora, contestó gravemente el hombre singular, es tiempo de revelaros mi nombre y gerarquía. Yo no pertenezco á la clase médica, por mas que conozca algun tanto los secretos del arte.

—¿Quién sois pues, caballero? preguntó Juana Luisa un tanto cortada.

—Para el vulgo un mago que hace oro, evoca los muertos y conoce el porvenir. Para personas de mi categoría José Bálsamo, conde de Cagliostro, coronel de S. M. el rey de Prusia.

CAPÍTULO X.

DELIRIO.



RAMA furioso el aquilon, y su soplo violento hace estremecer los cristales y crujir los marcos y puertas de las dos ventanas, sitas en la alcoba de Cárlos de Belle-ville, exhalando al resbalar sus ráfagas impetuosas por los flancos del edificio el gemido desesperado de la ira impotente.

El torbellino exterior contrasta con el silencio sombrío y el letal reposo que reinan en la alcoba del jóven marqués.

Las instancias de todos los individuos de la familia, el abatimiento moral inmediato á las emociones vehementes, el cansancio de una noche de fatigosa vela, y una jaqueca trastornadora han obligado á Juana Luisa á retirarse á su habitacion para conciliar el sueño, prometiéndose el alivio de su malestar, y dejando su amorosa custodia á cargo de su camarera, la señorita Hárrison, mientras restaura sus fuerzas aniquiladas.

Blanca, vencida por el dolor, víctima sin defensa contra los embates del infortunio, muda y fría como una estatua del pesar, obedeció el precepto de la marquesa, acompañándola á su cuarto, y dejándose persuadir de la necesidad de un reposo, imposible en su índole y circunstancias. Ruperta hizo una seña á la señorita de Bayard, prometiéndole sustituirla en solicitud y esmero al lado del doliente; pero no bien hubo salido Blanca de la alcoba, la voluble camarera abandonó su puesto, hizo un signo á la fiel Hárrison equivalente á descargar en ella su cometido, y evacuó la estancia con pasos estudiados para producir el menos rumor posible, como previno Cagliostro.

Cristina quedó sola en aquel triste aposento, iluminado por una lamparilla de cristal con guarda-luz de porcelana.

Lafleur velaba, si dormir es velar, en la pieza contigua que servía de cuarto de vestir.

La huérfana, libre de importunos testigos, levantó al cielo sus manos trémulas, dió curso á su comprimido llanto, y su alma lacerada exhaló una de esas oraciones, en que agota la fé sus tesoros de confianza en la protección divina.

Luego se incorporó, reprimiendo el aliento con esfuerzo fatigoso; inclinóse hácia el doliente con esa medrosa ansiedad de quien comete una accion culpable; contempló con avidez sus facciones contraídas por nerviosos crispamientos; escuchó alarmada su ronca y anhelosa respiracion y enjugó con el pañuelo el sudor congojoso que bañaba su frente, cubriendo con el embozo la diestra del enfermo, estendida en un sacudimiento brusco.

Cristina espació su alma en una mirada de intenso y profundo cariño, que hubiera aliviado la fiebre de Carlos de Belle-ville si sus ojos hubiesen recibido aquel rayo de amante simpatía, fulgurando espléndidamente en los claros horizontes de la esperanza.

Pero la huérfana de CHATEAU-FLEURÍ se arrancó á su

contemplacion apasionada por una retraccion súbita y enérgica. Su semblante, espresivo de una resignacion melancólica, nublóse por una especie de ceño de exasperacion sombría. Giró la cabeza en actitud amenazadora y vagó en sus labios una increpacion tremenda; pero aquella violenta emocion tuvo la duracion del relámpago, y el arrepentimiento de haber cedido á sus impulsos la rindió en el sillón de brazos, próximo á la cabecera, ocultando entre sus manos la demudada fisonomía, y pidiendo perdon de lo íntimo de su alma por su vehemente impaciencia al que espiró despues de orar por sus verdugos.

La tentacion habia sido terrible y poderosa. Al revelarse en una ardiente llamarada el amor oculto de la misera doncella hácia aquel noble mancebo que yacia en el lecho del dolor, la figura odiosa de Wálter habia cruzado su pensamiento como una aparicion maldita; con su mirada de acerba intencion; con su sonrisa de ironía sangrienta.

Cristina vió su felicidad en el afecto sincero y respetuoso del marqués, aunque no hubiese tenido mas que la expansion de una correspondencia instantánea, seguida de una separacion eterna; y la lúgubre vision de su enemigo implacable presentó distinta y horrible á sus ojos la barrera que la separaba de todo proyecto dirigido al bien, á la calma, hasta á la reclusion en los asilos sagrados de la oracion y la penitencia.

A tiempo vino la ayuda del sentimiento cristiano para reprimir el ademan de encono, y la maldicion desesperada de la huérfana contra el infame autor de su cruel desventura; y al volver á ocupar el sillón Cristina permaneció inmóvil, embebida en íntima plegaria, y semejante á esas figuras de mármol que los antiguos tallaban en sus cinerarias urnas, como emblemas de ese dolor que suspende todo movimiento que denuncie la vida.

Los silbidos del viento arreciaban considerablemente; revelando la convulsion que revolvia la atmósfera en-

tre elementos desencadenados y en furiosa lucha.

De improviso una ráfaga del huracan bravío se estrelló en rauda corriente contra los cristales de la ventana mas cerca del lecho de Cárlos, y los hizo saltar en menudos pedazos; faltando poco para que forzara las puertas, cuyos pestillos y cerrojos agitó con ímpetu formidable.

El enfermo sacudió el entorpecimiento que embargaba sus sentidos; abrió los ojos con una espresion de espantosa fijeza; se incorporó con la fuerza que suministra la calentura y llevó ambas manos al pecho desgarrando la camisa.

Cristina se levantó á sugetarle.

Cárlos clavó en ella su vista desencajada, y su respiracion se fué haciendo menos frecuente y estertorosa á medida que la huérfana conseguia dominar su raptó frenético, y apartar del seno sus manos crispadas.

Al fin el paciente cedió á la voluntad de su vigilante, pero resistió al conato de tornarle á acostar.

—Déjame asi, Blanca (exclamó con acento ronco y entrecortado) déjame que respire.... porque me ahogo en este calabozo de metal hecho ascua. Oye, (continúo apoderándose de la helada mano de Cristina) pídele á Dios mi muerte.... ¿Estás? Pidesela, Blanca, porque no puedo hacerte feliz.... ¿Lo entiendes, pobre ángel?... Yo amo á otra muger; pero nada me preguntes, porque nada te puedo revelar.... Yo mismo, Blanca.... yo mismo nada sé; y ella se niega á esplicarse. Tú, inmaculada; y ella, tal vez indigna de mí.... y ya vés, no puedo ser tuyo, y á ella la idolatro.... ¡oh! ¡mi cabeza! Voy á volverme loco.

Cárlos abarcó su frente con las manos, como si tratase de impedir que estallara á fuerza de latidos.

Cristina aprovechó aquel momento para vencerle á colocar su cabeza en la almohada; pero el marqués la rechazó con vivo enojo, y fulminándola una mirada despreciativa, señaló á lá puerta con gesto irascible.

—¡Vete, Ruperta! (gritó enardecido). Te prohibo que

la zahieras delante de mí. Tú eres una villana ruin, hija de la nada.... envidiosa y detestable. Ella.... sábelo al fin..... Ella.(continuó con voz apenas inteligible) no pertenece á tu condicion, ni participa de tus mezquinos sentimientos.... No me toques, (añadió asiendo una mano de la doncella y sacudiéndola con exaltado frenesí) olvida lo que te he dicho.... ¿Lo harás?... Responde ó te ahogo entre mis brazos.... ¿lo harás?

—Oh! me haceis daño, amigo mio, repuso la huérfana, dando á su voz melodiosa una inflexion de triste dulzura.

El delirante soltó la mano que oprimia y abrasaba en la suya como una argolla de hierro candente. Pareció escuchar el eco de aquella voz insinuante y armoniosa, y cuando le hubo perdido murmuró:

—La reina... ¡La reina aquí! (repitió con tono grave y alargando el cuello en espectacion ávida). ¡Ah! ya comprendo. Busca al baron de Breteuil y al abate de Vermond para asociar sus antipatías al cardenal de Rohan, príncipe de la sangre y gran limosnero de la corona.... ¿Por qué odia una muger que ha nacido para amar y ser amada?... Pero... ¡Silencio! (repuso alterándose por grados). No era S. M. la que fué vista en casa de Mésmer. ¡Mentira!... ¡Calumnia!... No era la reina la que arrestaron en el baile de la barrera por su escandaloso desenfreno... Hay un parecido fatal que compromete la virtud y el honor de María Antonieta.... Sí, villanos: tened la lengua murmuradora.... Yo os lo haré confesar ¡vive Dios! y á cintarazos, canalla.

Y en el colmo de la rabia Belle-ville hizo un movimiento para saltar del lecho; mas la huérfana previno su accion abrazándole por medio del cuerpo con todo su poder, y resistiendo sus conatos hasta que le rindió el sordo zumbido de la sangre, subiendo á su cerebro en desordenado curso.

La señorita de Bayard, dejando á su tia un tanto embelesada, se introdujo en la habitacion con el afan angustioso de inquirir la situacion de su primo, y al ver la acti-

tud de Cristina y los últimos esfuerzos del jóven, corrió á interponerse entre su amante y su rival, rechazando á la huérfana con una especie de despecho celoso.

—Señorita Hárrison, (dijo con tono glacial á la doncella de Juana Luisa) ¿no sabeis que Lafleur está en el cuarto próximo? ¿por qué no le habeis llamado en vuestra ayuda?

—Señorita, contestó Enriqueta con serena dignidad; en este apuro no se me ha ocurrido tal idea. Si quereis...

—¡Silencio! repuso Blanca, observando que el enfermo se incorporaba con violencia.

Cárlos dirigió su vista hácia las dos mugeres, instaladas á su cabecera: la una vestida de blanco; de negro la otra: una severamente hermosa como Juno; otra de una belleza suave como Minerva.

—¿Quiénes sois vosotras? (les preguntó con esa precision brusca de los dementes). Vamos, ¡hablad pronto!

—Cárlos, cálmate por Dios! suplicó la señorita de Bayard con voz trémula y doliente.

—¿Eres tú, Enriqueta? (replió el delirante, dulcificando su áspera concision)... ¿Tienes al fin compasion de mis tormentos?... ¿No es verdad que hé sabido reprimir mi cariño, y mantener ocultos recuerdos, esperanzas, ilusiones...?

—Habladle, señorita, habladle, instó la huérfana, transida del hielo de la muerte, y pálida de terror.

—Callad, ordenó Blanca con imperioso acento. Dejadle hablar aunque me maten sus palabras.

—Acaba, Enriqueta, (reiteró Cárlos jadeante y fuera de sí) acaba de hacerme partícipe de tu secreto y fia en mi honra y en mi santo y noble amor... Yo te vengaré de tus verdugos.. yo te devolveré tu rango y tu decoro... ¡Basta de humillaciones! (gritó acometido de un raptó frenético) ¡basta de sufrir el yugo de la servidumbre!

—¡Lafleur! gritó Cristina desfalleciente, y agotando su valor en aquel arranque.

—Callad! exclamó Blanca asiéndola con presion convulsiva y dejándola caer sobre el sillón de brazos; os

prohibo interrumpirle, ni llamar en nuestro auxilio, ¿entendeis?

—¡Cristina! (gritó el enfermo llegando al punto mas alto de su peligrosa crisis) ¡Cristina!...

—¿Quién será esa mujer? murmuró Blanca, herida en el corazon por el dardo ponzoñoso de los celos.

—Escucha, Cristina, (añadió Carlos, enronquecido por sus gritos estridentes) yo te amo con todo el poder de un alma virgen cuando llega su hora... Yo te amo sin concebir otro amor que el tuyo... Huye conmigo de este pais funesto, y vamos á las selvas inmensas de América, donde no hay clases, conveniencias sociales, bien parecer, etiqueta...

—Carlos, vuelve en tí; mírame; interrumpió la señorita de Bayard palpitante de emocion. ¿No me conoces?

—Sí; te conozco; (respondió el delirante con estrema volubilidad) eres Elia; mi amiga incomparable; la confidente de mis primeros amores; la hermana de mi ángel; la compañera de su inocente vida; Elia de Sain-Medard; te conozco... ¿Sabes que existe?... ¿Sabes que vive junto á mi? que...

—Señor marqués, interpuso Cristina, levantándose azorada, y presentándose á la vista del doliente con objeto de variar la serie de sus fugitivas ideas.

—Marquesa... madre mia; (declaró Carlos con resolucion desesperada) podeis abrumarme á injurias; escu-pirme al rostro; maldecirme como á Cain... Blanca es un tesoro de virtudes. Cristina... ¡oh! no la insulteis. Yo la amo como un insensato. Ella me rechaza de sí... pero no puedo ser de otra... ¡Suyo ó muerto!... ¡Es mi última palabra!

Blanca se dejó caer en el sillón donde habia lanzado pocos antes á la huérfana, y rompió á llorar con desolacion inesplicable. Cristina contuvo á Carlos que se golpeaba la frente en el paroxismo de su furor.

—Hé aquí la temida crisis; (dijo desde la puerta de la alcoba el conde de Cagliostro, contemplando aquella escena,) crisis que vá á dominar ese arte despreciado,

de que la sábia antigüedad hacia un sacerdocio.

Blanca se levantó pálida, pero con todos los signos externos de la tranquilidad.

—Señoritas, (añadió el conde con eco solemne) permiti-
dme quedar á solas con el enfermo. La muerte se cier-
ne sobre su cabeza: yo voy á apurar los resortes de la
vida. Dejad el campo libre á los que van á combatir.

Blanca salió con paso lento, pero firme.

Cristina la siguió dominando su angustia.

—¡Dios mio! (murmuró la nieta de Bayardo) conser-
vad su vida, aunque desprecie mi amor.

—¡Dios mio! (esclamó la protegida de L'épée) salvad-
le aunque le pierda para siempre.

CAPÍTULO XI.

LA CONVALECENCIA.

Uosé Bálgame, conde de Cagliostro, y de Fénix otras veces, al decir de todos sus biógrafos, prófugo del seminario de San Roque á los trece años de su edad, fué confiado por sus parientes al Padre General de los BONFRATELLI, quien prometió hacer del rebelde muchado un monje del orden benedictino, conduciéndole al convento situado en las cercanías de Cartagirone. Consultando sus gustos y especial simpatía por la herborizacion, cometieron el encargo de instruirle al hermano farmacéutico de la casa religiosa; sugeto muy versado en historia natural y en conocimientos médicos; afecto á la enseñanza; prendado hasta lo sumo de la ardiente curiosidad y felices disposiciones del novicio; provisto de raros autores; rico en observaciones prolijas y estudiosas; orgulloso de ver á su alumno manipular drogas bajo su inspeccion inmediata con una sagacidad imponderable. Cerca de

cuatro años duró esta enseñanza amorosa, y ya se aplaudía el sábio monge de tener formado un sucesor digno, cuando una travesura diabólica en el refectorio, castigada con la correspondiente severidad, dió pretesto á la fuga del indisciplinado adolescente. El astuto siciliano habia hecho pacotilla de secretos preciosos y descubrimientos útiles; y en el curso de su vida aventurera debian producir más de un reflejo luminoso las lecciones químicas y experimentos científicos, recogidos por su espíritu infatigable en el retiro y en la holgura de la vida del claustro.

Huyendo de Palermo á causa de la escandalosa treta de que hizo víctima al platero Marano, el corredor de aventuras se refugió en Mesina, encontrándose con el armenio Althotas, especie de sacerdote del recóndito saber, vaciado en la turquesa de India y Egipto; mixto de brujo, médico y maestro de un culto tenebroso; personificación estravagante de esa sabiduría que no reconoce por su principio *el temor de Dios*. El trato íntimo de Cagliostro con este vástago de los magos, sus viajes al Oriente (sean ciertos ó ficticios), y la continuacion de sus especulaciones herméticas le hicieron adquirir un caudal de teorías y prácticas, que constituyó el mas relevante de los prestigios fascinadores, á cuyo favor tegió la odisea de su existencia escepcional.

Antes de circular sus programas de alquimista, de llamarse depositario del elixir maravilloso, de abrir sesiones de sonambulismo y visiones mágicas, de prometer jugadas seguras á la lotería, de pregonar que fabricaba verdaderos y deslumbradores diamantes, de evocar los muertos, de fundar logias masónicas bajo la pretendida reforma egipcia, y de permitir á Lorenza Feliciani productivos galanteos, Cagliostro apelaba á su habilidad médica, y en ella hacia estribar como en segura base el renombre que le diese filones de credulidad y orgullo que explotara en su astucia y osadía. Como notable empírico y distinguido naturalista se abrió paso en Londres, en Alemania, en Prusia y Paris; y excepto la

sustitucion de un niño, hijo de cierto ilustre moscovita, de que se le acusó, aunque sin pruebas para mas serio compromiso, en San-Petersburgo, afectos y enemigos de este personaje éstraordinario, convienen unánimes en que hizo curas de gran mérito en personas abandonadas por los hombres del arte de Esculapio, y en apelacion á las solas fuerzas de la naturaleza, ó á los efectos de la inagotable misericordia divina.

Sus pronósticos, respecto al jóven marqués de Belleville fueron de una exactitud sorprendente. La crisis sobrevino á la época anunciada, y el ataque al cerebro cedió á la receta misteriosa del hombre singular. La convalecencia determinóse, ajustándose punto por punto á los vaticinios de Bálamo, y á los quince días del acceso temible, Carlos pudo abandonar el lecho y hacer un ejercicio moderado por los acristalados corredores del hotel.

Son las doce y media de la mañana. El convaleciente, debilitado con el movimiento prescrito por el conde, entró en el gabinete de su madre, y ocupando una muelle poltrona, inmediata á la ventana, quedó sumergido en pacífico y profundo reposo. Juana Luisa leía con religioso recogimiento el ascético libro de Tomás de Kémpis. Cristina ante una mesita de labor tegía encaje de seda con una convulsiva celeridad.

Ruperta David, camarera de la señorita de Bayard, se introdujo precipitadamente en el aposento.

—¡Oh Dios mío! ¡Señora marquesa! exclamó con entonacion melodramática.

Juana Luisa le impuso el silencio con un signo imperioso, que hizo retroceder á la imprudente doncella; y observando con satisfaccion que las alharacas de aquella mujer no habian despertado á su hijo, salió del gabinete haciéndose preceder por Ruperta é informándose del motivo de aquella entrada súbita y alarmante.

Cristina que á las exclamaciones de la David dió tregua á su labor afanosa, volvió á engolfarse en ella, cuando hubo advertido que la marquesa viuda, despues

de un rápido diálogo con la servidora de Blanca, pareció según la dirección de sus pasos encaminarse al departamento de su bella y púdica sobrina. Sin embargo no pudo reprimir sus inclinaciones amantes, y teniendo el rubor sus mejillas, y húmedos los ojos de reprimido enternecimiento, por dos ó tres veces fijó su vista en el dormido jóven, acariciándole con ese rayo magnético que despide una tierna y profunda simpatía sobre el objeto amado.

Habia conseguido la huérfana dominarse, restituyéndose por entero á su trabajo, cuando el marqués abrió los ojos sin ninguna clase de movimientos que justificaran la verdad de su sopor, y mudando de postura en la poltrona, hizo á la vírgen de *Chateau-fleurí* levantar la cabeza sobrecogida y demudada.

—Cristina, dijo Belle-ville con acento apagado y conmovido, tened piedad de mí, y contestad á mis preguntas con franqueza; porque soy el mas infeliz de los hombres entre las torturas sin cuento de la incertidumbre.

—Señor Cárlos, repuso Enriqueta con extrema agitación, tened presente el compromiso de una esplicacion semejante. Nos vigilan... sospechan... Acabad por favor, y evitemos una sorpresa inminente.

—Sí; no perdamos tiempo; exclamó el convaleciente con voz baja y rápida enunciación. En mi delirio, Cristina, decidme, ¿he comprometido vuestro secreto?

—No señor; pero aunque para la señorita Blanca sean dos personas distintas Cristina y Enriqueta, recela de mí, me trata con desvío, y su camarera me dirige alusiones emponzoñadas.

—¡Miserable! murmuró el guardia con rabia sorda.

—Desde aquella noche... ¡cuánto padecí en ella!... vuestra prima sufre y se desmejora visiblemente. Aun no hé descubierto en el proceder de la señora para conmigo un indicio remoto de que le haya comunicado sus recelos la señorita Blanca.

—La marquesa desconoce el disimulo, repuso Cárlos, y es incapaz de todo manejo cauteloso.

—El señor Janicot me dirige discursos tan originales y oscuros, añadió la huérfana, que me sumergen en tristes confusiones, y conozco que soy objeto de conjeturas y conversaciones que me estremezco de calcular.

—Calmaos, Cristina, replicó angustiosamente el mancebo. No exajereis vuestra situación, ni deis cabida á temores que precipiten vuestros pasos, y me arrastren á una estremidad dolorosa.

—¡Qué decís, caballero!

—Perdonadme, ángel mio, respondió el gentil-hombre enagenado por el dolor; mas quien sabe contener su cariño en los límites estrechos en que encierro la pasión que me devora, quien llega á ocultar al Vesubio entre las nieves del polo glacial, y á sacrificarlo todo al esclusivo goce de habitar bajo el propio techo que cobija al ídolo de un culto sagrado y misterioso... ¡ah Cristina! ese hombre podrá no tener derecho á que sea correspondida su costosa abnegación; pero fuera monstruoso negarle un título á suplicar que no le roben el átomo de luz que le es permitido.

—¡Egoísta! respondió la doncella sonriendo entre lágrimas. ¿No conocéis que un día ese disimulo queda frustrado por uno de esos arrebatos de la juventud que desvirtúan los mejores propósitos? ¿No comprendéis que en esa revelación arriesgo mucho mas que vos incalculablemente?

—Bien, amor mio, rogó el marqués con sumiso rendimiento; yo no os suplico que permanezcáis en esta casa indefinidamente y por conservar me la vida con vuestra encantadora presencia. Otorgadme una dilación en vuestra partida, mi bien: que yo tenga un plazo dentro del cual pueda poner en juego mis recursos. Tal vez sean vencidos obstáculos que hoy parezcan insuperables.

—¡Imposible! concluyó Cristina con eco sordo y fúnebre:

—Me haceis temblar, contestó el marqués desalentado. Es cierto que los principios de mi madre son harto severos en punto á gerarquías, derechos paternos y de-

beres de los hijos; pero ¡me quiere tanto! Y luego una muger aprecia la entidad de los sentimientos mas que los hombres, encallecidos por el egoismo social. Espiaré un momento oportuno. Arrostraré resignado sus primeras y amargas reconvencciones. Pondré á prueba los resortes de inspiracion de los momentos criticos, y...

—Y hareis desgraciada para toda la vida á la señorita de Bayard, acabó Enriqueta con resolucion solemne.

—¿Y quién tiene la culpa de esa pretendida desgracia? preguntó irritado el jóven.

—Bajad el tono, dijo la huérfana con sobresalto.

—Yo no he sabido, os lo juro por la memoria de mi excelente padre, que se tratara de continuar en Blanca y en mí la union de nuestras casas ilustres. Yo no he fomentado con mis galanterías las esperanzas de esa niña, en quien siempre he visto una hermana á quien proteger y colocar un dia dignamente. Ahora me esplico ciertos casos en que antes no fijé la atencion; pero en ellos nada descubro que autorice á suponerme convenido en semejante proyecto. Mucho respeto me debe la voluntad de los autores de mi sér; mas no es justo que inmole en sus aras la felicidad de mis dias futuros: y á despecho de todos y de todo, Enriqueta, sois la elegida de mi corazon y sereis mi esposa ó la rama de los Belle-villes se agotará en mí.

—Carlos, (respondió la doncella haciendo costosos esfuerzos por ahogar la pasion que vibraba en su voz commovida) olvidais que mi situacion se envuelve entre las sombras; que debo confundirme para que no me conozcan por lo que he sido, ni me descubran en lo que soy. Me veo en la situacion vergonzosa de una reclusa, escapada de su infamante asilo,...

—Pero sois inocente, repitió el guardia de corps de la Magestad Cristianísima: lo habeis jurado y yo lo creo.

—Marqués, repuso la protegida del abate de L'épée, con dignidad soberana, un Belle-ville no aceptaria á la misma Susana de la Escritura hasta despues de realiza-

da su justificación. Yo tampoco envileceré al hombre que amo; y moriría mil veces antes de abasar de su afecto, ligándole al oprobio que no merezco y me agobia.

Carlos hizo un movimiento para arrojarse á las plantas de Cristina; pero un rumor de pisadas en los corredores le detuvo, y en tanto que la huérfana emprendía de nuevo y con brío su interrumpida labor, el mancebo se apoderó del libro de Kempis, dejado sobre un sillón inmediato, fingiéndose embobado en su atenta lectura.

Lafleur venia del cuarto de su señor, y pasó por la puerta del gabinete sin dirigir una mirada á los amantes, ni parecer apercibirse de que hubiese gente en el aposento. Perdiéronse sus pasos, lentos y regulares, hácia el fin de la galería y en dirección á las oficinas interiores de la casa.

—¡Me amais! exclamó Belle-ville ebrio de ventura. ¡Me amais y me lo habeis dicho! ¡oh! gracias, luz de mis ojos, por esa suprema compensación de mis quebrantos.

—Os amo, repitió Enriqueta con triste gravedad; y os lo digo porque procede la franqueza cuando no la coarta el temor de contingencias arriesgadas, que la separación evitará muy pronto.

—¿Sereis implacable? interrogó Carlos con ansia cruel.

—No sabeis ya que os amo? respondió la misérra Armand en la explosión de su pena. Si huyo de vos, Carlos, si me sustraigo al hechizo que me cautiva, si corto el último vínculo grato que me hace soportar el peso de una existencia intolerable ¿quereis que sea sin poderosas razones, sin terrible lucha, sin dejar en los abrojos de mi camino un rastro de sangre?

—¡Dios mío! prorumpió el fogoso marqués en invocación exaltada. Dadme un rayo de luz para que yo la una irrevocablemente á mi destino, ó quitadme la razón ó la vida para que no aprecie su pérdida.

—¡Calla, insensato! añadió la huérfana vivamente, y estendiendo la diestra como en actitud de tapar la boca que profería tan desesperadas frases. Calla, y no me hagas arrepentir de mi espontaneidad.

Cárlos se recogió un instante en reflexion melancólica.

Cristina procuró en balde absorber en el trabajo la agitacion de su alma.

—Un momento aun, dijo el gentil-hombre con entereza... Por algunas palabras de Ruperta David hé colegido que pensabais en dejar á BELLE-VILLE. Mi madre nada sabe de vuestra determinacion, porque de otro modo me lo hubiera manifestado al referirme con elogio vuestras vigilias y solicitudes mientras duró el periodo temible de mi enfermedad... ¿Puedo saber el motivo que produce la noticia de la camarera de Blanca, mientras la ignora la marquesa?

—Si señor, respondió la desventurada Hárrison. Mi resolucion de abandonar este hospitalario albergue estaba tomada desde que fui reconocida por vos; y sin embargo ¡necia de mí! yo debia comprender que esto sucederia sin remedio, y prevenir los sucesos con oportunidad y cordura. Me ha perdido la curiosidad de volveros á ver, Cárlos. Callé mi secreto á un sacerdote, á un protector, y á un consejero tan prudente; y bien espío mi culpable conducta; porque salgo de esta casa con la muerte en el corazon, y os dejo desgraciado tambien, y por mi causa, amigo mio.

—Continuad, Cristina, agregó el mancebo en ese colmo del dolor que petrifica la fisionomía humana.

—El nombre de Belle-ville, proferido por el señor abate, despertó mis recuerdos; pero me hice cargo de que las nobles familias de Francia son extensas, y que un apellido propio distingue á varias ramas de un tronco ilustre que les es comun. Al examinar vuestro retrato reconocí el adolescente de mis amores de sencilla colegiala, y entonces se apoderó de mí el fatal prurito de veros; de oiros; de espíar la huella de mi imágen en vuestra alma. ¡Vanidad mugeril! Yo anhelaba cerciorarme de si me habías olvidado...

—Pluguiese á Dios, interumpió el marqués con amargura.

—Si entonces hubiera sido franca con el digno abate de L'epée (siguió la huérfana con ingenuidad interesante) me hubiera ahorrado muchos y acerbos sinsabores; porque, sabedlo de una vez, Carlos, vos que os quejais de vuestra suerte, yo tengo celos de esa Bayard; noble; pura; respetada; unida á vos por el deudo; participe de vuestro apellido; que os ama como yo; que cuenta con el apoyo de vuestra madre, y los proyectos de dos razas egregias; que se gloria de que interpreten el cariño que os consagra, y me obliga á que me reconozca todavía mas abyecta y miserable de lo que soy á los ojos del mundo, arteramente engañado por la impostura.

—Me teneis suspendido alternativamente entre el paraíso y el infierno, replicó el marqués apretando los dientes con una fuerza convulsiva. ¡Oh muger bendecida y funesta para mí!

—Sabedlo todo, (continuó la víctima del pérfido Wálter con decision absoluta). Al procurarme un refugio en esta casa no me atrevía á mirar al porvenir, y dejaba la comision de acordar lo que habia de hacerse en este punto á cargo del señor abate; porque no tenia fuerzas para trazarme una ruta; porque me era indiferente vivir, resignarme á considerar perdidos mi nombre y mi personalidad, ó morir desconocida, execrada, ó restablecida mi inocencia.

—¿Quiénes son tus enemigos? preguntó Carlos con mirada centelleante, ¿cuántos son? ¿dónde están?

—Dejadme concluir, dijo la huérfana. Hé pagado á muy alto precio la satisfaccion de conocer que vivia en vuestra memoria, Carlos. En pocos meses de habitacion en BELLE-VILLE, hé convertido en amor, tiránico y violento, una reminiscencia dulce; una ilusion serena y tibia, como la luz de esas lámparas del templo que arden ante el santuario. Hé probado el tósigo de los celos; ahogando el gérmen desastroso de la envidia con toda la energia de que me era dable disponer en los intervalos lúcidos de mi febril pasion. Hé perdido la confianza en mi fé cristiana, en mi educacion católica, y en mis há-

bitos morales; porque ellos no han bastado á defenderme de la curiosidad infausta y de las temeridades sucesivas, que han dado de sí tan deplorables frutos. Hé aprendido á conocerme, y en el fondo del abismo en que yacen mi reputacion y mi nombre, distingo claro y tremendo el anatema que los inhabilita para salir á luz. Por eso, (añadió Cristina, levantándose é inspirada como las sibilas de la antigüedad,) salgo de *Belle-ville* para someterme ciega y tenaz á mi estrella enemiga; voy á afrontar esa ignominia y ese baldon que me tienen preparados; y ya que el sacrificio se halla dispuesto, que la victima se ofrezca voluntariamente.

Carlos hizo un esfuerzo para levantarse.

Cristina previniendo su accion salió con ligero paso del gabinete.

Capítulo XII.

UNA ESPONTANEIDAD.

OBTENIDO el permiso correspondiente de la marquesa viuda, Cristina, acompañada por el sordo-mudo Javier y un viejo sacristan de la parroquia, se aprestaba á dirigirse á Montreuil para conferenciar con el benéfico abate, su protector. La huérfana en anteriores entrevistas con el insigne eclesiástico le habia expuesto los riesgos continuos de su posicion excepcional, y la cuestion gravísima de escoger entre una vida aventurera y erizada de ásperas dificultades, ó el valor de afrontar resueltamente las consecuencias de reabrir el proceso, seguido en rebeldía, aduciendo las pruebas posibles de su inculpabilidad. Antes de resolver un punto de tamaña trascendencia el abate L'épée pidió tiempo para deliberar maduramente, y tomó informes minuciosos de los sucesos, y precisó á su favorecida á formular detalles, que á falta de otros testimonios le suministrasen indicios suficientes á impugnar los cargos, sustentados en Bruselas por la habilidad inicua de Wálter. El noble patrono de los sordo-

mudos dejó trascurrir quince días sin comunicar noticia suya á la vírgen de CHATEAU-FLEURÍ. Javier se presentó en BELLE-VILLE, no pudiendo sufrir tan largo espacio de no ver á su ángel custodio, y con el pretesto de noticiar á Enriqueta que su bienhechor habia partido á París; pero aquel día era el de la crisis para el jóven Carlos, y el prohijado del señor abate, despedido sin audiencia por Janicot, restituyóse al presbiterio cabizbajo y abatido. El activo L'épée confirió el caso con un señor Geffard, su antiguo discípulo en las aulas de derecho, y este famoso práctico en investigaciones jurídicas aconsejó recoger mañosamente pruebas de la residencia forzada de Cristina en la casita misteriosa de la alameda de los tilos; y no solo trazó los medios de obtener la deseada justificación, sino que tomó á su cargo realizarla, valiéndose de agentes seguros y expertos. El sacerdote llamaba á la desventurada Armand para conferir solemnemente acerca de la resolución definitiva que debia tomarse en el asunto, y participarla al mismo tiempo una carta extensa de Geffard, relativa á los extremos que procedia poner en claro al propósito de su rehabilitación ante los tribunales belgas. Javier y el anciano servidor de la parroquia esperaban en el corredor bajo. La huérfana pisaba el primer peldaño de la escalera cuando fué detenida por el mayordomo con instancia galante.

—Una palabra, señorita Hárrison, dijo Janicot con extrema dulzura; permitidme un minuto.

—Os escucho, señor Janicot, repuso Cristina con mal disimulada impaciencia.

—Me apresuro á pedir os escusa por algun que otro propósito ambiguo de mi parte, y en raras oportunidades de entendernos, libres de curiosos ó impertinentes.

—Estais escusado, respondió la doncella de Juana Luisa, deseosa de cortar la extravagante esplicacion.

—Yo he debido dar un paso directo en el particular, añadió el mayordomo con sonrisa misteriosa, y si me autorizais á esperar benevolencia y agrado á honradas proposiciones....

—No os entiendo, interrumpió la jóven con despegada seriedad.

—Yo me entiendo, respondió el desalumbrado seneceto, moviendo la cabeza en signo de maliciosa penetración. Me espontanearé con la señora marquesa, como cuadra á vuestro carácter púdico y reservado, y á mis circunstancias particulares. Estamos convenidos en este punto, señorita y no digo mas.

—Tanto mejor, contestó Enriqueta encogiéndose de hombros y dando un paso adelante.

Janicot se interpuso con insistencia respetuosa, pero firme.

—Aun resta que oír. Seré breve, agregó saludando con ceremoniosa pausa.

—Señor Janicot, esto es demasiado, le hizo observar Cristina con dignidad imponente.

—Me lisonjeo de que no sea verdad lo que asegura la señorita David.

—¿Y á qué se reduce? preguntó la jóven trémula.

—Afirma Ruperta que pensais abandonar á BELLE-VILLE por yo no sé qué especie de galanteos. Conozco á lo que alude la bachillera; pero á fé de hombre de honor que no he de permitir que se murmure de mis puras intenciones cuando en ellas, os juro....

—Señor Janicot, me esperan, dijo la señorita Hárrison alejándose del infatuado viejo, persuadido de que su amor podia ser un porvenir para la huérfana, amparada por el abate de L'épée.

Fácil era advertir que en BELLE-VILLE pasaba algo de extraordinario. Blanca de Bayard no salia de su habitacion á pretesto de fuertes dolores de cabeza, y Ruperta David se permitia alusiones y palabras acerbas contra cierta presumida insolente, que osaba equipararse á una nieta del caballero Bayard; mucho mas hermosa que la reina Margarita de Navarra, y tan noble y elevada como la perla de Castilla, madre de San Luis. Carlos, casi á punto de volver á las tareas de su ministerio en la corte, parecia dominado por una sombría preocupacion,

y su carácter dulce y expansivo tomaba un tinte de distracción penosa y ensimismamiento triste. La marquesa viuda pasaba muchas horas en el departamento de su sobrina; y al venir al comedor, al recibir alguna visita ó disponer los asuntos domésticos, notábase pronto en su fisonomía un disgusto mal reprimido, una escitacion contenida; pero cercana á estallar al primer choque de una circunstancia cualquiera con su natural brioso é inhábil para el disimulo. En cualquier caso comun de la vida de familia el marqués hubiese tratado de explorar lo que encerraba una situacion violenta, apesar de las precauciones por revestirla de fórmulas normales. Había preguntado á su madre por la salud de su prima; pero Juana Luisa Constanza, en vez de invitarle á visitar á la enferma, contestó con duro laconismo, y puso término á las esplicaciones como si temiera la ocasion de franquear un pensamiento inconveniente. Adelantó con sumo tacto algunas atenciones cariñosas para estimular á la ilustre viuda por ese resorte; mas la frialdad y el continente severo de la marquesa le probaron que no era llegada la hora de saber el motivo de aquella conducta estraña. Carlos, harto desgraciado con la pasion sin esperanza que sepultaba en lo mas hondo del pecho, herido en su delicadeza por el resentimiento infundado que en sus deudos advertía, y receloso de provocar una escena desagradable con sus conatos por averiguar la causa de aquel raro proceder, tomó el partido de callar, y sufrir impasible las futuras contingencias.

Al declinar la tarde, y sintiéndose poseido de ese entorpecimiento soporífico que produce el pesar en naturalezas que embeben las angustias en su aparente calma, el marqués fué á sentarse en el cierro del balcon principal en la fachada de BELLE-VILLE, y en el sillón de reposo oculto por un cortinaje de damasco á franjas amarillas y carmesíes, cuyo vuelo permitía un espacio holgado y cómodo entre el acristalado arazon del hueco de luz y la elegante cortina que servia para interceptarla en el salon mas amplio del hotel. Carlos se aco-

modo en el mullido asiento; echó atrás la cabeza con indolente melancolía, y cerró los ojos con el empeño tenaz del que procura arrancarse á la conciencia de sí mismo; pidiendo al sueño esas alas de mariposa que permiten á la fantasía divagar por los horizontes imaginarios. ¡Tentativa inútil!... Dos ó tres veces el jóven cortesano experimentó la suave proximidad de su espíritu á un plácido embeleso; y otras tantas la vida real, los recuerdos fatigosos y una punzada sorda en el corazon le devolvieron el peso de la existencia, de que comenzaba á desembarazarse en la beatitud del éxtasis. El dia tocaba á su fin, y las sombras empezaban á enseñorearse de la naturaleza, entorpecida por los últimos rigores del invierno. El guardia, cansado de llamar en su auxilio á la influencia bienhechora del hermano de la muerte, iba á levantarse del sillón cuando un rumor de pasos lentos y casi extinguidos en la doblez de la alfombra le obligaron á permanecer inmóvil. Detuviéronse los pasos cerca de la chimenea, en que se consumían los restos de un fuego restaurador. La persona recién llegada arrastró una silla. Crugió la seda al roce del mueble. Una tos seca dió á conocer al mancebo que la marquesa viuda se instalaba en el salón; disponiéndose á dar principio á una resolución grave y enérgica. El amante de Cristina se abstuvo de todo movimiento que denunciara su presencia en aquel sitio.

Trascurrido un cuarto de hora nuevos pasos llamaron la atención del marqués, despertando su curiosidad vivamente. Percibió que aproximaban una silla, y que el sugeto que tal hacia tomaba asiento con despacio, como en signo de respetuosa deferencia.

—Hablad, señor Janicot, dijo en fin la marquesa con tono amable.

Cárlos alargó el oído para que no se le escapara una sílaba de aquel diálogo singular.

—Señora, comenzó el mayordomo turbado al principio de su explicacion; antes de entrar en materia permítame usia esperar el perdon de mi atrevimiento en

proponer este coloquio, tratándose de mi exclusivo interés.

—Dadle por otorgado, replicó Juana Luisa concisamente

—Voy á poner á prueba mis escasos méritos, añadió Janicot animándose; y bien necesito de todos los recuerdos en mi favor para disculpar un paso que sin advertencias preliminares pareciera una indisciplinable osadía.

—Treinta años de honradez y fidelidad autorizan alguna llaneza, observó la esclarecida viuda. Proseguid.

—¡Ah señora! exclamó el antiguo servidor de Belleville con entonación trágica. Los años no pasan en balde, y ellos desengañan de ilusiones vanidosas, y curan de maniáticas aprensiones. Yo siento el vacío en torno de mí, y echo de menos hoy esa familia, esos cuidados sin precio, esa providencia del hogar, sin cuyo socorro me prometí acabar mis días á la pérdida de mi consorte, que Dios haya recibido en su seno.

—Adelante, repuso la marquesa con su magestuosa imperturbabilidad.

—Gracias á la generosidad de mi difunto señor, continuó el mayordomo, y merced á vuestra bondad esquisita, he reunido un capital decente, sin ápice de mengua en mis manejos. Por mas que parezca robusto y ágil, señora, es la verdad que toco al periodo de la decadencia, en que mi decoro me aconseja ceder el puesto á inteligencia mas clara y activa; proporcionándome á la vez el descanso y los domésticos y pacíficos goces....

—¿Quién es la elegida? preguntó la dama con su laconismo habitual.

—Señora, siguió diciendo Janicot un poco balbuciente; traigo á la memoria que hace poco tiempo, y notando algun interés de mi parte hácia la señorita Paulina, camarera de usía, me declaró....

—Sí, le interrumpió Juana Luisa, que era inútil el galanteo porque mi ahijado Barthelémí tenia prometida su mano.

—Pues bien, señora, insistió el viejo. Hoy en vez de

hablar á la interesada.... no, á la interesante mejor dicho, quiero conciliar el logro de mis rectos fines con el respeto debido á vuestra persona y familia, apelando con sumision á vuestro permiso, debiendo á vuestro amparo un resultado eficaz, prometiéndome de vuestra benevolencia inagotable una cooperacion feliz y bendecida á mi dicha futura.

—¿Se trata de Ruperta David? interrogó la marquesa con un ligero tinte de ironía.

—¡Oh! no señora, respondió Janicot desconcertado. La señorita David es una muger completa sin duda.... dotada de escelentes cualidades.... pero ¿qué comparacion tiene con mi tipo, con la sin par señorita Hárrison?

Un ruido violento hizo volver simultáneamente la cabeza á los interlocutores.

Cárlos de Belle-ville, saliendo de su escondite con brusca impaciencia, avanzó hasta colocarse entre el mayordomo y la escelsa viuda. Janicot se puso de pié con presteza y sobresalto.

—Señor Janicot, basta de majaderías! dijo el marqués con voz iracunda.

—Señor, observe usía que....

—Si la señora marquesa, mi digna madre, tolera expansiones ridículas, disculpando con la edad la audacia, yo no sufro espontaneidades, tan impropias en vuestra condicion, y tan faltas de respeto.

—Marqués, (exclamó Juana Luisa con reconvencion imperiosa) hablais ante una madre y con el último criado de los que conocieron á vuestro padre, que de Dios goce.

—Señora, añadió Cárlos inclinándose, es un abuso indigno de vuestra amabilidad el que se prometia este hombre, y aprecio demasiado vuestra delicadeza para consentir que nadie la afecte mientras yo respire.

—¡Basta! cortó la marquesa con severidad. Janicot, tened la bondad de salir, dijo al mayordomo que abandonó el salon sin darse cuenta de lo acontecido.

—Caballero, dijo la dama á su hijo con voz sorda, vuestra ira os vende, y confirma las sospechas de un capricho inescusable. Enriqueta Hárrison es mucho para querida y harto poco para esposa vuestra.

—Madre mia, repuso el marqués retrocediendo con temerosa humildad, ese language....

—¿Me reprendeis, caballero? preguntó con altivez la nieta de Bayardo.

—Dios me libre, señora; pero estais imbuída en un fatal error. Yo sé respetar todos los fueros y no ultrajo con mis caprichos los de la virtud y la desgracia.

—Basta, caballero, dijo la marquesa disponiéndose á salir del salon.

—¡Ah madre mia! (esclamó Cárlos con reconvencion dolorida y angustiosa). ¿Quién se ocupa en desviar de mí vuestro cariño?

—Hablarémos pronto y claro, marqués, declaró Juana Luisa con solemne tono, y evacuó el aposento.

Capítulo XIII.

EL ENCUENTRO.



Q uiso Cristina empezar sus revelaciones respecto al cariño peligroso del marqués con prevenir al abate las causas de su reserva cuando supo que le habia deparado un asilo en BELLE-VILLE; pero á las primeras indicaciones el egregio Carlos Miguel de L'épée se manifestó enterado de las hablillas de la servidumbre por tal motivo, y léjos de acusar á la huérfana de disimulo y temeridad, la escitó á la confianza con paternal ternura, y noticioso de cuanto en el asunto habia, prometió escribir á una parienta, avecindada en SAINT-CLOUD, escitándola á guardar á la jóven desvalida en tanto que las diligencias del astuto Geffard proporcionaban la prueba inconcusa del rapto y la arbitraria prision en la casa, oculta entre los tillos, como una víbora entre las varetas de la zarza silvestre.

El abogado de París se congratulaba de tener dis-

puestos hábilmente los recursos para semejante justificación; porque la Dubois, cínica y segura de quedar impune, habia confesado á la autoridad de policía el ajuste de su casa rústica por conducto del baron de Hudley, por tres meses, y para alojar á una señorita que llegaría de un momento á otro de los Países-bajos. Se habia explorado el nombre de la vieja furia, encargada en la inmediata vigilancia y asistencia de la joven Armand, sabiéndose que se llamaba la comadre Belli, viuda, y madre de un sátiro en gérmen, y que debia residir en los alrededores de la capital, estando los hurones en olfateo de su madriguera. Los efectos que la protegida del mísero Fabricius no pudo sacar de su prision, y la maleta de cuero que contenia la ropa blanca se husmearon vendidos por cierto señor Huguell á un ropero del Temple, y firmado el recibo de su importe por el *maggiar* en el libro de pagos del establecimiento, segun costumbre inveterada en las chalanerías con el móvil de testimoniar la buena fé de las adquisiciones. Geffard era de opinion que una vez combinados estos materiales, y conseguida su coordinacion auténtica con intervencion del poder jurídico, y á pretesto de lo que se llama en el foro JUSTIFICACION AD PERPETUAM REI MEMORIAM, Cristina, acompañada de su valedor, se sometiese al tribunal de Bruselas, presentando el testimonio obtenido en Francia de su cautividad inicua, y la tutela piadosa del padre de los sordo-mudos que la mantuvo al abrigo de persecuciones y asechanzas en guaridas respetables, y mientras se lograba formular el expediente con los requisitos que garantizaran su validez. El número de la Revista intitulada EL FORO que daba precisa idea de la acusacion fiscal se remitió al inteligente discípulo del abate; y en su carta no solo era de dictámen hostil á la pérfida intencion del escrito, sino que ponía en relieve el débil fundamento de los cargos y lo gratuito de los supuestos, insuficientes á producir la conviccion que supone la condena, aun condicional y en caso de rebeldía.—«En ese documento (decia Geffard) hay demasiado arte: tanto ar-

te que ya descubre lo que intenta oscurecer. Dudo mucho, caro amigo, que los jueces hayan tomado por base de su fallo los artificios de una oracion ingeniosa, cuyo fondo no resiste á los embates de la reflexion.»—Y en efecto el tribunal, poco despues de la deposicion de Wálter Roche, se abstuvo de asentir á la pretension del acusador público, y su sentencia amplió las exploraciones del sumario; declarando no haber datos bastantes para formar juicio. Jonathás Hubner no se atrevió á increpar esta decision de los magistrados en EL FORO; entre otras razones, porque no admite censura el ánimo de un sacerdote de Astrea, que suspende la espada de la justicia hasta la evidencia del acto punible, y porque no cabia en las apariencias de neutralidad de sus comunicados anteriores la reprobacion terminante ni embozada de una dilatoria, que tenia por blanco depurar los hechos, sacarlos del dominio de actualidad, y asegurar las condiciones y garantías de la sentencia.

Cristina se mantuvo firme en el designio de presentarse á la autoridad en Bruselas tan luego como tuviese probado el atropello de que fué víctima, y su detencion en la casita misteriosa de la Dubois. El abate prometió sacarla en breve de *Belle-ville*, encargándole suma prudencia y esmerado tacto mientras venia contestacion de la parienta de Saint-Cloud. Elogió el sacrificio de su afecto al bizarro marqués en aras de las distancias sociales; en pró de los intereses y miras de una familia patricia, y en obsequio de una muger amante, y consentida en unir á su felicidad la idea del deber y la conveniencia de dos razas generosas, L'épée templó con la insinuante suavidad de sus discursos la irritacion de aquel espíritu juvenil, acosado por toda especie de aflicciones y angustias; y al eco de su voz consoladora si la esperanza no desarrolló sus ópticas mágicas, la fé amortiguada un tanto en la doncella, despidió vivos y puros reflejos, y la resignacion obtuvo el triunfo sobre esos ímpetus rebeldes de la debilidad humana, que dan continua demostracion al principio aquel de las sagradas escrituras:
«el justo peca siete veces al dia.»

El astro diurno hundia su disco en el ocaso, y no habia tiempo que perder si la huérfana proponiase entrar en BELLE-VILLE antes de venir la noche. El viejo sacristan debia ocuparse en disponer la capilla del baptisterio para una ceremonia solemne, y de *arancel crecido*, como él decia con vivas muestras de satisfaccion. Javier recibió con alegre semblante la orden de servir de escolta á Cristina, y el abate le indicó por medio de los signos de mano de su invencion particular la delicadeza y miramientos que exigian el encargo, y la confianza de semejante comision. El sordo-mudo fué á tomar su sombrero, y á recoger cuidadoso pizarra y lápiz á fin de entenderse con la jóven, mientras que el respetable eclesiástico encarecia á su protegida la necesidad de reprimir las expansiones amorosas de Cárlos, conteniendo sus ímpetus con aspecto digno, y tratando de desvanecer sospechas en el espacio que tardara la resolucion del refugio en Saint-Cloud. Javier apareció, dispuesto á cumplir su cometido, y la desventurada Armand, algun tanto mas conforme con su aciaga suerte por el aliento que supo inspirarla el sacerdote, se despidió de L'épée, besando su mano con efusion de cariño y respeto, y alejándose del presbiterio con lentitud; volviendo repetidas veces la cara para saludar enternecida al anciano, que la seguia desde el umbral con mirada llena de afectuoso interés.

Al atravesar las calles de Montreuil Cristina y el sordo-mudo pocos transeuntes dejaron de reparar el tipo seductor de aquella muger, de condicion modesta á juzgar por su trage y sencillo tocado; pero desmintiendo la humildad de su condicion aparente con la distincion de su persona, la belleza y regularidad de sus facciones, su andar elegante, y sus maneras desembarazadas.

Otros, despues de observar á la huérfana, concedian á Javier su atencion, notando el esmero asídúo y la tierna solicitud con que el mancebo conducia á la linda muchacha, explorando el paso mas fácil en las travesías obstruidas por el lodo, manteniéndose á su lado cuida-

dosamente, reteniéndola con cautela vigilante cuando podían separarlos grupos ó discursó diverso de gente.

BELLE-VILLE distaba poco de Versailles; pero habia que emprender el camino por el arrecife, y al llegar á un abrevadero y fuente, sitios á tiro de bala de fusil de las últimas viviendas de la ciudad elevada á corte se distinguía un atajo, practicado recientemente por entre una masa de álamos negros, y de irregular estructura, que desembocaba en la plazoleta del hotel, ahorrando mayor trecho de carretera para salir á un valle, á cuyo extremo distinguíase la pintoresca morada de la familia de Carlos en perspectiva deliciosa.

No bien habian pasado del postrer albergue de la poblacion para entrar en la alcantarilla que daba principio al arrecife, Javier escribió una línea en su pizarra, presentándola á su compañera con timidez infantil.

—«¡Ay señorita! (decía el renglon). Soy muy desgraciado.»

La huérfana sin detener su marcha borró con su pañuelo la sentida queja, consignando esta pregunta:

—«¿Qué te pasa, Javier?»

Devueltos lápiz y pizarra al sordo-mudo, éste con la rapidez convulsiva de los desgraciados de su clase, y la conmocion peculiar á los padecimientos que carecen de natural desahogo, trazó estas cláusulas sin interrumpir sus pasos para seguridad de los caractéres.

—«El señor abate me aleja de su casa. Ya no podré veros, hermana mia. Me llevan á París.»

Cristina afectada por la desolacion que se traslucia en estas frases les dió breve réplica:

—«¿Dónde vas, amigo mio?»

Javier besó aquel amable título, antes de borrarle, y respondió con extraordinaria presteza:

—«Me reclama el abate Sicard. Voy al instituto. Quieren hacer de mí un pintor.»

—«Es un arte lleno de encanto,» replicó la huérfana por los medios de comunicacion recíproca que sostenian este diálogo sin entretener á los viageros en su ruta hacia BELLE-VILLE.

—«Ha sido inútil mi resistencia (repuso Javier en mas extenso período). Mi protector se mantuvo inexorable, y dice que en un año no saldré del colegio. Me pesa la vida.»

La doncella de Juana Luisa contestó enérgicamente:

«—Te dan una profesion honrosa; te abren un porvenir risueño. Sé agradecido á tus bienhechores, y obedece sus voluntades que se dirigen á tu bien futuro.»

Y al restituir pizarra y lápiz al patrocinado del abate de Lepée, Cristina aceleró su marcha, evitando que unos tragneros que pasaban á la sazón notasen aquella correspondencia, rara entónces, y escasamente conocida sobre todo por el vulgo, y harto extraña para que no se atragera una curiosidad enfadosa.

Javier tan pronto como se alejaron los rústicos, conductores de hortaliza para el mercado de Versailles, escribió presuroso estas palabras que mostró á su interlocutora:

—«Perdonadme, señorita; pero no tornar á veros es una idea que me mata. ¿Olvidareis á vuestro pobre y afligido Javier? ¿Os alejareis de estos sitios para no volver mas?»

La vírgen de CHATEAU-FLEURÍ fué lacónica en su respuesta:

—«Donde quiera que yo vaya me acordaré de tí con gusto.»

—«Mi vida os pertenece (añadió Javier con mano temblorosa). Sois mi ángel bueno.»

Enriqueta retuvo pizarra y lápiz para impedir que continuara el curso de la manuscrita conversacion, sintiendo á sus espaldas los pasos de varias cabalgaduras, y el eco de un diálogo entre los ginetes, que se acercaban, entretenidos en plática picaresca. Poco antes de llegar á la fuente y abrevadero emparejaron con la jóven, mirándola con indagacion descarada, y conteniendo el paso de sus caballos cada vez mas.

Cristina, esquivando la curiosidad importuna de tres caballeros de traza altiva y aventurera audacia, precipi

tó el paso hácia el atajo contíguo, abierto en el espeso plantío de álamos que extendíase á un lado del arrecife, cual un muro que impedía registrar el valle ameno en que se levantaba como un oasis deleitoso el hotel de BELLE-VILLE. Javier, impedido de expresar su enojo con palabras, dejó escapar el sordo gruñido de un perro cuando amenaza con sus iras, y fulminando á los atrevidos caballeros una mirada rebosando enojo, siguió á la jóven hasta el ingreso del atajo con fiera apostura y decision belicosa.

—¡Linda villana, señores! dijo el ginete que mas se habia aproximado á la huérfana, continuando su camino al trote al favor de un aviso de la espuela, entendido por su alazan.

—Sí, repuso el tercero en línea con desdeñoso tono, pero zahareña y fosca si las hay.

—Venimos demasiados pretendientes, observó el segundo encogiéndose de hombros; pero encarguemos la conquista al señor de la Roche para cuando concluya de beber su caballo. ¿Qué os parece, Hudley?

El designado con este nombre lanzó una carcajada ruidosa: volvióse hácia el abrevadero donde el cuarto de la cabalgata concedia á su caballo alivio á su sed y refrigerio á sus fatigas, y le dijo con burlona franqueza:

—Wálter, ahí os queda una ninfa de estos verdes campos. Aprovechad la ocasion, amigo.

Cristina, que distaba diez pasos escasos del atajo, quedóse inmóvil y petrificada como la muger de Lot al desobedecer el mandato divino; girando la cabeza involuntariamente hasta fijarse en su verdugo.

—Allá voy, señores, replicó Wálter, recogiendo las bridas á su tordo tostado, y lanzándole al galope en direccion á la aterrada doncella, que retrocedió estendiendo las manos despavorida, y humillando la cerviz.

Roche se estremeció al distinguir las facciones de la víctima escapada á su poder, y avanzó con los ojos flameantes, la boca entreabierta, y jadeando de angustia; pero Cristina recuperó su valor á la proximidad del pe-

ligro; escribió dos vocablos en la pizarra, y entregándola con el lápiz al sordo-mudo, se internó en la tortuosa vía con ligereza.

Javier leyó el escrito que decía—«DETENLO: SÁLVAME,» y se interpuso en la entrada del atajo con resolución brusca. Wálter reprimió su primer impulso, y disimulando la impresión, continuó galopando á lo largo del arrecife.

—¡Es ella! (murmuró estremeciéndose). Sería un escándalo su persecucion en estos momentos... ¡es ella!... No me cabe duda. Yo la descubriré aunque la encubriera Satanás. Es fuerza que se cumplan nuestros destinos, y se cumplirán. ¡Rayo de Dios! Mía ó muerta.

CAPÍTULO XIV.

EL HECHICERO.

Usto era reconocer el importante servicio que habia prestado á la familia de Belle-ville el célebre conde de Cagliostro, desde el punto en que á su vista comprometió el indómito CENTAURO la existencia del marqués hasta dejarle restablecido de aquel fracaso, y libre de sus inminentes resultas. El famoso siciliano dió de alta á su enfermo, y retiróse quedando profunda impresion en todos los espíritus de su presencia, trato singular, y pruebas de inspiracion profética y don adivinatorio. Desde la marquesa viuda al desmemoriado portero del hotel nadie pudo sustraerse al prestigio de aquel hombre especial, nacido para hacer efecto; adornado de cualidades asombrosas; poseedor de procedimientos desconocidos y maravillosos; amaestrado en el arte de producirse con oportunidad y tacto, y favorecido en sus proyectos fascinadores por la atmósfera viciada de su época. Juana

Luisa no acertaba la manera de hacer evidente su gratitud, sin herir la susceptibilidad del aristócrata iniciado en la ciencia de Hipócrates, y sin exponerse á la contingencia de intimar relaciones con un personaje, blanco de tan diversas conjeturas, y sobre todo haber de cumplir visitas mútuas con la signora Lorenza, su consorte. Ya conoce el lector las versiones dascabelladas de que fué objeto el fundador atrevido de la masonería egipcia; y para comprender la expectacion ansiosa que supo despertar en el vecindario parisiense basta repasar en este asunto las inolvidables cartas de Grimm, quien no satisfecho con la enumeracion de los cálculos que hacia la alta sociedad respecto al palermitano, inclinase á la suposicion de ser el conde hijo de uno de los directores mineros en Lima; presentando en abono de su hipótesis el acento español de Cagliostro y su opulencia fabulosa. Lorenza tenia una reputacion mancillada. En 1772 habia aparecido en la capital de Francia en inmoral tercelto con el conde y un cierto Duplaisir, víctima de las gracias de la muger y de las interminables exigencias del marido. En el registro de la reclusion de Santa Pelagia aparecia inscrita Lorenza Feliciani, por orden del rey, en virtud de reclamacion de su esposo, y en castigo de una escapatoria de la casa conyugal, constando suelta por avenirse á sufrir el dominio de su cónyuge el dia 21 de diciembre del expresado año. La aventura amorosa de Lorenza con el principe Potemkin, ministro y favorito de la emperatriz Catalina, causó demasiado ruido para que dejara de extenderse por el reino mas aficionado á las anécdotas picantes y á los escándalos curiosos; y hubo largos comentarios de los trances de novela que hicieron á la hermosa condesa de Fénix rival de la arrogante Czarina, disputándole una conquista mas constante y estimada que los sucesivos obsequios de los Soltikoff, Poniatowski, Orloff, y tantos otros galanes de la régia dama, amiga del coronado filósofo, del emperador José II, de Alambert y Diderot, y adulada por Voltaire en aquel verso lisonjero:

* «C'EST DU NORD AUJOURD'HUI QUE NOUS VIENT LA LUMIÈRE.»

Lorenza despues de servir á las complacencias indecorosas de Bálamo en otros paises, y de realizar en algunas ocasiones caprichos de su fogoso temperamento, no se curó de remediar las lesiones de su honra, atenuando los tiros de la murmuracion con la cordura de su proceder al reinstalarse en la Babilonia del occidente; ó bien recelara la bella hija de la reina del Tiber que resultasen infructuosos los conatos por restablecer un crédito, arruinado por testimonios inconcusos y repugnantes de debilidad en la hembra y de bajeza cínica en el marido. Lorenza contaba por amiga y confidente á una condesa de contrabando, que se vendia por oriunda de la real estirpe de Valois, casada con un pícaro con ínfulas de caballero, el señor de la Motte; muger de intriga, introducida en elevados círculos gracias á su talento peligroso; sospechosa de complicidad en las tramas rateras y execrables de ciertos bandidos urbanos, como el funesto Rétaux de Villete, revelado por el proceso Rohan. La sensible Feliciani no supo resistir á las continuas sollicitaciones del persistente y enamorado caballero de Oisemont; y apenas coronó el éxito las dulces esperanzas del galan, corrió el suceso de boca en boca, divulgándose que la deidad inaccesible de la calle de San Claudio era una mortal, enloquecida por los discursos y ternezas de un recien-salido del colegio. El cuento cobró doble interés al hacerse público que el conde tenia celos rabiosos del Adónis de Lorenza; contrariando su costumbre de cerrar los ojos en materia semejante, y complicando así la situacion.

Juzguen nuestros lectores si con sobrado fundamento excusaba Juana Luisa entrar por una agradecida demostracion en conexiones ostensibles con tales gentes como José Bálamo y Lorenza Feliciani.

Sin embargo, la familia de Belle-ville no podia fal-

«Hoy la luz nos llega del norte.»

tar á las leyes de la gratitud, ni á las tradiciones espléndidas de sus antepasados. Era preciso que al referir el hijo de Galeno la cura del apuesto marqués hubiera en su joyero una alhaja de tanto gusto como estimacion; testigo elocuente del suceso, y de la correspondencia obsesiva de los favorecidos con auxilio tan pródigo.

Cárlos se puso de acuerdo con el diamantista Bøehemer, platero de la casa real, y hombre de esquisita disposicion para elevar el arte de San Eloy á su máxima altura, en la eleccion de pedrería magnífica, y en la inimitable mano de obra. Bøehemer envió al gentil-hombre de S. M. Cristianísima Luis XVI una cajita de carey con incrustaciones de nácar y filetes de oro en sutiles cordoncillos; estuche forrado en raso blanco y terciopelo granate, donde campeaba un rico y maravillosamente trabajado alfiler de pechera. La medicina reunia sus símbolos medrosos en aquel admirable trabajo, que se creyera sin dificultad producto de los genios, hijos de Salomon, mas bien que artefacto de laboriosos oficiales. El espejo ovalado le formaba un diamante límpido, de facetas menudísimas y de un reflejo portentoso. La copa que venia á cruzar con el mango del espejo lucia en taza y pié dos rubíes triangulares, de tamaño desigual, pero de una transparencia encantadora. Un ramo de ciprés en fino esmalte gris y la culebra, compuesta de esmeraldas en disminucion hasta una punta de aguja, completaban los atributos de la ciencia de Esculapio.

Belle-ville remitió al conde por medio del cumplido Lafleur aquel agasajo selecto, escribiéndole un billete, concebido en los términos siguientes:

«¿Seré yo tan feliz que en tan exígua muestra interprete el señor conde de Cagliostro la extension de mi aprecio y la sinceridad de mi gratitud? Confia en la benevolencia y en la amistad de su salvador generoso—
CARLOS, MARQUÉS DE BELLE-VILLE.»

Lafleur trajo otra caja y otro billete.

La caja era de lava del Vesubio, con camafeos y labores de una prolijidad émula de su belleza. Contenia

dos botones de pechera; dos brillantes dignos de un collar de soberana, asidos á una garra de leon, de oro de gran ley, laboreado con perfeccion incomparable.

El billete decia asi:

«¿Seré yo tan afortunado que aprecie el señor marqués de Belle-ville en su genuina significacion aquel adagio: *amor con amor se paga*? Sí; porque de otra manera dudaria de su juicio por no alcanzar que hay favores que resulta un placer igual de hacerlos y de recibirlos.—Es vuestro amigo invariable—JOSÉ, CONDE DE CAGLIOSTRO.—P. S.—Encomendadme al recuerdo de vuestra excelente familia.»

Cárlos consultó con su madre y prima lo que debia de hacer en tan anómala situacion, y se convino en invitar á Bálsamo á una comida ostentosa, asociando al banquete al respetable abate de L'épée y al honorable baron de Breteuil, para lustre de la reunion y amenidad del rato. Hechos los preparativos y á punto servicio y extraordinarios, el jóven marqués marchó á París, y se hizo presente en el sombrío caseron de la calle de Saint-Cloud, abriéndose al dar su nombre las puertas de aquella tenebrosa morada, como si fuese mágica y prodigiosa contraseña. El conde recibió á nuestro héroe en un distrito amueblado á la uşanza oriental, sin vestigio de especialidad nigromántica; sin una mala retorta que denunciase á el alquimista, ni rastro de habitar una muger en aquella misteriosa guarida. Bálsamo estuvo chancero, jovial y amabilísimo con el brillante guardia de corps. Aceptó su convite sin vacilar un segundo, manifestándose gozoso de trabar relaciones con el patrono esclarecido de los infelices sordo-mudos, y de tratar al baron, ministro de la casa del rey. Entretuvo al guardia de S. M. con las vivas y poéticas descripciones de las principales ciudades del Oriente; tocó en estilo selecto y con erudicion rara las costumbres de los pueblos antiguos, analizando á maestras pinceladas las muertas civilizaciones; enumeró los arcaños de la ciencia vetusta que habian llegado por singulares y ocultas vias á po-

der de hombres de su tiempo; y el amante de la huérfana tuvo que arrancarse á costa de un esfuerzo de voluntad al heehizo de una conversacion chispeante de inteligencia, gracejo y variedad instructiva; saliendo de aquel encantado albergue con la cabeza ocupada y el corazon profundamente conmovido.

El dia designado Breteuil se escusó por tener que marchar á París en urgente comision del real servicio: el abate anticipó la hora para hablar con su protegida, y á las cuatro precisamente el droschki del conde de Cagliostro, tirado por una yegua albanesa, aderezada á la rusa, paró á la puerta del hotel de Belle-ville; recibiendo el conductor la órden de volver á las siete para recogerio, restituyéndose á la capital á favor de la luna, luciendo en una atmósfera serena y despejada.

Este célebre personage halló en la gran sala de Belle-ville á la familia de Cárlos, acompañada del venerable abate de L'épée; apercibiéndose de las diferentes emociones que suscitó su presencia en las cuatro personas congregadas alrededor de la chimenea. El marqués se adelantó á su encuentro con una cortesanía mezclada de distincion. Jóven, incauto, y accesible á la novedad excitante, Carlos examinó con impaciente curiosidad al hombre famoso, que hablaba del interior del Asia bárbara como de un departamento francés; refería con la naturalidad mas ingénua las aventuras de héroe mitológico que habia corrido en su peregrinacion por entre beduinos y kábilas feroces del África, y hacia relacion de las maravillas del saber sacerdotal de India, Egipto, Grecia, Roma y Germania, salvadas del naufragio del tiempo y de las censuras de la Iglesia y rigores del Estado para llegar hasta él por la tradicion del armenio Althotas; sábio educado en el Oriente: anillo de una cadena subterránea, que á despecho del Santo Oficio, bulas y decretos, trasmitia la ciencia idolatra á favorecidos apóstoles.

La marquesa viuda luchaba entre el despego de la aristócrata á las reputaciones equívocas, el agradeci-



V. Urrabieta dib.^o lit.^o

Lit. de S. Gonzalez S. Clara 8, Madrid

miento de una tierna madre al salvador de los días de un hijo único y adorado, y la curiosidad femenil, despertada por las versiones opuestas de las tertulias parisienses acerca de aquel hombre extraordinario. Juana Luisa quería recibir al noble dudoso con cierta noble superioridad. Reflexionaba despues que no debía tomar semejante actitud, tratándose del que arrebatara á su hijo de entre las garras de la muerte. Ardía en impaciente deseo de traer la conversacion con rodeos hábiles al punto de provocar las espontáneas confesiones de Bálamo; averiguando una parte de aquella vida singular, asunto de tantas fábulas inverosímiles y monstruosas. La incertidumbre y la ansiedad que le es consiguiente hacían á la nieta de Bayardo palpar, dominada por el aplomo y desembarazo gentil del gran-maestre de la francmasonería egipcia; introduciéndose en el salon con una magestad radiosa y estrechando la diestra del heredero de los Belle-villes con paternal afecto.

Blanca sentía un anonadamiento penoso delante de aquella criatura escepcional que formaba una mezcla de bueno y malo en su escéntrico tipo; atrayendo unas veces el interés de las almas generosas con sus rasgos benéficos y sus hidalgas acciones, y disgustando despues con sus alardes de escéptica mofa de respetables principios, y sus pretensiones de sucesor de las brácmas, magos, délficos, augures y druidas. La bella y piadosa Bayard no se esplicaba cómo aquel hombre distinguido, elocuente, opulento y de notable fisonomía, hubiese dado márgen á las torpes hablillas de ignominia voluntaria que circulaban á propósito de Lorenza Feliciani. No conciliaba aquel exterior de prócer con la infamia del nigromante, explotando la credulidad de los supersticiosos; ó la reprobacion del anatematizado por la Iglesia, sacando partido de las prácticas diabólicas de la idolatría. No podía comprender en el convidado de su primo al fabricante de oro; comunmente presentado en historias y leyendas recluso en laboratorios privados de luz; ya en sótanos sombríos; ya en un fatídico torreón de desman-

telada fortaleza. Blanca seguía al discípulo de Althotas con mal disimulado terror en su mirada húmeda y febril. El eco de la voz sonora y musical del siciliano halagaba su oído, comprimiendo su corazón; y al responder al saludo del conde, encontrándose sus ojos con los espresivos y penetrantes de José Bálsamo sintió el hielo de la muerte en la medula de los huesos; y si no se vuelve el diestro magnetizador hácia el digno abate de L'épée, la enamorada de Carlos de Belle-ville viene al suelo en crudo ataque de catalepsia.

En cuanto al abate, hombre de sólida piedad, de amplia instruccion, conocedor de los hombres y de las cosas (segun hoy se dice), asentado por su edad en la medida que concede la inteligencia agregada al trato del mundo, y enterado por sugetos de sus condiciones de las múltiples fases de aquel Proteo, que traía en jaque á todos los círculos en las córtes de Europa, habia tomado su partido desde que tuvo noticia del comensal que le colocaban en frente. Oponer á la verba empírica la serenidad de la razon; poner en contraste con la sátira de los volterianos la tolerancia católica, firme en sus cimientos, y caritativa para sus propios adversarios; recibir sin hosquedad ni admiracion las revelaciones atrevidas y las ínfulas mágicas del aventurero; hé aquí el plan del sacerdote, llevado á cabo con la persistencia de una voluntad segura de sí misma.

Carlos presentó al abate el recién venido; dándolos á conocer reciprocamente, segun la fórmula establecida para estos casos entre los mecanismos del trato social.

—Celebro infinito la ocasion que me acerca al señor abate, (dijo el conde llevando á sus lábios la diestra del sacerdote), y saludo en su noble persona al hombre útil y laborioso que ha devuelto el sér á los infelices sordomudos.

—Gracias, caballero, respondió L'épée modestamente. Yo no tengo mas gloria que la de haber servido de instrumento á los bondadosos fines de la eterna sabiduría.

—Cagliostro tomó asiento en una silla inmediata á la del abate.

—Parece, añadió con cierto ligero tinte de ironía, que el gobierno paternal de que disfruta la Francia no ha tenido por conveniente recibir bajo su protección el admirable instituto que habéis fundado en París, y que según vuestro método regentea el piadoso abate Siccard. ¿No es cierto?

—Lo es, repuso el protector de Cristina; pero al requerir el auxilio del Estado nosotros no teníamos otro móvil que el de favorecer con mayor impulso á la obra por el patronato oficial. El gobierno, con graves motivos sin duda, deja fiado el progreso del instituto á la exclusiva ayuda de Dios; y con ella tiene bastante, señor conde.

—Esa resignacion es hermosa verdaderamente (replicó el aventurero inclinándose complacido); pero confesemos que es desconsoladora la ingratitud que rechaza siempre las invenciones mas provechosas á la humanidad.

—Colon y Galileo lo comprueban, apoyó Carlos.

—Los descubridores primitivos del arte que profesais, el benedictino Ponce y el judío Pereira (agregó Bálamo) supieron utilizar su descubrimiento, reservando no obstante una iniciacion, que habrá llegado á vuestro dominio por circunstancias curiosas y extraordinarias.

—Caballero, contestó el abate sin la mas leve sombra de contrariedad; no es la primera vez que se me supone continuador de métodos antiguos, y se me citan esos antecesores, nombrados hace tiempo por el benedictino Feijoo, natural de Galicia en España; pero os juro que mi escuela de sordo-mudos es pensamiento mio en todas sus partes. Creo muy bien que la Providencia no ha ocultado su luz á los que albergaron un sentimiento generoso hácia los desheredados del oído y la palabra; mas en mi carácter no cabe la ruin bajeza de explotar un método y apropiarme la agena estimacion.

—Lo creo sin dificultad, expresó Cagliostro, y no solamente lo creo porque me lo dice sugeto de veracidad tan irrecusable, sino que al dirigiros, señor, la hipótesis que acabais de contrariar me constaba que vuestro

sistema en nada se parece al del lusitano Pereira, y parte de otro polo que el procedimiento empleado por el padre Ponce con los hijos del Condestable de Castilla D. Íñigo de Velasco, en el siglo diez y seis.

—¿Y cómo lo sabeis, conde? preguntó lleno de curioso interés el jóven Belle-ville.

—¿Habeis oído referir los portentos del conde de San German? interrogó Bálsamo con amable confianza.

—Sí, repuso Carlos con animacion extraordinaria: el hombre de cien vidas maravillosas, que daba relacion de pormenores rarísimos acerca de los sucesos y personajes de alta significacion histórica, diciéndose contemporáneo suyo.

—El marqués, de Dios goce, (añadió Juana Luisa) contaba prodigios de ese héroe del período brillante de Madama Pompadour, apellidado el INMORTAL por el vulgo.

—En 1775 (dijo Cagliostro con serena voz) tuve la honra de visitarle en Holstein (1), y en un hermoso castillo, donde vivia retirado de la sociedad y entretenido en componer sus memorias para depositarlas en el archivo real de Berlin. Entre varias anécdotas antiguas sobre adelantos científicos llegó al benedictino Ponce, y San German, como testigo de sus progresos, me suministró detalles minuciosos acerca de su persona, discípulos, trabajos y prácticas.

—¿Y podreis ilustrarme sobre el plan del insigne benedictino? preguntó el abate con incrédula sonrisa.

—Es mejor que os proporcione una conversacion con él, respondió el aventurero imperturbable.

—¡Una conversacion con él! Pues ¿no es muerto hace muchos años?

—Señora, replicó Bálsamo con ademan misterioso, es preciso justificar un tanto la obstinacion de París en conferirme el título de hechicero, y confesar un poco

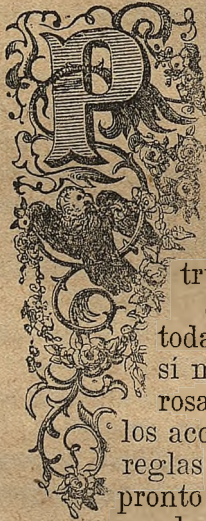
(1) Véanse *«las memorias para servir á la historia del conde de Cagliostro.»* Edicion de 1785.

que lo soy, ya que en este culto pais no impera el Santo Oficio. En cuanto al señor abate, el dia que me designe, solos ó en compañía de amigos discretos, en mi casa ó en la suya, en la sombra protectora de la noche, y ante una mesa bien servida, le haré conferenciar, segun me lo demande, con Sesóstris, con Semíramis, con Neron, con Atila, con el benedictino Poncè, ó con el judío Pereira. Está dicho y espero sus órdenes.

Lafleur, de gran librea, entró anunciando que los convidados podian pasar al comedor.

CAPÍTULO XV.

EL TÉ Á LA INGLESA.



OLÍTICO, sagaz y artero, desde la indignidad hasta el crimen, Luis el Onceno de Francia, según refiere el cronista Commines, en sus raros accesos de alegría entregábase á una expansion que llegaba hasta el punto de revelarlo peor que aun era; tocando los últimos grados de la hipérbole aquel carácter monstruoso.

José Bálsamo, de ordinario tan hábil en toda suerte de mistificaciones, tan dueño de sí mismo en los trances de su existencia azarosa, perdía sus hábitos cautelosos, olvidaba los accidentes de su papel, y escedía hasta las reglas comunes de la conveniencia social; tan pronto como veía un adversario tranquilo y firme de sus atrevidas ideas, ó de sus pretensiones en la esfera de lo sobrenatural y portentoso.

En la familia de Belle-ville habia producido Caglios-

tro el efecto que ambicionara: deslumbramiento en el jóven marqués; cierta especie de inquietud temerosa en el ánimo de Juana Luisa, y un profundo terror mezclado de pasmo supersticioso en la cándida señorita de Bayard. El abate de L'épée ni se habia dignado contestar á la promesa de procurarle entrevista con difuntos famosos; y sin embargo todo París se ocupaba de aquella grandiosa cena de ultra-tumba, en que presidiendo á seis ilustres convidados el hechicero hizo comparecer en el festín al duque de Choiseul, Voltaire, d'Alembert, Diderot, el abate de Voisenon y el esclarecido Montesquieu; teniendo lugar la conversacion curiosa que se registra en las notables «*Memorias para servir á la historia de la francmasonería por un rosa-cruz:*» edicion de París en 1790. Los gaceteros de la época circularon aquella aventura del discípulo de los sacerdotes del dios Ápis; y los despreocupados que negaban la divinidad de Jesucristo para convertirle en mero sectario de Platon, sostenian con empeño que las maravillas del palermitano eran los propios arcanos de la naturaleza, cuya recopilacion sustrajo el gran Cambises al templo egipcio, tras de hacer fustigar sin misericordia al dios rebelde.

Era necesario que Cagliostro triunfara á toda costa de aquel anciano impasible; fundado en su fé, modesto en medio de su gloria de bienhechor de la humanidad desvalida; fuerte con la rectitud de su conciencia.

Era preciso que el alumno del armenio Althotas desconcertase á fuerza de pruebas de sus habilidades mágicas al sacerdote de Cristo; predicador de aquella ley de gracia, á cuyos primeros apóstoles propuso el mago Simon la venta del don de milagros, por el espíritu supremo concedido.

El conde, sobrecitado por este deseo vehemente, olvidó que se hallaba en los hogares de una familia religiosamente fiel á las tradiciones conservadoras, y prevenida contra las novedades peligrosas al órden moral y político ó bien propicias al abuso ó fáciles á servir de instrumento á propagandas funestas. Prescindió de su es-

pecialidad médica, principal título que le franqueara el acceso en *Belle-ville*; creyéndose rebajado si pasaba por un mero prosélito de las doctrinas de Hipócrates. No tuvo reparo en deslustrar el barniz aristócrata á cuyo brillo confiaba el éxito de sus empresas, como envuelve en cubiertas elegantes el buhonero la avería que se propone expender á los incautos.

Bálsamo no suscribía á salir vencido por la sana doctrina, erudicion sagrada y profana, y buen sentido del abate Carlos Miguel de L'épée; y antes que renunciar á la precision de confundirle y hacerle bajar la cabeza ante su elocucion sibilina y sus prodigios de Alberto de Bollstaed, el fundador de la reforma egipcia en el rito masónico hubiese afrontado las hogueras del tribunal de la fé y hasta el toro de Fálaris.

Durante los primeros intervalos de la comida el prófugo del seminario de San Roque expuso diestramente sus tesis sobre alquimia, nigromancia y ciencias ocultas; pero el abate no dudaba de los hechos ni se entrometia en desvirtuarlos, limitándose á sublimar sobre curiosidades fútiles, cuando no perjudiciales, al saber que armoniza la autoridad y la razon, curando al hombre de la soberbia original que lo ciega y estravia, y llevándolo á la perfectibilidad por la via del amor y bajo la ley de la obediencia. Cagliostro queria la polémica ardiente, y L'épée no cuestionaba por orgullo; sabiendo distinguir el tiempo de hablar y el de callar conforme lo sienta la Escritura. El aventurero esperaba la repulsion fanática y vertiginosa del meticuloso intransigente, y en su lugar se le oponia la resistencia pasiva de las inteligencias superiores á los delirios de una razon, depravada por veleidosos impulsos. Desalumbrado y trémulo de impaciencia febril el palermitano se revistió del estrellado túnico y la coraza cabalística del astrólogo en la edad media, dando principio á la exhibicion de su género de efecto y de reserva para las ocasiones solemnes.

El señor Janicot con el pretesto de vigilar á la servidumbre, pero en realidad por no perder coyuntura de

oir al conde, habíase presentado en el comedor, y después de salvar las apariencias con algunos gestos y actitudes de maestro de ceremonias, quedóse mirando de hito en hito á Cagliostro con cierta especie de prevención recelosa y hostil.

El conde le dirigió una de esas miradas escrutadoras y de fijeza pertinaz que paralizan toda acción del observado.

—Amigo, díjole Bálamo con sonrisa jactanciera, leo en vuestra alma como en un edicto del consejo municipal, y aunque negueis lo que voy á decir no es menos cierto que os estabais haciendo interiormente una pregunta.

Todos clavaron la vista en el semblante del mayordomo, enrojecido por la vergüenza.

—Os deciais á vos mismo lo siguiente: añadió el hechicero con serena y clara voz; ¿si viviera mi buen amo, el marqués Felipe Augusto de Belle-ville, estaría sentado en su mesa ese hombre sospechoso, de quien se ocupa todo el mundo, y de quien nadie sabe nada de positivo?

Janicot se hizo un paso atrás como si el equilibrio faltase á su cuerpo, y su fisonomía se tornó pálida hasta la lividez.

—Negadlo en buen hora, continuó el siciliano recuperando su abandonado tenedor.

El pobre anciano saludó con mala gracia, y tocó retirada precipitadamente y haciendo el signo de la cruz.

A los pocos minutos de un diálogo sin interés con relación á una parte del servicio, un criado presentó costillas de cerdo aderezadas á la provenzal.

—Señor abate, (dijo Cagliostro señalando á los despojos del animal, declarado impuro por la ley mosaica y por la de Mahoma) ¿sabeis el uso que se dá al cerdo en Oriente y con especialidad en Medina?

— Lo ignoro, contestó L'epée sencillamente y prestando atención al relato que debía seguir.

—Es original, repuso el aventurero, y á no haber sido yo testigo fiel de tal cosa, seria uno de tantos á po-

nerla en duda. Figuraos, señores, que los árabes alimentan á esos animales con nutriciones mezcladas de arsénico, graduando cuidadosamente la dosis hasta una saturación capaz de envenenar á toda una piara.

—¿Y para qué? preguntó Blanca vivamente.

—Á eso voy, señorita, respondió Bálamo con galante inclinación. Una vez engordados bajo esta base de toxicación arsénica se les conduce á las entradas de las selvas ó bosques que circuyen á la ciudad musulmana, obligándolos á buscar refugio en el centro de aquellas oscuras fragosidades, en cuyo cotejo serian jardines nuestros montes y sierras mas fecundas en salvaje vegetación. Allí tienen guaridas el leon, el tigre y el leopardo, que no tardan en aprovechar los viveres en crudo que se les envian y devoran á los pobres cerdos, disputándose la muerte que aquellas carnes llevan embebida merced á la industria humana.

—Es un procedimiento singular, exclamó el joven marqués y muy en el carácter de los orientales.

—Yo he visto, agregó Cagliostro con caballerescas formalidades, fieras envenenadas por este procedimiento arrastrarse en los supremos esfuerzos de una horrible agonía hasta los arroyos que bajaban á las llanuras, y espirar entre convulsiones atroces á larga distancia de las malezas que les servian de asilo. (1)

—Es una caza que no ofrece riesgo, observó la marquesa viuda.

—En resumen; (terminó el abate con seriedad que encubria la burla de buen tono) en Medina el cerdo es una píldora viviente, destinada á emponzoñar al rey de las selvas. Aquí es un alimento del hombre, quien guarda para los animales dañinos la estrigina, disimulada en embuchados esparcidos á la ventura.

—Dudais de la práctica, señor? preguntó Bálamo con tono resentido.

—No por cierto, replicó el abate, pero no concedo

(1) Véase el libro: *Aventuras de Cagliostro* por Julio de Saint Félix: edición de 1834.

mucha ingeniosidad á los vecinos de Medina por ese testimonio, y la aventura se presta infinito á la zumba traviesa de nuestros compatriotas, que no se habrían reputado extrangeros en la plaza pública de Atenas.

—En Londres encontré ya un burlon, señor abate, dijo el discípulo de Althotas con altivez; pero supe acallar su sátira bien pronto y segun tengo por costumbre.

—Un caso no forma regla, espuso L'épée encogiéndose de hombros con frialdad desdeñosa.

—Aposté con él cinco mil guineas á engordar un cerdo lechal con arsénico, cuyo animal así preparado debíamos comer en amable compañía; resultando que sin separarnos un momento sucumbiría mi contendiente, sin consecuencia ni indisposicion de mi parte.

—El retado no aceptaria, repuso el abate con exasperadora calma.

—No aceptó, concluyó triunfante el gran cofto del rito egipcio.

—Hizo muy bien, afirmó el sacerdote; aunque sea bastante de sentir que ese ridiculo más no hiriese á la impía costumbre del duelo. Habria sido extravagante el tipo de un hombre sucumbiendo al lance de honor de un cerdo lechal.

—Señor abate, dijo el aventurero con tono pausado y lleno de intencion; es difícil distinguir á los charlatanes de los hombres dotados de condiciones extraordinarias; pero es fácil ponerlos á prueba y conocerlos entonces.

—Sí; cuando se tiene algun interés en ello, manifestó L'épée con su entonacion tranquila.

Cagliostro miró al maestro de los sordo-mudos con la magestad pomposa de Júpiter Státor.

L'épée sostuvo aquella mirada flamígera con una perfecta quietud de espíritu.

—¿Quereis que os anuncie el dia y la hora de vuestro fin? preguntó con inspirada vehemencia.

Juana Luisa, Carlos y la señorita de Bayard contuvieron una exclamacion unánime de disgusto.

El ministro católico alzando la frente sin una contracción de sorpresa ni enojo, replicó con eco sosegado:

—¿Para qué? Mi última palabra antes de conciliar el sueño es para Dios, y mi alma le dice: «*Dómine, paratus sum ad voluntatem tuam.*» Yo no esploro esa voluntad, sino que sigo las indicaciones que me la revelan, y me preparo á que obre en mí segun su magnitud y misericordia. Yo sé que Pitonisas y augures han sobrevivido á Grecia y Roma; pero quien todo lo espera de Dios nada consulta con Satanás; porque enseña el Evangelio que no se puede servir á dos amos, y yo creo haber escogido la mejor parte como la hermana de Lázaro, señor conde.

Cagliostro conoció la pendiente resbaladiza en que le habia colocado su orgullo y cuidóse de retroceder.

—Doy por bien empleada una broma que ha producido tan edificante leccion, dijo saludando al abate con la cordialidad mejor fingida.

—Enhorabuena, replicó el favorecedor de Cristina y Javier, contestando al saludo con fria ceremonia.

Bálsamo que tenia talento y diction elegante y varia engolfóse en una conversacion instructiva y amena sobre celebridades en diversos géneros; contando anécdotas curiosas y rasgos notables, y disipando la impresion ingrata de la escena antecedente.

—Tienen razon que les sobra (esclamó el jóven marqués, encantado de su huésped) los vecinos de París que se devanan los sexos por conocer vuestra existencia efectiva al través de la parte que dejais descubrir á su curiosidad.

—¿Sois vos, mi caro marqués, de los que dudan que yo sea conde, coronel prusiano, y oriundo de Italia?

—Francamente, señor, espuso el gentil hombre de Luis XVI: yo no os infiero el agravio de creer que un falso título, un mentido diploma, y una pátria supuesta, sirvan para encumbrar al hombre, que ocupa de su mérito y raras cualidades á la Francia y á la Europa. Opino por el contrario que ese título, ese despacho real

y esa patria poética son condiciones comunes para el hombre que se resguarda á su sombra.

—Como si dijéramos un príncipe que viaja de incógnito, completó Bálamo con dulzura.

—Exactamente, dijo Carlos; propenso á la seducción en su calidad de jóven; fácil al interés por lo extraordinario; seducido, como tantos otros superiores en rango y edad al mancebo, por las dotes y táctica de un maestro embaucador que hasta hoy conserva creyentes y defensores.

—Estais en mejor camino que la mayor parte de los que conjeturan acerca de mi humilde persona, repuso el siciliano con tono de afecto paternal. Yo mismo no sé de mis primeros años, y...

—¿No probais ese puding? preguntó Juana Luisa, ofreciendo aquel postre á Cagliostro.

—Si señora, contestó el brujo con malicia. Basta que sea hechura de vuestras manos, y manjar predilecto de vuestro difunto y respetable consorte.

—¿Quién os ha dicho...?

—¡Ah marquesa! respondió sonriendo el conde; por algo me han de haber conferido el diploma de hechicero.

—Deciais, interpuso Carlos ávidamente, que vuestros primeros años...

—Sí; (añadió el singular personaje con indolente melancolía) todo lo que se me alcanza en este punto es haber nacido en el Mar Rojo, y abandonado por mis padres bajo las ruinas de una pirámide, encargóse de mi educación un anciano egipcio, de quien aprendí lo poco que sé, y me vale una admiración exagerada.

—Es una peregrina historia, observó el bizarro Belle-ville.

—Después, continuó el conde con un movimiento de indiferencia hácia los lances de su vida, al hacerme europeo he tenido la oportunidad de recoger al paso honores, tributos de simpatía, riqueza, desdenes, ingraticudes y hasta calumnias.

Terminada la colacion Juana Luisa y Blanca parecieron vacilar, fijos sus ojos en el abate.

—¿El señor conde es católico? interrumpió L'epée con inflexion amable á Bálamo.

—¿Y á qué conduce esa pregunta? replicó el aventurero con extrañeza marcada.

—A ver si podemos unir vuestra voz á las nuestras para dar gracias al Señor por el alimento que hemos recibido.

Por toda respuesta el palermitano se puso repentinamente en pié, y escitó con ademán de reverencia profunda al sacerdote á que recitara la oracion dominical; asociándose á la plegaria con un recogimiento edificante, que no engañó sin embargo al esperto y perspicaz ministro.

Cagliostro era un histrión incomparable cuando el orgullo y la ira no perturbaban su inteligencia; pero L'epée le conocia demasiado, y por relaciones que no era lícito descubrir le constaban infinitos pormenores de aquella existencia nómada, misteriosa y consagrada á un propósito funesto para el orden público.

Las señoras evacuaron el comedor para disponer el té á la inglesa en el salon principal, y al amparo del fuego restaurador de la chimenea, avivado por disposicion del entristecido mayordomo.

El abate salió á conversar un rato con su atribulada protegida.

Cárlos y el pontífice del rito egipcio quedaron en conversacion, interponiendo entre sus confianzas el alegre estímulo de una botella del legítimo y espumoso Champagne, bebido en largas y estrechas copas.

—¿Cuándo os presentais en la córte; marqués? preguntó Cagliostro.

—Mañana, respondió Belle-ville. Pienso ofrecer mis homenajes á S. M. y augusta esposa, que no han dejado un dia de informarse de mi situacion; declarándome de alta en el servicio inmediatamente.

—Voy á daros un consejo y una prueba de amistad, Cárlos.

—Los agradezco á par del alma. Bebo á vuestra salud: acompañadme.

—Brindo por vuestra felicidad. No habéis de mí á los reyes, ni digáis una palabra de vuestra curacion.

—¿Puedo saber la causa?

—Sin duda, y escuso encareceros la discrecion. Yo no temo á la corte; pero no me gusta habérmelas con la multitud de idiotas y malignos que constituyen allí la mayoría; y perdonadme la rústica franqueza.

—Un trago y adelante, repuso el gentil-hombre tor-
nando á llenar las copas y elevando la suya.

—¡Buen vino!... Como os iba diciendo, marqués, en Strasburgo tuve íntimo trato con Monseñor Luis de Rohan por mediacion del abate Georget, su secretario, y hombre de plena confianza; haciendo públicos nuestros lazos de estimacion y amistad y hasta los familiares recreos que pusieron á prueba los recursos de mi poder en el retrete del príncipe purpurado. No es la mejor recomendacion para mí este conocimiento; porque la reina es harto sabido que odia de muerte á Monseñor, y el baron de Breteuil acaudilla una tropa de enemigos encarnizados del gran limosnero de la corona.

—Deploro esos rencores, dijo Carlos con un suspiro triste; y mas en circunstancias como las que atravesamos.

—Los informes concernientes á mi persona (continuó Bálamo) habrán sido á entero placer de los adversarios de Monseñor; y los que esparcen contra su alteza acusaciones de vicios desenfrenados y escesos indignos de un hombre de su estirpe y carácter, es lógico que me hayan presentado á la execracion de los círculos supremos como hechura del cardenal, y escoria de los saltimbanquis que se disputan el inconstante favor de la muchedumbre.

Carlos no se atrevió á contradecir la suposicion de Cagliostro, que prosiguió de esta manera:

—Cuando salvé de una muerte, anunciada por la facultad médica, al príncipe de Soubise, y todas las clases

reconocieron mi victoria sobre los doctores ignorantes de la capital, el príncipe de Condé refirió el suceso en Versailles y los reyes y la turba confabulada contra la casa de Rohan, amigo mío, se contrajeron á celebrar en coro la mejoría del enfermo, evitando proferir el nombre del salvador.

—Es verdad, conde, confesó el guardia de corps de S. M. Cristianísima.

—Pues bien, Carlos, prosiguió el aventurero con ceñuda contracción, hace tres días que se trataba en la tertulia de sus magestades de vuestra enfermedad, riesgo de la crisis, y prontitud del restablecimiento. El rey jugaba al Faraon. La reina ensartaba perlas en alambres para formar un cestillo. El duque de R*... creyó oportuno referirse á mi asistencia, y tuvo la torpeza de pronunciar mi nombre con elogio.

—El duque de R*... es un hombre inofensivo y respetable por su excelente índole, observó Belle-ville.

—Tanto mas grave el hecho, (respondió Cagliostro con tono sombrío). Apenas sonó mi nombre, Luis XVI se volvió hacia el duque: miróle como se mira al que deja escapar una inconveniencia chocante, y encogíendose de hombros, como el que perdona una majadería exenta de intencion, tornó á engolfarse en el juego.

—Debeis comprender que el soberano....

—La reina (insistió Bálamo, cruelmente herido en su amor propio) hizo esa mueca de cesarino desprecio que le es habitual, y que parodia de su madre, exclamando: «¡Vaya, señor duque! hacednos el favor de no entretener la velada con las proezas de semejante charlatan.»

—¿Estais seguro del conducto de vuestras noticias? preguntó el jóven marqués algo dudoso.

—No hableis de mí en la corte, concluyó el hechicero con sonrisa emponzoñada. Dejad que ese rey patriarcal y esa austriaca soberbia y dominante se despeñen por la sima de su tremendo destino.

—Señor conde, replicó el nieto de los Belle-villes con entereza; yo soy un servidor de sus magestades y....

—Tanto peor para tí, noble y generosa criatura, dijo el lúgubre profeta, levantándose con pausa, y acariciando al mancebo con una mirada de ternura compasiva. Tanto peor para tí, (repitió con énfasis) que caerás bajo las columnas de un trono, que la mano de Dios debe derribar; porque las misteriosas iniciales L. P. D. tendrán un puntual cumplimiento, y el porvenir leerá en ellas: *«lilia pedibus destruet»*. Está escrito, como dicen los mahometanos.

—Esperan á usías para servir el té, anunció Lafleur con la entonacion de un heraldo.

El conde abandonó el comedor con paso medurado. El marqués le siguió pensativo.

Cagliostro era inimitable en las transiciones, y el mímico mas ilustre hubiese aprendido de él los secretos mas elevados del arte. Nunca la chanza, el amable gracejo y la encantadora jovialidad tuvieron representacion análoga, y el abate L'épée, tan iniciado en los tenebrosos episodios de su vida, y Juana Luisa, tan prevenida en desfavor suyo, y Blanca, tan dispuesta contra su medrosa reputacion, encontraron adorable al conde; doliéndose de que no le bastara el tipo de hombre de sociedad que sabia representar á maravilla.

Cerca de una hora sostuvo el célebre italiano un interés creciente en la conversacion, y el té de la gran sala de recibo pareció delicioso á todos los convidados de Belle-ville.

Lafleur habia colocado una jarra de cristal de gran volumen en la mesa del estrado sobre una batea de China y en medio de anchas y talladas copas, de fabricacion germánica. Cagliostro fué á colocarse ante la mesa, y examinó con atencion prolija el fondo de la jarra, con el índice sobre los labios, y recogido en meditacion grave.

—¿Qué haceis, señor conde? le preguntó la marquesa viuda con urbana solicitud.

—Señora, respondió el interrogado separándose de su ocupacion; en el fondo de esa jarra mis ojos ven los sucesos pasados y presentes, y alguna vez el embrion del

porvenir. Ahora he visto lo que deseaba saber.

—Volvemos al tema, contestó Juana Luisa, tomándolo á burlas y levantándose risueña de su poltrona.

—Teneis razon, señora, añadió el siciliano; soy un imprudente en turbar la calma de los que viven sin torturarse con el prurito de levantar el velo de una ciencia, amarga y letal como la cicuta de Sócrates.

La marquesa dirigióse al tirador de una campanilla de llamada que pendia de un ángulo del salon.

El abate se encaminó al ángulo opuesto, donde habia depositado su baston y su tricornio.

Cagliostro aprovechó la coyuntura y acercándose al oido de Blanca que permaneció helada y muda de asombro, le dijo con laconismo imponente:

—¡Animo! la lucha será dolorosa; pero sereis marquesa de Belle-ville, triunfando de vuestra rival.

Y como la señorita de Bayard no pudiese articular un sonido, el audaz personage retiróse impune de su atrevimiento, desapercibida su accion por todos; puesto que Carlos habia salido á dar órdenes á la servidumbre.

Llamada por la vibracion de la campanilla, Cristina Armand acudió á la estancia, recibiendo un encargo de su señora, que se adelantó á cambiar con L'épée algunas frases de inteligencia mútua y reservada.

La huérfana fué detenida por el conde, que asiéndola del extremo de una manga, la condujo ante el espejo situado sobre la mencionada mesa, é iluminado por las luces de dos candelabros de plata maciza; diciéndola con tono fúnebre:—«*Evocad un recuerdo y ved ahí.*»

Una sombra empañó la tersa luna. Se hizo algo mas distinta. Creció tomando cuerpo, y una figura siniestra cruzó el espejo, con sonrisa infernal en los lábios y la insolencia en la frente.

—Wálter Roche, murmuró el conde. Es preciso averiguar esta parte de la historia.

CAPÍTULO XVI.

RUPERTA DAVID.



GNACIO Persil, jardinero en Belle-ville, era uno de esos felices mortales que tienen la doble y casi inverosímil fortuna de acertar con el ejercicio que cuadra á sus inclinaciones y facultades, y obtener el cargo en que pueden satisfacer á su sabor las primeras, desarrollando las segundas. Desde pequeño amó las flores, adivinó los misterios de su existencia, y estudió los cuidados prolijos que exigian su mayor grado de belleza, aroma ó duracion. El no sabia aun que las flores tenian su lenguaje emblemático en consonancia á sus propiedades, colores y apólogos de esa poesia de la naturaleza, que se llama la mitología greco-romana. El ignoraba entonces que las flores se reproducen por una ley de amor, en que los peristilos son órganos, el POLLEUM materia fecundante y las auras cómplices discretas. Su inteligencia y su corazon habian presentado este poema; y desde entonces sufría

cuando deshojaban á la rosa; padecia viendo languidecer en la atmósfera artificial del invernáculo á la flor tropical, y aplicábase á encubrir bajo resguardos á las plantas de suma delicadeza; porque la rosa deshojada era para él una reina envilecida por tactos profanos, la planta exótica una desterrada suspirando en balde por su pais natal en extraña tierra, y la planta delicada una hermosa criatura bajo el amago de su débil complexion.

Ignacio entró en un jardin para ayudar al cultivador y propietario en sus faenas; y bajo la direccion de un rufinario práctico aprendió á obrar por términos convenidos, y sin razon de sus procedimientos. Supo que habia manuales del horticultor y el jardinero, y se impuso toda especie de sacrificios para comprarlos, y los devoró con el ansia de inquirir las conquistas de la ciencia en favor de las galas de Flora, y los sazoados frutos del otoño. Tuvo la inadvertencia de lucir sus conocimientos delante de su rústico patron, y la envidia, la brutalidad de los hombres apegados á moverse sin conciencia de sus actos, y el temor de la superioridad que hace al ignorante aborrecer al que se ilustra, espulsaron á Persil de un asilo donde encontrara el trabajo que mas adaptábase á su gusto. De colocacion en colocacion Ignacio, recomendado por los progresos de su especialidad, y bajo el influjo de su buena estrella, entró al servicio del embajador moscovita en el palacio rural inmediato al pequeño Montreuil; y cuando la familia de Belle-ville permutó aquella linda posesion con su extensa pero triste casa en la Cité y junto á la gótica catedral de NOTRE-DAME, Persil quedó al cuidado de un jardin precioso, gracias á su esmerado afan y continuos desvelos; permaneciendo fiel á sus arbustos y flores, y aislándose de los demás criados de la ilustre marquesa para vivir en relacion con los queridos frutos de su predileccion amante.

No habia placer mas vivo para Ignacio que llenar en todo tiempo de flores raras y plantas odoríferas de multiplicadas especies los jarrones del salon de recibi-

miento, las jardineras de porcelana en las galerías, y los vasos del tocador de sus amos. No se le podía halagar con mejor obsequio que recorrer en su compañía las divisiones del jardín, haciéndole preguntas sobre las plantaciones, motivos de los arreglos, y detalles del reino vegetal; porque cada plantacion era un cálculo, fecundo en solicitudes cariñosas; cada arreglo una mira pródida y paternal; cada pormenor formaba un estudio atento, ó producía una historia interesante.

Estaba loco de júbilo con el regalo de láminas representando la flora europea, y texto de estudios de la naturaleza por Bernardino de Saint-Pierre; don de sir Rocquen, escocés rudo y sencillo, observador infatigable de las maravillas del Universo, y grande amigo y Mecenás de los aplicados á mejorar las especies en arboricultura.

Hacia cinco dias que sir Rocquen entroncara conexión afectuosa con Ignacio, con el plausible motivo de visitar su jardín; atraído por el orden, buen gusto y variedad que á primera vista notábanse en él. Los que participan de los mismos gustos se adhieren con extraordinaria facilidad; y así no es extraño que el caballero escocés pasara la tarde en plática sabrosa con Persil, y volviera durante cuatro dias á reproducir visita, inspección y diálogo, acreciendo la simpatía del laborioso jóven con el regalo que dejamos antes referido.

En la tarde que tuvo lugar el convite de L'epée y Cagliostro en Belle-ville, sir Rocquen llevó la amabilidad y llaneza hasta el extremo de entrar en el pabellon habitado por el jardinero, y sentarse en una de las dos sillas de paja, que con una mesa de pino y un lecho de tablas sobre banquillos de hierro componian el pobre ajuar del hijo de Pomona.

Figúrese el lector el éxtasis delicioso con que Ignacio escucharia de boca de sir Rocquen la descripción de las deslumbradoras sábanas de América: la pintura animada y atractiva de la vegetación del África: los cuadros de infinita variedad de la topografía é historia na-

tural de Oriente. El escocés nada tenía de simpático; y dotado de una regular figura y modales sueltos, se experimentaba una suerte de retracción á su primera vista, que no disminuía por cierto al eco de su voz dura y de inflexion imperiosa. Dominada esta impresion primera, y prestando el oído á sus esplicaciones, sir Rocquen desvanecía bien pronto el efecto desagradable de su presencia, pues su locucion era fácil, escogida y elevada; su instruccion extensa y robustecida por observaciones luminosas en dilatados viajes; su trato, finalmente, original; ora dulce hasta el abandono expansivo; ora desabrido y crudo hasta el sarcasmo y la mofa.

No era solo Persil el seducido por las cualidades y rarezas del escocés; porque ya se entiende que con enseñarle teorías acerca de las especialidades de jardinero y horticultor, con regalarle libros, estampas y semillas de arbustos y flores, y con escucharle complacido la minuciosa razon de sus faenas, Ignacio hubiese declarado adorable al mismo Caracalla y al propio Atila, que se hacia llamar con harto fundamento el AZOTE DE DIOS.

Ruperta David, la camarera de Blanca de Bayard, se hacia lenguas de sir Rocquen desde la tarde en que bajando al aposento de Persil para demandarle simiente de clemátida, prometida á cierta amiga suya, hubo de notar que acompañaba á Ignacio un señor de aspecto distinguido y aire de importancia, que la detuvo galante cuanto advirtió que se iba á retirar confusa; la hizo sentar á fuerza de súplicas y persuasiones; la estimuló á conversar con benevolentes instancias, y se mostró grandemente satisfecho de incluirla en el círculo amistoso, matizando la sencilla reunion con el esmalte que presta la muger á los accidentes mas comunes de la vida humana.

Ruperta era vanidosa, ligera, y disipada. Intolerante con las faltas ajenas; adolecia del temperamento mas á propósito para escitar iguales y desapiadadas censuras, y para colmo de su desgracia había tomado al pié de la letra esos cuentos de Perrault y Chapelain, en que las

partorcitas llegaban á princesas, y por el patrocinio de una hada las plebeyas lindas se hacian esposas de reyes desencantados. Sir Rocquen le pareció un cautivo tanto mas seguro, cuanto que la casualidad de su encuentro parecia una ocasion de las que bautizan con el nombre de destino las leyendas fantásticas.

La tarde del enunciado convite Ruperta saltó de alegría, considerándose en plena y absoluta libertad; prometiéndose emplear el tiempo en la exploracion del alcance de sus gracias en el corazon del caballero escocés, y resuelta á poner á prueba su fortuna por todos los medios que guarda en su vasto arsenal la coquetería femenil.

Contra su costumbre, la señorita David guardó silencio sobre su hallazgo en el imperio retirado de Persil; porque temió que dando publicidad á lo que entendia por triunfo de su mérito y garantía de un porvenir esplendente, quedaria espuesta á que fiscalizaran sus invasiones en el distrito de Ignacio.

Cambió de trage; se puso una cofia de la nieta de Bayardo; se alisó el pelo cubriendo su cabellera con menudo polvillo de oro; ensayó una sonrisa entre gachona y contenida, y tarareando un estribillo del género bucólico, tomó la direccion de la escalera falsa, y como si discurriese distraida y á la ventura, con paso lento y sesgado curso llegó al pasadizo que desembocaba en el jardin. Allí revolvióse á una y otra parte con inquietud, y segura de no ser observada por malignos ó curiosos, emprendió una marcha resuelta hácia el puesto donde la impelián su anhelo y sus esperanzas ambiciosas.

Ruperta creia jugado el lance mas serio de su vida; sin duda porque nada hay mas formal que el designio de cazar un marido en las que casi tocan al medroso plazo de la veda. Es cierto que habia vacilado en mostrarse dócil á las insinuaciones melosas del cumplido Lafleur; que casi entró en su cálculo conquistar al insigne Janicot; que hizo cuanto fué dable por atraerse á Barthelemi, el posadero de la IMPERIAL CORONA: que sufrió

tentaciones de hacer pensar á Persil en que ganarían sus flores y árboles cuidados á duo; pero nada desto era comparable bajo ningun punto de vista á la empresa de reinar absoluta en el albedrío del noble escocés, y ya se veía la David en un castillo en las cercanías de Edimburgo, y trocado su MADEMOISELLE EN MISTRESS. ¡Optica mágica del amor propio!

Persil escuchaba absorto y retenido el aliento la descripción de las caravanas religiosas entre Medina y la Meca, sepulcro y patria del profeta árabe, cuando Ruperta apareció en la estancia, produciéndose con la obstinada prosopopeya del pavo real, y tomando asiento entre el narrador y su oyente.

—Bien venida la perla de BELLE-VILLE, exclamó el escocés, y á tiempo. Hablábamos de la tempestad, y hé aquí que sale el sol para nosotros.

—¡Oh! es demasiado, respondió la señorita David, lisongeada fuera de toda medida. Continúad vuestra conversacion. Sentiria mucho que Persil me acusara de turbar sus goces; porque está á vuestro lado que ni siente el peso de la vida, señor. Y por mi parte.... ya veis, aprovecho un resquicio cualquiera para....

—Gracias, lindísima Ruperta, (interrumpió el caballero con una sonrisa, en que un ojo perspicaz hubiese apercibido cierta disimulada burla). Creed que se os comprende y estima cual mereceis.

—Tomad asiento en este banquillo, señorita, repuso Persil contrariado; y si lo permitís, el caballero acabará un punto que trataba, y debia terminarse en seguida.

—Sin duda, contestó la charlatana camarera. ¡Vaya! Me parece al oírle contar á su señoría lances de remotas tierras y hombres extraordinarios leer los viages de SIMBAD EL MARINO por monsieur Galland.

El escocés pagó la admiracion de Ruperta con un signo de afabilidad, y emprendió el relato de la série de sucesos que hacen tan dramático el peregrinaje SANTO de los creyentes en Mahoma, entre los asaltos feroces de los beduinos, y al través de las ásperas soledades de la Arabia Desierta.

La David, y especialmente Ignacio, no perdian ápice de aquella relacion llena de viveza y de interés; pero si en lugar de auditorio tan crédulo y sumiso al narrador hubiera escuchado la referencia una persona de cierta ilustración y conocimientos, habria echado de ver una tinta demasiado fantástica para reproducir impresiones recogidas al paso del viagero.

—¡Cuánto daría por andar esas tierras! dijo Persil suspirando.

—Y yo tambien, añadió Ruperta. Es decir, (continuó con una infinidad de repulgos y monadas) si mi marido consentia en asociarme á sus correrías; porque soltera...

—Hay paises, observó gravemente sir Rocquen, donde los maridos no aciertan en llevar á sus mugeres, amiga mia. Puede uno resignarse á que los rapaces nómadas lo desbaligen; pero no debe exponerse á que lo degen sin compañera y sin estado social.

—Si la compañera es como algunas que yo conozco, reparó Persil con maliciosa guiñada, los señores beduinos ó beidunios... ¿Cómo se llaman esos ladrones errantes?

—Beduinos, corrigió pretenciosamente Ruperta.

—Los señores beduinos, repitió Ignacio, hacen un favor singular al marido quitándole la pécora de encima.

—¡Ay mi buen jardinero! exclamó sir Rocquen. No siempre acontece lo que acomoda; y esposo hay que atravesaria la Arabia Desierta, la Pétrea, y la Feliz sin hallar un raptor para su costilla.

—¿Y su señoría piensa volver por esos climas distantes? preguntó la curiosa doncella de Blanca.

—Hace poco mas de un año (dijo sir Rocquen pausadamente) que decidí aventurarme en la parte no explorada del África, y despues de reconocer el litoral, introducirme por el Biledulgerid, país de hermosos dátiles, á la Nigrícia, Tombut, Benin, Cafrería y ranchos de los hotentotes. Yo tengo una persuasion íntima de que nada malo me sucede en mis escursiones; porque todas, y algunas muy comprometidas, me han salido prósperas;

y os confieso, queridos amigos, que mi amor propio estaba muy de acuerdo con el pensamiento de visitar á los etíopes salvajes; traer memorias auténticas de las tribus belicosas que infestan las márgenes del río de las Hormigas, y alojarme sin riesgo en las cabañas que edifica el antropófago.

—Vueseñoría me espanta, repuso subyugada la camarera de la señorita de Bayard.

—Dejaos de tratamientos, replicó el noble escocés con aire de protección. Ya estaba á punto de realizar mis planes, cuando mi pobre y excelente tío, el laird Rocquen, fué asesinado por su hombre de mayor confianza, y su familia, los Hárrison, se esparcieron fuera del país, avergonzados del crimen de su padre, y evitando presenciarse un horrible pero justo castigo.

—¡Hárrison! repitió la David con ánsia ¿habeis dicho Hárrison?

—¿Por qué lo preguntais? interrogó el extranjero sorprendido.

—Es que sirve en esta casa una jóven inglesa de ese mismo apellido, y de nombre Enriqueta.

—Enriqueta! No; la hija del asesino se llama Clari, contestó el caballero.

—Puede haber trocado su nombre, insistió Ruperta, empeñada en hacer á la doncella de Juana Luisa hija de el asesino de laird Rocquen. ¿Qué señas tiene?

—Alta y esbelta; ojos azules; cabello rubio; voz dulce; aspecto melancólico; reservado carácter, espresó el escocés.

—Las señas convienen, concluyó la David. Sería curioso que esa orgullosa fuera...

—Me parece, señorita, interrumpió Ignacio, que el señor abate de L'épée, su pariente, no habria ocultado á la señora esa circunstancia; porque al fin y al cabo, los hijos ¿qué culpa tienen de...?

—Pero en suma, dijo el caballero, se trata de que hay en *Belle-ville* una Hárrison, llegada hace poco ¿no es así?

—Hace muy poco, aseveró Ruperta.

—Traida por el señor abate de...

—De L'epée, concluyó la David: el maestro de los sordo-mudos.

—Llamada Enriqueta, y con las señas que antes dí de la jóven Clari. Desearia ver á esa Hárrison.

—Es difícil, ¡terció el jardinero; porque sale muy pocas veces, y en la casa no dá mas paso fuera de las habitaciones de su señora, que á la capilla ó al comedor. Desde que vino á *Belle-ville* no ha bajado á este departamento.

—Ya observa vueseñoría, recalcó Ruperta, que esas precauciones no indican nada bueno; porque la que á Dios gracias, no tiene que encubrir fealdades, como yo por ejemplo, va y viene sin reparo; y canta, y corre y bulle, y habla con las gentes; y no se hace la mosquita muerta, ni esconde la cara de nadie. ¿Es verdad?

—Vamos, señorita Ruperta, dijo Persil disgustado de aquella sañuda intencion. Ella podrá ser hija del verdugo de Lóndres, si así lo quereis; pero en ley de Dios y en rigor de justicia, es una muger cabal en hermosura y virtud.

—Si no fuerais un Juan de buen alma, replicó la David con aire de sarcástica conmiseración, estaríais al corriente de lo que hemos husmeado los de arriba... ¡La ovejita mansa!... Sí: fiad de las apariencias, Ignacio.

—Bah! exclamó Ignacio con bien fingida indiferencia. Habreis visto musarañas.

—No señor, (contestó Ruperta, cayendo en el lazo del astuto jardinero). La santita en cuestion trae engatusado al señor marqués en perjuicio de su prima, la noble y divina señorita de Bayard.

—Me habeis metido en deseos de conocer á esa muhacha, sea Clari, ó verdaderamente Enriqueta, manifestó el escocés pensativo y preocupado. En puridad, el apellido Hárrison no es tan especial que califique á una sola familia; mas tampoco es comun en Escocia. Lo que mas me fija en mis sospechas son las señas de su perso-

na: alta; ojos azules; rubia; insinuante la voz; melancólico el carácter, repitió sir Rocquen con despacio y atención reflexiva.

—¿Por qué no se hace presentar vueseñoría en BELLEVILLE? reparó Persil de improviso.

—¿Para qué? respondió el caballero con altiva estrañeza. Yo aborrezco las jentes de tono de esta frívola y ceremoniosa sociedad; y aquí, entre vosotros, buenos y sencillos, disfruto lo que no gozaría en los salones aristocráticos, templos del dolo y de la falsía. En Oriente me ha sucedido escusarme de ocupar un lujoso departamento del alcázar de un rey para pedir hospitalidad á un cordelero humilde; partiendo su pan y su sal en gustosa y apacible compañía.

—Ya se vé, (dijo Ruperta buscando medios en su imaginacion para servir al extranjero) si supiéramos el día en que habia de ir al presbiterio de San Sinforiano á conversar con el abate, su pariente...

—Vá sola hasta Montreuil? interrogó sir Rocquen conteniendo á duras penas la agitacion.

—La escolta un muchacho sordo-mudo, discípulo y sirviente del señor abate, repuso el jardinero.

—Pero ella misma no lo sabe, añadió la David absorbida por sus cálculos. El abate envia á Javier, y no es natural que dé tiempo para advertir á vueseñoría de la ocasion de cerciorarse de si...

—En todo esto no habrá ningun mal para ella, interrumpió Ignacio con desconfianza súbita.

—Ya lo creo, respondió el escocés ensayando plegar los labios en una sonrisa amable. Si es en efecto la desventurada Clari, ella me conoce bien, y yo necesito decirle que su padre murió antes de fallarse el proceso, y convencerla para que torne á su país, donde me comprometo á proporcionarle una subsistencia independiente. Si no es la Hárrison que sospecho, Dios la bendiga, y en paz. Por eso, amigos, desearia un sigilo impenetrable.

—¿Viene vueseñoría mañana? interrogó la David con la fisonomía fulgurante de inspiracion.

—Basta que parezca desearlo la perla de *Belle-ville*, espuso galantemente sir Rocquen.

—Mañana tendré madurada mi idea, afirmó Ruperta con júbilo maligno, y pasado mañana, sin que alma deste mundo se entere, bajará á este cuarto Enriqueta ó Clari Hárrison á ser reconocida.

—Pero, señorita David, objetó Ignacio opuesto á toda especie de tramas, me parece que....

—Supongo vuestro consentimiento, amigo mio, replicó Ruperta con sonrisa seductora, y sereis todo lo galante que cumple á un jóven de vuestro mérito.

—Eso no tiene duda, repuso el escocés, y cuento tambien con la benevolencia de mi buen amigo.

CAPÍTULO XVII.

EL LIBELO.

QUE Carlo-Magno era un excelente maestro de contrapunto nos lo dice el monje Eginard, su famoso cronista; añadiendo que no podía sufrir la desafinación, y levantaba airado la varilla del compás sobre la cabeza del pobre cantor que se hacía culpable de un punto falso. Que Felipe IV de España invadía el imperio de Calderon de la Barca y Alarcon, ocultándose bajo el pseudónimo de *un ingenio de la corte*, y dando sin fruto á las musas un tiempo robado á las atenciones perentorias de la monarquía, es cosa harto sabida de nacionales y extranjeros. Que Federico de Prusia alternaba los estudios estratégicos con la afición á la comidilla materialista é incrédula, que formaba la filosofía de los Voltaire, Diderot y d'Alembert, es noticia vieja cuando el verdugo de Trenk goza del sobrenombre del filósofo SANS-SOUÇIS, como si digéramos JUAN SIN PENA. Luis XVI tenía su capricho; menos ar-

tístico que el del gefe del imperio franco; menos literario que el del coronado pupilo de Olivares y Mendez de Haro; menos maligno que la despreocupacion del rey de Prusia. Luis XI mandaba hacer en su imponente Bastilla enormes jaulas de hierro con cerraduras inestricables para contener á las víctimas de su feroz encono. Luis XVI carecia de víctimas como carecia de enconos; pero en cambio hubiera dirigido inmejorablemente la construccion de jaulas, y sobre todo las cerraduras; porque nacido en la primera condicion social, sus pacíficas inclinaciones y sus gustos sencillos le hacian amar al pueblo trabajador; simpatizando con los mecanismos industriales: solazándose en las faenas de su recatado taller, y consagrando sus ocios á la lima y al martillo bajo la cuidadosa direccion de Pedro Saint-Martin, el rey de los cerrageros de su época.

Era cosa de ver al nieto de Enrique IV los dias que dedicaba á su diversion dos ó tres horas antes de la comida. Jamás conocieron placer igual el estudiante á quien otorgan inesperado asueto, ni el marino que pisa la tierra despues de larga y peligrosa travesía. El soberano se desembarazaba de su casaca de puños de encaje; remangando su camisa hasta descubrir los codos. Poníase el mandil del forjador con mas alborozo que un forjador se hubiera ceñido su régio manto de ceremonia, y anudábase su pañuelo á la cabeza con el propósito de parecerse por completo en su exterior á un maese de París. Hasta en la metamórfosis en cerragero el monarca ponía en evidencia la docilidad de su carácter y su condicion amante de la subordinacion voluntaria. Pedro Saint-Martin, hombre de veracidad incuestionable, decia pública y privadamente que el oficial mas adelantado de sus talleres no llegaba á término de comparacion con su excelso discípulo; y sin embargo á cada pieza de una cerradura que el rey terminase consultaba la opinion del maestro con esa ansiosa exploracion del aprendiz que realiza sus pruebas como un memorial para el ascenso.

Luis XVI habia hecho habilitar dos piezas retiradas al confin de un pabellon para establecer en una la fragua y en otra el trabajadero. La ilusion era completa, porque los muros ahumados, las tablas de herramientas llenas de polvo, los bancos de pino ennegrecidos, los mostradores cubiertos de limaduras, tiradillos y manchas de aceite, hacian olvidar el palacio para creerse transportado á un barrio de obreros, y á una accesoria de la fangosa Cité, ó del arrabal de San Antonio. A mayor abundamiento, S. M. que abdicaba su grandeza en aras del trabajo manual mas duro, trataba de ponerse en carácter aprendiendo de Saint-Martin los cantares y estribillos de la plebe trabajadora, y entonaba la BELLA BORBONESA, descarada alusion á la Dubarri; se hacia repetir motetes en reversado ARGOT ó dialecto convencional de la ínfima clase, ó bien esas palabras vacías de sentido, como el ZARABULLÍ y la NAQUERACUZA de que nos habla Quevedo en su «VISITA DE LOS CHISTES.»

Un criado de confianza defendia el pasadizo por donde se llegaba al taller, y nadie era admitido á presenciar el mayor goce de la magestad Cristianísima, quien ocultaba á su esposa el ensanche de su existencia en el ejercicio de un oficio mecánico. Maria Antonieta estaba en el secreto; mas guardábase de darse por entendida, apreciando en su justo valor el reparo de su marido, y temiendo contrariar fruicion tan inocente, pues el rey adolecia de una timidez infantil en punto á disgustar á las personas que le merecian cariño ó consideracion. Las cerraduras fabricadas por Luis XVI, cuando no se utilizaban en los sitios reales, se enviaban de regalo á las casas de misericordia, ó se vendian en lotes de pacotilla á beneficio de los menesterosos.

Limaban á porfia Luis y su maestro cuando la puerta del taller recibió un impulso brusco, girando sobre sus fuertes goznes, y rebotando con estremada violencia de la pared.

El ambiente exterior y la luz penetraron en aquella pieza ahogada, y cuya oscuridad apenas desvanecia un

resplandor dudoso al través del espeso alambrado y marco de vidrios de un ojo de buey cerca de la techumbre.

Luis XVI y Pedro Saint-Martin cesaron á la vez en su ruidosa tarea. La lima escapó á la diestra crispada de Luis XVI. El cerrajero efectivo abandonó su herramienta, y retrocedió pálido y sobrecogido de asombro.

María Antonieta avanzó algunos pasos en el lóbrego y malparado aposento. Su frente estaba surcada por esa arruga profunda que daba seguro indicio de su enojo ó de su altivo desden. Sus ojos radiantes hallábanse enrojecidos y húmedos aun por lágrimas de ira. Su lábio cesáreo se plegaba en contracción nerviosa, y los movimientos de su elegante y típica cabeza eran bruscos y de reprimida vivacidad.

—¡Qué horrible tugurio! exclamó echando una mirada fosca en torno de sí.

—Señora, (dijo el rey despojándose á toda prisa de su delantal, y habiéndose desembarazado del pañuelo que le servía de gorro) ¿por qué venís á este sitio?... Por qué no avisarme de que...?

La hija de María Teresa, recogiendo la falda con ademán resuelto, adelantó hácia su desconcertado consorte.

Saint-Martin no sabía si alejarse ó esperar á que le despidieran.

La arrogante austriaca fijó su vista de águila caudal en el plebeyo hasta faltar poco para producirle un vahido. El soberano vino en socorro de su maestro.

—Id, mi buen Pedro, id á la fragua; (le dijo en tono amistoso) y despues de poner en orden aquellos enseres, apagad el fuego, y esperadme. La reina no puede estar aquí mucho tiempo. Tiene razon; esto es una caverna; un antro.

Saint-Martin se inclinó confuso, y túvose por muy bien librado del ceño de María Antonieta con retirarse.

Luis XVI estaba muy lejos de ser un monarca sin dignidad, ni un marido sin firmeza. Repugnaba á su carácter contenido y modesto cualquier alarde de autori-

dad, y toda señal de predominio; pero cuando se hacia forzoso recordar que era gefe del Estado y de su familia el sucesor de Luis XV encontraba el brío de los temperamentos enérgicos; sabiendo vivir con decoro, el que supo morir con honor.

La cólera de la reina era sombría como un cielo encapotado por nubes preñadas de rauda tempestad, ó asordadora como el salto terrorífico de una catarata.

—Señor, comenzó la hermosa princesa con exaltacion febril, mas vale en los tiempos de vuestro reinado ser lanchera del Sena ó pastora de las Landas que ocupar vuestro tálamo y sentarse en vuestro solio.

—María, (contestó Luis irguiendo la cabeza con serena magestad) ya sabeis cuanto me disgustan los fieros y las exclamaciones violentas; que nada añaden á la razon y quitan mucho á la inteligencia fácil y clara de los negocios.

—Luis, (repuso la austriaca con la mirada flameante de indignacion) es que no se puede enmudecer ante la calumnia infame, ratera y pertinaz; es que no hay paciencia que baste un dia y otro dia para verse blanco del anónimo, que circula difundiendo un inmerecido deshonor; es que no...

—¿Se trata de una nueva cancion picante? preguntó el rey ahogando un triste suspiro.

—Oh! es mas que eso, replicó la augusta dama con emocion dolorosa.

—¿Un billete de amenaza, un aviso de traicion, una sátira ponzoñosa? repitió Luis XVI con angustia.

—Es un libelo, respondió la orgullosa Hapsburgo, mostrando á su cónyuge un cuaderno de impresion esmerada, en tamaño de cuarto-menor, papel aleman, y cubierta de color jalde.

El soberano rechazó el libro infamante con melancólica espresion, y apartando de él sus ojos.

—Nada importa que le alejeis de vos, Luis, mientras le repasan los mil enemigos de la autoridad que aplauden el escándalo y la torpeza cuando coinciden para desprestigiarla.

—Calmaos, señora, calmaos, encargó el benévolo príncipe conteniendo el resentimiento de la mujer virtuosa, víctima de perennes indignidades.

—Señor, (formuló María Antonieta exasperada por aquellas exortaciones) ya es hora de obrar, y harto se ha perdido el tiempo. A los primeros ataques contra mi vida inmaculada pude obedeceros, tolerando la impunidad de los agresores, y resolviéndome á devorar mi afrenta con un costoso disimulo. Ya veis que semejante proceder estimula y acrece á vuestros villanos depresores; y este papel es el non plus ultra del vilipendio y el escarnio. Resignarse á tanto baldon es punto menos que merecerle; y no lo haré, Luis, porque soy vuestra esposa, reina de Francia y madre de vuestros hijos... Veamos de que sirven vuestros ministros y agentes; porque sobran sino bastan para regir al país y hacer respetar principios sagrados.

—María, (dijo el rey con una entonacion que rayaba en la severidad) bajad la voz un poco, y ya que la prociacia de algunos malandrines nos falte al respeto, démonos á respetar de los que se conservan fieles y sumisos.

—No os entiendo, Luis, objetó la reina frunciendo el entrecejo con extrañeza y disgusto.

—En esa estancia (agregó el soberano en tono de reserva) está el honrado Saint-Martin; en el corredor vigila Clery.

—Tratais de eludir mis reconvenciones, señor, y os prometeis sofocar sin duda mis resentimientos, reduciéndome á que los comprima en gracia de la dignidad; pero esta vez la táctica no prevalece. Vengo á pedir justicia, y pronta; y para ello, ya veis, he roto la discreta valla que os permite entregaros á una ocupacion vulgar en el supuesto falso de que yo no sabia este capricho.

—Ahorremos escenas desagradables (cortó Luis XVI conteniendo su impaciencia) y procedamos con mesura en el particular, señora. Supongo que en ese libelo se nos maltrata sin miramiento alguno. A mí...

—Oid su título (interrumpió la austriaca redoblando sus tentativas por escitar el enojo de su consorte) y juzgad del texto por el rótulo: «*La verdad sobre Palacio, revelada al pueblo, por un amigo de la libertad*» (1).

—¡Miserables! (exclamó el monarca con mas sentimiento que ira). No saben ellos que en mi corazon no hay hueco para el encono, aunque redoblen sus ataques, porque soy el padre de mis súbditos, y aspiro á darles la felicidad en la esfera que me es posible promoverla. No saben que....

— Escuchad aun, (insistió la hija de Maria Teresa con encarnizado teson) escuchad el epígrafe de los capítulos que os conciernen, Luis. Primero: «*de cómo el rey se educó entre criados.*»

Luis XVI hizo un mohin entre despreciativo y lastimero. La reina añadió recalcando las frases:

—Capítulo segundo: «*El rey se casa mas virgen que su desposada misma.*» ¡Qué tal, señor?

Luis sintió colorearse sus mejillas con el reflujo violento de la sangre á la cabeza.

—Capítulo tercero (añadió María Antonieta): «*El rey empieza á gobernar como Carlos el Simple.*» Capítulo cuarto: «*El cetro y la lima.*» ¡Lo habeis oido, señor...? Capítulo quinto: «*Historia de Juan Lanas.*»

—¡Basta de iniquidades, señora! dijo el rey con firmeza. Harto mezquino es el hombre, capaz de escribir tales despropósitos, y de ocultarse cobardemente luego. Los regicidas Clemente y Ravailiac valen mas que esos reptiles asquerosos. Dios los perdone.

—En mí se ceba mas la saña de los detractores (prosiguió la reina con agitacion progresiva) y á las especies viejas se eslabonan nuevas atrocidades hasta compararme con Mesalina y Margarita de Borgoña. ¡Ah! si cuando supimos que existia en París una cortesana funestamente parecida á mí en rostro, estatura y andar, hubiérais seguido el dictámen del baron de Breteuil, Luis, á

(1) Histórico.

buen seguro que se dijera hoy que asistí á una sesion magnética de Mesmer; que fuí arrestada por escándalos en un baile de hostería, ni que en disfraz de obrera ó de moza perdida corro les calles del brazo de galanes nocturnos. Vuestra misericordia me ha perdido, señor.

—No me arrepiento della, afirmó Luis con repugnancia. Encerrar en la Bastilla á esa criatura porque se os parece, segun dicen, hubiera sido una arbitrariedad odiosa; y yo no quiero sombras fatídicas ni espectros lúgubres en torno de mi almohada. La política no es fundamento de los atentados, María: es una disculpa cuando mas, y yo pretendo comparecer ante mis pósteros como se comparece ante Dios; sin ambages ni paliativos inútiles.

—Luis el Grande tiene un MÁSCARA DE HIERRO, exclamó la austriaca en la explosion de su retenida cólera. Tengamos otra nosotros.

El soberano palideció un punto, y por una revolucion instantánea se puso encendido hasta inyectarse de sangre sus ojos. Asió de la mano á su atrevida esposa; atrájola á sí, y le habló en tono constreñido y de autoridad.

—Señora, (le dijo acentuando las palabras con determinacion vehemente) nuestro deudo Cárlos Stuardo, Primero de su nombre en Inglaterra, ha dejado sentado como proverbio una de las frases que profiriera sobre el patíbulo en que debian decapitarlo. ¡Por Dios vivo que no olvideis el refran! NO TOQUEIS AL HACHA.

—Pero en fin, (baluceó la reina, dominada por la escitacion insólita de su marido) Luis XIV....

—El ejemplar que proponeis, señora, lejos de favorecer vuestro designio lleva adjunto el mas terrible de los escarmientos; porque aquel mísero gacetero de Holanda, reclamado con tanta sevicia como entregado con tanta vileza; abrumado á torturas refinadas y periódicas; sustraído al conocimiento de sus guardianes por una máscara adherida perpetuamente á su faz ¿sabeis á qué congeturas ha prestado asunto?...

—¿No era el gemelo del gran rey?

—La primogenitura reconoce leyes fijas para estos casos; (terminó Luis concisamente) y Luis XIII, Ana de Austria y Richelieu no tenían para qué sacrificar á uno de los mellizos; pero de un episodio real y siniestro la maledicencia ha sacado una crónica de abominacion nefanda.

—De modo que esa hembra disoluta, y tan semejante á mí ¿continuará libremente arrastrando mi nombre por el lodo á favor de una similitud deplorable?

—Por última vez, señora, (cortó el rey con despegó) ya os he dicho que por medio de persona hábil y de confianza hagais proposiciones á esa mozuela para que se vaya á Londres, á Berlin ó á San Petersburgo. El oro todo lo allana.

—¿Entenderme yo con una aventurera de ese jaez!

—El fin lo escusa; y bien podeis repetir por interés propio en este caso lo que hicisteis por consideracion caritativa con esa titulada condesa de la Motte, que se vende por último retoño de los Valois.

María Antonieta se mordió los lábios, herida en la pretension de imponer sus voluntades al gefe de la rama borbónica.

—En una palabra, María; (dijo Luis con aquella templanza de tono que le hacia tan respetable en el trato íntimo) yo no puedo ser indiferente á tiros alevoses contra nuestro honor; pero no llevo mis impresiones desagradables hasta la injusticia de exigir á los ministros que me ayudan á gobernar el Estado que persigan fantasmas. Harto les dá que hacer el arreglo de los particulares comunes y el remedio urgente de las calamidades pasadas.

—¿De qué sirve entonces esa numerosa y complicada policia? preguntó con sorda irritacion la hija de María Teresa.

—Suprimidla y lo vereis, replicó el monarca. Todos los poderes saben que la fuerza de las armas es ineficaz contra el levantamiento de los pueblos enfurecidos; y

sin embargo mantienen á la vista ese freno: porque...

—¡Ah Luis! (esciamó la régia dama, sublime en el arranque de su desolacion.) Yo no os he mostrado una tercera parte siquiera de los anónimos, canciones y folletos que hallo en mis cómodas, sobre mi mesa de noche, hasta en el embozo de mi lecho, y en los bolsillos de mis trages y batas. Y esta guerra implacable y sañuda se deriva de muy altos conspiradores, de quienes recibe un salario vil la pluma execrable de algunos Zoilos rebosando hiel y veneno. Esplicadme, señor, de otra manera la infiltracion continua de esos abortos infaudos en mis muebles y ropas.

—¡Pobre María! (repuso Luis XVI tiernamente conmovido). Veo que es necesario adoptar una medida seria é inmediata contra desacatos tan frecuentes como graduados; pero es el mal que yo no puedo...

—Esplicadme otro indicio, interrumpió la reina esforzando sus razones. En este libelo se desata la calumnia contra todos los príncipes de la sangre, incluso Orleans, preservado en otros papeles de alusiones.

—Orleans nos aborrece; pero el duque filósofo no es capaz de mancharse con esas arterías.

—No se trata de Orleans, señor: (respondió María Antonieta con sonrisa irónica) Observad que ni en este libelo, ni en los anónimos, ni en sátira alguna contra la familia real, se menciona á Luis de Rohan, el cardenal, gran limosnero.

—¡Basta, María! (declaró el rey adoptando un continente imperativo). Vuestras prevenciones tercas y hostiles al prelado Rohan mantienen en la corte partidos é intrigas que me desagradan, y no han merecido una definitiva resolucion de mi parte por no dar lugar á que el escándalo tome cuerpo.

—¡Es decir que en vez del desagravio que vine á demandar recibo inculpaciones y cargos, señor!

—Nada de eso; (contestó Luis dulcificando el tono) pero teniendo un corazon escelente, querida mia, la arrogancia de vuestro carácter, perdonad mi franqueza, os

conduce adonde no podeis ir por vuestro rango ni por vuestros sentimientos.

—¿Qué debo hacer, esposo mio? interrogó la hermosa austriaca, nunca mas bella que en el ademan sumiso de una mujer, atenta á secundar las decisiones de su consorte.

—Es muy fácil, amiga mia, cuando la buena voluntad se mezcla en ello (observó Luis enagenado de alborozo á la expectativa de una solucion tranquila y ordenada); y veo con estremado júbilo que acabaremos por convenir en lo mejor, á juzgar por vuestra amable pregunta.

—Hablad, Luis, y contad con mi obediencia; pero es preciso poner coto á desmanes de este género y robustecer el principio de autoridad; sin alarma ni ruidos en buen hora, mas con una voluntad indeclinable.

—Convengo; (otorgó Luis XVI) y como quiera que el esposo hace un triste papel, confesando que le constan las calumnias de que una muger es blanco infeliz, yo diré, si os parece oportuno, al gefe de policía que le necesitais para ciertos informes que no me cuidé de averiguar; recomendándole el mayor esmero en satisfacer vuestras miras.

—Comprendo: (dijo la reina con extraordinaria animacion) yo entonces con cierta especie de reserva, sin indicar á nadie, á pretesto de temer vuestros arrebatos si llegais á leer esas difamaciones, harta de hallar en torno de mí las páginas vilipendiosas, pediré como una gracia que se ponga la policía en el rastro de los culpables y los detenga á vuestra disposicion... ¿Y entonces, Luis?

—Entonces, (terminó el soberano con solemnidad) que se cumpla la ley. El delito de lesa-magestad se halla penado severamente, y los tribunales nos darán razon de los reos de tamaño delito. Fiemos en la justicia.

CAPÍTULO XVIII.

LA CITA.



ACIA en pacífico reposo el palacio rural de Belle-ville. Eran las ocho de la mañana cuando el joven marqués hizo vibrar la campanilla de llamada, acudiendo el cumplido Lafleur, su ayuda de cámara y cuidadoso asistente, á recibir sus órdenes. Carlos estaba libre de servicio, y se proponía dar una vuelta á caballo por los pintorescos alrededores de Versalles para disipar algun tanto las melancólicas impresiones que turbaban su espíritu.

—Buenos días, señor, dijo Lafleur al penetrar en la alcoba.

—Buenos días, Lafleur, contestó el mancebo, tristemente preocupado. Aderezadme un traje inglés de montar y el capote de escocesa; botas de piel de Rusia y gorra de pico á lo Luis On-ceno.

—Si usía lo permite, repuso el urbano sirviente inclinándose, evacuaré una comision de la señora marquesa.

El gentil-hombre palideció.

—Ayer noche, añadió Lafleur introduciendo la diestra en el bolsillo de pecho de su casaca, la señora me entregó un billete para usía, encargándome que le pusiera en sus manos tan luego como tuviese el honor de...

—Dádmelo pues, interrumpió el caballero, refrenando su angustiada impaciencia.

—Hélo aquí, señor, replicó el doméstico, dando cima á su comision con esmerada cortesía.

—Id á buscar á mi palafrenero Bautista, ordenó el marques. Dormirá como un bienaventurado todavía: despertadle, y no le dejéis hasta que no empiece á limpiar á CENTELLA. Aquí aguardo vuestro regreso.

Lafleur tras de un saludo ceremonioso despejó la estancia con su acostumbrada medida.

Cárlos no bien quedara solo abrió con rapidez convulsiva el sobre del billete, y devoró ávidamente su contenido.

«Caballero: (decía Juana Luisa á su noble hijo) necesito celebrar una conferencia con vos, á las doce de mañana, y en mi aposento. Os aguarda pues—LA MARQUESA VIUDA DE BELLE-VILLE.»

El guardia de corps de la magestad Cristianísima guardó el escrito en el bolsillo de su holgada bata; quedando sumergido en reflexiones tétricas, y entregado á la ansiedad de sombríos presentimientos.

Cuando Lafleur volvió á dar cuenta de su cometido, Cárlos, sentado en la poltrona y á la cabecera de su lecho, tenia la megilla apoyada en el revés de su cerrada diestra, los ojos pertinazmente clavados en el suelo, y cruzados los pies en actitud lánguida.

—Está usía puntualmente obedecido, anunció el servicial criado.

—Disponedme lo dicho, Lafleur, replicó el jóven aristócrata, levantándose con desmadejamiento, y entrándose con lento paso en su tocador, especie de triángulo obtuso, cuyo vértice le formaba la juntura de dos paredes del edificio.

Mientras el lacayo descolgaba del ropero las piezas

del traje á la inglesa, empleando el cepillo con tanta pulcritud como celeridad inteligente, ocurrían á su imaginación multitud de observaciones curiosas.

—¡Diablo! se decía en su interior. ¿Qué pasa aquí?... ¿Quién desbarajusta esta casa?... La señora se vuelve de improviso recelosa y suspicaz. La señorita Blanca disimula en vano una inquietud que la consume. El señor marqués devora una angustia fatal, superior á sus esfuerzos por dominarla. El señor Janicot parece endemoniado de pocos días á esta parte; habla solo; reniega de todo el mundo, y declara que no puede permanecer en Belle-ville. La señorita Harrison pasa como un espectro por delante de la servidumbre, sin mirar, sin oír, y con la apariencia de una sonámbula. La señorita David va y viene, baja y sube como una ardilla, y cuando ese Lucifer se alegra alguna tramoya urde.... ¡Oh! conozco demasiado á esa buena alhaja.... ¿Qué va á suceder aquí?

Cárlos llamó al reflexivo sirviente, que ordenando las prendas sobre su brazo derecho entró á vestir al gentil-hombre, peinado ya y listo para recibir los servicios del ayuda de cámara.

Al breve rato el guardia de corps, equipado como un GENTLEMAN, tomó asiento ante el pupitre de su cómoda y escribió con premura la respuesta al billete de la marquesa, su madre.

«Señora: (decía Cárlos á la ilustre viuda) no faltaré á la conferencia que os dignais celebrar á las doce y en vuestro aposento. Mi deber y mi gusto consisten en la puntual obediencia á vuestras voluntades:—CARLOS.

El mancebo cerró con lacre y estampó el sello de sus armas en el reverso del sobre.

—Entregad este papel á la señora marquesa, dijo á Lafleur alargándole la epístola, y abandonando la estancia.

—Decididamente aquí sucede algo muy singular, murmuró el lacayo mirando la escuela.

El palafrenero acariciaba á CENTELLA con la confian-

za que inspira el animal de nobles condiciones, cuando apareció Cárlos en la escalinata que descendia al patio circular de Belle-ville, dando un silbido de inteligencia agudo y breve, que hizo á Bautista volver el rostro y relinchar alborozado al caballo.

El marqués, embebido en sus pensamientos melancólicos, y con esa pausa que hace un mecanismo de las acciones á que no preside la energía de la voluntad, arregló las riendas del hermoso cuadrúpedo, ciñendo el fiador sobre sus cortadas crines; probó la firmeza de los estribos, y movió la silla para comprobar el ajuste del aparejo. Por último, hizo adelantar á CENTELLA; contuvo al criado que se disponia á prestarle su ayuda obsequiosa, y montó aceleradamente, picando espuelas, y emprendiendo el trote largo hasta salir de la quinta para entrar en el camino público á un acelerado galope; medida de la escitacion nerviosa que el ejercicio ecuestre le causaba.

Bautista le vió alejarse y desaparecer en un recodo del arrecife con cierta especie de atencion cariñosa.

—A ese jóven señor le acaece alguna cosa extraordinaria, dijo para sus adentros y meneando la cabeza con gesto significativo. ¿Qué será? se preguntó poniendo su imaginacion en prensa. Sea lo que fuere, concluyó con la cómoda filosofía del egoismo. A mí no me toca mezclarme en las incumbencias de mis amos.

Y el palafranco, con la entereza de las convicciones arraigadas, enderezó sus pasos hácia las cuadras del hotel, que era la incumbencia en que podia mezclarse con mejores títulos.

Al pasar por el angosto sendero que desembocaba en el camino real á Versailles CENTELLA dió un fuerte resoplido, enderezando asustado las orejas, y perdiendo el aire sostenido de su marcha como á impulso de una emocion súbita de terror. Una sombra negra habia cruzado rápidamente por delante de la descuidada cabalgadura, rehurtándose al encuentro del animal, y buscando guarida entre dos árboles del estrecho pasadizo.

Cárlos arregló el andar de la asombrada bestia, y al volverse para conocer la causa de su sorpresa repentina descubrió como en acecho y á corta distancia á un hombre de sospechosa catadura, embozado en una larga y ancha capa de viage, cubiertas cabeza y parte de la cara con un sombrero á la chamberga, y en cuya posicion se revelaba cierta inspeccion de mal agüero. Pero no hay forma de interpelar á el individuo que se detiene para ver pasar á un caballo que camina al galope corto, y el marqués aunque chocándole aquella circunstancia hubo de resignarse á continuar su ruta sin conocer al embozado, ni darse por entendido de que advertia el exámen minucioso de que era objeto su persona.

Cárlos entró en el arrecife, y CENTELLA avivó el aire al sentir el consistente piso, y oyendo sonar sus cascos en compasado martinete y con distincion mas clara en los ecos de mas dilatado espacio.

A medida que el bello y fogoso animal redoblaba el testimonio de sus brios, el marqués respiraba mas libre de sus tristes preocupaciones; pareciendo que la distancia dejada atrás era una separacion progresiva del teatro de sus pesares, y aturdiéndose con la embriaguez de una carrera febril, como la danza insensata de una bacante frenética. La imaginacion de arrebatados vates ha concebido al génio de la tempestad cabalgando entre las alas del torbellino; azuzando sus ímpetus con el bramido del trueno, y azotando los flancos de las nubes con el relámpago fulgurante; látigo de fuego que sacude su diestra poderosa. Cárlos hubiera deseado realizar este poético mito en la exaltacion de su despecho; porque hay momentos en la vida turbulenta de una ardiente juventud en que el espíritu no cabe en los naturales polos de la existencia humana, y evoca las tradiciones fantásticas con afan impaciente, y se lanza delirante en los espacios imaginarios para buscar horizonte á esa ambicion que hizo á Lucifer rebelarse contra el Altísimo; porque la potencia sin la gracia es siempre la rebelion, y casi siempre la ruina desastrosa y la perdicion inevitable.

Cárlos espoleaba sin tregua, y su caballo, movido por la calenturienta movilidad del jinete, corría hasta hacer pensar á los transeuntes que se hubiera desbocado; pero CENTELLA agotó sus fuerzas en aquel alarde magnífico de su pujanza, y no estimó oportuno reventar de fatiga por convenir con las disposiciones tumultuosas de Belle-ville; dando señales inequívocas de su oposicion á las exigencias del mancebo, quien por una reaccion lógica, á modo de armonía orgánica, se entregó al abatimiento consiguiente á la crisis anterior, y notando el largo trecho que recorriera en media hora de vertiginoso curso, volvió atrás á paso perezoso y dirigióse hácia la via recta de comunicacion entre Versailles y París.

El marqués tuvo la fortuna de no encontrar amigo ni conocido que se le incorporasen; y no fué poco venturoso en ello; porque parece que llueven los charlatanes y los importunos sobre esos dolores que buscan el silencio y la soledad para consumirse á fuerza de su vehemencia propia. Llegó cerca del abrevadero donde Wálter concedió á su caballo sediento la satisfaccion de su necesidad, y CENTELLA quiso precipitarse al agua con una avidez suma; pero el sudor formaba espumosa costra sobre sus lomos y articulaciones, y el freno le detuvo á corta distancia del pilar y fuente; aguardando el jinete previsor á que se refrescara un tanto para que no ofreciese peligro el refrigerio.

Cárlos tendió la vista á lo largo del arrecife y en direccion á París, y llamó su atencion en gran manera una escolta de ocho guardias franceses, precedidos por un sargento y cerrando la marcha un cabo, abiertos en dos filas y llevando en medio uno de esos carruages sinistros llamados CELDILLAS, tirados por dos caballos vigorosos; echados visillos y cristales, y luciendo en las portezuelas y en círculo rojo la forma terrible de la Bastilla, que podemos llamar la rúbrica en piedra de Luis XI. El gobernador, Monsieur Delaunai, tenia en las vastas cocheras de su castillo hasta unos diez vehiculos de la misma especie: calabozos portátiles, que permitian la

conduccion de los reos en completa seguridad, y sin recelo de inspecciones incómodas. Un vigilante incorruptible se instalaba al lado del conducido, despues de cerrar la portezuela con llave de dos vueltas que guardaba en su bolsillo inmediatamente. El conductor recibia en secreto las prevenciones del gefe de la partida, y la escolta apartaba del camino del transportado á los transeuntes y á esos papa-moseas, que por inquirir novedades se esponen á contingencias trágicas; siendo mártires sin título á la compasion en los fastos de la curiosidad vana y estéril.

Los pasajeros amenguaban el paso al descubrir la comitiva; echando á izquierda ó derecha del arrecife para franquear el centro á la travesía de la autoridad, en homenaje al infortunio, ó por respeto á la fuerza armada, que suele servir de pánca y de palanqueta segun las ocasiones. En todos los semblantes se dibujaba el disgusto con variedad de forma; porque dentro de aquella jaula, cerrada á profanas escrutaciones, podia trasladarse lo mismo al criminal convicto y confeso que á la víctima de la falibilidad del juicio humano, que á la inocencia perseguida por arteras cábalas ó mañosos cálculos. Y esta idea se ocurría mas temerosa y lúgubre en presencia de la CELDILLA, innoble y oscura, y ante una justicia que hacia un misterio de sus actos cuando la publicidad es la sancion del poder legitimo.

Pasó con lentitud el imponente cortejo por delante de Carlos, y distinguió el jóven marqués, rezagado y como esquivo á parecer comandante de la excursion, á un oficial de gendarmería, á quien hubo de tocar el turno; pero que repugnaba la comision ciertamente á juzgar por la delantera que dejaba tomar á la escolta y coche de la Bastilla, y al paso sentado á que traia reducido á un corcel de estampa notable.

El oficial saludó á Belle-ville con señales de estimacion deferente, y Carlos adelantó un poco hasta emparejar con él; precisándole á que detuviera su marcha, correspondiendo á la cortesia del bizarro guardia de corps.

—No llevais traza de muy satisfecho, amigo Richard, dijo el gentil hombre tendiendo la mano al gendarme, que la estrechó con la presión ruda de un hombre de corazón, pero brusco y sin retóricas.

—Señor marqués, replicó Richard, no puedo avenirme á esta clase de procesiones; y por lo mismo, de cien veces que hagan estacion noventa y cinco me han de adjudicar el cargo de maestro de ceremonias.

—¿Viage de ida y vuelta? preguntó el mancebo con amable sonrisa.

—Ida y vuelta y sabe Dios qué mas, repuso el gefe de la partida en tono de reserva: porque llevamos un pájaro de calidad y cuenta, señor marqués. El ministro-canciller le manda á buscar para interrogarlo por sí mismo apretadamente á fin de que descubra á sus cómplices.

—Hola! es un reo de Estado, observó Belle-ville.

—Sí, añadió Richard reiterando sus pruebas de confianza y apagando la voz discretamente. Este individuo fué pillado por la policía en una boardilla del Marais, arreglando los pliegos de un libro infame contra el rey, la reina y los príncipes; libro que ha circulado por toda la provincia con profusion escandalosa; libro que salia de aquel recinto confeccionado enteramente, porque imprenta y encuadernacion todo estaba allí unido y todo cayó en manos de los agentes á la par que nuestro hombre.

—Conozco el libelo, dijo el marqués con cierta repugnancia. ¿Y el preso es natural del país?

—Me han dicho que es de los Países-Bajos, respondió el oficial de gendarmería. ¿Teneis algo que mandar?

—Disponed de mí, concluyó Carlos despidiendo con un gesto amistoso á su interlocutor que siguió las huellas de la escolta, ya bien distante del abrevadero.

El jóven dejó beber á CENTELLA, y encaminóse despacio hacia *Belle-ville*.

CAPÍTULO XIX.

LA CONFERENCIA.

MENOS de cinco minutos faltarian para las diez y media de la mañana, hora del desayuno en Belle-ville, cuando el joven marqués, en traje severo de ceremonia civil, pendiente de una hebilla de oro la insignia en miniatura de la orden del Espíritu Santo, descolorido el semblante, mas digno y reposado como la resolucion de las almas superiores, vino á ocupar su asiento en la mesa del comedor.

Aun no habia concluido de arrimar la silla al testero de honor que en vano tratara de ceder á una madre, tan escrupulosa en punto á fueros y preeminencias como Juana Luisa, la viuda del introductor de embajadores de Luis XV entró en la pieza con aquel continente magestuoso que dan la calma y la firmeza, unidas en ingénua expresion. La dama parecia de acuerdo con su hijo en el carácter de la conferencia que iba á reunirlos á las doce de aquella mañana; porque ella tambien vis-



tióse de negro, y estaba verdaderamente hermosa y respetable con su ropon, cerrado en gorguera por el cuello, de ajustada manga, haldeta larga y guarnecida de botones de acero empavonado, de los que pródigamente lucian en las tiras de pecho, falda y fimbria de aquel trage de terciopelo, que no tenia que envidiar señorial decoro y egregia apostura para su realce á los vestidos de la Czarina rusa, ni de la Emperatriz austriaca.

Cárlos saludó á su madre con la veneracion mas cariñosa.

La marquesa viuda correspondió al saludo gravemente, invitando á su hijo á sentarse por medio de un signo de intencion afectuosa y benévola, ocupando su ordinario lugar sin proferir una palabra.

Blanca no tardó en presentarse, marcando en torno de sus ojos las vigiliás y zozobras dos azuladas ojeras; co-readas las mejillas por esas manchas de un vivo carmin que son indicios de fiebre ó huellas de una devoradora agitacion; determinando en sus movimientos acompasados y tardíos la triste lasitud de un alma herida en sus ilusiones y esperanzas mas bellas, concentrada en sí misma, y soportando sus torturas sin exhalar una queja ni un lamento.

El desayuno fué servido, y la conversacion de la familia se resentia de general y penoso embarazo.

El señor Janicot vino como de costumbre á inspeccionar si habia faltas en el servicio, y á dar su vuelta por el comedor, haciéndose presente á las órdenes de sus nobles patronos.

El anciano desde la tarde én que recibió tan duras reconvencciones del marqués en presencia de Juana Luisa tenia resuelto abandonar su cargo en Belle-ville; habiendo entregado su dimision reverente al mancebo, y aguardando las resultas de su decision pundonorosa con reserva sombría.

—Janicot, dijo Cárlos al contristado viejo con aire de confianza; os he oido hablar de un sobrino lejano, que vivé, si nó me equivoco, en París, y aun recuerdo que dedicado á llevar cuentas de almacenes.

—Sí señor, respondió el mayordomo dimisionario confuso; mi sobrino Lucas Dorat: todo un buen chico.

—¿Teneis inconveniente en que se le coloque con asignacion bastante en Belle-ville y bajo vuestra direccion inmediata para que os ayude en el cometido que por tanto tiempo y fielmente venis desempeñando?

Janicot sobrecogido no pudo articular una sílaba.

—Me parece lo mejor, (añadió el marqués, fingiendo no apercibirse de la emocion del antiguo sirviente de su casa) y así se concilia vuestro descanso con la colocacion de un deudo en posibilidad de sustituiros un dia, ilustrado en el manejo de los asuntos, y....

—Pero señor, se atrevió á decir el mayordomo trémulo y adelantándose hácia su jóven amo, recuerde usía que....

—No he concluido, interrumpió Cárlos, sonriendo bondadosamente. Decia que es muy puesto en razon que descanse un poco de sus faenas servidor de tamaño interés por nuestros negocios y con tanta justicia estimado por sus recomendables prendas; y el sobrino puede auxiliarnos y aprender en vuestras lecciones probidad é inteligencia nada comunes. Por mi parte declaro que me es imposible pasar sin vuestros servicios.

—Señor marqués, (exclamó el desconcertado Janicot, sintiendo agolparse lágrimas de enternecimiento á sus ojos) es demasiada bondad ciertamente; pero observe usía que....

—No hay mas que decir en la materia, concluyó el apuesto gentil-hombre con tono decisivo. Mediante el favor del cielo, las tradiciones de mi casa no serán interrumpidas mientras yo aliente, y respetaré la memoria de mi padre en todos los objetos y propósitos que con ella tuviesen directa ó lejana relacion. Tenedlo entendido así.

Janicot inclinóse, vencido por aquella manifestacion solemne, y se dió prisa á evacuar el comedor antes que el llanto del bienestar corriese por su rostro; porque el mayordomo de Belle-ville dimitia su puesto por un

agravio, reparado hidalgamente por el hijo de su bueno y llorado señor.

Juana Luisa ocultó la conmoción tierna que le produjo la noble conducta de Carlos con el ofendido mayordomo.

Blanca miró á su primo con ojos radiantes de felicidad al oírle decir que las voluntades paternas tenían sagrado carácter para él; y al verle tan elevado, y distinguido por altos dones morales y externos, se dijo á sí propia que amar á un hombre de cualidades tan raras era bien disculpable hasta para la intolerancia más intransigente.

Dió fin el almuerzo y la marquesa viuda fué la primera á levantarse.

Su hijo y la joven de Bayard imitaron su ejemplo.

—Hasta las doce, marqués, dijo con seriedad Juana Luisa.

—Hasta las doce, madre mía, respondió Carlos haciendo á la dama reverente acatamiento.

La marquesa abandonó la estancia comprimiendo un suspiro.

Blanca trató de alcanzar un monda-dientes del palillero de plata, colocado en medio de la mesa. El guardia de corps adelantóse con lisongera galantería á secundar sus deseos, y la garrida doncella al tomar el palillo de aromático boj clavó en el amado de su alma los ojos con indefinible sensación de agradecimiento y ventura.

—Gracias, Carlos, murmuró dulcemente.

—Mi querida Blanca, (exclamó el gentil-hombre aproximándose á su prima y tomando su diestra con efusión fraternal) veo que desmejora tu salud con indecible pena, y si continúa tu quebranto será menester que obtenida licencia de S. M. para mí, váyamos á Gascaña por cuatro ó seis meses á respirar aires más puros y saludables.

—Tal vez nos conviniera á los dos, repuso Blanca trasportada de júbilo; porque tú sufres también, primo mio.

Cristina se introdujo en el comedor por mandato de la marquesa á recoger el pañuelo, olvidado en la silla por la egregia viuda, y al apercibirse de la posicion cariñosa de la pareja aristocrática sintió la sangre estancada en sus venas, y la palidez de la muerte cubrió su demudado semblante.

El marqués abandonó la mano de su prima bruscamente; despejando el aposento reflexivo y meditabundo. Blanca sorprendida se volvió hácia donde su rival estaba como una sombra amenazadora:

—¿Qué buscáis aqui? preguntó friamente á la doncella de su tia.

—Este pañuelo de la señora, contestó la camarera de Juana Luisa Constanza con amarga inflexion.

Aquellas dos mugeres, prendadas del mismo objeto, cambiaron dos rayos de acerba contrariedad próxima al rencor, y contenida por arraigados sentimientos religiosos cuando no rebosó la hiel en la mirada recíproca que cruzaron.

—Corazon, (murmuró la huérfana al retirarse) sufre; pues no te ha secado aun el infortunio.

—¡Se aman! dijo la nieta de Bayardo con desolacion profunda. Ella es la Enriqueta, llamada con passion en el delirio espantoso de Carlos.... Pero ¿y Cristina?... ¿Quién será esa otra muger ó furia del infierno?... ¡Oh Dios mio! (exclamó levantando las manos al cielo con dolorida súplica) dame fuerzas para olvidarle, ó valor para esperar á que comprenda él que nadie en el mundo sabrá amarle como yo le amo. ¡Triste de mí!

Aun ondulaba en el espacio la campanada duodécima del reló de torre, recientemente acondicionado en un hueco de la mira del bien compartido hotel de Belleville, cuando sonó un golpecito discreto en la puerta de la sala de recibo de Juana Luisa.

—Entrad, dijo la marquesa viuda, sentada con melancólica preocupacion ante una mesa redonda.

—A vuestro mandato, madre mia, respondió Cárlos dejando entornada la puerta, y viniendo á situarse en un sillón frente á la nieta del mejor caballero de Francia.

—Marqués, comenzó la noble señora con esfuerzo brioso, tal vez deba yo reprenderme la circunstancia de haberos dejado ignorar por tanto tiempo las miras de nuestra familia con respecto á vos; miras que ocuparon la atencion de vuestro padre y mi esposo, que Dios haya en su gloria.

—Así sea, dijo Cárlos en fervorosa apelacion á la piedad divina.

—Quizás la noticia de este proyecto (prosiguió la marquesa) hubiera guiado mejor vuestras acciones; ahorrándome el disgusto de una inclinacion inconveniente, absurda y hasta...

—Señora, interrumpió el mancebo estremeciéndose, creí tener derecho á que no se dudase de mi palabra, y no hace mucho que hallé ocasion de asegurar...

—Un vélo á todo lo pasado, replicó Juana Luisa con misterio, y vamos á la cuestion del presente.

—Continuad, madre mia.

—Sed sincero, Cárlos, (declaró la marquesa). ¿Alcanzais el objeto de nuestra conversacion? Respondedme.

—Si señora, manifestó el gentil hombre con franca resolucion; se trata de un enláce con vuestra sobrina Blanca de Bayard; boda que estrecha una alianza entre dos familias que data de nuestros abuelos; plan que sacrifica mis opiniones y mi dicha futura á los cálculos y designios de nuestros ilustres deudos.

—Desde cuándo sabeis esos proyectos de familia? preguntó la marquesa con intencionada parsimonia.

—Desde hace muy poco, respondió el jóven con su noble sinceridad. En las conversaciones tenidas en mi presencia por mi buen padre y por vos, señora, respecto á la señorita de Bayard, yo no descifraba mas móvil que los

merecidos elogios de la belleza y virtudes de Blanca; y aunque me era notorio que ambas progenies ramificaban sus entronques con predileccion consecuente, pensé que estos vínculos se contraian por empeño voluntario, y nunca me figuré que se impusieran como una condicion que comprometiese el porvenir.

—Continuad, caballero, repuso Juana Luisa dominando su cólera bajo una apariencia de calma glacial. Estais en muy buen camino, y yo celebro extraordinariamente las situaciones despejadas y definidas.

—Continuaré, señora, afirmó Cárlos uniendo á la deferencia del hijo la energia del hombre que afronta circunstancias dificiles. En ciertas ocasiones me ha parecido notar que nuestra servidumbre expiaba el grado de intimidad y afectuoso trato con que me favorecia nuestra excelente parienta; mas ¿qué fondo podia encontrarse en observaciones maliciosas de criados y gente de aviesa índole, acostumbrada á suponer lo último y lo peor en los actos mas sencillos?

—Teneis razon, caballero. Adelante, repitió la dama con bien marcada ironía.

—En mi viaje á Gascuña (añadió el marqués imperturbable) me chocó la insistencia con que el señor Alfredo de Bayard me hablaba de los enlaces entre nuestros mayores como los mas felices y fecundos en consecuencias faustas para ambas estirpes esclarecidas; pero reflexioné, señora, en que nuestro primo es un genealogista célebre, y por lucir sus noticias y conocimientos olvida todo asunto de conversacion en que falten líneas, grados y troncos.

—¿Y la exhortacion del digno rector Elíe? interrogó cáusticamente la marquesa.

—De ahí parten mis observaciones, contestó el guardia. Yo no pude menos de extrañar que un eclesiástico tan respetable, al frente de su clero, y en presencia de nuestros allegados, me invitara á contraer matrimonio, recordándome los frutos privilegiados que producian siempre los consorcios entre Bayard y Belle-ville. Po-

dia explicarse la indicacion como un exceso de celo paternal en pró de Blanca, su discípula, su hija de confesión y la hechura más perfecta de su moral influjo. Podía atribuirse también al conato de despertar en mí el pensamiento de robustecer con un ejemplo más los antiguos de nuestros predecesores, recibiendo yo una esposa inmejorable, ganando la huérfana un marido, que tiene hartos modelos de honor y rectitud en su prosapia para permitirse formar una escepcion deplorable.

—Acabad de referirme los puntos de vuestro descubrimiento acerca del plan de familia.

—Volví á BELLE-VILLE (prosiguió Cárlos acelerando sus esplicaciones) y os dignareis recordar que aludí al suceso del venerable rector en nuestra primera entrevista y delante de Blanca, cuidando no obstante de no alarmar su pudorosa timidez con revelaciones paladinas. Su turbacion, y los mismos esfuerzos por disimular sus impresiones me convencieron de que no era extraña la doncella al conocimiento de los propósitos de nuestra familia. En cuanto á vos, señora, remitísteis tratar el negocio con despacio y en tiempo más oportuno; y yo esperaba esta conferencia más tarde ó más temprano; y la esperaba, madre mia, con sobresalto y zozobra; porque ella me impone la precision y la claridad como derecho y como deber juntamente.

—¿No os ha ilustrado nadie últimamente respecto al asunto? preguntó Juana Luisa con hosco ceño.

—Madre mia, se apresuró á decir el marqués con gesto de comprimido disgusto; no cumple á la nieta del caballero *sin miedo y sin reproche* esa mofa persistente de un hijo que os pone de manifiesto su corazón; ni cuadra con vuestros sentimientos elevados la punzante burla respecto á....

—Respecto á quién? interrogó la marquesa con la mirada fosforescente de indignacion y enrojecida la faz.

—Respecto á la señorita Hárrison, concluyó Cárlos de Belle-ville, arrestado á una espontaneidad absoluta.

—Acabémos, prorumpió la viuda con voz sorda y

brusco impulso; puesto que se os alcanza el objeto de la conferencia, debo noticiaros que este matrimonio es una voluntad suprema de ese padre, cuyas tradiciones tanto declarais querer cumplir religiosamente, y os entregaré la correspondencia con mi hermano, en que el finado marqués asienta ese enlace como la prevision mas solícita con relacion á vuestro bien futuro.

—Necesito, señora, que me presteis la atencion indulgente que prestan las madres á los hijos, recalcó el marqués con cierta inflexion, entre conmovida y quejosa.

—Caballero, dijo la nieta de Bayardo con exaltacion admirable, tened presente que hablais á una muger, educada en la obediencia y en la fidelidad sin escusa á las condiciones de su destino; para quien son pretestos fútiles y despreciables todos los motivos de inclinacion, fatalidad y sentimientos poderosos, que se alegan para explicar la defeccion á la ley de nuestro circulo de obligaciones. Mi vida, gracias al auxilio de Dios, se reasume en dos tareas sin intervalo: trazar la esfera de mis deberes, y llenarlos con toda la plenitud de mi voluntad.

—Es cierto, confesó el jóven inclinándose sumiso; pero no á todos concede el Señor esa fuerza sobrenatural, madre mia.

—PEDID Y SE OS DARÁ, dice el evangelio, agregó Juana Luisa Constanza. Me llamareis intolerante; norabuena: yo acepto ese título con orgullo; porque es el dictado con que se venga de la conviccion robusta y de la incontrarestable perseverancia la afeminada multitud de esclavos de sus pasiones, que á fuerza de palabras vacías y de artificios retóricos se hacen ilusion sobre su debilidad y transacciones ruines de sus cómodas conciencias.

—Señora, yo no pertenezco al número de los que falsean los polos de su conducta á favor de ingeniosas declamaciones, arguyó Carlos con viveza; mas conviene advertir que los principios inflexibles en la vida hu-

mana degeneran en preocupaciones tiránicas, opuestas al progreso del espíritu y á la perfectibilidad de las costumbres. El matrimonio impuesto por la resolución paterna puede surtir infinidad de inconvenientes y causar males sin medida, y creo que consultar las voluntades de los que han de contraer esos lazos en nada....

—Escusaos la fatiga de concluir ese bello y edificante capítulo, interrumpió la marquesa: es la centésima edicion de las mil novelas, cuentos, baladas, y prosa lacrimante, en que la filosofía contemporánea absuelve de obedecer y deifica el libre albedrío. Tened el valor poco envidiable de sublevaros contra la decision augusta del autor de vuestro sér; de menospreciar el acuerdo mio, y hasta de.... sí, sabedlo.... hasta de envenenar un alma pura que os consagra una fé inmaculada y sublime, de que sois indigno.

—Madre mia, exclamó el mancebo, subyugado por aquella palabra incisiva y cruel.

—Haced todo esto, Cárlos, acabó la inexorable viuda de Belle-ville: sois mayor de edad y á mayor abundamiento discípulo de la escuela flamante que llama vejeces á la fé religiosa, monárquica y social; pero tened siquiera el buen gusto de no repetir sus máximas, delante de mí á lo menos.

—Escuchadme, señora, alegó el marqués con instancia vehementemente. Dios me libre de simpatizar con ninguna teoría que barrene un ápice de los dogmas que venero; pero ¿quereis negar al ánimo prevenciones y movimientos distintos que constituyen la organizacion moral de cada persona?

—Precisad el caso y vengamos á lo que importa, respondió concisamente Juana Luisa.

—Yo comprendo que mi prima es un tesoro de ternura, virtudes y belleza, capaz de enloquecer al mortal afortunado que logre su legítima posesion. Concibo que esta boda es un homenaje bendito á la memoria de mi padre; un testimonio de amor y respeto á vuestra materna solicitud; un acontecimiento que pondria el col-

mo al júbilo de todos nuestros parientes; que celebrarían con alborozo veraz hasta los individuos de nuestra servidumbre....

—Adelante, dijo la viuda con impaciencia, y entremos en el período del triste SIN EMBARGO.

—Y sin embargo, repitió el guardia ¿cómo vencer la costumbre de considerar á esa niña con el amor desinteresado é inmaterial de una hermana? ¿cómo desentenderse de la antipatía á esa confusion de deberes que implica el matrimonio entre cercanos deudos? ¿cómo dominar la creencia de que nuestra religion repugna y castiga esos consorcios entre parientes, que recurren á la dispensa de sus errores para la validez de sus conexiones abusivas?

—Estais dotado de una elocuencia lamentable, repuso la dama con entonacion tétrica y sombría.

—Y finalmente, señora, terminó Cárlos apurando sus razones; yo juzgo, será quizá una aberracion de mi inteligencia, pero juzgo que no asegura la dicha de los esposos ese afecto reposado y dulce como la amistad; exento de transportes; falto de incitacion ardiente; sin ese anhelo....

—Basta! exclamó Juana Luisa. Comprendeis el amor conyugal como las pasiones que os pintan vuestras leyendas, depravadoras cuando no insensatas. Decid con ingenuidad, caballero, vuestro último apoyo para desobedecer nuestra voluntad: decid que sois bastante débil para haber dado entrada á una inclinacion vergonzosa en vuestro corazon: decid que amais á la señorita Hárrison: decidlo sin recelo; porque nadie lo ignora en esta casa.

—Madre mia, no toqueis ese punto, dijo el marqués levantándose, y pugnando por contener sus ímpetus.

—Pronto recogerá el señor abate de L'épée al objeto de esa pasion ridicula y detestable.

—Saldrá pura é incólume de este hogar; (concluyó Belle-ville con fuego) me hareis marido de vuestra sobrina; inclinaré al yugo mi cerviz; pero esa muger tendrá un santuario eterno en mi alma.

CAPÍTULO XX.

MILANO Y PALOMA.

DUPERTA David habia dado palabra al noble extranjero de ofrecerle una oportunidad de reconocer de bien cerca á la jóven Hárriſon para inquirir si era ella efectivamente la muchacha á quien hizo referencia el naturalista, amigo de Ignacio, el sencillo y estudioso jardinero de Belleville. Por un instinto maravilloso Ignacio concibió cierta repugnancia á prestarse al ardid que tenia por móvil atraer á Cristina á su departamento, y una sospecha confusa y vaga, pero lúgubre, cruzó por su mente; moviéndole casi á desconfiar de sir Rocquen, de su amistad súbita, de sus regalos, y de sus intentos al introducirse en el hotel. Se le ocurrieron algunos reparos contra la trama que úrdian el squire y la doncella de Blanca; pero no bien los espuso cuando los tenia desechos y refutados el extranjero; estendiéndose á darle seguridad completa de que la exploracion no encubria mas objeto que persuadir á la espatriada volviese á su

pais natal, donde los beneficios del aristócrata garantizaban en lo futuro su holgada subsistencia. El pobre diablo no podia fundar su rebeldía á coincidir con los propósitos de su nuevo amigo en nada sério y grave; y apesar de sus presentimientos tristes se hubo de resignar á que pasaran las cosas en los términos en que las disponia la travesura pérfida de la David; execrando en el fondo de su alma generosa á la muger maligna y artera, que continuaba contra la huérfana de *Chateau-Aeuri* las hostilidades sin término que ensayó exasperada en Paulina, su antecesora. Viendo lo que meditaban sir Rocquen y Ruperta, el jardinero consultó consigo mismo si seria prudente avisar de todo á la camarera de Juana Luisa Constanza; mas quiso Lucifer que ocupado su pensamiento en esta resolucion prestara el oido á cierto animado diálogo entre el sentencioso Lafleur y Bonifacio, el gefe de cocina, y á tiempo cabalmente en que el lacayo repetia con énfasis el conocido adagio: «*entre carne y cuchillo no metas el dedo.*» Ignacio recogió el proverbio como una contestacion providencial á su duda, y tomó el acuerdo de callar, dejando el libre curso á los sucesos. Como quiera que tomada una determinacion despues de la incertidumbre el mísero mortal se empeña en justificarla hasta el extremo de infatuarse en cuanto á su valía, nuestro floricultor tocó á lo sublime en esta especialidad; desechando sus prevenciones como injustas, y declarando incompatible toda malevolencia con el entusiasmo por la botánica.

Ruperta con la ayuda de sir Rocquen ideó un plan infalible para hacer que Enriqueta bajara al jardin y entrase hasta el reducido cuarto del jardinero, donde habia de acechar su venida el hijo de la nebulosa Albion, convenientemente resguardado tras de la puerta, en el ángulo mas oscuro de la habitacion que servia á Persil de dormitorio. Faltaba designar el dia, y la David, cada vez mas empeñada en perseguir á la protegida del abate de L'épée, y mas uni-

da en este proyecto al obsequioso Rocquen, no galan en ciernes, pactó señalarle dejando flotar en la ventana de su alcoba un pañuelo encarnado, sugeto al último barrote por estrecho nudo. Todas las mañanas venía el extranjero á rondar en torno de Belle-ville; ya embozado en una ancha capa y medio oculta la faz por las tendidas alas de un sombrero vandeano; ya caballero en un potro de estampa inglesa, especie mixta de galgo y camello. Sir Rocquen era el personage sospechoso que se interpuso en el camino del jóven marqués de Belle-ville, asustando á CENTELLA, y haciendo volver el rostro con alguna desconfianza á Carlos para distinguir el bulto que atravesara como una sombra el pasadizo solitario y umbroso que del hotel conducia al arrecife entre París y Versailles. Por fin descubrió la señal nuestro curioso personage, y en aquel madrás carmesí, que el viento azotaba como un gallardete, sus ojos inflamados de codicioso deseo interpretaron toda una comunicacion de su inteligencia en la plaza, equivalente á decirle: «HOY TENEMOS LA PROPORCION DE LLEVAR A CABO NUESTRO PROYECTO: VENID Á LA TARDE Y GUARECEOS EN LA FORMA CONSABIDA EN EL CUARTO DE PERSIL: LA SEÑORITA HÁRRISON OS SERÁ ENVIADA, MERCED Á LA TRETA QUE CONFECCIONAMOS.»

Sir Rocquen hizo un gesto de alegría, tan poco en consonancia con los gestos que embellecen el semblante y esmaltan la fisonomía del hombre, que si el temeroso Ignacio lo hubiese apercibido se decide á precaver á la huérfana de las asechanzas puestas en juego por los conjurados, que le escogian por instrumento de sus designios.

—No faltaré, murmuró el extranjero, saludando en mimica espresiva á la flámula que anunciaba el cumplimiento de sus esperanzas impacientes, y retirándose á pasó presuroso en direccion al pasadizo que desembocaba en el camino á Montreuil.

Ruperta no abandonó su lecho, quejándose de un fiero dolor en el costado, y haciéndose administrar sendas ta-

zas de té con una pocion calmante, empleada en anteriores crisis de la propia dolencia.

Cristina cosia en el gabinete anterior á la alcoba de la marquesa viuda cuando Lafleur vino á sacarla de su absorcion en pensamientos dolientes, anunciándose con las precauciones oratorias que le eran habituales.

—Si dais vuestro permiso, señorita Hárrison....

—¿Qué tenéis que prevenirme, Lafleur? preguntó azorada la huérfana.

—Dispensadme, señorita, si el mensaje os incomoda algun tanto; pero dignaos comprender que....

—¿De qué se trata? interrumpió Cristina con espectacion alarmada y temerosa.

—La señorita Ruperta David está enferma; sufre bastante á lo que parece; se ha visto en la necesidad de guardar cama, y por medio de la Berthoud que la asiste me hizo acudir á su alcoba para suplicarme....

—Acabad por favor, dijo la huérfana con interesante instancia.

—Para suplicarme (continuó el lacayo impasible como un mecanismo) que viniera á buscaros de parte suya, y os dijese que no dudaba de vuestra amabilidad y escelentes sentimientos el favor de ir á su dormitorio, pues ha menester haceros un encargo de extraordinaria urgencia, que exige discrecion, y tan delicado en suma que no le fia á la intervencion de nadie; porque solo en vos encuentra la persona idónea para el caso.

Cristina guardó silencio, y una profunda extrañeza embargó su espíritu.

—Yo suponía (siguió Lafleur con aire de iniciacion maliciosa) que la exigencia de la señorita David os habia de causar tanta sorpresa como experimenté yo mismo al recibir la comision que he tenido el honor de desempeñar; porque mal se aviene pedir gracias con esa perpétua comidilla de chismes y espionages indignos de una muger, que con sobrada razon huyen y aborrecen todos.

—No alcanzo el motivo de esa confidencia, repuso la

doncella de Juana Luisa Constanza vacilante, y celebrara infinito que no me favoreciera con su recuerdo la señorita David.

—Si repugnais hacer su gusto (replicó Lafleur con adman complaciente) yo diré que la señora os tenia ocupada en.... en lo que se me ocurra; ó bien que he sido bastante torpe para no dar con vos; en fin, cualquier embuste que os saque del compromiso.

—Nada de eso, respondió la huérfana con resolucion enérgica. Iré, puesto que me lo ruega y puedo serle útil.

—Demasiado comprendia ella (expresó Lafleur sonriendo), que no obstante los fundados motivos de queja que os ha dado su proceder envidioso y ruin....

—Tened la bondad de anunciarle que voy al momento (cortó la huérfana para contener la murmuracion del lacayo diplomático); tan pronto como concluya de arreglar estos paños del guarda-infante.

—Sois la joya de la servidumbre (esclamó el ayuda de cámara del marqués con sincera efusion efectiva); sois un alma justa, señorita Hárrison, y merecis el cariño y el respeto de la gente honrada....

—Me lisonjeais, amigo mio, respondió Cristina ruborizándose.

—No teneis defensa contra las villanías de personas inicuas (añadió el lacayo), que saben llenar su papel en toda especie de farsas. Yo no sé para lo que os llama la David á su alcoba, ni es fácil penetrar lo que piensa ese demonio de astucia y perversidad; pero en todo caso guardaos de caer en sus redes, señorita; porque en ella nada hay sin peligro y nada se resuelve sin un móvil pernicioso.

Y dado este aviso leal el sirviente saludó con deferencia grata á la doncella de Juana Luisa, retirándose como el que va satisfecho de una obra acepta y meritoria que le realza á sus mismos ojos.

Cristina recogió la costura afanosamente; guardó telas, avíos y almohadilla en un escaparate, cuya llave

puso á buen recaudo en un bolsillo de su delantal, y salió á presentarse al mandado de Ruperta, combatiendo la suspicacia que en su ánimo escitó el consejo de Lafleur, arguyéndose á sí propia de la falta de caridad por la repulsion instintiva que despertó en un principio en su espíritu la razon de la enferma, fijándose con agrado en la idea de servir con todo esmero y puntualidad á su enemiga enconada, atrayéndola á mejor camino por medio de la abnegacion y á favor de todo género de complacencias.

Al entrar la cándida jóven en la alcoba de la David evacuó la pieza aceleradamente la Berthoud, constituida en su enfermera, y se incorporó sobre la almohada Ruperta con bien fingida demostracion de vivo agradecimiento y de júbilo inefable.

—Gracias ¡oh! gracias, compañera mia, dijo con voz impregnada de conmocion; sabeis mas que yo mil veces; porque sabeis perdonar los agravios y devolver el bien por el mal recibido.

—Me avergonzais, Ruperta; (respondió la virtuosa Armand, resistiendo á la seduccion de los elogios) yo sé bien que en acudir á vuestra cita y en disponerme á prestaros cualquier servicio no hay mérito que justifique esa alabanza. ¿Habeis padecido mucho?

—¡Oh! mucho, de cuerpo y de alma, contestó la falaz sirena dejándose caer sobre la almohada con abatimiento. Soy una miserable criatura, harto castigada de mi carácter díscolo con los golpes horribles que han descargado sobre mí en el misterio y en la sombra enemigos implacables de mi sosiego, de mi honor, y de mi vida.

—Calmaos, Ruperta, repuso Cristina con espansiva conmisericordia.

—Muchos rasgos violentos de mi carácter (prosiguió la David tomando entre las suyas una mano de Enriqueta) procedente de mis secretos dolores, de mis sufrimientos ignorados y terribles. Y cuán injusta soy. Pero la pena merecida no se hace esperar, y hé aquí, mi querida compañera, un ejemplo patente de la espiacion que se

me impone por la irresistible fuerza de las circunstancias. Estoy muy lejos de haber adquirido títulos á vuestra estimacion, y hoy, Enriqueta, no encuentro en la servidumbre de Belle-ville una persona á quien referir mis cuitas, informar de mi vergüenza, y poner al corriente de mi situacion lamentable, para moverla por este arriesgado medio á dar un solo y sencillo paso en mi favor.

—Para dar ese paso, dijo Cristina gravemente, no hay necesidad absoluta quizás de revelaciones fatigosas de vuestra parte, y preferiria que mi servicio careciera de todo interés que el de secundar vuestro anhelo sin esplorar sus causas.

—Que Dios bendiga vuestra delicadeza! exclamó la doncella de Blanca de Bayard simulando maravillosamente un arranque de fervorosa gratitud. Yo acepto por el pronto esa indicacion adorable; pero otro dia, un dia próximo, y menos agitada que ahora, oireis mis desventuras, y me dareis un consejo, que demasiado lo necesito.

—¿Qué es preciso que yo haga? preguntó la huérfana con decision enérgica.

—Ignacio Persil, el jardinero, recibe las cartas que me son dirigidas, y las reserva hasta que yo bajo y las recojo de su poder con las precauciones indispensables. Espero una, Enriqueta, de inmenso interés para mi porvenir y el de mi pobre é inocente...

—¿Y me entregará el jardinero esa carta? interrogó Cristina.

—Os la entregará en cuanto le digais *Fontenay aux roses*; nombre de una linda aldea, que sirve de contraseña comun á los portadores de los billetes. Id, amiga mia: la impaciencia me consume, y cuando lo sepais todo concebireis cuán digna soy de lástima, y de que olviden mis ofensas; porque en el mundo no hay una posicion mas falsa, mas abocada á crueles infortunios, mas espuesta á la desesperacion que la mia.

—*Fontenay aux roses*, repitió la benéfica Hárrison: o se me olvidará, os lo fio.

—Es imposible que deje de haber correspondencia, espresó la David con la exaltada elocucion de los que trabajan por aturdirse en las devoradoras angustias. ¡Dios mio! Si no la hubiese estaba perdida; perdida y sin remedio.

—No tardaré (replicó compadecida Enriqueta, separándose del lecho con premura.) Poned vuestra confianza en Dios, y estad cierta de que no habeis hecho mal en elegirme para una comision semejante.

Apenas salió Cristina de la alcoba, y se perdiera el rumor de sus pasos en la estension de la galería inmediata. Ruperta dió rienda libre á su hilaridad en una carcajada estrepitosa.

—¡Estos beatos! exclamó con un mohin de menosprecio. Cualquiera los engaña con cuatro frases de honra, vida y desesperacion; y se arrojan al fuego por el primer viviente que las pronuncia: ¿Será esa devota simple la inglesa que busca sir Rocquen? Fuera curioso el lance, y si yo pudiese escurrirme sin temor de que lo notaran... Ya me enterará de lo que suceda el amable extranjero. En cuanto á ese ¡pardiez! es conquista segura, y brillante; y si pierdo la ocasion.... ¡Bah! Cuento con mi buena estrella, y sobre todo con mi táctica. Marrar este negocio sería cosa de ahorcarse de despecho como Judas.

La huérfana en tanto encaminóse hácia la escalera falsa con la agitacion y las precauciones temerosas de una delincuente; pidiendo al padre de las misericordias la proteccion de su empresa, y recelando comprometer el secreto de la David con un paso que despertara la curiosidad, ó una omision de puntual resguardo.

Tuvo la fortuna de llegar hasta la verja del jardín sin ningun tropiezo con gente de la numerosa servidumbre, y buscó á Ignacio por todas las comparticiones de aquel ameno lugar; guardándose de proferir una palabra que denunciase su presencia en él. Pensó en que Persil estaría en su casita rústica, y por mas que su entrada en la habitacion de un hombre le pareciese inconveniente, la caridad acalló estos escrúpulos, y á impulso de tan no-

ble sentimiento franqueó el umbral de la apartada vivienda; dirigiéndose al jardinero, vuelto de espaldas á la puerta de su mansion, y de frente á una mesa, cubierta de raíces, cebolletas y flores disecadas.

Un hombre avanzó hasta situarse delante de Cristina con los brazos cruzados y la mirada insolente.

—Dios mío! balbuceó la huérfana, viniendo á tierra como herida por el rayo.

CAPITULO XXI.

WALTER ROCHE.



ERSIL se volvió rápidamente al sentir el desplome de aquella pobre criatura, víctima del terror, y exánime sobre el húmedo pavimento de su cuarto; apercibiéndose con sorpresa de la expresion triunfante y abrumadora del extrangero, bien lejana á la verdad de la proteccion benéfica, con que habia dorado sus cábalas para traerla al sitio en que yacía privada de aliento.

Dió un paso hácia la doncella con determinacion briosa; pero el fingido sir Rocquen avanzó á detenerle.

—Esto es una crueldad (esclamó Ignacio con firmeza), y si yo hubiera podido figurarme tan triste resultado, creed, caballero, que nunca habría consentido en prestarme á.....

El abogado comprendió que su fisonomía habia vendido parte de su secreto, y tomó de repente un aire de

interés pesaroso por la huérfana, diciendo á Persil con breve y cortada pronunciacion:

—Pobre niña! No sospechaba yo la impresion que esto debia producirle. Ha sido una imprudencia imperdonable. Pero yo la voy á tranquilizar pronto. Si fuérais tan bondadoso que....

—¡Exigís que me retire! replicó el jardinero, dispuesto á resistir la sumision. Me parece, señor, que sería mas oportuno que vueseñoría fuese quien....,

—Sois un pobre hombre, Ignacio, repuso Wálter encogiéndose de hombros. El mal está hecho, y me cumple repararlo con prontitud y eficacia. Os pido veinte minutos de conferencia con la sensible Hárrison, y pienso, amigo mio, que no me negareis este favor. No hay tiempo que perder; (añadió sacando un pomo de su bolsillo) le restituiré la vida merced á este infalible espíritu, y no veo la necesidad de que se obligue á esta desventurada á franquearse delante de un extraño, y á poner de manifiesto la dolorosa crónica de su familia.

—Sin embargo, tartamudeó Persil todavía receloso, yo no sé si despues de lo sucedido....

Wálter clavó en el jardinero una mirada tan penetrante y fija que el sirviente de Belle-ville, subyugado y sin fuerza para sostener la oposicion, hizo un movimiento de resignada obediencia y adelantó hácia el umbral de su morada como un niño bajo el imperio de intransigente dómine.

El británico, bajándose para aplicar á la nariz de la desvanecida hermosura el espíritu restaurador, dijo á Ignacio con tono amable:

—Un favor mas, mi buen amigo. Tened la complacencia de impedir que nos interrumpan impertunos.

—Siendo breve la conversacion, replicó Persil con visible descontento.

—Muy breve, aseguró Roche haciendo signo de alejarse al jardinero de Belle-ville; porque la huérfana comenzaba á dar señales de vida, contrayendo sus manos sobre el corazon y exhalando esos gemidos precursores

del llanto que pone término á los ataques de epilepsia.

Apenas quedó solo con su víctima el asesino de Fabricius la tomó entre sus brazos, colocándola en una silla próxima al humilde lecho de Persil.

Cristina al sentirse oprimida contra el pecho de Wálter, y levantada con esfuerzo hasta la altura de sus hombros, hizo un movimiento desesperado, y al caer en el asiento abrió los ojos desmesuradamente y estendió su diestra con horror.

—Quitaos de mi presencia, exclamó con acento cavernoso.

—Volved en vos, repuso Wálter con fiera calma, y traed á mientes nuestra situacion respectiva.

—¿Teneis valor de recordarlas? replicó la huérfana de CHATEAU-FLEURÍ, fulminando una mirada de indignacion y desprecio al hombre fatal.

—¿Y por qué no? preguntó Roche con ademan irónico. La lógica de nuestros destinos continúa ligándonos de consecuencia en consecuencia, y no puede producirnos novedad un efecto tan rígidamente derivado de sus causas.

—¿Qué os proponéis en perseguirme? interrogó Cristina levantándose con escitacion febril. ¿Qué abismo de infamia os prometeis abrir ante mis piés?

—Hola! contestó Wálter moviendo la cabeza con mofador compás á uno y otro lado. Parece que vais derecha al asunto.

—Sí, mónstruo. Acabemos de una vez. Tu vista es un suplicio intolerable para mí.

—Imprudente! dijo el abogado con entonacion sombría. No conoces con quien braveas. La proteccion del abate de L'épée te sugiere la audacia de insultarme; pero pronto has olvidado, muger desacordada, quien soy yo, y de lo que soy capaz; y mucho mas hoy que no puedo retroceder ante valla ninguna, porque todas las hé roto.

—Alejaos, respondió la huérfana dominando su emocion repulsiva; alejaos, y que Dios perdone vuestras ini-

quidades pasadas en gracia siquiera de dejarme en paz y libre de asedios inícuos.

—No puede ser eso, declaró el feroz personaje con decision fria. Necesito unir á la tuya mi suerte, por el matrimonio; por el concubinato; por la opresion despótica; por el delito ó por el crimen. Eres dueña de un secreto que entrega mi cabeza á la cuchilla del verdugo, y he menester anular tu testimonio á todo trance; y vive persuadida de que nada ni nadie en el mundo te prevaledrán de mis asechanzas; de que no hay confin en la tierra donde consigas morar á salvo de mis pesquisas y á cubierto de mis tiros. Sométeme á la prueba que gustes, y te convencerás plenamente de ello.

—¡Miserable! prorumpió Cristina en el último punto de la exasperacion. ¡Te prometes un triunfo sin revés posible en la senda infausta que sigues!.... ¿Piensas que la justicia de Dios es una fábula; que no rebosa la medida del sufrimiento; que la sangre vertida no clama venganza en su presencia!

Tan sublime era el gesto de la protegida de L'épée, tan imponente el eco de su voz argentina, tan viva y dramática su conminadora actitud, que Wálter retrocedió confundido; despertada la conciencia de su letárgico sueño; trémulo ante el plazo final, marcado á su carrera maldita por la agotada misericordia del supremo juez.

—Tiembla, criatura infeliz, de avanzar un paso en el camino de tu perdicion irremediable (continuó la huérfana trocando su aire amenazador en persuasivo). Renuncia á todo proyecto que nos acerque cuando una charca de sangre nos divide. Deja llegar la hora del arrepentimiento, siempre tardía para las almas de tu duro temple; y ya queme has quitado honor, apoyo, porvenir, patria y amigos, no vengas á arrebatarme el triste fuero de vivir desconocida, humillada; pero apartado el pensamiento de tu memoria execrable.

Cristina cayó vencida por la angustia en la silla única del reducido aposento de Persil; cubriéndose la faz con sus manos estendidas, y rompiendo en sollozos, largo tiempo comprimidos.

Wálter recuperó en tanto su aplomo y su continente siniestro. Una sonrisa de burla plegó sus lábios delgados y descoloridos, y con entonacion monótona empezó un nuevo é ingrato discurso.

—Reconozco (dijo) que habeis adelantado en determinacion y en desenvoltura desde que no nos vemos. Está bien; y era de esperar en la prohijada del maestro de los sordo-mudos este progreso en palabras y obras; pero contais sin la huéspedea, como dice el vulgo, mi cara niña. El señor abate, con toda su fama de hombre de grandes luces, con toda la respetabilidad de su persona, y sus relaciones é influjos entre los *Tartuffes* de la corte y de la capital, Cristina, no bastará á sustraeros á mi dominio. El hombre que penetró en *Chateau-fleurí* como una sombra impalpable se filtrará por las paredes del presbiterio de San Sinforiano como una gota de agua. Un húngaro y un suizo ayudaron mi empresa en el castillo de Hartz: aventureros vendidos al oro me prestarán auxilio en la intentona del arrabal de Montreuil. Una circunstancia extrema me hizo descargar el cuchillo en el estenuado cuerpo del banquero Fabricius, y otra circunstancia análoga sacrificará á mi plan indeclinable los dias del nuevo protector que os habeis procurado contra mí.

—¿Quereis precaveros de mis revelaciones? preguntó Cristina con súbito anhelo.

—Ya os lo he dicho, y es inútil reiterar la declaracion.

—Matadme pues, y yo os perdono, Wálter. Es preferible morir á tolerar vuestras persecuciones.

—Yo no soy un asesino brutal, contestó el odioso Roche bajando el tono y acercándose á la jóven. Hárrison: sino un sér á quien vuestro amor ha perdido para siempre, muger implacable.

—Callad! mandó Cristina, irritada por aquella torpe disculpa. No profaneis el nombre de un sentimiento que jamás halló abrigo en vuestra alma de roca... ¡Amor tú, hombre sin entrañas, á quien la inteligencia ha servido de aliciente para el mal; á quien la educacion no ha pre-

servado de las pasiones mas degradantes; á quien la posicion y la fortuna han sumergido mas y mas en el fango de una abyeccion nauseabunda!

—Amor, si (repitió Roche con delirante vehemencia): amor, á mi modo si quieres; pero amor por fatalidad. Eras un tipo del cielo, presente á la mirada codiciosa de un condenado: porque no me era dable borrar las manchas de mi historia, y tú, prevenida contra mí, me repe-
lías tenaz mientras Jaime Lutgen adelantaba terreno, secundado por la proteccion declarada de su tío y tu bien-
hechor.

—Basta de esplicaciones, cortó la huérfana, espantada por aquella animacion lúgubre de su perseguidor,

—No basta, reiteró Wálter apretando los dientes con rabia convulsiva. Una tarde en el patio de la cisterna seca ¿lo recuerdas bien, Cristina? salí á tu encuentro, suplicante, arrepentido de mis culpas, humilde ¡yo que no hé domeñado mi cerviz ante poder alguno sin escepcion! Yo no era un hombre en aquellos momentos; era un caos tenebroso donde una palabra de esperanza podia hacer brotar la luz; pero mis confesiones, mis protestas y mis designios de restituirme al bien, fueron estériles para conmoverte. Tú lo has querido así. Merced á tu repulsa me ligué con lazos abominables á Huguell y á Góting, y cerrado el paraiso á mi afan de conquistarle por la restauracion moral, me ha ofrecido sus pendientes el infierno; y por ellas no se anda; se rueda despeñado, y sin recurso para evitar la caida por la sirte sin fondo.

—Tomais por amor la terquedad, la envidia, y el egoismo. ¡Oh! no es eso amor ¡desgraciado!

—Llámale como te plazca (añadió Roche con violenta exaltacion); pero es lo cierto que realiza en mí las torturas que describen de los precitos, y que ese algo sin nombre que hácia tí me arrastra á pesar mio ha devorado mi honra, mi posicion social, mi orgullo, mi carrera y hasta mi fortuna.

—Huid de mí, pues, alegó la bella Armand con intimacion calorosa. Evitadme como un escollo, que os

amaga con la inminencia tremenda del naufragio.

—¿Y por qué no eres franca? interrogó el abogado belga con sardónica sonrisa. ¿Por qué no concluyes la frase?

—¡Un enigma también! exclamó la doncella de Juana Luisa con sarcasmo acerbo y al cabo de su paciencia.

—Continúa, Cristina. Persuádeme á que me aleje, dejándote árbitra de mi vida, y en situacion de denunciarme á la autoridad jurídica como reo del crimen de CHATEAU-FLEURÍ, para que te libertes de mi acecho perseverante, y puedas ofrecer mi cabeza, segada por el ejecutor, como tierno homenaje á Carlos de Belleville.

La huérfana se levantó consternada, y adelantó algunos pasos maquinalmente.

—Todo lo sé, (prosiguió Walter con acento ronco y gutural) y aquí como en todas partes los cómplices abundan, y la virtud sucumbe á las maquinaciones hábiles de los réprobos. Esta vez no dirás que pagas una deuda sagrada de gratitud, como tuviste valor de decírmelo en el castillo de Hartz aquella tarde memorable y en el patio de la cisterna. Amas al bizarro marqués de Belleville, al gentil-hombre y guardia de corps de la Real persona... ¡Insensata! ¿Donde está tu conciencia de tí misma? ¿Sabes tú quién eres para el mundo en virtud de mi acusacion? ¿Sabes lo que yo me propongo hacer si resistes á mis voluntades?

—¿Qué hareis? preguntó Cristina jadeante, presa de un terror mortal.

—Siéntate y escucha, agregó el supuesto sir Rocquen con espantable sangre fria, y obligando á Enriqueta á tomar asiento por un impulso en el brazo que bastó á rendirla en la postracion dolorosa de sus fuerzas.

—Hablad, aunque vuestras palabras me asesinen, dijo la pobre niña, transida de frio y presa de cruel congoja.

—Procedamos con método y claridad, repuso el verdugo de Cristina con estudiada lentitud. Las proposiciones primero: despues los medios de vengar tu resistencia. ¿Me oyes bien?

—Os oigo, replicó la huérfana agobiada al peso de calamidades, tan continuas como desoladoras.

—Pretendo que desaparezcas en mi compañía, y sin que pueda columbrar un viviente que te llevo en arras de mi seguridad venidera. Si eres razonable comprenderás que no es imposible echar un tupido velo á lo pasado, y un enlace secreto mejora tu condicion y me garantiza...

—¡Nunca! interrumpió la ahijada de Franz con suprema energía. Antes la pérdida de mi alma.

—¡Cuidado, incauta! espresó Roche con ceño torvo. Reflexiona antes de responder; porque de grado en grado es la muerte la que discutimos. Tambien te propongo resignarte á una cautividad perenne cerca de mí; jurando respetar tu pudor; porque ya no es el amor el móvil de mis tramas; sino el deber de prevenir contingencias que embaracen el curso de mis ocupaciones; porque respecto á comprometerme en el negocio de CHATEAU-FLEURÍ pierde las locas esperanzas que te haya inspirado tu favorecedor, el abate de L'épée.

—¡Dios mio! clamó la huérfana al cielo en la apelacion de la inocencia oprimida. Tú lo oyes: júzgale.

—Tercera proposicion, agregó Wálter marcando los conceptos. Tú eres católica. Sígueme sigilosamente. Jura sobre una hostia consagrada por cualquier sacerdote de tu comunion guardar secreto inviolable acerca de la tragedia de CHATEAU-FLEURÍ, y yo te conduzco á un puerto, y te costeo el embarque para la América ó la India, de donde nunca debes regresar, pues lo juras asimismo en la fórmula mencionada.

—Yo no suscribo á el oprobio de mi nombre, sancionándole baja y cobardemente, terminó Cristina con esa dignidad propia de los mártires de su decoro.

—¿Luego prefieres sucumbir violentamente, y sin remedio, y á mis manos? preguntó Wálter con rabiosa esplosion y dando un paso hácia la huérfana, pálido como la muerte, y los ojos inyectados en sangre. ¿Luego no aceptas ninguno de los partidos que

me escusan de esterminarte sin misericordia? ¡Ay de ti, Cristina! Esa obstinada negativa me descubre claramente las intenciones de tu nuevo favorecedor, y tus miras de justificarte á mi costa, reabriendo el proceso de Bruselas. No lo esperes, muger temeraria. Para coronar tal empresa era preciso que yo no existiese; que los calabozos de la Bastilla me sirvieran de sepulcro, ó que la locura me hubiese trastornado el cerebro. Vivo, estoy libre, y conservo en su vigor mi inteligencia y mi voluntad; y ahora no tengo exterioridades que cubrir, negocios que me sugeten, ni arreglos que mē distraigan. No pierdas una sílaba de esta declaracion; porque es la postrera que saldrá de mis lábios, y luego entra su cumplimiento parte por parte.

—Obrad como os sugiera vuestro ánimo, y dispensadme de oir proyectos que estremecen.

—No me interrumpas, dijo Roche recobrando su aparente tranquilidad. Ya te hé dicho que exijo sin excusa que abandones esta casa; sin dejar rastro de tu fuga; sometida á mi merced por entero; sacrificándote á mi seguridad con una confianza que te fio no quedará burlada por ninguna especie de abuso, y en bien ó en mal siempre cumplo la palabra que solemnemente empeño. Bien consientas en nuestro enlace... ¡Basta! no repitas esa mueca desdeñosa... bien te avengas á vivir como una cautiva, nunca árbitra de sus acciones, vigilada siempre en todos sus actos, ó lo que es preferible, jures cual te lo propuse, y te traslades á climas remotos, renacida á una sociedad nueva y menos curiosa que nuestra versátil sociedad, te salvas de un golpe mortífero, despues de frustradas una por una tus ilusiones de restauracion y venturoso himeneo, y me evitas un crimen, dos, cuantos fuesen menester para prevenir tu victoria sobre mis cálculos.

—No quiero engañarte, hombre de perdicion. Ahora, luego, dentro de un año, y mientras aliente, nega-

ré mi concurso á todas tus malignas deliberaciones. Resuelve hoy; sin plazo ulterior, porque nada obtienes de mí.

—Os doy tres dias para reflexionar, contando con el presente, marcó Wálter con pausa; y en esos tres dias no hareis un movimiento que no me sea fielmente trasmitido, no escribireis una línea que yo no lea, ni pronunciareis palabra que no me comuniquen, aun no apagado su eco.

—¿Y qué mas? preguntó Cristina desafiando la irascibilidad de su adversario.

—Al primer signo de llamar en vuestra ayuda al abate os protesto que no ha de acudir á la cita que le deis; porque si la maña de mis aliados no es suficiente á entretenerlo fuera de Montreuil y bajo los pretextos mas ingeniosos y plausibles, se recurrirá á la fuerza con el sacerdote papista que osa intervenir en lo que no le atañe, y á la primera demostracion hostil que se permitiere irá á reunirse con Fabricius para que no sirva de estorbo.

La doncella levantóse con ese extravío en la mirada, peculiar á los dementes, y helada de pavor.

—En esta casa hay quien os aborrece (añadió Roche con intencion amarga), y quien celebraría por tanto como un acontecimiento dichoso la circunstanciada noticia de vuestra acusacion y consiguientes resultas.

—Sí, contestó la huérfana; Ruperta David; vuestra digna asociada en este...

—No, respondió Wálter con ironía. La señorita Blanca de Bayard, á quien habeis suplantado en el cariño de su noble pariente con esos aires lánguidos y esa melancolía vaporosa, que os dan cierto realce de heroína de novela, sin precio para Juan Jacobo Rousseau. Cuando la señorita Blanca sepa de mi boca que sois esa Cristina Armand y Hárrison, condenada en Bruselas como la cómplice de Juan Grüe en el robo y asesinato del castillo de Hartz, creará pagar un tribu-

to á la justicia en el punto que venga sus celos y sacie su rencor, gritando á vuestro oído: ¡«FUERA DE AQUI, MALDITA!»

—¿Y tendreis la audacia de sostener mi culpabilidad en vuestra aventura de CHATEAU-FLEURI? ¿Y no temeis que acosada por vuestros infernales manejos, y rotas de una vez las contemplaciones con que me afano en disuadiros de perseguirme, me levante para deponer la hórrida verdad, y os acuse de ladron y asesino?

—Mas bajo, desgraciada! exclamó el abogado con voz ronca y ademán imperioso. Te reto á que lo hagas. No te creerán; porque yo presentaré los testimonios autorizados de las diligencias sumarias y el traslado de la acusacion fiscal, y tú no tendrás mas apoyo que tu palabra, si es que aciertas á proferirla ante el gesto de fosco desvío de la marquesa, la indignacion de su sobrina, y la punzadora sospecha de tu amante, que verá convertirse en las alas de murciélago de un demonio las alas del ángel guardian que entusiasta reverencia.

—Dejadme vivir ignorada, suplicó la desolada jóven. Yo callaré como la tumba; saldré pronto de Belle-ville para ir á cualquier otro refugio; me negaré á toda tentativa de restablecer mi nombre; pero nada declarare á los que me han otorgado una hospitalidad generosa, y permitid que abandone esta casa sin el anatema de sus moradores.

—Tres dias de plazo, concluyó Wálter, para optar entre mis tres propuestas. Es cuanto puedo otorgar. Adios.

CAPÍTULO XXII.

VISITA DOMICILIARIA.

ERMAN Desmarets era el huron mas valiente y atrevido de que la justicia humana podia servirse para habérselas de hombre á hombre con el facineroso mas desalmado, para seguir con la destreza mas parecida al génio un complot de gente perdida, y caer sobre ella como un halcon en el instante preciso de ponerse el plan por obra; para acechar á un delincuente de cierta estrategia, introduciéndose en la vivienda mejor guardada, y descubrir en caso de nécesidad hasta las cifras del misterioso anillo de Salomon, incluso el significado de los emblemas. Contra lo comun en esta especie de cazadores de humanos á las órdenes de la autoridad, Desmarets no procedia de la seccion delincuente, pasada con armas y bagages á la fuerza represora. Tampoco se debia clasificar en la escala de los malévolos, que inclinados á producir daños y estorsiones, satisfacen su propension adversa im-

punemente bajo pretexto de auxiliar los móviles del poder. German era un hombre nacido para distinguirse en la milicia por su bravura y genial desenvuelto; mas los deberes de familia no le daban aptitud para alistarse en las tropas de S. M. Cristianísima, y por otra parte el reinado de Luis XVI no era el mas á propósito para abrirse espacio en la carrera militar; porque nada mas antipático al nieto de Luis el *Grande* que los laureles belicosos y los candidatos á Montecuculís y Turenas. Asignado al Parlamento en calidad de alguacil supernumerario, tuvo pronto la ocasion de lucir sus dotes en la captura de un estafador célebre; aventurero acostumbrado á burlarse de fariseos y escribas en las córtés y capitales mas populosas del continente, y que no supo frustrar la vigilancia de Desmarets, comprometido á presentarle, vivo ó muerto, al señor procurador del Rey. Ensayos reiterados y á cual mas felices valieron una reputacion en el ramo á German, y erociendo su fama por concepto de valiente y en la especialidad de ingenioso, obtuvo el cargo de gefe de la guardia prebostal; desarrollando en este destino y en toda su escala facultades de privilegio para justificar su eleccion, y méritos continuos para atraerse la confianza y el aprecio de sus superiores, desde el ministro hasta el último edil de la municipalidad. Desmarets habia sido comisionado para descubrir el origen del libelo contra la familia real, y merced á sus prolijas investigaciones cayó en manos de la justicia el impresor clandestino, y buen número de folletos; recibiendo por hallazgo semejante las enhorabuenas mas cumplidas, y escitaciones del ministerio fiscal para no interrumpir las pesquisas y rastreos hasta dar con el autor ó autores de aquella série de calumniosos atentados.

La propia tarde en que tuvo lugar la escena que dejamos referida entre el ínucuo Wálter y la desventurada Cristina, Desmarets recibió un recado del señor procurador del Rey, Monsieur Deslormes, llamándole con urgencia y para una importante y delicada comision. El gefe de la guardia prebostal acudió al punto á casa del ma-

gistrado; pasando algo mas de media hora en íntima conversación con su señoría y un escribano del Parlamento; ducho en los trances de la persecucion criminal, y veterano en las fatigas de vencer á los reos mas cautos y sobre sí á fuerza de astucia y de manejos sutiles. El resultado de la conferencia debió de ser estremadamente satisfactorio cuando Monsieur Deslormes, que era la dignidad misma, salió hasta la puerta de su despacho á despedir á sus interlocutores, haciéndoles una señal afectuosa con la diestra, y diciéndoles: *«hasta luego, y fortuna, amigos míos.»*

El escribano y el gefe de la guardia prebostal cambiaron algunas frases de cordial inteligencia; estrecháronse las manos despues con espresiva gesticulacion, y devolviéndose un postrer saludo exclamaron casi á la vez: *«hasta luego.»*

El escribano salió del vestíbulo en compañía de sus dos oficiales, tipos acabados del curial activo, de verba inagotable, y nunca falto de intencion en sus actos mas inocentes; emprendiendo el camino hácia mano derecha.

Desmarets unióse á un cabo de la guardia prebostal que habia quedado á la puerta del domicilio de Monsieur Deslormes mientras se verificó el consejo entre los funcionarios mencionados; alejándose hácia la izquierda de la morada del fiscal superior en diálogo conciso con el subalterno.

—¿Quién está de punto en el distrito del Temple? preguntó German al cabo.

—Ferdinand, respondió el interrogado despues de repasada una lista que sacó de un bolsillo de pecho de la casaca.

—Hazle avisar que se instale en la portería de la casa número 130, al lado del ropavejero Mathieu, y tenga averiguado el nombre, señas y particularidades del inquilino que ocupa el cuarto segundo de la derecha. Si está en casa....

—Poco á poco, interrumpió el cabo apuntando la ór-

den en su libro de memorias con un lápiz de aguzada punta. Proseguid, mi gefe, y no perdamos un ápice de las instrucciones; porque á veces una palabra.....

—Entiendo, repuso Desmarets. Si el inquilino está en su habitacion, que no se mueva de la portería, y al verlo salir que le detenga y custodie hasta que váyamos por allá. Si ha salido, que nos espere para obrar en combinacion con el ladino Valence, escribano del Parlamento. Si queda en el cuarto alguna persona de la familia que vigile para que el portero no pueda avisarle nuestra diligencia, y que salga al encuentro de los que bajen la escalera y los explore de súbito á fin de que no vuele el pájaro. Entrar, todo el mundo, Joli; pero salir, nadie sin intervencion. ¿Estamos?

—Corriente, replicó Joli apresurándose á escribir las instrucciones de su gefe. Nosotros....

—Nosotros, repitió Desmarets, vamos á tomar dos agentes de la prevencion civil, aquí próxima, para que se planten de centinela en las boardillas laterales al número 130, y eviten la escursion de tejas arriba.... ¿Qué haces?

—Entregar las órdenes á Ferdinand, respondió el cabo. Esa mozueta es la querida de nuestro hombre, y vá para el punto, como todas las tardes lo verifica, á convenir con él en la reunion del dia siguiente. Respondo del conducto de remision.

—¿Quién está de punto inmediato á Ferdinand? interrogó el gefe de la legion pretoriana de París.

—Barbaroux, contestó Joli consultando la enunciada lista de repartimiento del servicio.

—Que le reemplace un exento de guardia, el primero que se encuentre en la prevencion, dijo German con maliciosa guiñada y truhanesco mohin, y vaya Barbaroux á espiar como cumple Ferdinand su encargo; deteniendo á cuantos salgan del número 130, y tornando á explorarlos bajo los mismos supuestos de su colega.

—¿Desconfiais de Ferdinand, mi gefe? espuso el cabo que no era de lo mas listo de la ronda.

—Ni confío ni desconfío de nadie, manifestó gravemente Desmaretts: lo que hago es prevenirme; porque ya ves, camarada Joli, cuatro ojos ven mas que dos; y luego que un hombre lleva siete años de probidad y en un día, el mas necesario tal vez, borra sus buenos antecedentes con una villanía de marca fabulosa. Hombre prevenido.... ya sabes el adagio; y conviene mucho no olvidarle á los que andamos en estos tratos, ocasionados de suyo á la traicion y al soborno.

—Mi gefe, añadió Joli retorciéndose el mostacho con marcialidad presuntuosa, calculo que nos disponemos á un golpe de los famosos, como el del impresor clandestino de marras... ¡Qué servicio aquel!

—Aquel fué el *introito* de la misa, dijo Desmaretts sonriendo; y por lo visto no hemos hecho mas que empezar cuando se nos exige volver á la pista.

—¿Cómo así, mi capitán?

—Que pescamos al pez piloto, y echaremos el venablo al tiburón, mi amigo. Adelante y silencio.

.....

 Media hora despues del diálogo antecedente penetraron en el estrecho y húmedo portal de la casa número 130 el gefe de los guardias prebostales, el marrullero escribano Valence, su oficial mayor, y el cabo Joli, dejando á la puerta de custodios dos robustos y mal encarados agentes.

Ferdinand salió del cuarto del portero y saludó con respetuosa puntualidad á los reciénvenidos; esperando á ser interrogado por las resultas de su comision en aquella morada.

—Sepamos, le dijo Desmaretts con su laconismo habitual.

—No está el inquilino del cuarto segundo de la derecha, espuso el guardia con precision terminante. Salió á caballo á hora del medio día, como tiene de costumbre desde que se instaló en este recinto. Vuelve, cuando

vuelva á las doce de la noche. Si á esta hora no regresa, el conserge no le espera mas y echa la llave al postigo. Falta por lo regular dos noches á la semana.

—Nombre y señas, replicó German con intimacion rápida.

—Apellido, de la Roche; aleman; hombre de buena paga, pero duro, reservado y poco amigo de conversacion con el portero, que es un charlatan de á folio. Nadie le visita, ni viene á preguntar por él. Tiene ajustada la limpieza de sus habitaciones con un barrendero y su muger, quienes acuden cuando él no está para el avío del cuarto. El caballo se lo trae á la puerta un sirviente del alquilador Aubry. Emplea por todo el dia desde hace poco á un jovencillo...

—¿Está en el cuarto ese jovencillo? preguntó el escribano con viva curiosidad.

—Si señor, respondió el vigilante, Parece un obrero. Entra á las once de la mañana; sale á comer; dejando la llave al conserge; torna de allí á poco; recoge la llave; sube al cuarto, y al oscurecer se retira; consignando la llave en manos del portero. El aleman almuerza tal cual raro dia en casa, haciéndose traer algunos platos del fogon de Sebastien; pero nunca deja de marcharse, á caballo ó á pié, al mediodia, y jamás vuelve hasta media noche.

—El portero, que venga, mandó Desmaretts.

El conserge, conducido á la presencia de los agentes de la autoridad por el guardia, se deshacia en saluciones humildes; deseando poner en ejercicio su lengua incansable.

—Precedednos, le previno Desmaretts con sequedad imperiosa, y llamad á la puerta del cuarto del señor de la Roche, como si tuviérais que dar un recado interesante al jóven que le ocupa.

El portero no se hizo repetir la prevencion.

Seguido por German, Valence, su escribiente y el cabo Joli, que subian con precaucion y el mayor tiento posible los tramos de la dilatada escalera, el conserge

llegó al cuarto segundo; tirando del cordón de la campanilla por dos veces y con intervalo cuando se le reunían nuestros exploradores.

—¿Quién es? inquirió desde adentro una voz clara y sonora.

—El señor Chamois, vuestro servidor, conserge de la casa, que tiene una razón que trasmitiros de parte de...

—Allá vá, respondió el jóven levantando el pestillo y franqueando la puerta.

Desmarets y el escribano, atropellando casi al absorbido Chamois, lanzáronse á uno y otro lado del jóven, que retrocedió con estremada sorpresa á la vista de los invasores de aquel domicilio.

El amanuense y Joli se introdujeron en la galería con no menos prisa que sus respectivos principales.

German se dirigió severamente al portero diciéndole:

—Volved inmediatamente á vuestro chiribitil, y cuenta con lo que se hace y lo que se habla.

El sobrecogido conserge giró sobre los talones con reminiscencia militar, y descendió á su departamento, preguntándose con zozobra á sí propio hasta donde se extendía la solidaridad de un portero en las responsabilidades ante la ley que contrageran los inquilinos.

—Señores, balbuceó el jóven no sabiendo con quien se las había, no acierto á esplicarme...

—Ni es preciso, cortó Desmarets, haciendo una señal á Joli que cerró súbitamente la puerta.

—Somos dependientes de la justicia, dijo con hueca entonación el escribano, y venimos por mandado del señor procurador del rey en el parlamento á practicar ciertas investigaciones en este albergue.

—Sea norabuena, señores, respondió el obrero con serenidad y gran presencia de espíritu.

—Quién sois, amiguito? interrogó Desmarets, clavando tenazmente su mirada escrutadora en el jóven, que la sostuvo sin la muestra mas leve de temor ni de inquietud.

—Me llamo Antonio Hardy; vivo en el arrabal de

San Antonio; soy hornero, y como el oficio anda mal he aceptado el partido del señor que mora en este cuarto para plegar unos pliegos de papel impreso en forma hábil para encuadernarlo. Me dá dos francos por dia y llevo diez de tarea. Hé aquí todo.

—¿Sabeis leer, querido? preguntó Valence que saturaba de galantería mofadora sus relaciones oficiales con procesados y reos.

—Si señor, respondió el jóven con desembarazo; pero no muy bien; aunque lo mismo importaría que leyera como un decano de la Universidad en materia de entender los pliegos que voy arreglando, y uniendo por signatures para formar ejemplares.

—¿Y por qué razon? dijo Desmaretz con su imponente predominio.

—Porque no es francés el testo; sino aleman, y en letra gótica, replicó el obrero.

—¿Por dónde lo sabeis? agregó German no dejando respiro al explorado jóven.

—Muy fácil, siguió esplicando el sereno Hardy. Yo no tenia el honor de conocer al caballero, dueño de esta casa. Despedido de mi taller de hornero por ruina de mi patron y escasez del trabajo, me dirigí al señor Lenoir, calle de los Pequeños Agustinos, agencia general de obreros sin ocupacion. El señor Lenoir simpatizó conmigo, y como le dije que me empleara en todo lo que produjera un jornal para subsistir mi madre y yo prometió hacerlo y me cumplió su palabra.

—Derecho al asunto, niño, cortó el escribano, escitada su curiosidad extraordinariamente.

—Me dijo un dia:—«Chico, vuelve dentro de dos horas: ya tienes colocacion y buena.»—Yo le respondí:—»Infinitas gracias, señor Lenoir: no faltaré.»—Y en efecto volví al término señalado, y me dió á conocer al señor de la Roche como el hombre que necesitaba. El señor de la Roche me examinó detenidamente como si fuera á comprarme, y me ordenó que le siguiera, conduciéndome á este piso. Ví una sala con trazas de comedor...

—Vamos á ella, interrumpió Desmarets indicando al jóven que guiara sus pasos.

—Vamos, repitió Hardy introduciendo á los agentes del poder público en una estancia contigua al corredor, comunicable con otras algo mas estensas, y recibiendo clara luz por una ventana al patio, comun á todos los departamentos de la casa, constituida bajo la custodia del locuaz portero Chamois.

Sobre una ancha y basta mesa posaban centenares de pliegos de impresion, distinguidos estos por inversas colocaciones de longitud y latitud, y dispuestos para la operacion del plegado. Al lado opuesto los pliegos, arreglados ya en comparticion de páginas, se clasificaban por signaturas para irlos recogiendo al organizar ejemplares. Bajo la mesa y sobre una tarima ibanse depositando los ejemplares completos bajo una cubierta de color amarillo. Dos plegadores de hueso, unas tigreras, una lezna, agujas, hilo de carta y cola de boca componian los útiles del taller.

El gefe de la guardia prebostal se dirigió á la mesa y tomando el papel que Hardy plegaba cuando vino el conserge á llamarle, interrumpiendo su faena por decision de los delegados de la justicia, comparó su letra y texto con los demás por plegar aun, y con los ejemplares contenidos en sus cubiertas.

Valence y su oficial hicieron el mismo cotejo que Desmarets, y este dió urgentes y recatadas órdenes al cabo Joli que partió sin demora á ejecutarlas; bajando la escalera á todo correr y alejándose del barrio con cuanta celeridad le era posible.

—Quedamos en que entrásteis en esta sala, dijo German al obrero.

—Estaba en la propia disposicion que ahora se encuentra, menos el buen orden de estos otros pliegos. Yo no sabia encuadernar á la rústica; pero el amo me esplicó la cosa, instruyéndome en lo que eran signaturas, emparejar las compaginaciones, pasar, coser, encolar, batir....

—Etcétera y adelante, cortó el escribano sonriendo.

—He ganado mis dos francos en conciencia, repuso Hardy; pero no me dejaba de mortificar un poco eso de no entender una jota de los libros que hacía; porque, en suma, en algun que otro rato de reposo no hubiera estado mal entretenerse en la lectura de esas hojas, principalmente si son de un cuento, de una novela, ó de...

—¡Otra digresion, hijo mio! esclámó Valence amostazado. Queremos saber cómo te has instruido de que ese folleto estaba redactado en idioma aleman; digo, si el aleman es humanamente un idioma.

—Porque una mañana, estando yo embebido en contemplar esos garabatos, salió de su alcoba el señor de la Roche, y me cogió en tan inútil afan.—«¿Tratas de leer las góticas? me dijo con zumba. Pues ya estás fresco, añadió; porque ese cuaderno está destinado á esparcirse por las provincias alemanas, y á menos que no aprendas el idioma.....»

—¿Cuántos folletos habeis despachado en los diez dias? interrogó Desmarets.

—No he llevado la cuenta, respondió ingénuamente el jóven. Lo que os puedo afirmar es que los cuadernos que dejo listos por la noche no parecen al siguiente dia cuando vuelvo al trabajo, y que en sulugar hállome con mas pliegos que arreglar, y componer en libros.

—¿Y no sospechais que esta faena es en auxilio de una empresa culpable?

—Señores, replicó Hardy, no se me ha ocurrido tal cosa: pero si lo es, no merece pena el que trabaja en lo que le sale cuando no es falsa moneda, timbres del Estado.....

La campanilla sonó en redobladas vibraciones. El gefe de la guardia prebostal se apresuró á dar paso á Joli, que traia como á remolque á un germano, establecido con tienda de mercería á corta distancia del Temple.

—Venid, minheer Engarthen, le dijo Desmarets conduciéndole hácia la sala. Nos vais á prestar un gran servicio.

El flemático y rubicundo Triton del caudaloso Danubio siguió á German resoplando de fatiga, porque el caballo le habia hecho correr la posta apesar de sus observaciones y de su enorme volúmen.

Desmarets sin dejarle reponerse de la escursion le plantó en las manos un folleto, previniéndole que tradujera el título.

—Oh! exclamó minheer. Está en aleman esto.

—¡Brava noticia! observó el escribano. Traducidlo al francés.

—Dice, añadió Engarthen, dice: «*La verdad sobre Palacio, revelada al pueblo por...*

—*Por un amigo de la libertad*», concluyó Desmarets. Entendido, y basta.

Minheer miró á German, embobecido por la inteligencia que suponía en su idioma al gefe de la cohorte pretoriana.

—Joli, mandó Desmarets, apoderaos de algunos folletos que irán inmediatamente á poder del señor procurador del rey por vuestro conducto. Señor Valence, conducid á ese jóven á presencia de su señoría para que formule su declaracion. Minheer, gracias por la complacencia. Yo me quedo para trazar la emboscada en buena ley. Adios pues, señores.

Wálter á su regreso de Versailles se encaminaba al establecimiento del alquilador Aubry para dejar el caballo; dirigiéndose á pié á casa de su amigo el baron Hudley, ó á su cuarto en el barrio del Temple en menor número de ocasiones, como habia dicho su conserge al espía Ferdinand.

Al salir de casa del alquilador, Roche fué detenido por un hombre que le asió por el brazo.

—¡Cómo!... ¿Sois vos, Leotard? ¿Qué tenemos?

—Me manda mi amo, el señor baron, dijo el hombre de confianza de Hudley, para advertir á vuesañoría que no vuelva á su domicilio; porque ha sido allanado por

los agentes de la autoridad, llevándose impresos y un hombre que se ocupaba en ponerlos al corriente.

—Diablo! exclamó Wálter con preocupacion sombría. Por fortuna mis papeles, mi dinero, y gran parte de mi ropa están en depósito en vuestro caseron. Vamos á conferenciar con Hudley.

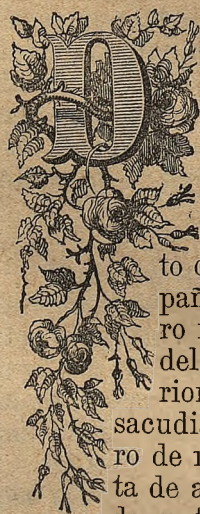
El perseguidor de la huérfana echó á andar delante del ayuda de cámara de su amigo, sacando el pañuelo y ocultándose con él parte del rostro, como si preservara una fluxion de las impresiones atmosféricas.

—¡Maldito! murmuraba Leotard, antipático al siniestro abogado. ¡Plegue á Dios que te reconozcan, y enjaulen los esbirros en los calabozos de la Bastilla!

Dios no fué propicio al voto de Leotard, y el odioso personage llegó sin accidente al caseron habitado por Hudley.

CAPÍTULO XXIII.

LA REVELACION.



DIRIGIA Janicot los preparativos de un viaje á París, y en la plazoleta que extendíase en semi-círculo ante la fachada de Belle-ville dos criados limpiaban la voluminosa berlina, confinada á un rincón de la cochera mientras no llegaba el caso de trasladarse la familia á la capital ó á sus estados de Gascuña. En tanto que los enunciados sirvientes frotaban con paños ásperos la polvorienta caja, y el cochero inquiría la situación de los juegos y eges del vetusto vehículo, otro criado en el interior del carruage desfundaba los cogines y sacudía el polvo adherido en espesa capa al forro de marroquí, pródigamente galoneado de cinta de algodón y seda, y tachoneado de clavillos de metal de cabeza chata, y ennegrecida por el tiempo y el descuido de la servidumbre. Un maestro de coches presidía á la restauración de aquel pesado armatoste de madera y fierro, preguntándose á sí mismo

hasta donde el respeto á la antigüedad podia permitir á la marquesa viuda el uso de un mueble semejante y en estado tal de deterioro. Janicot iba y venia con la ostentosa magestad del hombre que se cree necesario para el régimen de una casa, y daba prisa á todo el mundo, porque los que mandan llegan á figurarse que la accion es tan veloz como el pensamiento y tan fácil como la palabra de orden.

Juana Luisa de Bayard, y el joven marqués debian salir al cerrar la noche en direccion á París para celebrar una conferencia con el baron de Cavannes, y con intervencion de sus abogados respectivos transigir un pleito entre las dos casas ilustres; ahòrrando gastos cuantiosos, dilaciones y los disgustos consiguientes á toda cuestion judicial. Los términos de avenencia presentábanse expeditos; porque el baron, interesado en el levantamiento de las colonias inglesas en el nuevo mundo, trataba de deshacerse de toda especie de embarazos para volver á seguir la suerte del marqués de Lafayette en América, y confiado en la hidalguía de los Belle-villes, adelantóse á proponer un arreglo de sus diferencias, aunque exigiendo el concurso del hijo y de la madre por la circunstancia de versar el punto litigioso sobre una cláusula del testamento del difunto marqués, relativo á su esposa y á su digno y único vástago.

Janicot, cansado de darse importancia, y de girar en torno de la enorme berlina como si de su presencia dependiese el éxito de la operacion y el acierto de las reparaciones, previno al maestro de carruages que velara por alistar el vehículo, y con las manos á la espalda, la cabeza caída, y aire de preocupacion encaminóse hácia la escalinata que conducia al espacioso vehículo del hotel; subió mesuradamente la gradería de la derecha, y penetró en el palacio, llegando hasta la portería sin tropezar con ningun súbdito de su dominacion arrogante.

Ignacio Persil, el aplicado jardinero, salió al paso del mayordomo con visibles muestras de zozobra, atre-

viéndose en el extremo de la agitacion de su espíritu á detener la marcha lenta de Janicot.

—¿Qué es eso? preguntó el anciano volviéndose con semblante huraño.

—Perdonad, repuso el mancebo sin soltar el brazo de su interlocutor; os buscaba precisamente, y doy gracias á Dios de encontraros, porque necesito de vuestra licencia para ir sin demora á Versailles.

—¿Ahora mismo? interrogó el mayordomo contoneándose.

—Ahora mismo, repitió Persil con firmeza, y sin perder un minuto, porque es negocio apremiante.

—¿Negocio vuestro ó de la casa? insistió Janicot.

—Negocio mio, señor, replicó Ignacio con sinceridad; pero me consta sabeis que jamás he abandonado mi departamento, ni pedido nunca permiso para alejarme del jardin; y si pretendo ir á Versailles hoy, creed, señor Janicot, que me asiste un motivo poderoso, y de tal naturaleza que hace inescusable mi salida.

—Volveis pronto, Ignacio?

—Al momento, aseguró Persil con formalidad. Tengo ensillada la mula del carro, y en un dos por tres llevo al arrabal; doy un recado urgente á cierta persona, y vuelvo para acá como una flecha, señor.

—Id enhorabuena, amigo; pero cuidado con el pronto regreso. No me comprometais.

—Gracias, mi amo, dijo el jardinero con emocion agradecida. Me haceis un favor singular, y sin saberlo contribuís á una obra loable; porque corro á desbaratar un proyecto inicuo.

Y saludando á Janicot el jóven echó á correr como un loco hácia el interior del edificio.

El mayordomo iba á pasar de la portería cuando el conserge avanzó á su encuentro, poniendo en sus manos un paquete de correspondencia, cuyo sobre decia en letra clara y elegante:—*Urgentísimo*.—SRA. MARQUESA VIUDA DE BELLE-VILLE. E. M. P.

—¿Quién ha traído esto? preguntó el gefe de la servidumbre.

—Un hombre en traje campesino, y de no muy buena catadura, respondió el portero.

—¿A quién espresó se le entregara?

—Al mayordomo dijo, y con brevedad. No hacia mas que salir cuando vos pasásteis para abajo, y sabiendo que habíais de tornar por aquí rehusé deteneros entonces. ¿Hice mal por ventura?

Janicot daba vueltas al paquete entre sus manos, sospechando sin acertar á esplicarse la causa de que contuviera aquel escrito algo de trastornador y fatal para el sosiego de sus señores.

—Urgentísimo, murmuró con siniestra desconfianza. ¿Qué vendrá á ser esto?

—Alguna noticia desagradable sin duda, congeturó el portero, entrometido hasta no mas.

Janicot le miró con ceño, y volvió la espalda amostazado, diciéndole:

—¿Qué sabe de eso el perillan! ¡Vaya un profeta!

El conserge vengó el agravio haciendo un grotesco mohin al viejo casca-rabias, y refugióse en la portería.

Janicot subió al primer piso con toda la celeridad que sus años le permitieran, y entrando en las habitaciones de Juana Luisa, hizose anunciar, recibiendo respuesta de no estar visible la señora, en cuya virtud entregó el paquete á la señorita Hárrison con el encargo de advertir la premura que encomendaba el sobre.

Enriqueta trasladó fielmente el papel y el recado á la marquesa viuda.

Juana Luisa despidió á su camarera con patente sequedad, y habiendo quedado sola rompió la cubierta, y vió que contenia un billete y un periódico en cuarto mayor de á diez y seis páginas que llevaba EL FORO por título, y mostraba señaladas con una raya de lápiz ciertas columnas de un largo artículo con este epígrafe:—**CRÓNICA EXTRANGERA.—PAISES-BAJOS.—CAUSA**

CÉLEBRE CONTRA JUAN GRUE Y CRISTINA ARMAND Y HÁRRISON.—ACTA DE ACUSACION.

El billete estaba concebido en los términos que siguen:

«Señora marquesa: una persona de elevada categoría oficial en los Países-Bajos, establecida en París, y «prófuga de su patria por un lance de los llamados de «honor, se atreve á intervenir en asuntos que concier- «nen á vuestra casa; pero atañen al decoro de la familia «y al prestigio de su respetado nombre.—De seguro han «sorprendido la buena fé de señora tan circunspecta «cuando concede generosa é inmerecida hospitalidad á «una miserable, indigna del favor, que no tardará mu- «cho en retribuir con infame ingratitud, si es que los «disturbios y las rencillas no han marcado ya su huella «en vuestro noble albergue.—Uniendo al exterior de una «Vestal la corrupcion espantosa de una sierva del bajo «imperio, la fingida Enriqueta Hárison, recomendada «á vuestro servicio por el iluso abate de L'épée, señora, «parece nacida para oprobio de su sexo, desencanto de «los que se prendan de exteriores falaces, y desventura «de cuantos otorgan amparo y proteccion á semejante «monstruo.—Harto efecto ha producido su ingeniosa táctica, desde que prostituida por la execrable perversidad «de Juan Grue, manchó sus manos en la sangre de un «valedor insigne, MINHEER Franz Fabricius; primera «víctima de la Locusta belga. Su maña consiste en su- «ponerse blanco de una persecucion insidiosa y obstina- «da, y abatida al peso de acusaciones hábiles pero injus- «tas y calumniosas. Así engañó en Bruselas al abate «Exter; logrando deslumbrar hasta á ciertos deudos y «servidores del señor Fabricius. Así ha imbuido en su «fábula de repuesto al digno Carlos Miguel de L'épée; «introduciéndose con su imprudente ayuda en vuestros «pacíficos y venerados hogares.—Los sacerdotes, los no- «bles y las gentes sencillas son por lo comun esplotados «por esta especie de seres pérfidos y malignos, que abu- «san de la piedad, de la misericordia y de la simpatía

«de los que eligen para realizar sus cálculos arteros. Los
«hombres cursados en la escuela desconsoladora de una
«esperiencia amarga, y que por motivos de profesion,
«circunstancias particulares, y trato de mundo no ceden
«á impresiones engañosas con detrimento de la verdad,
«por acerba que fuere, son irreconciliables adversarios
«de esas criaturas, que á la sombra de un aspecto seduc-
«tor siembran el infortunio por donde quiera que van;
«perturban el reposo de las familias que las mantienen
»al abrigo de la desgracia, y eslabonan sus crímenes al
«cebo del lucro ó al embate de una ambicion, tanto mas
«violenta cuanto mas destituida de favorables condi-
«ciones.»

Juana Luisa Constanza interrumpió la lectura para enjugar en su frente el frio sudor de la angustia que mojaba sus sienes, corriendo por su frente en gotas gruesas, como las que anuncian la tempestad.

Exhaló un profundo suspiro, continuando su interrumpida y fatigosa tarea.

«Me permito incluíros, señora, un número del Foro
«que reproducia los extremos de mas bulto en la acusa-
«cion de Cristina Armand, hoy vuestra camarera bajo
«el apellido materno de Hárrison, y voy á esplicaros el
«móvil de mi proceder en este punto, temeroso de apare-
«cer á la vista de persona de vuestras cualidades y cali-
«dad influido por mezquinas pasiones, ó enemigo de ma-
«la ley de una desvalida.—Fiscal en este proceso horri-
«ble, adquirí la conviccion del delito de la huérfana,
«resistiendo á las atracciones de su encanto, y á la pre-
«ocupacion comun que repugna concebir un hecho abo-
«minable en individuos de antecedentes exentos de sos-
«pecha. Fijo en el convencimiento de su criminalidad,
«no sin luchas dilatadas, no sin meditaciones prolijas,
«determiné arrostrar impasible las árduas consecuencias
«de sostener mi dictámen con exposicion de sus racio-
«nales fundamentos, y tuve que rechazar mas de una
«sugestion exigente, y mas de un conato malévolo por
«desviarme del recto camino, trayéndome al número de

«los empeñados en abono de la culpable contra indicios
 «acusadores y testimonios fehacientes.—No tardé en ex-
 «perimentar las resultas de mi franco y paladino siste-
 «ma, y merced al resentimiento de los interesados en
 «pró de la hipócrita Armand se hicieron correr por Bru-
 «selas y el reino todo rumores enconados contra mi, su-
 «poniéndome desdeñado amante de la procesada; hom-
 «bre vendido al oro de una familia excelsa, escitada con-
 «tra el banquero Fabricius y sus allegados; hechura de
 «una muger de alta clase, celosa de las prendas y vir-
 «tudes de Cristina que amenazaban conquistarle el co-
 «razon de un rebelde.—Yo no seguia la escala de los
 «cargos públicos forenses por crearme una posicion có-
 «moda; porque habia recibido de mis padres un nombre
 «lleno de estimacion y una regular fortuna; pero una
 «vez iniciado en esa escala en clase de sustituto me cor-
 «respondia por todos conceptos ascender en la vacante
 «del ministro Scross de Senneval al rango de abogado de
 «la ley. El señor Jaime Lutgen, sobrino y heredero de
 «MINHEER Fabricius, y amante consentido artificiosa-
 «mente por la Armand, consiguió á fuerza de dispendios
 «y cábalas derribarme y hacerme reemplazar por suge-
 «to muy digno, pero inferior á mí en datos y servicios;
 «y resignándome á un desaire debido á reprobados in-
 «flujos perdoné la ofensa al obcecado jóven en atencion
 «á su ceguedad; porque goza Cristina del triste pri-
 «vilegio de las sirenas con los incautos que la es-
 «cuchan.»

La marquesa desahogó en otro anhelante suspiro la opresion terrible que en el pecho sentia al adelantar en los detalles de aquella revelacion, combinada con arte satánico por el malvado Roche.

«No satisfechos los amigos de Lutgen con el logro
 «de sus miras, y mas irritados aun por la indiferencia
 «aparente con que recibí el nombramiento del honora-
 «ble Oxborne en reemplazo mio, redoblaron sus ataques
 «con tal virulencia y teson que consiguieron herir mi
 «amor propio, y disponerme á terminar aquellas hosti-

«lidades á toda costa. Uno, mas temerario que el resto
«de mis difamadores, se decidió á emprender la guerra
«al descubierto y sin embozo de ninguna especie, y pro-
«vocado por sus insultos, y no pudiendo desembara-
«zarme de sus continuas agresiones de otra manera, cas-
«tigué su audacia en un desafío al último trance, vio-
«lando las leyes de mi país; evadiéndome de sus rigores
«por la emigracion, y renunciando á vivir en el suelo
«patrio siempre querido, y gracias á mis haberes excu-
«sado de mendigar mi subsistencia. Y este cúmulo de
«males proviene de la influencia fatal y malhechora de
«Cristina, modelo de esas Circes que hechizan á sus
«amantes y amigos con la mágia de su trato y la insi-
«nuante expresion de su faz; gozándose en el fondo de
«su alma tenebrosa del daño que infieren, de las lágri-
«mas que hacen verter, y del estrago que producen sus
«maquinaciones impías.»

—¡Dios mio! (exclamó la marquesa aterrada por aquel texto severo, y en estilo propio para imponer una creencia perjudicial á Cristina). Iluminad mi razon, porque no sé qué resolver en este asunto.

Juana Luisa tras de una ligera pausa prosiguió su abandonada lectura.

«Una casualidad me hizo descubrir á la huérfana cuan-
«do volvia del presbiterio de San Sinfiriano en direc-
«cion á Belle-ville, y en compañía de un discípulo y
«sirviente del respetable favorecedor de los sordo-mudos.
«Tomé detallados informes de su situacion en vuestra
«casa, de sus conexiones con el abate de L'épée, y de su
«género de vida; porque yo recelaba infinito de sus pro-
«cedimientos en este país, y no creí que hubiera abdicar-
«do su funesto poder, escarmentada por el trágico des-
«enlace de CHATEAU-FLEURÍ, castillo de Hartz. Hubiera
«celebrado en el alma saber que el arrepentimiento ha-
«bíase abierto paso por fin en el corazon de la culpable,
«y al tener evidencia de este fenómeno jamás hubiera
«desplegado mis lábios para revelar á nadie su tremen-
«da historia; porque no por haber perdido las ilusiones

«en el estudio práctico de la vida social se depravan los
«sentimientos; ni encallece el ánimo cuando está libre
«de perversion la inteligencia.»

—¡Qué estilo! ¡qué hombre! murmuró la marquesa,
dominada por el talento infernal de Wálter, y cobrando
aliento para leer lo que restaba de aquella revelación
abrumadora.

«Los informes vinieron á desvanecer una remota vis-
«lumbre de esperanza en la reforma moral de esa criatu-
«ra, y una vez mas, señora marquesa, toqué ese desen-
«gaño, frio y penetrante como la punta de un cuchillo,
«cuando traspasa el pecho derramando al exterior la sá-
«via de la vida.—Cristina Armand, abandonada por su
«cómplice Grüe, ó separada voluntariamente dél, imbu-
«ye al escelente abate, párroco interino de San Sinforiano,
«en un cuento de virtud perseguida que la releva de pre-
«sentar papeles que autoricen su personalidad, y le va-
«len solicitudes compasivas de parte del estimado señor
«L'epée; y favorecimientos distinguidos en una casa que
«nunca debió pisar una mujer de su degradada especie.
—«Comparad, señora, lo que era vuestra mansion en
«dia antes de admitir á la linda camarera que os sirve,
«con lo que pasa en los precisos momentos en que os dig-
«nais prestar atención á este aviso; y no os admireis de
«que un extranjero conozca ciertos arcanos de la vida ín-
«tima de Belle-ville; porque sin confidencias ni indiscre-
«ciones de vuestra servidumbre, los aldeanos que moran
«en las cercanías del hotel me han dicho lo bastante pa-
«ra que mi inteligencia supla lo que falta á sus desacor-
«dadas relaciones.—Antes se decia en París, luego en
«Versailles, y despues en Belle-ville que la union de las
«estirpes de Belle-ville y Bayard era siempre fausta pa-
«ra los destinos de la progenie patricia, solariega de Gas-
«cuña; y esto repetian el finado marqués Felipe-Augus-
«to, su virtuosa y elevada compañera, y hasta el último
«deudo y servidor de la familia esclarecida. El jóven Cár-
«los y la hermosa Blanca hacian volver el rostro, risue-
«ño y complacido, á cuantos los encontraban á su paso;

«galan y tierno el uno; ruborosa y enamorada ella. HAN «NACIDO EL UNO PARA EL OTRO; esclamaban las gentes. SE «UNIRÁN BAJO LA BENDICION DEL SACERDOTE Y LA MIA, pen- «saba una madre, desvelada por el porvenir de sus hijos, «que debia ser á la par la realizacion de los votos de un «difunto, el complemento de los deseos de consaguíneos «y afines, y la prez de un título glorioso. Ya se tocaba al «término apetecido. El bizarro marqués anunciaba su re- «greso de los estados de Gascuña. El baron de Breteuil «habia recibido de vos, señora, la delicada mision de explo- «rar el ánimo de Sus Magestades acerca del consorcio. «¿Qué podia oponerse á tanta felicidad? Todo auguraba «el acuerdo mas envidiable. La sancion de la familia, la «inteligencia amante de los futuros contrayentes, la apro- «bacion lisongera de los noticiosos del proyecto, iban á «coronarse con el régio permiso; y aun se esperaba un «señalado testimonio del aprecio y la munificencia de «SS. MM. hácia tan fieles y cumplidos servidores.— «Pero se contaba sin la intervencion de Cristina Ar- «mand.»

—Es cierto, dijo la marquesa coléricamente escitada; es cierto por desgracia de todos; pero adelante y acabemos.

«Cristina, bajo el mentido nombre de Enriqueta, se «instala en Belle-ville, y apenas dirige una mirada en «torno suyo se propone desbaratar los planes de una fa- «milia que la recibe en su seno, cariñosa cuanto impru- «dente—Ella se mofa de la bondad materna de la noble «viuda que la admite á su servicio; mientras que finge «de una manera inimitable el silencioso recogimiento de «la desventura y la timidez del candor. Ella envidia con «la saña de los espíritus malos la inocencia, el atractivo, «el porvenir bonancible de la señorita de Bayard; y se «promete emponzoñar sus dias serenos; marchitar su be- «lleza al rigor de inopinados golpes; abatir su ánimo al «peso de contrariedades crueles. Ella se congratula de «introducir el desórden y la perturbacion donde reinaban «la quietud sabrosa y el bienestar perpétuo. Ella se fija

«en el apuesto marqués, y le hace objeto de sus preten-
 «siones y blanco de sus tiros. No haya miedo de que le
 «captive con el alarde único de la desmoralizacion pro-
 «funda que la sella; porque al plegar el velo que la en-
 «cubre el gentil-hombre de S. M. Cristianísima retroce-
 «diera con asco y pavor ante aquella Medea de los Pai-
 «sés-Bajos. No aspira á enredarle en lazos libertinos;
 «porque ella sabe ya que el apetito satisfecho acarrea el
 «hastío y nutre el desprecio del hombre que obtiene una
 «conquista fácil. Ella ambiciona dejar un rastro de san-
 «gre y lágrimas en el sendero que recorre por el mundo;
 «y este propósito maldito se funda en su ingenio mara-
 «villosa para preparar los acontecimientos á medida de
 »sus nefastas inclinacionss. ¿Cómo ha conseguido pren-
 «dar á vuestro hijo, señora? ¿Por qué medios, y en tan
 «breve espacio, el marqués lucha en balde por arrancar
 «de su corazon el dardo emponzoñado que se interna más
 «y más á sus desesperados esfuerzos; Blanca inclina mús-
 «tia la frente bajo el dominio de una pena misteriosa y
 «devorante; vos sentis mínada la tierra bajo vuestra plan-
 «ta misma por una accion sin ruido, pero segura, y el
 «público se apercibe de que en el hotel ha desplegado
 «sus alas el ángel de la fatalidad? ¿Y quién ha produ-
 «cido esa série de fenómenos?...»

—Cristina Armand, contestó Juana Luisa con exas-
 perado tono; pero yo le juro que saldrá de Belle-ville es-
 pulsada como una prostituta, entre los gritos escarnece-
 res de la servidumbre.

Y la marquesa continuó leyendo la dilatada misiva
 de Wálter, que para evitar la sospecha de una indigni-
 dad anónima anunciaba su presentacion en el hotel á
 las doce de aquella mañana, y á las órdenes de la viuda
 para confundir con su presencia á la que designaba con
 los epítetos mas depresivos.

CAPÍTULO XXIV.

CRISTINA ARMAND.



REUNIDOS hallábanse en la gran sala de recepcion del palacio rural de Belle-ville la marquesa viuda, Blanca de Bayard su sobrina, y el desalmado Roche, insistente en la persecucion implacable de la huérfana y empeñado con pertinacia en una infame tentativa por apoderarse de la doncella infeliz; arrancándola por el trastorno y el terror al asilo de su infortunio; arrebatándola por la astucia y la fuerza á la proteccion providente del respetable maestro de los sordo-mudos; reduciéndola á una cautividad mas dura que la muerte hasta obtener de ella uno de los tres designios del perverso opresor: un matrimonio abominable; una servidumbre sin esperanza de mejora en sus vejámenes continuos, ó bien la emigracion á los posteros confines de la tierra, previo el juramento de no regresar por ningun título ni caso á rincon alguno de la Europa.

En su conferencia con Juana Luisa y Blanca rayó Wálter á inmensa altura en el dificultoso papel de hombre de temple catoniano: acérrimo enemigo de la falsedad; esclavo de lo que entendia su deber; invariable en las determinaciones que le sugieran sus principios y hábitos, enlazados por una lógica inflexible. No era elocuencia, tacto ni aplomo, lo que habia de admirable en aquel sér, análogo á Satanás en convertir en instrumentos de su reprobacion las dotes que hubieran debido contribuir á su gloria. Lo que sorprendiera hasta producir pavor seria el espectáculo de su mistificacion magestuosa en idólatra de la rectitud de los estoicos; su presencia solemnemente grave; su conversacion de sublime sencillez, en armonía con su compostura severa; sus máximas y convicciones eslabonándose á su conducta para dar á sus revelaciones y visita un carácter de procedencia tal que mereciese la estimacion y el agradecimiento de los Belle-villes. Hombres de la índole de Wálter explican al espíritu de las tinieblas en el orden superior á la humanidad; porque si la perfeccion del bien acerca al Creador á la criatura, el grado supremo del mal en idéntica proporcion inviste al hombre de la protervia diabólica, y mas que hombre parece una metamórfosis del tentador de Jesus.

La marquesa viuda escuchó subyugada al hombre extraordinario, que puso de manifiesto la historia desastrosa de *Chateau-fleuri*; presentando á la huérfana bajo el aspecto mas deforme concebible. Juana Luisa, muger educada lejos del trato social, de convencimiento firme hasta la intransigencia, inexorable con las flaquezas que no tenian atenuacion posible para la que siempre vivió en la servidumbre de sus obligaciones sin alcanzar términos de eludirlas, era materia á propósito para ensayar su influjo al génio infernal de Wálter. Así es que al oír la detallada referencia del castillo de Hartz, segun la version mentirosa de Roche, al ver descifrado por una clave tan sencilla en apariencia el misterio que envolvia á la jóven Armand, y al poner en verosímil relacion

con las ocurrencias últimas el tipo odioso de Cristina, conforme á la pintura pérfida del asesino de Fabricius, la marquesa estremeciase de indignacion, ansiosa de confundir á la culpable, y de arrojarla de Belle-ville con vilipendio, y olvidada en sus iras de las prudentes advertencias del abate de L'épée.

Blanca habia resistido á los efectos de una educacion ascética y llena de rigidez, gracias á la angélica bondad de su ánimo, heroico bajo las trazas mas modestas, apaciblemente serenas, y reposadas hasta un género de laxitud indolente. La presion de una obediencia ciega á las tradiciones, preceptos y voluntades absolutas, no habia exterminado su libertad, y sacrificándose á sus deberes y circunstancias sin esfuerzo penoso, concentró los tesoros de su alma en lo mas recóndito de ella hasta que las grandes crisis de la vida los pusieran en brillante relieve. Blanca no creyó á Wálter como su impresionable y obcecada tia, y en vano pugnó por someterla al imperio de su palabra fácil y magistral el abogado de Bruselas; porque la nieta del caballero Bayard rechazó por un instinto de su espíritu privilegiado los móviles rectos y el desinteresado proceder de aquel hombre de pálido semblante, boca de labios finos recogidos en nerviosa contraccion, ojos indagadores de mirada larga y profunda, y cejas unidas hácia la frente por un ceño que estigmatizaba un natural esencialmente malo.

Terminadas sus revelaciones respecto á la misera é inocente Cristina, Wálter dijo así:

—Ahora me creo relevado de justificar mi presencia en vuestra casa, señora marquesa. No me trae un sañudo afán, pues que antes de resolverme á descubrir estos arcanos exploré lo suficiente á persuadirme del comportamiento de Cristina en Belle-ville; y os juro por mi salvacion eterna que si hubiera podido creer que esa infortunada habia retrocedido en el sendero del mal para entrar en el camino de la rehabilitacion, hubiese partido de estos contornos, mudo como la tumba, y dejando plaza á la misericordia divina.

—Hubiérais procedido menos noblemente que ahora, caballero, respondió la marquesa viuda.

—Tal vez, repuso el abogado con tono decisivo; pero no lo ha querido así la Providencia, y mi honor me impele á un extremo arriesgado, duro, antipático, fatal, señora.

—¿Por qué? preguntó la ilustre dama, irguiéndose con el desplante de una reina.

—Porque dejo mi nombre por presa al encono de vuestro hijo, víctima lamentable de las trapacerías de esa muger.

—Si él es tan ingrato que no reconoce el mérito de vuestra leal resolución, yo os doy las gracias en nombre de la casa de Belle-ville, porque habeis salvado nuestro decoro con un descubrimiento de tamaña importancia, señor de Roche.

—Esas palabras, señora, son una recompensa de mi humilde servicio que corona mis deseos, replicó Wálter afectando viva emoción. Por ellas me conformo á dar pábulo á la suspicacia, bien injusta por otra parte cuando muy en breve me propongo pasar á la América emancipada del yugo inglés, y es probable que nunca torne á cruzar por la senda que huelle la cómplice de Juan Grüe.

—Yo no abrigo una sombra de recelo de vuestras intenciones, señor, protestó Juana Luisa con la diestra sobre el pecho y en ademan brioso y franco.

—Me lisongeo de vuestra confianza, contestó el enemigo artero de Cristina con reverente saludo; mas por mucho que me favorezca esa declaración ¿cómo impedir que en mi ausencia trace esa hembra astuta una historia peregrina y palpitante de conmoción, que me preste el hórrido papel de verdugo de su juventud y asesino de su honra? No conocéis á esa criatura sin émulo en punto á ficciones.

—Pero ya la conozco por vuestra revelación, caballero, y entre ella y vos no cabe incertidumbre.

—El abate de L'épée, articuló Blanca invocando este

nombre como título en favor de la huérfana, dijo que...

—El digno abate, señorita, es otra víctima de la Armand, interrumpió Roche con vehemencia. Dignaos reflexionar un momento. ¿Cabe en lo posible que un hombre de su carácter, ilustración y respetabilidad se constituya en egida de una muchacha, condenada por los tribunales del reino vecino en calidad de cómplice en el asesinato del protector de su orfandad menesterosa, cuando esta reo, fugitiva de su patria, no cuenta con mas elemento de justificación que su palabra, invalidera é insuficiente para combatir la acusación criminal que la abruma?

—Decid, caballero, interrogó Álanca con gran presencia de espíritu: ¿seria la primera tal vez que han condenado apariencias engañosas y equivocaciones deplorables?

—No sin duda, concedió el matador de los Heuffels sonriendo con violencia; pero decíamos que el abate de L'épée no tenia noticia seguramente del nombre, delito imputado á Cristina, y efectiva situación de la famosa huérfana, y corrobora esta hipótesis una concluyente observación. Yo concibo que el excelente eclesiástico haya sabido la realidad, pero disfrazada con tanta destreza por la ahijada de Fabricius que el sacerdote la juzgue, como vos, una de tantas víctimas de la falibilidad del juicio humano. Se comprende que la socorra; que le abra las puertas del presbiterio de San Sinfiriano en Montreuil; que la autorice á suponerse pariente suya; que la permita fingirse inglesa de origen....

—¡Cuánta indignidad! exclamó arrebatadamente Juana Luisa Constanza.

—¡Pero recomendarla al servicio de la marquesa viuda de Belle-ville! ¡introducir en este palacio á una mujer, responsable de una vileza como la perpetrada en el castillo de Hartz! Eso no se explica en el ministro de la evangélica ley; ni se aviene, sin enorme agravio de su persona, con la certeza de vuestra suposición, señorita.

Blanca no acertó á responder satisfactoriamente á esta réplica del sagaz abogado.

—Es evidente, añadió éste con triunfante seguridad, que el primer íluso en la cuestión es el anciano párroco, y que imbuido en una fábula, bien zurcida por la hipócrita embaucadora, no tuvo reparo en aprovechar para ella una vacante en vuestra servidumbre. Dios sabe la serie de patrañas que ha contado al buen viejo, y á favor de qué tramoyas le insinuó su triste precision de vivir oculta, refugiada en la oscuridad y prevenida contra los inícuos amaños y manejos de perseguidores encarnizados de su virtud ó de su existencia.

—Teneis razon, caballero, corroboró Juana Luisa con resentimiento amargo. Ahora traigo á mientes los encargos repetidos del abate L'epée, y sus protestas calorosas en abono de su protegida. Opino como vos que el incauto sacerdote ha sido juguete de una felonía menaguada.

—Sin embargo, opuso la señorita de Bayard resistiendo asentir á las acusaciones de Roche y á la persuasion de la marquesa, antes de todo fuera necesario...

Wálter se dirigió al tirador de la campanilla que agitó repetidas veces.

—Dispensadme, señorita, espresó el atrevido con una galante reverencia, me anticipo á vuestro pensamiento provocando una entrevista rápida y convincente.

—¿Y quién os autoriza á pensar que pretendo esa reunion? insistió la doncella confusa.

—Vuestra indecision marcada por un lado, y por otro me lo exigen mi dignidad y mi reposó futuro. ¿No os parecen señorita, títulos asaz válidos para disminuir la inconveniencia de mi accion?

—Siento que juzguies tan precisa la confrontacion personal, caballero, balbuceó la marquesa, contrariada por el incidente.

—Os la demando, señora, como una gracia; y me atrevería á decir como un derecho si no temiese...

Lafleur apareció en la puerta de la sala, que mantuvo entreabierta en actitud sumisa y officiosa.

La viuda hizo un signo de conformidad á la súplica

del extranjero, quien dirigiéndose al lacayo con aire imperioso le dijo:

—Tened la complacencia de anunciar á la señorita Hárrison que la llama su señora.

Juana Luisa confirmó el mandato con una inclinacion casi imperceptible de cabeza.

Lafleur saludó con su acostumbrada y puntual ceremonia; volviendo á cerrar la puerta del salon con sumo tiento.

Walter adelantó hasta la silla que antes ocupara junto á las señoras; mas se mantuvo de pié y con la espalda hácia el ingreso del salon para que la huérfana no le conociese á primera vista. Con este propio estudio habia adoptado un traje menos al gusto de los petimetres que lo era su vestido por lo comun.

—Yo me resigno, señora, dijo con cierto énfasis, á que se tuerza la mente de mis actos. Inclino mi cabeza ante el juicio de los demás respecto á que se estimen oportunos ó improcedentes. Lo que no abduco es el derecho de desvanecer los escrúpulos mas insignificantes acerca de mi veracidad.

—Nadie la pone en duda, caballero, contestó Juana Luisa con acento de enérgica conviccion.

—No todos, señora, replicó el abogado con intencion acerba, apreciarán en su entidad efectiva mi proceder y sus causas determinantes. Habrá, no lo dudeis, quien me acuse de desapiadado con una jóven, de quien ya no soy acusador oficial. No faltará quien me increpe de adulador por introducirme en este palacio á dar el grito de alerta contra un sér peligroso. Sobrarán personas que me tachen de apasionado en odio de la que fué origen de mis disgustos en Bruselas. Yo debo partir muy luego, y queda Cristina Armand para ennegrecer á su sabor mi conducta.

—Queda Cristina Armand desenmascarada, confundida, exclamó la marquesa con fuego.

—Así lo espero de la justicia de Dios, concluyó el sacrílego, osando levantar al cielo su diestra temeraria y

brillando en sus ojos un rayo de esperanza satánica, tan vivo que hizo estremecer á la señorita de Bayard.

—¡Pobre muger! murmuró sinceramente condolida, y apoyando la barba en el pecho con desaliento fatigoso.

—Confiese ella su nombre, su delito, su proscripción, sus mentidas apariencias en Francia, confíeselo á mis laconicas preguntas, y ante las damas, cuyo infortunio se propuso labrar, y entonces partiré tranquilo y satisfecho de mi obra; porque lo hecho por mí será mas ó menos prudente, mas ó menos razonable, pero basado en la verdad y en la rectitud de miras, y ambas cosas absuelven de las demás circunstancias.

—Si ella negare, espuso la señorita de Bayard con un resto de fé en la inocencia de Cristina, si digese...

—No negará, aseveró Wálter con inspiracion orgullosa y actitud soberbia. No negará, repitió bajando la voz con reconcentrado predominio; porque para hacerlo así necesitara una sangre fria, que no es compatible con su sexo, ni se hermana con sus antecedentes despreciables. No negará; porque lo mas remoto que hay en su pensamiento es el hallazgo de una persona que la conoce por lo que es, y cuyo testimonio va á ser un rayo exterminador de su impudencia.

—Suenan pasos, dijo la marquesa viuda no pudiendo contener el sobresalto y la ansiedad.

Y en efecto abrióse la puerta del salon y la huérfana avanzó en el vasto aposento con paso presuroso hasta corta distancia de Wálter, que volvióse de improviso, fulminando á la protegida del abate de L'épée una mirada insultante y dominadora y una sonrisa de sarcasmo y befa.

—Adios, Cristina, exclamó el hombre maldito con acento mofador, y dando un paso hácia la desventurada, que sintió sus ojos oscurecidos por un velo de sangre, un nudo en la garganta que no la permitia respirar, el hielo de la muerte internado en la médula de los huesos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! pudo al fin pronunciar con desolacion extremada, y ocultando entre sus manos el semblante descompuesto, agregando:

—¡Soy perdida!

Roche clavó su vista centelleante en las damas, señalando á la huérfana con indicacion gozosa.

Juana Luisa dejó traslucir en su faz la indignacion mezclada con la sorpresa.

Blanca experimentó una conmiseracion infinita hácia aquella criatura anonadada por el pasmo del imprevisible encuentro y una repugnancia invencible hácia su denunciador enconado y aleve.

—Responded, señorita Hárrison, dijo el miserable con inflexion conminatoria. ¿Es este vuestro verdadero nombre?

Cristina respondió con un gemido lastimero y ahogado por sus repetidos sollozos.

—¿Sois Cristina Armand y Hárrison, la célebre huérfana de Bruselas? continuó interrogando el asesino de Franz Fabricius, erigido en juez de la víctima de sus maldades.

Cristina levantó la cabeza en un desesperado arranque de irritacion contra semejante refinamiento de perversidad; pero encontró la mirada hostil y ceñuda de la marquesa, y la palabra espiró en sus labios.

—Responded en fin, repitió Juana Luisa con dureza. ¿Sois Cristina Armand?

—Sí señora, replicó la pobre niña maquinalmente, y humillada ante la cólera de la ilustre viuda.

—¿La misma que juzgó el tribunal de Bruselas en rebeldía? preguntó la madre de Carlos, apremiando á la triste jóven con acento y ademan absolutos.

—La misma, sí; pero....

—¡Basta! interrumpió el execrable Roche con una expansion de intenso alborozo; con la alegría de Lucifer al perder un alma las vias de salvacion. Eso era lo único que me interesaba poner en claro.

La huérfana encaróse deshecha en llanto con su incansable perseguidor.

—¿Y os habeis atrevido....?

—¿A qué? se apresuró á contestar el impío desafiando á Cristina con cínica desvergüenza. ¿A levantar el antifaz que encubre á una muger de vuestra estofa? ¿A descubrir vuestro pasado horrendo? Ya lo veis.

—Señora, exclamó la desvalida con las manos juntas, próxima á desfallecer, la vista extraviada, tened piedad de mí y protegedme.

—Salid de aquí: evitad mi presencia; gritó Juana Luisa con repulsa desdeñosa.

—Tía, volved en vos, intercedió Blanca, movida á misericordia por el dolor de Cristina y su ruego.

—Salid inmediatamente de mi casa, ordenó la marquesa en el paroxismo de su ira.

Los ojos del abogado lucieron con el sombrío fulgor del relámpago, porque todo coincidía con su plan.

Cristina, sucumbiendo á la intimacion afrentosa de la viuda de Belle-ville, encaminóse hácia la puerta desatentada; zumbando la sangre en sus oídos; opreso el corazón cual entre dos láminas de bronce; cercana á enloquecer.

Al llegar á la puerta se volvió á tentar por vez última enternecer el ánimo de su señora, como lo estaba el de su sobrina, la noble y elevada señorita de Bayard.

—Salid de mi casa, repitió Juana Luisa con resolución aun mas violenta.

—Saldrá como entró, señora, dijo el abate de L'épée, que al abrir la puerta de la sala habia escuchado el precepto de la marquesa viuda. Saldrá como entró: es decir, alta la frente, y prestándome el apoyo de su brazo,

Juana Luisa sostuvo con entereza la mirada radiosa del sacerdote.

Blanca fijóse en Wálter que apretó los puños con rabia convulsiva, mordiéndose el labio inferior.

Cristina se precipitó en los brazos del ministro católico, reclinando sobre su hombro derecho la cabeza y dando rienda libre á sus lágrimas.

El maestro de los sordo-mudos abarcó la escena con una ojeada; esperó á que el desahogo de su pesar aliviase la situacion de su protegida; la hizo incorporarse con afectuosa solicitud, y asiéndola de la mano, dirigióse al encuentro de la marquesa con magestad imponente:

—¿Podeis decirme, señora, (preguntó sin alteracion en el tono digno, propio de sus años y carácter) por qué sin avisármelo, sin prevenirme primero, sin atender á mis advertencias, expulsais de vuestro hogar á mi recomendada?

—¿Conoceis á esa muger, señor abate? ¿Sabeis cómo se llama y quién es?

—La conozco, como la conoce el señor, replicó el anciano, apuntando con el índice de su diestra á Wálter.

—¿Y no habeis vacilado en introducirla en Belle-ville?

—Cristina Armand, la procesada de Bruselas, alegó Roche afrontando con arrojo los azares de su posicion...

El abate midió de alto á bajo al verdugo de su patrocinada con menosprecio altivo.

—Luego entraremos en esplicaciones, caballero, dijo secamente al abogado. En cuanto á vos, señora...

—No permito que se residencien mis actos, replicó la marquesa levantándose de su asiento.

—Tened la bondad de oirme, añadió L'épée tranquilamente. Es la postrera gracia que os he de merecer.

—Sea con esa condicion, manifestó la nieta de Bayard, recuperando el asiento como le suplicó el abate.

—Cuando os pedí, señora, vuestro patrocinio para esta doncella, continuó Cárlos Miguel de L'épée con dulzura, tuve buen cuidado de haceros presente que se calumniaba su virtud por intereses de bastardo origen...

—La historia de reserva, interrumpió Wálter con sardónica risa.

—Os juré por lo mas sagrado para mi, prosiguió el anciano abate sin parecer apercibirse de las palabras de Roche, que esta jóven era inocente, y que esperaba de vuestra cordura previnierais las maquinaciones de que pudiera ser objeto de parte de villanos enemigos su com-

batida existencia; fiando un poco en mí, suspendiendo vuestro juicio y remitiendo á mis fuerzas el cargo de sincerarla de acusaciones impostoras.

—Es verdad, confesó Juana Luisa; pero la acusacion que hoy pesa...

—¡Ah señora! exclamó L'epée con triste sentimiento. Mañana mismo debia salir de vuestra casa Cristina Armand, y si no apresurais esta escena dolorosa ahorrais á vuestro noble corazon un remordimiento y la conciencia de una falta.

—Señor abate!

—Es la verdad, y tengo el derecho de decirla; por que yo no merecia por cierto que se me despreciara en la persona que confié á vuestra tutela cuidadosa como si fuera mi propia hija segun la sangre; porque si el hombre que ha venido á Belle-ville á denunciarla invoca títulos á la consideracion y al respeto, yo los muestro evidentes, irrecusables, á que se mantenga la palabra que tuve la precaucion de pedir y que me fué empeñada solemnemente por vos.

—Señor abate, dijo Roche con provocativa insolencia, abusais de los fueros del carácter sacerdotal y de los años.

—No hablo todavía con vos, sir Rocquen, contestó friamente L'epée y sin mirar siquiera al aborrecido personaje. Señora, (añadió inclinándose ante la marquesa) dejadme aprovechar lo que ha pasado en este dia; porque dentro de breve espacio, lo aguardo de vuestra hidalga veracidad, depondreis en juicio que el señor Wálter Roche ha penetrado en este albergue á continuar la persecucion de su víctima, y sereis, marquesa, uno de tantos testigos que contribuyan á la completa y satisfactoria rehabilitacion de Cristina Armand ante el tribunal de Bruselas.

—¡Su rehabilitacion! repuso Wálter con aire de mofa.

—Sí, caballero, su rehabilitacion, aseguró el sacerdote; porque si Dios parece consentir en que el malo triunfe en sus tentativas contra la inocencia, pone un térmi-

no á la prueba del inocente, y al engreimiento del malvado, y ese término llegó para bien de esta pobre niña, y confusión y oprobio de sus calumniadores. Por eso consta ya quien intervino en el trato de cierta casita aislada, no lejos de este recinto, donde habia de retenerse prisionera á la robada de *Chateau-fleurí*. Por eso resulta vendida la ropa de esa cautiva en el Temple por cierto húngaro su árgos en el nido de la Dubois, que ha estado bien esplicita en sus revelaciones. Por eso se justifica por las confesiones de la comadre Belli, y del rapazuelo que la acompañaba en la casa misteriosa, que cierto suizo restituyó la libertad á la que se aprisionaba cerca de Versailles mientras se sostenia su complicidad con Juan Grüe ante el tribunal de Bruselas.

—Este buen señor está loco, repuso Wálter afectando lástima de la situacion moral del eclesiástico.

—Por eso se comprobará muy luego que bajo el disfraz del escocés sir Rocquen os habeis deslizado en esta casa, abusando de la candidez de Ignacio Persil, el jardinero, y del natural intrigante de Ruperta David, la camarera de la señorita Blanca, para proporcionaros una entrevista con la huérfana del castillo de Hartz y proponerla...

—¿Hasta cuando ha de durar ese delirio? preguntó el abogado fingiendo una exaltacion iracunda.

—Por eso, (añadió el abate marcando las palabras, y sin dejarse arrastrar á la escitacion que deseaba Roche para confundir en la disputa los cargos que le hacian palidecer á pesar suyo) por eso no ha prosperado el nuevo plan con el fin de apoderarse de Cristina, cuando espulsada por la señora marquesa, ó enloquecida por el esceso de su infortunio, saliera en mi busca atravesando el atajo que conduce de Belle-ville al camino real.

—¿Pero ese proyecto, señor abate?...

—Era el de ese hombre, señorita Blanca, aseveró el anciano ministro indicando á su adversario con actitud sublime. Preguntadlo á Ignacio Persil que sorprendió el infame secreto en la conferencia que tuvo lugar junto al

postigo del parque entre el señor de la Roche y un seide asalariado por él para esta hazaña. Contábase con mi ausencia; pero yo habia regresado de París cuando llegó el jardinero á referirme lo sucedido, y al pasar por el atajo vimos al instrumento de esta maldad, apostado en la espesura, en acecho de su presa.

—¡Clérigo impostor! gritó Wálter dando un paso hácia el sacerdote con terrible amenaza.

—Mónstruo, respondió L'épée señalando la puerta al maldecido personaje con gesto de suprema autoridad, libranos de tu presencia execrada y tiembla; porque sueña la hora de la espiacion inevitable.

Wálter retrocedió involuntariamente, extendidas las manos con pavorosa sorpresa, humillada la cerviz, y como si el rayo de la cólera divina serpeara sobre su cabeza culpable.

CAPÍTULO XXV.

LA IMPERIAL CORONA.

SUPUESTO que nada nos cuesta el viage, ni en metálico ni en las incomodidades consiguientes á toda espedicion, vamos á dirigirnos de Versailles á París por el espacioso arrecife que parte del arrabal de Montreuil; seguros de todo trance á pesar de haber cerrado la noche, y bien oscura por cierto, y sin temor del aparato tormentoso de la atmósfera, cuya tenebrosá densidad surcan de tiempo en tiempo cárdenas exhalaciones. Sin embargo, como este viage no lleva un objeto puramente de curiosidad, ni nos aguardan en Paris como á Juana Luisa Constanza y á Carlos de Belle-ville para celebrar á la mañana siguiente y en sus primeras horas una conferencia con los abogados y el baron de Cavannes á fin de transigir los términos de un litigio, bueno será que á cosa de media legua del real sitio de Versailles nos procuremos un refugio en la posada que lleva el nombre pomposo de la im-

PERIAL CORONA. La lluvia empieza á caer en gruesas gotas; arrecia el viento; menudean los relámpagos, y el trueno zumba á lo léjos sordamente y cada vez mas distinto, traído por nubes preñadas de electricidad, y que se dibujan en el cénit como la forma de una vision en la lobreguez de un subterráneo. Así nos resguardamos de los rigores que amagan hacer bien dura la situacion del caminante, y ya que tenemos la satisfaccion de conocer al posadero Barthelemí, (aquel moceton rubio, malicioso y decidor, que hablaba con el mayordomo de Belle-ville cuando vino el abate de L'épée á presentar á su recomendada á la señora marquesa viúda) veremos á su costilla, la señora Paulina Dezjarten, camarera antecesora de Enriqueta Hárrison, y digna de que se entre en su posada á pretesto de consumir una botella de Borgoña ó de Sillery para examinar una cara, incitante como la pimienta, y un cuerpo sedicioso, como la promesa de repartir á los que nada poseen la propiedad de sus vecinos que tienen algo.

Inútil es introducirse en el despacho de bebidas, refrescos y comestibles, donde rara vez consiente Barthelemí que aparezca la atractiva muchacha; porque los tragineiros, como gente de cortos alcances, suplen la escasez de palabras con la viveza de la mímica, y los requiebros en accion son demasiado trascendentales. Los soldados, á fuer de hijos de Marte, no quieren olvidar las mañas paternas con la sensible Vénus; y Barthelemí no se reconocia con las mejores facultades para desempeñar el papel de Vulcano. Los oficiales y caballeros no eran ya una cáfila de depravados libertinos como en los tiempos vitandos del Regente y de Luis XV; habiendo moralizado á las clases superiores el ejemplo saludable de la familia régia; pero los propios caballeros de la corte de Alfonso el Casto no aspiraban á merecer el sobrenombre del monarca, y en su misma casa entre la infanta real y cierto conde de Saldaña hubo algo mas que dimes y diretes. En suma, Barthelemí era celoso, y cuando alguna vez entraba Paulina en el departamento destinado á los ca-

minantes y alguno, «QUIER NOBLE, QUIER PLEBEYO» como dicen antiguas crónicas, felicitaba al huésped de la *Imperial Corona* de tener una mitad infinitamente mejor que la otra, solía responder un tanto mohino y con aire de taco:

—Gracias, y basta de lisonja; que la interesada [no la sabrá por mí; yo os lo aseguro.

Penetremos en el despacho no obstante; porque ya que nos guarecimos de la lluvia que empieza á caer bastante espesa, justo me parece que registremos la casa, aunque no sea mas que por matar el tiempo: frase neciamente orgullosa con que nos vengamos de palabra de un tiempo que nos mata de hecho y sin escepcion; porque la del *judío errante* no se atreven á creerla ni los niños que dan por históricas las fábulas de Esopo.

El despacho, queridos compañeros de viage, se halla al fondo de un ancho vestíbulo, cuyo húmedo piso desaparece cubierto por una capa de aserrín, y en el mostrador campea cierto mozalvete gordinflon y alegrete, entre botellas de todas hechuras y platos de todas dimensiones con quesos, conservas, embutidos, pastas y otros materiales gastronómicos. Una muchacha de buen palmito, aunque un poco enteca, y un viejo patriarca servian á los favorecedores del restaurant campestre; desenfadada y picaresca la una; servicial y activo el buen Pedro, decano de la casa.

Cerca del mostrador y apurando sendas copas de aguardiente departen dos robustos y francos campesinos en traje de caza, arrimadas á un rincón sus hermosas escopetas de antigua hechura, pero prolija y esmerada mano de obra. Bernardo es arrendatario de una huerta inmediata, y una zorra imprudente ha dado en el tema de engullirse todas las noches una ó dos gallinas, ánades ó pavos de su corral; ignorando que caza en los dominios de un cazador ilustre. Bernardo ha unido á sus rencores con la insolente vulpeja la curiosidad de su convecino Basilio, guarda de un coto poco distante de la huerta, teatro de las fechorías de la rabuda alimaña, y nuestros

bravos camaradas de glorias y fatigas han pactado situarse en la entrada y salida del predio para ajustar la cuenta estrechamente á la voraz raposa. Basilio quiere dilatar el aguardo á pretesto de la noche terrible que se prepara; mas Bernardo insiste en que la tempestad será recia, pasando pronto como todas en el comienzo del estío, y que á su entender el Alarico con hopo invadia el corral de madrugada; hora en que habria vuelto á serenarse la atmósfera. El trueno rodaba mas perceptible y medroso á cada instante; pero el aguardiente hacia de las suyas, redoblando el encono de Bernardo contra el cuadrúpedo ladron, y llegando su ardor bélico á contagiar á Basilio, tan accesible á las seducciones de la cacería còmo al cosquilleo de las bebidas espirituosas.

En un ángulo de la taberna consume su racion de embuchado y bebe á sorbos un vaso de tinto de Brie un jóven rebozado en una manta y calada una gorra de ancha visera que encubre su fisonomía. Solo interrumpe su colacion para dirigir una mirada inquieta hácia una puertecilla lateral que da ingreso á las viviendas del piso bajo de la posada, y aun se levanta para asomarse á los corredores, explorar un breve espacio y volver á su rincon mas tranquilo.

En el ángulo opuesto conversan bebiendo Champaña espumoso un caballero, abrigado con una capa española, y cierto hombron de aspecto repugnante, á quien el intrépido German Desmaret, gefe de la guardia prebostal de la buena ciudad de París, hubiera arrestado sin mas datos que su cara de tigre en acecho; apostando cien libras á que era un prófugo de los trabajos forzados. Y no las habria perdido á decir verdad; porque este hombre era un nuevo Juan Grúe que se habia podido proporcionar el señor Wálter Roche, sentado en frente dél. Este mismo personaje fué el que apostó en el atajo de BELLEVILLE al camino real el perseguidor de Cristina para hacer cautiva á la huérfana en caso de salir desolada y despavorida del palacio rural la triste jóven; proyecto que desbarató Persil saliendo en busca del venerable

L'épée; denunciándolo el digno abate á la madre y prima de Carlos en conferencia memoranda.

Poco hablan entre sí Roche y el nuevo cómplice de sus villanas intrigas; porque la indiscrecion de haber acordado la sorpresa de Cristina en sitio donde Persil pudo enterarse de la trama sirvió de escarmiento á sus expansiones; confirmándole la certeza de aquel adagio— «LAS PAREDES TIENEN OIDOS.» Tambien es de suponer que estaba dispuesto lo conducente á los designios de Wálter, porque al sonar mas cerca el bramido del trueno el seide abandonó la silla, calóse la capucha de su capote de marinero, y cogió el látigo de montar que abandonara sobre la mesa, indicando á su señor que aguardaba las postreras prevenciones.

—No hay mas que decir, expresó el abogado con apagada voz. Llevas ambos caballos á la posada del Lobo, y dándoles un pienso, me esperas hasta que despache mi comision, y todo prevenido para emprender la marcha sin demora.

—Está bien, contestó el jayan con voz enronquecida por el alcohol.

—Cuenta con beber, Gerónimo, ni una gota mas. ¿Entiendes?

—Entiendo y se hará así. Adios, mi amo, y fortuna, añadió el mal hombre, engañado por la fingida confianza de Wálter que suponía sus pasos todos encaminados al éxito de una aventura caballeresca de amores.

El abogado no contestó al saludo de Gerónimo, quien pasó al cobertizo donde habia dejado los caballos á salvo de la intemperie y sujetos á distintas argollas para evitar juegos y riñas; tomó al uno del diestro, montó en el otro, y salió al trote largo, iluminado el camino por relámpagos frecuentes, y aguijoneado el ardor de ginete y cabalgaduras por el azote de un furioso aguacero y la inminente vecindad de una desecha borrasca.

Bernardo y Basilio pidieron el quinto cuartillo de aguardiente. Ya no vacilaba el guarda-bosque, persuadido por su colega el hortelano de que no podía durar el

mal tiempo lo bastante para impedir la periódica irrupcion de la vulpeja, y su exterminio al entrar ó salir del lugar, escena de sus ordinarias atrocidades.

El sordo-mudo Javier, pues él era el jóven. sentado en el ángulo opuesto al que ocupaba Roche, dió fin á su cena frugal, y acomodando la frente sobre sus brazos cruzados encima de la mesa, pronto quedó rendido al sueño como si reposara en colchones de pluma.

Wálter batió las palmas, acudiendo á su señal el viejo camarero. Pagó el sombrío personaje, y como la tempestad se disponia á desencadenar su furia, pidió un aposento para descansar algunas horas, y mientras su criado volvía con nuevos caballos para seguir el interrumpido viaje. El abogado de Bruselas celebró haber topado con el hombre que necesitaba; porque el amigo Pedro era uno de esos entes que si como los dota la Providencia de curiosidad fuera de medida y verba sin término les otorgara luces, laboriosidad y medios de ampliar los estudios necesarios brillaran incomparablemente en la difícil tarea de la historia universal.

Pedro encontró muy amable al caballero, porque un charlatan necesita de un curioso, y es justo que se precie lo que cada cual ha menester para fijar su tipo en el cuadro admirable de la humanidad loca y babeliana. A los diez minutos escasos de breves preguntas y extensas réplicas sabia el indagador el número de huéspedes de la posada, su sexo, condiciones de figura y carácter, motivos de su espedicion y residencia, y hasta las conjeturas y observaciones de la servidumbre respecto á cada uno de los accidentales moradores en la IMPERIAL CORONA. Wálter invitó al viejo á que le guiara al número cuatro del pabellon, vacante por fortuna, y se introdujo en el cuerpo de hospedage del edificio por la puertecilla del despacho que el lector conoce.

Nosotros dejaremos que pase el matador aleve de Fabricius para no ir en tan mala compañía á conocer á Paulina Dezjarten, y con ese motivo presenciaremos la libacion final de los conjurados contra la raposa. Despues de sa-

tisfacer Bernardo la cuenta, y animarse recíprocamente á no hacer caso de los furioses del temporal, recogen sus escopetas, las resguardan lo mejor posible, acomodándolas bajo del brazo, y con el vuelo de sus capotes de montar, y salen cantando de la hostería un motete báquico-erótico, á la lívida luz de relámpagos que se cruzan, y al terrorífico zumbir del trueno que adelanta hacia la zona del caserío.

Pasemos al patio de la posada, es decir, á los corredores, porque el gracioso jardín de cuatro calles que conducen á un cenador, sito en su centro, ni es hora ni hay oportunidad de examinarle.

Después de un zaguan con altos poyos á uno y otro lado y anillas para atadero provisional de bestias en sus muros, viene una especie de corraleja con dos cobertizos para carruages, pilón y cuadra de enorme cabida.

En el trayecto de la corraleja al patio ha hecho labrar Barthelemí á mano izquierda del que se introduce en el cuerpo de habitaciones un gabinete muy cuco, donde invisibles, pero inofensivos, sorprenderemos la conversacion de los consortes luego que vuelvan á su puesto de guardia, desde donde inspeccionan cuanto acontece dentro y fuera de su establecimiento.

Dos piezas bien holgadas se hallan repartidas á los costados del cancel que da ingreso al patio, y en círculos de madera pintada de negro lucen los números uno y dos en tinta blanca.

A diestra mano del que entra siguen correlativos los números desde el siete hasta el doce en otros seis cuartos, inferiores en espacio y mueblage al uno y al dos; pero mucho menos en relacion con el lujo desplegado en las cuatro estancias, números uno, dos, tres, y cuatro, que componian el departamento preferente conocido por el pabellon; departamento que desdecia de la construccion nueva de un modo extraordinario y chocante mientras no se informaba el espectador de su historia. Y era que antes de trocarse en posada, fuera aquel terreno de una quinta por extremo agradable, y en medio cabal-

mente de la arboleda, cuadros de raras flores, y delicadas legumbres, el caprichoso gusto de un noble propietario levantó el templete en forma de torreón, practicando cuatro habitaciones en su área, independientes entre sí, á las cuales se subia por otras tantas escalinatas de jaspe con barandas de jaspe negro, haciendo un efecto encantador aquellas cuatro escaleras en los frentes de las caras del cuadrilátero, conduciendo á moradas de igual estructura, divididas por delgados tabiques, y participando de luz por dos ventanas laterales á cada puerta de las cuatro, designadas tambien por blancos guarismos en óvalos de fondo negro. El padre de Barthelémi se guardó muy bien de echar por tierra el pabellon, y aun dejóle independiente de las cercas de los corredores que hizo edificar para alojamientos, reservando aquel precioso templete para las personas de pró que honrasen la posada con su residencia.

Hagamos punto en la descripcion de la IMPERIAL CORONA; pues habiendo leido el arte poético de Boileau seria imperdonable que os entrara por el despacho, y de estancia en estancia os paseara importuno, hasta haceros salir por el postigo, situado en una cuadra pequeña, no distante del pabellon. Además que vosotros, lectores míos, careceis del reprobado interés de Wálter Roche en tomar exacta idea de la localidad, y yo no adolezco de la locuacidad inagotable del viejo criado, que le contó hasta los pasos que mediaban entre sí las habitaciones.

Barthelémi ha vuelto á su gabinete entre la corralera y el patio, y se entretiene en leer una carta con esa concentrada atenciou de quien no se reconoce muy pequito en materia de interpretar los signos caligráficos.

La entrada de Paulina coincide con un trueno espantoso.

—¡Jesús, María y José! exclamó santiguándose la gentil posadera. ¡Qué noche tan cruda!

Digamos de paso y en honor de la verdad que Barthelémi era un mortal afortunado, y por cuya cuenta se confesarian no pocos tocante al nono mandamiento del decálogo.

Paulina tomó asiento en el confidente todo lo mas cerca posible de su marido.

—¿Qué haces ahí? preguntó á su mitad con un gestillo de impaciencia superlativamente gachon.

—Mnger, repuso Barthelemí con aire preocupado, traduzco la carta del señor abate de L'epée que trajo esta tarde el mudillo. Sin duda que es una magnífica letra la del señor abate; pero de puro gallarda no se entiende.

—¡Torpe! exclamó Paulina dando un amable bofeton á su conjunta persona. ¿No sabes ya su contenido? ¿No hemos hospedado á su recomendada en el número tres del pabellon?

—Apropósito, dijo Barthelemí, ¿ha cenado esa pobre criatura?

—A fuerza de ruegos y cariñosas instancias consintió en tomar un sorbo de chocolate.

—Pues verá lindas visiones con semejante reparo en el estómago.

Un relámpago deslumbrador precedió á un trueno horrible que hizo retemblar el predio.

—¡Válgame Dios! balbuceó la posadera estrechándose despavorida contra su consorte.

—¡Caracoles! replicó el ahijado de Juana Luisa reponiéndose del susto. No le arriendo las ganancias á los infelices que vayan ó vengan por el camino real. Estos fuegos artificiales de por allá arriba....

—No te burles, interrumpió la linda hembra, tapan-do la boca á Barthelemí con su pequeña y redonda mano.

—¿Y qué dice la pariente del señor L'epée sobre su salida de Belle-ville?

—Hé sido muy parca en mis preguntas, respondió Paulina con acento misterioso; porque la jóven lloraba en silencio y con una cara de resignacion que te hubiera conmovido no menos que á mí.

—En buen hora; pero yo en tu lugar, querida. hubiera adelantado entre los consuelos alguna indicacioncilla que...

—¡Bah! ¿Me crees tonta, hombre? Así lo hice: pero...

—Sepámos ¿Qué le sacaste?

—Me dijo que era muy desgraciada: que la señora marquesa es digna de toda especie de respetos, y la señorita Blanca un ángel: que el señor marqués merece toda clase de consideraciones....

—¡Famosas novedades! dijo Barthelemí con bufona admiración. Eres un lince, muchacha.

—De lo que estoy segura, contestó Paulina, es de que Ruperta, la odiosa Ruperta, ha sido causa de perder la señora una camarera tan recomendable; porque tú conoces que no me suelo equivocar en esta materia, y la tal Hárison es una verdadera alhaja... ¡Ay Jesus!

Un relámpago terrible serpeó en reflejo deslumbrante, precursor de un trueno largo, asordador, capaz de infundir miedo en el ánimo menos susceptible á sobrecojerse por las gigantes evoluciones de la naturaleza.

—Pero esto parece el fin del mundo, expresó la atractiva posadera, apoyando la frente en el hombro de su cónyuge.

—Vamos, ya pasó, tontuela, respondió el huésped de la IMPERIAL CORONA disimulando mal su desagradable impresión. Ibamos diciendo que la Ruperta ha dado lugar á que despidiesen á esa chica.

—No lo sé, aunque me lo figuro; pero milagro será que no dance en el suceso el señor Janicot, el estantigua del mayordomo. Como quiera que estuvo casado con una doncella de la señora marquesa, madre del difunto marqués, que de Dios goce, se ha llegado á consentir en que todas las doncellas de BELLE-VILLE le pertenecen.

—El asunto es mas sério de lo que piensas, gatillamia.

—¿Has olido tú algo? ¡Vaya! ¿Tienes secretos para mí?

—No hay mas que consultar la misma carta del respetable señor de L'épée. A ver: léeme este párrafo; este. Paulina obedeció:

—«Que nadie, absolutamente nadie, vea ni pueda

«hablar á Enriqueta hasta que yo la vaya á recoger de «poder vuestro, mis buenos amigos, mañana, á las doce «del dia. Javier lleva el encargo de velar con vosotros «al mismo fin; porque repito que es del mayor interés «que se ignore el paradero de mi recomendada.»

—Ya ves, observó sagázmente Barthelemí, que por Ruperta ni por el mayordomo se esplican esas precauciones tan ponderadas y tan... En fin, gatita mia, yo barrunto por ciertas frases que se escaparon el otro dia á Lafleur, cuando vino de Paris de aquella comision del pleito.....

Otro relámpago hizo brillar el cuarto con la luz sombría de un incendio, y parecieron crugir los ejes del mundo á la detonacion tremenda que estremeció el edificio en sus últimos cimientos. Aquel trueno no podia proceder mas que de la espulsion del rayo. Paulina se dejó caer en el confidente. Barthelemí se puso de pié como al impulso de un resorte poderoso.

Un aguacero formidable empezó á caer en el propio momento.

La gente vulgar se tranquiliza con este fenómeno; porque el peligro lo adscribe á lo que llama LA TORMENTA SECA; estimando que el agua neutraliza al fuego en la tormenta lluviosa.

—Chiquita, ya lo oyes; diluvia, dijo el posadero consolando á su compañera. ¡Vamos! incorpórate.

—No; que se va á repetir.

→ ¡Qué disparate, muger! No nos quiere Dios tan mal para eso. ¡Arriba!

— ¡Qué trueno, Barthelemí! Sin duda ha caido una centella, y si algun pobrecito caminante....

—El Señor es misericordioso, repuso el posadero con sentenciosa gravedad. Por otra parte ¿quién ha de haber por el camino con el aparato de prima noche? Seria una locura de á folio.

—Otro relámpago, clamó Paulina tapándose la cara con angustia.

—El trueno es mas débil y se aleja, reparó Barthe-

lemí con animacion gozosa, y sentándose al lado de su costilla. Deciamos que el señor Lafleur á su retorno de París dejó escapar algunas palabrillas sueltas; pero no tanto que yo dejara de colegir por su conversacion... ¡Caramba! ¡cómo lluevè!

—Por su conversacion, repitió la curiosa Paulina.

—Que el señorito Carlos andaba hecho un bobo detrás de esa mozuela.

—Eres un cernícalo, Barthelemi, replicó la posadera con desdenosa incredulidad.

—Señora, exclamó resentido hasta la magestad de un sémi-dios el Adan de aquella Eva insolente.

—El señorito Carlos no es capaz de andarse en chicleos con las jóvenes que sirven en BELLE-VILLE. Si lo hubiera hecho, ya ves que yo debería tener noticia del caso.

—¡Excelente razon! alegó el posadero mofándose de la lógica de Paulina. Yo no he sido capaz de casarme con la friolera de cincuenta novias hasta que caí contigo, gatilla mia.

—Lo que yo apuesto es que....

Dos aldabonazos disformes en la puerta principal de la posada pusieron término al diálogo, y como tardasen en acudir los criados de la IMPERIAL CORONA, otros dos golpes furiosos obligaron al dueño á la vez que á los sirvientes á dirigirse hacia el vestíbulo.

Descorrido el enorme cerrojo, Lafleur se introdujo en el zaguan, empapado en agua y con viva agitacion.

—¿Qué sucede, amigo mio? preguntó Barthelemi sobremañera alarmado.

—Mucho y nada, contestó el servidor de Belle-ville respirando fatigosamente. Figuraos que la señora marquesa se empeñó en emprender el viaje á París para lo del pleito que sabeis, á pesar de la noche que se preparaba, y no obstante las reflexiones del señor, que proponia que fuésemos los dos solos, y mañana tempranito la señora en su carruage. Pero todo fué inútil, y nos pusimos en marcha.

—¡Qué diablura! dijo santiguándose el posadero.

—Hemos pasado lo que no es decible en ese camino, continuó Laffleur. A cada trueno los caballos se encabritaban como poseídos del demonio, y el coche ha estado para volcar y derrumbarse dos ó tres veces.

—Bautista es un cochero muy hábil, reparó Barthelemi.

—No hay habilidad que valga en determinadas situaciones, contrarió el lacayo. Cuando estalló ese trueno que pareció quebrar la bóveda celeste, los caballos de lanza se desmandaron con tal ímpetu que la han roto en dos pedazos, hundiendo una rueda en una charca de la cuneta del arrecife.

—¿Y nos venís á demandar auxilio?

—Cabalmente, Barthelemi. Ayuda para traer el coche y hospedage para los amos, Bautista y yo.

—Al momento, gritó el ahijado de Juana Luisa, encarándose con sus criados á guisa de general en jefe. Pedro, pon en pié de guerra á todos los muchachos, y vamos á la faena... Señor Laffleur ¿se ha lastimado mi madrina?

—No; gracias á su ángel custodio sin duda.

—Muchacho, corre á mi cuarto por los dos paraguas que están detrás del baul grande, cerca del armario! ¡Pronto! Aguardadme cuatro segundos, señor Laffleur; no tardo mas.

Paulina se habia enterado del percance, y estaba ya de pié con las llaves del guarda-ropa en la mano.

—Muger, ya has oido la ocurrencia. Será preciso que á la recomendada del abate de L'épée la pasemos al número uno del pabellon. El cuatro está ocupado por un caballero. Dejarémos el dos y el tres para el señorito Carlos y la señora marquesa, instalando próximos al hijo y la madre. ¿No te parece?

—La señorita Hárrison no estará aun acostada, repuso Paulina. Anda á traer á esos señores, y yo me encargo de disponerlo todo en un santiamen.

CAPÍTULO XXVI.

HIJO Y MADRE.



IFICULTOSAMENTE pudieron los criados de Belle-ville, con auxilio de los dependientes de Barthelemi, sacar del lodo la embarrancada rueda de la antigua berlina de viaje, y arrastrar el coche hasta la *Imperial corona* desde una distancia mayor de quinientos pasos; punto en que los desesperados esfuerzos de los caballos de lanza inutilizaron la locomocion, asombrados por el horrisono fragor de la tormenta.

Wálter no pudiendo permanecer tranquilo en el cuarto que ocupaba, creyendo ahogarse en aquella atmósfera cálida y bochornosa y madurando el proyecto infame que le habia traído á la posada, poco despues de buscar en ella refugio la desventurada huérfana de *Chateau-fleurí* acompañada por el sordo-mudo Javier, y provista de una esquela del abate para los hosteleros, salió del número cuatro, seguro de que nadie observaria

sus operaciones, cerró la puerta echando la aldabilla exterior, deslizóse como un fantasma, entre los fulgores del relámpago, el bramido del trueno y la copiosa lluvia, hácia la cuadra pequeña, cuyo postigo daba salida al campo; consiguiendo descorrer el cerrojo sin que se percibiera el ruido entre las voces de la naturaleza en violenta convulsion, convenciéndose de que no estaba cerrada con llave, y dejando preparada la evasion para despues de perpetrado el crimen que ocupaba su pensamiento.

Roche no volvió tan pronto á su cuarto; pues cuando regresaba de disponer los medios de próxima fuga advirtió un movimiento extraordinario en el patio de la posada que estuvo á pique de moverle á huir de la *Imperial corona*; juzgándose descubierto en su persona ó en sus designios. Abrigado por la oscuridad de la cuadra, sin luz á fuer de vacía, vió á la claridad de dos teas, que llevaban Pedro y Lafleur, á la marquesa viuda de Belle-ville, del brazo de su hijo, rodeada con afan obsequioso por Barthelemí, Paulina y los sirvientes del meson; determinando en consecuencia permanecer en su escondite, evitando un peligroso encuentro, y con razon persuadido de que no echarian de menos su ausencia, ocupados en alojar y servir á los reciénvenidos. El odioso personaje tomó asiento en un banquillo de piés desiguales y lleno de polvo y telas de araña, y el codo sobre el muslo y la mano en la mejilla, hundió su mente en el abismo de maldad en que le habian sumido la codicia y la soberbia.

En cuanto á la recomendada de L'épée la encontró Paulina escribiendo, y embebida en esta ocupacion hasta el punto de haberse abstraído de la tempestad y no enterarse de la súbita ocurrencia que escitó en la posada una conmocion repentina.

La posadera notó con gusto que la interesante jóven no habia tocado al lecho, ni movido su maleta de sobre la silla en que la dejara el sordo-mudo y formuló entonces con desembarazo su pretension acerca de pasar Cris-

tina al número primero, cuarto nupcial, á fin de dar hospedage en los inmediatos dos y tres á Juana Luisa y á su hijo; resignándose los dueños de la *Imperial corona* á quedarse en el gabinete del pasadizo, y conformándose con el falso y ridículo proverbio: «*Mala noche pronto se pasa.*»

Imponderable fué la zozobra de la señorita Armánd al saber que iban á instalarse tan próximos á su habitación la señora, de quien habia experimentado tan duro tratamiento en la mañana de aquel amargo y tormentoso dia, y el hombre que amaba tanto, de quien su deber le mandaba huir, y á quien precisamente en aquellos instantes escribia un adios arrancado de lo mas íntimo de su alma; protestando su inocencia en los horrores, revelados por Roche á la ilustre viuda, y concluyendo por suplicarle que no invocara su memoria en Belle-ville; que la guardara, como ella la suya, en el fondo de su corazón, y cumpliera sus compromisos y las voluntades de su familia, sin dedicar á un amor imposible otra cosa que el melancólico recuerdo de un bien soñado, mas irrealizable.

En su agitacion convulsiva la huérfana no acertaba á dar un paso concertado; y ya salia de la habitacion cargada con su reducida maleta y su abrigo de tartan escocés, cuando la diestra Paulina la hizo regresar para que recogiese la carta principiada y que la posadera repugnó delicadamente asir, ni aun mirarla á posibilidad de lectura.

—Gracias Paulina, exclamó la jóven trémula y fuera de sí. No sé lo que pienso ni lo que hago.

—Vamos, hija mia, contestó la costilla de Barthelemi con esa especie de autoridad materna que usan las mugeres en estado con las de su misma edad aun no establecidas. Yo me encargo del recado de escribir y de la palmatoria; pero no os fatiguis. A descansar: que os espera el viage de mañana.

—Paulina, suplicó la huérfana exaltadamente, que no sepan ellos que estoy aquí. ¡Oh! que no sepa él...

—Niña, repuso la hostelera con cierta reconvencion afectuosa, tenemos el encargo de ocultaros á todo el mundo.

Cristina bajó maquinalmente la escalinata, seguida de su antecesora en BELLE-VILLE, y guiada por ella refugióse en el número uno, adonde inquirida afablemente respecto á sus deseos, y respondiéndole que nada habia menester, quedó sola. Cerró entonces la puerta con angustioso terror, y yendo á sentarse en una silla, próxima al lecho de los esposos Barthelemi, apoyó su cabeza en la almohada, concediendo á los dolores de su abrumado espíritu ese alivio que proporciona el llanto: esa tormenta lluviosa, menos terrible que la *tormenta seca* que llama el vulgo.

En aquella postracion de la huérfana estaba la muger; tímida en las naturales condiciones de su sexo. En aquellos gemidos medio sofocados palpitaba la víctima bajo el amago sangriento de su inhumano sacrificador. En aquella actitud de fatigado abandono traslucíase la agonía de un amor casto, intenso, ideal; marchito al soplo del austro de la desgracia sobre el yermo de la vida artificial que crean las conveniencias sociales. En aquellas lágrimas, surcando en hilos las mejillas de una muger piadosa, podia descifrarse la plegaria que nada exige de la piedad suprema confiando en la sabiduría infinita. Aquel era el dolor humano en su ingénua forma, unido al vuelo del alma creyente hácia el árbitro del tiempo, que desenvuelve el mal con el bien, hácia el seno de la eternidad, que guarda penas sin término y compensaciones sin medida. Al lado de este modelo Niobe es una piedra tosca y el estoico un charlatan impenitente; porque la ley de las armonías es la verdad del Universo, y la fuente de la belleza es la verdad. Y á cincuenta pasos de la doncella desolada acecha en las tinieblas de su escondite inmundo un hombre, nacido para prestar su fuerza al sexo débil; un hombre, dotado de claras luces, de resolucion enérgica, de infatigable perseverancia; un hombre que no puede quejarse de su nacimiento, de su

condicion, de su fortuna, ni de la sociedad. Y ese hombre no llora; porque no se le permite la bienaventuranza de los que lloran, que es la legítima esperanza del consuelo. Y ese hombre no tiene valor; porque si busca la oscuridad es porque la luz no se ha hecho para servir de antorcha al crimen, y si acaricia la empuñadura de una daga, fina y penetrante como el aguijón de la abispa, disponiéndose á dar muerte á una niña desamparada, lo hace porque tiembla de que esa niña desvalida abra sus labios y comprometa sus dias execrables. Y ese hombre se estremece en su asiento, luchando y reluchando por ahogar este último murmullo de su conciencia; y el insensato aspira como un triunfo á extinguir el remordimiento que es el eco sombrío de la voz del ángel custodio cuando avisa al alma que va á perderse sin remedio en los senderos de la perdicion eterna.

Juana Luisa Constanza escogió el número dos del pabellon pintoresco de la IMPERIAL CORONA para pasar aquella noche de tempestad en la atmósfera y en su ánimo, vibrando todavía al recuerdo de las emociones de aquella mañana.

Cárlos pintada la desesperacion en el semblante y revelando una impaciencia febril en sus movimientos rápidos y contradictorios, acompañó á la marquesa viuda á su estancia.

Desde BELLE-VILLE hasta el sitio en que tuvo lugar el fracaso de la berlina la madre no articuló una frase, ni el hijo intentó aventurar una palabra. No habia mediado esplicacion de lo sucedido en el hotel mientras el gentil-hombre y guardia de corps de Luis XVI asistia en palacio á su turno en el servicio real; pero Lafleur contó los pormenores que sabia á su amo, y el marqués rehusó bajar á sentarse á la mesa en compañía de Juana Luisa y de Blanca, á pretesto de arreglar papeles para la conferencia con el baron de Cavannes y los respectivos abogados.

La viuda interpretó en la negativa de Carlos el verdadero móvil de su proceder. La señorita de Bayard sintió una impresión horridamente fría en el corazón como el contacto de la mano de un muerto, y un dogal pareció apretarse en su garganta al impulso de una diestra invisible pero cruel.

Juana Luisa indicó una silla contigua á la mesa á su hijo, absorto en meditaciones siniestras, y que ni atendió por consiguiente al signo imperativo y solemne de su madre.

—Sentaos, caballero, dijo la viuda del marqués Felipe Augusto de Belle-ville con terminante resolución. Será corto nuestro diálogo, pero inevitable la franqueza mútua,

Carlos obedeció, tomando asiento pausadamente, y cruzando los brazos en resignado ademán.

La marquesa cerró la puerta para prevenir toda clase de interrupciones, y fué á colocarse ante el mancebo en otra silla, y al lado opuesto de la mesa, apoyada en el tabique que separaba el cuarto del número habitado por la huérfana de CHATEAU-FLEURÍ.

Cristina se estremeció al eco de la severa voz de su señora, é incorporándose prestó el oído á la conversacion que iba á comenzar entre personas de tanta valía para ella como la dama que le dió noble hospitalidad, espulsándola al fin de su albergue, y el hombre que reinaba en su albedrío.

—Marqués, dijo la matrona patricia con aire de reconvencion amarga, Dios me há castigado en vos y por vos.

—Señora, replicó el mancebo pálido como un difunto. ¡Qué decís!

—Lo repito. El cariño humano tiene sus límites y la complacencia de los padres en las dotes de sus hijos llega muchas veces al engrandecimiento de la soberbia. Entonces la justicia divina confunde la altivez temeraria de la criatura y allí donde se preciaba la belleza aparece la deformidad; en lo que relucía la vida con sus

facetas prismáticas viene á ostentar la muerte la muda elocuencia de su medroso imperio; en aquel tipo de elevacion y dignidad brotan las cancerosas manchas de la miseria y el envilecimiento.

—Madre mía, exclamó Cárlos irguiéndose con respetuosa firmeza, no teneis derecho para tratarme así; porque si yo comprendiese que mi degradacion era efectiva y que torturaba con tal espectáculo vuestro corazón....

—Caballero, se apresuró á decir la marquesa viuda arrepentida de la viveza de sus palabras; yo os digo que....

—Perdonad, interrumpió el caballero con resolucion fria; yo sacrificué á vuestra primera indicacion mi anhelo por ingresar en la Real armada; y yo que soñaba en los lauros de Guichen, Suffren, y Motte-Piquet, yo que habia nacido con ese entusiasmo que por entre despreciados riesgos y contrariedades vencidas lleva un nombre al templo de la fama, á vuestra insinuacion, señora, me he resignado á ser cortesano y guardia de la Real persona, y he tenido vergüenza de presenciar la colocacion de mi retrato en la galería de los Belle-villes.

—Acabemos, repuso Juana Luisa alarmada. ¿A dónde vais á parar?

—Pues bien, aseguró Cárlos extendiendo la diestra con noble calma, en cuanto pudiese argüirme la conciencia de haber mancillado el nombre que llevo, y de haberos reducido á bajar la frente al peso de mi oprobio, todavía la guerra arde en el nuevo-mundo, y hay medio de morir sin la infamia del suicida.

—¡Me amenazais! contestó la dama, procurando en balde dominar el terror de su cariño maternal.

—Dios me libre, respondió el marqués con tono respetuoso. Trato de convenceros de que exagerais mis faltas, pues que todavía puedo permanecer en vuestra presencia, sufrir vuestra reprehension sin mas pesar que el anexo á las debilidades, y sin que me diga una voz secreta: «es preciso espiar la mancilla de que has cu-

bierto tu nombre, y el vilipendio que has hecho gravitar sobre la que te dió el sér.»

Juana Luisa guardó silencio un rato despues de la réplica contundente de su hijo.

Cárlos bajó modestamente los ojos para no realzar su victoria ni aun con la sospecha de un alarde.

—Veo, dijo la marquesa viuda con magestuosa autoridad, que vuestro preceptor de retórica no ha malgastado el tiempo. Pero, señor mio, sin que yo niegue que no habeis llegado hasta la deshonra ¿podeis sustentar que hayais sostenido debidamente las condiciones de vuestro rango, ni que hoy corresponda vuestra conducta á las exigencias del nacimiento y á las elevadas tradiciones de familia?

El marqués apoyó la barba en el pecho; no como criminal convicto, sino esquivando abrir curso á una esplicacion que acreciera los acerbos sinsabores de su alma dolorida.

—¿No sabeis, Cárlos, (continuó la ilustre señora intencionada y melancólicamente) que mientras los derechos rayan mas altos suben de punto los deberes? Las testas coronadas y los principes abdicán la libertad de eleccion en aras de los intereses del Estado. Los próceres inmolan á la primogenitura, al lustre de sus prosapias, y á las miras de los soberanos sus sentimientos é inclinaciones. Las franquicias de la gente comun nacen de su condicion sin garantías ni sancion histórica. Los fueros de la aristocracia tienen por base una série de heróicos sacrificios eslabonados á claros recuerdos. Este es el orden de las cosas.

—Es verdad, respondió el marqués con una aprobacion que envolvia recóndita pero fuerte protesta contra semejante extravio del espíritu humano, erigido en ley de las sociedades modernas despues del Evangelio.

—¿Qué génio infernal se apoderó de vuestro ánimo el dia en que fijasteis la mirada en Cristina?

El jóven vibró al sonido de aquel nombre como al contacto de las varillas de acero del físico Mesmer.

—¡Oh madre mia! balbuceó suplicante y adelantando el cuerpo hacia la altiva dama, que impertérrita continuó sus abrumadoras interrogaciones.

—¿Seducirla, y empezar tan inicua obra en vuestro hogar, que era el mio y el asilo de mi sobrina? Habéis dicho que no, y lo creo. Alimentar un afecto delirante, sin espacio, sin objeto y sin nombre? Esto era indigno de vos, sea cual fuere el aspecto en que se os considere. La juventud y la inesperienza no disculpan ni esplican desbarros que la gerarquía y la educacion han prevenido.

—Por favor, señora, impetró Cárlos, dejad ese tema que nos martiriza á los dos sin fruto.

—Has de oirme, hijo desalumbrado (añadió la egregia viuda.) ¿Entró alguna vez en tu cálculo la idea de ofrecer tu mano á esa muchacha, prófuga de su pais, protegida por un anciano, tan incauto como generoso, reducida á la servidumbre, y aun exhausta de esos datos personales que muestran en sus papeles é informes los criados mismos?

—Señora, ¿no podré alcanzar de vuestra benevolencia la gracia de abandonar ese punto?

—No, caballero: (insistió exasperada Juana Luisa) ya que habeis tenido el atrevimiento de turbar el orden moral y decoroso de vuestros lares, sufrid la pena y responded á mi pregunta.

—Yo ignoraba aun que estuviera irrevocablemente decidido mi enlace con la señorita Blanca de Bayard, alegó téticamente el gentil-hombre de S. M. Cristianísima.

—Y aun cuando fuera de ese modo, rearguyó la viuda de Felipe Augusto de Belle-ville conteniéndose á duras penas. ¿Habiais contado remotamente con mi consentimiento para ese matrimonio? ¿Habiais creido que en mi amor de madre cabian la bajeza y la insensatez?

—Esa muger rechazó mi propuesta, dijo Cárlos con la franqueza absoluta de la desesperacion, y entonces....

—¡Ardid maestro! exclamó la nieta de Bayard con punzante sarcasmo. Sin duda que la muerte os podria

emancipar de mi yugo, libertando de su óbice á vuestra pasion desordenada y fatal; pero ¡tan mal conoceis á la que os tuvo en sus entrañas, Carlos! ¡Tan poco habeis estudiado á la que os enseñó el catecismo religioso y el símbolo de los deberes de un noble, cuando apenas podian repetir la leccion vuestros labios infantiles!

El guardia tembló al notar la gradacion del tono de su madre, fieramente escitada á causa de sus confesiones.

—El cuerpo muere, mas no fenece el alma, ciego, (prosiguió la esclarecida señora con entonacion sublime y terrorífica). Hubiérais profanado mi memoria con esa union abominable, y sobre mis cenizas levantado el lecho nupcial, haciendo sustituir á la nieta de Bayardo por una plebeya infamada. Pero no sería la vez primera que permitiese Dios á las sombras venir á turbar el sueño, y aun la vista de los sacrílegos, y en el silencio de la noche hubiera vuelto de la tumba para decir á vuestro oido con una voz sorda é implacable:—*Carlos de Belleville, ¿qué has hecho del honor de tus ascendientes?*

Carlos se levantó como si el espectro hubiera pronunciado junto á él tan fatídica palabra.

Cristina, que al través del tabique seguia el sesgo de aquella turbulenta conversacion, transida de frio y palpitando de emocion á cada frase de la viuda y del objeto de su amoroso culto, al escuchar el giro postrero del diálogo cayó de rodillas, alzó sus manos al cielo y juró respetar la voluntad suprema de aquella madre inexorable, á costa de su felicidad y con el sacrificio de sus propios dias.

—¿No os avergüenza haber sido víctima de arterias mañosas para desviaros de la senda de vuestros deberes?

—¡Basta, madre mia! expresó el marqués con una seguridad que impuso á Juana Luisa Constanza. Sabed que yo he conocido á esa pobre criatura en el locutorio de las Ursulinas de Paris, donde se educaba con Elia de Saint Medard, siendo su amiga y compañera de cuarto, y de entonces data mi amor.

—¿Y sabíais que Enriqueta Hárrison no era su nombre verdadero?

—Lo sabia, respondió el guardia con prontitud; pero yo respeté un secreto que vos respetabais en consideracion al digno y benéfico abate. Vos habíais recibido en Belle-ville á Enriqueta bajo la fé de un hombre extraño á la mentira y al dolo. Yo conocia á Cristina lo bastante para no sospechar de su virtud ni de su pureza virginal.

—¿Y ese delito horrible, y esa acusacion capital y esa fuga?...

—Cristina es inocente, señora, aseveró Cárlos con la diestra sobre el corazon y echada atras su arrogante cabeza. Yo no conozco ni el mas mínimo detalle del hecho que se'le imputa, no he visto al hombre que ha entrado en Belle-ville para denunciarla á vuestra indignacion; pero Dios volverá por su causa.

—En fin, concluyó Juana Luisa arrancándose resueltamente á los síntomas de la perplegidad, exijo de vos, en nombre de vuestro prestigio y de mi futuro sosiego que procureis reprimir un dolor que corrobora las observaciones poco favorables de los que nos circuyen. Exijo que no comprometais un paso en busca del señor de la Roche, del abate de L'épée, ni mucho menos con relacion á Cristina Armand. Exijo que os dispongais á cumplir la voluntad de vuestro padre, secundando los votos de nuestros deudos.

—Haré mi deber, señora, respondió Cárlos con solemnidad. El tiempo ha calmado segun parece, y en compañía de Bautista continúo á caballo la ruta á Paris, dejando cerca de vos á Laffeur. Mañana al amanecer vendrá á buscaros un coche de camino y terminaremos el convenio pendiente con el baron de Cavannes. Espero vuestras órdenes antes de partir.

CAPÍTULO XXVII.

EL ASESINO.



ENVUELTO en la densa oscuridad de la cuadra pequeña, sentado en un banquillo cojo y sucio, atenta la vista á explorar lo que sucede en el patio de la posada, alerta el oído coincidiendo con sus recelosas precauciones, dejamos al impío Wálter en el momento de pasar hácia el pabellon Juana Luisa Constanza del brazo de su hijo, entre Barthelemí y su consorte esmerándose en el honor y obsequio de su madrina y protectora. La sonrisa que plegó los secos y descoloridos labios de Roche al apercibir á la marquesa viuda era mucho mas siniestra que el relámpago que en el mismo instante iluminó rápidamente la lobreguez de aquel infecto recinto; porque el abogado se gozaba en considerar la espectacion, alarmante que su carta habia producido en el impresionable espíritu de aquella señora; recordando con malvada fruicion la escena en que sin la intervencion providencial del abate de L'épée sucumbe la virtud ante la impudencia del

crimen y las prevenciones hábilmente sembradas en ánimos crédulos.

Al detenerse en Carlos de Belle-ville la mirada del asesino de Fabricius centelleó con ese destructor arranque de la primera llamarada de un incendio. Los celos, la envidia, y la desesperacion se desarrollaron poderosos en su alma, como alzábanse horribles la sierpes en la cabeza espantosa de Medusa. Celos del hombre que habia conseguido las primicias de un corazon vírgen y rico en ternura inefable; porque Lutgen no era el tipo destinado á franquear con la palabra del enigma los tesoros de aquel misterioso centro. Envidia sórdida, letal, pena disfrazada en vicio, llevada al colmo de su rabiosa crudeza por el parangon humillante del envidioso con un jóven distinguido; immaculado en la vida social; justificacion completa de su rango y honores; gage de un futuro, risueño y glorioso tal vez; con derecho á sufrir los embates de la suerte sin bajar avergonzado su cabeza. Desesperacion de precito, que no encuentra porvenir para rescatar su pasado; desesperacion del criminal, que ya no es árbitro de detenerse en su carrera infanda, porque un paso atrás es la inconsecuencia que le ofrece inactivo á las resultas de sus escesos; porque un paso adelante es el azar tormentoso en que puede conciliarse la impunidad ante el foro humano, ó bajar de un golpe á la sima de la espiacion.

Pasaron los nuevos huéspedes de la IMPERIAL CORONA; y el extenso patio volvió á quedar en tinieblas, desvanecidas de tiempo en tiempo por la cárdena luz del relámpago: despedida lúgubre de la tempestad, traida desencadenada y dispersa por los ímpetus del viento soplando en mudables y violentas ráfagas.

Wálter se creia seguro en el refugio que habia podido procurarse. Cerciorado de la fácil huida por el postigo de la cuadra en todo evento, prometíase consumir el crimen que le trajo incógnito á los hogares de Barthelemí; evadiéndose entre las sombras despues de sacrificada la víctima; evitando con la fuga los trances

de la persecucion en caso de frustrarse el atentado, objeto de sus cálculos y término de su afán.

No cabe en nuestra conciencia favorecer al crimen con el esmalte poético que hace un héroe de un miserable, y difunde el prestigio de la fantasía en torno de unos tipos, acreedores al desvío de los buenos. Llámese *Juan Tenorio* al vicio impudente y procaz, á la seducción, la violencia, el homicidio, la perfidia, la burla del respeto divino, y la irrisión de los respetos humanos. Encárnese en *Mefistófeles* la negacion impía tras la duda temeraria, el talento en la maldad y la perenne intencion en daño de la inocencia, realizados por tintas mágicas que susciten á la par el pasmo y el interés. El corazon y la inteligencia concluyen por relegar esos personajes á los dominios de la fábula pagana, que fingió sátiros en los bosques, ninfas en los abismos del mar, y génios en cada cavidad de la tierra; porque el corazon siente y la inteligencia reconoce que no cabe alianza entre las formas del bien y del mal; que la aureola de la vírgen no se conserva en torno de la cabeza de una muger profanada; que la dignidad no resplandece en el varon que mancilló su honra; que el engaño en estos puntos es miopia del observador y no habilidad del observado; que para convertirse en Satanás el ángel Lucifer hubo de perder la resplandeciente hermosura que produjo su soberbia y dió margen á su rebeldía.

No será Wálter Roche uno mas en la nómina de mónstruos interesantes de la escuela romántica; porque Wálter Roche no es una deificacion arrogante de la personalidad humana, desenvolviéndose en la órbita de una accion, que no preside la Providencia, ni regulariza el temor á una eternidad que es el único horizonte en que cabe la justicia suprema. Wálter Roche, con todas sus dotes, cualidades y circunstancias, es una demostracion moral, y por tanto lógica en principio y resultas, de la gradacion rígida del crimen que nivela inflexible á sus adeptos mas distantes entre si; y Wálter Roche, tan elevado por nacimiento, facultades, educacion y categoria

sobre la pluralidad de los delincuentes, tiembla, trabaja por dominar su zozobra, y muéstrase tan artero y ruin como el último de la canalla criminal.

Bautista apareció al extremo del patio, visible desde la cuadra, iluminando su marcha á favor de un farolillo de hoja de lata mugriento, con empañados cristales, y trayendo del freno al caballo guía de los tres que tiraban de la berlina descompuesta en el arrecife. El palafrenero venia renegando de los animales que habian producido el fracaso por no atreverse á execrar el empeño de su señora en ponerse en camino á tal hora y con tiempo semejante. Pedro, el decano de la servidumbre en la *Imperial Corona*, conducia del diestro á los causantes de la tragedia del coche, tan enérgicamente increpados por el cochero de Belle-ville.

Roche se levantó con sobresalto; hizose atrás, palpitando de emocion angustiada, y un cúmulo de varios pensamientos agolpóse atormentador á su mente; ofreciendo sus incertidumbres acrecidas por lo inminente de la resolucion.

Salir de su asilo era provocar un reconocimiento; suscitar una duda; sembrar una sospecha; atraerse testimonios de sus preparativos, si la catástrofe preparada no surtía los apetecidos efectos.

Ocultarse en aquel camaranchon no era posible, y aunque lo fuese repugna al criminal, cuando hay otro medio cualquiera, jugar un lance fiado á solo la suerte; porque no funda su esperanza como el bueno en el auxilio de Dios y pues reniega de la luz y le asombra la misma oscuridad que le envuelve, tiembla de que esa luz le sorprenda en las sombras que le prestan su abrigo.

Desaparecer por la portezuela de la cuadra que daba salida al campo equivaldría á renunciar al esterminio de Cristina; por que nada mas asequible que reparar los criados en que el cerrojo estaba descorrido, sugetarle fuertemente á sus armellas y dejar al hombre funesto en descampado, y sin la capa de abrigo, doblada sobre una silla del número cuatro del pabellon. ¿Cómo habia

de llamar por la puerta grande luego? ¿Cómo se explicaba su recatada salida? ¿Era prudente introducirse otra vez en la posada, corriendo el peligro que le reconociesen Juana Luisa Constanza ó la huérfana?

No habia tiempo que perder. Bautista y Pablo se acercaban, y el radio de luz del farolillo iba á marcarse en el dintel del lóbrego albergue de Roche.

El abogado tomó su partido. Abrió el postigo con la fuerza de la desesperacion. Adhirióse al carcomido tablero, asiendo la mohosa argolla situada sobre la cerradura, y le encajó fuertemente en el desvencijado marco; aplicando ávidamente el ojo derecho al hueco de la llave, y el oido á lo que hablaran los sirvientes; implorando de su patrono el diablo la ayuda de que habria menester en su desastrosa idea.

Bautista depositó su linterna sobre el banquillo, ocupado un segundo antes por Roche y caliente aun de la impresion de su cuerpo. Ató al caballo delantero á la anilla del pesebre, y dejó paso á las otras cabalgaduras que Pedro guiaba detrás, interpelándolas rencoroso con frases de mala estructura para reproducirse aquí. En los lomos del último caballo, y en dos saquitos venia medido el pienso, que repartió el áuriga de Belle-ville votando contra su suerte con exasperacion estremadamente cómica.

—Válgame Dios, hombre! exclamó el decano de la servidumbre en la *Imperial Corona*. Eres un verdadero Barrabás, y lo mas ridículo del caso consiste en rabiarse por cosas que no tienen remedio.

—Haced el favor de ahorrar observaciones, replicó Bautista furioso. No sé si esto lo hace la tempestad ó el accidente maldito del arrecife; pero estoy por estrellarme los sesos contra los hierros de esa puerta.

Wálter sintió correr un escalofrío por todo su cuerpo. Al fijarse en el postigo los interlocutores podian notar que no estaba afianzado por el cerrojo; pero no sucedió así por fortuna del odioso personaje.

—Acabemos, contestó Pedro; avia á esos animales y vámonos á recoger.

—Podeis marcharos, repuso el palafrenero brusca-mente. Yo pasaré aquí la noche.

—¡Maldicion! rugió Wálter incorporándose, echando atrás la cabeza, dirigiendo al cielo tempestuoso una mirada flamígera, rechinando los dientes, y levantando el puño cerrado en la amenaza insensata de la humana impotencia al sumo poder. ¡Que el diablo ahogue entre sus garras á ese pelafustan!

El eco de la voz cascada de Pedro hizo escuchar nuevamente al abogado.

—Aquí no hay términos hábiles de quedarse uno, dijo el buen viejo con dulce reconvencion. No seas tonto: despacha y á dormir; que Dios sabe á la hora que mañana te pondrán de pié. Déjate correr, muchacho, y tén por seguro que no hay cosa mas socorrida que un dia detrás de otro.

—¡Vaya! respondió Bautista templado por las chanzonetas afables del anciano. A vuestra edad es fácil tomar las cosas de esa manera.

—No lo dudo, añadió Pedro; pero es el caso que con genios como el tuyo, gruñon, no se llega á mi edad á dos tirones.

—¿No se puede, cerrar esa puerta? interrogó Bautista señalando á la que daba ingreso del patio á la cuadra.

—No se puede aseguró el dependiente de Barthelemi; porque se hincha de tal modo que es preciso una máquina para asegurarla y ponerla en franquía; y ademas que...

Wálter enderezó su encorvado cuerpo al sentir pisadas de caballo en el sendero que se extendia á corto trecho frente al postigo de la posada: paso de servidumbre entre dos lindantes heredades. Rehurtóse lo mejor que pudo contra el desconchado y grisáceo paredon, y al pasitrote de un ético jamelgo cruzó magestuoso, casi olímpico, registrando todas las veredas, el guarda comunal, con su bandolera de cuero y chapa de metal ostentando la corona sobre las tres lises de Borbon; su tricórnio luciendo blanca escarapela; crujiendo en los rebotes su larga espada, y colgando de la silla la escopeta.

—¡Majadero! murmuró Wálter, siguiéndole sardónico hasta que le perdió de vista.

Cuando el siniestro observador tornó á ponerse en escucha un tercer personaje se habia introducido en la cuadra, y daba sus órdenes con énfasis á Bautista.

—No hay que malgastar el tiempo, decia frotando las manos en signo de impaciencia. El señor marqués determina partir sin demora á la capital, y que vos le acompañeis. Maese Barthelomé nos presta dos sillas, y urge sacar esos dos caballos, destinados al propósito, en cuanto concluyan de consumir su racion. ¿Estamos?

—Es decir, repuso Bautista con mal humor, que voy á correr la posta con el señor marqués hasta Paris mientras que vos probablemente quedareis en paz y sosiego al mandado de la señora, y metido entre sábanas como un príncipe, en tanto que se os habilita y remite una holgada silla de posta. ¿No es eso, amigo Lafleur?

—Camarada repitió el grave lacayo con solemnidad, sois el mas nécio de los servidores de Belle-ville.

—¿Y por qué? preguntó el palafrenero buscando un desahogo á su condicion irascible.

—Porque aun no habeis aprendido á conocer que lamentarse cada cual de su destino es un procedimiento que no alivia un ápice al quejoso, y fastidia soberanamente á cuantos le rodean.

—Yo no os pido lecciones, señor Lafleur, dijo el cochero con ademan insolente.

—Ni yo me tomo el trabajo de darlas á quien las merece tan poco, contestó el lacayo encogiéndose de hombros con menospreciativo desden. No teneis vos la culpa, agregé midiéndole de alto á bajo con hosquedad altiva.

—Tentaciones me dan de... ¡Voto á sanes!

—Idos muy enhoramala, respondió tranquilamente Lafleur volviendo gurupa y abandonando el campo al irritado automedonte, que habia pisado mala yerba como dice con oportunidad el vulgo.

—No se puede sufrir á ese pedante, exclamó Bautista con acritud. Los amos le dan alas, y pretende tratarnos

como á los negros en las colonias; pero yo le haré ver, vive Cristo, que...

—Tú eres un diablo, chiquillo, díjole Pedro con su habitual franqueza, y se necesita la paciencia de un santo para no alterarse con tus botaratadas y sandeces. Lo que es ahora ha tenido razon el hombre. Yo soy boca de verdades.

—Eso es, concluyó el palafrenero con la exaltacion de un energúmeno; apoyad la opinion, de ese pavo real.

—Anda que os den doscientos culebrazos sobre un cañon, respondió el viejo amostazado. Atiende á que concluyan el pienso tus caballos; dales agua en el pilon de la cuadra grande; recoje allí las sillas que el amo tendrá sacadas y al corriente; y Dios te conceda viaje próspero, y vaya en compañía del señor marqués.

—¿Os vais tan pronto?

—Buenas noches, añadió Pedro tornando las espaldas y alejándose contento por no alojar en el dormitorio de su gente á un mozo tan díscolo y propenso á enojosas cuestiones.

Bautista, que aparte de sus ímpetus y celos de los demás criados de Belle-ville, era una especialidad en su cargo y equilibraba sus defectos con mas de una buena cualidad, acarició á los caballos en que debian cabalgar él y su señor, revolviéndoles los restos del pienso que masticaban y silbando un romancillo borgoñon que embecia dulces y amables reminiscencias juveniles en el recuerdo de su pais natal.

Al fin llegó el momento deseado por Wálter con tanta avidez y el palafrenero desató sus caballos, tomó en la diestra los ronzales á desigual longitud, recojió del banco el farolillo y salió de la cuadra.

Roche parecia clavado al agujero de la llave en el postigo, y con feroz alegria vió al doméstico cruzar el patio y desaparecer; perdiéndose en el silencio de la casa y de la noche el rumor de las pisadas del conductor y de los animales.

El asesino de Fabricius iba á empujar rudamente la

puerta; pero un pensamiento repentino detuvo su accion. Quedaba un caballo atado al pesebre, y era de esperar que le recogieran para llevarle á la cuadra grande antes de partir el palafrenero en compañía de su joven señor.

El cielo empezaba á despejarse. La luna dejaba filtrar tal cual ténue rayo al través de algun claro entre las apañadas y fugitivas nubes. El viento soplabá húmedo y riguroso.

Wálter sentia refluir la sangre á sú cabeza; latian sus sienas con el golpe frecuente y seco del péndulo de un reló; un frio glacial corria de cuando en cuando por la medula de sus huesos.

El aire, quebrando á lo lejos sus rachas en arboledas, matorrales y salientes de la campiña, producía un largo y desconsolado gemido que estancaba la sangre en las venas de Roche.

La naturaleza dejaba escapar de su seno esa música vaga, indecisa, que el oido recoge en el reposo nocturno: música que forman los mil ecos de la creacion, desde el zumbido del insecto á la tronante caída de la catarata: música que responde á la disposicion particular del ánimo que embebe sus intraducibles armonías: música que para el abogado de Bruselas no era una melodía religiosa, ni un himno triunfal, ni una troba de amor; sino ese coro infernal robado á los antros del averno por el génio de Mayerbeer, Prometeo de las tinieblas del Erebo cristiano, y revelado á los vivos en las notas inmortales del *Roberto* que deberian tener por letra las estrofas terroríficas del Dante.

El perseguidor de Cristina, cansado de esperar, dispóniase á comunicar brusco impulso al tablero apolillado del postigo, cuando tuvo la precaucion de inquirir por la cerradura y por última vez lo que pasaba en el interior de la *Imperial Corona*, y descubrió á Carlos, precedido de Barthelemí que le alumbraba con una linterna, y en direccion á donde Bautista debia tener á punto los caballos.



—¡Bueno! ¡magnífico! murmuró Wálter enagenado de satánica complacencia y desahogando sus temores en un suspiro de satisfacción espantosa, que no dilató sin embargo la compresion de su pecho.

Entonces, y no pudiendo tolerar el dolor de sus piés, helados por la inercia y el refugio del calor en el cerebro, el fiscal del proceso de *Chateau-fleurí* emprendió agitados paseos á lo largo del ala del edificio; aguardando en este ejercicio reparador la salida del marqués y su criado para penetrar seguro en la posada, y en su cuarto, contiguo al de la misera favorecida por el abate de L'epée.

Diez minutos escasos duró la espera de Roche.

El cerrojo de la puerta principal de la *Imperial Corona* fué descorrido por vigorosa mano: dos caballos partieron al trote, resonando distintamente sus herraduras sobre el piso fangoso del arrecife: una voz de claro timbre despidió á los excursionarios con la frase—«adios y felicidad.» Las hojas de la puerta retumbaron al encajarse: el cerrojo las aseguró con ingrato chirrido: la luz de la linterna no volvió á reflejar en el patio y la luna rasgó por un segundo el funerario velo que la encubria, bañando los objetos de melancólico resplandor.

—¡Gracias, Satanás, gracias! exclamó Wálter con una sonrisa digna del príncipe de las tinieblas.

Su diestra posó en el postigo pronta á empujarle, mientras la otra mano apoyábase en su dolorida cintura en extension desentumecedora.

—Terminemos la lucha, dijo resueltamente y para sí. Ella lo ha querido, y no puede acusarme de que no la previne todas las contingencias de nuestra situacion. No sé qué especie de presentimiento....

Y el abogado pasó la mano por sus cabellos que erizaba una impresion lúgubre y fatídica.

—¡Bah! continuó pensando y afanoso por despreocuparse. Un golpe y acabó todo. Y quedo libre. Y en Londres hay lógias; y con el prestigio de mártir de la causa.... No hay que vacilar. Vamos.

El postigo cedió á los repetidos esfuerzos del hombre fatal, cerrándose tras dél como la losa de una tumba.

Todo calla en torno del hombre que vela ocupado en meditar un crimen y aguarda el instante propicio para poner por obra su proyecto infame de agostar una vida juvenil.

Era la media noche.

Ni un murmullo del viento. Ni un rumor en la casa.

Ni un ruido al exterior.

La luna campea en un cielo despejado, y su pálido fulgor servirá de antorcha á los pasos del asesino.

Wálter, embozado en su capa, calado el sombrero hasta las cejas, en la diestra y fuertemente asido el puñal, aparece en la última grada de la escalera del número cuatro del pabellon, como un espectro medroso.

Tras de una detencion momentánea desciende con paso de lobo que husmea el redil, y se coloca al pié de la escalinata del número tres, cuya puerta distingue franca al acceso.

Wálter reflexiona un punto. Se decide á obrar: sube los tres escalones y penetra en la habitacion resueltamente.

A poco torna á salir y baja con lentitud la gradería. Comprende que la huérfana desalojó el número tres para que los posaderos ofreciesen el cuarto al joven marqués de Belle-ville, quien resolvió luego continuar su viaje á París.

Cristina debe hallarse en el número dos; porque segun los informes del locuaz Pedro, el número uno sirve de alcoba á los esposos Barthelemí, y la marquesa habrá ocupado otro de los aposentos sitos en las galerías.

Wálter se encamina al número dos redoblando sus precauciones cautelosas.

Llega á la puerta de la estancia, y se dispone á lla-

mar, despertando á Cristina, y fingiendo la voz del posadero que le anuncie una visita del abate de L'epée.

Empuja la puerta, y cede una de las hojas, resbalando sobre el tapiz la silla que la sirve de único fiador.

—¡Gracias, Satanás, gracias! repite el mónstruo y se introduce en la habitacion, guiado por el demonio del esterminio.

Un golpe violento, un grito sofocado, un crugido de la cama, otro golpe, y el silencio despues, atestiguan el momento del crimen. Todo parece consumado, y el astro de la noche se cubre con los celages de una nubecilla.

Wálter sale como rechazado por el infierno del número dos.

El puñal tinto en sangre reluce en su mano, y vanamente procura abrirla, porque la contraccion nerviosa de sus dedos toca al grado de la petrificacion. Baja la escalinata y vá á seguir el camino de la cuadra pequeña; pero un bulto que se interpone y con quien choca desatentado se levanta delante dél, cerrándole la via salvadora, y llenándole de terror con su mirada fosforescente.

Javier, el sordo-mudo, el guardian vigilante de la huérfana, no se habia acostado por rondar frente al cuarto de su amiga, y él era el bulto con quien tropezó. Roche al evadirse de la posada.

Javier habia conocido al perseguidor de Cristina con esa portentosa reminiscencia de los desgraciados de su especie, y el puñal aun humeante en su diestra, le denunció el hecho reciente del prófugo, por lo que plantóse en fiero ademán de impedir la salida al asesino.

Roche, rápido como la exhalacion, abalanzóse levantando su arma en actitud homicida contra el jóven y alentado sordo-mudo, quien rehurtó el cuerpo, sacando de su bolsillo una pistola que descargó con estruendoso fragor contra Wálter, sin acertar á producirle daño alguno, aunque poniendo en alarma á los moradores de la *Imperial Corona*.

El abogado se lanzó por el postigo al campo, corrien-

do despavorido en línea recta, y por el sendero comun á las dos heredades lindantes entre sí, frente al postigo de la posada.

Javier le seguía como sigue el perro de caza al ciervo fugitivo.

Casi á veinte pasos de Roche el sordo-mudo le hizo puntería con su segunda pistola, y la bala traspasó el vuelo de la recogida capa del asesino, sin tocar á su cuerpo no obstante.

El abogado corrió mas, espoleado por la esperanza de perderse entre las sombras de dos vallados que formaban callejon de entrada á la huerta de Bernardo; el cazador en acecho mortífero contra el zorro.

—¡Alto allá! gritó el guarda-bosque Basilio, saliendo al encuentro de Wálter y encañonándole con su escopeta, mientras el hortelano hacia lo mismo desde su puesto entre las zarzas-moras del opuesto lado del callejon.

Wálter se detuvo: tiró una bolsa delante de sí, y dijo con anheloso y entrecortado acento:

—Tomad... contiene cien luises... dejadme huir... quieren asesinar-me.

—¡Dinero! exclamó el guarda-bosque. ¡Ah! tú eres un pícaro. ¡Échate boca abajo ó te hacemos polvo! ¿Lo oyes?

Roche se dejó caer pesadamente contra la húmeda tierra y bajo el dominio de la justicia de Dios.

En tanto Barthelemí, Paulina, la huérfana, y los criados de la posada, atraídos por el estrépito de la detonacion, registraban las habitaciones; hallando á la marquesa de Belle-ville cosida á puñaladas en su ensangrentado lecho.

CAPITULO XXVIII.

EL INTERROGATORIO.

WAVIER llegó á donde Wálter yacía por tierra bajo el amago de los cazadores de la zorra, y á favor de la pizarra y el lápiz hizo comprender al guarda-bosque la necesidad de mantener preso y á buen recaudo al caballero fugitivo, que sin duda habia perpetrado en la IMPERIAL CORONA un atentado sangriento á juzgar por su salida de la posada, el puñal en la diestra, y en el desórden consiguiente á una horrible catástrofe.

El sordo-mudo hizo prometer á los guardianes de Roche que le tendrian bajo su estrecha custodia mientras volvía á la posada á cerciorarse de la maldad que el prisionero hubiese cometido, y el hortelano, fiel á su compromiso, formó un lazo con su extenso y consistente pañuelo, y llegóse al abogado con el designio de sujetarle los brazos á la espalda.

Wálter se incorporó al rudo tacto del campesino, dirigiéndole una mirada torva y siniestra.

—¿Qué vas á hacer, miserable? preguntó con ronca voz.

—¡Quieto! repuso el rústico poniéndole una mano sobre el hombro. Voy á ligaros á mi satisfaccion, caballero, y os llevaremos al caserío, y á un cuarto seguro, hasta que conste la fechoría de la posada.

—Es inútil la resistencia, amigo, apoyó el guarda-bosque con tono firme, y acercándose al cautivo en ademán hostil.

—¡Desgraciados! (replicó el astuto Roche agotando los recursos de su inventiva). ¿No conoceis que se trata de una aventura amorosa y que huyo por no denunciar con mi presencia á la mas bella y la mas débil de las señoritas de la córte? ¿No temeis que atravesadas estas duras circunstancias os pida rígida cuenta de los ultrages que inferís á un hombre de mi nacimiento y categoría?

El hortelano retiró su pañuelo de los brazos de Wálter y le miró indeciso.

—Os doy mi palabra de honor, añadió el asesino con solemnidad, de que iré donde quiera que fuere necesario sin hacer un movimiento para evadirme, aun cuando encuentre los medios mas amplios de huir.

El guarda-bosque dió un paso atrás; bajóse precipitadamente; recogió un objeto abandonado á poca distancia del sospechoso personage, le examinó con avidez y dijo á su colega:

—Compadre, atadme á ese truhan como á un malhechor, y pongámosle una mordaza si persiste en hablar.

—Por qué? interrogó el hortelano que vacilaba en emplear un tratamiento que pudiera pesarle despues.

—Porque este objeto que he pisado y recogido (respondió el guarda-bosque poniendo á la vista de su compañero el puñal tinto en sangre) demuestra que no es un lance de amor lo que ha sucedido allá bajo.

Wálter ensayó inútilmente la resistencia. Abatido al peso de dos hombres robustos, lastimado de una puñada

en la cabeza al primer desahogo de su furor, atados los brazos atrás, y puesto de pié como un maniquí por sus fornidos aprehensores, el asesino recibió la orden de andar hácia el caserío de la huerta, y como permaneciese inmóvil un segundo despues de la intimacion, el guardabosque le comunicó tan violento impulso que estuvo á pique de caer de boca, mientras Basilio se disponia á secundarle el golpe con la culata de su escopeta.

Roche levantó al cielo una mirada de satánico furor. La luna surcaba tranquila una esfera diáfana; el viento soplabá mansamente, la vejetacion exhalaba sus acres emanaciones. La maldicion contenida en la mirada del réprobo perdióse en el espacio, como el grito de agonía de un náufrago en la inmensidad de los mares. La justicia de Dios que tenia al criminal bajo su dominio no adelantó el curso de sus rigores; porque la venganza no es la que esgrime la espada de su inmutable ley.

Mientras Basilio y Bernardo encierran en una habitacion aislada y segura á su prisionero, el desórden mas espantoso reina en la *Imperial Corona*; sin acertar ninguno á resolver lo necesario en trance tan imprevisto como funesto. Cristina cayó privada de sentido junto al lecho de la inmollada señora. Paulina se entrega al dolor con esa vehemencia peculiar á las naturalezas exaltadas. La servidumbre vocea; va y viene; se agita sin objeto, y se confunde en sus propios conatos por aclarar lo sucedido. Barthelemí era el único que conservaba algun tanto de discernimiento en tan aciagos instantes, y cuando regresó el sordo-mudo, parte por señas, parte con auxilio de la pizarra, llegó á entender que un hombre de buena catadura habia sido el autor de aquel fracaso; esplicándose entonces el disparo de las pistolas tras de breve lucha y la huida y persecucion por el postigo de la cuadra pequeña; enterándose por fin de que el asesino habia caído en manos de gentes que no le dejarían escapar á la pena de su crimen.

Lafleur, pasada la primera impresion de abatimiento doloroso á vista de su señora asesinada por alevosa mano,

y en consideracion angustiosa al golpe terrible que iba á recibir el corazon de un hijo amante, y el espíritu de una tierna sobrina, experimentó una reaccion exhuberante en actividad y en despejo.

Segun sus determinaciones se retiró del fúnebre aposento á la huérfana desmayada, y Paulina hubo de recogerse al gabinete del pasadizo, donde en soledad propicia desahogara su pesar por la tragedia acaecida á su bienhechora.

El lacayo no permitió que se tocara al cadáver, ni mudase de lugar un mueble en la estancia, teatro del delito.

Su primera idea después fué consagrada á prevenir el enorme efecto de tan desoladora noticia, llegando al hijo que esperaba en París á su madre en la silla de posta que debía enviar al amanecer á buscarla en la CORONA IMPERIAL, ó sorprendiendo el ánimo languideciente de Blanca que había quedado en BELLE-VILLE.

Para evitar lo primero ocurrióse á Lafleur escribir lo acontecido puntualmente al baron de Cavannes y al señor Geffard, abogado de Carlos, para que le contuvieran y consolaran en los momentos críticos de saber el acontecimiento, mientras el leal servidor no iba á recibir sus órdenes, tras de las diligencias consiguientes á la exploracion judicial en tales casos.

Impedir que la señorita Blanca fuese instruida de súbito y sin precaucion del asesinato de su excelente tia era, si cabe, aun más urgente por la menor distancia entre la posada y BELLE-VILLE. Janicot no estaba en edad de sobreponerse á las aficciones y disimularlas en obsequio de lastimados parientes, y por otra parte carecia de esa vis diplomática de Lafleur y otros seres privilegiados. El digno abate de L'épée era el hombre que Lafleur necesitaba para encargo tan árduo; y aunque la escena de la mañana anterior en el palacio rural hiciese concebir que el párroco interino de San Sinforiano resistiera penetrar en el hotel, ni en su elevado carácter y ministerio, ni en las luctuosas circunstancias de la ilus-

tre familia, era conjeturable que el ejemplar sacerdote se negara á servicio tan propio de su instituto.

Lafleur escribió las tres misivas aceleradamente, y bajó á organizar las expediciones de dos criados que sin demora partiesen en buenos caballos á París, hotel de Cavannes, y al presbiterio de la parroquia de Montreuil; pero ya se hicieron imposibles sus designios; porque Barthelémi habia tenido absoluta precision de enterar á la justicia de la catástrofe, y un cabo de gendarmes con cuatro subordinados ocupaban la posada, impidiendo toda especie de comunicacion exterior bajo pretexto alguno.

El guarda comunal volvia de su ronda al sonar los disparos de pistola, hechos contra Wálter por el animoso Javier, y sabiendo que el hortelano y el guardabosque acechaban á una zorra, enviada en el corral de la huerta, encaminóse hácia el caserío, llegando apenas encerrado Roche en la habitacion aislada y enterándose por menudo de la ocurrencia.

Al punto corrió á dar aviso á la gendarmería, y el sargento comandante del distrito destacó dos partidas, destinadas la una á vigilar al prisionero, y la otra á guardar la posada. Sin pérdida de tiempo constituyóse en la *Imperial Corona*, donde tomó los informes suficientes para dirigir un parte inmediato al señor procurador del rey en Versailles, y otro en testimonio á su gefe superior en la zona; hecho lo cual el infatigable sargento procedió á registrar las posesiones circunvecinas y caminos rectos y transversales por si el delincuente contaba cómplices, ocultos ó fugitivos todavía en su jurisdiccion, siendo estéril la diligencia como comprenderán nuestros lectores; mas de esencia en sucesos análogos.

Inútilmente representó Lafleur el perjuicio que irrogaba la orden del sargento en las condiciones de su aflictiva situacion. El cabo no transigia por ningun título en materia de ordenanzas de su servicio especial, y si antes de registrar predios y caminos el sargento no ha-

ce una escursion por la posada, el bueno del lacayo vé frustrada su laudable determinacion. Todavía fué preciso abrir los pliegos, y que el quisquilloso comandante del punto se penetrase de los móviles del doméstico de los Belle-villes por el contenido de las cartas. Por fin, aunque gendarme era hombre, y prometió remitir la correspondencia á su destino, valiéndose de dos verederos de toda confianza y poco menos rápidos que la mala-posta real.

El sordo-mudo, sentado junto á la desolada Cristina, padecia incalculablemente viéndola sollozar con el rostro cubierto por las manos juntas y temblorosas, y hubiese dado sin vacilar la mitad de su vida por adquirir para consuelo de la huérfana ese don supremo de la palabra, que tantos otros envilecen y de tantas maneras.

Paulina tuvo la fortuna de renirse al cansancio del dia y á las emociones de aquella noche fatal y en un letargo entre sueño y desvanecimiento de los sentidos.

Barthelemi se ponía de acuerdo con su servidumbre para deponer en juicio la verdad, con entera conveniencia en los dichos, y el orden mas escrupuloso en la relacion de los hechos.

Guardado por un centinela, y en la misma postura en que recibió la muerte de mano de Wálter, yacia el cadáver de la marquesa viuda de Belle-ville sobre el ensangrentado lecho, envuelto en los pliegues de sábana y mantas; coagulada la sangre en las disformes heridas del pecho y costado, cuyas cavidades parecian jadeantes bocas, pidiendo venganza del crimen perpetrado en aquella indefensa é inofensiva criatura; descornado con violencia y hasta desgarrado el cortinaje de muselina india-na que servia de mosquitero á la descuidada señora; alumbrado aquel espectáculo tétrico y congojoso por la ténue luz de una lamparilla de porcelana, atravesando el tejido compacto de una pantalla circular de tafetan verde con grandes lunares negros:

.

Monsieur de Montmorency, procurador del rey en Versailles, hombre de edad madura, de relevantes servicios, de estudios selectos, de juicio claro, de intencion recta y vasto conocimiento de mundo, se personó en la *Imperial Corona* apenas hubo amanecido; dando comienzo á sus indagaciones, y tomando notas para estender la pesquisa sumaria, cuyas actuaciones primeras redactaba el *greffier* (escribano) con el auxilio de dos profesores médicos que sondaban las heridas de la marquesa, declarando del estado externo, hasta que la autopsia tuviese lugar, prévio el aviso á los dedos de la esclarecida señora.

Los informes recabados por el representante de la ley en breves pero sustanciales interrogatorios, como preliminar de la instruccion sumaria, dieron el hilo del acontecimiento á su despejada inteligencia, y el orden mas lógico á la esploracion de los testigos; ahorrando esa involucion de testimonios que hacen de tantos procesos otro inextricable laberinto de Creta, sin el ovillo salvador de la piadosa Ariadna.

Los sirvientes que asistian al despacho del restaurant estaban conformes en que el señor de la capa habia entrado al oscurecer con un mozo de aspecto repugnante, dejando dos cabalgaduras á cubierto debajo del cobertizo, y consumiendo algunos viveres y dos botellas. Pedro le sirvió sus raciones, y poco despues de las ocho retiróse el criado del incógnito, llevándose los caballos. Entonces el desconocido llamó á Pedro: le entretuvo largamente para averiguar la posición topográfica del hotel, concluyendo por escoger el número cuatro del pabellon, cuya llave fué pedida á Barthelémi, instalándose en su aposento el hombre de la capa. Bernardo y Basilio reconocian al prisionero por el mejor portado de los dos individuos que cenaban en un rincon del restaurant en las primeras horas de la noche.

Javier á favor de la pizarra, y causando un dulce enternecimiento al magistrado con la viveza de imaginacion, que suplía á la carencia de dos tan principales fa-

cultades como el oído y el habla, tuvo la prevención de no complicar á Cristina en sus manifestaciones; espresando en rápidas frases que habia venido á la *Imperial Corona* por mandato de su maestro y protector, el señor abate de L'épée; que alojado en una de las estancias de las galerías, y sintiéndose indispuerto salió en busca del primer sirviente que aun no se hubiera acostado para que le sirviera una infusion de savia ó yerba-luisa; que encaminándose al pabellon en su afanosa busca tropezó con un hombre, envuelto en una capa, y ostentando una daga enrojecida por la sangre en su mano derecha, con los demás lances que ya conocemos. El hortelano y el guarda-bosque corroboraban la persecucion ardiente del sordo-mudo y la fuga vertiginosa del abogado, esplicando su acecho; la alarma que les causó aquella escena, alumbrada por el amarillento fulgor del astro de la noche, y su pronta resolucion de salir al paso del hombre de la capa, que huía con tal esfuerzo, y contra quien se dispararon sucesivamente las dos pistolas del perseguidor. Barthelemi y la servidumbre completaban el cuadro, refiriendo que al fragor de las detonaciones acudieron al patio de la posada cuantos en ella estaban recogidos; guardándose de nombrar á Cristina; porque el venerable L'épée le tenia encomendado reservarla á todo el mundo sin escepcion, y no entendiendo que una testigo mas hiciese nada en particular tan comprobado y evidente. Lafleur se extendió á decir que el asesinato de su pobre ama debia proceder de una equivocacion seguramente; pues que no podia alcanzar quien ni por sueños tuviera rencores, agravios, quejas ni disgustos con Juana Luisa; madre escelente; dama ejemplar; edificacion de sus allegados y providencia de los afligidos y menesterosos. Sin embargo el servidor de los Belle-villes advirtió á Monsieur de Montmorency que segun las señas del arrestado, que daban los sirvientes de la *Imperial Corona*, el asesino podia ser el mismo caballero que estuvo en la mañana del dia anterior en el palacio rural de sus señores, en conferencia reservada con la marquesa viuda y su sobrina, la señorita de Bayard.

Estendidas estas declaraciones, y cerca de las once de la mañana, el respetable procurador del rey, despues de enterarse de si el preso fué mantenido en comunicacion estrecha, y tranquilo sobre este punto, dió al sargento, y á un alguacil de su comitiva, la comision de traerle á su posada, y al cuarto número cuatro del pabellon, donde se hallaba constituido el juzgado, bajo las instrucciones mas estrictas acerca de no permitir que nadie le hablara ni él pudiese comunicar con nadie.

Los gendarmes y alguaciles obligaron á todos los moradores de la *Imperial Corona* á penetrar en diferentes aposentos, evitando que el asesino viese á alguno en su travesía.

Wálter, pálido pero disimulando sus terrores con apariencias de cómico desden, y pugnando por afectar una entereza que sus pasos vacilantes desmentian, atravesó el desierto patio de la posada entre gendarmes y alguaciles, atado como un facineroso, y luciendo en su ajustado calzon de punto salpicaduras de sangre.

Introducido á presencia del juez instructor, su mirada se detuvo en el puñal colocado sobre la mesa, y clavóse luego sondeadora y persistente en la austera fisonomía del abogado de la vindicta pública.

—Adios, compañero, dijo con el mayor descaro á Monsieur de Montmorency, ensayando una sonrisa afable.

—¡Compañero! ¡Qué audacia! murmuró el magistrado, frunciendo las cejas con indignacion sorda.

—Yo he gozado de vuestra propia categoría en Bruselas, y por tanto...

—Nada importa, contestó severamente el togado francés. Entónces, en todo caso, podríais tratarme de igual á igual; pero hoy somos juez y prevenido criminalmente, y ya sabeis que justicia es dar á cada uno lo que le corresponde.

Las doce sonaron pausadamente en el reló de pared, sito en el corredor de la posada, y duraba aun la indagatoria del procesado, cada vez mas odiosa, cada vez mas infame; aunque partiendo del error de creer sacrificada

á Cristina, y no á la infeliz marquesa de Belle-ville. Monsieur de Montmorency dejó al prevenido que se explicara con entera amplitud; y el miserable se confesó autor de la muerte de Cristina Armand y Harrison, protegida por el abate de L'épée, y colocada por su influjo de camarera de Juana Luisa en Belle-ville. Despues la acusó de amores clandestinos con el jóven marqués, dando los celos y su frenesí por causa eficiente de su atentado. Luego ennegreció á su placer la vida de la que juzgaba víctima de su iniquidad; diciéndose amante favorecido en Bruselas; engañado á la par que Jaime Lutgen; suplantado por Juan Grüe; emigrado en París; noticioso del asilo de la huérfana y de sus relaciones con Cárlos: impelido por la desesperacion, el resentimiento y la envidia al esterminio de aquella Circe perturbadora, y conforme con espiar su delito; una vez cumplida su venganza contra el instrumento de su perdicion.

El escribano salió del aposento, firmada por Wálter su declaracion, para disponer la entrada sucesiva de los testigos al propósito de reconocer al procesado y ratificarse en sus dichos.

El abate de L'épée, departía con Barthelémi y Paulina cuando el escribano se le acercó respetuosamente.

—Buenos días, señor abate, le dijo. Tengo el honor de manifestaros que habeis de evacuar una cita del explorado en esta causa, y fuera oportuno que os sirviérais esperar breves momentos. ¿Le conoceis personalmente.

—Tengo esa desgracia, respondió el sacerdote suspirando.

—¿Y os contraría esperar? Con franqueza.

—Si pudiera escusarse la dilacion lo agradecería infinito, repuso el eclesiástico ingénuamente.

—Venid, padre mio, añadió el curial obsequioso. Tomaré la vénia del señor procurador del rey á fin de que se os despache con preferencia á todos los demás testigos. Declarais delante del procesado, y si se provoca el

careo haré cuanto me sea dable por abreviar tan enfadosa diligencia. Es cuanto alcanzo en mis reducidas facultades.

—Vamos pues, y agradezco en el alma esas muestras corteses.

Monsieur de Montmorency asintió de buen grado á la propuesta de su entendido subalterno, y el abate entró en el número cuatro, sereno é imperturbable, saludando con acatamiento reverente al sacerdote de la justicia, y esquivando con marcada intencion mirar á Wálter, libre de sus vejatorias ligaduras por orden de su juez.

Roche, que se habia cruzado de brazos, bajando la cabeza para ocultar el estremecimiento pavoroso del malvado ante los hombres, célebres por su integridad y temibles por su perspicacia, examinó al soslayo la faz imponente pero tranquila del abate; admirándose de aquella calma en el protector cariñoso de una muger, que yacía cosida á puñaladas en su lecho por una diestra asesina.

El procurador del Rey no pudiendo otorgar asiento en aquel solemne acto al ministro del señor, se puso de pié en testimonio indirecto de urbana deferencia.

—¿Conoceis á ese hombre? interrogó con lacónica formalidad á L'épée.

El abate se volvió hácia el deténido con magestuosa actitud; levantando la diestra hasta apuntar á su rostro, y respondió con solemnidad:

—Si señor. Se llama Wálter Roche, natural de Bruselas; abogado, y fiscal interino del tribunal superior.

—Señor procurador del Rey, dijo Roche con arrogancia, tened la bondad de exigir préviamente juramento al testigo. Lo reclamo como una garantía de la ley á mi favor.

Monsieur de Montmorency adelantó un paso hácia el audaz personaje con mirada conminatoria.

El abate fijó en el asesino sus ojos penetrantes, replicándole con entereza y pausada dignidad:



V. Urrabieta dib. y lit.

Lit. de S. Gonzalez Madrid.

— El interrogatorio.

—El reconocimiento personal por nuestras leyes es una diligencia, y no un acto solemne del juicio; y por tanto no exige el juramento, propio de los actuados sustanciales.

—Este no es caso de teología moral, repuso el preso con irónica sonrisa. Es un punto de jurisprudencia.

—He vestido la toga, contestó el sacerdote con legítima satisfacción, y me cabe la honra de no haberla manchado, con el auxilio de Dios y de mi buena voluntad.

Wálter se mordió los labios con despecho, y una nube oscureció su mirada altanera y desafiadora.

—Señor abate, repuso el magistrado saludando con reverente inclinación á L'epée, siento que los estrictos deberes del ministerio que me toca desempeñar me impongan el encargo de exigir ahora un juramento, innecesario con personas de vuestra clase, antecedentes y condiciones.

—Juro á Dios y á una señal de cruz (esclamó el ministro evangélico con emoción religiosa), y prometo IN VERBO SACERDOTIS declarar en conciencia cuanto supiere y en cuanto sea preguntado.

—Que Dios obre con vos como vos obreis en este punto, concluyó Monsieur de Montmorency, tomando asiento cerca de la mesa, y cogiendo de manos de su adjunto subalterno la inquisitiva de Wálter para comprobar su manifestación acerca de haber concedido amparo el generoso abate á la huérfana de CHATEAU-FLEURÍ, colocándola en Belle-ville en calidad de doncella de la marquesa viuda.

—¿Conoceis á la señorita Enriqueta Hárrison? preguntó el juez de instrucción sumaria.

—Sí señor, respondió el padre de los sordo-mudos; conozco á esa mísera criatura por ese nombre supuesto, que encubre el suyo de Cristina Armand, y envuelve una historia de persecuciones villanas que han tocado á su término; llegando el día de la rehabilitación y del triunfo de la inocencia; porque esa joven....

Wálter miró atónito al sacerdote que hablaba de re-

habilitacion y triunfo cerca de un sangriento cadáver.

El procurador del rey cambió una seña con el abate, imponiéndole una desconfiada circunspeccion.

German Desmarets, gefe de la guardia prebostal de París, se introdujo en el aposento con premura; escusando su falta de hacerse anunciar con la urgencia del asunto, y presentando una orden del rey á Monsieur de Montmorency.

El representante de la vindicta pública suplicó al abate que evacuara el cuarto mientras se decidia el nuevo incidente; haciendo retirar al detenido á un ángulo de la pieza bajo la vigilancia del escribano y un alguacil.

La orden de S. M. prevenia entregar al señor Desmarets la persona de Wálter Roché, encausado por el procurador del rey en París, Monsieur Deslormes, por delito de lesa-magestad, cometido en cierto folleto contra el gefe del Estado y su augusta familia; no obstante que se hallara sujeto á cualquiera jurisdicción eclesiástica, militar ó civil.

—Señor, dijo Desmarets luego de leida la orden por el magistrado, buscando en Versailles á ese hombre por todas las posadas, hosterías y casas de huéspedes, y con la nota circunstanciada de su persona y trage, supe el suceso de la noche anterior, y confrontando las señas he dado con mi prófugo; gracias á mi encuentro feliz con el señor abate de L'épée que venia de Belle-ville de noticiar la catástrofe, y que nombró en el diálogo á ese extranjero.

—¿Y le llevais á París con la correspondiente seguridad? preguntó Monsieur de Montmorency.

—Habia un carruage celular de la Bastilla en las cuadras de la Chancillería, señor, (replicó Desmarets) y custodiado por cuatro gendarmes á caballo y un cabo de la guardia prebostal aguarda al reo de Estado á la puerta.

El abogado de la ley indicó á los guardianes del preso que le acercaran y le dijo con tono seco y breve:

—Se os conduce á París y á disposicion del señor procurador del rey Monsieur Deslormes.

—¡Cómo! exclamó el asesino de Juana Luisa trastornado por el pavor. ¿Por qué varío de juez?

El magistrado le volvió la espalda, ocupándose en recoger sus notas y ordenar los pliegos de la instrucción.

Dos gendarmes, llamados por German, y al mandato de Monsieur de Montmorency, maniataron á Roche, haciéndole bajar la escalinata del número cuatro y encaminándose hácia su nuevo destino.

En el pasadizo estaban formando hilera los moradores de la IMPERIAL CORONA, murmurando sordamente contra el mónstruo que alzó la cabeza, propuesto á arrosstrar con torpe jactancia la sensacion antipática de que era digno objeto en aquellos hogares.

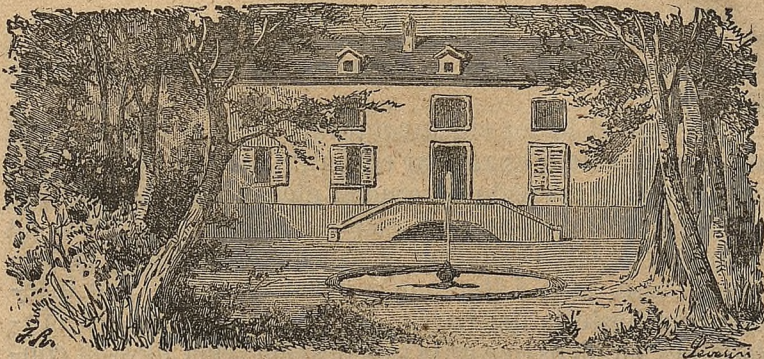
Cristina apareció á su vista conturbada, entre Paulina y Barthelemí, apoyada en el brazo del abate.

—¡Ella! exclamó retrocediendo el asesino. ¡Vive!... ¡Oh! ¿quién es mi víctima entonces?

—La marquesa de Belle-ville, infame, le contestó Lafleur con acento impregnado de amargura.

—No hay Dios, rugió el blasfemo con desesperacion frenética y desafiando la ira celeste.

—Si le hay, respondió L'épée con acento de inspiracion suprema; y tú que fuiste una prueba de su misericordia, eres hoy un testimonio elocuente de su justicia.



PARTE TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

GIOVANNI.



BANDONAMOS á Bruselas para dirigirnos á Versailles, y nos toca salir de Francia con objeto de recoger un hilo de la trama de nuestra historia: hilo que no debemos buscar en las capitales mercantiles ni manufactureras; sino en la Italia de Eneas el Pio; en la hija de Rómulo; en la guerrera república; en la Señora del Universo; en la cabeza del orbe católico; en la Reina del Tíber; en Roma, para que ninguno quede por enterarse.

¿A quién vamos á encontrar en la ciudad de los Césares y de los Papas? preguntará el lector, tal vez fruncido el entrecejo, y un si es no es amostazado de tanto viaje; sobre todo en 1781 en que todavía Fulton no soñaba en el invento de aplicar el vapor como fuerza dinámica, ni la locomotora anuncia en silbidos estremecedores que en las

cuestiones de distancia se resuelven en horas los anti-
guos días.

Sígame el lector sin murmurar, yo se lo ruego; y por ahora renuncie á examinar conjunto ni detalles de aquél pueblo rey convertido en ciudad eterna; porque mas que las siete colinas, que los restos del foro, los arcos de triunfo y el circo máximo, y mas que San Pedro, el Vaticano, San Juan Lateranense y Sant'Angelo, nos interesa una hósteria del barrio de Transtevere, y dos ciudadanos pacíficos que ante una desvencijada mesilla consumen el contenido de una botella, que maldito lo que tiene de comun con el ponderado Falerno de Horacio.

Nada de sorpresa, amigo lector. Ese anciano patriarca en traje campestre, y ese mancebo que recuerda involuntariamente á Antinoo y á Virgilio, no los has visto en parte alguna de la historia: te son absolutamente extraños; y si has de conocerlos, necesario será que los mires, y para que penetres lo que son, se hace preciso que los oigas. Lo que yo te prometo en justa recompensa del favor de acompañarme, es que la ojeada será rápida y la conversacion entretenida.

El anciano es oriundo de la feraz campaña de Roma. Su tipo es la mezcla de franqueza y malicia que forma la base de la índole general en la gente rústica. Su fisonomía corresponde á la ancianidad vigorosa de Galba. Sus modales todos denuncian á un labrador regularmente constituido; pero que cultiva como Cincinato sus tierras. Su traje es sencillo y pintoresco, y tal como le usan los campesinos de la comarca de Roma.

El jóven merece mas la atencion. Su cabeza parece un camafeo del Museo Clementino; el retrato de un Graco; una medalla de alguno de los Scipiones, ó bien la figura emblemática de un *cives* de los tiempos gloriosos de Augusto. Todos sus ademanes indican que en aquel hombre hay un algo, superior á sus condiciones externas; un algo, poético como un perfume en la ropa de un trabajador; un algo melancólico á veces; impaciente luego; resignado despues. La lucha de la indigencia con

la ambicion: lucha que sostienen la fé y el despecho, y en cuyos trances el hombre reza con férvido entusiasmo, y piensa en esos cuentos de *Juan el Trovador* y *el marqués de Villena* que compraron la prosperidad á Lucifer al precio de sus almas. El jóven viste con humildad y aseo. Envuélvese negligente en una ancha capota, y cubre su cabeza el sombrero picudo y de anchas alas de la gente vulgar en la metrópoli del catolicismo.

La conversacion ha llegado á ese punto embarazoso, escollo de la palabra, en que encallan las esplicaciones hasta que una sacudida violenta pone á flote el buque y continúa el rumbo de la discusion.

—¡NOME DI DIO! exclamó el campesino dando un puñetazo en la mesa con vigoroso impulso. Tú tienes la culpa de todo, Giovanni; y bien te lo dije al morir mi hermano y tu padre, el capitan Francesco.

—Tío Páolo, contestó Giovanni con dulce y armoniosa entonacion, es inútil que os explique el centenar de motivos que se oponen á que yo me consagre á labrar la tierra, como vos lo haceis, y lo hacen tantos otros mejores que yo; pero....

—¿Pero qué? repuso atufado el viejo. Tú no amas á Marietta como dices.

—¡OH SANTA MADONNA! replicó Giovanni levantando la vista al cielo y juntando las manos con espresion doliente. No digais blasfemias, tío Paolo. Si no fuera por el amor de esa niña celestial seria yo soldado, marinero; todo lo que puede ser un hombre que juega á un evento su vida contra las probabilidades de engrandecerse. Os lo juro por la memoria querida de mi padre. Cuando me decís que no amo á vuestra hija me vuelvo loco, y quisiera abrirme el corazon para que viérais grabada en él su imágen, ó.... sí, sabedlo; ó arrancaros la lengua para que no lo torneis á decir.

—¡Sobrino! reprendió Páolo severamente.

—Perdonadme, respondió el jóven con interesante sumision. En vuestra casa, tío, no se conocen las pasiones terribles que bullen aquí, y cuyo influjo pestilente se respira en esta atmósfera emponzoñada.

—Eres un orgulloso, dijo Páolo con reconvencion amarga, y un orgulloso pobre por añadidura.

—Teneis razon, tio, contestó Giovanni bajando la cabeza, embebido en reflexiones sombrías y lúgubres.

—¡Ojalá nunca se hubiera ocurrido á tu padre remitirte al lugar para reponer tu salud!

—¡Ojalá mi salud no se hubiera repuesto! apoyó el jóven con abatido tono.

—El hecho es, continuó el labriego positivamente, que has dado al traste con el juicio de la pobre Marietta y con mis proyectos de buscarla un marido laborioso, robusto, ágil; que se encargara de sustituirme en el campo, y adelantase mis labores; porque yo estoy muy trabajado; necesito descansar un poco; vivir mis últimos dias.

—Monseñor Astolphi me trae como panderete de bruja, repuso Giovanni perdiendo la paciencia. El coronel Renzo, que tanto debia á mi difunto padre, me tiene entretenido con esperanzas de colocacion que nunca se realizan. El abad Signarelli me promete emplearme en la recaudacion de diezmos lo menos seis veces á la semana.

—Pero pasan los dias, cúmplense los años, y nada consigues, infeliz.

—Vivo y espero y desespero y vuelvo á esperar, respondió Giovanni con exaltacion delirante. Hay ocasiones, tio, en que se me figura que soy presa de una cruel pesadilla; que todo lo que me pasa es una ilusion penosa; que mi padre vive y goza en que yo no trabaje mas que en hacer trovas y motetes y arreglarlos al bandolin...

—¡Escelente ocupacion! murmuró Páolo, enemigo declarado de la gaya ciencia y de los trovadores.

—Y solo el recuerdo de Marietta me devuelve á la vida real.

—A la vida sin un real, corrigió el campesino duramente. Esto no puede continuar así.

—¿Y qué teneis determinado? interrogó el mancebo con hosca decision y eco solemne.

—Echemos un trago, sobrino, y te diré las cuatro

cosas que he venido á proponerte para dar fin á este pesado negocio.

—Echemos un trago, repitió con ficticia calma Giovanni, llenando el vaso de su tío y el suyo, y apurando de un golpe su copa, sin paladear el agrion que se les habia servido.

—Vamos á cuentas, empezó el viejo. Tú no adelantas un ardite, y vives trabajosamente del bandolin y de la musa, atenido á las canciones nuevas, y almorzando en casa de un obispo, comiendo en el palacio de un conde y cenando en un figon.

—Pero se me ha de conceder un destino pronto: un destino decente y de lucro. No puede fallar, tío.

—Eso mismo vienes diciéndome va para un año, arguyó el viejo, encogiéndose de hombros y torciendo el labio inferior.

—Pero cuenta que aun no se ha cumplido el plazo que me concedisteis para procurarme una posicion que me permitiera sostener con holgura á mi querido tesoro. Faltan cinco meses del término fijado.

—Es verdad, confesó Paolo; pero hay una circunstancia que me da derecho á meter prisa: una circunstancia nueva.

—Pero.... decidme, tío, balbuceó Giovanni agitado y convulso; hablad sin reparo, por la barba de S. Pedro. ¿Ha tenido mudanza el cariño de Marietta hacia mí? ¡Oh! declaradlo sin rebozo. Procuraré tener valor. Le tendré.

—Mudanza, repitió vacilante el anciano. En cuanto á mudanza....

—Cuidado, declaró el mancebo estendiendo su diestra á la altura de los ojos de su interlocutor. Cuidado, tío, que no basta vuestra palabra en este asunto; que necesito oír mi sentencia de su boca para creer que no me queda esperanza y que me toca morir; porque sin ella ¿para qué me hace falta la vida?

—Ella no ha mudado, mala cabeza, aseguró el labriego, desistiendo de engañar al enamorado joven.

—Gracias! esclamó Giovanni con indecible trasporte

de alegría, y llenando las copas en el colmo de su júbilo.

—Eres un loco de atar y no se puede hablar en razon contigo.

—¡Arriba, maese Páolo! dijo el trovador popular dando el ejemplo. Apuremos el vaso en honra y á salud de la muchacha mas linda que puede encontrarse en los dominios de nuestro Santo Padre el Papa.

—¿Será tiempo de empezar con las esplicaciones serias?

—Un minuto no mas, tío Páolo, suplicó Giovanni trastornado por el alborozo. Yo no os hubiera creído si llegais á jurarme que Marietta no me continuaba siendo fiel; porque vuestra hija no es una muger cualquiera. Es la Beatriz de Dante; la Laura de Petrarca; la Eleonora de Tasso; la Fornarina de Rafael. Es la....

—Todo lo que quieras, interrumpió exasperado el campesino; pero tengo proporcion de casarla ventajosamente.

—¡Casarla! ¡casarla habeis dicho!

—Casarla con el mozo mejor acomodado del lugar, reiteró Páolo. Casarla con Carolo Bossi, que la quiere y la dota, y hasta consentiria, si fuera dable cerrar el trato, en sacrificar cincuenta escudos porque le cedieses tu derecho por los cinco meses que te restan de plazo.

—Tío, replicó Giovanni conteniendo á duras penas su indignacion, mas de una vez he pensado en la rareza de caber en un propio seno y mamar la misma leche un sér como vos y una criatura como mi padre. La naturaleza es incomprendible, y yo deseara que vos lo fuérais para mí.

—Ya sé que el partido es demasiado razonable para que tú lo aceptes, replicó el labriego; mas si te repugna admitir la transaccion indicada, resuélvete y sígueme á la campaña. Entérate de mis particulares; aplícate á inteligienciarte en viñedos, trata de caldos....

—¡Imposible! cortó el mancebo con denegacion enérgica. Primero consentiria en renunciar á la posesion de

mi amada que vivir en la dependencia de un pariente, y entregado sin condiciones á la mofa de aquellos PISTAUVE de vuestra vecindad, con quienes derroché el dinero sin ton ni son por que viesen que no me alojaba en vuestra casa para comer.

—Lo que digo: eres un fátuo, declaró el anciano labrador.

—No es eso, tío, esplicó Giovanni con cierto embarazo. Ni yo seria feliz en una aldea, acostumbrado á la existencia de una capital populosa, ni entra en mi cálculo dejar á Marietta sumida en aquel villorro; porque es una flor que necesita mas luz para brillar, mas espacio para desarrollarse; otro ambiente y otro clima.

—Con esas lindezas me la has sacado de quicio, y gracias á tus palabritas de miel desdeña á su padre.

—No hay tal cosa, tío, aseveró el jóven; sino que vuestra hija es demasiado elevada para resignarse á unir su destino al destino de aquellos mozos rudos y agrestes, y como conoce que no consentís de buen grado en su enlace conmigo, tiene de consideraros como opuesto á su dicha, y su reserva....

—Si se pudiera fiar en tu juicio....

—¿Por qué lo decís, tío? preguntó alarmado Giovanni.

—Tén paciencia, y escúchame, manifestó Páolo con énfasis oratorio. Quizás diga un disparate; pero ya que no tiene remedio la locura de tu matrimonio con la prima, tentemos fortuna y aventuremos algo.

—Dios ilumine vuestra inteligencia, espresó el jóven con desconfianza justa.

—Por mi parte consentiria en ampliar el plazo, sobrino.

—¿Y qué me tocaba hacer por la mia? interrogó Giovanni con mayor recelo.

—He oido contar, añadió el padre de Marietta, que en el nuevo-mundo y en las colonias que sacuden el yugo de la Gran Bretaña existen minas de oro, abandonadas por atender los naturales á la guerra, y que las la-

borean cuadrillas extrangeras que hacen por ese medio su fortuna.

—Y bien, cortó impaciente el hijo del finado capitán Francesco.

—Y bien, añadió Páolo desembozadamente; digo que si tú fueras hombre de valor y de peso, como para jugar ese albur con el tacto que otros, irías allá á interesarte en la especulación, y sabe Dios si tu suerte...

—Entiendo, tío, declaró el poeta con despegado tono. Ni aun sabeis disimular vuestras malignas intenciones. Si yo fuera tan sandio que emprendiese el viage, comprometiéndome por contrata como un esclavo abisinio, mientras iba, trabajaba por reunir alguna cosa y volvía, os era fácil imbuir á Marietta en que había partido por evitar el cumplimiento de mi palabra. Interceptando la correspondencia introducíais la division entre los amantes. No todos los buques fletados para transportar colonos y trabajadores á las Américas llegan á salvo á su destino; ni todos los que hacen rumbo para Europa vuelven á sus puertos. El cambio de temperatura produce una alteracion en la salud; y el vómito negro, y la fiebre amarilla, y el esceso del trabajo, dan cuenta de la mitad de los que marchan de nuestro continente á las playas de aquel país, trabajado además por la guerra.

—Eres insoportable, terminó Páolo, furioso al ver revelados los ocultos móviles de su conducta.

—Gracias, amado tío, continuó Giovanni con irónica sonrisa; y en todo caso optaria por ganar los cincuenta escudos que está pronto á pagarme el jayan de Carlo Bossi con tal de que le ceda la novia ¡*Sangüe di!*...

—No hablemos del particular, si te parece, dijo el cultivador de la campaña.

—Mas vale así, concluyó el mancebo con voz sorda y marcado el disgusto en su noble fisonomía.

En este momento un ciego de edad avanzada, guiado por una niña de tipo gracioso, y pulsando el bándolin, asomóse á la puerta de la estancia que ocupaban nuestros amigos, y tocó despues de un breve preludeo el

acompañamiento de una dulce y lánguida canturía.

—Escuchad, dijo Giovanni á su tío. Ese canto es composicion de mi pobre musa.

—Así será ello, murmuró Páolo de pésimo humor.

El ciego cantó con voz tierna y espresion dolorida estas estrofas:

*Si llevais á los labios por ventura
el gustoso licor,
pensad que hay en el mundo ser que apura
la copa del dolor.*

*Si en opipara mesa os entretiene
de la gula el afán,
dedicad un recuerdo á quien no tiene
un pedazo de pan.*

*No echeis de vuestras puertas al mendigo.
porque enojo no os dé;
que Dios le otorga proteccion y abrigo
con cargo á vuestr fe.*

La conductora del pobre ciego se adelantó con timidez hácia Páolo y Giovanni, tendiendo la mano en muda invocacion á su caridad. El viejo arrojó sobre la mesa una moneda de cobre. El mancebo registró su bolsillo, escogiendo una moneda de plata que entregó en propia mano á la sobrecogida criatura, diciéndole con agasajo cariñoso.

—Ruega por mí, Stéphana; porque el Señor oye mejor á los que menos valen para el mundo.

—Gracias, Giovanni, respondió la niña sonriendo.

—Señor Giovanni, exclamó el ciego trovador, benditas sean vuestras palabras y vuestras notas. Bendito seais vos, que sabeis hacer cantos para los dolores y las alegrías del pueblo de Italia.

—Salud, Benedetto, contestó el artista enternecido y siguiendo con mirada cariñosa á la pareja que alejábase socorrida en direccion á otros cuartos de la taberna.

—Buenas relaciones tienes, observó el campesino. Conoces á todos los libreros de gradas y esquinas, á los sal-

timbanquis y polichinelas, á los que cantan para pedir limosna, y á la gentezuela perdida de la ciudad.

—Y á los hombres de nota, amplió Giovanni con altivez; á los hombres que me reciben como á un amigo, y cuyos criados no os dejarían atravesar los umbrales de su puerta.

—Vamos á lo que importa, replicó Páolo con gesto de contrariedad, Es tarde; mi posada está lejos, y la ciudad hierve en ladrones, como en los famosos tiempos de Sixto Quinto. Poco me queda que decirte.

—Estoy á vuestra disposicion, tio, contestó Giovanni inclinándose ante el padre de su amada Marietta.

—Cinco meses pasan como un relámpago, sobrino, agregó el labriego con grave solemnidad, y no esperes de mí que difiera un dia, ni una hora del plazo. Yo estoy convencido, por mas que digas, de que nadie se muere de amor, ni menos se....

—Al grano, tio, se apresuró á responder el jóven, anhelando descubrir las intenciones del rústico.

—¿Tú conociste á mi pupila Beppa, la huérfana de mi amigo y protector Giuseppe Sarti?

—Si señor, dijo rápidamente el trovador popular. Me colgaban esa conquista al principio de mi residencia en vuestra casa, y tal vez ella dió margen á la murmuracion con sus sencilleces. Pero ¿á qué conduce la pregunta?

—Tiene un bonito caudal, añadió Páolo redoblando sus insinuaciones halagüeñas, y no te ha olvidado, bribon.

—Ha hecho mal, declaró Giovanni con despecho. Ella sabe que adoro á vuestra hija y que soy correspondido.

—Es una mocetona de perlas, reiteró el campesino con repugnante incitacion. Tiene unas formás y un rejoy que....

—¿Me la quereis endonar, tio? interrogó el hijo del capitán Francesco, sarcástico y acerbamente bromoso.

—De manera que se concilien mis proyectos con tu

dicha, hombre. Te confieso con toda mi alma que Cárollo Bossi es el hombre que me conviene para Marietta; y si te acomodo con mi pupila, guapa, enamorada, con haberes....

—¡FÚLMIN CELESTE! exclamó Giovanni levantándose con ímpetu furioso. Ni una palabra mas, tio.

—Esperemos al fin de los cinco meses y obre Dios, concluyó Páolo poniéndose de pié con lentitud magistosa.

—Conozco que me aborreceis, dijo el mancebo al anciano moviendo tristemente su hermosa cabeza; lo conozco, y sin embargo os basta el título de padre de mi ángel tutelar para que no os devuelva el odio por el odio.

—Yo no te aborrezco, repuso Páolo con imponente parsimonia. Mi cariño de padre me hace ver que no eres hombre que harás feliz á mi hija; que si logras el propósito la separas de mi, pudiendo mas que el autor de su sér; que la sacas de un pueblo sencillo para traerla á una ciudad corruptora. Y sobre todo el vaticinio....

—¿Cuál? interrogó con exploración ansiosa Giovanni.

—¿Conoces á la madre Pietra, la bruja?... Pues bien. la he consultado sobre tí, y por penetrar la suerte futura de mi hija, y.... quizás se engañe....pero ella afirma que has de morir de muerte mala.

CAPÍTULO II.

ROMA DE NOCHE.



RUSELAS, la industriosa capital de los Países-Bajos, queda descrita en las primeras páginas de este libro, y de tal suerte que la reconozca quien tuvo ocasion de admirarla y forme justa idea de su recinto el que no sabe della mas que su merecida nombradía, ó fragmentos de sus fastos ilustres.

Versailles y sus contornos que iban á ser teatro de una parte de la accion debieron trazarse á grandes pinceladas; pero las suficientes no obstante para que los lectores se iniciaran en puntos generales de topografía, historia y espectáculo óptico; siguiendo el consejo de Horacio en mezclar lo útil á lo entretenido; especialidad en que no sufre rivales la novela.

Roma es hoy la capital magnífica en que vamos á buscar un cabo suelto de nuestro relato; y seria imperdonable ciertamente que habiendo llevado al lector á la patria de Rómulo y Romo y á la diócesis del apóstol Se-

phas no le concediésemos un punto de mira desde el cual, aprovechando el claro resplandor de las estrellas en un cénit límpido, y el silencio de una serena y plácida noche, alcanzase á distinguir los ostentosos monumentos de la ciudad de los Sumos Pontífices y las ruinas grandiosas de la soberbia córte Cesárea.

El espíritu tentador arrebató á Jesus á la cima del templo de Jerusalem, mostrándole desde allí los imperios y grandezas del orbe. Yo en alas de la fantasía os elevaré á la cúpula de San Pedro para indicaros edificios famosos, restos venerandos y perspectivas imponderables. Satanás ofreció al Redentor el panorama de la riqueza y el poder para proponerle una adoracion impía. Yo pasando en revista rápida los despojos de una civilizacion politeista, esparcidos entre los testimonios de la cultura católica, os escitaré á saludar la éra de bienandanza en que si una ciudad, (que llama bárbaros á los demás pobladores del Universo y los inmola como súbditos ó siervos á su pompa y fastuosa insensatez) no pone á contribucion al mundo á favor de su engrandecimiento, desde la metrópoli soberana hasta la humilde feligresia la ley de Dios hace hermanos á los hombres y los alía en el sublime contexto de la oracion dominical.

Son las diez de una templada noche de primavera, y todo favorece una escursion parecida á la que finge Lesage en su crítico DIABLO COJUELO; pero nosotros, en vez de escudriñar escenas de costumbres, sorprenderemos á la naturaleza en su período de dulce calma y al arte en las manifestaciones de su poderío, velando el reposo de los vivientes; envueltas sus moles entre sombras fantásticas, y hablando al espíritu ese lenguaje misterioso que tiene por ideas las tradiciones de los siglos y por palabras las formas típicas de cada remoto pueblo: lenguaje mudo en su caudalosa elocuencia, y en el que las inscripciones suelen venir á ocupar la categoría de las importunidades, y la relacion de un CICERONE es casi siempre la desilusion mas ingrata.

Una ojeada en torno de nuestra posicion.

Aquí tenía sus jardines Lucio Domicio Neron, ÆNO-BARBUS (*barba de cobre*). Constantino levantó en su área una basilica, consagrada al Príncipe de los apóstoles, por suponerse allí sepulto el mártir pescador de hombres por la piedad del presbítero Marcelo, su discípulo. Nicolás V pretendió hacer una maravilla del templo, labrado para oratorio por San Anacleto Papa y consagrado por San Silvestre; pero estaba reservado á la emprendedora intrepidez de Julio II colocar en 1506 la primera piedra de un edificio que Leon X y sus sucesores concluyeron con gasto de mil doscientos millones de reales, y empleando los génius gigantes de Buonarotti, Vignola, Maderno y Bernini en su construccion, como ostenta en el interior exorno los alardes artísticos de Senese, Chivoli, Arpino, Mocho, Quesnoy, Pomeranchini, Fontana, Marata, Llegrot y Pasignano. La columnata representa el pensamiento osado de Bernini y la suntuosidad de Alejandro VII. El obelisco que se lanza arrogante al espacio desde su ciclópeo basamento en medio de la plaza, y que sostuvo sobre su punta granítica la urna cineraria de Julio César, denuncia la resolucion heróica de Sixto V y la audacia sorprendente del caballero Fontana que sacó al disforme monólito del rendimiento en que yacia. Nos recrea la caída del agua en dos laterales y bellísimas fuentes, á guisa de lluvia y con arrullo tristemente monótono. La galería que corre sobre la escalinata destaca su estatuaria procesion, como una cohorte de sombras, deslizándose calladas y en buen orden para rondar el circuito del santuario. El aire, perfumado al pasar por las *villas* ó palacios rodeados de jardines, y húmedo un tanto por las exhalaciones del impetuoso Tiber, parece gemir al estrellar sus ráfagas en la inmensa cúpula desde donde contemplamos á Roma. Una mirada aun á nuestros piés, y recordemos que por esa escalera de mármol blanco y de veintiuna gradas subió en 774 Cárlo-Magno de rodillas hasta donde le aguardaba el Pontífice Adriano I, y que desde ese balcon de piedra del frontispicio portentoso el vicario de Cristo

dirige su bendicion *urbi et orbi* (á la ciudad y al mundo).

Tended la vista en redor, y las torres, cúpulas, agujas, remates y linternas de los templos católicos se distinguirán en los catorce *RIONI* (barrios) de la escelsa capital, como otros tantos vigías de la civilizacion fundada en la fraternidad de los hombres. Allí, en el monte Celio y en el palacio de la patricia familia Laterana, está la basílica áurea, consagrada á San Juan; madre y cabeza de las iglesias del mundo; Jordan purificador del César Constantino; ilustrada por cinco célebres concilios generales desde Calisto II en 1122 hasta Leon X en 1517; templo episcopal que preside el Sumo Pontífice como obispo de la romana diócesis. Allí, en el monte Esquilino y debiendo su fundacion á un milagro, se halla á Santa María de las Nieves, ó *LA MAGGIORE*, llamada del pesebre tambien por el que sirvió en Belen de cuna al Verbo humanado. Hacia el centro de la ciudad descuella Santa María de los Mártires, ó *la ROTONDA*; panteon de Agripa, votado al honor de los dioses del Olimpo pagano, y único monumento íntegro de la idolatría de que enseñoreose el cristianismo. Allá en el campo Marcio, junto á la muralla, puerta y via Flaminias, descúbrese á Santa María del Pópulo, erigida sobre el depósito de las cenizas de Neron; donde se guarda como una joya sin precio el retrato de la madre del Dios-hombre, debido á los pinceles del apóstol Lucas, y dando vista al campo *MALEDETTO* en que se entierran como alimañas á las meretrices que acaban impenitentes el curso de sus malaventurados dias. Santa María de la Minerva campea mas acá, elevada como una enseña de triunfo en el área del templo que Pompeyo dedicó á la diosa de la sabiduría pagánica; teatro de la abjuracion de los reos del Santo Oficio; panteon de cuatro Pontífices, y cónclave donde fueron electos Eugenio II y Nicolao V; ostentando delante de su pórtico un obelisco de granito de veintitres piés de altura sobre los lomos de un elefante de mármol. Próximo al Capitolio se apercibe á Santa María de Araceli, ocupando secciones del terreno en que lucian su magnificencia el pala-

cio de Augusto y el templo de Júpiter Feretrio, y engalanándose con la gradería de ciento veintiocho peldaños marmóreos y las columnas admirables del templo de Jove Quirino. En el monte Janículo, á corta distancia del arruinado templo de la sibila Tiburtina, y en el propio lugar en que sufriera el martirio el apóstol máximo, está San Pedro in MONTE AUREO, que debió á la munificencia del católico rey Fernando V una reedificación asombrosa, y murado cerco y espaciosa escalera á la devoción de Felipe III el *Piadoso*: iglesia que decora el cuadro de la Transfiguración de Rafael de Urbino. San Pedro *ad vincula* échase de ver en lontananza; conteniendo en su recinto el Moisés de Miguel-Ángel, y las cadenas que en Jerusalem y Roma aprisionaron á San Pedro, unidas milagrosamente á su primer contacto. En aquella eminencia, donde hicieron saltar al filo de la espada la cabeza del apóstol de las gentes, y cada uno de sus tres saltos hizo brotar una fuente milagrosa, gallardease la basilica de San Pablo *delle tre fontanne*. Deste otro lado se divisa á Santa María de Campo-Santo, con su cementerio de peregrinos, hecho con tierra traída de Jerusalem, y que segun es fama, consume la carne de los sepultados en el espacio de un dia, dejando limpios los huesos. En aquella margen del Tiber undoso merece una ojeada Santa María di Transtevere, primera iglesia edificada públicamente en Roma; con harta razon preciada por sus veintitres columnas de granito oriental; siendo una leyenda curiosa la del destino de la columna vigésima cuarta que se dice conducida á Praga por el diablo en una noche tormentosa. En la falda del monte Aventinó reparad el santuario de Santa Sabina, y sabed que en uno de sus aposentos discurrieron sobre sus respectivas y evangélicas misiones Domingo de Guzmán, Francisco de Asis y el santo carmelita Ángelo. En el *rione* ó barrio de Ripa notad la humilde iglesia de San Alejo, donde muestran á los fieles la escalera en cuyo hueco vivia y murió en casa de Eufemiano, su padre. Al Este de la ciudad santa y fuera de sus muros reparad en San

Lorenzo, que tiene en Roma dos templos á su advocacion en los lugares de su encarcelamiento y de su martirio. Inmediato á la puerta latina mirad el Santuario que lleva el nombre de San Juan Evangelista, y construyóse en el sitio en que Domiciano hizo echar al amado discípulo en una caldera de aceite hirviendo, de que salió ileso el hijo encomendado á María para el destierro de Pátmos en donde escribió su Apocalipsis. Ya que girais la vista hácia el Capitolio detenedla un punto en San Pedro *in carcere*; prision labrada por decreto de Servio Tulio y que mandó renovar el prefecto Mamertino; encerrando á Pablo y Pedro, y convirtiéndose en iglesia por la piedad de Constantino y la consagracion de San Silvestre. Si alguna vez visitais su interior os enseñarán un hueco en la tosca pared; señal del choque de la cabeza de Pedro, empujado con violencia feroz contra el muro por sayones crueles. Aquel es el campo Vachino, donde estaba el lago de Curcio, y el edificio que en él descuella es Santa María Liberatriz. Santa María de las Plantas es aquel templo que ha sustituido al de Marte de las cien columnas, y en aquel mismo lugar se apareció el Salvador á San Pedro fugitivo de Roma, reconviniéndole por la debilidad de sustraerse á su destino; moviéndole á tornar á la metrópoli, y dejando profundamente impresas las huellas de sus divinos piés en una piedra. Ahí donde se encuentra á Santa Francisca Romana es tradicion comun que cayó Simon el mago; enemigo de los apóstoles y declarado rival de sus prodigios.

Reposad un momento, y concluyamos esta revista á vuelo de pájaro de las basílicas cristianas con fijar la atencion por cortos instantes en dos dellas, que interesan demasiado á los españoles para que escapen á nuestra inspeccion.

Hé ahí el JHESUS; la casa matriz de los jesuitas; albergue modesto de Ignacio de Loyola en 1540; gérmen de la obra que habia de abrazar al mundo; cuna del instituto, nacido para combatir la insubordinacion depravadora en nombre de la fé que salva y de la obediencia

que enaltece al cristiano, domeñando el instinto de la soberbia diabólica. El cardenal Farnesio en 1568 confió á Vignola el plan de su engrandecimiento portentoso, y mas que su traza, exorno y riqueza la subliman el sepulcro del oficial cántabro, caballero de la Virgen, y autor de una regla que ni admite punto mas ni permite punto menos; el brazo de San Francisco Javier, Loyola del nuevo-mundo; los rastros de la residencia de San Francisco de Borja, Salmeron y Lainez, y el mausoleo del sabio y virtuoso cardenal Bellarmino.

Santiago de los Españoles, en la plaza de Naona, es fundacion de un Infante de nuestra patria, aunque data su mayor lustre del patronato del obispo de Ciudad-Rodrigo, D. Alonso Paradines, quien instituyó hospedería y hospital para los peregrinos de España; estremándose en embellecerla el Papa Alejandro VI y dedicándola especialmente al Apóstol patron de Iberia. Contiene los sepulcros de egregios varones hispanos, y las limosnas, dotes y obras pias prueban el espíritu generoso de la nacion que sustenta la prez del santuario bajo la proteccion especial de nuestros reyes, representada eficazmente por los embajadores acreditados cerca de la Sede Apostólica.

¿Quereis ahora pasear la vista por los despojos de la antigua Roma?

Esperad un momento. La luna en cuarto menguante despide una macilenta claridad, muy favorable por cierto para difundir una tinta funeraria sobre los escombros de la grandeza, condenada á perecer para dar paso á la nueva ley de la humanidad, y servir de escarmiento al engreido orgullo del hombre cuando se erige en sémi-dios.

Vamos á revolver entre las desigualdades escabrosas del terreno y las malezas que crecen entre ruinas los huesos esparcidos del gigante, que espío en horrenda y larga agonía tantos años de crímenes y tan dilatadas épocas de dominacion absoluta sobre el universo.

Hé aquí lo que nos ofrece: truncadas columnas; der-

ribados pedestales; arcos mutilados; fragmentos de vistosas cornisas; destrozados pórticos; piras entre el polvo y estatuas maltratadas.

Allí teneis los carcomidos muros del Coliseo, que ordenó construir el emperador Vespasiano, triunfante del pueblo judío, y terminóse en tiempo de Tito; dedicándose á la diversion de la degenerada multitud, adormida en el envilecimiento de la servidumbre, y cambiando los fueros de sus padres por juegos y pan. Ese es el famoso anfiteatro de Flavio, enclavado entre los montes Palatino, Celio y Squilinum; capaz de contener mas de diez mil espectadores dentro de su óvalo; edificado de pedruscos y cantos de tiburtina; conservando al norte el esqueleto ennegrecido de sus paredes, azotadas por las lluvias, cuarteadas por los vientos, y mostrando el espacio por sus profundas grietas, cual muestra sus encías sin dientes la risa de un decrépito; derruido al sur y decubriendo el área de los gladiadores que saludaban al César antes de morir. Totila en la irrupcion de 528 vino á vengar á los sacrificados al sanguinario placer de las luchas de hombres y fieras y á los mártires de Cristo, asolando aquel lugar abominable; y su horda abatió muchas partes dél para sacar las abrazaderas y lañas de bronce que servian de entrabe á las piedras de sillería. Por espacio de diez siglos los romanos, desdeñosos á los recuerdos gentiles, estrajeron del anfiteatro como de una cantera materiales para cimientos de nuevas habitaciones, y la Providencia permitió este desden para que no quedase esperanza de restaurar el monumento de la barbarie á que conduce la civilizacion material, cuando mata al espíritu en provecho del fugaz esplendor de Babilonia, Palmira, Salamina y Platea.

El circo máximo, sito en el monte Aventino, apenas permite registrar sus vestigios dispersos, y algunas murallas desgajadas denuncian, inmediatas al palacio *Másimi*, la existencia del ponderado teatro Marcelo, favorito de la clase patricia. El antiguo Foro yace á treinta y cinco pies mas bajo que el piso del Foro romano, y

sin la indicacion de un guia casi no se reconoce aquella roca, á quien dió su nombre la desleal Tarpeya, y de cuya cima se despeñaba á los criminales. El monte Palatino es una cárcel miserable. Los acueductos que abastecian á la Reina del globo de cristalinas aguas, encauzadas á costa de fabulosos dispendios, no conservan ni las formas de su construccion primitiva. Las obras subterráneas, modelos de higiene, policia é inteligencia arquitectónica, están cegadas y obstruidas por cascotes y tierra; conservándose para formar juicio de este género de obras la *cloaca máxima*, objeto de estudiosa atención de parte de peritos y curiosos.

Mirad el templo de MINERVA MÉDICA; alegre y pintoresco hasta en las ruinas de sus columnas de alabastro y en el corte de sus muros que festonea la yedra; encubriendo bajo su follage de un verde oscuro las injurias del tiempo devorador. Aquellas tres columnas de mármol blanco, subsistiendo entre derruiciones adherentes, pertenecen al templo fundado por Trajano en honor y memoria de Nerva. Estotro remóntase á los dias de la guerrera república y fué consagrado á la fortuna civil.

Aquí estuvieron las termas de Diocleciano, dónde cómodamente se bañaban tres mil personas á la vez; y en el cuadrado inmenso de este edificio, importacion de la molicie asiática, la edad moderna ha construido las basílicas de San Bernardo á Términis y Santa María de los Angeles, dos plazas de vasta extension y deliciosos jardines. Cálculos arqueológicos, frutos de investigaciones eruditas y de escrupulosas observaciones, alcanzan solo á señalar las probables áreas de las termas de Domiciano, Tito, Trajano, Adriano y Antonino, de tanta nombradía histórica.

De los nueve arcos triunfales que de los anales romanos constan, hé ahí el que ha llegado hasta nosotros entero, y resistiendo entre todos la accion disolvente del tiempo voraz. Por bajo dél pasó Constantino vencedor, y el triunfo del primer Emperador cristiano ha merecido el respeto inviolable de los siglos y de las generacio-

nes, como primera página de la nueva era. El votado á Séptimo Severo muestra maltratados lastimosamente sus bajos relieves y delicados adornos. Los de Claudio Druso y de Tito, mas antiguos que todos los demás, han padecido en mayor escala los agravios de los años que huyen veloces como dice el poeta Horacio en sentida que-rella á su amigo Póstumo.

¿Dónde clavais los ojos con insistencia pertinaz? Yá lo descubro.

Esa es la columna Trajana, erigida por el senado en tributo á las hazañas del generoso Emperador; de ciento cincuenta y cuatro pies de altura; compuesta de treinta y cuatro trozos de mármol blanco; ceñida en espiral y con veintitres vueltas por una faja en bajo relieve que representa los hechos principales de las legiones en dos campañas contra los Dacios; ofreciendo en su parte interna una escalera de caracol de ciento ochenta y dos gradas por donde se asciende á su remate con holgura. Sixto V substituyó á la estatua de Trajano de dorado bronce con la del Príncipe del Apostolado; prefiriendo al vencedor de la Dacia por las armas de Roma el vencedor del mundo antiguo por la fé y la palabra. Mas allá, en la plaza Colonna, de la propia altura que la Trajana, ved la columna Antonina en holocausto á Marco-Aurelio, el emperador filósofo.

Una palabra aun sobre la Roma antigua que no descubren vuestras indagadoras miradas.

En esa ciudad que se divinizó á sí propia como Nabucodonosor, creando la idolatría bajo la forma de su derecho, existian mas de quinientos santuarios: unos consagrados á las divinidades de superior gerarquía y por consecuencia sin techumbre; otros con destino al culto de dioses subalternos y sémi-dioses; gran parte dedicados á principios políticos como la libertad, á sentimientos nobles como la piedad filial, ó á memorias insignes como el de la Paz, que alzó Vespasianó en recuerdo de la toma y saqueo de Jerusalem. Mas de cuarenta pórticos, con establecimientos mercantiles, donde se vendian los

productos y artefactos de todos los países de la tierra cubiertas ó al aire libre sus galerías; hermoseados por multitud de columnas, estatuas, cuadros y adornos han sido absorbidos por el terreno en que se levantaban ostentosos, desafiando el poder de los siglos. El Capitolio, los jardines de Salustio, la casa dorada de Neron, los parques sin rival de Lúculo, las termas de Caracalla, el templo de Apolo Palatino, accion de gracias de Augusto despues de la batalla de ACTIUM y el templo de Marte, elevado por el dictador Sila, no tienen mas rastro de su esplendor que el consiguado en la historia, y ni un muro en esa ciudad, ETERNA por antonomasia. El templo de Júpiter Capitolino, declarado por el mayor y mas rico de la metrópoli imperial, no marca en sus pobres ruinas la ópulencia increíble que le decoraba, rebosando al exterior en el dorado bronce de sus puertas colosales, de sus nichos y tejas. Como redujo á polvo Moisés al becerro de oro de los israelitas, la ley de gracia precipitó en la nada al primer altar del invasor dios término del pueblo-rey, á la columna miliaria, sita en el campo Vaccino, y punto de partida para las comarcas itálicas por quince vias que remedaban obras de los Titanes que se atrevieron á escalar el Olimpo. Augusto edificó un mausoleo para su familia, de figura circular y con tres altos; coronado por su estatua y circuido por columnas y árboles, y ni una piedra se mantiene en pié para atestiguar que allí estuvieron las cenizas del sucesor de Julio César y las de sus consaguíneos y afines. Aquellas estatuas del templo de Marte, que apercibidas de lejos parecian una cohorte, precipitáronse en el caos de la revolución de los tiempos con las de Horacio Coelés, y la animosa Clelia, y oprimiese el corazon al registrar el cadáver de Roma antigua y notar sus horrendas mutilaciones.

Apartad los ojos de esos escombros tristes y la imaginación de lo que ni aun tiene ruinas.

Por mas que os precien el boato de la antigua Roma creed, lectores míos, que la moderna en nada desmerece

de su fausto y de su arrogante supremacía. Ved si no el Vaticano, el Lateranense y el Quirinal, palacios de los romanos Pontífices; mirad el moderno Capitolio; paradmientes en el museo Pio-Clementino; deteneos en la basílica de *Santa Croce*, y decidme si desdeñarían los alcázares Neron ó Diocleciano; si retrocedería Pompeyo, estimando inferior el nuevo Capitolio al Capitolio antiguo, donde se otorgaban las coronas triunfales; si Augusto se juzgaria rebajado con abrir en su nombre el ilustre museo; si los Flamines creerían al templo indigno de sus graves ceremonias.

No existe la plaza romana que componíase de una circunferencia de catorce mil ciento noventa y cinco piés; pero en cambio la plaza del Pópulo con su obelisco, la Navona que ocupa el área del circo Agonal, la de España con su incomparable fuente, la *della Trinitá de Monti* con su escalinata suntuosa, la de *Monte-cavallo* con su monólito egipcio y sus caballos debidos al génio de Fidias y Praxiteles, la *Colonna* llamada así por la columna Antonina, y la *Barberina*, finalmente, lucen sin competencia en el mundo; pudiendo aun decirse de Roma que se distingue de todas las ciudades como el ciprés entre mimbres, segun la espresion de Virgilio; pudiendo grabar en sus puertas la ciudad de los Papas lo que escribia Propercio de la ciudad de los Césares:

«OMNIA ROMANÆ CEDANT MIRÁCULA TERRÆ:

NATURA HIC POSUIT QUIDQUID UBIQUE FUIT.»

Examinemos ahora las calles que sobresalen por su anchura, regularidad ó belleza: la de Ripetta, la de Babuino y la del Corso, de un cuarto de legua de longitud; paseo favorito de las gentes y teatro de las renombradas diversiones del Carnaval; la Maggiore; la Julia; las vías Sixtina, Felice y delle quatre fontane.

Observad la isla de San Bartolomé entre las curvas del turbulento y cenagoso Tiber, puesta en comunica-

cion con la ciudad por los cuatro puentes de Sant Angelo, Sixto, Fabricio y Cestio. Esa mole pesada y sombría es el castillo de Sant'Angelo, donde Hernando de Alarcón guardó como incorruptible alcaide á Clemente VII, tenaz adversario del emperador Carlos V. . .

Roma carece de malecones y muelles como los de Londres, Paris y Bruselas, y solo merecen atencion el porto di Ripa y los de la Legna y Ripetta en segundo lugar.

La ilustracion cuenta en esta ciudad esclarecida con institutos de reputacion envidiable, como la Universidad de la SAPIENZA y la Gregoriana en el colegio romano; el de PROPAGANDA FIDE, semillero fecundo de misioneros infatigables y oradores clásicos, y de cuyas prensas salen obras pias y defensorios del dogma católico en mas de treinta idiomas; con otros seminarios, escuelas gratuitas y aulas de enseñanza particular bajo la egida ó inspeccion del gobierno pontificio. Las academias se reparten entre sí todos los ramos del humano saber: la Teología, San Pablo, y la Religion Católica se dedican á las ciencias eclesiásticas; los ARCADES acogen á las notabilidades científicas; los NUOVI-LINCEI á los literatos de mayores prendas; la TIBERINA á los arqueólogos eminentes: la de SAN LUCAS á los artistas altamente dotados.

Las bibliotecas, museos y galerías brindan á los estudiosos instruccion selecta, modelos perfectísimos y muestras preclaras del génio en la edad moderna como en la remota; y en el Vaticano, en las bibliotecas Barberini, Alejandrina, Angélica y Casatanense, en los museos Clementino y Kircheriano, y en la Sapienza y San Lucas, nada resta que desear al espíritu mas inquiridor y ansioso de datos para amplitud de estudios.

¿Queréis formar idea de esos vastos y amenos palacios, de esas risueñas VILLAS, que contribuyen con su extension y grandiosidad á justificar el título de ciudad eterna? Pues tended la vista hácia el palacio Doria que Vitruvio no recusaria por obra suya; hácia el Rúsoli y Braschi, cuyas galerías tienen extraordinario mérito: el

Corsini en que falleció Cristina de Suecia, hermoseado por deliciosos jardines; el Farnese conservando como su mayor timbre los frescos de Anibal Carraccio; los Costaguti y Mattei, ricos en célebres tablas, lienzos y mármoles; el Borghese, Spada, Colonna, Albini y tantos otros; con las villas Médicis, Ludovici, Pámphili y Negróni que impresionan el ánimo tan agradablemente por su variedad y encanto.

Una mirada postrera á la capital del Orbe católico en su conjunto sorprendente.

Se divide en catorce RIONI; dos cuarteles á la derecha del Tiber, que son Transtevere y el Borgo, y doce en la izquierda del rio de tumultuosas ondas, á saber: Monti, Trevi, Colonna, Campo-Marzo, Ponte, Parione, Régola, San Eustachio, Pigna, Campitelli, Sant'Angelo y Rippa.

Descendamos de la soberana cúpula de la basílica de San Pedro para seguir el curso de nuestra historia.

El castillo de Sant'Angelo, en la antigüedad MOLE ADRIANA por estar allí sito el mausoleo deste emperador, es una masa enorme de seiscientos setenta y dos piés de circunferencia, rodeada por artillados baluartes de construcción irregular; rematando el extraño edificio en un ángel de bronce con espada en la diestra.

En frente de la sombría fortaleza que defiende por el N. O. á la capital se halla el puente de Sant'Angelo, lanzándose con elegancia de la isla de San Bartolomé á la orilla opuesta del Tiber, y adornados sus pretils soberbios con estátuas de mármol blanco en gran número y de mérito relevante.

Acaban de sonar las once en el reló del castillo. La luna en cuarto menguante despide una claridad escasa, y el viento confunde su inquieto susurro con el rumor de las ondas del rio, quebrándose en los pilastrones del puente.

Reina la calma en la naturaleza. La grandiosa ciudad deja extinguir sus luces; apaga sus ruidos, y abandona sus travesías á los aventureros y bandidos urbanos que la infestan y mantienen perenne la consternacion del vecindario.

Un jóven del pueblo, con la capa doblada al hombro, echado atrás el sombrero picudo y de anchas alas de la gente comun de Roma, y metidas ambas manos en los bolsillos de su calzon de BORGONZONE, avanza lentamente por la via inmediata al castillo y entra en el puente dialogando consigo propio.

—No hay remedio; (decia con amarga conviccion) es preciso concluir. Faltan quince dias para los diez y ocho meses del plazo, y mi tío no ampliará el término ni por un minuto. Cároló Bossi, que ha querido comprarme el derecho á la promesa de Páolo, conseguirá la mano de Marietta.... ¡Oh! Giovanni, Giovanni, es fuerza morir.

Y el trovador plebeyo terció su capa en 'un pretil del puente, y asomóse al río con centelleante mirada.

Una voz salió de sus piés, sonora y robusta; la voz de un barquero, con los remos suspendidos por favorecer la corriente el curso de su esquife, y que cantaba este original estribillo:

*«Dejad correr la bola
y al tiempo ir y venir;
la vida ola tras ola
dejemos discurrir.»*

—La vida ola tras ola dejemos discurrir, repitió con pausa Giovanni recogiendo su capa y poniéndose en camino.

Llegado que hubo al medio del puente se detuvo asaltado por un pensamiento doloroso.

—¿Y qué me resta que averiguar? dijo moviendo la cabeza tristemente. Ni el cardenal, ni el abad, ni el co-

ronel pasan de estériles promesas y vanas palabras. He perdido la inspiracion, y mi última trova ha disgustado al público hasta el extremo de aparecer en PASCINO una sátira contra mí. Ese extranjero que ha repartido su caudal entre los pobres para hacerse capuchino me acaba de contestar que no le queda un óbolo....

El lancharo repitió su estribillo alejándose en su barca al doble impulso de la corriente y del viento.

—La vida ola tras ola dejemos discurrir, reiteró Giovanni exasperado. Es fácil decirlo ¡NOME DIL DIÁVOLO! pero la muerte es preferible á mi situacion. ¡Perder á Marietta! Y que su padre la casará sin mas recurso. Triunfará el estúpido Bossi; y ella.... Ella inclinará su frente al peso de la desgracia: la palidez de la azucena en el semblante: la muerte en el corazon.

El mancebo entróse en un hueco entre dos pilares, cuyos extremos decoraban cuatro bellisimas estatuas de mármol. Puso la capa encima del antepecho, y arrojó el sombrero desesperado á sus plantas.

—Padre mio, exclamó tendiendo al cielo sus manos trémulas, no tengo valor para verla en agenos brazos; ni puedo soportar la idea de que me acuse llorosa de haberla abandonado á su cruel destino.

Ruido de cercanas voces interrumpió la plegaria doliente de Giovanni. Dos hombres de traza vulgar habíanse detenido cerca del hueco donde se refugiara el jóven, y trabaron animada conversacion.

—Por última vez, Genaro; (dijo uno, el de mas edad) mira lo que haces.

—No tiene mas salida; (repuso el otro con irritado y brusco acento) le hundiré mi puñal en el corazon.

—Te puede costar muy caro, replicó el interlocutor primero con eco persuasivo. Es un hombre valiente.

—Le aguardaré escondido en el recodo final del puente, Battista, y por la *madonna della pietá* que ese al-tivo señoron, metido á capitan de ladrones, morirá á mis manos sin pronunciar el nombre de Jesus.

—Mira lo que haces, Genaro: te lo repito.

—Me ha señalado la cara con su látigo, Battista; me ha echado ignominiosamente de la banda: á mí, el hombre favorito de Bergamasco. Es cosa resuelta, adios; y Genaro continuó su marcha con resolucion ardiente.

Battista encogióse de hombros con melancólica expresion, retirándose por el anden opuesto con presteza,

Giovanni con inspiracion súbita recobró su capa y calóse precipitadamente el sombrero.

CAPÍTULO III.

EL REY DEL CRIMEN.



UANDO Giovanni, deslizándose como una sombra á lo largo del andén y sin producir ruido sus pasos temerosos, hubo llegado al final del puente sin encontrar á nadie en su camino, ni por una ni por otra de las dos vías destinadas al peage, detúvose de improviso; preguntándose á sí mismo de donde provenia el impulso que le distrajera de la idea de poner término á su sér en las ondas cenagosas del Tiber para acudir en auxilio de un incógnito, amenazado de muerte por la feroz cobardía de Genaro.

El trovador no se fatigó mucho en investigar aquel misterio; porque en su naturaleza poética y escepcional habia frecuentes inspiraciones, infinitos presentimientos y multitud de impulsos irreflexivos: circunstancias todas que hicieron á los antiguos llamar *VATES*, esto es, inspirados, á los influidos por el poético númer.

La segunda cuestion que ofrecióse á su resolucion

urgente era mucho mas práctica que la primera. ¿Cómo conocer al hombre que amagaba el resentimiento del escondido en el hueco postrero del puente? ¿Cómo avisarle del riesgo que iba á correr en su descuidada travesía?

Giovanni recordaba una por una las espresiones del traidor, y repetíalas como un estribillo que debia dar asunto á sus procedimientos ulteriores; como el tema abre campo á tareas del espíritu en derivacion inmediata.

En esto fuese acercando un bulto á paso lento en direccion paralela á nuestro vigilante mancebo, resguardado con el tosco pedestal de la primera estatua del puente.

Era un hombre del pueblo, de la clase obrera al parecer, y venia tarareando la NICHIA, trivial y monótona canturía de la plebe romana, convertida mas tarde por el génio de Paganini en motivo de su caprichoso carnaval de Venecia; sin duda para demostrar que el génio, como hálito de Dios, hace maravillas del polvo de la tierra.

Giovanni dejó pasar al proletario, seguro de que no podia ser el caballero metido á capitan de bandidos urbanos, que acechaba el sanguinario rencor del hombre de confianza del célebre Bergamasco: ladrón ejecutado hacia seis meses, y cuyo suplicio presenció el poeta con emocion vivísima.

Aun no estaria el plebeyo en la mitad del puente de Sant'Ángelo cuando en la misma línea de los escondidos á favor de las estatuas apareció un caballero de continente militar, elevada estatura, y gallardo desenfadado en su marcha acompasada y recta.

El tricornio lucia una escarapela en forma de lazo de plata. Una capota blanca, con el cuello carmesí galoneado, envolvía su petit-uniforme, y el embozó permitia descubrir la vaina de su espada de faccion, de larga contera, su calzon de punto y sus grandes botas con guarda-empeines charolados.

—Este es mi hombre, exclamó Giovanni, influido por

uno de los movimientos adivinatorios de su alma privilegiada.

Salió á su encuentro resueltamente, y como abundaban en Roma los rateros y foragidos que hacian de noche su agosto, sin pizca de molestia de la guardia suiza, ni de los señores gendarmes pontificios, el caballero al apercebirse de que un desconocido sospechoso se le acercaba disminuyó la celeridad marcial de su paso, y dió tres silbidos flauteados y particulares, á modo de seña convenida para reconocer á determinada gente.

Como Giovanni no pertenecía á la gente que tenia por signo los tres silbidos mencionados, continuó avanzando hácia el caballero, quien paró en firme como un paladin de la tabla redonda; requirió su espada á juzgar por el movimiento de la capota y el ascenso de la vaina en arco de círculo, y preguntó con sonoro acento:

—¿Quién vá? ¡Hola! ¡alto, amiguito!

—Caballero, (dijo tranquilamente Giovanni, obedeciendo la intimacion del incógnito) si conoceis á un Genaro, hombre de la confianza de Bergamasco....

El desconocido dió un paso atrás y redobló su atencion á las palabras del mancebo que continuó intencionadamente sus salvadoras indicaciones.

—Si habeis cruzado con un látigo la cara de este Genaro, espulsándole de.... de una banda, entonces....

—Proseguid, interrumpió el caballero con tono imperativo.

—Entonces, repitió el poeta popular, pasad con mucho tiento por este anden y por las postreras estátuas de sus pretils, porque aguarda la oportunidad de alojar su cuchillo en vuestro corazon.

—¡Bravo! repuso con estoica serenidad el advertido. Y ¿por dónde os consta el hecho, camarada?

—Por un diálogo entre el tal Genaro y un Battista que le disuadia de su proyecto, sorprendido por mí que miraba al Tíber desde un recodo del puente y á la sombra de un grupo de estátuas.

—Eso es, replicó el sucesor del Bergamasco respon-

diendo á una interior consulta. Acercaos, buen amigo; (añadió con expresion de afecto) acercaos sin recelo, mil diablos, y que yo reconozca á mi favorecedor.

Giovanni no titubeó un segundo; porque mal podia tener reparos cuidadosos el hombre que habia venido á precipitarse en el Tiber para buscar el fin de sus angustias.

El incógnito le estrechó fuertemente la mano, mirándole de hito en hito.

El poeta observó entonces que el caballero se distinguia por la hermosura ceñuda de un Marte, y admiró el brillo fosfórico de sus rasgados y negros ojos y su bigote en dos bucles espléndidos, cayendo á lo largo de las comisuras de su boca hasta pasar de la barba y acariciar el peto de su uniforme, con solapas carmesíes.

—Muy bien: (dijo el mayor, pues tal aparecia su grado) y sin perjuicio de agradeceros tan noble como desinteresada conducta, estoy persuadido de que ese miserable fanfarron no se atreverá á salir de su escondite al reflejo de mi sombra.

—Puede ser, contestó Giovanni encogiéndose de hombros.

—Hacedme el favor de seguirme á larga distancia y por el opuesto anden y presenciareis la broma.

—Ya estais avisado, que era lo principal, señor. Lo demás no me importa un bledo.

—¡Oh no! respondió el mayor decididamente. Es preciso que seais testigo del desenlace, y que hablemos despues con algun despacio; porque no ha de ser inútil un encuentro tan original. ¿Estamos?

—Como gustéis, caballero, replicó Giovanni encaminándose al anden que el mayor le señalara y preparándose á seguir á lo lejos al héroe de la romántica aventura.

El mayor siguió su marcha con el mismo aire desenvuelto y arrogante del confiado en su fuerza y que no concibe la oposicion á su poder orgulloso.

Al aproximarse al punto en que Genaro aguardaba á

su presa el corazón de Giovanni latió aceleradamente; porque el bizarro militar ni anduvo un paso más de prisa, ni retardó su marcha en un solo compás de su progreso en matemática exactitud.

Separábanle diez pasos apenas del último pretil cuando de un salto precipitóse en el hueco donde habíase guarecido el malhechor, desapareciendo en las sombras del grupo de estatuas.

Giovanni quedó sin movimiento, contenida la respiración, y alargando el oído ansiosamente.

Una ráfaga de aire sopló con alguna fuerza, produciendo un silbido prolongado.

El amante de Marietta echó á andar precipitadamente y aguijoneado por una impaciencia extraordinaria.

Muy adelantada su escursión vió destacarse en medio del andén la elegante figura del caballero, embozado en su capota, y que repitió los tres silbidos de contraseña, dirigiendo la vista hácia el trovador de la plebe romana.

Giovanni pasó al andén contrario al que recatadamente seguía y llegó hasta emparejar con el sucesor del famoso bandido Bergamasco.

—¿Y el hombre? preguntó con fatigado anhelo.

—Estaba, respondió con fiero laconismo el mayor.

—¿Y dónde está, interrogó el sobrino de Páolo, estremeciéndose mal de su grado al eco de aquella voz sombría.

—En el Tíber, contestó el mayor señalando á las turbias aguas del río.

—¿Y cómo ha sucedido el lance?

—Le sorprendió mi acometida de tal suerte que parecía una estatua, bajada de su pedestal al piso del pretil.

—Y aprovechando su sorpresa...

—Eso es, apoyó el caballero sonriendo con maligna complacencia. Una mano á la diestra para inutilizar el cuchillo; otra mano á la garganta, y una rodilla estrechando el estómago.

—No profirió un gemido, ni un grito, observó con interés creciente Giovanni.

—Perdió el conocimiento, añadió con terrible calma el mayor. Entonces le así por la cintura: un empujon y al Tíber. Es regular que haya concluido por ahogarse. Era un bestia; inútil para lo malo como para lo bueno.

—Si hubiese tenido valor para descargar el golpe....

—Traigo una cota de seda donde se hubiera embotado. Es una precaucion preciosa que me enseñó cierto amigo, allá por Alemania, y que me tomo la libertad de recomendaros, camaradita.

—Gracias á Dios, estais á salvo de ese mal hombre.

—¿Le conociais?

—No por cierto: mi proceder nace de antipatia hácia el indigno plan, y de un sentimiento inesplicable en favor del hombre contra quien estaba asestada el arma alevosa.

—Seguidme, buen amigo. Iremos á la hosteria de maese Caraffa, donde nos servirán una apetitosa cena y dos botellas de legítimo LÁCRIMA-CRISTHI. De sobremesa charlaremos á nuestro sabor y extensamente.

—Estimando el favor; pero....

—No hay pero que valga, insistió bruscamente el sucesor de Bergamasco. Me escitais una simpatia indecible. Quiero hacer algo por vos; quizás mucho, y como no podeis sospecharlo tal vez, camarada. No hay que pensarle pues, y al frente: redoblado: marchen.

Giovanni siguió como un recluta las órdenes del mayor húngaro, Herman Huguell, á quien pocos lectores no habrán reconocido en el nuevo amigo del amante infortunado de Marietta; desapareciendo en su compañía en la silueta larga y pavorosa del enorme castillo de Sant'Ángelo.

En tanto el Tíber arrastraba en su rauda corriente el cadáver de Genaro Mala-vía; favorito cobarde y cruel del Bergamasco, resentido del moderno capitán de la banda; medio estrangulado por la presión de la diestra alcídea del maggiar, y ahogado en su caída al río en la

suspension de sus sentidos á efecto de la compresion del Hércules húngaro.

.

Mientras cenan el *maggiar* y Giovanni, supuesto que no se nos convida al banquete, entretengamos el tiempo en examinar la hostería de maese Caraffa, y en inquirir su tipo entre las casas públicas del Borgo por la revista de concurrentes ordinarios á sus reducidas piezas y en las horas de la noche principalmente.

Tengamos en cuenta que nos hallamos en una capital donde en materia de costumbres se toca el contraste de la edificacion mas alta y la depravacion mas perniciosa; cual en punto á público aspecto se admiran construcciones sin rival en el orbe al lado de viviendas mezquinas, de casuchas miserables y en torno de tugurios que afean y degradan á la metrópoli del catolicismo.

Bajo una consideracion y otra la hostería de Caraffa puede servir de modelo para formar juicio de la corrupcion de las clases inferiores en el pueblo romano, y de las cavernas en que se refugian el vicio y el crimen; gemelos que se corresponden con dolorosa fidelidad.

Allí la prostituta y el ratero, el asesino y una asociada á su horrible existencia, el encubridor y el foragido, el espía y el ladron, la envenenadora y el charlatan que vende específicos, el vago y el prófugo de cárceles y trabajos penales, la corredora de criadas y el falso mendigo, el aventurero y el perdonavidas, divídense en grupos, repártense en infectas salas, y cuchichean en intimidad. Allí no hay bailes, algazara ni ruidosas reyertas como en el *estaminet* ó en la *guinguette* de Francia. Allí no reinan la brutal embriaguez y el pugilato feroz de la taberna británica, ni los cantares, el estrépito y las pendencias de la tasca española. Allí se bebe en silencio; se conversa en particular y con cierta reserva desconfiada, y sobre todo, nadie se permite incomodar á sus vecinos, turbando el arreglo de sus respectivos y

culpables negocios. Roma, como toda Italia, educada bajo la férula de dominadores despóticos, ha adquirido el hábito del disimulo, y cierta especie de indolencia y hasta frialdad encubren el fuego de indómitas pasiones y la propensión á una exaltada y temible energía de su numerosa plebe.

La hostería de Caraffa en su parte material es un antro. Para los favorecedores que no se confunden con la canalla soez, acomodada en las comparticiones del piso inferior, hay una casa mas decente, unida por la rotura de una pared que antes la separaba del *pandemonium*. Para el sucesor de Bergamasco habilitó el dueño de la hostería la sala de la *madonna*, y es donde cena en compañía de Giovanni. Llámase esta sala de la *madonna* por un cuadro antiquísimo de la Virgen teniendo en sus brazos al niño Jesus: imagen acreditada por la devoción de la gentecilla, parroquiana del húmedo sótano, y que lucía las ofrendas de sus devotos, colgadas en el muro; ardiendo una luz en su obsequio, costeada á prorata entre la innoble clientela del redomado hostelero. El párroco intervino en la profanación de mantener una efigie y piadosos holocaustos, peculiares de una capilla, en el punto de cita de la gente *non sancta* del Borgo, hablando de llevarse al templo la *madonna*; pero Caraffa la retiró al mejor sitio de la casa contigua; permitiendo á los devotos el favor de subir á encomendarse á su amparo, y dando á la estancia un carácter de honrosa preferencia para huéspedes como el húngaro.

La cena ha concluido. Han retirado los platos y las botellas, trayendo un frasco de *lacrime-Cristi* y dos copas.

El vino que se consumió en la cena era de Frascatti, propenso á invadir el cerebro con sus vapores, y muy á propósito para disponer los ánimos á la expansión y á la confianza.

Giovanni á las primeras preguntas del húngaro desahogó su corazón en relato minucioso de su descuidada juventud, de sus adelantos músicos y poéticos, de sus

amores con Marietta, la obstinacion tenaz de Páolo, el plazo de diez y ocho meses, sus esperanzas desvanecidas de colocacion ventajosa, y la desesperacion que le devoraba.

Herman Huguell no perdió una sílaba de aquellas originales confidencias; alentándolas con su atencion profunda; escitándolas con espresivos gestos y frases de vivo interés cuando el trovador interrumpió su historia, fomentando con destreza la locuacidad comunicativa del mancebo á favor de brindis y libaciones oportunísimos; hasta moverle á revelar que habia venido al puente de Sant'Ángelo con el criminal designio de buscar la muerte en las arrebatadas aguas del Tíber.

Entonces trajo maese Caraffa el aromático LÁCRIMA-CRISTHI, que á fuer de licor exquisito debia concluir por dar al traste con el juicio y la reserva del jóven, y soltar la lengua del sucesor de Bergamasco, que hasta la fecha se limitara á seguir la narracion de Giovanni con espectacion ansiosa, y sin apartar la vista de aquel muchacho elocuente, hermoso y desgraciado al estremo de proponerse el suicidio por término de su situacion.

Llegado el generoso vino, mencionado antes, el maggiar destapó la botella, aplicándola á la nariz con la fruicion de un bebedor de inteligencia y práctica, é inmediatamente llenó las copas, invitando á su compañero á dejar el cristal limpio de un trago.

—No mas vino, señor, dijo Giovanni con hosca repugnancia; me sube á la cabeza y me hace latir las sienas: me se pone sobre el corazon y me lo prensa. Beber no hace olvidar *¡per Dio santo!*

—¡Arriba con él, amigo mio! exclamó Herman, alegremente escitado. ¡Trueno y sangre! ¡Arriba con él, y brindemos por vuestra colocacion, que es cosa hecha!

—¿Os burlais, señor? preguntó el mancebo, resentido por aquella jovialidad en contraste con su creciente preocupacion melancólica.

—Sois un impertinente, amiguito, repuso Huguell con su altivo desplante. Sabed que hace una hora que

me ocupo de vos, y á vuelta de alguna que otra tontería, algo disculpable en vuestra educacion de niño mimado, os encuentro excelentes proporciones para el empleo de mi secretario particular.

—Secretario vuestro! repitió Giovanni con estrañeza recelosa. Pero ¿quién sois vos, caballero?

—Es justo, replicó el arrogante maggiar con sonrisa afable. Me has referido todos los percances de tu vida, sin ocultarme una sola circunstancia, y tienes derecho á la reciproca; aunque no sea mas que saber nombre y profesion ¿no es esto? Bebamos y hablemos despues.

Apenas desocupadas las copas tornó á llenarlas el húngaro y empezó la conferencia.

—En primer lugar me contrarian tus necios amores con esa prima que....

—No hablemos de eso; *¡fulmin celeste!* interrumpió exasperado el amante de Marietta.

—Bebe, muchacho ¡á tu nueva fortuna!

—No mas vino, declaró Giovanni rechazando la copa luego de apurado su contenido con loca vehemencia.

—Enhorabuena, concedió Herman. Ahora bien, has tocado por tí mismo que no bastan el mérito, la fina voluntad ni los honrados pensamientos para colocarse en posicion holgada y capaz de garantías para el porvenir. Estos precedentes, hijo mio, te llevaban via recta á las aguas del Tíber.

—Es verdad, confesó Giovanni con acento de infinita amargura.

—Con la mitad siquiera que hubieses intentado en daño de la egoista sociedad, amigo mio, ya tendrias dinero, y Páolo te recibiria como un príncipe, y tu prometida...

—Dejad tranquila á Marietta: ella es un ángel.

—Vamos á lo que importa, ¿piensas continuar haciendo antesalas inútiles?

—De ningun modo.

—Te propones hallar un medio de que alargue tu tio el cercano plazo de tus esperanzas?

—No tengo un ápice de fé en este punto.

—¿Quieres ahogarte en el Tiber todavía, muchacho?

—No sé, respondió el interrogado con abatimiento. Es el solo recurso que me queda.

—No tal, mil diablos, contestó el fascinador personaje con audacia. Confía un poco en Satanás, y te aseguro que en premio de su holocausto serás feliz y tendrás á Marietta, si la sigues deseando aun.

—¿Sois vos Satanás? preguntó trastornado por la emoción y el vino Giovanni.

—Poco menos, replicó el hombre del uniforme de mayor prusiano con ademan de orgullosa importancia.

—Genaro decia que érais...

—Acaba, y nada temas, amigo, espresó Huguell con brusca familiaridad.

—Que érais un señoron, ingerto en capitan de bandidos.

—Y tenia razon en parte, confirmó el húngaro con audacia. ¿Conocias á Bergamasco?

—Le vi espirar en el patíbulo, dijo el mancebo.

—Era un hombre de arranques, pero vulgar en sus procedimientos; valiente, pero brutal y sanguinario; buen gefe, pero escogiendo mal los subalternos. Así cayó tan pronto, y dejó huérfana á su banda.

—¿Y vos entonces...?

—Yo pasaba por aquí en calidad de viagero curioso, algo mal traído por el juego en el reino de Napoles. Me puse en contacto con algunos de la banda, que no habian podido entenderse para sustituir al capitan, y les convencí que ninguno dellos servia para el caso; probándoles que hacia falta un hombre de mi temple, nacido para el mando; con dotes de organizador; bastante enérgico para imponer la sumision á los discolos; y que por su persona y astucia burlase las indagaciones de la pobre policia romana.

—¿Sois pues el sucesor de Bergamasco? concluyó el trovador popular examinándole con asombro.

—No por cierto, corrigió el húngaro fieramente.

Aquel era un poder dañino, mas de índole plebeya: uno de tantos transteverinos sagaces y emprendedores, que eslabonan su historia á la de predecesores en idéntica proporcion: un facineroso mas en esta metrópoli sin régimen ni vigilancia.

—Murió con poco aliento á la verdad, observó con tristado Giovanni.

—Le hicieron justicia. No llegaron á prometer un escudo por su cabeza, y le ahorcaron como á cada hijo de vecino que le toca su vez.

—Al paso que vos...

—Al paso que yo, repitió Huguell con engreimiento soberbio, he logrado convertirme en verdadero Lucifer de este infierno mundano de prostitutas, ladrones, asesinos, espías, facinerosos y malvados de toda especie: reino de precitos, que me paga el diezmo de sus crímenes en cambio de mi dirección soberana; porque yo soy el que retiene ó lanza ese tropel de miserables que ni sabian ocultar el puñal entre sus harapos: vasto imperio de seres fuera de la ley que han doblgado sus cuellos á mi yugo, y á quienes trato como gefe supremo, y castigo como señor absoluto.

—No sin riesgo de la vida, intercaló Giovanni gravemente preocupado.

—Cada rebelion produce un saludable escarmiento, arguyó el húngaro, y cada escarmiento contribuye mas y mas á que se afiance mi dominio. Yo paseo las calles con mi uniforme de mayor al servicio de Prusia, y mi pasaporte, visado por los cónsules de mi pais en el extranjero. No hay delito cuyos antecedentes ignore, cuya ejecucion no se me participe, cuyo fruto no recoja como un tributo á mi gerarquía.

—Los cautiverios de personas ilustres y opulentas...

—Esos cautiverios son una especialidad que me es privativa, añadió el cómplice de Wálter aspirando el incienso de la lisonja del amor propio. En dos meses de trabajos en esa línea hemos adquirido un capital cuantioso, y sembrando el terror en la ciudad conseguimos



7. Urrabieta dib.º y lit.º

Lit. de S. Gonzalez S. Clara 8 Madrid.

EL REY DEL CRIMEN.

que se espante la policía romana á la sola idea de habérselas con los que detienen á los naturales y extranjeros nobles y acaudalados, sometiéndolos á subidos rescates y manteniéndolos inaccesibles á las pesquisas protectoras de la autoridad.

—¿Y no temeis que algun día...?

—Confío en mi buena estrella, muchacho, repuso el maggiar con desdeñosa indiferencia á la idea del riesgo. Cuatro fortunas llevo consumidas, y la quinta, mil diablos, tomará mejor camino que las anteriores. Me queda poco tiempo de esta profesion: medio año á lo sumo; y despues iremos á viajar como lores de la Gran Bretaña, riéndonos á mas no poder de esta policía torpe de Roma que por toda noticia sabe que existe un *rey del crimen*, y se dispone á publicar mañana un bando sacando á pregon mi cabeza bajo el indicado pseudónimo, y prometiéndome mil escudos á quien ose presentarla.... ¿Qué te parece?

—¡Mil escudos! exclamó Giovanni mirando de hito en hito á su interlocutor. ¿Y os reis de ese anuncio?

—Me rio á mandíbulas batientes, recalcó Herman llenando su copa con negligencia aristocrática; porque la cuantía del precio demuestra las dificultades que supone la egecucion de tal obra, y no conozco en la capital del catolicismo un perillan bastante arrojado para acometer semejante empresa.

—Genaro no existe, dijo el trovador respondiendo á su pensamiento mas íntimo.

—Y aunque existiera; objetó el rey del crimen con frio menosprecio. Los afiliados á la banda pueden asesinar al gefe que los agravia ó los fustiga sin misericordia; pero nunca venderlos á la justicia, porque entonces infringen la coalicion constante de la familia criminal contra el poder público; y en esta sociedad, amiguito, el que pierde la confianza de sus compañeros estorba poco á los asociados, porque les estorba mucho.

—Sin embargo, señor...

—¡Pardiez! interrumpió el húngaro soltando la car-

cajada. ¿Has tomado á pecho el designio de asustarme?

—No tal; pero....

—¿Osarías tú vender mi cabeza por mil escudos?

Giovanni palideció, guardando profundo silencio.

—Pues como tú pensarán muchos, continuó el fingido mayor prusiano interpretando favorablemente aquel silencio del pensativo jóven; porque no se reduce la cuestion á dar el beso de Judas, sino que es necesario entregar materialmente la víctima á escribas y fariseos, y yo no soy de los que mandan envainar la espada y curan á Malco.

—Admiro vuestra serenidad, replicó Giovanni saliendo de una cavilacion siniestra.

—El hijo del capitan Francesco no es materia hábil para el crimen, esplicó Huguell con agasajadora benevolencia; pero el empleo de mi secretario particular no te obliga á servir de instrumento al delito, y se reduce á mi correspondencia privada, á poner al corriente las notas que recibo de mis subordinados, relativas á proyectos, informes y diligencias qué practicar, y á permanecer desconocido á los propios súbditos de mi imperio tenebroso.

—Me haceis un honor que no merezco; mas importa saber...

Una escala de silbidos flauteados, exactamente igual á la seña que usó el húngaro con Giovanni cerca del puente de Sant'Ángelo para inquirir si pertenecia á su banda, dejóse escuchar á la puerta de la habitacion que ocupaban nuestros comensales.

El mayor dirigióse á la próxima galeria con resuelto paso.

Giovanni se engolfó en meditaciones sombrías á juzgar por su arrugado entrecejo, por el fuego de sus torvas miradas, la contraccion de su boca en un gesto sardónico, y el violento escorzo de su cuerpo en la silla y contra la mesa.

—¡Insolente! murmuraba con sorda irritacion pensando en el maggiar. Se juzga á cubierto de toda clase

de tentativas contra su persona. No sabe que hay situaciones en que la desesperacion á todo se aventura; ni conoce la historia de David y Goliath... ¡Mil escudos! (repetia con afanosa insistencia) ¡mil escudos!.. Con ellos me recibiria en triunfo el codicioso Páolo; sucumbiera el animal presumido, Cárolo Bossi; y mi hermosa Marietta...

Giovanni enmudeció de repente, pasando la mano por sus cabellos, empapados en el sudor de la angustia.

—Marietta (prosiguió con pausa) ¿Aceptaré una fortuna que en rigor proviene...? Si; que será el precio de la sangre... Ella ¡tan generosa! ¡tan pura!.. ¡Oh fatalidad, fatalidad!

Y Giovanni ocultó el rostro entre las manos como si anhelara sustraerse á la persecucion de un fantasma.

—Pero ¿quién es ese hombre? (añadió aturdiéndose con un torrente de falsas ideas). Un bandido temible; enemigo jurado de la sociedad; una fiera en poblado.... ¿No recibe el montero el precio de la cabeza de un lobo ó de una onza?... ¿Cuánto mas vale destruir á ese desalmado foragido?... ¿Seria mejor hacerme su cómplice como acaba de proponérmelo?... ¡Necios escrúpulos!

La voz de Huguell resonó en la puerta de la estancia esforzándose en hacerse oír de un interlocutor que bajaba ya la escalera.

—Convenido, Bastiani. A las once nos vemos, y á las doce vamos á la calle del Corso, número 202.

—No hay mas que hablar, contestó el citado bajando con precipitacion la escalera.

El húngaro entró en la pieza de la Virgen, alcanzando su capa de la percha de que pendia.

—Chiquito, dijo al trovador, mañana te espero á cenar. Reflexiona bien el partido que te propongo, y si le aceptas me portaré contigo como cuadra al que se intitula rey, aunque lo sea del crimen.

CAPÍTULO IV.

A DIOS Y A LA VENTURA.



URANTE el pontificado de Clemente XIV (Juan Vicente Antonio Ganganelli) las complicaciones de la Sede Apostólica con las cortes europeas habian sido tantas y tales que hubieron de absorber toda la atencion de Su Santidad; apartándola del gobierno de sus estados de Príncipe, y del régimen de la ciudad, cabeza del orbe cristiano.

En efecto, mientras Su Beatitud buscaba términos de transaccion con la dominante escuela regalista, haciendo suprimir la lectura anual de la bula «*In cœna Domini*» en uso desde 1568; mientras cedia á las arrogantes pretensiones de Portugal arrojando el primer desaire á su iniciativa conciliadora: en tanto que gestionaba las devoluciones de Aviñon y Benevento, secuestrados al solio pontificio por el resentimiento poderoso de los Borbones, en auxilio de la actitud amenazadora del Borbón de Parma, y sacrificaba á la Compañía de Jesus al odio enconado de irreconciliables ène-

migos, el Santo Padre tenia demasiado que hacer para pensar maduramente en la buena policia de Roma, infestada de malhechores que crecian en número y audacia á favor de una impunidad lamentable.

Religioso franciscano como Sixto V, Clemente XIV no pudo purgar á la ciudad santa de esa lepra horrible de bandoleros que Félix Perreti extirpó á fuerza de severidad, multiplicados escarmientos y celosa vigilancia; de suerte que la católica metrópoli se vió convertida en triste modelo de poblaciones huérfanas de salvaguardia contra los atentados de una falange de salteadores, organizados en bandas, y cuyos gefes, conocidos de todo el vecindario, saboreaban el goce de una celebridad funesta, libre por entonces de la accion represiva del poder público.

Paschino, la famosa estatua de los anónimos, reclamó enérgicamente en inscripciones epigramáticas contra semejante desvalimiento de los ciudadanos, y como se hablara de continuo de las medidas próximas á publicarse en remedio de tamaño desórden, sin que apareciese una despues de reiterados anuncios, concluyó por escribir esta frase desesperada: *niente si sà perché niente si fá.*» (nada se sabe porque nada se hace).

El 23 de setiembre de 1774, cumpliéndose el vaticinio de la adivinadora Bernardina Renzi, el Pontífice Clemente XIV murió despues de atroces padecimientos que esplotó la calumnia, desmentida por la autopsia é informe de los facultativos; pero que unos achacaron á castigo providencial por haber entregado á la saña de adversarios tenaces á la mejor milicia de la Santa Sede; otros obstináronse en suponer fruto de una venganza misteriosa y terrible, y los menos esplicaron por incrucescencia de los acres humores herpéticos de Su Santidad que le producian accesos formidables en las estaciones calurosas.

El cardenal Juan Ángel Braschi resultó electo en 15 de febrero de 1777, tomando el nombre de Pio VI; y desde los principios de su pontificado hizo conocer á Roma y á todo el orbe que menos decidor y oportuno que

Ganganelli, tenia mas resolucion y tacto en abordar las difíciles cuestiones del Sacerdocio y el Imperio en aquella época de negocios árdulos y pasiones aviesas; preludios de una revolucion impaciente. Tras los disgustos de publicaciones impías que inundaban á Europa, popularizando las tesis condenadas como heréticas, y atacando con falsedades ó burlas los principios dogmáticos, el obispo de Miriofita, sufragáneo del elector de Tréveris, resistia reconocer como legítima la condenacion de su *«libro singular del jurisconsulto Febronio,»* dando margen á candentes polémicas y repugnando la sumision filial á la madre comun de los fieles. Las concesiones de su antecesor le fueron impuestas para confirmarlas por los regalistas triunfantes, y forzado á condenar la memoria y procederes de Clemente XIV, ó á pasar por hechos consumados, opuestos á su particular concepto y efectivo sentir, suscribió á los decretos hostiles fulminados contra la Compañía de Jesus, á cuyos proscriptos miembros dispensara en el infortunio señaladas muestras de afectuoso interés. El emperador José II, maníaco reformista, influido por los adalides del poder temporal, se entrometió en arreglos del orden religioso, tan prolijos, rebuscados y hasta pueriles que Federico de Prusia no le conocia por otro nombre que *mi hermano el sacristan*. Tomando por pretexto el patronato de la Iglesia en los dominios imperiales, el iluso José invadió de tal manera las atribuciones del Vicario de Cristo que Su Santidad, temeroso de producir un cisma por la via del rigor, recelando sensibles consecuencias de las negociaciones diplomáticas, y entendiendo caso de determinacion extrema cortar de raiz los abusos, decidióse á ir á Viena sin demora, y abocarse con el hijo de María Teresa, á fin de restablecer los límites de las respectivas potestades: línea de conducta de que no lograron apartar á Su Beatitud los combinados esfuerzos del emperador y de varios consejeros suyos.

En medio de estas zozobras crueles el venerable Pio VI (*hombre hermosísimo en cuerpo y alma*, como decia

el general Bonaparte) no pudo ver con indiferencia la situación escepcional del vecindario romano, y ya que la lucha con las rebeliones de los príncipes no le permitieron el espacio suficiente para proveer por sí mismo á la seguridad de sus vasallos, dando cuenta de los facinerosos, encargó este ministerio al caballero Nigra; persona de talento nada comun, vivo ingenio, actividad y energía. Nigra comenzó sus tareas bajo los auspicios mas felices, y pronto los bandidos romanos conocieron que tenian que habérselas con un enemigo sagaz y empuñado en su destruccion; pero cuando habían perecido en la horca cuatro ó cinco de los individuos de mas nombradía, y diez ó doce de sus envalentonados satélites barrian las calles, arrastrando las cadenas de la servidumbre penal, el *aria cattiva* hizo de las suyas en la metrópoli, y el aventajado ministro murió en la convalescencia de una cruda fiebre pestilencial.

Su Beatitud deploró la pérdida del hombre en quien habia depositado una merecida confianza, y nombró para sucederle á un teniente de policía, llamado el signor Faenza, por quien salió garante el cardenal Colonna; pero que carecia de dotes, y con la mejor voluntad del mundo no daba un paso que no fuese una torpeza; teniendo por añadidura la pretension de obrar de cuenta propia, y despreciando á mayor abundamiento los avisos y dictámenes de sugetos prácticos en la persecucion de la mala gente. Con semejante adversario los héroes de la rapiña volvieron á las andadas, y Roma que vió renacer el bienestar característico de los pueblos cultos en que domina la ley, afligióse ante la certidumbre de los desórdenes y violencias de las bandas, reorganizadas y mas feroces que nunca, como si intentasen vengar la inaccion á que Nigra las redujera, y ganar el tiempo perdido.

El signor Faenza iba y venia sin objeto y sin plan, y por su buena estrella dos resultados puramente casuales le ayudaron á disimular su palmaria ineptitud á la perspicacia del respetable Pio VI.

El famoso Varelli, gefe de asaltadores nocturnos, apaleó con inusitada brutalidad á su querida, y la Dalila del Borgo entregó á los filisteos al Sanson del Transtevere; disfrutando del espectáculo de su trágico fin en la plaza pública.

El atrevido Bergamasco trabó contienda con unos campesinos que daban música á sus novias, y herido en la cabeza de un palo, fué reconocido por la ronda que le halló como muerto en mitad del arroyo, conducido á la cárcel, y sacado de allí á pocos dias al suplicio para dar testimonio de que Faenza sabia esterminar á los criminales que la casualidad ponía entre sus manos.

Tal es el hombre que vamos inmediatamente á conocer; porque al regresar de su ronda nocturna le fué entregado un billete por el subalterno de guardia, en que se le demandaba una entrevista en la mañana del dia siguiente para disponer cierto asunto del servicio público de suma cuantía; firmando la concisa y misteriosa esquila *un hombre honrado*. Consiguiente á la solicitud del encubierto, el signor Faenza se constituyó á las siete de la mañana en su oficina, dando al guardian de su puerta la orden de introducir al que digese haber anunciado su visita por cédula en el dia anterior.

Faenza es un hombre de mediana estatura, obeso, vulgar en su tipo, mas revestido de ese aire de grave importancia, peculiar á las nulidades y medianías que á fuerza de barniz quieren hacer pasar el pino por caoba, consiguiendo su fin con frecuencia; porque no se llama vulgo á cuanto lo es. Todo el prurito del gefe de policía se concentra en parecer un artificioso Ulises, y á esta pretension sacrifica la claridad del lenguaje y la expedicion de los negocios; valiéndose de circunloquios y rodeos soberanamente ridículos; pero que alguna vez dieron el fruto de una estrategia singular.

La puerta se abrió por el vigilante de servicio, y se introdujo en el despacho nuestro conocido Giovanni; pálido; ojeroso; nublada la frente; la mirada calenturienta, y secos los labios por una irritacion estremada del siste-

ma nervioso. En la descompuesta fisonomía del mancebo era fácil apereibir los estragos de una lucha horrible entre la voz de ese interno juez que se llama la conciencia y los móviles del interés egoísta que disfraza los mayores excesos con un cúmulo de argucias y trampantojos fútiles.

Faenza conocía sobradamente al popular trovador, y ni sospechaba que él fuese el hombre honrado de la cita.

—¡Hola amigo! ¡vos por aquí y á estas horas! díjole con estrañeza. ¿Qué diablos teneis?

—Yo soy el que esperais, contestó el hijo del capitan Francesco con voz tétrica.

—No os entiendo, amigo mio; esplicaos.

—Yo soy quien ha escrito la esquila que debísteis recibir anoche.

—Veamos, ¿cómo la firmásteis?

—Un hombre honrado, respondió Giovanni sin poder disimular su humillacion y vergüenza.

—Bien venido y tomad asiento, dijo el funcionario adoptando una actitud oficial imponente al ver el giro que llevaba la cuestion. Tomad asiento, repitió indicando el sillón sito en frente del suyo y ante la mesa al turbado jóven.

El sobrino de Páolo arrojó su sombrero sobre una silla cercana; ocupó el sillón que se le habia designado por el gefe de policia; exhaló un suspiro de angustioso pesar, y dió principio á sus ingratas esplicaciones.

—Decidme, señor Faenza, ¿es positivo que se conoce un sucesor á Bergamasco?

—Es singular! exclamó el sucesor del caballero Nigra sonriendo. Estos poetas....

—Dispensadme, prosiguió Giovanni con agitacion febril. Yo deberia responder y no preguntar seguramente; pero mi posicion autoriza esta inversion rara del órden natural de las cosas.

—En efecto: un hombre honrado parece tener el derecho de alterar....

—No es eso, corrigió el mancebo con impaciencia. Se

trata de un importante descubrimiento mio, y que os puede producir utilidad grandísima, con provecho extraordinario del público.

—No teneis mas que hablar, caballero mio, repuso Faenza vivamente preocupado y curioso.

—Pero es el caso, añadió el amante de Marietta con enérgica resolución, que yo no ayudo á faenas lucidas de vuestros sabuesos por el honor de que me deis las gracias despues del lance.

—Hay fondos en el ramo para ciertas gratificaciones que permiten....

—No me habeis entendido y yo rehusó aclarar demasiado el particular por de pronto, agregó Giovanni.

—¿Y cómo se compone el negocio en semejantes circunstancias? interrogó Faenza contrariado.

—Principiando vos por responderme con verdad y lisura.

—Bonito contrato! replicó ceñudo el ministro. ¡Entregarme á vos, y dejaros libre de dar ú omitir satisfacciones! ¿Por quién me tomáis, caballero? Estaria gracioso el cuento.

—Es que traigo una captura cierta, fácil, inmediata y de inmensa pró.

—¿Del sucesor de Bergamasco? interrogó Faenza con los ojos centelleantes de codicioso afán.

—¿No se le conoce por el sobrenombre del *rey del crimen* entre la canalla?

—Sí, respondió el gefe de policía, redoblando su atención al halago de tan agradable promesa.

—¿Y se ignora su verdadero nombre?

—Tambien se le llama el gran diablo; pero no se sabe mas de su persona todavía, continuó Faenza sin notar que en el ánsia de saberlo todo condescendia con la propuesta de Giovanni.

—¿Importa mucho la prision de ese hombre?

—Yá lo creo, contestó el funcionario. Como que es el alma de la gente perversa de Roma. A él, Dios le confunda, se debe el impensado crecimiento de la banda

y esos cautiverios que me traen sin reposo, Pero, decíais que....

—Una palabra aun, le detuvo Giovanni con presteza. Dije que si importaba mucho su captura; esto es, señor mio, si se paga bien al que lo delate y entregue á la justicia.

—Es natural que se haga, y al que logre tal presa le garantizo una suma respetable.

—¿Es gratificacion voluntaria ó cantidad fija? preguntó el comensal del húngaro.

—Lo primero, dijo no sin titubear el señor Faenza.

—Entónces me han engañado, espuso Giovanni levantándose con desaliento. Me aseguraban que valia mil escudos la aprehension, y ya por ese dinero se esplica el sacrificio de un hombre.

—Sentaos, fuguilla, dijo el director de los hurones romanos con afabilidad chancera. Yo dispuse un bando en ese propio sentido y lo llevé á la aprobacion de Su Santidad; pero Monseñor Colonna me hizo presente que la bondad angélica de Nuestro Santo Padre Pio VI le impediria tasar la cabeza de un cristiano y sacar al pregon su esterminio con las fórmulas que se acostumbran en tales documentos. Convenimos de seguida en que el bando no se publicara, sin perjuicio de que se llevasen á cabo las promesas; y héle aquí autorizado por el cardenal Colonna, mi señor, datario apostólico, y secretario de Estado de Su Beatitud.

Faenza sacó el edicto de un cajon de su mesa de despacho, entregándole á Giovanni, quien devoró su con-testo con ansiedad vehemente; devolviéndole á su interlocutor despues de su afanosa lectura.

—¿Es preciso, manifestó el jóven con pausa, prender tambien al delatado?

—Indispensable, declaró Faenza, autor de las bases del edicto: ya lo veis en el bando.

—Pues á Dios y á la ventura, concluyó el mancebo. A la once iremos juntos á la calle del Corso, y yo dirigiré la batida contra ese lobo en forma de hombre, ganando los mil ducados en buena ley.

—Hasta las once, CARO MIO, contestó el sucesor del caballero Nigra, saludando con aire de benevolente protección al denunciante del húngaro que abrió la mampara murmurando.

—*Alea jacta est*: suceda lo que suceda.

El gefe de la policía romana dejó pasar un espacio de dos minutos y agitó luego la campanilla con violencia. El ordenanza se hizo presente.

—Mario, ordenó el señor Faenza, seguid á cierta distancia al jóven que acaba de salir de aquí y no le perdais de vista un segundo.

—Señor, no queda quien me reemplace en....

—Lo primero es lo primero, Mario. Dejad la puerta de mi cargo por ahora. Adios.

CAPÍTULO V.

CARA A CARA.



s demasiado comun en la metrópoli del catolicismo ver á los edificios mas insignes rodeados de casuchos deformes, medio derruidos, y en el mas sensible abandono, y encontrar en las calles mas céntricas y hermosas, habitaciones miserables y ruines, impropias de tan señaladas y diáfanas travesías. Por mas que haya quien juzgue poético semejante desorden, y defienda con título de variedad contrastes que tanto chocan, nosotros, como el vulgo prosáicos, y amantes de la armonía en las construcciones urbanas, convendremos en que da mala idea de sí un municipio que permite circuir de tugurios y antros las edificaciones que mas justifican la nombradía de la augusta capital; hiriendo la vista del extranjero observador con tamañas monstruosidades.

Hemos dicho ya que la calle del Corso es típica en Europa por su rectitud, anchura y principales casas que la embellecen, sirviendo de teatro á las diversiones del

Carnaval en el pueblo mas artistico y ruidosamente bullicioso que existe en el Universo, y añadiremos de paso para esforzar las amplias condiciones de tan notable via que durante los festejos de Carnestolendas corren por toda su extension y en competencia los caballos en libertad: carrera de fogosos y bien conformados brutos que entusiasmo y cautiva, porque allí es el animal entregado á sus instintos el que lucha y el que vence, á diferencia de esas carreras de Empsom en que jokeis ingleses como plumas cabalgan en esas anguilas con piés que la Gran Bretaña tiene la llaneza de llamar caballos.

En la mediacion de esta grandiosa calle nos encontramos al sonar las doce, y hé aquí que llegan dos sujetos cuya conversacion vamos á espiar, tan desconocidos como los génius invisibles de las leyendas del Oriente, y á pesar de que andan bien de prisa los seguiremos confundidos con las sombras de sus cuerpos que se dibujan en la extensa acera, bañada por el sol en la mitad de su curso magestuoso.

En el uno reconocemos al instante al húngaro Herman Huguell, fingido mayor prusiano, cómplice de Wálter Roche en la tragedia de *Chateau-Fleurí*, y denominado con razon el rey del crimen.

El otro que le acompaña es uno de tantos brutales seides del dominante maggiar.

—¿Estás seguro de que no ha salido ese hombre?

—Seguro, Eccelenza, respondió el interrogado en voz baja y siguiendo á la par con el húngaro sin osar mirarle; porque de otra manera Ludovico, ó bien Canaglia se adelantaran á participarnos la novedad y no los distingo á todo lo largo de la calle.

Huguell continuó acelerando el paso y en reflexivo silencio.

—Dime, Bastiani, (exclamó de repente, mas sin pararse ni acortar su marcha) ¿Habrás equivocado al sujeto?

—No ciertamente, Eccelenza, repuso el bandido con perfecta seguridad. Aunque habia mucha gente en la

iglesia de los capuchinos, alcancé á ver entre los que entraban por el átrio al individuo que me señaló vuestra mano con viva instancia y no se me escapó. Su cuello encarnado hizo que no le perdiese, y aunque hube de bregar entre la apiñada multitud con los esfuerzos desesperados de un nadador que se ahoga llegué hasta él; tomé sus señas; le seguí sin que lo notara cuando salió del templo, y supe quién era y dónde vivía.

—¿Será él? murmuró el *maggiar* desconfiando todavía del encuentro.

—El es, *Eccelenza*, apoyó solemnemente Bastiani. Las señas convienen de todo punto: el sablazo en la cara; la estatura de gigante; el bigote gris, rebelde á cubrir el labio; la mirada ceñuda; el cuerpo enjuto....

—El habla revesada, continuó Herman; la voz estentórea.

—Deso no puedo juzgar, *signore*, contestó el bandidero; porque ni tosió mientras le observaba y seguía.

El falso mayor al servicio de Prusia tornó á engolfarse en su profundo y sombrío silencio.

Bastiani miraba en direccion á donde tenia apostados á Canaglia y Ludovico; dos hurones de la banda.

—¿Y es él, Bastiani, el célebre extranjero que ha repartido entre los pobres un caudal cuantioso?

—Exactamente, *Eccelenza*, afirmó el bandido. Aseguran que pasaba de dos mil escudos su capital.

—¿No hizo esa donacion para tomar el hábito de los capuchinos, Bastiani?

—Así cuentan, *mio padrone*, concluyó el seide.

—Por la sangre de Cristo, Bastiani, aseveró el atlético *maggiar* con salvage energía. Si ese hombre es el que busco no profanará el hábito de los mínimos observantes. Tenlo por cierto, camarada.

—El *signor* sabe lo que hace y por qué lo hace, terminó con servil sumision Bastiani.

Huguell no volvió á desplegar sus lábios, y avanzaba con tanta premura que los transeuntes se detenian á ver pasar aquel gefe extranjero, tan arrogante y esbel-

to, tan fiero y marcial, y que adelantaba infatigable y sin apercibirse de la sensacion que su presencia producía en los curiosos.

El bandido al aproximarse al número 102 hizo un signo á su ensimismado rey; adelantándose á explorar si estaban en su acecho los hurones, y qué razon tenian del personage tan estrechamente vigilado.

El hombre que espiaban permanecia en su cuarto entresuelo, sito en el primer tramo de la escalera, y hacia pocos minutos que saliera de visitarlo un Reverendo Padre capuchino, ilustre misionero apostólico.

Bastiani retrocedió á comunicar sus informes á Herman, detenido á corto trecho.

El maggiar escuchó las noticias de su fiel subalterno con atencion estrema, y haciendo una indicacion imperiosa, que podía traducirse por la órden de aguardarlo, atravesó con presteza la calle, y se introdujo en el vestíbulo obscuro y ahogado del número 102; uno de esos tabucos innobles que tanto afean el ornato público en las vías de mas importancia en la ciudad de Rómulo y el Apóstol Máximo.

En frente del número 102 y en un portal inmenso, al abrigo de las entornadas puertas, vigilaban como centinelas de un bando de grullas Ludovico y Canaglia, á quienes mandó rudamente despejar Bastiani, encargado en esperar al monarca de la grey criminal de Roma, dando lentos paseos por la acera opuesta, como el que nada mejor tiene que hacer; y no son los vagos los que llaman la atencion de la reina del Tiber seguramente.

Huguell subió el tramo de la escalera que conducia al cuarto-entresuelo con cierta especie de temerosa precaucion, y llegado que hubo á la puerta del hombre que buscaba su encono se detuvo para tomar aliento antes de echar mano á la aldaba y dar tres violentos golpes.

Nadie contestó á la señal.

El húngaro hirió por tres veces y con mayor fuerza el llamador de bronce.

—¿Quién es? preguntó á lo lejos una vez bronca que hizo estremecer á Herman.

—Abrid, respondió este disimulando su eco brioso y claro timbre.

Pasos lentos sonaron cerca del porton, y el rey del crimen se hizo atrás, acariciando la empuñadura de la recta y larga espada que pendia de su tahali de cuero charolado.

—¿Quién és? repitió la misma voz.

—Un amigo, respondió el húngaro con su vibrante acento natural.

Sonó un cerrojo al descorrerse y abrióse la ventanilla con reja del porton, asomándose al hueco una cara surcada por la descrita cicatriz; cara de ojos tristes y de palidez mate; cara que nos trae á las mientes un antiguo conocido; pero cruelmente desfigurado por atroces padecimientos físicos y morales: la cara de Wandrillo Götting, el suizo; libertador de la inocente Cristina, aprisionada en la casita misteriosa de la Dubois.

El *maggiar* plantóse dominador frente al abierto postiguillo, imaginando que su solo aspecto iba á petrificar al hombre que le robara sus fondos en París, sustrayendo de sus dominios á la interesante huérfana.

—¿Eres tú, Herman? Te esperaba, dijo con inflexion tranquila el helvético.

—Abre, replicó con sonrisa sardónica el cómplice del inícuo abogado de Bruselas.

—Al momento, repuso el suizo levantando el pesado picaporte, franqueando la puerta, y concediendo la entrada con rara presencia de espíritu al adversario que mas debía temer.

Huguell vaciló menos de un segundo; pero lo bastante para que Götting lo advirtiese.

—Entra y vuelve á cerrar, advirtió á su antiguo colega y alejóse con imperturbable calma.

El húngaro dominando su admiracion, siguió las prevenciones del suizo.

—Por aquí, á la derecha, á mi cuarto, le intimó Wandrillo precediéndole siempre.

Herman mudo y siniestro marchó en pos del hijo del canton de Uri hasta una pieza pobremente amueblada con cuadros de última vida, media docena de sillones muy usados, una mesa de pino y una cama de banquillos con tablones.

—Siéntate, dijo el suizo dando el ejemplo con cierta dolorosa lasitud.

Huguell sentóse en frente del paisano de Tell, devorando con aire de reprimido furor aquella fisonomía melancólica; doliente; testimonio de duras pruebas y de abrumadoras penalidades.

—¿Me esperabas? interrogó por fin el maggiar, conteniendo su rencor dificultosamente.

—El corazón tiene presentimientos singulares, replicó Wandrillo con tristeza, y yo no sé qué voz de aquí dentro me decía que faltaba una cuenta que arreglar en los cargos de mi vida.

—Yá la solventaremos, contestó Huguell con sangrienta amenaza.

—Como quieras, repuso Götting con la indiferente espresion del hombre abrumado por los rigores de una suerte fatal. Gracias á Dios me encuentras en paz con el único que me puede infundir miedo.

—Te has hecho un santo varon, dijo el húngaro con punzante ironía, ya lo sé.

—Hé abjurado mi vida pasada, repuso sencillamente Wandrillo, y bien lo habia menester una vida como la nuestra, Herman; una vida empleada en abominaciones, en...

—Quizá salga de aquí convertido, interrogó el rey del crimen con insultante mofa.

—Tanto peor para tí si no sucede, concluyó Götting con sincera compasion hácia el contumaz.

—¿Y piensas entrar en el cláustro de los capuchinos?

—Así me lo habia propuesto; pero el hombre propone y Dios se reserva disponer.

—Yá me han dicho, añadió el húngaro con irrisoria amabilidad, que has dado á los pobres tu dinero.

—¡Mi dinero! exclamó el hijo de Urí con hondo pesar. ¡Maldito dinero! Él me abrasaba las manos como si fuese plomo derretido, Herman. Sabe que ese dinero se multiplicaba en los envites mas desconcertados; se hizo una pesadilla su angustiosa guarda para mí: y desde que le tuve en mi poder, aborrecí el vino que me trastornaba, de miedo de que me lo arrebatasen; huí de todo el mundo, temblando de que descubriesen mi tesoro y me lo arrancasen con la vida; no quería permanecer en un mismo punto, recelando que se apercibieran de mi escondido capital; viajando temia que me lo sintieran en el cinto que le sugetaba en torno de mi cuerpo. Apetito, sueño, reposo, todo fué sacrificado á esa posesion infernal. Bien caro pagué mi robo, Huguell, y si tú supieras cuanto...

—¡Basta! replicó el maggiar con menosprecio. Ese arrepentimiento es tardío.

—¿Por qué? preguntó Götting.

—Porque yo perdí ese dinero por tu causa, y hoy que venia á pedírtelo encuentro que lo has distribuido entre los hampones y vagamundos de Roma.

—Véngate si quieres, concluyó Götting con calma inagotable.

—Veamos, replicó Herman entreteniéndose en jugar con su víctima antes de despedazarla como lo acostumbra el tigre ¿cómo te ha entrado en el alma ese beato arrepentimiento?

—Aquella pobre niña, cautiva en casa de la Dubois...

—¿La que pusiste en camino de salvacion?

—Al despedirme della, en la misma puerta de un templo de Versailles, me dijo con su aire angelical y su voz tierna y suave como una música de querubines: «separaos de la mala senda y romped los lazos que os arrastran á una perdicion infalible,» y la invocacion de mi madre, santa y piadosa muger, dió mayor eficacia á una súplica que removió mis entrañas y despertó de su letargo á mi helada conciencia.

—Continúa, dijo Huguell alimentando su comprimi-

da saña con aquella relacion que iba suscitando el torcedor del remordimiento en su alma endurecida.

—Desde entonces, prosiguió Wandrillo vivamente escitado por tormentosas reminiscencias, la embriaguez no tuvo para mí convulsivas alegrías ni embrutecimiento; sino panoramas de sangre, rapiña, violencias, y enormidades espantosas. El juego era un manantial de fortuna que acrecia mis cuidados, y sombras tremendas, terrores continuos, y una fiebre seca y minadora se repartían mis dias y mis noches. Mírame bien, Herman. El dolor mas que los años ha encanecido mis cejas y mi barba, y hasta llegar á Roma no ha querido la misericordia de Dios abrir mis ojos á la fé y mi corazon á la esperanza.

—Refiéreme ese milagro de Roma, dijo el maggiar friamente.

—Búrlate (continuó Góttling); pero escucha y aprovechate, si tienes la dicha de alcanzar ese bien.

—Al asunto.

—Es muy sencillo. Entré en el convento de los religiosos observantes. Predicaba el mas sabio de los misioneros, Fray Andréa de Castellamare, acerca de la piedad infinita de Dios. Lloré y creí. Busqué el consuelo de la religion, y le he encontrado, Herman.

—¿Y estás absuelto en el tribunal de la penitencia?

—Lo estoy, respondió Wandrillo levantando la frente con serenidad. Lo estoy en nombre de Dios por el sacerdote de mi creencia, que es la tuya tambien segun entiendo. ¿No perteneces á una familia católica?

—Creo que sí, respondió el maggiar, cambiando de color á despecho de su alarde cínico é irrisorio.

—¡Creo que sí! repitió con acerba pesadumbre el helvético. ¡Ah Herman! Entra en tí mismo y reflexiona que....

—Despacio, católico flamante, repuso Huguell cerca de poner término á la farsa y entrar en la meditada y terrible solucion de aquella escena repelente. Despacio, seor catequista, que aun no sois padre misionero.

—Ni lo seré jamás, declaró con resignado sentimiento el suizo.

—¿Pues cómo?

—Seré un servidor de la comunidad capuchina, un lego, si á Dios place, y todavía es mas de lo que yo merezco, y con mucho.

—De suerte que en premio de tu edificante conversion, y en recompensa de haber repartido tu... nuestro dinero... mi dinero en rigor de justicia... ¿No te parece?

—El dinero del crimen, agregó Wandrillo con entereza; de tu crimen y del mio tambien. Continúa, Herman.

—Te otorgan el santo hábito, siguió el húngaro con refinada burla; si no de religioso, de lego; mas con él y tus alforjas al hombro, la vista baja, la barba luenga, y melosa y compungida la voz, irás de puerta en puerta cuestando para tu cofradía mendicante, y ganando nombradía de siervo de Dios, y... tal vez llegues hasta los milagros.

—Herman, cébate en mí; pero respeta las cosas santas.

—¿Y quién sabe? continuó ciego de ira disfrazada en befa el rey del crimen. San Francisco de Asis era hombre indocto; San Dimas no procedia de la mejor clase de la sociedad, y San Alejo se hizo santo en el hueco de una escalera. Tú, ignorante, desecho de la peor estofa, y con mas libre espacio, puedes recabar sin duda...

—Herman, le interrumpió Götting con eco inspirado, renuncia á la tarea de escitar mi bÍlis; porque lejos de irritarme tus palabras las acepto como una espiacion. Tú eras bueno, ó lo parecías cuando trabamos relaciones de amistad. Yo contribuí á precipitarte en la senda del delito, y ahora cuando yo comienzo á retroceder, tú vienes á cerrarme el paso, y yo me humillo ante la justicia soberana de Dios... ¿Qué mas quieres?

—Tu vida, infame, rugió Herman enardecido y poniéndose de pie con amago sangriento.

—Tómala, si vienes por ella, respondió el suizo sin la alteracion más leve.

—Tu vida, sí, repitió delirante el alcídeo maggiar y con acento cavernoso; porque al despertar de mi letargo en París, sin un escudo, juguete de tu astucia, y herido en todos mis intereses por tu inícuo proceder, juré por el alma de mi madre que había de confundirte donde quiera que pudiese echarte la garra; y ayer en la sombra del átrio en la iglesia de los capuchinos te descubrió mi vista perspicaz: te siguió un subalterno mio hasta inquirir tu albergue y aquí estoy.

—Te consta que pude negarte el acceso á mi habitación.

—Hubiese echado abajo la puerta.

—Podía llamar en mi auxilio al vecindario y á la fuerza pública por uno de mis balcones.

—Tu destino es morir á mis manos, dijo el húngaro rechinando los dientes con la rabia de un réprobo.

—Por eso dije que te esperaba, Herman, respondió el hijo de la Helvecia lacónicamente.

—Con hacer una seña, ménos aun, con un gesto, mis gentes, miserable, te hubieran esterminado á mis pies.

—¡Tus gentes! repitió Wandrillo con visible inquietud.

—Sí, aseveró Huguell con acerada ironía. Soy en Roma capitán de bandoleros y sucesor del terrible Bergamasco: una encarnación de Satanás con el sobrenombre del rey del crimen, gracias al chasco de París.

—¡Oh Dios mio! exclamó con abatimiento Götting. ¡Desgraciado!

—Acabemos ¿tienes armas?

—Sí: dos pistolas en este cajón, con las que podría defenderme si entrara en mi cálculo.

—Eres un cobarde, ya lo sé; (declaró el fingido mayor prusiano con escitación progresiva) pero los cobardes suelen defenderse bien cuando los acorralan, y tú manejas la espada y el puñal con la destreza de un práctico en la esgrima. Ahórrame un asesinato. Pelea por salvar tus días. Mátame en propia defensa ó muere en holocausto á una venganza que nada ni nadie alcanza á conjurar. Resuélvete.

Y el sargento desertor concedió espacio al suizo para procurarse un arma y combatir; pero Götting no se movió de su asiento.

—¿Me has oído? gritó el maggiar enteramente fuera de sí.

—Te espero: consuma tu obra.

—Has sido soldado antes de trocarte en santurron, añadió el cómplice de Wálter desesperadamente agresivo: recuérdalo, Götting, y decidete; porque uno de nosotros ha de caer exánime para que el otro levante el picaporte de la puerta y se ponga á salvo de la persecución.

Wandrillo miraba á su encarnizado ofensor con mirada compasiva.

—Mira que sabré obligarte á que te coloques en guardia. Te concedo un minuto de plazo.

—No puedo (contestó con humildad el suizo, sin variar de postura). Procede como te plazca, Herman.

Huguell con un movimiento veloz, desnudó su espada.

—No me alucinas con tu exterior hipócrita, dijole con teson furibundo, y si tardas en incorporarte, envilecida criatura, te azotaré la cara con mi acero.

—Hazlo ¿qué aguardas? replicó Wandrillo.

La espada brilló como un relámpago; silvó como una fusta, y botó del semblante del libertador de Cristina, dejando un largo equímosis sanguinolento y amaratado por marca del ultrage.

El hijo del canton de Uri lanzó un grito de chacal, y sus ojos despidieron un rayo tan deslumbrante que el agresor dió un paso atrás involuntariamente.

Pero iluminado por la gracia divina el antiguo soldado al servicio de Prusia tornó la espalda á su enemigo que iba á triunfar como instrumento del espíritu tentador, y echándose de bruces sobre la mesa ocultó la faz entre las manos, como los mártires de la primitiva Iglesia ante las fieras del circo.

—Tú lo has querido, muere, clamó el rey del crimen atravesándole con su espada.

Wandrillo vino al suelo al sacar el arma de su cuerpo el enconado homicida.

Abrió los ojos el helvético y clavó su mirada postre-
ra en el que le había inmóvilado á sus rencores.

Sus labios se movieron sin fuerza para articular un
sonido; pero Herman, espantado de su obra infanda,
tradujo fielmente en aquel movimiento de una boca ja-
deante con el estertor de la agonía una frase evangélica
y sublime:—» *Yo te perdono.*»

Aterrado arrojó lejos de sí la espada, teñida en san-
gre caliente, y se lanzó fuera del aposento, como Cain
cuando huía de dar cuenta al Señor del exterminio de
Abel.

Llegó á la puerta con la respiracion anhelosa: abrió
el picaporte, y sin acordarse de cerrar, ni de entornar si-
quiera, puso el vacilante pié en el peldaño primero de
la bajada, cuando una voz trémula, aunque pugnan-
do por vibrar imponente, le dió el grito medroso de
«¡alto á la justicia!»

Herman recuperó un tanto su presencia de espí-
rita; y así como una súbita y profunda impresion disi-
pa los densos vapores de la mas pesada embriaguez, el
peligro positivo del momento amortiguó las lúgubres
emociones del recién consumado crimen.

Giovanni con un par de pistolas apuntaba al húnga-
ro sin osar mirarle á la cara. Faenza un escalon mas aba-
jo tenia en la mano su ligero espadin, y escalonados in-
mediatamente distinguíanse á una docena de hombres
de policía, armados hasta no poder mas, y en actitud de
avanzar á la primera indicacion de su gefe.

—Daos á prision, intimó el signor Faenza con voz
mal segura.

—Muy bien, señores, exclamó el maggiar toman-
do rápidamente su partido.

—¡A él! gritó Giovanni trastornado por un terror
invencible.

—Entregaos sin resistir, declaró Faenza; porque sois
conocido, y nada ganais con hacer armas.

—Prometeme no maltratarme y me entrego, dijo Huguell, anonadado por el recuerdo de Götting.

—Fiad en mi palabra de honor, dijo el sucesor de Nigra llevando la diestra al pecho con solemnidad.

—Cúmplase mi destino, concluyó Herman desechando todo proyecto de evadirse ó vender cara su vida, como lo pensára antes.

En un punto los esbirros, bajo la vigilancia de Faenza, registraron con los miramientos compatibles al asesino de Götting; le sugetaron los codos y las muñecas, aunque sin estremado rigor, y mientras uno entraba á registrar el entresuelo, los demás rodeando al cautivo le hicieron bajar el tramo lentamente y con seguridades recelosas y harto justificadas.

Giovanni estaba parado frente al número 102 en la acera opuesta.

El preso le clavó una mirada entre lastimosa y de reconvencion doliente y continuó su ruta.

—Morirás, Judas, dijo á su espalda la voz ronca de Bastiani que se confundió en un curioso grupo cercano.

Cuatro horas despues de la captura de Herman Huguell penetró en el domicilio del signor Faenza el trovador Giovanni, en trage de campesino de la campiña de Roma; nublada la faz por una preocupacion de terror supersticioso; echado á la cara un sombrero de alas enormes; envuelto en una manta de Ancona de ligero tegido, y demostrando al menos perspicaz que en aquel espíritu hay una de esas perturbaciones profundas que destierran para siempre la franca alegría y la sabrosa paz del animo.

El tio Gaetano, alquilador de bestias y veredero famoso, montado en un soberbio mulo con lujosos jaeces, y llevando de reata otro, no de menos vigor ni composura, seguiale á corta distancia, y pasó de largo al introducirse Giovanni en casa del gefe de la policia pon-

tifical para ir á esperarlo en una plazoleta inmediata y cerca de una fuente, donde los animales tomaron refrigerio, preparándose para una jornada bien ruda y fatigosa.

Mas de media hora tardó el amante de Marietta; pero el viejo conductor, acostumbrado á toda especie de retardos, é indiferente á todas las determinaciones del viajero que le tocaba acompañar y servir, aguardó al sobrino de Páolo, entretenido en seguir el ensanche de los círculos que forma el chorro en el agua de una pila llena.

Giovanni apareció al fin; y desatando el cabestro de su cabalgadura, y arrimándola á un marmolillo próximo, subió, no sin cierta especie de dificultad, como la que produce un peso extraordinario; saliendo á paso acelerado y detras Gaetano, fiel satélite del planeta en cuya órbita de accion le cumplia verificar su revolucion periódica.

Acosando el mulo con inquietud convulsiva, y exigiéndole una celeridad impropia de su raza y de sus hábitos, el hijo del capitan Francesco adelantó á su anciano guia de tal suerte que en la puerta latina se detuvo cerca de un cuarto de hora hasta que se incorporó con él Gaetano, incapaz de apresurarse por nadie ni por nada.

—A ese paso ¿cuándo llegaremos? preguntó el manco con nerviosa acritud.

—Mi amo, respondió el viejo con parsimonia; no saquemos las cosas de su quicio. Ni el mulo es caballo de posta, ni el hombre vuela como su pensamiento. Si el camino es feliz, se anda poco á poco para no perderle; si es infausto, lo mismo para no precipitarse. Sobre todo, mas valen dos que uno. No os precipiteis.

Giovanni azotó con el cabestro los flancos del animal y continuó la ruta en la propia disposicion agitada y tomando una delantera imprudente al sesudo Gaetano.

El sol hundia su disco en las masas de cordilleras en anfiteatro que servian de fondo al panorama de una desierta y árida campiña.

Escasos viajeros atravesaban aquellos arenales, y las ranas dejaban oír sus ingratos ronquidos en los mil charcos y fétidas lagunas que hacen tan malsano al país, dando origen á perniciosas fiebres.

Las ruinas de un castillo sobresalian en una hondonada del inculto terreno; destacando trozos de ciclópeos muros, arcadas góticas, montes de piedras de sillar, y vestigios de parapetos, desmantelados por la guerra del tiempo ó de los hombres. Giovanni se encaminó á la derruida fortaleza, atraído por la magia de aquellos melancólicos despojos, y sin advertir que se apartaba de la senda que debia continuar; desapareciendo en breve tras de un flanco del castillo, menos reducido á escombros que el resto de la mal parada construccion antigua.

Gaetano, testigo de aquel extravio en la ruta, detúvose cortos instantes, confiando en que el jóven caeria en la cuenta de su distraccion, recuperando el arrecife, aun á corto trecho de la ciudadela abatida; mas como pasaron los momentos y Giovanni no pareciese, desasosegado el conductor, lanzóse hácia el punto en que suponía entretenido al caprichoso poeta en meditaciones tristes sobre la caducidad de las obras del hombre, y al revolver el ángulo en que perdiera de vista al explorador descubrió el anciano un espectáculo terrible.

El denunciador de Huguell yacia por tierra, engastado materialmente un puñal en el corazon; extendidos los brazos; la cabeza inclinada hácia el hombro derecho; las piernas encorvadas; el sombrero á pocos pasos del cadáver.

Bastiani y Ludovico le desceñian de la cintura una larga bolsa de fino cuero, donde llevaba los mil escudos: precio infame de una felonía que pagaba con su juvenil existencia.

—Júdas (esclamó Bastiani, guardando el oro en su seno y dando un impulso con la punta del pié á la hermosa cabeza de su víctima, aun no desfigurada su pálida faz por la muerte) no volverás á ser delator de nuestra banda. ¡*Inferno!*

—¡*Nome di San Piètro!* dijo Ludovico tras de una carcajada estúpida. Unos tejen la red y otros pescan.

Los bandidos se alejaron sin notar la presencia del viejo, que se santiguó devotamente, murmuró un *requiescat in pace*, y volvió atrás á todo el aguante del mulo, encaminándose á Roma para evitar complicaciones y enredos con la justicia.

Marietta, que era toda una muger, y nada tenia de ángel mas de lo que suponía la imaginacion ardiente de su primo, se cansó muy luego de esperar á su Amadis. Dió su mano á Bossi con la mas entera voluntad y le hizo padre de media docena de rapaces que tampoco tuvieron nada de angelitos.

Páolo hizo un viaje á Roma para husmear el paradero del trovador. Supo que le habian encontrado junto á *Caste-forte* cosido á puñaladas. Dió una limosna al convento de Capuchinos para que aplicasen dos misas al sufragio del difunto, y dijo para sí que era una desgracia bien dichosa para sus intereses.

CAPÍTULO VI.

LA CAPILLA.



FORZOSO es convenir en que la ciencia es una hija legítima de Dios mientras el diablo no se mezcla en el asunto.

Porque la ciencia es como el diablo y tiene su misma historia.

Glorifica al autor de su sér; adora sus arcanos; acata sus leyes; vuela radiante de luz y de hermosura por los espacios concedidos á sus alas poderosas; el candor de la inocencia brilla en su frente; la sonrisa de una pureza inmaculada destella en sus labios; la llama que despide su cabeza de ángel centellea vívida y deslumbradora....

Este es Lucifer, el inmortal; el espíritu mas dotado que produjo la diestra omnipotente.

Repugna la dependencia; declárase en ingrata rebeldía; sacude el freno saludable; se lanza á los espacios vedados al impulso de su arrogante y soberbia temeridad; la hiel de la envidia deslustra su frente; la execración del despecho quema su boca; el fuego de la am-

bición insensata calcina su pervertida inteligencia....

Este es Satanás, el réprobo; el príncipe de los dominios de la eterna condenacion.

Salomon dice que el principio de la sabiduría consiste en el temor de Dios.

Alonso el Sabio declara que si Dios se hubiera asesorado dél mejor andaria el mundo.

Salomon entré las gentes del Universo es el tipo mas alto de la humana sabiduría.

Alonso X de Castilla y Leon con sus raros conocimientos nunca llenó sus condiciones de rey, de legislador ni de padre; y ni supo suceder á Fernando III en la veneracion y lealtad de sus vasallos, ni legisló para sus reinos y éra, ni educó á sus hijos en el respeto á su doble autoridad.

Y siempre la historia del diablo en sus fases inmediatas: anverso y reverso de una medalla misma.

Salomon es sábio, como Lucifer grande. Se engrie en su celebridad; olvida que todo lo debe á la predileccion divina; la ley le parece un yugo, y su voluntad una ley. Hé aquí á Satanás, y Salomon deja su salvacion en duda.

Alonso X se aterra al ver bajar el rayo en ígneo surco rozando con su cabeza unguida; y reconoce el eterno poder; y es David pecador, que invoca la clemencia del Todopoderoso, espía su crimen y obtiene el perdon.

La ciencia gira dentro de sus polos; sin abatirse en la inercia de un quietismo bruto, que sublime la idea de una inteligencia suma como plausible pretesto para su inaccion; sin quebrantar sus alardes vanidosos contra la ley que obsta á que la perfectibilidad progresiva toque los vedados términos de la perfeccion absoluta, y entonces la ciencia es Lucifer: esto es, la belleza; la armonía; la hechura privilegiada de Dios.

La ciencia rompe los eges que regularizan su giro; y en lugar de reconocer su origen y de marchar indeclinable entre sus deberes y sus derechos, reniega en voz alta del universal principio; recusando al menos con

desden las prescripciones impuestas á su desarrollo; y busca la luz en el caos, la salida en el laberinto, la verdad en el misterio; y entonces la ciencia es Satanás, esto es, la codicia insaciable, exasperada por la impotencia evidente.

«SEREIS DIOSES,» dijo la serpiente astuta á nuestros primeros padres, incitándolos á la desobediencia.

«ALCANZAREIS EL BIEN,» dice la ciencia presuntuosa, impulsando á saltar la valla de la respetuosa sumision.

Desobedece el hombre, y comienza el imperio del dolor y de la muerte.

La ciencia vana triunfa, y allí donde promete el bien, el mal surge peor; y donde pugna por remover un mal, acarrea un número infinito de males mayores.

Y la ciencia tiene razon en atacar los males; pero no es lógica cuando niega que el mal es un decreto divino, una herencia de la humanidad, y una condicion de nuestra doble naturaleza.

Y como la falta de lógica lleva al abismo de los absurdos, la ciencia que combate el mal como un accidente y rehusa comprenderlo como una consecuencia de la perversion original del linage, sucumbe, nuevo Sanson, bajo los escombros de la obra cuyos cimientos consume.

Y nada consigue el optimista falaz que dibuja en los horizontes de la vida perecedera lontananzas de serena luz, y fúlgidos resplandores, libres de celages y de sombras.

Y nada enseña el pesimista atormentador que pone de manifesto las plagas de la tierra del peregrinaje; irritando las heridas del peregrino al tacto de la sonda, y sin saberlas propinar un saludable bálsamo.

Porque la ciencia es un largo camino que parte de una region etérea y se pierde en la playa de un mar sin término; y el que anda sin saber de dónde viene y á dónde vá mal puede servir de guia.

Veamos un momento á la ciencia en el derecho penal.

Combate el derecho de castigar en las sociedades, y

le deja reducido á una cuestion de orden público en último extremo, y hasta aquí hay un adelanto; porque el derecho en su organizacion caprichosa primitiva, tomando por base unas veces las efímeras eventualidades del orden político, confundiendo la ley religiosa con la moral y el delito con el pecado, y reconociendo por norma de sus preceptos la convéniencia egoísta que inmola sin piedad los fueros individuales al provecho del mayor número, era una tiranía permanente, sin mas fundamento que la fuerza.

Cayó la vindicta pública al embate de la ciencia; porque en la pena dejó de entenderse la mera venganza social para incluir en la represion la correccion y enmienda del delincuente, y la reparacion de sus daños en la escala posible. ¡Grande y noble paso que desarrolló el derecho penal en los dominios del Evangelio!

Pero la ciencia, alentada por el triunfo, conseguido en nombre de la justicia, llegó á congratularse de que derrocado el monumento del derecho de castigar de las generaciones pretéritas, iba á renovar las condiciones todas del modo de ser característico de la humanidad, y á pasar una esponja por sus fastos para escribir la ley nueva con mano inflexible.

Hé aquí á Lucifer convertido en Satanás; al ángel trocado en demonio.

En el delito, esto es, en la transgresion de las leyes que tienden á establecer la armonía entre derechos y obligaciones de todos y cada uno, no hay ya un mal que exige reparacion, un límite que poner á la audacia del culpable, y un escarmiento que presentar á los que estimule el ejemplo pernicioso. Hay un mecanismo que se llama en filosofia *el restablecimiento del derecho*; y ved aquí al materialismo idólatra del derecho romano, dios restablecido en sus aras.

El mal inherente á nuestro linage, mal que no permite al bien su predominio, mal que agujonea el prurito de progresos que lo aminoren, mal que es un aviso perenne de nuestra flaqueza, se propone extirparlo la

ciencia engreida, y lucha como Hércules con un Anteo que nunca pierde sus fuerzas prodigiosas.

La ciencia que no se diga á sí misma al combatir el mal que trabaja porque sea menor, y no confiese que toda la alteza del humano pensamiento mas favorecido tiene que estrellarse contra ese elemento esencial de la naturaleza del hombre, no será la ciencia legítima que proviene de Dios y le reconoce en sus leyes; será la ciencia bastarda que le disputa su derecho augusto, y se propone reformar los principios en que su eterna sabiduría ha calcado los destinos del universo moral.

La ciencia encuentra á la pena de muerte á la cabeza de las córporis afflictivas.

¡Abajo el cadalso! grita en su afan de anhelosa innovacion. No respeta tradiciones; ni admite la razon práctica que entraña toda serie de hechos consumados; ni piensa en los trastornos consiguientes á derrumbar una base del orden público.

Y para mayor prueba de la singularidad humana pide la abolicion de la pena de muerte, evocando el sentimiento en auxilio de la razon, la escuela utilitaria por boca de Benthám, el apóstol del egoismo social.

¡Abajo el cada/so!... ¿Y por qué? Porque la muerte por castigo es una venganza, y ya no hay vindicta pública: porque la muerte no conoce reparacion, y el juicio de los hombres es falible; porque la pena debe ser provechosa para el delincuente y para el ejemplo de los demás, y la muerte anonada al que podia restituirse al bien por el arrepentimiento y con la premia del castigo, y produce horror y lástima en los espectadores en vez de proporcionar una leccion útil.

Este es el mal. En buen hora. ¿Y qué sustituis á este mal?

Miradlo ahí. Son contemporáneos míos los que gritaban *¡abajo el cadalso!* Con ellos discutí en las aulas, en las academias, en la cátedra y en la prensa periódica; simpatizando con el generoso móvil de sus tareas; pero anunciándoles con íntima persuasion el descarrío á que debian conducirles sus ínfulas innovadoras.

Tocaron á la cima de sus laboriosas tareas, y llegaron á la categoría de legisladores.

Temieron declarar cesantes á los verdugos; porque dieron á entender un día que pensaban en ello, y la estadística criminal les hizo retractarse, despavoridos de su propósito y de las resultas de su tentativa.

Economía de la última pena, dijeron entonces, y una pena inmediata que llegue poco á poco á reconocerse por última.

Y ufanos de su obra han creado *las penas perpetuas*.

¡Oh ciencia monstruosa, que dominas al mal recibido con el mal que fundas, y sustituyes á la injusticia del pasado con la injusticia que fomenta tu ambicion desatentada!

Matar es un abuso ¿y no lo es la tortura periódica que erijes en condicion penal? La muerte entrega al penado á la reparadora justicia suprema, y tú, implacable legislador, esplotas la vida para organizar un infierno sin mas porvenir que la lobreguez del sepulcro... ¿Qué derecho es el vuestro para cerrar los espacios á la esperanza y privar de su mérito á la restauracion moral del delincuente?... ¿Dónde está el efecto saludable de un castigo que hace llorar muerto al ser que vive por una viuda que aun es esposa, por unos huérfanos que aun tienen padre?... Combatíais al cadalso porque la muerte es irreparable y el humano juicio falible, ¿y cómo reparais la desesperacion de un enterrado vivo á quien habeis hecho leer en la losa de su tumba el tremendo verso que el Dante coloca en la region infernal:

LASCIATE OGNI SPERANZA, OH VOI CHE INTRATE...?»

¿Sabeis por qué no es mas terrible el grito de la humanidad contra vuestra tiranía?

Porque en vez de matar á la luz y de un golpe, como el antiguo derecho penal, asesináis en la sombra y sin ruido.

Porque el tipo comun de la sociedad es orgulloso y

egoísta. Orgullosa, hasta negarse á reconocer que lleva en sí los gérmenes de la delincuencia, y que no en vano se le manda rezar el «*no nos dejes caer en la tentacion.*» Egoísta, al punto de exigir que no turbeis su vida normal con públicas ejecuciones; aunque allá en remotos presidios, ó en colonias insalubres, reproduzcáis los ingeniosos mecanismos del toro de Fálaris, ó la division en diez mil pedazos á la usanza del celeste Imperio. ¿Qué género de doliente simpatía puede ostentar hácia el condenado á pena perpétua el orgulloso que resiste confesarse á sí mismo el expansivo *NIHIL A ME ALIENUM PUTO* del escritor romano...? ¿Qué especie de reclamacion desinteresada puede formular el egoísta que huye de las emociones, sin mas cuidado que el de poner á salvo su sensibilidad?

¿Sabeis tambien por qué no han levantado una cruzada contra vuestra imponderable *perpetuidad*?

Porque á fuerza de ser horrible la pena se relaja por los cumplidores de sus crueles efectos; y muchos que debian segun la ejecutoria moverse con penosa dificultad, abrumados al peso de sus cadenas, pasean dentro de los muros de lejanas plazas fuertes como pacíficos moradores; de modo que temple la mentira vuestra innovacion execrable. Porque vuestra pena favorece la doméstica inmoralidad, y otórga el derecho de tener un mancebo á la viuda con esposo que forjais, y priva á una familia del respeto á un jefe que enfrenaba los desmanes, y que no vendrá á pedir cuenta de la depravacion que envilece á su estirpe; y no rechaceis la hipótesis, que reo y réprobo no son palabras sinónimas, por mas que vosotros háyais llegado á confundirlas en la creacion flamante de vuestro infierno terrenal.

¿Sabeis por qué los condenados á las penas de perpetuidad no os piden como preferible la muerte al oír sus sentencias?

Porque dudan de que se cumplan sus condiciones; porque tienen razon en creer que la inflexibilidad de los reglamentos penitenciarios es una letra sin espíritu; por-

que aun no habeis conseguido arrebatar á las coronas el santo derecho de gracia; porque no creen difícil la evasión de vuestro averno mundano.

Basta de reflexiones, sugeridas por la escena que voy á presentar al lector en este capítulo triste.

Herman Huguell, procesado por el homicidio alevoso de Wandrillo Góttling, y responsable de los robos y cautiverios cometidos por la banda de Bergamasco bajo la direccion de un génio maléfico, que se hacia llamar con innegables títulos el rey del crimen, ha confesado plenamente y con una espontaneidad altiva todos los pormenores de su existencia tormentosa en la cabeza del mundo católico que podian comprometer su destino, sin mencionar á sus cómplices y hechuras; mereciendo el fallo que le condena á perecer en la horca, y á que sus cuartos sangrientos, pendientes en pértigas en los caminos que conducen á la augusta capital, den lúgubre testimonio de que los héroes del erimen tienen al verdugo por escabel de su celebridad funesta.

Ha llegado el momento de notificar al húngaro, sumido en la lóbreguez de un subterráneo calabozo en el castillo de Sant'Ángelo, la sentencia que declárale presa deparada al homicida á sueldo de la ley.

La última pena no es un *papirotazo en el cuello*, como dijo con vanidosa jactancia el cínico Danton. La muerte por castigo es la última defensa de la sociedad, atacada en sus mas altos principios ó en sus mas nobles intereses. Si el mal frustra los naturales efectos de la pena; si el reo insulta con su desvergüenza al poder que lo domina; si la plebe trueca en espectáculo una elocuente leccion; si al pié del patíbulo se consuman nuevos atentados, ¿qué significa esto? Que ni aun basta la pena última para que el reo incline su frente al peso de la condenacion social; que vivimos entre caníbales vestidos á la europea; que ni el suplicio es freno bastante para los salvajes de la civilizacion que nos circuyen; que es tan intenso, tan profundo el cáncer de nuestras costumbres públicas, que no le extirpa el hierro implacable de ese ope-

rador que se nombra el verdugo. ¿Dónde está pues la ventaja de las penas perpétuas? ¿La hallaremos en sustituir al ejecutor con una falange de atormentadores?...

El *maggiar*, conducido entre carceleros y gendarmes ante sus jueces, oyó la sentencia con pálido pero tranquilo semblante; sin esa máscara burlona que acusa el despecho, devolviendo á la autoridad el insulto por la esterminadora condena; sin esa palpitacion convulsiva que revela los combates del instinto vital ante la tremenda perspectiva de la muerte.

—¿Teneis algo que manifestar en esta hora? preguntó el actuario en el proceso.

—Nada, respondió Huguell con voz enérgica y mirándole con expresion de formal negativa.

Entonces los jueces abandonaron su tribunal, saliendo por una puertecilla inmediata al estrado y oculta bajo el terciopelo del dosel, y adelantáronse los mayordomos de esas cofradías romanas que acompañan á los entierros, asisten á los infelices ajusticiados, y promueven la caridad por medio de limosnas, favorecimientos á domicilio de los menesterosos, visitas á hospicios y hospitales, y misiones en los barrios humildes, y casas de correccion.

—Hermano mio, exclamó el primero abrazando al húngaro tiernamente, vamos con valor á...

—Vamos adonde quiera, replicó el sentenciado, desasiéndose del lazo amante del mayordomo sin violento ademán.

—La vida es transitoria, añadió un circunstante; una guerra, como dice Job.

—Vamos, repitió Huguell, dirigiéndose con impaciencia á los guardianes que le sostenian en su marcha por el embarazo penoso de un par de pesados grillos.

—Hermano, espuso un viejo presidente de parroquia, piense en que lleva los mismos pasos del Redentor.

—Señores, dijo el reo deteniéndose y con firme acento, pido la gracia de que nadie me exhorte por ahora.

—Es muy justo, si así lo quereis, hermano, contes-

tó el primero de los que rodearon al húngaro; haciendo una disimulada seña á sus colegas para que le dejaran pasar delante, evitando producirle toda especie de molestia.

Quebrantaba el corazon aquel fúnebre espectáculo.

En el silencio pavoroso de la galería que atravesaba el cortejo del condenado á muerte sonaban más agudos los metálicos golpes de la barra en los anillos de fierro que le dificultaban el paso. Las pisadas lentas de los piadosos asistentes al obsequio del sentenciado á morir sugetábanse al compas monótono de los grillos, como al toque de una caja destemplada. El crugido de las armas añadia un eco mas á estos rumores medrosos.

Un llavero franqueó la cancela que daba salida á el recinto de las prisiones comunes para entrar en el departamento donde se hallaba dispuesta la *capella ardente*.

Los penitentes adscriptos á las diferentes hermandades, arrastrando negros y largos túnicos, cubiertas las cabezas por luctuosos capuces, sosteniendo gruesos cirios, encendidos, abiertos en dos filas, y silenciosos, esperaban á la comitiva del reo para entonar el miserere, que acompañaban como flébiles quejidos los oboes y las graves notas de los fagotes.

A los primeros acordes de la música religiosa el reo sintió que removía sus entrañas una emocion que se exhalaba de su sér como el perfume del cáliz de la flor. Inclino la frente; cerró los ojos; descargó el peso de su cuerpo en los brazos de sus conductores que vacilaron desfallecidos; un enternecimiento nunca experimentado embargó sus potencias; suspiró con desahogo, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y á lo largo de sus mostachos de ébano, hasta el peto de su uniforme de mayor, cuyas insignias le habian arrancado al conocer su historia por los informes del encargado de negocios de S. M. el rey de Prusia en la corte romana.

—*Dominus tecum*, dijo una voz sonora y solemne al oido del sentenciado.

Herman se estremeció al salir de su arrobamiento, y vió entonces á los generales de las órdenes religiosas, prelados y monges ilustres, que formaron corro en torno dél, presididos por el general de los dominicos quien profirió al acercarse la salutacion referida.

—Hijo mio, siguió el general de los carmelitas con una uncion apostólica, es amargo el cáliz que te se ofrece; pero el Señor te envia quien conforte tu espíritu atribulado.

—La prueba es dura pero breve, repuso el superior de los cartujos presentando al reo una imágen escultural del Salvador en la cruz. Aquí tienes al que ha dicho: *bienaventurados los que lloran.*

Huguell tropezó con las miradas inquisitivas y repugnantes de esos espías del sufrimiento, que llevan la curiosidad adonde no cuadrá mas que el interés, elevado hasta la sublime ambicion del sacrificio.

El enojo nubló su faz. El orgullo enrojeció sus mejillas. La victoria del espíritu malo parecia segura.

—Quiero entrar en la capilla solo ¿entendeis? exclamó fuera de sí.

—Hijo mio, le replicó un franciscano con estrema dulzura, escoge un director espiritual que te ilumine y aliente; porque la carne es flaca, débil el espíritu, y la tentacion ruda y poderosa.

El reo se recogió un segundo en reflexion íntima, y respondió resueltamente:

—Está bien; yo llamaré al que tengo pensado. Dejádme entrar en la capilla; y en efecto penetró con sus conductores en ella; tomando asiento en un cómodo sillón frente á el altar, suntuosamente decorado y radiante con infinidad de luces.

—Quiero que venga (dijo) el muy reverendo Padre Frá Andrea de Castellamare, misionero capuchino.

CAPÍTULO VII.

FRÁ ANDREA DE CASTELLAMARE.



RANDIOSO *verdaderamente* (confiesa un ilustre viagero británico) *es el culto católico; y en Roma está comprendido en su conjunto y últimos detalles con una ingenuidad tan sublime que lo mismo en la ostentosa basilica que en la ermita mas pobre la belleza y la magestad, lo atractivo y lo imponente, se confunden en una sola tinta de mágico efecto.»*

LA CAPELLA ARDENTE, donde sus fatigados conductores acaban de instalar al húngaro, justifica esta fundada observacion del escritor inglés; revelando que el espíritu de unidad, base magnífica del catolicismo, rebosa al exterior en esa armonía admirable, que derivando de un pensamiento único, se manifiesta el propio en toda la latitud de la escala que determinan sus formas.

El sentenciado, una vez solo, cual lo habia pretendido en la capilla, fijó su mirada melancólica en el altar,

cuyas bugias mas altas, contenidas en candelabros elegantes, encendia con prolijo esmero un pequeño acólito; absorto en su tarea hasta el extremo de no haber notado la entrada del reo de muerte en el religioso recinto.

El altar era de plata; de antigua hechura, y delicada labor; obra de aquellos maestros de Benvenuto Cellini, que trataban al precioso metal como á blanda cera; realizando prodigios que parecian esceder al poderío de la mano del hombre. Vasos de cristal y de porcelana, cargados de flores, alternaban con candelabros de plata y oro, de distintas hechuras y dimensiones desiguales. Bajo un dosel de tisú y damasco á franjas la devota hermandad de la buena muerte habia colocado la conmovedora efigie de *Gesù dil buon consiglio* (Señor del buen consejo); hechura de los portentosos cinceles de Balagio, autor de la estatua de la Santa Emperatriz Elena; uno de los mármoles mas hermosos que precian la incomparable basilica de San Pedro. En un camarín de madera, formado á similitud de nacarada concha, descúbrese á la *Madonna della pietá*, debida al génio privilegiado de Bernini; pequeña imagen, cuya espresion misericordiosa, cuya actitud de maternal proteccion ablandarian el corazon mas empedernido. La cruz, alzándose sobre los lúgubres trofeos de la muerte, corona el tercer cuerpo de aquel bellissimo altar que al resplandor de innumerables bugias riela como una nube de oro y carmin, herida de través por un espléndido rayo de sol.

Las ideas culminantes del catolicismo están allí notablemente representadas.

El altar es la adoracion, y el tributo del arte ríndese á los piés de los objetos del culto; prestando sus maravillas como precioso escabel á las plantas de las divinas representaciones.

En el Crucificado está el amor que la ingratitude no arredra; que se inmola, sediento de torturas, por dar al linage rebelde un mérito que redima su indignidad; que para renovar todo elige por columna de triunfo inmarcesible para la nueva éra el suplicio mas infame que la



antigüedad conoce; haciendo comprender así que el hombre no es el juez absoluto del hombre, cuando el envilecido del mundo puede ser el glorificado en las regiones de la inmortalidad.

En la imágen de María está el rescate de la culpa de Eva, y la nube purísima de nácar y ópalo que impide la ceguedad de la criatura al fulgurar de los rayos del sol de suprema justicia. María, que en hebreo significa *lágrima*, es la santificación de la muger por el amante sacrificio; de la muger, miserable en lo antiguo hasta como diosa del olimpo pagano; sierva; hija de familia; instrumento de efímeros placeres; bestia de carga entre las hordas salvages. María, madre del Verbo, es madre del hombre tambien; y ¿cuánto no puede una madre que ruega á un hijo por sus demás hijos?

En la cruz, levantada sobre los emblemas de la muerte, encuentra el espíritu su apoteósis sobre el materialismo de los primitivos pueblos; contra ese averno idólatra, con su Leteo, con su Caron, con su triste vagar de las almas que se alojaron en cuerpos insepultos; á pesar de esa filosofía inmundada, que aterrada ante la eternidad, pretende abrir un abismo insondable á sus puertas, donde libertarse de la cuenta terrible que le aguarda.

¡Oh! ¡Cuántos encumbrados pensamientos brotan de la mente del hombre que vá á morir, cuando retira el mundo el panorama falaz de sus pompas y vanidades, y brinda la religion ese manantial de consuelos y esperanzas que solo ella atesora! ¿Qué valen entonces el humo fugaz de la soberbia, ni el aguijon incesante del ánimo ambicioso?... Despreocupacion burlona ¿dónde estás y qué haces cuando se sienta al borde del sepulcro el fatídico esqueleto del desengaño, desvaneciendo los vanos fantasmas de la duda?... Loca embriaguez de la vida ¿por qué apagas ante la sima de la tumba entreabierta los torrentes de luz de tus saraos; las músicas voluptuosas de tus danzas; las sonrisas escitantes de tus huríes; el estrépito de tus bacanales y las carcajadas de tus insensatos regocijos?... Histriones de la muerte, imitado-

res sin verdad de los héroes del antiguo mundo, que dejaban al ruido de su nombre por único heredero de sus espíritus vitales ¿qué hay en medio de vuestra arrogante verbosidad, de vuestro impasible desden, de vuestros finales apotegmas, que denuncia á la observacion el afan de aturdiros para rechazar una sombra, que se cierne sobre vuestras cabezas altivas?...

Hay el vacío de lo pasado, la angustia del presente, y el terror del porvenir; porque la muerte es la verdad de la vida, y ella es el sendero que conduce á la vida de la verdad.

Vosotros, que habeis sentido resbalar vuestro pié por la pendiente que lleva á la fosa, vosotros los que habeis palpitado bajo la amenaza de una diestra homicida, vosotros los que háyais contado los minutos en ansioso aguardo del momento en que una voz severa os dijese «*preparate á morir,*» vosotros sereis fieles lestigos de mi razon, y vuestro asentimiento me indemnizará de alguna sonrisa escéptica, de algun gesto de repugnancia.

Herman salió de su abstraccion férvida para fijarse en el tipo de la pequeña é interesante *Madonna*.

—Madre mia, exclamó con las manos estrechamente juntas y apoyadas en el pecho, ruega por mí.

Al eco de la exclamacion doliente el niño acólito, que colocaba en un ángulo de la capilla la caña con cerillo y mata-velas, volvióse con sobresalto hácia el reo, contemplándole con cierta especie de pavor.

—¿Cómo te llamas, niño? le preguntó dulcemente el maggiar.

—Alberto, respondió con voz trémula el sencillo acólito.

—Alberto, murmuró el sentenciado lentamente. El mismo nombre de mi padre. ¿Cuántos años tienes, hijo mío?... Nada temas: responde.

—Ocho años, contestó Alberto con voz apenas inteligible.

—Niño, repuso el condenado con solemne inflexion, no te olvides de mí cuando reces, y piensa que la prime-

ra falta es el primer escalon por donde se baja á donde yo estoy.

El acólito pudiendo apenas sostenerse sobre sus rodillas temblorosas desapareció por una puerta, sita á corta distancia del altar, mientras el réo tornaba á engolfarse en meditaciones cristianas, y propias de la situacion estrema en que hallábase constituido por sus crímenes.

El ruido de dos culatas de fusil, viniendo á tierra de un golpe en uniforme movimiento de militar descanso, turbó la absorcion del reo en provechosas reflexiones; haciéndole mirar en torno de sí con viva inquietud.

Una sombra pasó ante sus ojos, cubiertos por una especie de niebla.

—Wandrillo, clamó con fatigada anhelacion y estendiendo la diestra como para rechazar un objeto, perdóname: yo seguiré tus huellas, y buscaré la luz donde tú la has encontrado.

Y el hombre que se hizo llamar un dia rey del crimen ocultó el demudado semblante entre sus manos crispadas.

—La paz del Señor sea contigo, hermano, dijo desde lá puerta una voz penetrante é impregnada de amorosa solicitud; una de esas voces melódicas y tiernas que cautivan el oido, y se apoderan insensiblemente del corazon, menos impresionable al dominio de la simpatía.

—Bien venido, Padre, replicó el sentenciado con júbilo. Bien venido el pastor que busca la oveja descarriada. Sentaos cerca de mí; porque me hé creído fuerte y soy un miserable.

El capuchino estendió su mano sobre la cabeza del condenado con efusion de apóstol de la misericordia celestial y con acento conmovido exclamó:

—Tú serás fuerte, pobre criatura: fuerte por la fé que es el escudo impenetrable; fuerte por la esperanza que ilumina los antros mas tenebrosos; fuerte por la caridad que es la llave de la puerta del cielo.

Herman levantó sus ojos arrasados en lágrimas hácia Fray Andrea de Castellamare; sintiendo una atraccion

irresistible que le encadenaba al prestigio de aquel varón singular; porque el misionero capuchino era hermoso como los profetas de Israel, con su tosco sayal, su aire de inspiración escelsa, y el aroma de sus insignes virtudes; porque la figura bíblica de aquel hombre sagrado era fiel espejo de aquel alma, abrasada en la hoguera de la caridad; ávida del martirio; votada enteramente al bien de sus semejantes, á costa de su salud y á riesgo de su vida.

El sacerdote se arrodilló ante el altar con santo recogimiento; las manos introducidas en las opuestas mangas de su hábito; los ojos en la imagen del Redentor bajo la advocación misteriosa del buen consejo.

Frá Andrea de Castella-mare pidió al Señor encarecidamente que apartara de las últimas horas de aquel infeliz las reminiscencias de sus días de pujanza y abuso de su fuerza malévola y fatal. Rogó porque la astucia del espíritu malo no prevaleciese por medio de esas resoluciones desesperadas de la vanidad mísera, que hacen á muchos reos perder el fruto de su laboriosa preparación al aspecto del público, que espía sus acciones, y los sigue, devorado por la curiosidad, hasta que exhalan el postrer suspiro. Encomendó á la guarda de la Virgen-madre al extraviado católico, que náufrago en el mar de la vida, buscaba con mirada agonizante el faro salvador.

El capuchino levantóse, confiado en la eficacia de una oración ardiente, y aproximando una silla al asiento de Herman, se instaló al lado suyo; tomando su diestra con ademan de cariñoso interés.

—Padre, dijo el maggiar estremeciéndose, os he escogido, porque fuisteis vos el que restituyera á las vías de la gracia..... á Wandrillo Götting, el suizo.... á la víctima de mi crueldad.

—En paz descanse, repuso el capuchino suspirando y con gesto de conmiseración dolorosa.

—En paz descanse, repitió Huguell sordamente, y Dios quite de mi vista su espectro amenazador.

—Hijo mio, replicó Fray Andrea con afable tono, vas á pagar la deuda de su sangre al precio de la tuya, que tal es la ley; porque está dicho en el código que no perecerá: *el que mata por el hierro debe morir por el hierro*. Esa sombra, (si ya no fuere una evocacion de tu conciencia, despertada por la cercanía del trance postrimero), tal vez no traiga el propósito de arredrar tu ánimo, y aun pudiera ser que te escitara con su aparicion á las veras de un arrepentimiento de todas tus culpas.

—Padre, exclamó el reo apretando las manos del religioso con fuerza convulsiva. ¿Cómo un hombre cual vos se consagra al servicio de los desgraciados de mi especie?

—¡Oh pobre criatura! contestó el monje observante: Tu pregunta me hace mucho mal; porque es una duda íntima; una sospecha recóndita del ministerio que aquí me trae. Escucha, hijo mio, aunque en nuestro corazon cupiese el anhelo de conquistar las almas por espíritu de mundana vanagloria, aunque nos trajese á este sitio un móvil de interés hipócrita y farisáico, que acreciese nuestra importancia en la sociedad ¿comprendes tú que no hay bastantes ideas que aquí se suscitan, pasiones que aquí se desarrollan en breve espacio, sufrimientos que aquí se contraen, y que no equivalen por cierto á todos los designios extraños á la caridad que aquí pudieran obtenerse?

—Os creo, padre mio, respondió el húngaro luchando con secretas incertidumbres. Necesito creerlos; ahogar este algo que me aturde y subleva. Necesito comprender.... No lo digó por vos, padre, yo os lo juro.

—Espíciate sin rodeos, amigo mio, le estimuló el bondadoso Fray Andrea, y desahoga tu corazon.

—Necesito comprender, (continuó el reo esforzándose en desechar suspicacias malignas) que no se me agasaja exteriormente; despreciándome cada uno en el fondo de su alma, padre mio.

El capuchino con uncion contagiosa señaló al reo la imágen del Salvador en la cruz.

—Quien osara despreciarte, dijo al afligido maggiar con voz entera, despreciara en tí al que adora en ese patíbulo afrentoso, y por él y por su amor están ahí fuera, deseando emplearse en tu amparo y consuelo con el solícito cariño de hermanos.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó el sentenciado prorumpiendo en sollozos. Siento la fé que alumbra mi mente, que dilata mi pecho, y abre las secas fuentes de mi llanto.

—¡Llora, hijo mio! repuso el sacerdote acompañándolo en sus lágrimas. Yo he vertido en este lugar ese llanto que es el incienso mas puro que ofrece la caridad al manantial inagotable de la misericordia; porque sabe que cada hombre que ha depositado en el profundo seno de mi confianza los secretos de su conciencia, las perturbaciones de su espíritu, y las alegrías inefables de la espiacion, aceptada con cristiana mansedumbre, ha dejado una herida en mi corazon, una huella inestinguible en mi memoria y un nombre que pronunciar en la conmemoracion del incruento sacrificio.

—Oidme, padre mio, dijo sonriendo Huguell: voy á abriros las páginas del libro de mi vida.

El asceta se acercó al reo hasta aplicar el oido cerca de sus labios.

Respetemos el sagrado de la confesion, que impone al sacerdote en compensacion de su augusto derecho ese deber que llega hasta el martirio.

Despues de los rezos piadosos en que los congregados de todas las hermandades que asisten al auxilio del reo de muerte hacen coro á la plegaria nocturna, y de la meditacion leida por el capellan de la cárcel, tiene lugar el acto de cubrir el altar; corriendo al efecto las cortinas recogidas en pabellon; apagando las luces, y encendiendo la hermosa lámpara que debe arder el resto de la noche ante la cruz, incrustada en el muro á la derecha del sentenciado.

Entonces, y para mover al infeliz á que acepte la ligera colacion que se le dispone, le rodean los mayordomos de las cofradías en sociedad cariñosa, que dura media hora escasamente; y para evitar que una espansion indiscreta suscite recuerdos inconvenientes á su situacion presiden el acto el confesor del reo, el capellan del instituto carcelario, y uno ó mas directores espirituales de las congregaciones allí reunidas.

Herman no ha decaído despues de su ámplia y escrupulosa confesion; antes bien, al dulce influjo de las exhortaciones y pláticas gravemente apacibles del padre Andrea, ha sufrido modificacion la espresion arrogante de su fisonomía, adquiriendo cierta especie de abandono melancólico, en que se traduce el reconocimiento triste de su efectiva debilidad, aunque templado por la confianza en la divina misericordia y merced á los sabios consuelos del capuchino.

El reverendo Frá Andrea de Castellamare salió acabado el rezo, despues de cambiar algunas palabras misteriosas con Huguell, y vino á sentarse junto al maggiar el capellan del castillo de Sant'Ángelo; hombre de figura distinguida, de instruccion rara, y de un tacto esquisito para todas las eventualidades inherentes á su ministerio, quien abordó con naturalidad suma una conversacion edificante á la vez que amena.

Los mayordomos de las hermandades tomaron asiento en rededor del sentenciado; esforzándose en sostener con toda suerte de solicitudes afectuosas el espíritu contrito que se observaba en todas sus acciones y en sus frases lacónicas.

En medio del diálogo Herman hizo una seña que le acalló de súbito.

—Hermanos, dijo con aire de humilde súplica, voy á demandaros un favor.

—Hermano mio, contestó el prefecto de la cofradía de la buena muerte; estamos á vuestras órdenes.

—Deseara, continuó el húngaro, que ninguno de vosotros saliera del castillo hasta firmar una declaracion

que han de traer estendida muy luego, y que restaura en su honor á una víctima inocente.

—Así lo haremos, hermano, respondió el prefecto, inclinándose con muestra de asentimiento gustoso.

Sus compañeros secundaron unánimes el signo de aprobacion.

—Gracias, señores, añadió el condenado con enterrecimiento. Cuando se siembra el mal en nuestro camino; cuando se vuelve atrás la vista y no hay una accion que indemnice el daño que uno ha producido constantemente; cuando lágrimas y sangre son las huellas de nuestro paso....

—Hijo mio, le interrumpió el capellan del castillo con observacion afable; aquí no vemos al pecador; acompañamos al redimido, que va á pagar su deuda á la sociedad humana, y el que paga queda en paz.

—Es un alivio supremo, exclamó el sentenciado con profundo suspiro; es una verdadera dicha poder remediar alguna parte del daño inferido, sin que la intencion se estrelle en los escollos de un imposible.

—La intencion en ese último caso se llama el arrepentimiento, y aunque no aproveche para el dañado....

—Padre mio, hermanos, continuó Herman con una escitacion extraordinaria. ¿Es cierto que los infortunados de mi especie pueden disponer de una parte de la limosna pública?

—En favor de su familia, dijo el mayordomo de la buena muerte.

—Yo no la tengo, repuso el maggiar moviendo la cabeza con gesto pesaroso.

—Y para bien de su alma, agregó el sacerdote de los congregados.

—Eso es, apoyó el húngaro con alegre animacion en el semblante. Yo quisiera compartir los sufragios y las preces con el hombre á quien arrebaté la vida en el número 102 de la calle del Corso.

—Nada mas justo, hijo mio, coincidió el capellan de Saint'Angelo tomando entre las suyas una mano de Huquell con tierna conmocion.

—Es una idea que me ha sugerido la vision clara y continúa de esa criatura en mi calabozo, y hasta aquí mismo, prosiguió Herman con eco solemne. Él necesita sin duda de las oraciones con que la Iglesia favorece á los que aun no han logrado la eterna bienaventuranza. Wandrillo, añadió dirigiéndose á la sombra de Götting, compañero de mis errores, tú lo serás tambien de mis postreros bienes.

—Hermano, se apresuró á decir un circunstante, haríais bien en tomar algun alimento; porque la debilidad del cuerpo suele transmitirse al ánimo del que sufre.

—Como os plazca, hermano, respondió el *maggiar* sonriendo con tristeza. No tengo pizca de apetito; pero sé que puedo recompensar un tanto vuestros favores con la docilidad en seguir vuestras instancias en obsequio mio, y basta para que acceda á cuanto me propongais.

Los asistentes retiraron sus asientos, y á una indicacion del mayordomo de la hermandad mas antigua dos criados trajeron una mesa, aderezada con modesta sencillez, y cubierta de manjares apetitosos, aunque en cantidad que no permitia el esceso. Todo venia preparado de manera que no hiciesen falta cuchillo, ni tenedor.

Mientras Huguell, venciendo la repugnancia de su irritado estómago, gustaba de cuanto se le servia por los congregados, el reverendo Frá Andrea de Castellamare departia en las habitaciones del alcaide-gobernador de Sant'Ángelo con el general de la orden de mínimos observantes; superior y amigo suyo.

—Su Santidad (decia el prelado de la religion capuchina) me oyó esta mañana con benevolencia paternal, y aseguro á vuestra reverencia, hijo mio, que llegué á concebir vivas esperanzas del indulto de ese infeliz.

—Si hubiera seguido los impulsos de su gran razon!...

—Cuando supo que el empeño procedia de vos, mi querido Andrea, el insigne Pio VI redobló la atencion que venia prestando á mis reflexiones, y por un momento llegué á persuadirme de que sin consultar la resolu-

cion con sus consejeros de Estado conmutaría la pena de horca en el encierro á perpetuidad en estas prisiones.

—¡Si hubiéramos sido tan felices, Padre General...!

—Pero Su Beatitud teme que el cardenal Colonna dimita el encargo de ministro de lo interior á la primera muestra de prescindir de sus luces, y el Vicario de Cristo aplazó responderme hasta la noche.

—Vuestra paternidad reverendísima veria entonces á Monseñor Colonna.

—Le hallé duro como una roca, hijo mio Andrea, respondió el General contristado. Sostiene que es preciso escarmentar á los bandoleros con todo el rigor de las leyes, y destruir esa mala semilla en la metrópoli; y lo que es en este punto...

—Su Eminencia tiene razon, confesó con su franqueza habitual el ilustre misionero.

—Convencido plenamente de que no obteniamos el fin propuesto, (continuó el Padre General) me detuve en las circunstancias adicionales de la pena; trayendo la conversacion al punto de las exhibiciones de cuartos sangrientos de los egecutados por caminos y travesías; haciendo ver el origen bárbaro de semejante costumbre, y manifestando la disconveniencia de esta crueldad, por otra parte tan estéril, con el espíritu cristiano.

—Monseñor dejaria hablar á Vuestra Paternidad Reverendísima segun su práctica; esto es, oyendo cuanto se le expone, y reservándose su opinion en la materia.

—Así aconteció exactamente, hijo mio, replicó el Padre General; pero esta vez Monseñor Colonna ha sacrificado su opinion á la humilde y desautorizada mia, y en la audiencia de esta noche en el Vaticano, delante de Nuestro Santo Padre, el esclarecido Pio VI, que colme Dios de bienes temporales y eternos sin medida, me ha dado una prueba señalada de la estimacion que se digna profesarnos.

—El Señor se lo recompense, exclamó Frá Andrea con espresion agradecida.

—Su Beatitud despues de espresar cuanto lastima su

alma el doloroso espectáculo de las atrocidades, de que es teatro la capital del catolicismo, y de sentir la necesidad imperiosa de ejemplares castigos para poner coto á tamaños crímenes, habló de la misericordia compatible con la justicia; entregándome una bula que autoriza al reverendo misionero Frá Andrea de Castellamare para aplicar al sentenciado á quien asiste con su espiritual socorro todas las plenarias indulgencias mas ámplias de la Santa Sede, remision general de sus culpas, y darle en nombre de Su Santidad la apostólica bendicion para bien de su alma y consuelo de sus últimas horas.

El Reverendísimo Padre General sacó de su pecho la bula que besando con devocion filial puso en manos de Frá Andrea, quien repitió la ceremonia, poniéndola además sobre su cabeza en signo de acatamiento.

—Padre nuestro, dijo enternecido y humillándose ante el superior de su fervoroso instituto, no sé como retribuir tantas bondades que no justifico ni...

—Hay mas, le interrumpió el Padre General alborozado. Monseñor Colonna me ha protestado solemnemente que será respetado el cadáver de esa mísera criatura; relajándole de la division y exhibicion de sus trozos sangrientos. Podeis, hijo mio Andrea, anunciarlo así á ese pobre reo; dulcificando su infortunio con el tesoro de gracias espirituales que le franquea el Padre comun de los fieles, y librando su imaginacion del martirio de considerar el destrozo y la exhibicion inhumana de sus restos.

CAPÍTULO VIII.

EL ACTA.



GERMAN ha terminado su parca cena; complaciendo infinito con su amable docilidad á los asistentes en su ayuda y consuelo en el duro trance que le aguarda. Por mas esfuerzos que hizo el húngaro para despertar su apetito y consumir algunos manjares, no pudo conseguir que correspondiesen las resultas á su decision, y su garganta, seca como rama caída, negaba el paso á los alimentos, y su estómago recibialos como un peso embarazoso de que no podia descartarse, exhausto de fuerzas digestivas. La fiebre invadía lenta y abrumadora todos sus órganos, y á proporcion que adelantaba el tiempo un escalofrío le hacia palpitar de cuando en cuando, mientras que á su oido repetía una voz sigilosa y lúgubre: «*mañana á las doce has de morir.*»

Huguell se habia batido con los austriacos, bohemios y sajones, y conocía la impavidez aparente del mi-

litar que avanza hacia el enemigo con el arma al brazo; la embriaguez de la pelea, entre el retronar de los cañones, el humo de las descargas de fusilería, y los varios gritos que forman coro al holocausto, rendido al ominoso dios de la guerra; comprendiendo ese hábito feroz de la matanza que originan los continuos combates, y concluye por extinguir los sentimientos humanos en las almas encallecidas de los guerreros; animándolos de un espíritu indiferente hasta á los instintos de la propia conservación.

Huguell habia tenido innumerables desafíos, y muchos dellos con adversarios temibles por su destreza y valor; pero el maggiar estaba dotado de una fuerza y alcédea, y de disposiciones extraordinarias para el manejo de toda especie de armas ofensivas y de defensa, y la felicidad de sus primeros lances le sugirió el presuntuoso convencimiento de que no existia hombre alguno, capaz de dar cuenta de una vida que escudaban su brio y su estrella fausta; tocando á la sublimidad en el género duelista; esto es, dormir á pierna suelta la víspera del suceso; presentarse en liza con marcial desenvoltura, y matar ó herir al contendiente, como si el quinto precepto del decálogo hubiese perdido su sancion suprema.

Huguell habia entrado en la senda del crimen, arrastrado por Góttling: indeciso en los primeros pasos; impulsado luego por esa lógica fatal de los abusos que lleva de lo malo á lo peor en progreso nefando é inevitable; atraído despues, y con ambiciosa calentura, por el ansia hidrópica de enriquecerse y brillar, como si en la opulencia y en el fausto hubiese bastante ruido para ahogar el torcedor de la conciencia, bastante barniz para lustrear un pasado abominable y lleno de sangre y lodo.

Herman, soldado valiente, duelista formidable, criminal empedernido, verdadero rey de la plebe desalmada de Roma, hubiera muerto con el heroísmo de un defensor de las Termópilas y al lado de un Leonidas; habria sucumbido en un lance personal con la sonrisa feroz de Aníbal espirante, estereotipada en su labio mori-

bundo; hubiese jugado su existencia con los agentes del poder público con el indomable arrojo de Catilina, y al espirar tuviera aun su mustio semblante la expresion de la altivez, irónica con sus vencedores mismos.

Pero Huguell, por mas conciencia que tenga de la justicia de su fin; por mas que haya domeñado su carácter altanero el espectáculo cruel de la agonía de Góttling, inmolado á sus iras; por mas que la religion recupere en su alma su fuero sacrosanto, no tiene suficiente resolucion para afrontar sin estremecerse el término de su jornada entre las descarnadas pértigas de la horca; bajo la opresion brutal del verdugo, caballero en sus hombros; en medio de la plaza y á la luz del dia en la mitad de su curso; ante la multitud, hirviendo en contrarias emociones, y entre soldados y alguaciles, custodios vigilantes de la presa votada al ejecutor.

Jesucristo sudaba sangre al meditar en los accidentes de su pasion, próxima á cumplirse, y pedia con triste congoja á su eterno padre apartara dél tan amargo cáliz si posible fuese. Huguell, mereciendo la pena que iba á sufrir, ofrecia al Señor en descargo de sus culpas el horror invencible al género de muerte que se le comparaba. Luchando en balde consigo mismo para acostumbrar su imaginacion á las desoladoras ideas de su trágico fin, demandaba con avidez á la piedad escelsa ese aturdimiento de los sentidos que adelanta la insensibilidad del cadáver en el cuerpo que aun no han privado de la vida. La entrada de Frá Andrea de Castellamare devolvió al sentenciado buena parte de la resignacion que turbaban sombríos pensamientos, y mientras que retiraban la mesa los sirvientes, y trajeron un colchon, mantas y almohadones para que conciliase algun reposo, se entretuvo en secreta conversacion con el monge, estrechando sus manos con presion convulsiva á cada período de la crisis nerviosa que le atormentaba.

El capellan de Sant'Angelo y algunos sacerdotes se apartaron discretamente á un ángulo de la capilla, dejando al reo en libertad de comunicacion con el venerable capuchino.

Los mayordomos y presidentes de las congregaciones piadosas formaban grupo á las inmediaciones de la puerta; haciéndose conjeturas sobre las disposiciones de ánimo del húngaro, y su conducta probable en los postremos momentos de su vida; produciendo sus recatadas frases un murmullo sordo y triste.

De pronto cesaron los diálogos confidentiales y abriéronse en dos filas los que estaban agrupados á la puerta.

Apareció un hombre vestido de negro; fisonomía grave; actitud ceremoniosa, y teniendo bajo del brazo unos pliegos cosidos á guisa de espediente. Tras dél presentóse en la estancia el alcalde de justicia en el distrito (*rione*) de Sant'Ángelo; hombre de edad madura; respectable sin pretensiones de importancia; reposado sin achaques de impasible.

—Herman Huguell, (dijo el hombre vestido de negro con oficiosa formalidad y saludando al húngaro) ¿estais dispuesto á ratificar el acta, extendida á instancia vuestra por ante mí, y bajo la autoridad del señor Alcalde del distrito, aquí presente?

—Lo estoy, respondió el cómplice de Wálter con afirmacion terminante y enérgica.

—Una mesa, luces, y recado de escribir, demandó el actuario, dirigiéndose á los gefes de las hermandades por ignorar quien tuviera el derecho de presidir al órden y arreglo de la capilla.

No tardó un minuto en satisfacer la exigencia del tabellion; trayéndose además una silla de brazos para el señor Alcalde, y colocándose todos en rededor de la mesa, situada lo mas cerca posible del reo.

—No hacen falta mas que dos testigos, observó el escribano.

—Quisiera, repuso el *maggiar*, que lo fuesen todos los hermanos, aquí reunidos al efecto.

—En buen hora, concedió el juez: mayor solemnidad no daña.

—Alto y despacio, si gustais, (suplicó Huguell.) ¡Tengo la cabeza tan lastimada...!

—Así se hará, replicó bondadosamente el magistrado.

El escribano dió comienzo á su lectura.

«En el nombre de Dios Todopoderoso, uno en esencia y trino en personas.—El infrascripto, notario apostólico, oficial de la curia romana, y escribano de la justicia, por la Santidad de la Sede Suprema, adscripto al rione de Sant'Ángelo, y á las órdenes inmediatas de su Excelencia el señor Alcalde Gregorio Mortara de Orsini, Consejero de la Silla Apostólica.—Doy fé que en el día de la fecha, y á la una de su tarde, con decreto del mencionado señor Alcalde de la justicia en el expresado distrito, y su asistencia al acto, se constituyó tribunal en la capilla de la fortaleza, prision de Estado y cárcel de mayor seguridad, donde estaba recluso un sentenciado á la última pena, que dijo llamarse Herman Huguell, ser natural de Hungría, y contar treinta y nueve años; de estado soltero. Dicho individuo manifestó ser el que habia dictado el memorial, dirigido á Su Escelencia, para que autorizase una declaración *in extremis*; importante para restablecer la verdad de unos hechos, en que padecia injustamente persona sin responsabilidad alguna en los mismos, y conducente al descargo de su conciencia en los instantes angustiosos de su preparacion al tránsito de la vida precédera á la inmortal. Juró que no procedia con ánimo doloso en perjuicio de tercero; movido por sugestiones, interés, fuerza, miedo, ni premia, y que solo obraba en su consideracion el deber religioso de salvar á la inocencia, confundida con la criminalidad, descubriendo su parte en un delito, y reservándose de revelar á sus cómplices; porque el deber religioso no comprende la espontaneidad, sino en lo estrictamente necesario para eximir de pena al inculpable perseguido, y rehusando inferir males á los demás agentes de la culpa cuando no es absolutamente indispensable al caso de que se trata. Reconocida la solicitud que por mí le fué presentada, y dispuesto el señor Alcalde á que el acta

«se extendiera con todos los requisitos que previenen las
 «leyes para estas circunstancias, pretendió el sentenciamen-
 «do otorgante que para conseguir el doble propósito de
 «libertar de indebida pena á una persona inocente, y
 «denunciar lo bastante á este fin sin detrimento de otros
 «culpables á quienes perdone Dios, (como para sí y para
 «ellos lo implora del Altísimo) convendría que previo
 «el consentimiento de su Excelencia y dada su aproba-
 «cion, se copiara un escrito de su puño y letra, consul-
 «tado con su director espiritual el Reverendo Padre
 «Frá Andrea de Castellamare, religioso capuchino y mi-
 «sionero apostólico; escrito leído y aprobado por el señor
 «Alcalde que sigue á continuacion de verbo ad verbum:

»Yo, Herman Huguell, reconozco, declaro y confieso:
 «que hallándome en la ciudad de Bruselas, corte y ca-
 «pital de los Países-bajos, recomendé al prófugo de las
 «miñas del Estado Juan Grüe á la agencia Havart y
 «bajo el nombre supuesto de Pablo Samuel Dángton;
 «conspirando á que entrara al servicio de minheer Franz
 «Fabricius, banquero retirado en la quinta de *Chateau-*
 «*fleurí*, antes castillo de Hartz:—Que cierta noche me
 «introduje en su vivienda, encargado en asegurarme de
 «su participacion en una trama contra los moradores de
 «la quinta, adquiriendo la certidumbre de su repugnancia
 «á secundar el proyecto:—Que rindiéndole á la efica-
 «cia de un soporífico le sepulté en el corazon mi pu-
 «ñal, envolviéndole en un saco de lana que servia de
 «contener aserrin, vacío á la sazón; llevándole en mis
 «brazos al patio de la cisterna seca en dicha quinta, y
 «arrojándole en ella con el lio de ropa que tenia preve-
 «nido para seguirnos y ganar la frontera de Francia:—
 «Que ejecuté solo el robo del arca de hierro que tenia en
 «su alcoba y junto á su cama el infortunado Fabricius;
 «aceptando la comision de transportar al vecino reino á
 «la señorita Cristina Armand, huérfana protegida por
 «el anciano, y que yacia privada de sentido á la puerta
 «de la habitacion, habiéndose asomado al rumor de la
 «lucha que precedió al asesinato del cambista, en cuyo

«acto yo no intervine de obra:—Que en un coche de camino y á favor de un falso pasaporte arrebaté á la jóven Armand de sus hogares, conteniendo con amenazas y amagos sus conatos de fuga, y aprovechando la natural postracion de sus fuerzas morales y físicas despues de dichos sucesos para conducirla sin resistencia á una casita aislada entre árboles, cercana al real sitio de Versailles:—Que allí la hice guardar algunos meses hasta que un subalterno mío, Wandrillo Götting, suizo y mi compañero de armas en Prusia, la condujo á una iglesia de Versailles; libertándola de la cautividad en que yo habia pactado retenerla:—Que supe y me constaba la injusta acusacion que se sostenia ante el tribunal de Bruselas, tratando á la señorita Armand en calidad de cómplice de Juan Grüe:—Que respeté la virtud y el pudor de la huérfana, no obstante su dependencia de mi entero arbitrio; admirando la resignacion y entereza con que soportaba su amarga situacion:—Que hasta el dia de hoy ignoro el paradero de la señorita Armand, y pido rendidamente á Dios nuestro Señor la haya puesto á salvo de asechanzas infames, no consintiendo su soberana justicia que resulte imposible su rehabilitacion gloriosa en la sociedad que tanto la distinguia.»

«Leida que fué la nota preinserta al otorgante, y hallando su contenido conforme de todo punto al original que habia puesto en manos de Su Excelesia, espresó que pedia y solicitaba de la autoridad del señor alcalde presente interpusiera su decreto y judicial mandato para revestir de todas las formas legales conducentes su declaracion, con objeto de que hiciera fé y verídico testimonio ante los tribunales de los Paísesbajos, y especialmente en el superior de Bruselas donde se habia sustanciado el proceso considerando como culpable en el robo y asesinato del banquero minheer Franz Fabricius al insinuado Juan Grüe y á la señorita Cristina Armand y Hárrison. Asimismo requirió el espresado Herman Huguell al señor alcalde para que una

«vez aprobada este acta y extendida en forma competente, la pasara en trasunto fiel á la cancillería romana, y secretaría de Estado para que por conducto de los agentes diplomáticos del gobierno de Su Santidad se recibiera en el ministerio respectivo de S. M. el rey de los Países-bajos, surtiendo los efectos consiguientes en juicio, como lo procuraba en satisfaccion de su conciencia y por vindicar el nombre y crédito de la señorita Armand y Hárrison, complicada en el crimen de *Chateau-fleuri* en calidad de responsable, siendo realmente una víctima de aquella deplorable conspiracion. Considerando además la situacion desgraciada en que se halla constituido el sentenciado otorgante, y la inminencia del tremendo juicio que le aguarda tras de la cuenta que satisface al poder humano, ofendido por sus excesos, dicho Herman Huguell consigna bajo la sancion espresa del señor alcalde que perdona de lo íntimo de su alma á los cómplices de su obra en el castillo de Hartz, implorando su perdon por la ayuda que prestara al delito y el robo de caudales, de que se confiesa autor único: que pide perdon de sus atentados á la señorita Armand y Hárrison, reconociendo su inocencia y publicándola aunque tarde; rogando por amor de Dios y á título de caridad cristiana á la virtuosa huérfana de Hartz condone sus agravios al que dice y no excrece su memoria para que el Señor le perdone tambien y en gracia de su arrepentimiento: que pide perdon á cuantos hubiere ofendido y escandalizado con sus actos punibles; ofreciéndoles por satisfaccion de sus ofensas y ejemplo reparador de sus faltas la muerte que debe recibir en el cadalso, y el dolor y reconocimiento público de sus extravíos.»

El húngaro dejó al fin escapar un sollozo, difícilmente contenido mientras la lectura del acta. Frá Andrea le estrechó con efusion paternal entre sus brazos.

—Alza la frente, Herman; (le dijo con intenso alborozo) porque eres discípulo de aquel que predicaba: *«humillaos para que os ensalcen.»* Orgullo de la tierra ¿dónde

está tu grandeza vanidosa ante el espectáculo de esta confesion pública?

—Padre mio, murmuró el reo, fortalecido por aquellas alentadas frases, me llenais de valor y de fé.

—Hijomio, (repuso el misionero extendiendo su diestra sobre la cabeza del sentenciado en actitud de cariñosa proteccion) persevera en tan nobles sentimientos. El plazo es perentorio: el camino breve. Aquí hé visto agitarse en la desesperacion y entre las tinieblas de la duda á hombres que se daban el dictado de invencibles, y han marchado al patíbulo con la pusilanimidad de mugeres ó con las muecas ridículas de los falsos valentones. Por el contrario, los que como tú no han sentido vergüenza de rescatar el concepto de fieles católicos, imponiéndose los deberes y sacrificios de la salvadora ley, han esclamado en el instante supremo: «¡oh muerte! ¿dónde está tu aguijon?»

—Sigue el decreto de Su Escelencia, continuó el actuario con su escrupulosa fidelidad en el relato, y dice así...

—Puede suprimirse la lectura, interrumpió el Alcalde, conmovido por la escena precedente.

—¿Leo la ratificacion? preguntó á Su Escelencia el escribano.

—En buen hora, accedió el señor Mortara de Orsini.

—«En el mismo dia y á las nueve de la noche, constituido tribunal en la capilla de la fortaleza de Sant'Ángelo, y presentes los testigos que abajo firman esta solemnidad de derecho, yo el infrascripto notario apostólico, oficial de la curia romana, y escribano de la justicia por la Santidad de la Suprema Sede, adscripto al crione de Sant'Ángelo, y presente el señor Alcalde de la justicia, Excmo. Sor. Gregorio Mortara de Orsini, lei literalmente el acta que antecede al sentenciado otorgante Herman Huguell, quien la reconoce por su espontánea y cumplida voluntad, declarando que en su texto se afirma, ratifica y sostiene, queriendo que valga y surta todos sus efectos, y lo firmo con todos los requisitos de la ley en Roma...»

El húngaro tomó la pluma que le alargaba el magistrado en obsequio compasivo y firmó con una fijeza de pulso admirable. En pos dél pusieron sus nombres y rúbricas en el documento todos los testigos de su lectura oficial.

—Hermanos (dijo el condenado agradecido á los circunstancias) me recomiendo á vuestros sufragios, y en la presencia de Dios, si alcanzo tanta dicha, yo rogaré por todos mis bienhechores.

El venerable Pio VI departe con el cardenal Colonna acerca de los sinsabores de su corazon amantísimo, causados al Vicario de Jesucristo, siervo de los siervos de Dios, por la tenacidad del emperador José II en atribuirse arreglos de disciplina en sus estados, invadiendo la autoridad eclesiástica, y entrando en las vías perturbadoras y fatales que hicieron pasar á Enrique VIII de Inglaterra de paladin de la ortodoxia católica á cabeza del hereticismo anglicano.

Su Beatitud está irrevocablemente decidido á dirigirse á Viena; arrostrándolo todo con tal de evitar nuevas agresiones del Emperador y el escándalo del mundo católico á vista de una tolerancia impropia del Sumo Sacerdocio, privado de abdicar las funciones que constituyen su gerarquía de orden y jurisdiccion.

Pio VI, naturalmente grave y reflexivo, parece preocupado por una idea dolorosa, y tanto que no permite ni una exaltacion de su elevado espíritu al ocuparse en referir los multiplicados abusos del pertinaz Emperador.

—Está Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, afectado extraordinariamente esta noche, le dijo Monseñor Colonna.

—Lo estamos, venerable hermano, (repuso el padre comun de los fieles con tristeza); porque recibimos en audiencia particular á nuestro muy digno y amado Frá Andrea de Castellamare, nuestro insigne misionero, y

él nos ha referido la edificación y santa enseñanza de la justicia de ayer en la persona del húngaro...

—Del rey del crimen, concluyó intencionadamente el cardenal.

—Nos ha enternecido, Colonna, (confesó el Pontifice con inflexion suave, impregnada de melancolía). Merecía ese hombre que le hubiéramos conservado la vida por una gracia especial.

—¡Hermosa muerte! exclamó el purpurado con admiracion sincera: muerte sin alharacas de perdonavidas; sin énfasis de vana y aparente devocion: muerte mas de mártir que de reo.

—¡Oh Dios mio! dijo el sucesor del Apóstol máximo con ferviente anhelo. ¡Cuánto daríamos por hacer posible la abolicion del cadalso! ¡Qué dia para nos si en nuestro tiempo se alcanzara esa hora bendecida!

—Santísimo Padre, replicó el cardenal Colonna, ese dia no lucirá nunca.

—¿Y porqué? preguntó el Sumo Sacerdote con sublime arranque. ¿Existe el imposible para la sabiduría eterna? Si los hombres con los bríos soberbios que trageron el desengaño de Babel intentan esa obra no lo conseguirán; pero si entra en los fines inescrutables de Dios lucirá ese dia, venerable hermano.

CAPÍTULO IX.

EL MISIONERO EN BRUSELAS.



NOCENCIO Honorio Amadeo de Colonna, presbítero cardenal bajo el título de Santa María AD MÁRTIRES, secretario de Estado del Sumo Pontífice Pio VI, era uno de esos hombres de mundo y de mando, que no se distinguen en la entidad de su valía por falta de condiciones en su época, ó por desigualdad entre sus dotes y su situación.

En tiempo de Julio II, y en aquella corte de Eminencias belicosas que se ajustaban espaldar y peto sobre la púrpura de su trage cardenalicio, Monseñor Colonna hubiera brillado en todo el esplendor de un carácter guerrero y de política armada; porque dentro de su cuerpo, admirablemente conformado, habia un alma intrépida y ardiente, que con sus alientos é inspiraciones hubiera dado en qué pensar á Maximiliano de Austria, á Luis XII, y sobre todo, al astuto y cauteloso Fernando V de Aragon.

En tiempo de Adriano VI, restaurada la iglesia de Roma á la severa disciplina de los cánones por el ayo de Carlos V, y comprendida en altísima esfera la mision de concordia y paterna solicitud del Sacerdocio Supremo, Monseñor Colonna habria sido un coadjutor sin rival de los propósitos escelsos del ex-dean de Lovaina; porque en aquel espíritu fogoso, y propenso al noble entusiasmo, la idea de extinguir las funestas rivalidades entre los príncipes de Europa, y la conversion de sus armas contra el turco ensoberbecido, hubiera hecho de su vida un solo conato ilustre y salvador para el amenazado continente.

Pero la Roma del siglo XVIII no era campo idóneo para poner en relieve las cualidades de un hombre de accion enérgica, ó de resolucion franca; y el cardenal que hubiese llevado con tanto honor la cota de los prelados militares de Julio II, como tremolado la enseña de conciliacion de las potestades cristianas y el lábaro contra los Selimes y Solimanes, coetáneos de Adriano VI, suspiraba con humillacion secreta, viendo al regalismo insolente embarazar el paso á la tradicion y á la autoridad eclesiásticas; abominando el sistema de transaccion que por concordatos y concesiones de la romana Sede abria camino á la relajacion religiosa, y preguntándose á sí mismo con desaliento si Gregorio VII habia sido una planta sin fruto; una sombra sin huella.

Colonna llevaba en su apellido esa preindicacion á los honores, propia de cognombres históricos, tales como Orsini, Spada, Médicis, Urbino, Doria y Albini; harto familiares en el sacro colegio, magistratura romana y legacias diplomáticas por la Santa Sede cerca de las cortes de Europa. Segundo de su casa esclarecida, el cardenal consagró su juventud á improbos estudios; llegando á ser orientalista eminente, profundo teólogo y canonista de gran reputacion. Protector de las artes, é iniciado en sus misterios, trataba con intimidad benévola á los profesores y aventajados alumnos de la academia de San Lúcas; y en esa noble cuanto infortunada Italia,

donde la ciencia no mira de alto á bajo á las galas de la fantasía, el descendiente de los romanos patricios compartía su tiempo entre los trabajos áridos del gabinete de estudio, la cátedra de la Sagrada Escritura en la universidad de la SAPIENZA, el liceo de los poetas y el taller de los pintores y de los consagrados á la estatuaria.

Nombrado obispo de Salerno *in partibus infidelium*, y prelado asistente al solio pontificio por la Santidad de Benedicto XIV, ayudó á vindicar la memoria del cardenal Noris de la nota de escritor jansenista; acusó como fiscal de la fé y en un escrito luminoso la *Historia del pueblo de Dios* del jesuita Berruyer, y por sus servicios y señaladas tareas obtuvo el capelo un año antes de la muerte de Benedicto. En el pontificado de Clemente XIII examinó la obra de Helvecio *del espíritu*, y puso en evidencia su contradicción monstruosa con los fundamentos del catolicismo en un selecto informe que le encomendó la congregación del Índice, por cuya circunstancia resultó nombrado su promotor, y vino á ser el alma de aquella comisión importantísima. Acosado al fin de sus días el romano Pontífice por los príncipes de la casa de Borbon para dar el golpe de gracia á la Compañía de Jesus, dividióse el sacro colegio en dos bandos; favorable el uno á los impacientes designios de la escuela regalista, empeñada con encarnizamiento contra los celosos defensores de la autoridad religiosa; resuelto el otro á no sancionar con su aquiescencia el sacrificio del instituto de Ignacio de Loyola al encono de las testas coronadas y de sus ministros, fautores de la evolución filosófica que se formula paladina y categóricamente en la *Enciclopedia* de Diderot y secuaces. El Pastor supremo, afligido por el secuestro de las posesiones de la tiara en Francia y Nápoles, y alarmado con las disidencias de su consejo superior, volvió los ojos á Monseñor Colonna, que ni trataba con preferencia á los jesuitas, ni daba oídos á las diatribas violentas de sus adversarios; pidiéndole consejo en su afanosa posición y una línea de conducta en que la Sede

apostólica ni pareciese resistir á las reclamaciones de los Soberanos por espíritu de predilección á orden alguna de las monásticas, ni cediera á las pretensiones temporales, inmolando á la víctima que el rencor reclamaba con toda clase de apremios. El cardenal convino en que procedía refrenar alguños escesos recientes de ciertos individuos de la Compañía de Jesus en actos y escritos, nombrando sugetos íntegros y prudentes que visitaran y reformasen los diferentes distritos en que se advertía el daño, como se designó para Portugal al cardenal Saldanha por breve de 1.º de Abril de 1758; pero declaró enérgicamente á Su Beatitud que en su concepto seria una injusticia enorme envolver en una proscripción sañuda á miembros tan útiles á la Iglesia porque contados individuos escedieran el límite de su ministerio, y sobre todo, que la debilidad de suscribir á las infundadas exigencias de las cortes por motivos de temor ó de interés rebajaba el prestigio de la silla de San Pedro, entregándola inerme y sumisa á los soberbios embates del regalismo dominador. Clemente XIII falleció á poco de esta consulta, y de la manera sospechosa que afectan creer los historiógrafos y la eleccion de Clemente XIV hizo comprender á la minoría del sacro Colegio que la Compañía de Jesus estaba irremisiblemente condenada á la estincion; gestionando Colonna con suma habilidad para que se le conmutaran sus delicados encargos en la rectoría de la *Sapienza* y pareciese honor lo que realmente era alejamiento del nuevo orden de cosas.

Ganganelli conocia muy bien la dignidad y firmeza de Colonna; sabiendo demasiado que no habia de turbar los homenajes que le tributaban de consuno las escuelas jansenista y protestante con ninguno de esos defensorios, folletos y polémicas que en vano perseguian los poderes triunfantes; porque Monseñor en su lógica inflexible y en su amor á la disciplina severa no podia conciliar la autoridad infalible del Pontificado con el derecho de censurar y combatir las disposiciones, emanadas de su fuero y supremacía. Así es que encerrado en la

mas profunda reserva durante el sumo sacerdocio de Clemente XIV, á la proclamacion de Pio VI recibió las pruebas mas inequívocas de estimacion del nuevo Papa que le hizo secretario de Estado, otorgándole una confianza omnimoda y dirigiéndose por sus acertadas indicaciones.

El cardenal es hombre de sesenta y cuatro años, llevados con una entereza de facultades en lo moral y en lo físico que determina una índole de privilegio y una constitucion en rara armonía con su levantado espíritu. En su rostro hay la belleza de Marco Aurelio con la serena magestad del Papa Leon que impuso al devastador Atila. Su estatura es noble, sus modales son de una elegancia exenta de toda especie de artificio; su porte exterior revela al prócer, moderando su opulencia fastuosa en consideracion á la severidad de su estado. Monseñor habia estudiado su carácter con la conciencia del que aprende la regla filosófica «*nosce te ipsum,*» y merced á este detenido estudio era menester una dotada penetracion para advertir en la calma de Su Eminencia el efecto de un trabajo consecuente, empleado en dominar los arranques de un fogoso temperamento, y en templar un sediento anhelo de enderezar los asuntos hácia los términos mas estrictos de la justicia y la conveniencia.

Habian dado las ocho en el reló de pared del gabinete, donde Monseñor Colonna á la luz de las tres bugias, contenidas en un candelabro de bronce, tallado por algun artista del renacimiento, repasaba diferentes despachos, firmados en el propio dia por Su Santidad. Un page entró anunciando que Frá Andrea de Castellamare, misionero apostólico, del orden de capuchinos, habia acudido á la cita de Monseñor y esperaba la honra de ponerse en su presencia. El cardenal mandó que fuese introducido al punto en su cámara, y dos minutos despues el director espiritual de Wandrillo Götting y de Herman Huguell se adelantó hácia el bufete del prelado con paso lento, y retratada en su hermosa y venerable fisonomía esa veneracion á la dignidad que procede de

un ánimo persuadido de las ideas de orden y enlace de los poderes, fundamento indispensable de cualquier sociedad que sea.

—Siéntese su reverencia, dijo con agasajo Monseñor al misionero, señalándole una silla próxima y frente á el sillón que ocupaba, del otro lado de la mesa.

—Estoy bien así, Eminentísimo Señor, repuso Frá Andrea rehusando la cortesanía de Colonna.

—Obedezca su reverencia, insistió el secretario de Estado con tono entre grave y chancero.

—Por obediencia sí, replicó el capuchino tomando asiento con rendida prontitud.

—Hé citado á su reverencia para conferirle una comisión especial y extraordinaria si las hay.

—Señor Eminentísimo, replicó el misionero inclinándose con esquisita deferencia, la comisión que vuestra bondad se digna conferirme podría no hallar grande auxilio en mis luces; pero de seguro tendrá el concurso acérrimo de una voluntad sin excusa ni obstáculos, tratándose de cumplir los preceptos de mis superiores.

—No esperaba menos de Su Reverencia, respondió el cardenal con satisfactoria confianza; y cuando esponga á su consideración el encargo que de su cordura y aplomo se fia, conocerá la idea que Su Santidad tiene de las relevantes circunstancias que en su distinguida persona concurren.

—Eminentísimo señor, balbuceó confuso el modesto religioso, bajando la cabeza en señal de veraz rendimiento.

—No hay tiempo que perder, dijo Monseñor Colonna con esa prontitud en abordar las cuestiones, peculiar á los hombres de carácter firme, y propia de las gentes de miras hidalgas, que no han menester rodeos ni circunloquios para esponer lo que sienten ó lo que piensan.

Fray Andrea hizo un gesto de conformidad absoluta con los deseos de Monseñor.

—A las nueve, añadió Colonna mirando al reló de pared, me espera Su Beatitud en el Quirinal, y me con-

gratulo de poderle dar cuenta de un resultado, completamente conforme á sus propósitos y á los míos.

—Así lo aguardo de la asistencia divina, concluyó el monge cruzando los brazos con recogimiento humilde.

—En Bruselas carece la Sede Apostólica de representante religioso ni temporal, y un vice-cónsul, el señor Jaime Lutgen, es *ad honorem* el único agente de los Estados Pontificios en lo mercantil.

—Escucho, Eminencia, dijo el capuchino con redoblado interés.

—Ocurre la confesion pública de ese pobre húngaro....

—Dios le haya recibido en su seno, interrumpió el mínimo observante con emocion fervorosa.

—Amen, terminó Su Eminencia. La cancillería romana se vé en el caso de transmitir el acta, extendida en los últimos momentos de ese hombre, al ministro de justicia y cultos de los Países-bajos, y por falta de nuncio, embajador, y encargado de negocios se halla precisada á diputar un sugeto de condiciones especiales, investido de poderes extraordinarios, para entenderse en tan delicado asunto con aquella corte. Este enviado particular se llama Frá Andrea de Castellamare.

—¡Yo, señor Eminentísimo! exclamó el cenobita con la mayor sorpresa.

—Vuestra reverendísima persona, apoyó el cardenal con insistencia positiva y ademan imperioso. Para disimular el objeto del viaje (que es un arcano y continuará siéndolo, porque importa que lo sea) recibirá Su Paternidad una comision de visita para la provincia observante de París que tal vez asuste á los reverendos capuchinos del departamento del Sena; mas que vendrá á reducirse á una inspeccion provechosa, aunque rápida, mientras no la interrumpen los despachos de la secretaría pontifical, previniendo al misionero apostólico, visitador por legacia de la Sede romana de la orden mínima del Patriarca Seráfico, se traslade inmediatamente á Bruselas.

—¡Y en esa visita, Monseñor?...

—En esa visita, respondió el sagaz prelado comprendiendo la tendencia de la pregunta, habrá mas que una fórmula: corrigiéndose los abusos, caso de que resulten; restringiéndose los excesos que se comprueben, y dando conocimiento á la superioridad respectiva de los escándalos, si por desgracia aparecieran cometidos.

—Entiendo, Monseñor, dijo el misionero, tranquilizado sobre este particular.

—A París, prosiguió el descendiente de los egregios Colonnas, se enviarán á Su Reverencia el acta que contiene la declaracion del húngaro, autorizada en forma correspondiente por la cancilleria, el poder extraordinario que acredite á Su Paternidad cerca de la corte de los Países-bajos para verificar la entrega de tan importante documento, y una mision predicante en la iglesia católica de la ciudad de San Gevi, prévia autorizacion del ministerio de justicia y cultos, que tengo fundadas razones para suponer libre de toda especie de oposicion.

—Permítalo el Señor, Eminencia, apoyó el monje con celoso afan por los triunfos del Evangelio.

—El acta, continuó el secretario de Estado de Pio VI con marcada intencion, es de grave interés para aquellos tribunales, puesto que arroja clara luz sobre un proceso de sumo embarazo y entidad, y un efecto del espíritu católico es quien viene á desvanecer la niebla que envolvía los hechos á la vista ejercitada de los hombres de la ley. Libreme Dios, venerable Andrea, de sacar partido de los sucesos providenciales con designios de ostentacion vanidosa, ni de aumento de bienes mezquinos; pero cuando surge la luz yá sabe vuestra Paternidad que no podemos ocultarla bajo el módio, cual dicen las Sagradas Escrituras.

—Seguramente, Monseñor, coincidió con entusiasmo el misionero.

—Nada mas natural que estando en París vuestra Reverencia, y en una comision de tanta monta, se le dipute para elevar á manos del gobierno de S. M. el rey de los Países-bajos ese acta que tiene una doble signifi-

cacion como descargo de conciencia, y como instrumento público de país á país. Las disidencias religiosas no son en nuestro siglo causa de violentas agresiones ni terribles disturbios; al menos de manera que...

—Y si lo fuesen, declaró el asceta con una presencia de espíritu edificante, yo bendeciría la gracia del Señor en brindar a mis solicitudes la palma gloriosa del martirio por la fé.

—Los hombres como vuestra Paternidad, dijo Monseñor Colonna conmovido por tan nobles palabras, hacen falta en la Iglesia para sustentar una lucha cuerpo á cuerpo con la impiedad envanecida: lucha, hijo mio Andrea, que es menos esplendorosa que la crucifixion por los infieles; que no abre á quien sufre sus consecuencias el aureo catálogo de los escogidos; que impone torturas mas atroces que las empleadas en el Japon, y produce heridas mas dolorosas; porque Abel recibe la muerte de la mano fratricida de Cain.

—Es verdad, Eminencia, apoyó Fray Andrea exhalando un suspiro con penosa conviccion.

—Vuestro hábito, vuestra presencia, (agregó Monseñor con prevencion insinuante,) y ese aroma que exhala el hombre de Dios, votado al puntual cumplimiento de los deberes de su instituto, producirán un efecto provechoso en la grey católica, y formarán ventajoso contraste con esa existencia *sui géneris*, con esa vida oficial del ministro reformado; parásito miserable en una ley que rechaza á los intérpretes para erigir en juez sumo al criterio individual.

—¿Y respecto á la mision predicante?

—El digno abate Exter, párroco de la comunión católica, habrá recibido instrucciones al efecto, y la autorizacion del ministro de justicia y cultos para que vuestra Reverencia suba al púlpito de su capilla á proclamar la verdad eterna y á difundir la palabra de vida y salud para el alma creyente.

—Dios ilumine á su siervo, repuso el capuchino con ingénua esclamacion.

—Espero ópimo fruto de vuestra mision, Fray Andrea. Conocéis el latin ciceroniano, y hablais el tudesco á la perfeccion. Sois un gigante en erudicion sagrada. Dará vuestra Paternidad grande honor á la órden y á las aulas de la Sapienza.

—¿Y es esto todo, Monseñor? interrogó el minimo, ansioso de prestar servicios á la causa católica.

—No hemos concluido, aunque nos falte poco, replicó el secretario de Estado sonriendo. Lleva su Paternidad una mision diplomática de infinito peso verdaderamente, y consiste en explorar lo que opinan los ministros de S. M. el rey de los Países-bajos acerca del proceder extravagante del emperador José II en la pretendida organizacion de las iglesias en sus dominios.

—¿Y esa esploracion...?

—En ese trabajo cuenta con un auxiliar seguro en la persona del señor Justino de Kermadoc, honorable secretario del ministerio, mi amigo particular y afecto constante, desde que vino á Roma la semana santa de 1779, y tuve ocasion de tratarle y hacerle algunos favores, de los que producen intimidades expansivas.

—Comprendo, Monseñor.

—Habrán precedido á la presentacion de vuesa Reverencia comunicaciones mias dando idea justa del mensajero que le envio, y á quien debe conducir á fuer de práctico piloto á través del piélago de la corte. El señor Kermadoc es un hombre frio y reservado en apariencia; pero cuando se coloca á devocion de alguno, ó decide complacerle, sabe hacer las cosas y sin trazas de servicial lo es hasta un grado fabuloso.

—Deseara, Monseñor, acertar en ese papel diplomático, que me arredra; lo confieso.

—Enviaré instrucciones precisas á vuestra Paternidad, espresó Colonna: instrucciones que abarquen todas las peripecias que pueden preverse en la marcha de los negocios. Conviene fijar ahora los puntos cardinales de vuestra mision en Bruselas. Hablo de la parte misteriosa.

—No pierdo una sílaba, Monseñor, manifestó el misionero.

—Por medio del subsecretario, que es mio enteramente, importa averiguar si se mira con ceño en los Países-bajos la intromision imperial en el arreglo de los asuntos espirituales y en estados católicos. Si así acontece, cual me lo figuro, inquirir con discrecion si esa corte resuelve no hacer causa común con el imperio. Si así se determina, adelantar algunos rumores sobre viage de Su Santidad....

—¿A dónde? preguntó con extrañeza el capuchino.

—A Viena, respondió fieramente el cardenal, y á ponerse cara á cara con el emperador José II.

CAPÍTULO X.

LIBERTAD Y HONOR.



JUSTIFICADA completamente la cautividad de Cristina en la casita aislada de la Dubois, y bajo la guarda vigilante del cómplice de Roche, en el espediente instruido ante el parlamento de París á solicitud del señor Geffard, compañero y amigo de Carlos Miguel de L'épée, la huérfana de *Chateau-flaurí* insistió en su empeño de presentarse á la autoridad jurídica de Bruselas; arrostrando las consecuencias del proceso, formado por el asesinato y robo de su protector, el banquero *Fabricius*.

Walter habia sido encerrado en un calabozo de la Bastilla; el mismo cabalmente que sirvió de cárcel al famoso *máscara de hierro*, sobre cuya malhadada existencia se han hecho tan estériles conjeturas por cronistas é historiadores. El asesino de la marquesa de Belle-ville, encausado por el calumnioso y villano folleto, clandestinamente repartido en el departamento del Sena, y dispues-

to á circular con profusion escandalosa en las diferentes comparticiones de Alemania, sufría multitud de interrogatorios y careos con el editor y varias personas complicadas en este asunto, mientras que Carlos de Belleville en la reaccion del abatimiento doloroso, inmediato á la catástrofe, gestionaba la entrega del culpable á la sala criminal del parlamento y por el delito que le dejara huérfano de una madre tan digna, amante y elevada, como la nieta del caballero *sin miedo y sin reproche*.

Blanca, despues de los funerales de su tia, se retiró al convento de Carmelitas en París; participando al marqués su primo esta resolucion, necesaria para evitar la inconveniencia de vivir juntas dos personas de su edad y estado, y propia tambien para templar la crudeza del golpe recibido en una atmósfera serena y reposada del claustro; oasis bendecido por el alma privilegiada de la muger en las fatigas de atravesar los arenales de su peregrinacion en el mundo.

El abate de L'épée obtuvo licencia del obispo de Versailles para confiar la carga del curato, que interinamente servía por el mal estado de salud de su respetable amigo el abate Verland d'Aiguillon, á sugeto idóneo para desempeñarlo; declarando á Cristina su designio de acompañarla á Bruselas, y continuar allí con incesante desvelo la mision protectora que tan indeleble gratitud nutriera en el ánimo de aquella muger, tan combatido por acerbos y continuados infortunios.

Javier, próximo á partir para el colegio dirigido por el abate Siccard, despidió á su protector generoso y á su querida hermana con todos los extremos peculiares á esos desgraciados en quienes rebosa la vida, tanto mas enérgica é impaciente, cuanto valladar mas rudo les opone la falta del oido y de la voz. Fué necesaria la elocuencia persuasiva de su valedor ilustre para someterle á la obediencia de sus preceptos, y al ver alejarse al anciano del brazo de la afligida jóven para tomar la góndola entre Versailles y París el sordo-mudo levantó sus manos al cielo; exhalando uno de esos gritos inarticulados que

en el idioma del dolor sirven de espresion última de las posibles. En Javier habia muerto la esperanza: insensata esperanza; pero que doraba la oscuridad de su existencia, como alegra las tinieblas umbrías de caverna medrosa la filtracion de un ténue reflejo de sol. Llega la noche, y la caverna se convierte en la tumba de un vivo. Cristina se alejaba. Javier no sabia dónde guiaba sus pasos; pero su corazon era funesto adivino, y decíale que no la volverian á ver sus ojos. Javier iba á ser consagrado al culto de las artes bajo la próvida tutela del abate Siccard; mas el mundo no podía esperar de su nùmen las *madonnas* de Rafael de Úrbino, ni los niños-Jesus de Martinez Montañés. Lo bello proviene del alma tranquila y vivificada por el bienestar de la tierra, ó por las esperanzas risueñas de una cándida fé religiosa. Javier imitaria la espresion lúgubre del *Spagnoletto* (Ribera), ó la tristeza exasperada de Salvator Rosa; porque llevaba en su mente la inquieta inspiracion de los génios agriados por los rigores de la fortuna, y en su corazon el dolorido cansancio de constantes y duros reveses.

El viaje de Cristina y de su protector fué silencioso y sobremanera tétrico. La huérfana vestia de luto en señal de su duelo por Juana Luisa Constanza de Bayard, sacrificada al error de Wálter, y en lugar de la víctima que buscaba su sanguinario encono. La desafortunada Armand vestia de negro en fúnebre homenaje á sus puros y castos amores, anonadados con las tremendas frases de la marquesa en la posada de Barthelémí, increpando á su hijo por el cariño irresistible que descubria en el nieto de los Belle-villes hácia la plebeya, oscurecida á una misteriosa persecucion. La hija adoptiva de Franz Fabricius, extraña de todo punto al conocimiento de los trámites jurídicos, y participando de esa medrosa y comun preocupacion contra el foro, que proviene de exagerar los términos de la falibilidad humana, no creia suficiente la justificacion externa y minuciosa de su rapto y morada en la casita cercana á Versailles; estimando que con ella lograria prevenir algun tanto

en su favor el espíritu de sus jueces; pero sin llegar su efecto hasta el convencimiento y declaracion de su inocencia. Cristina iba dispuesta á revelar totalmente los sucesos; á descubrir la perfidia de Roche, la complicidad inícuca de Huguell, y el proceder de Góttling; á desarrollar escena por escena el terrible drama, inaugurado en el castillo de Hartz y concluido en el pabellon de la *Imperial Corona*. Y si esto no era bastante, y su revelacion carecia de testimonios que la robusteciesen, y el fallo de los magistrados de Bruselas igualaba á la inculpable con las humilladas al peso de una merecida condenacion, Cristina era católica, y sabiendo que la tierra no es la patria del alma, atravesaria con valor los ásperos breñales por donde le cumpliese llegar á esa triunfante Jerusalem, asilo de restauracion suprema é inturbables alegrías.

El abate absteníase de interrumpir las meditaciones de su patrocinada, práctico en los dolores de la vida, y comprendiendo que el alma traspasada por crueles penas busca refugio en un santuario recóndito, cuyo espacio perturba el eco importuno de un consuelo fuera de propósito y sazón.

Los viageros llegaron por fin á la corte de los Países-bajos á la mitad de una noche apacible; alojándose en la fonda del prusiano en la plaza del Sablon, donde paraba el misero conde de Heuffel, muerto en desafio por Wálter al procurar la venganza de Wenceslao, su bizarro gemelo. Cristina y L'épée cruzaron una mirada indefinible: la huérfana besó con transporte agradecido la diestra temblorosa del sacerdote: el anciano bendijo á la joven beldad con los ojos arrasados en lágrimas de ternura, y cada uno hizo un gesto que sustituyó muy bien á la frase «*hasta mañana,*» retirándose á los aposentos que se les tenian preparados por la servidumbre del mejor hotel de Bruselas.

Al otro dia y á la hora del despacho anunciaron al juez de instruccion Talldor que un ministro católico francés solicitaba algunos momentos de audiencia reservada

para tratar de cierto negocio de interés extraordinario y urgencia suma, y al instante fué introducido en el gabinete del honorable togado Carlos Miguel de L'épée; recibiendo en cuanto pronunció su nombre las muestras de profunda simpatía y respeto singular que tributaban los hombres distinguidos de su época al genio reparador que resucitaba á esos insepultos cadáveres que tenían la inmovilidad en la lengua, el hielo en el oído, y la rigidez en el ánimo.

Después de una hora de conversacion secreta el abate salió pensativo, y el juez determinó que engancharan un caballo á su ligero cabriolé á toda prisa: yendo á comunicar lo nuevo y difícil del caso á la sala criminal del tribunal superior del territorio, y deteniéndose largo espacio en la consulta de lo que convendría resolver con los ministros que entendieran en el notable proceso de *Chateau-fleurí*.

Discusion dilatada promovió el incidente en los magistrados; pero concordaron todos en que no había medios hábiles de eximir á Cristina Armand y Hárrison de la prision en la cárcel de mugeres mientras se sustanciaba el actuado en que figuraba como reo; si bien aprovechando la necesidad de la incomunicacion durante las diligencias sumarias para instalarla en las habitaciones de la rectora, donde se le guardasen las consideraciones compatibles con el régimen de la casa y el tenor de los reglamentos.

El honorable Talldor comisionó á un subalterno de discrecion probada para que en un coche y con los miramientos mas corteses condujera á la joven á su despacho; y en efecto, de allí á poco la huérfana se presentó á su juez, confusa y sobrecojida, exhortada á la firmeza y á la espontaneidad por el abate de L'épée y por el abate Exter, cura católico de la capilla de San Gevi y confesor de la virgen de *Chateau-fleurí*.

L'épée puso en manos del juez de instruccion el espediente seguido ante el parlamento de París por los asiduos afanes del activo Geffard, y retiróse á un lado con

Talldor para enterarse del destino que se habia acordado imponer á su prohijada durante las informaciones del sumario. Exter animaba á la huérfana, disponiéndola á sobrellevar las tribulaciones que debian preceder al reconocimiento de su inocencia en el atentado de *Chateau-fleuri*, y aunque el anciano párroco no podia colegir cuáles fueran ofreciase á sostener en todas el decaido valor de su hija espiritual.

L'épée se encargó de preparar á Cristina para que la reclusion le fuese menos sensible, enterada de que se le distinguia de las demás reclusas cuanto era permitido al tribunal en el estado del proceso; hallando en la piadosa jóven una conformidad absoluta con lo que se decidiera respecto á su futura suerte. El abate escuchó con delicia las reflexiones de su patrocinada; confirmándose en la idea de que la religion es el único cuadro donde caben los héroes que no cuestan al mundo ni sangre ni lágrimas; porque ella sola comunica esa fuerza sobrenatural que no permite el engreimiento en la próspera fortuna, ni la desesperacion en el rigor de la desgracia; escollos que no franquea la filosofía mas pretenciosa de cuantas se proponen arrancar sus secretos al cielo y á la tierra.

Cristina, acompañada por el juez y el actuario, subió al coche que debia conducirla á la reclusion de mugeres; despidiéndose con un gesto adorable de ternura melancólica de Exter y L'épée que correspondieron al saludo con efusion cariñosa y paternal; retirándose unidos y departiendo con preocupacion grave sobre la eficacia de los principios religiosos, sólidamente cimentados, para conjurar los azares de una vida que compara Job con los dias fatigosos del jornalero.

Al regresar Talldor de la cárcel, dueño del arcano del proceso de *Chateau-fleuri*, y profundamente impresionado por el cúmulo de circunstancias que difundian la clara luz de la verdad sobre un crimen tenebroso, halló en su gabinete al señor Jaime Lutgen, sobrino del mísero Fabricius, propuesto á someter á fianza todos sus haberes y su misma persona á la demanda de escarcela-

cion de la huérfana, y sosteniendo su inculpabilidad con la propia vehemencia que habia demostrado siempre en este punto. El juez procuró en vano templar el anhelo impaciente del jóven banquero con toda especie de consideraciones; porque es imposible que el sentimiento, que es la parte primitiva de la naturaleza humana, se adapte en su período efervescente á la razon social, que es la abdicacion de cada uno en el interés de todos.

La opinion pública se habia pronunciado en favor de Cristina desde la hora en que se tuvo la primera noticia del asesinato y robo del anciano banquero. Contadas personas creyeron en la complicidad de la jóven en aquella tragedia, y menos aun simpatizaron con las formas insidiosas de la pérvida acusacion de Wálter; y para eso el reducido círculo de los maldicientes componiase de esas individualidades moralmente abyectas que son al resto de la sociedad lo que la escoria á los materiales en fusion. Bien declaraban este fenómeno los términos del dictámen fiscal de Roche, y sus esfuerzos desesperados por combatir la prevencion general contra su persona y su odioso papel en el célebre proceso, donde inculpaba á la inocente Armand y al sacrificado Juan Grüe.

Ahora, al estenderse por la capital de los Países-Bajos la noticia de haber aparecido la protegida de Franz, trayendo la prueba inconcusa de su raptó por el húngaro en la noche tormentosa en que tuvo lugar el estermínio del cambista, denunciando los infames recursos en cuya consecuencia se le mantuvo secuestrada y á merced de su perseguidor monstruoso, y descubriendo en el abogado de la ley al inícuo amante, al amigo traidor, al cobarde asesino y al hipócrita execrable, Bruselas exhaló un grito de indignacion universal; grito que llegó al templo de la Témis belga como una reclamacion impaciente de la multitud contra un orden de cosas dentro del cual cabian enormidades, como las que ponía en relieve una desoladora experiencia.

Los hombres de la ley contestaron á este grito de alarma con la impassibilidad de las conciencias firmes;

porque ellos habian declarado insuficientes para dictar su fallo los méritos del proceso y las conclusiones del ministerio fiscal; porque ellos sabian que el hombre es falible; pero buscaban la verdad con sed de justicia, haciendo un sacerdocio de sus encargos, y con tales condiciones el yerro judicial es una desgracia, pero no es una culpa.

.

.

.

La cárcel de mugeres en Bruselas era en 1781 un viejo edificio, situada en una de las recatadas travesias de un barrio apartado y humilde; asilo de gente pobre, y en cuyos albergues malsanos se apiñaban trabajadores, lavanderas, individuos de traza sospechosa, hembras de torpe vida; la miseria y la infamia, que asocian sus tentaciones y sus estragos por lo comun en los centros donde la caridad no sostiene á la una ni baja á cohibir la gangrena de la otra.

Las prisiones y casas de correccion, destinadas al sexo débil, tienen un carácter aun mas sombrío y lúgubre en los pueblos que admiten la diversidad de cultos que en los paises que profesan una sola religion; porque naturalmente piadosa la muger y mucho mas impresionable que el hombre, rodea las prácticas de su rito en aquellos tristes lugares de prestigio y encanto melancólicos, al paso que la diferencia de comuniones establece foscas distancias entre las que participan de un propio y lastimero destino, y no pueden unirse en una sola y férvida oracion.

En las naciones católicas las cárceles pierden sus horribles rasgos característicos en ocasiones señaladas, y á vuelta de algun desgraciado, que como Larra (Fíguro) dice "*canta la salve y por bajo la parodia*", hasta los últimos criminales sienten el efecto del himno que entonan en coro cuando los misioneros vienen á filtrar un rayo de divina esperanza al través de aquellos macizos muros; cuando la Iglesia suministra el pan de los ángeles á los réprobos de la sociedad; cuando camina á

el patíbulo el sentenciado á la última pena; cuando nace y muere el día, que tal vez haya decidido de tantas existencias y de modo tan diferente.

En los pueblos divididos en sectas y heterogéneas confesiones no es posible que se exhale de las penitenciarías un solo y sentido cántico, en que reunan su espresion elocuente el arrepentimiento, la angustia, el quebranto y la gratitud; y privado aquel recinto de la espansion religiosa unánime, queda el hombre frente al hombre en lo fiero de su lucha; la rebeldía del vencido ante la pujanza del vencedor; la ciencia graduando el mal, como arbitrio que posee en toda su escala y sin acordarse de que debe dar cuenta de su poder al poder supremo, y el individuo desafiando la pena con la brutalidad del salvaje que insulta á sus enemigos cuando se aprestan á arrancarle la vida entre feroces torturas. En estos países cabalmente es dónde la ciencia penal, lanzada en el vacío con la inespriencia de Faeton, ha refinado las condiciones carcelarias hasta hacer preferible la suerte del penado á la del bracero, ó ha provocado el suicidio y la locura á fuerza de organizar los sufrimientos físicos y morales.

Por estas razones la prision en que alojan á Cristina Armand es tétrica y produce impresion mas cruel; porque allí la ferocidad de unas arrestadas carece de la suave modificacion del rezo en comun, la monótona formalidad reglamentaria no cede á los intervalos de las piadosas festividades; ni reina ese acuerdo sin restricciones que asocia á todos los espíritus en unos mismos votos, elevados al cielo en las blancas alas del ángel de la oracion. La muger resalta allí en la violencia de sus contrastes: mala hasta los postreros límites de la depravacion y superando en perversidad al hombre mas desalmado; victima del extravío de unos sentimientos, que en su origen y moderado desarrollo hubiesen labrado su ventura; rescatada por el sufrimiento y la resignacion de faltas que no perdona la ley, porque no sabe ni puede distinguir la realidad del rescate. Allí no resuenan

los pesados grillos ni las dobles cadenas: allí no hay cómitres ceñudos y llaveros que ostentan la medrosa fisonomía de Caron, el barquero del rio Aqueronte: allí no predomina el principio de la fuerza social en perenne amago contra la ruda energía del hombre, sojuzgado por la autoridad. El número de procesadas y reclusas es infinitamente menor que el del otro sexo; acostumbrada á la mansedumbre y á la obediencia, la muger es menos indócil que el varon; mas desgraciada que el hijo de Adan, la hija de Eva es tambien mas sociable y accesible á cariñosas consideraciones; tanto el secuestro como el castigo hallan mayor fruto en el ánimo femenino, porque en igualdad de circunstancias con el hombre la muger obtiene la ventaja en inteligencia perspicua y en viveza de resolucion. Y sin embargo la prision de mugeres comprime el corazon de quien se introduce en ella infinitamente mas que la cárcel de los hombres; porque el crimen, que es un abuso de la fuerza en suma, se aviene con el sexo fuerte, y parece extraño á la debilidad femenina; porque la pena es soportable para el varon, que nace predispuerto á toda especie de fatigas, y se estima que debe abrumar la delicada naturaleza de la muger, vaso transparente y quebradizo.

Así pensaba el ilustre abate de L'épée al entrar en la portería de la prision para que una vigilante llevase á la principal encargada en su custodia un permiso del señor Talldor, autorizando al sacerdote católico á visitar en su retiro á la contristada huérfana de *Chateau-fleurí*, que llevaba dos meses de alojamiento en las habitaciones de la rígida superiora.

Otorgado el paso al maestro de los sordo-mudos, atravesó corredores, subió escaleras y pasó por multitud de estancias tras de su guia, hasta que esta detúvose al llegar á un pequeño gabinete de recibo, donde pasaba la tarde haciendo labor la señorita Armand, junto á una ventana con vista al jardín del departamento de la rectora, cultivado con esmerada proligidad por una presa, próxima á cumplir el plazo de su espacion.

Cristina mantenía su hermosa cabeza en el respaldo de un ancho sillón de reposo, y sus piés apoyábanse en un taburete de badana carmesí. Cruzadas las manos sobre las rodillas, los ojos fijos en el ocaso del sol, y la boca entreabierta en una especie de éxtasis, la víctima del impío Roche no parecía persona viviente, sino la imagen de esa meditación que alivia al espíritu del peso cansado de la materia; vislumbre de otra libertad que la criatura rodea de temores y de afanes.

Al introducirse el anciano en el aposento la huérfana percibió el ruido de sus lentos pasos y volvió la cara hácia la puerta; levantándose con prontitud respetuosa al divisar á L'épée, y saliendo á su encuentro con viva emoción.

—Bien venido, señor, exclamó besando la mano del sacerdote y conduciéndole hácia el asiento desocupado.

—Adios, hija mia, contestó Carlos Miguel instalándose en el sillón con alguna fatiga por el espacio recorrido. Confío que no habrás interpretado mal mi ausencia; porque creí conveniente activar en París el despacho de las declaraciones que á Wálter se exigieran por el procurador del rey, relativas á la causa de *Chateaufauri*, y promover las ratificaciones de los testigos del expediente con el auxilio de nuestro buen Geffard, que es un hombre sin precio.

La huérfana se acomodó en el reducido taburete y á los piés de su protector generoso.

—Veamos, añadió L'épée con gravedad, ¿no te interesa conocer lo espuesto por Roche?

—Temia preguntarlo, porque temo saberlo, señor, respondió Cristina suspirando penosamente.

—Se le ha reconocido por médicos, continuó el abate, y admira el favor singular de la Providencia. Tiene una cicatriz indudable de la mordedura de Condor, el perro de Siberia, que se encontró muerto á puñaladas en el gabinete contiguo á la alcoba del pobre señor Franz: cicatriz que coincide perfectamente con tu recuerdo de que el abogado, asesino de Fabricius, llevaba como ven-

da un pañuelo blanco en el muslo derecho y en su parte posterior. Ha sido providencial, hija mia, esa reminiscencia, tan difícil en momentos críticos, y coronada de un éxito portentoso.

—Sin duda, respondió Cristina con triste inflexion; porque cuando pienso en aquella noche terrible y cierro los ojos, señor abate, la escena se reproduce fiel en el espejo de mi alma con todos sus accidentes, y la describiría mil veces con la misma dolorosa exactitud con que lo hice al señor Talldor.

—En cuanto á la declaracion de nuestro enemigo, prosiguió el abate, revela una situacion desesperada.

—¿Me acusa torpemente como lo hizo en la *Imperial Corona*, creyéndome víctima de su ferocidad?

—Nada menos que eso, hija mia, repuso L'épée con extrañeza. Se acusa de cuanto espusiste en tu declaracion con un cinismo que demuestra el hastío de la vida, el deseo de concluir pronto sus cuentas con el poder público, y el ansia de acelerar su fin con todo género de espontaneidades ante la justicia; prometiéndose el insensato que la muerte le libre de sus remordimientos, y que tras del sepulcro no existe un mas allá, consecuencia lógica de los datos del mundo.

—¡Desgraciado! exclamó Cristina con movimiento adorable de compasion. Dios tenga misericordia de él.

—Ha resistido obstinadamente (insistió el abate pensativo) descubrir á sus cómplices en el atentado del castillo de Hartz, y por mas preguntas y apremios de que ha sido blanco por el juez de instruccion, se encierra en este particular en un absoluto silencio. Temo que esta circunstancia dilate, hija mia, el término de nuestro definitivo triunfo.

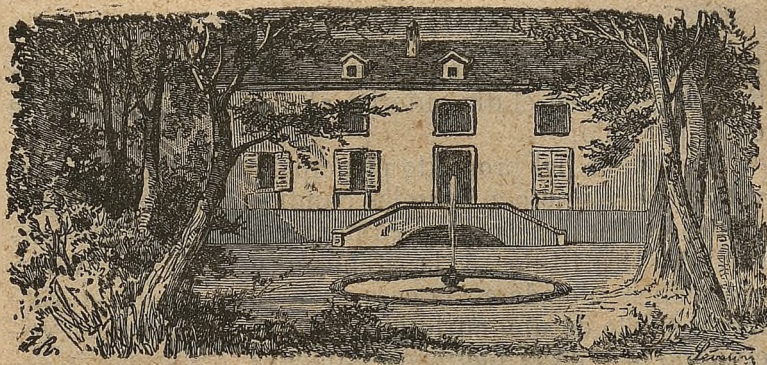
—Cúmplase en todo la suprema voluntad, concluyó la jóven inclinando humilde la frente. He sufrido mucho, padre mio; vos lo sabeis; pero no tengo derecho de quejarme; porque donde me armaba sus lazos la malignidad, acudia en mi defensa una tutela cariñosa y bendita; y ahora, en esta cárcel, vos, el abate Exter, Jaime, los mismos Hartzs....

La huérfana fué interrumpida por la entrada en el gabinete de una reclusa, portadora de una carta que entregó á la señorita Armand de parte de la superiora de las prisiones; retirándose cumplido su encargo.

Cristina, obtenida la vénia del abate, rompió el sobre y leyó el billete, palideciendo por grados y conforme avanzaba en su rápida y anhelante lectura. Al fin exhaló un grito de júbilo, alargando la carta á su protector.

«Cristina (decia en su escrito el abate Exter) glorifica á la Providencia que vela por tí para indemnizarte de tus costosas pruebas en este valle de lágrimas. Ha llegado á esta capital el reverendo Padre Frá Andrea de Castellamare, capuchino, misionero apostólico, y enviado extraordinario de Su Beatitud el soberano Pontífice Pio VI, y trae un acta extendida en Roma y en la capilla de la fortaleza de Sant'Angelo por el húngaro Herman Huguell, ejecutado en la metrópoli del catolicismo: acta en que se especifican los tristes sucesos del castillo de Hartz en mayo de 1780, y que el santo monje viene comisionado por la curia romana para presentar á nuestro gobierno, como lo verifica esta misma noche. Hé aquí cómo recobras, pobre niña, la libertad y el honor.»

—¡Dios mio! (esclamó el anciano abate, levantándose transportado de intenso placer y de íntimo agradecimiento, y llevando sus manos trémulas al nivel de su cabeza consagrada). ¡Dios mio! (repitió con voz enternecida) tú eres grande, justo y bueno.... ¡Qué misericordioso eres, Señor!



PARTE CUARTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA SERENATA.



os vaticinios de Monseñor Colonna acerca del plausible efecto que debia producir en la capital de los Países-bajos la presencia del misionero apostólico, Fray Andrea de Castellamare, habian tenido total y exacto cumplimiento.

Recibido con estimacion afectuosa por el honorable subsecretario Justino de Kermadoc, logró el insigne monge por su medio y eficacia una particular y dilatada entrevista con su Excelencia el señor ministro de justicia y cultos; interesándole en su favor vivamente con el doble encanto de la ciencia y la virtud; recabando con suma facilidad el permiso de predicar pláticas doctrinales en el templo católico de San Gevi, y poniendo en sus manos en calidad de enviado extraordinario de la romana cancillería el acta firmada por Her-

man Huguell en la capilla de la sombría fortaleza de Sant'Ángelo, en el día anterior al de su trágica muerte en el patíbulo.

La noticia del propósito principal que habia traído el venerable religioso á Bruselas cundió rápidamente, circulada de boca en boca, y aumentando de un modo considerable los títulos á la atención pública del varon evangélico, alojado en la casa parroquial del abate Exter, y objeto de una curiosidad ansiosa de parte del vecindario todo de la metrópoli flamenca, dispuesto á escuchar su palabra elocuente con la circunspeccion y el recogimiento de quien abre sus oídos al eco de la verdad ó á las inspiraciones de una hidalga convicción.

La inocencia de Cristina resultaba evidente del precioso documento, entregado al gobierno de los Países-bajos por el cenobita de Italia, y el primer paso del capuchino en la corte venia dichosamente á coincidir con el giro de la opinion general, favorable á la huérfana; ávida de un resultado satisfactorio en el proceso del castillo de Hartz; resuelta á conceder los honores del triunfo á la víctima de la perversidad diabólica de Wálter Roche en cuanto se ampliaran los datos que persuadian de su indemnidad en la catástrofe de *Chateau-fleuri*.

Aquel anciano sacerdote, vestido de tosco sayal, casi descalzo, que habia venido á pié desde Roma para traer el testimonio de inculpabilidad de una jóven acusada, blanco de cariñosas simpatías de la multitud, tomaba las apariencias de un ángel salvador á la vista de los moradores de Bruselas.

Todavía bajo el dominio de impresion tan poderosa subió el asceta á la cátedra del Espíritu Santo en la iglesia de San Gevi ante un numeroso concurso, compuesto no solo de creyentes en la comunión católica, sino tambien de las personas de mayor valer y autoridad, pertenecientes á las diversas profesiones de fé que dividen á la familia protestante. Fray Andrea dominaba á maravilla el idioma germánico, templando la dureza de su gutural pronunciacion con cierta inflexion dulce ca-



V Urrabieta dib^o y lit^o.

Lit. de S. Gonzalez S. Clara 8, Madrid

Fray Audrea de Castellamare.

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

racterística del italiano, sin perder la frase en propiedad y construcción, lo que en sonoridad ganaba el vocablo en los labios del orador evangélico. La resignación cristiana fué el primer tema, escogido por el mínimo observante, y desarrollado con tanta fuerza como verdad en consideraciones, imágenes y ejemplos; enseñando la lógica de la conformidad con los decretos de la Providencia, una vez admitidas sus condiciones según el dogma de Jesucristo; trayendo á mientes con discreción y tacto admirables la historia de la joven Armand, fecunda en pruebas amargas y por último en desenlace portentoso para honra y prez de la inocencia, oscurecida por calumniosos amaños; sabiendo instruir en los principios católicos á los fieles de su grey, sin remota alusión, sin encubierto epigrama ni indirecta censura de las sectas, disidentes de la unidad magestuosa de la Iglesia Romana.

La noble ciudad de Bruselas palpité de emoción generosa al saber que Cristina Armand y Hárrison resultaba indemne de la acusación artificiosa y execrable de su verdugo, y todas sus clases por un movimiento espontáneo y uniforme de alegría y de impaciencia manifestaron su júbilo por lo acaecido y su afán vehemente porque los tribunales de justicia acordaran una compensación esplendorosa y magnífica á la joven y desventurada criatura, tanto tiempo abatida á merced de persecuciones nefandas, y presa entre acusadas y reclusas mientras depuraban los hombres de la ley los datos de un proceso, enredado por la malignidad satánica de Wálter Roche.

Y para mayor huella de la intervención divina en el desenlace de aquel acontecimiento se reunían fenómenos tan extraños como el asesinato cometido en la persona del suizo Wandrillo Götting por el húngaro Herman Huguell; la captura y ejecución del *rey del crimen*, y su arrepentimiento en la hora postrera que le movió á confesar todas las circunstancias del crimen de *Chateau-Aeuri*; el yerro fatal de Wálter en la *Imperial Corona*

que libertó los turbulentos días de la ahijada de Fabricius, á costa de la viuda de Belle-ville, y su prision en la Bastilla por los delitos de lesa-magestad y homicidio alevoso.

Pero si bien todas las condiciones y edades de la opulenta é industriosa capital demostraron su alborozo y su deseo de una brillante reparacion de los padecimientos crueles de Cristina, cupo á la juventud de todas las categorías sociales de Bruselas el loor de un homenaje, tan delicado en sus formas como digno en su objeto.

¡La juventud! Verdadera página de oro en el libro de la vida: estacion media entre la exuberancia lujuriosa de la primavera y el ardor estival; edad propia de los arranques entusiastas y de las heroicas resoluciones.

Adan y Eva eran jóvenes y felices en las arboledas siempre frondosas y fructíferas del Paraiso terrenal.

El jóven es el punto en que la risueña imaginacion del niño y la noble razon del hombre se funden para componer el carácter de la generacion, encargada en el impulso y desarrollo de la humanidad, viagera en el camino del progreso, entre las simas del error y de la muerte, sublimando su sér con los grandiosos frutos del trabajo, y dirigiéndose hacia la inmortalidad con el amoroso anhelo del desterrado que torna al seno de su patria.

La juventud es el orgullo y la esperanza de las generaciones, y ella es árbitra de la historia y responsable de la suerte futura de los pueblos. Es á las edades que se suceden en el mundo lo que el sol al cómputo de cada dia; y el anciano con su prudencia y autoridad y el niño con su gracia y candidez son las sombras y las medias tintas que entonan un cuadro, en que se destaca el jóven; héroe de la accion incesante de la especie racional que modifica lo que fué para preparar lo por venir.

El jóven es el génio en su ímpetu mas pujante; el amor en su exhalacion mas vívida; el adelanto en su aspiracion más ámplia; la hidalguía en su mayor pureza; la ambicion en su faz desinteresada y esplendente.

¡Ay de la humanidad cuando prepondera en su juven-

tud el egoismo ruin de los que se intitulan desengaños; cuando se contagia de la audacia loca de Prometeo, pugnando por robar al empero el fuego de la vida; cuando gasta su ardor en liviandades ó entretiene su actividad en vanas quimeras!... Juventud ¿quién no te saluda con enternecimiento, pasados ya tus floridos umbrales?...

¿Quién, llegado al otoño de la vida, no te consagra sus votos mas sinceros; no te brinda el producto de sus tareas para que tú recojas el provecho de las lecciones de la sociedad y de la enseñanza que suministra el estudio; no te alienta para que continúes la improba labor de subir á la cumbre esa peña de Sísifo que vuelve á caer en el flujo y reflujo que experimentan los destinos humanos?...

¿Quién, desde los dinteles del sepulcro, no te bendice con ternura melancólica, como al último rayo de luz que ven sus ojos, nublados por el velo de la muerte; rogándote que respetes en la energía de tu movimiento esos intereses sagrados y de veneranda tradicion que toda tu potencia creadora no tiene medios de sustituir?...

Juventud, piensa en el rango que te corresponde en los decretos de la eterna sabiduría, y levántate entre los riesgos que se acumulan á tu paso, como Daniel entre los leones del foso; porque si andas en las vias que conducen á la perfectibilidad segun los designios de la Omnipotencia podrás cantar con el Profeta-rey el triunfo del hombre que es el paladin de la voluntad de Dios...

UNA SEÑORA INTOLERANTE (*cerrando el libro:*)—Verdaderamente, se toman unas libertades estos autores! Vea usted qué párrafos tan perdidos en el curso de la novela!... ¡Qué sermon! Y dale con la juventud!

UN CRÍTICO (*sonriendo con aire de lástima:*)—¡Qué quiere usted, señora! Estravagancias. El cómico Plauto llegó á llamar ladrones á los concurrentes al teatro de la Señora del Universo. Espronceda se mofa de sus vultos mas poéticos. Soulié y Balzac se entretienen en di-mes y diretes con el lector, como en familia.

UNA SEÑORITA (*con modesta ingenuidad*):—Me gusta alguna vez que el autor hable por su cuenta.

UN JÓVEN (*con aprobacion explicita*):—Tiene usted razon. Los escritores que omiten razonar, y se dedican á sacar partido de la curiosidad puramente, son á los que ponen á tributo del ingenio la instruccion, el alcance de sus luces y el producto de sus vigiliass, lo que artistas de concierto á maestros compositores.

Jonathás Hubner, pasante de Roche, y corresponsal del Foro, sabedor de las iniquidades de su maestro y amigo, y estimulado por su conciencia á reparar los agravios que por sugestion suya infirió al crédito de Cristina, ya que motivos pundonorosos le impidiesen ofrecer sus servicios como letrado á la huérfana, aprovechó el aura pública que enaltecia su nombre para escitar los ánimos á una espresion obsequiosa; fijándose en la idea de una serenata, acogida con agrado universal por la juventud aristócrata, científica, mercantil, artística y manufacturera de la ciudad fundada por San Gevi.

Arreglada la cuestion por una sociedad que se organizó al efecto, compuesta de jóvenes influyentes en sus respectivos círculos, escogióse la banda militar de la guardia régia y la orquesta de alumnos de la *Academia filarmónica* para tocar alternando en la estrecha calle á donde caian las ventanas del departamento de la superiora en la cárcel de mugeres, habitado por la patrocinada del misero Fabricius. Solo faltaba impetrar licencia de la autoridad local para el festejo nocturno, satisfaciendo el arbitrio sobre esta clase de públicos recreos á favor de la beneficencia; pero lo menos que sospechaban los promovedores del pensamiento era sin duda que en este requisito de nueva fórmula pudiesen hallar obstáculo á sus miras; y tanto que algunos creyeron inútil pedir la autorizacion, proponiendo que al dia siguiente de la serenata se enviase una limosna de cierta cuantía á los magistrados municipales en muestra de no haber

eludido sus disposiciones con menguados fines. La mayoría sin embargo optó por respetar los términos acordados por sus burgo-maestres, y el baron de Fritzlar y *minheer* Suttlong quedaron conformes en avistarse con el primer presidente del municipio; enterándole de lo que se proyectaba, y obteniendo el *fiat* del honorable Meininghem.

El juez Talldor hubo de apercibirse de una ocurrencia que daba pasto á todas las conversaciones, y en aquella ovacion pública á una muger, detenida por los tribunales, y sujeta aun á su accion, por mas que estuviese plenamente convencido cada uno de sus miembros de su ya probada inculpabilidad, vió el peligro de una agresion implícita á esa circunspeccion del poder jurídico que parece lentitud cuando es prudencia. Acudió en consulta al tribunal superior del territorio, quien apreciando fundados sus recelos comunicó sus noticias al subsecretario Justino de Kermadez; poniéndose todos de acuerdo para evitar que una manifestacion, por otra parte de noble origen, pareciese á los ojos de la gente maliciosa como un veredicto de indemnidad, dado paladinamente por el pueblo, anticipándose á igual y competente declaracion de la magistratura.

El honorable Meininghem, presidente de la municipalidad, y hombre de prestigio, claro talento, estrategia y mesura, tomó sobre sí cortar los vuelos al juvenil entusiasmo sin suscitar pasiones aviesas.

Apenas se presentaron en las casas del consistorio los comisionados de la juventud de Bruselas, haciéndose anunciar al gefe de la edilidad en la corte de los Paisabajos, fueron introducidos á la presencia del honorable Meininghem con las consideraciones mas singulares, y como prevenidas de antemano.

El primer magistrado municipal los recibió con una perfecta cortesania, y despues de hacerles tomar asiento y escuchar con atencion escrupulosa el objeto de su venida y naturaleza de sus designios, les dijo con benevolente confianza:

—¡Cuánto siento, señores, la inutilidad de este paso!

—¿Cómo así? preguntó el baron de Fritzlar con desconfiada extrañeza.

—El tribunal ha decretado la escarcelacion de la señorita Armand en auto de ayer, y á estas horas, prestada sencilla caucion, el abate Exter se dispone á conducirla á la casa parroquial de la capilla católica de San Gevi.

—Nada se ha traslucido, repuso minheer Suttlong desconcertado por el incidente.

—No es menos cierto sin embargo, continuó la autoridad local sonriendo afable, y sería triste que recogieran las reclusas y penadas de la cárcel de mugeres el tributo de ardiente simpatía, consagrado á la joya de *Chateau-fleurí*.

—Celebramos el suceso, señor, dijo el jóven aristócrata complacido, y no varía mas punto de nuestro plan que la diferencia de sitio que existe entre una cárcel y un honrado depósito.

—Hay algo mas, mis buenos amigos, replicó el honorable Meiningham redoblando sus muestras de inteligencia cordial y afectuosa. Hay una cosa muy buena, escelente sin duda, en vuestro proyecto entusiasta; pero que se presta á peligrosas interpretaciones de parte de una muchedumbre, cuya ignorante soberbia hace de todo un ariete contra el principio de autoridad, y esa muchedumbre dirá muy alto....

—Señor, interrumpió minheer Suttlong con pronta alarma, nuestras intenciones....

—Dirá muy alto, repitió el presidente con firmeza, que os adelantais á la indemnidad de los tribunales de justicia, porque desconfiais, señores, de que la administren bien y pronto. Pensadlo bien.

—Nada mas lejos de nuestra idea, protestó dignamente el baron de Fritzlar.

—Os hago la justicia de creerlo; pero en el mundo es forzoso salvar de la malicia hasta á las apariencias. Además, señores: me consta que el triunfo de la hermosa

Cristina será oficial y magnífico. Asociaos á la autoridad en esta obra y no la disminuyais adelantándola fuera de sazón.

—Es decir que se nos deniega el permiso, concluyó Fritzlár un poco alterado.

—Así podríamos hacerlo, respondió el burgo-maestre con serena dignidad; porque entra en el círculo de nuestra competencia evitar todo acto que se preste á juicios equívocos, ó ceda en menoscabo de principios respetables; pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es entonces? preguntó Suttlong con inclinación deferente.

—Una bien sencilla, terminó Meininghem recobrando el tono amigable. En lugar de la música de esta noche, que se creyera un disimulado tiro á los jueces del proceso de *Chateau-fleuri*, reservar esas ovaciones para un día que se acerca, y en que sea pública y ostentosa la rehabilitación de Cristina Armand por decreto del tribunal competente. Amigos míos, los hombres como vosotros los desea la autoridad á su lado y los repugna frente á sí; porque no están en su puesto.

CAPÍTULO II.

JAIME LUTGEN.



MAYOR hidalguia de sentimientos que la manifestada por el honrado sobrino de minheer Fabricius hácia la huérfana de *Chateau-fleurí* es imposible siquiera imaginarla. Bajo la impresion desoladora de la catástrofe del castilló de Hartz, cuando el pintor Tanow, participando de la creencia fatal para Cristina, indicó sombríos recelos, Jaime respondió enérgicamente con la cabeza de su inculpabilidad en aquel crimen. Mas tarde, y cuando el infame Roche dió á entender en la consulta y posteriores conferencias su determinacion de tratar á la joven ahijada de Fabricius como á cómplice de Juan Grüe, Jaime se presentó en su casa, y cediendo á una indignacion violenta le hizo conocer toda la extension de su resentimiento, y la sospecha pertinaz que atormentaba su espíritu. Lutgen, sin mas datos que la reputacion tenebrosa de Wálter, la noticia de sus pretensiones á la mano de la seño-rita Armand, y el rencor envidioso que habia leido en

sus miradas traicioneras despues de la repulsa recibida, se fijó en el abogado como en el autor principal de la tragedia. No podia justificar su aserto, ni aun esplicarse las causas de su íntima persuasion; pero si el duelo juridico de la edad media hubiese contado todavia con la sancion de la ley, el banquero hubiera acusado al hombre del foro; confiando á su brazo la defensa de su demanda, y á Dios el volver por la verdad y la justicia. Y despues, al declarar en el proceso, ya en la informacion sumaria, ya á solicitud del ministerio fiscal en el plenario, Jaime dijo ante la autoridad lo que repetia de continuo á sus amigos y conocimientos en Bruselas; y el defensor mas ardiente de Cristina no habria mudado un tilde al testo de aquellas revelaciones. Todos los dependientes de Fabricius deponian en iguales términos que su nuevo amo y con idéntica espontaneidad; porque además de su conviccion propia contaban con el apoyo del cambista, quien escitó su franqueza ante el juez instructor, saliendo garante de cuantos resultados les acarreará semejante amplitud.

Sin la intervencion prudente y cariñosa del honorable Fausto Hollertzen, consejero de honor en el de justicia, y decano de la facultad, director de Jaime en los asuntos juridicos, el banquero, jóven é impetuoso, se estrella en su iracunda escitacion contra Roche; dándole motivos suficientes para hacerlo procesar á título de desacato, ó á pretesto de agresion calumniosa: puntos á que conspiraba el insidioso Wálter.

Removido el indigno fiscal por la oportuna gestion del conde de Heuffel, y prófugo en seguida por las informaciones á que dió principio el encuentro del cadáver del malogrado aristócrata á espaldas del castillo de Hartz y á las márgenes del Sennes, Jaime se disponia á correr en su busca, suponiéndole refugiado en Paris; resuelto á jugar su vida con aquel cobarde enemigo á quien una voz secreta de lo mas hondo de su alma acusaba insistente de haber arrebatado á su ternura dos objetos, queridos al par de su misma existencia. El abate

Exter apeló á cuantos recursos bastan para traer á buen camino al católico, extraviado por la vehemencia de una pasion, y enardecido por la crudeza de inmotivados, pero terribles y ominosos ataques en los intereses mas caros de la vida. El pensamiento de Lutgen, desviado ya del polo adverso de la venganza, se volvió hácia la necesidad irresistible de inquirir el paradero de la huérfana; porque el fiel Sunter, el antiguo criado de su buen tío Franz, habíale referido llorando el consentimiento prestado por Cristina á la boda, deseada con ansias tan vivas por el enfermo Fabricius. Saber el destino de la jóven, averiguar el sitio de su residencia, y volar á sus piés ofreciéndose á compartir su suerte en remotos climas, era el propósito inalterable del generoso mancebo. Sus encargos á diversas personas en París, Viena, Madrid, Lóndres, Roma y Nápoles, corresponsales de actividad y multiplicadas relaciones, no dieron indicacion remota de lo que apetecia con tantas veras, y Lutgen, presa de una inquietud horrible, reiteró sus comisiones de explorar lo que se habia hecho de Cristina, recibiendo seguridades consternadoras de no aparecer en ninguna de las comarcas, rebuscadas en todas direcciones por orden suya, y á costa de toda especie de dispendios y sacrificios. Jaime no perdió la esperanza sin embargo, y constituyendo en depósito la herencia cuantiosa de su tío, se entregó á los decretos de la Providencia con la abnegacion de fervoroso creyente; consagrándose con rara laboriosidad al trabajo de su nueva casa de giro que empezó á florecer en el comercio de Bruselas con el doble impulso del crédito y del asiduo trabajo. Algunas veces asaltaban su imaginacion las sospechas mas fatales; creyendo á la jóven Armand víctima de una diestra aleve, ó entregada á la brutalidad implacable de sus desapiados raptos; y Lutgen sufría las torturas que impone al pensamiento humano la óptica atormentadora de la incertidumbre hasta que la confianza en la misericordia suprema disipaba como el iris aquella borrasca de su ánimo conturbado.

Así pasaron los días, las semanas y los meses, y así cumpliéndose el año de la desaparición de Cristina, sin que Jaime pensara en cumplir el testamento de Fabricius, ni en tocar á un centavo de las sumas, procedentes del peculio que por mitad con la huérfana se le ordenaba repartir en las finales disposiciones del anciano banquero.

—Ella volverá, estoy seguro, repetía Lutgen á sus amigos con una certeza que ninguno osaba desmentir; porque no hay empeño mas torpe ó villano que arrancar á sus ilusiones al sér bastante dichoso para tenerlas, y templar con ellas sus cuitas.

Muchos salían de su presencia encogiéndose de hombros, y calificando su esperanza de insensatez, y no faltó quien repitiera sus palabras, sacando partido de aquella idea consoladora, aunque difícil de realizarse; porque hay gentes que conciben al universo como una máquina, donde no cabe lo inesperado porque no tiene resorte visible, y llaman milagros á los sucesos cuando esceden á la órbita en que plantean el desenlace su pobre experiencia ó su menguada capacidad.

Pero hé aquí que al cabo de cierto tiempo la esperanza de Jaime entra en los términos de la realidad, y lo inesperado acontece, y el prodigio se convierte en hecho práctico; estendiéndose por la capital populosa la nueva de haberse presentado la huérfana de *Chateau-fleurí* ante los jueces de su causa, acompañada por el valedor ilustrado de los infelices sordo-mudos y justificando haber sido arrancada por la fuerza de su domicilio y demás circunstancias que nos son harto conocidas.

Entonces fué cuando Lutgen sintió la inefable dulzura de los que se fortalecen con el escudo de la fé cristiana y ven coronados sus esfuerzos por el auxilio eficaz de la gracia divina. Cobró ese aprecio de sí propio que nace de la convicción de un deber cumplido; reconoció con filial enternecimiento esa correspondencia pródiga del sumo poder á la confianza humilde que en él deposita la menesterosa criatura, y se halló entero y reposado en el instante venturoso, como habia sido fuerte y

resignado en el momento crítico de la adversidad.

Cuando entró en el gabinete de Talldor á salir garante con su persona y bienes de la permanencia de Cristina bajo el dominio de los tribunales del país hacia un cuarto de hora que la huérfana habia salido de allí para la cárcel de mugeres, y al regresar agitado á su casa, despues de tentativas numerosas para la escarcelacion, el abate Exter estaba en su despacho, aguardándole para iniciarlo en todos los pormenores de aquel singular acontecimiento, y ponerle en contacto con el virtuoso Carlos Miguel de L'épée á fin de conspirar unidos al mejor y mas pronto éxito de la causa, reabierta en aquel punto.

El primer cuidado de Jaime, despues de la conferencia con el abate Exter y de la cita en casa de L'épée para el dia inmediato, fué escribir á la huérfana una carta respirando ternura, alborozo y grande confianza en el porvenir; pidiendo como una gracia especial el permiso de asistirle en el lugar de su arresto con todos los medios capaces de dulcificar su situacion, y revistiendo de las formas del deber la infatigable solicitud que se proponia emplear en auxilio de la hija adoptiva de Fabricius.

Cristina contestó inmediatamente á Lutgen, empleando el lenguaje triste de la muger habituada al sufrimiento, pero que no se rinde sin embargo á las desolaciones que la suerte le prodiga; correspondiendo con sentida efusion á las protestas de interés del mañebo; aceptando con ingénua facilidad sus socorros, y llamándole único en la tierra en cuya amistad podia encontrar puntos de contacto con los vinculos del parentesco.

Jaime besó aquel precioso billete con infinito consuelo, y se prometió sostener diaria correspondencia con la prenda de su corazon para desahogar un tanto su alma enamorada en graduales expansiones hasta que un feliz cambio en su estado le permitiese hablar con lisura, y pedir á la huérfana consagrara con definitivo consentimiento los planes de Franz; labrando la dicha del hombre que la cifraba en poseer el tesoro de sus gracias y hechizos.

El joven cambista no era un hombre que abundase en ardientes promesas, salvo resfriar su celo á vista de los obstáculos, y unido al protector y al guia espiritual de su amada, puso en juego tantas relaciones, vali6se de tales influjos, y arbitró los medios con tanta oportunidad que diligencias, como las que se practicaron en París para tomar declaracion á Wálter, comprobando la justificacion traída de Francia por la huérfana, ocuparon la menor suma de tiempo concebible; volviendo despachadas satisfactoriamente, gracias á las recomendaciones y fondos del banquero y á la gestion personal del perseverante maestro de sordo-mudos.

Cada vez era mayor el cari6o que Jaime demostraba en su correspondencia diaria, escrita en esas plácidas horas de la noche, silenciosas y llenas de misterioso encanto, en que el alma se espacia como la sensitiva libre del contacto rudo de mano profana, y sin que turbe sus vuelos hácia la suspirada idealidad el ruido exterior, el soplo de las turbulentas pasiones del mundo, revolviendo en choque desenfrenado las olas del piélagos social.

Cristina recibia aquellos homenajes entusiastas con esa benévola consideracion que sin rechazar los votos de un alma enardecida se abstiene de estimularlos con una correspondencia franca y terminante. Lutgen atribuia esta reserva embarazosa por un lado al pudor de la doncella, mas tímida á proporcion que mas la combatia la desgracia, y por otro á la incertidumbre natural de una posicion precaria y crítica; porque mientras los tribunales no pronunciaran el fallo reconociendo su inocencia, la desventurada Armand habia de tener cierto justo reparo en ocuparse del porvenir, abriendo su alma á las esperanzas halagüeñas y á las caricias regaladas de un amor puro.

¡Oh cuánto es ingenioso el hombre en atenuar las circunstancias del suceso que destruye los afanes de su ambicion!

Jaime no pensaba mas que en acelerar el proceso de *Chateau-fleurí*, provocando una mejora en la suerte de

Cristina mientras no llegaba el caso de su resolución final que envolvía el triunfo de la jóven acusada; resultado tardío para la febril impaciencia del mancebo, que exigía al foro la vivacidad de sus sentimientos é intereses.

El asunto de la serenata coincidió hasta cierto grado con la determinación de los jueces sobre escarcelar á la huérfana de *Chateau-fleuri*; apresurando un poco el acuerdo relativo á su soltura bajo la simple caución juratoria, y su depósito en el lugar que indicara á condición de no salir de Bruselas mientras se dictaba el próximo fallo.

Cristina eligió el presbiterio de San Gevi, y el párroco de la comunión católica en la capital de los Países-bajos aceptó de mil amores el cargo de garante y fiador de su hija espiritual; avisando á Lutgen de la ocurrencia, y dando esta nueva agradable al digno L'épee á fin de obrar en armonía respecto á la hora y manera de sacar á la jóven hermosura de la cárcel de mugeres, trayéndola al santo asilo que escogiera, fiada en el cariño y señaladas muestras de solicitud paternal del abate Exter.

El reverendo misionero apostólico Frá Andrea de Castellamare celebró extraordinariamente la ocasión de conocer y tratar á Cristina, cuya historia habia contribuido á desenlazar con el acta estendida por consejo suyo y á instancia de Herman Huguell en la capilla de la fortaleza de Sant'Ángelo, y cuyo cumplido elogio escuchará repetidas veces en boca de personas tan merecedoras de crédito como su huésped, el párroco de la grey católica de Bruselas, y el abate de L'épee, célebre por sus virtudes evangélicas, cuanto por el singular talento empleado en devolver á la sociedad á los miseros sordomudos.

Quedó convenido entre los abates Exter y L'épee ir juntos y en carruaje cerrado en busca de la huérfana apenas llegara la noche, provistos de oficio del juez instructor para que la directora de la cárcel de mugeres les entregara á la detenida en sus habitaciones.

Jaime, valiéndose del adornista Holldain, transformó las tres piezas destinadas al alojamiento de Cristina en alcoba, gabinete y sala, exornados con elegante sencillez, acomodando en ellos muebles preciosos, y empleando en la risueña metamorfosis de aquellas estancias un espacio de tiempo, inverosímil para el que no comprende que la famosa VARITA DE VIRTUD de las consejas populares no llega ni con mucho á la maravillosa potencia del dinero.

Nada faltaba á la comodidad y al lujo en aquel departamento, antes severo y triste con sus sillas de nogal barnizadas de negro, sus cuadros místicos, y cómodas, mesas y estantes de antigua hechura y en su mayor parte estropeados por el uso y lo remoto de su fecha en el servicio del anciano pastor.

Cuando los activos é inteligentes oficiales del tapicero Holldain hubieron concluido como por ensalmo de convertir aquellos aposentos en morada deliciosa y de placenteras impresiones, evacuaron el presbiterio á semejanza de esos ángeles juguetones que se pintan á los párvulos por madres y nodrizas, viniendo de callada á depositar regalos y golosinas bajo la almohada de los niños obedientes, y retirándose antes que despierten sus patrocinados y los aperciban, esplicándose entonces el prodigio por su presencia.

Jaime registró la sala con la atención de quien coteja el cumplimiento de su voluntad con las órdenes espedidas al efecto, no hallando cosa que desdijera de sus intenciones. Pasó al gabinete, y allí también se habían seguido con esmerada puntualidad su gusto y propósitos galantes. Penetró en la alcoba finalmente. La vieja sirviente del abate Exter salía de arreglar el muelle lecho deparado á Cristina. Sobre una mesita de noche contigua á la cama había recado de escribir, una caja de papel de Gante y la palmatoria en que ardía una vela aromática color de rosa.

Lutgen tomó una hoja de papel, y escribió apresuradamente algunas líneas con temblorosa mano.

«Cristina, (decía el billete) el día de vuestra rehabilitación está cercano. ¿No será también el de mi dicha? Pensadlo, ángel mío, y no vacileis en contestar al que tiene la vida ó la muerte pendientes de vuestros labios».

Jaime dobló el escrito, le dejó sobre la mesa de noche, y evacuó la estancia con viva agitación.

CAPÍTULO III.

EL SUEÑO.

No pueden aislarse en la vida mortal las ideas correlativas del mal y del bien; porque el placer y el dolor simbolizan la historia del hombre, abatido al rigor de la pena de su primitiva culpa, y restaurado por la divina misericordia en sus derechos á una suspirada bienaventuranza; meta constante de sus aspiraciones y blanco de sus deseos.

La filosofía materialista pugna por dar una solución á esta ley de la naturaleza humana; perdiéndose en una série de difusas demostraciones, hasta venir á parar en que el mal se reduce á la ausencia del bien, como el bien se funda en la ausencia del mal; guardándose de hacer mérito de ese movimiento perenne del espíritu hácia un polo mas alto que todas las esperanzas de la tierra, y que denuncia los fueros de inmortal que lleva en sí; insumergible en el océano de la vida en que flota hasta llegar al señalado y preciso tér-

mino de su viage. Y cuando el materialismo encuentra en su ruta este fenómeno, que desconcierta el fundamento de sus doctrinas, no sabe si acusar á Dios de injusto por dotar á su obra predilecta de afanes de ultra-tumba que no han de ser cumplidos, ó declarar enfermo el cerebro del hombre de visionarios achaques de sobrevivir á sus despojos, y por boca de uno de sus mas altos cantores exclama con acerba ironía:

*«Aquí para vivir en santa calma
ó sobra la materia ó sobra el alma.»*

Lo cierto es que cuando la criatura se despoja del orgullo egoísta que la hace sustraerse á la ley armónica del universo para exigir condiciones aisladas á su existencia, dependiente de relaciones forzosas, ni el bien la engríe, ni el mal la domina; porque alcanza, que uno y otro constituyen el flujo y reflujo, necesarios para que se cumplan los inescrutables decretos de la Providencia. Así la adoracion de la eterna sabiduría, la conformidad que refleja su conocimiento, y la persuasion de que tales alternativas en los humanos destinos corresponden á las prescripciones de una voluntad suprema, á la vez que sostienen al cristiano en la estricta órbita de sus deberes, le impiden en la prosperidad creerse como Alejandro oriundo del Olimpo, y le estorban en el infortunio desgarrarse las entrañas como Caton de Útica.

Cristina, que en la cárcel de mujeres de Bruselas soportó resignada todos los horrores anexos á vivir en una mansion, destinada á las criminales y á las prevenidas por diversos delitos, vió llegar la hora de abandonar aquel lúgubre recinto sin extraordinaria emocion, aunque bendiciendo de lo profundo del alma el instante que traía semejante consuelo á su dolorida existencia, y vislumbrando con mayor claridad el día suspirado en que su inocencia quedase reconocida pública y solemnemente. En medio de las angustias que combaten su espíritu y abruman su cuerpo, el flaco mortal vé cerrarse los horizontes de la esperanza, y desconfía de que un rayo de

vívida luz atraviase aquellas densas y preñadas nubes; pero al irse restableciendo la borrasca dilátase el espacio, renaciendo el sér á las perspectivas serenas de lo futuro y á los gratos panoramas de cercano bienestar. Por esa lucha entre el desaliento del culpable condenado y la confianza alegre de merecer gracia á la fuente de inagotable misericordia, ha dicho un célebre escritor que el hombre parece un ángel, extrañado por cierto tiempo del Paraiso.

Llegado que hubieron al presbiterio de San Gevi la huérfana y sus ancianos protectores, tuvo lugar una de esas conversaciones apacibles y reposadas, en que los ánimos sencillos difunden al exterior el aroma suave de la tranquilidad santa, propia de los espíritus ricos en fé y en acatamiento á la Omnipotencia.

El Reverendo Andrea de Castellamare terció discretamente en el diálogo; observando con satisfaccion indecible la exactitud del retrato que se le hiciera de Cristina, por los patrocinadores de su virtud calumniada, y provocando con la destreza del hombre superior esas manifestaciones de sentimientos en que la criatura, arrastrada por el curso de una conversacion interesante, se revela á la apreciacion del observador inteligente.

Fatigada por las emociones de aquel dia tan señalado la jóven Armand se retiró á sus estancias, y reparando en el billete de Jaime depositado en la mesa junto á su lecho le abrió presurosa; leyó su contenido, y quedóse largo espacio pensativa y taciturna.

Salió por fin de su perplejidad, elevando su mirada como para demandar al cielo la inspiracion que otorga á los que saben cumplir la ley que de allí proviene, y cerrando la puerta de su alcoba, procedió á despojarse de su modesto equipo, recitando las preces de la noche; extinguiendo de un soplo la luz al introducirse en la cama.

Pronto quedó profundamente dormida; pero su imaginacion, exaltada por los varios sucesos, desenlazados en aquella escarcelacion, preludio de acontecimientos inmediatos y azarosamente eslabonados por críticas cir-

cunstancias, agitó sus alas de inconstante mariposa, lanzándose á las regiones de la fantasmagoría, y abortando sueños que agitaban entre el placer y el dolor á la jóven, dibujando fantásticas figuras en el cuadro de su vida real

Era de noche; pero una de esas noches deliciosas en que se siente que la vida es un precioso bien. Nada faltaba á la dulce ilusion: atmósfera clara; céfiros halagadores; luna refulgente; estrellas rutilantes; blando susurro de brisas en la arboleda; perfumes de próximo vergel; ecos suaves y lejanos; canto melódico del enamorado ruiseñor entre la espesura de umbrosa enramada; vaga y feliz melancolía en el espíritu....

Noche de sabroso deleite y de encanto meridional, que Dios no ha querido conceder al norte entre los demás privilegios que le precian tan pródigamente.

En la orilla de un caudaloso rio levántase, resplandeciente con fogatas, vasos de colores y linternas al estilo chinesco, un edificio cuadrangular, de grande extension y elevado frontis.

La música del sarao llena los espacios de sus escitantes acordes: las parejas cruzan ante las abiertas ventanas en danza festiva y en animadas actitudes: el bullicio del concurso cubre alguna vez el ruido de la orquesta. De aquella mansion se escapan todos los rumores que reasumen la escitacion del júbilo en una numerosa sociedad, convocada á tomar parte en el alborozo de opulenta familia.

Cruzan dos aldeanos el contiguo arrecife, y se detienen un momento, estáticos ante aquella decoracion luminica que alumbra con fulgores trémulos sus absortos semblantes.

—¡Qué hermoso! esclama la muger juntando sus manos con ingénuo admiracion.

—Muy hermoso, repite el hombre sonriendo. Son ricos y se disponen á ser felices. Se casan,

—¿Quiénes son los novios? preguntó ella con viva curiosidad.

—El señor Jaime Lutgen y la señorita Cristina Armand y Hárison, replica él.

Y los aldeanos continúan registrando con vista ansiosa las ventanas donde se distinguen los grupos de elegantes convidados, ó á través de las cuales pasan aquellas parejas que rien, se dicen frases misteriosas, se miran con placer, ó se estrechan en silencio.

De súbito se desploma el macizo muro que constituye la fachada; quedando el palacio rural abierto á la exploracion, como una caja al levantarse la tapadera que encubre su interno espacio.

En un gabinete se descubre á la desposada; sola; mediatibunda; marchita; rendida al cansancio del pesar.

Es la desposada sin duda. El trage la señala por reina del salon, y en él ríelan los diamantes entre gasas, bullones de tornasoladas cintas, y guirnaldas de flores artificiales. Un largo velo descende de su cabeza, y prendido á sus hombros por áureos alfileres, contornea su cuerpo como una tinta vaporosa de Guido Renni.

La nupcial corona ciñe sus sienes, compuesta de rosas blancas y carmineas alternadas: emblemas del pudor y de la discreta felicidad de un casto himeneo.

Es la desposada; pero la desposada que obedece; tiembla y calla; no la desposada que desea, suspira, y se avergüenza de reconocer que es dichosa. Sus mejillas están pálidas; inclinada y mústia su frente; descoloridos sus labios.

Entra el esposo en aquel retrete reservado, pintada en su faz la amante inquietud y ocupa un asiento al lado de la prenda que confía á los desvelos solícitos de su ternura.

Tras de él penetra un jóven en trage de riguroso luto; invisible para el esposo; ceñudo y amenazador para la esposa que lo ve acercarse, y ocupar un sitio en la otomana junto á ella; rozando bruscamente con su ropa, y contemplando con tétrica ironía sus atavíos deslumbradores.

El esposo toma la diestra de la jóven desposada y la estrecha con efusion amorosa.

El jóven se apodera rudamente de la siniestra y la abraza con el contacto de su mano atrevida.

—Cristina ¿qué tienes? le interroga el esposo con lánguida y acariciadora voz.

—Cristina ¿qué tienes? le pregunta el jóven con acento de reconvencion sombría.

El esposo se inclina hácia su oido en confidencia íntima y afable.

El jóven pega su boca al oido contrario de la desposada con obstinada temeridad.

La esposa escucha, estancada la sangre en sus venas.

Habla el esposo y dice:

—Eres mia. Me has jurado amor y fidelidad ante las aras de un Dios que consagra los votós de los corazones amantes. No turbes mi dicha con vanos temores. Esta mano me pertenece al fin.

Y apenas acaba de vibrar el último eco del esposo dice el jóven con terrible pero sordo acento:

—Eres mia. Tus juramentos de hace poco no pueden cumplirse. Son un perjurio que insulta á la divinidad que sacrílega has invocado. Has prometido un amor que no te es dable conceder; porque tú sabes que ese corazon es mio.

Y al proferir estas palabras el jóven tocó enfurecido con el índice el corazon de la desposada, transida del frio de la muerte, y aquel dedo traspasó como una hoja afilada y puntiaguda el seno de la pobre muger.

Cristina hizo un brusco movimiento que la despertó de sueño tan triste, y al pasar la mano por sus sienas, bañadas en el sudor de la congoja, quedaron borradas las páginas de aquella fantástica leyenda, fruto de la imaginacion, preocupada por los raros accidentes de su dramática historia.

Apenas quedó segunda vez dormida la huérfana de *Chateau-fleurí* el ensueño tornó á apoderarse de su acalorada fantasia; cambiando la escena que habia tenido por teatro al castillo de Hartz á las márgenes del Senne, como se sustituyen en el juego óptico los llamados cuá-

dros disolventes: surgiendo el uno de las desvanecidas formas del anterior, y marcando su perspectiva cuando el precedente retira sus postreros contornos.

Ahora es una casa campestre que circuyen grandes acacias en semi-circulo, y el césped recortado forma verdes avenidas que conducen á una doble escalinata de mármol por donde se penetra en el edificio pintoresco, en cuyo frontis y como una targeta, luce sobre el balcon principal un plano en que se lee incrustado en caracteres de plomo «HOTEL DE BELLE-VILLE.» Versailles se distingue en lontananza, avanzando hácia el palacio de la noble familia los barrios extremos del arrabal intitulado el pequeño Montreuil.

Es la hora del crepúsculo postrero de la tarde y la temperatura del otoño impregna el alma de ternura infinita y abandono grato. Susurra mansamente el aura, deslizándose como una fugitiva ante los hielos invernales que adelantan, présagos de huracanes bravíos y borrascas tremendas.

Caen las hojas amarillas de los grandes árboles; el ruido del surtidor de una fuente que decora el promedio de la esplanada en que se eleva el hotel arrulla el oido como el canto monótono que escita la somnolencia; las sombras de la noche se enseñorean del cénit; desarrollándose sobre la faja de tibia luz que marca el ocaso del sol.

Cristina no ostenta las galas y atavíos del traje nupcial. Vestida de blanco y llena de amable confusion, ocupa en el testero de la gran sala de recepcion en el palacio rural de los ilustres gascones el sillón de brazos, con alto y labrado espaldar, ostentando el unido blason de Bayard y Belle-ville en dos escudos, abrazados por una corona de marqués.

En un taburete donde apoya los pies la huérfana está sentado el joven cubierto de luto del ensueño precedente; pero la expresion de su semblante no es la misma. Por el contrario sonríe; apoya un codo en las rodillas de la encantadora Armand: sostiene en la doblada mano su

cara atractiva y graciosa, y fija en la conmovida virgen una de esas miradas magnéticas que infiltran en la sangre una corriente de eléctrico fuego que la hace hervir como las ondas de Aqueronte.

Cristina le devuelve en su mirada el halago silencioso y el hechizo que recibe en la del mancebo.

De improviso y al moribundo fulgor del día aparece una sombra blanca como la estatua del dolor, sobrepuesta á las cinerarias urnas; arrastrando su vestidura griega, y envolviendo su cabeza en una toca funeral. La sombra levanta el velo, y sus facciones la dan á reconocer á la sobrecogida huérfana de *Chateau-fleuri*. Es Blanca de Bayard que clava sus ojos sin pupilas en el amante grupo y contrae su rostro de mármol en un gesto de tristeza desesperada; perdiéndose en el ángulo oscuro de la habitacion como una vela entre las bruma del mar.

Cristina se estremece y comprime el aliento. Carlos de nada se apercibe, y continúa mirando con éxtasis á su ídolo.

Tras de la sombra de Blanca se dibuja en el muro una sombra negra, pequeña como la nubecilla en que el ojo esperto del marino adivina la desencadenada tempestad que vá á estenderse en el horizonte. Crece la sombra, y se distingue del siniestro embrion el busto de la marquesa viuda de Belleville, en traje de corte; la corona en la cabeza; el manto ceñido á los hombros; imperioso el ademán; los ojos fosforescentes; la frente nublada; el labio inferior recogido en señal de conmocion violenta. Complétase la arrogante y dominadora figura, y adelanta con mesurado paso hácia la pareja amorosa.

Cristina vá á levantarse despavorida y una fuerza oculta se lo impide, clavándola en su asiento. Carlos nada echa de ver y sonrie siempre al objeto de su acendrada pasion.

El espectro toca por fin el hombro de Carlos, que al volverse y descubrir la aparicion murmura: «*madre mia!*»

—Carlos de Belleville (esclamó la sombra con voz terrorífica) ¿qué has hecho del honor de tus ascendientes?

Cristina lanzó un grito y despertó con el corazón prensado por aquellas hórridas visiones.

CAPÍTULO IV.

LA INDEMNIDAD.



OCURRENCIA grave sin duda es la que hace afluir al inmenso vecindario de Bruselas hácia las diferentes travesías que conducen al vetusto y severo edificio, ocupado con todas sus dependencias por el tribunal superior del territorio.

Ocurrencia que nada tiene de comun y ordinaria; porque no atrae solo esa muchedumbre vulgar, cortejo perenne de las ceremonias mas repetidas y triviales; sino que agrupa en las avenidas del foro flamenco á la juventud mas brillante de la capital y corte de los Paises-bajos, á las familias distinguidas por su rango, fortuna y honrosos antecedentes, y á individuos de notable representacion social, animados por una escitacion de gozo que frisa en el entusiasmo.

Unos discurren trabajosamente por entre la apiñada multitud; tomando parte en los diálogos suscitados aquí y allá por la ocurrencia que torna en dia festivo uno de tantos normales en el añalejo, ó bien se solazan en recoger al paso comentarios y opiniones acerca del suceso que preocupa á todos los ánimos.

Otros se acomodan en casas de amigos ó conocidos; instalándose en ventanas, balcones, terrados, ó vestíbulos, como para ver el paso de una procesion cívica, ó saludar á un triunfador atravesando la carrera entre palmas y flores.

Varios grupos de caballeros se descubren apostados en las esquinas, formando un núcleo para singularizar sus homenajes; porque en el centro de tales reuniones se notan uno ó mas lacayos, cargados de ramilletes de rosas, pasionarias y siemprevivas, de coronas de mirto, y de lazos con inscripciones en bordadura de seda y oro.

Elegantes damas, jóvenes apuestas, mugeres del pueblo, y frescas aldeanas contribuyen con su presencia en calles, moradas y portales al matiz del gentío; advirtiéndose algo de sobrescitacion en el sexo bello por antonomasia, cual si en la ovacion que parecia disponerse se adjudicaran una partícula del tributo en razón á su condicion femenil.

El pueblo propiamente dicho, el comun ó las masas, (que todo es igual) es mas bien espectador curioso que actor enardecido; porque el pueblo en el norte es un niño grande como en el mediodía; pero un niño grande del norte; un zagalón desmadejado; cazarro; tardo en movimientos, y de perezoso desarrollo, á diferencia del meridional que es un diablo chispeante de malicia y travesura: niño terrible que deja en mantillas á los de Gavarni.

Los extrangeros acuden á donde la concurrencia los convida con la ocasion de estudiar tipos y costumbres, los atrae con el incentivo poderoso de la novedad, ó los compromete en el bullicio que interrumpe de una manera inopinada sus escursiones curiosas por el pueblo extraño.

Ya que me he constituido en vuestro *cicerone* en este continuo vagar de Bruselas á París, y de Versailles á Roma, completaré mi encargo informándome de lo que pasa en la capital de los Países-bajos en estos momentos. A este fin acerquémonos á la tienda de porcelana y

cristería de un jovial francés; hombre machucho, amigo de saberlo y decirlo todo, y á quien no se molesta ciertamente con preguntas, cuando se le brinda oportunidad de soltar una tarabilla comparable al ruido de una cascada de jardín.

—Buenos días, monsieur Leclerc.

—¡Oh señores! Háganme el honor de entrar en esta su casa. Servidor muy humilde. Hé aquí asientos...

—Favorecidas están hoy estas calles.

—Yá lo creo, y no es para menos, á fé mia. Hoy se declara inculpable... pero absolutamente inculpable á una preciosa jóven... paisana mia por mas señas; acusada con la indignidad mas escandalosa de cómplice en el robo y asesinato de cierto cambista y fabricante...

—La señorita Cristina Armand y Hárrison. Conocemos la historia, monsieur Leclerc.

—Tanto mejor, señores, tanto mejor, á fé de hombre honrado. Ese Wálter Roche, el abogado y fiscal, el autor de la infamia, merece la cuerda como el último ladrón en caminos, y la tendrá el gran canalla entre mis bravos compatriotas; porque habeis de saber que el miserable asesinó allá á una señora de la primera nobleza...

—La marquesa viuda de Belle-ville: Sabemos el lance, monsieur Leclerc.

—Es singular, señores. Vosotros lo sabeis todo, nombre de Dios. Pues bien; la jóven ha estado presa, y hace poco suelta bajo fianza, hasta probar los hechos y justificarlos como era de esperar, y hoy es el día en que deben traerla al tribunal superior para declararla indemne, y resarcirla de sus padecimientos por medio de los pronunciamientos honoríficos del fallo, y llevándola á su casa el presidente en la carroza de lujo de...

—¿Y se espera la salida de la jóven hácia el tribunal?

—No señor. Hace una hora que ha pasado la comitiva que debe recogerla de su domicilio para conducirla á la ceremonia, que será curiosa de seguro y digna de que se sufran empellones y estrechuras por presenciar acto

semejante; porque sabed, caballeros, que no tiene ejemplo desde la friolera de sesenta y dos años, que fué la última indemnidad de esta especie, segun me ha contado el honorable señor...

—Monsieur Leclerc ¿quiénes componian el cortejo?

—Iban delante cuatro coraceros al trote abriendo paso: detrás dos alguaciles del tribunal superior á caballo y de rigurosa etiqueta: seguia la carroza del Presidente con lacayos de gala, y al testero el señor Talldor, juez originario del proceso, y enfrente su escribano y el receptor de la sala de justicia criminal: dos alguaciles inferiores y cuatro gendarmes cerraban la marcha, y corrían en pos de la cabalgata esos parásitos que...

—Y además de la ceremonia oficial parece que se previenen testimonios extraordinarios del público.

—Nada mas puesto en razon. Habrá coronas, ramilletes de flores, vivas, músicas. La gente de pró ha tomado muy á pecho solemnizar esta circunstancia; porque se dice que la autoridad se opuso á que varios jóvenes de la flor y espuma de Bruselas diesen una serenata á la inocente huérfana de *Chateau-fleuri* el dia mismo en que se dispuso escarcelarla por su jueces.

—Esos jóvenes están ahora en su derecho, monsieur Leclerc.

—Ademas del mérito y condiciones de la interesante muchacha, caballeros, se aviva el afan en su favor por el odio que todas las clases profesan al inicuo Wálter Roche; hombre de antecedentes abominables; temido como el fuego por su astucia y perfidia; mordaz y agresivo con todo el mundo; una buena alhaja en puridad. Es lástima, señores, que en vez de ser colgado en Paris y en la Greve no se le ejecute en Bruselas; porque fuera un buen dia para tantos como le aborrecen y tiene mortalmente agraviados con su conducta.

—Crece el rumor de la multitud y se agita con muestras de interés expectativo.

—Veamos. Con permiso, señores. Ahí viene la comitiva trayendo al Tribunal á la interesada.

—No es cosa de perder ese espectáculo, monsieur Leclerc, y con vuestra licencia.....

—Con mil amores, caballeros. Aquí teneis una ventana del almacén, bastante saliente sobre la acera para que ninguno se ponga delante, quitando la vista. Por aquí, señores. Cuidado con tropezar con esos cajones.

—Sois muy amable, monsieur Leclerc.

—¿Ois los vivas del pueblo?... Vamos. Sin cumplimientos, señores, que el tiempo se pierde.

—¿Y vos, monsieur Leclerc? No sería justo...

—No os ocupeis de mí. Yo tengo una claraboya y trepando á la escalera de mano estaré como un príncipe.

El pueblo se arremolina hasta comprimirse á un lado y otro de la calle; dejando espacio suficiente para el cortejo y escolta de la que vá á declararse indemne por el tribunal superior del distrito.

Las aclamaciones mas ardientes acogen á la comitiva apenas se deja ver á lo largo de las travesías á paso lento para no atropellar á la muchedumbre, y sobre todo á los niños y á los ancianos; botones delicados y picadas hojas en el árbol de la humanidad.

Lo mismo la compacta multitud que obstruye las aceras y toma asilo en los portales de las casas, que los privilegiados espectadores, agolpados á todos los huecos de las viviendas, fijan sus miradas ansiosas en el punto por donde pronto ha de asomar la virgen de Chateaufleuri, entre las pruebas de respeto de la autoridad jurídica, y los ruidosos plácemes de un pueblo, decidido en su favor, y ávido de compensar con fervientes enhorabuenas los amargos sufrimientos de la víctima del impio Wálter Roche.

Los corazones palpitan con violencia al escuchar las exclamaciones estruendosas del gentío, y el menos afecto á mezclarse en las expansiones del alborozo popular se siente arrastrado á unir su eco de júbilo á los ecos del vecindario de Bruselas; porque es raro, hermoso, y edificante el espectáculo del poder que resarce franca y noblemente el mal que ha inferido en el difícil desempeño

de sus atribuciones; y reconcilia con la humanidad la dignidad melancólica con que algunas veces los hombres abdican el orgullo insensato de Satanás para reconocer que son falibles, inmolando su amor propio en aras de la verdad y de la justicia.

Al fin se aperciben los cuatro coraceros, gigantescos soldados cabalgando sobre frisonos de exagerada corpulencia; risueños y complacientes, y hasta orgullosos de su encargo.

Los alguaciles marchan con esa gravedad contagiosa que de los poderes supremos trasciende á los subalternos mas inferiores en la escala, quienes parodian lo que no están en condiciones de poseer.

La carroza del Presidente de la sala de justicia criminal aparece tambien tirada por dos caballos de blanca nivea, sacudiendo impacientes sus cabezas, lujosamente empenachadas, y contenidos en su ardor por el cochero, de gran librea y avisando con la fusta á los briosos animales para que no entiendan parada lo que es arreglo de paso, evitando las sensibles consecuencias de un atropello.

El juez de instrucción concediendo lá derecha á Cristina Armand ocupa el testero del elegante vehículo, y el escribano y receptor se descubren sentados en frente y en actitud respetuosa.

Todos clavan la vista en la doncella del castillo de Hartz.

Aquel triunfo no es la apoteosis del vencedor romano, llevando delante de sí los pueblos encadenados y los despojos del enemigo, salpicados aun de sangre, y concediendo estímulo al triunfador para atentar á la libertad de la patria tras de la sumision del universo á la ley despótica de la *ciudad*.

Aquel triunfo es una mera devolucion de un inocente calumniado á la estimacion pública; y por eso merece la sancion de todos los espíritus, porque no hay dueños ni infortunios que sufraguen los honores de la victoria; y por eso no encuentra en el concurso una mira-

da ceñuda ni un gesto desconfiado; porque nadie recela peligro en aquel desagravio justo y satisfactorio: compensacion suprema, debida al individuo que ha pagado su personal contribucion al terrible derecho que sacrifica la libertad de cada uno á la garantía de los intereses de todos: compensacion que nunca puede parecer escésiva á los que entiendan los abusos que nacen del ejercicio de semejante derecho.

Cristina va vestida de rigoroso luto; porque ya puede llevar públicamente y sin avergonzarse el duelo por su generoso protector, *minheer* Franz Fabricius.

Su fisonomía pálida revela un sobrecogimiento que embarga sus sentidos y paraliza su accion. La sonrisa con que corresponde á los saludos y vitores de la multitud es una especie de contraccion fatigosa y anhelante. Sus ojos vagan turbados por aquellas hileras de un bullicioso gentio que la aclama y fascina con su atencion insistente. Sus manos tiemblan oprimiendo convulsivas su regazo.

—¡Viva! ¡viva! gritaremos nosotros, asociando nuestro homenaje á los del pueblo de Bruselas, y agitando nuestros sombreros en signo de afecto cordial á la jóven hermosura que pasa tímida; presa de un pasmo de sus facultades; como bajo la impresion de un sueño; sin conciencia de sí propia. Un silencio repentino, una palabra próxima y distinta, un tacto cualquiera pueden sacar de su parálisis la imaginacion de aquella criatura, y Dios sabe el resultado de tan brusco sacudimiento. Pasa, pasa, virgen de *Chateau-fleurí* entre las saluciones de tus convecinos. Nada importa que embargue tu espíritu la emocion de tan imponente escena. Tú no has nacido para las satisfacciones de la vanidad, y si recobras tus sentidos suspensos, tu primer afan será sustraerte á la curiosidad de la muchedumbre y huir la pompa del triunfo con que te exhiben á la espectacion pública.

—¡Qué lástima, señores, que no sea posible asistir á la ceremonia! Será una cosa sorprendente, á fé mia.

—Lo sentimos en el alma, *monsieur* Leclerc; pero el

palacio de la justicia estará de bote en bote, y lo de menos fuera luchar con los que han tomado sitio con mucha anticipacion; más para no ver ni oír...

—El asunto es muy sencillo, caballeros. El procesado se sienta en un sillón frente á los honorables de la sala de justicia, y el receptor lee en voz alta la sentencia de indemnidad. El Presidente entonces, á nombre de la sala, acompaña al declarado indemne, y sustituye al juez de instruccion en la galantería de restituirle á sus hogares. Así me lo ha especificado una persona, muy perita en estos negocios de curia.

—Nos pasaremos con vuestros amables informes, monsieur Leclerc, y ahora nos permitireis examinar las maravillas del arte cerámico que contienen los estantes de vuestro surtido almacén.

Un prolongado rumor nos turbó en nuestra revista de preciosidades de cristal y de porcelana. El pueblo oscila y deja escapar un murmullo sordo, como las cañas que bambolea el viento silbando en su espesura.

Cristina vuelve de la ceremonia, acompañada por el Presidente de la sala de justicia; abrumada al peso de una languidez extraordinaria; llorosa; teñidas las mejillas en un carmin calenturiento.

Un joven en traje de luto separa con esfuerzo pujante á los que le interceptan el paso: llega al estribo de la carroza; pone el pié con resolucion, y alarga á la huérfana un ramillete de siemprevivas y pensamientos.

Cristina cae desmayada, pronunciando con angustia un nombre... «¡Carlos!»

CAPÍTULO V.

EL TESTAMENTO DE FABRICIUS.



ocos dias despues del esplendoroso triunfo que habia proporcionado á Cristina la ceremonia oficial de declararla indemne de toda culpa en el proceso de *Chateaufleuri*, y repuesta la huérfana un tanto de las fuertes emociones, sufridas en aquel acto decisivo en su existencia, y lleno de circunstancias capaces de impresionar el ánimo mas enérgico, recibió un billete de Jaime Lutgen; concebido en los términos que siguen:

«Cristina: Se acerca un momento solemne, retardado por las peripecias desoladoras que nos sometieran á tan crudo martirio por tanto tiempo, dilatado por un sentimiento de delicadeza hasta la feliz resolucion de vuestro destino, que siempre aguardé tan próspera y completa como el Señor la ha inspirado á vuestros jueces.—Es inescusable, querida mia, abordar una cuestion en que además de vuestros intereses positivos se

«trata de mi decoro, de mi dignidad, y de mi dicha futura. Comprenderéis que aludo al testamento de mi respetable tío, minheer Franz Fabricius, en que apareceis «instituida heredera de la mitad de su fortuna; y aun-
«que con intervencion judicial constituí en depósito fon-
«dos, títulos, mueblage y enseres, sin dar un paso hasta
«que el cielo os devolviera á nuestros afanes, (así nunca
«hubiese tenido esa alegría tan suspirada) importa á mi
«veneracion hácia el finado y cumple á mi honor que
«esta última voluntad sea satisfecha en todas sus partes,
«y se realicen, en cuanto de mí dependa, los propósitos
«del testador, manifestados en el documento que pronto
«debeis conocer.—Bien quisiera concederos plazo, ahor-
«rando á vuestro corazon sensible y lastimado por tan
«recientes golpes una série de recuerdos funerales y de
«pormenores que van á escitar dolientes memorias; pero
«cuento con vuestra penetracion, Cristina, y ella os pon-
«drá al alcance de los motivos pundonorosos que me im-
«pulsan á dejar concluido un asunto, en que la atencion
«de muchos explora el resultado.—Hay otro particular,
«mi buena amiga, ligado estrechamente al anterior, y
«que me es difícil y penoso especificaros; pero mas vale
«saber hoy vuestro libre pensamiento, y decidir en con-
«secuencia á lo que os digneis resolver, que dar publici-
«dad á las disposiciones del difunto, en que espresa cla-
«ramente el anhelo de unirnos en indisoluble lazo, en mi
«presencia y la de testigos llamados al efecto, y cuando
«no haya de cumplirse un voto que colmaria toda mi
«ambicion en la tierra.—Sunter me asegura, con refe-
«rencia al pariente y protector que lloramos, que no te-
«niais inconveniente en dias mas serenos de asentir á los
«planes del amante Fabricius; y aun que llevásteis la
«dignacion hasta espresarlo así al anciano venerable, cu-
«yo cariño partiamos, libres de envidias y celos, como
«nos corresponde compartir los beneficios de su genero-
«sa munificencia.—Libreme Dios, Cristina, de influir en
«vuestros acuerdos por evocacion alguna de causas que
«os liguen á mí con otro vínculo que el libre movimien-

«to de vuestra esclusiva voluntad. El hombre que tantos
«años ha nutrido en su alma las ilusiones de un amor
«elevado á culto, guardándose de turbar vuestro apaci-
«ble sosiego con las revelaciones de su pasion impetuosa,
«y trabajando sin tregua por adquirir estimacion y va-
«lía á vuestros ojos, no cerrará la santa historia de ese
«amor sin osadías ni profanidades con el prurito aleve
«de obligaros á tomarle por esposo.—Puede ser verdad
«que antes del desastroso fin de mi tio, conociendo vues-
«tra ternura su desvelada solicitud por nuestro matri-
«monio, háyais cedido al designio de remunerar sus fa-
«vores con prestar un forzado consentimiento á esta bo-
«da; dorando los postreros instantes del moribundo con
«esta realidad halagüeña, blanco de sus miras por nues-
«tro bien recíproco.—Nada os compromete, querida ami-
«ga, á ratificar una promesa, nacida de la gratitud, y
«en que no tenga parte esa inclinacion, que solo puede
«contrarestar los azares de la vida en un estado, que se
«funda en la abnegacion absoluta que sugieren el amor
«y su mútua confianza. Antes de advertir un dia, de no-
«tar en una ocasion dada, el sacrificio de que hubiera si-
«do objeto de parte vuestra la proyectada union, opto
«por padecer los dolores y la honda pena, consiguientes á
«frustrarse el fausto porvenir, origen de tantos ensue-
«ños y de tantas conjeturas, costosamente reprimidos.—
«No quiero que me valgan los desinteresados obsequios
«de minheer Franz en vuestro favor, ni el respeto á sus
«manes; porque él nos amaba como á hijos, aspirando á
«vernos dichosos, y desde los confines de la eternidad re-
«probaria á su sobrino una esplotacion baja de sus bon-
«dades; compadeciendo á la hija adoptiva, que despues
«de inícuas persecuciones y zozobras terribles, concluye-
«ra por votarse á la egoísta ventura de un consorte, me-
«recedor de justa repugnancia.—Quiero deber la felici-
«dad inmensa á que aspiro á la consideracion de mi acen-
«drada fé, á la seguridad en mi constancia, y á la per-
«suasion de que suple mi notoria falta de mérito esa vo-
«luntad perseverante de ganar el corazon de una mujer

«adorada, sin perdonar medio hábil para obtener el ape-
«tecido fin.—Me constan, mi escelente amiga, la solidez
«de vuestros principios, la madurez extraordinaria de
«vuestras ideas, y la sinceridad de vuestro carácter; ra-
«zones que al paso que me escusan de esplicar mi juicio
«acerca de los elementos indispensables para la dicha
«conyugal, me son garantes de que vuestra determina-
«cion en este punto será tan meditada como esplicita-
«mente manifiesta; y yo, Cristina, prometo acatar vues-
«tras resoluciones; bendiciendo mi estrella si admitís el
«holocausto mas noble y puro de que muger alguna ha-
«ya sido objeto; sabiendo ocultar mi desolacion si la re-
«chazais, como he sabido esconder mi amor ardiente en-
«tre las apariencias de un afecto fraternal.—No cabe en
«mí, ídolo dé mi vida, la hipócrita mansedumbre que
«imita el humilde rendimiento para provocar una lásti-
«tima provechosa: quédese este bastardo recurso para los
«amantes que solo atienden á lograr lo que su codicia
«les demanda, sin detenerse á pensar que el ser humano
«ha menester que sancione sus goces amorosos el incen-
«tivo de la franca correspondencia.—Así como vuestro
«cariño me haria estimarme el mortal mas afortunado
«que jamás hubiera existido en el mundo, vuestra re-
«pulsiva, Cristina, debe sumirme en la tristeza y el mas
«cruel desaliento; porque yo he vivido muchos años, con-
«sagrado por entero, amiga mia; al pensamiento cons-
«tante de valer y distinguirme para hallar el camino de
«vuestro corazon; porque el estimulo de vuestras virtu-
«des me ha hecho mantenerme intachable en una car-
«rera tan fecunda en alicientes corruptores como el giro
«y la banca; porque despues de conocer un tesoro de gra-
«cias y dotes como los vuestros no hay ventura posible,
«ilusion futura, ni consuelo que indemnizen de semejan-
«te pérdida.—Incapaz de prometerme éxitos arrogantes,
«he pesado todas las circunstancias de mi posicion; fiján-
«dome en el temido caso de no convenir á vuestros cál-
«culos prudentes el proyecto de mi tio; y aunque este
«golpe cortaria de raiz el árbol de mi esperanza, priván-

«dome del móvil elevado que ha sostenido mis acciones
 «en superior esfera, continuaré por el sendero del honor,
 «alta la frente aunque destrozado el corazón, Cristina;
 «porque aun me interesaría probar que, sin motivos po-
 «derosos y á vos sola peculiares, era yo digno de solici-
 «tar y quizás de merecer vuestro aprecio.—Perdonadme
 «la extension de este billete, en gracia siquiera de la ur-
 «gente esplicacion que reclama el desenlace de nuestras
 «situaciones respectivas, y si fuese yo tan bienhadado
 «que mañana encontrase franca vuestra puerta, y reci-
 «biera una contestacion terminante al contenido de es-
 «tas mal trazadas líneas en entrevista reservada, queda-
 «rian satisfechos los deseos de vuestro amigo, apasiona-
 «do y obediente servidor—JAIIME LUTGEN.»

La huérfana leyó y volvió á leer esta sentida carta con la atencion mas escrupulosa, y despues de embebida en su contexto, repasó todos los antecedentes de su existencia en minuciosa revista; buscando una línea de conducta en estricta correspondencia á sus deberes, aunque hubiera de prescindir de su inclinacion á un modesto retiro tras de las pasadas y desechas tempestades. Cristina estaba confusa de su triunfo, y cansada de sufrir los embates de la desgracia en la vida social. EL FORO, con sus noticias del proceso de *Chateau-fleurí* y su extracto de las conclusiones fiscales de Wálter Roche, habia estendido por toda Europa la difamacion de la ahijada de Fabricius. LA TRIBUNA, revista de Francfort, apoderándose de las últimas peripecias del suceso que tuvo por teatro el castillo de Hartz, consagraba sus números á referir extensamente la enredada y dramática historia de aquel extraño acontecimiento; popularizando por su interés y el estilo de la narracion unos hechos tan extraños y curiosos. La jóven no podia menos de avergonzarse de aquella publicidad de su nombre por todos los pueblos del continente; porque en la reducida prensa periódica de aquella época no se ocupaban los escritores de mas asuntos contemporáneos que descubrimientos útiles, especulaciones científicas, adelantos artísticos, y ce-

lebridades literarias; siendo raras y dignas de especial excepcion las reseñas de actualidades. Unido este acerbo disgusto á sus anteriores desventuras, Cristina abrigaba un pensamiento dulcemente melancólico que la arranca-se á la espectacion de cuantos espiaban las fases de su vida, como se sigue el argumento de un drama ó el tejido de una fantástica novela; y en verdad que el billete de Lutgen venia á complicar su situacion; porque era forzoso consultar detenidamente si podia sin ingratitud la protegida de minheer Fabricius romper la especie de compromiso que la ligaba al sobrino de su protector, que aguardaba de ella su felicidad futura, y con títulos tan válidos.

La huérfana iba á salir en busca del ilustrado abate de L'épée cuando la anciana servidora del párroco de la capilla católica de San Gevi le entregó una carta.

Cristina rompió el sobre, estremeciéndose al echar una ojeada sobre la firma.

«Señorita, (leyó la jóven temblando) he venido á Bruselas con el solo propósito de veros y de hablaros de un particular que no admite dilacion.—Mañana se presentará con esta esperanza:—*Cárlos de Belle-ville.*»

El reló de la eminente torre de San Gevi hace ondular en el espacio doce acompasadas vibraciones, seguidas del toque lento y magestuoso de la campana mayor que recuerda á los fieles de la comunión católica el rezo de la plegaria del medio día.

Cristina se esfuerza en dominar su sobresalto; porque es la hora queha concedido á Jaime Lutgen en la respuesta á su billete del día anterior, y aquella entrevista, como toda resolución decisiva y extrema, es penosa en alto grado á la timidez de su carácter, y mucho mas desde que consecutivos y crueles infortunios amilanaran su espíritu á fuerza de acumular en su juvenil existencia duros y eslabonados azares.

No sin largas y detenidas consultas con sus favorecedores, los abates Exter y L'epée, ha determinado la huérfana recibir al jóven banquero en reservada sesion en su gabinete; decidiéndose á una esplicacion terminante y definitiva, fruto de sus profundas reflexiones, de honda meditacion, é ilustrada por los prudentes consejos de ambos ministros de su creencia.

La ahijada de Fabricius vé acercarse con pena el momento de la cita; porque duda de que sus razones hagan la impresion conveniente en el ánimo de Jaime; porque no está segura de manifestar los motivos de su proceder con la detencion y explicitud que cuadran al caso; porque hay en su conducta móviles que no pueden referirse sin que el pudor delicadísimo de la doncella anude la voz en su garganta; porque recela sumir en el desconuelo á un hombre leal, recto, generoso y digno de estimacion completa, á quien sin embargo rehusa Cristina su consentimiento, apoyada en causas graves, y despues de conceder al asunto la atencion esmerada que su índole requiere.

El ruido del picaporte que aseguraba la puerta-mampara, correspondiente á la pieza primera de las tres que constituian el departamento de Cristina en la casa parroquial de San Gevi, sacó de sus abstracciones á la huérfana, y abandonando su asiento en el sofá, salió al encuentro de Jaime, cuyos pasos graves y fuertes habia reconocido con ese talento peculiar á las mugeres para agrupar en nímias observaciones todos los accidentes que juntos marcan un tipo.

Jaime encontró franca la puerta de cristales con visillos de algodón de legítimo Mussul, y la hija adoptiva de Franz le tendió afectuosamente su diestra, que el mancebo llevó á sus lábios con efusion y enternecimiento infinitos; conduciendo á su amada hácia el asiento que evacuó para adelantarse á recibirle.

—¡Ingrato! exclamó la adorable jóven mirando á Lutgen con dulce reconvencion. ¡Hasta ahora!

—Perdonadme, Cristina, (respondió el sobrino de Fa-

bricius, sin soltar la mano de la doncella y brillando en sus ojos el fuego de una pasión acendrada); perdonadme una falta que refiere su origen á un sentimiento de exagerada delicadeza quizás.

—Me hubiera hecho extraordinario bien vuestra visita, Jaime.

—¡Egoísta! repuso el banquero sonriendo con tristeza; ¿y no pensais cuánto habria padecido mi alma al penetrar en la cárcel de mugeres para ver allí á la inocencia confundida con el desecho de la sociedad, y ser testigo de vuestra amargura, sin términos hábiles de conjurar tan humillante condicion?

—El Señor ha mejorado los dias, contestó la huérfana bajando la vista con religiosa conformidad.

—Y yo lo esperaba, (añadió Jaime llevando ambas manos al pecho en entusiasta actitud); yo creia en esa solución irremediable de vuestro destino, como creo en los artículos fundamentales de mi fé.

—Ya sé cuán bueno y generoso habeis sido y sois, hermano mio.

—Yo no escruto los fines de la Providencia (continuó Lutgen con solemne inflexion); pero confiaba en su justicia y me decia á mí mismo: «cuando el mal es una pena suele venir mucho despues de la culpa, y aunque parezca sufrir inocente el hombre es porque olvida que todo hecho, por remoto que fuere, trae su consecuencia precisa y rigurosa en el transcurso del tiempo; mas cuando el mal es una prueba en la vida ¿no es lógico que tenga sus límites, como los tuvo la prueba terrible del patriarca Job?»

—No sabeis cuánto me alienta ese lenguaje, amigo mio; porque en nuestra situación embarazosa....

—¡Embarazosa! repitió el cambista con serena dignidad, ¿y por qué?

—Mucho, para mí al menos, confesó la huérfana ruborizada.

—Escuchadme, Cristina, dijo Lutgen con pausa. Me conoceis por lo que soy; motivo que me releva de enfa-

dosos preliminares; pero me atrevo á asegurar, sin miedo de equivocarme, que aun no conoceis quien soy.

—Siempre os creí capaz de toda accion noble y elevada, Jaime.

—Yá se vé! (prosiguió el mancebo dando un suspiro) el amor en naturalezas reflexivas propende al silencio y á la contemplacion respetuosa, y en cinco años que hemos vivido juntos en Bruselas, querida mia, al abrigo de la proteccion paternal de nuestro escelente y llorado bienhechor, ni un gesto ni una palabra os han indicado siquiera lo que pasaba en mí. ¿No es verdad, Cristina?

—Es verdad, confirmó la huérfana, prestando toda su atencion á las esplicaciones de Lutgen.

—Y sin embargo yo os amaba con todas las veras de un corazón apasionado. Pero érais tan jóven, tan inocente, tan inaccesible al estímulo de esa coqueteria femenil que provoca los amantes obsequios y tiernas confesiones!... Y despues ¡estábais tan ocupada en rodear de solitudes cariñosas y filiales cuidados al anciano enfermo que os servia de padre! Yo hubiera creído una profanacion, Cristina, turbar entonces vuestras horas, compartidas entre las faenas domésticas y la asistencia desvelada de un doliente á quien pagábais con tanta abnegacion una prueba sagrada de gratitud.

—Continuad, Jaime. No pierdo una palabra de vuestra conversacion.

—Cuando mi tio ganó el pleito á los Hartz, y convirtió en amena quinta el famoso castillo, decidiendo trasladarse á *Chateau-fleurí* en vuestra compañía, yo no fuí dueño de disimular mi desolacion á la perspicacia del malaventurado Fabricius; porque no podia acostumarme á vivir en diferente domicilio que vosotros, y sin vosotros parecíame aquella alegre y holgada vivienda un subterráneo sin luz y sin atmósfera respirable. El anciano lo habia comprendido todo, y abrigaba la esperanza secreta de enlazarnos un dia próspero; reuniéndonos amantes y felices junto á su lecho de muerte, inclinadas las cabezas á su postrera y ferviente bendicion.

Cristina ocultó su faz en el pañuelo con ambas manos sostenido, dando espansion á su llanto. Lutgen calló hasta que la jóven, repuesta de su emocion dolorosa, enjugó sus lágrimas, indicándole con amable signo que reanudara el interrumpido relato de sus memorias de mejores dias.

—A vuestra reminiscencia apelo (agregó Jaime con protesta formal). Ni mi tio, que acariciaba este sueño delicioso con la pertinacia de los hombres que sienten la proximidad de su fin, y anhelan consumir su obra antes del trance que les amaga, ni yo, que no tenia mas pensamiento ni mas ambicion en el mundo que merecer vuestra correspondencia, hemos empleado influjo, disimulada presion, ni indicaciones algunas para conseguir propósitos que cifraban no obstante nuestra dicha cabal.

—Es cierto, aseguró Cristina con resolucion súbita y enérgica; y tan cierto, Jaime, que viéndome perseguida con tan siniestra tenacidad por Roche, y enterada por nuestro fiel Sunter de los votos de mi anciano protector y de vuestros sentimientos hácia mi, abrí yo misma el camino al señor Franz para que me revelara sus aspiraciones; y todavia, aun en el colmo de su júbilo, recelaba que no fuese espontáneo mi asentimiento, que naciera de un compromiso, y esforzábame en persuadirme á que lo reflexionara con mayor mesura.

—Pues bien, contestó Lutgen; hasta resolver los preparativos del sarao con que debia inaugurar mi establecimiento mercantil; yo no tuve suficiente fuerza de voluntad para consultaros acerca de un enlace, que habia de producir tan intensa alegría en todos los espíritus; y hé aquí que cuando los obstáculos se allanan, y vos accedeis á mis votos, mientras yo me decido á romper el silencio de mi contenida pasion, un hombre infernal, maldito, que Dios confunda.....

—Jaime, exclamó la huérfana apiadada de su verdugo; ese encono es indigno de vuestra alma grande y bondadosa.

—¿No es él (repuso enardecido el jóven) quien ha

trocado en cenagoso torrente el sereno lago de nuestra vida? ¿No es él por ventura quien se ha interpuesto entre nosotros como el demonio de la fatalidad? ¿No es él...?

—Él es quien se ha perdido, Jaime; (replicó la compasiva Armand) y plegue al cielo que al pagar con su vida los crímenes que le arrastran al cadalso no arriesgue su salvacion en la lúgubre jornada... ¡Ay de él, amigo mio! Nosotros no disfrutaremos ya del grato porvenir, entreabierto un punto á nuestra vista, y nublado luego por su intervencion funesta; pero nos asiste el derecho de arrostrar el infortunio, sin remordimientos por lo pasado, y sin terrores para lo futuro... Juzgo que no me acusareis de falta de franqueza, Jaime.

—Acabad, Cristina, dijo Lutgen palideciendo y luchando por aparecer impasible.

—Ese hombre (siguió la huérfana con lastimero tono) no tiene adonde dirigir su mirada en torno suyo que no suscite gritos de su conciencia, ensangrentados espectros, perspectivas atormentadoras y abismos de oprobio y condenacion. Crímenes en lo pasado: la muerte entre el vilipendio y la reprobacion universal: una memoria abominable y ofrecida al escarmiento. Le resta Dios; pero ¿llegará á reconocer su justicia y á impetrar sumisericordia?

—¡Quién sabe! exclamó el mancebo con sombría preocupacion.

—Dios le perdone, concluyó Cristina, y nosotros perdonemos tambien como nuestra fé nos lo enseña.

—Voy á terminar mi pensamiento antes de oir vuestra decision y mi sentencia, agregó Lutgen adquiriendo el dominio sobre su ánimo, un instante postrado á la insinuacion punzadora de Cristina.

—Terminadle pues, declaró la jóven, alentada por el brío de los que obran como les dicta su conciencia.

—En la mas absoluta ignorancia de vuestro refugio, amiga mia, (confesó Jaime con acento de ingenuidad melancólica) procurando rechazar aterradores cálculos, empeñado en inquirir vuestro paradero, y luchando y

reluchando sin tregua entre el desaliento amargo y la esperanza febril, no he podido ni ordenar mis ideas, ni concebir un proyecto.. ¡qué digo!... ni hacer conjeturas sobre las probabilidades de realizar un día mi sueño de oro.

—¡Cuánto hemos sufrido, Jaime! exclamó la huérfana uniendo sus manos con expresion enternecedora.

—Y todo por él, apoyó Lutgen con eco sordo; por ese miserable... Perdon, Cristina; me extravía el encono á mi pesar. Yo repito vuestras palabras: que el Señor le sea propicio. Continúo. Apareceis cuando empezaba yo á sentir ese vacío que se forma en rededor del hombre, burlado en sus impacientes afanes, y apareceis protegida por un varon evangélico que testifica á la faz del mundo que salís de los peligros, tan ilesa como la salamandra del fuego devorador.

—Gracias al favor divino, añadió con sublime humildad la jóven hermosura.

—Dispensadme la audacia de esta revelacion, Cristina. Yo tuve la imprudencia de explorar al abate L'epée acerca de vuestras relaciones en el asilo que os procuró su paterna bondad: porque temia que en el desamparo de vuestros naturales amigos, en el desasosiego de una situacion angustiosa, en... ¿A qué encubrir la verdad? Yo tenia celos: celos escondidos entre los pliegues del corazon, como el gusano que corroe el fruto en que nace. Si; celos; porque en los dias de ruda prueba es cuando se acoge la mano que se tiende en nuestro socorro.

—Y qué os ha dicho el señor abate de L'epée? interrogó Cristina demudada.

—Ni un concepto que contuviera sombra del sentido que buscaba mi ansiedad. Por último, engolfado un instante en los ideales espacios de la ambicion, y rendido en inmediata crisis al abatimiento mas penoso, recurro á vos para que cesen de una vez alternativas que me torturan despues de exaltarme un breve punto. No mas ilusiones vanas como fuégos fátuos. No mas decaimientos que van amenguando el temple de mi alma. Si de-

bo esperar, decidlo á quien lo oirá de rodillas. Si no tienen conexión nuestros séres, declaradlo tambien. El desengaño es una medicina ingrata, mas provechosa; y yo sé que los hijos de Adan encuentran como su padre á la entrada del Paraiso el ángel armado de una espada de fuego.

Lutgen calló para dar margen á la réplica de Cristina, que titubeando un segundo escasamente, adoptó el partido de la espontaneidad con aquel hombre, tan hidalgo y tan acreedor á la confianza por su íntegro proceder.

—Teneis derecho á exigirme la franqueza mas amplia, (contestó la jóven) y voy á corresponder á la obligacion que reconozco; aunque me cueste mucho confesar los motivos de mi conducta, y me duela incalculablemente afligir á quien...

—Tendré valor, repuso Jaime conmovido hasta asomar á sus ojos una lágrima. Mi cariño está exento de toda especie de egoismo y de todo género de exigencia. Con tal de veros feliz emprenderia lo imposible, y si destruido el soñado Eden, que vislumbré como una promesa de la bienaventuranza, no es dable que haya para mí horizontes sin nieblas y horas libres de fatiga, seguiré mi ruta en la sociedad cual me la traza mi destino; pagaré un tributo á la humanidad como parte que contribuye á la obra comun, y la obediencia á las leyes de mi condicion me prestará su reposo, y en la beneficencia buscaré el desahogo secreto y consolador de un alma que necesita de tiernas y suaves emociones.

—Jaime, (dijo Cristina con la viveza de una determinacion alentada) antes de conoceros habia en mi mente una memoria inquieta y dulce á la vez; la huella de un amor sin términos de realizar sus quimeras: un fantasma impalpable, casi perdido en mi recuerdo, pero que resistia á todos mis conatos por rechazar su impresion...

—Yo lo sospechaba, interrumpió Jaime sonriendo con resignada tristeza,

—Auroricé al hombre escelente que lloramos juntos

á que os anunciara mi consentimiento; y entonces, Jaime, evitando la persecucion odiosa de Roche, y segura de ahogar mi recuerdo en los vínculos santos del matrimonio, y en la estimacion que me inspiraban vuestras nobles cualidades, creia firmemente en la posibilidad de haceros dichoso, y de serlo yo misma, fortalecida por vuestro amor, y por el impulso de mi voluntad perseverante.

—Hé ahí el cielo, obstruido á mi esperanza por las garras de un demonio, exclamó Lutgen con acento exasperado.

—Pero me arrebataron á los hogares de vuestro tío; (continuó la huérfana con premura convulsiva) burlé á mi carcelero; me deparó la Providencia el apoyo del abate de L'épée; este buen anciano me procuró un retiro en Belle-ville, y allí vivia el hombre, cuya imágen llevaba impresa en la memoria; y él me amaba tambien, Jaime; y era fiel á mi recuerdo, como lo era yo al suyo...

—¿Y ese hombre será vuestro esposo? preguntó el mancebo, pálido como un cadáver, y con voz estridente.

—Jamás (protestó la doncella con irrevocable decision, y en actitud de heróico imperio sobre sus pasiones). Hay una barrera entre ámbos. Su clase nos separa como espeso muro. La voluntad de su madre está en medio de nosotros como insurcable mar.

—¿Y qué vais á hacer, admirable criatura? repuso Lutgen, entusiasmado al contemplar aquel triunfo magistoso de la razon sobre el vehemente sentimiento.

—¡Pues qué! replicó la virgen de *Chateau-fleuri*; ¿eres tú solo el que sabe inclinar la cabeza al aterido soplo de la desgracia que prueba el espíritu?

—Teneis razon, confirmó el sobrino de Franz con varonil entereza; y mas vale nuestro infortunio, soportado en silencio y sin humillar la frente, que muchas prosperidades, compradas al precio del decoro y sostenidas en su lustre á fuerza de disimulo.

—¡Oh! ¡cuánto me consuela ese lenguaje! exclamó la huérfana estrechando con efusion la diestra de Lutgen.

¡Cuánto daño me hacia el pensamiento de labrar vuestra desdicha!

—Entendámonos, respondió Jaime con una sonrisa de fraternal bondad. No se puede ser mas desgraciado que yo; porque hoy se hace imposible una felicidad sin medida que ayer se brindaba fácil á mi esperanza.

—Es verdad, confesó la jóven inclinando lá cabeza para ocultar el embarazo de su situación.

—Pero lo soy yo solo, Cristina, dijo el mancebo con arrogancia: yo solo.

—¿Me juzgais venturosa con perderos, Jaime?

—Quiero decir, amplió Lutgen, que no os arrastro á la desgracia, porque nada mas horrendo que pertenecer á un hombre y amar á otro.

—Mi sueño, murmuró la huérfana sobrecogida de terror.

—¡Basta! cortó el mancebo levantándose con brío, y á costa de un esfuerzo poderoso. Mañana vendrá el notario á comunicar la última voluntad de nuestro protector. Es preciso que se cumpla en la parte posible, amiga mia, el testamento de Fabricius.

CAPÍTULO VI.

EL CONDENADO.



QUE Luis XVI fué un hombre escelente y un monarca digno del amor de sus vasallos son hechos que la crítica imparcial de nuestros días ha restablecido sobre extravíos, odios y crímenes de la revolucion francesa, tan fecunda en saludables enseñanzas como en provechosos escarmientos.

Escitado por el resentimiento justo de su esposa contra el infame autor del libelo que llevaba por título «*La verdad sobre palacio,*» el rey autorizó á María Antonieta á escitar el celo de la policia contra el vil calumniador de su augusta familia y príncipes de la sangre; entregándole á la accion de las leyes tan pronto como fuese descubierto.

Arrancado Wálter Roche á la jurisdiccion del procurador del rey en Versailles por reclamacion prelativa de su compañero el de París, y conducido á la famosa Bastilla como reo de lesa-magestad, continuó el proceso por asesinato de la infortunada marquesa de Belle-ville, aunque sin esperanza de imponer al aleve ma-

tador la pena de su delito por la circunstancia de la clausura perpetua á que por lo comun quedaban condenados los infamadores de la magestad soberana, como en tiempo de Luis XIV el gacetero holandés que hacia blanco de sus virulentos ataques al monarca que habia adoptado al sol por divisa, y cuya espiacion se cree descubrir en la historia de *máscara de hierro*.

Carlos de Belle-ville despues de los dias consagrados al sentimiento de pérdida tan infausta como la suya, y recobrado de la impresion terrible de los primeros instantes á impulso de una sed insaciable de justicia contra el hombre maldito que habia exterminado á la marquesa, buscando entre las sombras á la víctima constante de su ferocidad, se vistió de riguroso luto; encaminándose á palacio, y proponiéndose obtener del magnánimo Luis tornara á entregarse el reo á la jurisdiccion competente para que fuera pronta y ejemplarmente vengado el cruento sacrificio de una madre tan querida.

Correspondia al Parlamento juzgar al asesino de la marquesa por la ilustre calidad de los ofendidos; y Carlos no podia conformarse á que la coincidencia de resultar libelista en agravio de las reales personas aquel hombre execrado y funesto le sustragara al patíbulo; sumiéndole á perpetuidad en un calabozo de la espantable fortaleza que llevaba en su construccion y en su régimen tradicional el estigma de Luis XI; su cadáver en piedra, demolido más tarde por una revolucion vengadora, que al profanar el panteon de la abadía de San Dionisio para atraer los restos de los reyes y héroes de la Francia no pudo haber á las manos los despojos del compadre de Tristan, Doyac y Olivero, enterrado sigilosamente y de su orden en alguno de los santuarios de Nuestra Señora, dotados con prodigalidad por aquel extraño devoto de la Virgen.

Carlos no pretendia ejercer una venganza sañuda en el asesino de su madre, y ni pasaba por su mente la idea de fulminar acusacion á su nombre; moviendo esa alharaca indigna de un cristiano, y á cuyo favor se per-

mite aun en el foro que el rencor conspire con numerosas garantías á convertir la espada de la ley en puñal de los odios particulares. El marqués se limitaba á desear que no desapareciese del teatro del mundo el inicuo Wálter para vivir sepultado en una mazmorra como ofensor de la magestad régia; sino que se le condenara por el crimen que le habia dejado huérfano, y que en la crónica de su familia no resultara la catástrofe de Juana Luisa Constanza de Bayard, viuda de Felipe Augusto de Belle-ville, sin que el cronista registrase el castigo impuesto por los tribunales del pais al monstruo que hundió en su noble pecho el arma homicida.

Con estas disposiciones de ánimo se hizo anunciar el marqués á Su Magestad Cristianísima, quien le recibió en audiencia particular al momento; demostrando vivamente la parte que tomaba en su dolor, y el anhelo de templar su negra cuita con cuantos amables testimonios sugieren la estimacion y la benevolencia á Príncipes que saben recompensar los servicios leales de sus allegados y afectos.

Carlos estuvo lacónico pero elocuente en su discurso; y tanto que Luis XVI se conmovió con la ternura de un padre al escuchar la triste queja del hijo, y manifestó una preocupacion extraordinaria al pedir el gentil-hombre que Roche fuera juzgado por el Parlamento como asesino de la desdichada marquesa.

—Id á ver á la Reina, marqués, dijo por fin el soberano con estremada bondad; porque ese hombre, abortado por el infierno sin duda, ha ofendido á mi esposa en su libelo tanto ó mas que á mí mismo. Yo cedo mi causa á la vuestra de muy buena gana; pero no es razonable que imponga á María igual sacrificio sin consultar siquiera su voluntad en este punto. Si la Reina accede á vuestra súplica, y condena la ofensa mortal que del libelista ha recibido para entregarlo á vuestra persecucion, volved por aquí, y haré que se estienda el decreto inmediatamente.

—Señor, exclamó el jóven enternecido, mereceis el



dictado de *Bueno* mas que vuestro predecesor, el hijo de Cárlo-Magno; y este título bien puede rivalizar con el de *Grande* de vuestro insigne abuelo Luis XIV.

—Id al cuarto de la Reina, repitió Su Magestad con interés cariñoso; y si conseguís que una su decision á la que acabo de manifestaros, suplicadle que en signo de su consentimiento me devuelva por vuestra mano el tomo primero de la historia de Cárlos Stuard que dejé anoche sobre su cómoda ¿Habeis entendido?

El marqués saludó con profunda reverencia, retirándose de la cámara de Luis XVI para evacuar su importante y delicada comision en el aposento de María Antonieta, quien tampoco le negó la entrada tan luego como la hermosa Princesa de Lamballe habo anunciado que aguardaba el permiso de besar sus pies.

La austriaca, como decia el populacho de París á la mártir futura de su sanguinario encono, era una ardiente é impetuosa naturaleza; arrebatada hasta el frenesí en los instantes próximos á la injuria ó desaire de su persona; pero incapaz de mantenerse en sus determinaciones extremas cuando un rayo de reflexion heria su mente ofuscada; y sobre todo, accesible de tal manera á la compasion hácia la desdicha, y tan propensa á proporcionar alivio al sufrimiento á costa de privaciones y de sacrificios heroicos que resultaba compensada su violencia en un momento crítico y raro con virtudes, acreedoras al homenaje de la posteridad. y que difundian una aureo-
lo deslumbrante en torno de su cesárea figura.

Si una hora despues de habérsele anunciado que el autor del torpe libelo yacia en un calabozo de la Bastilla hubiera implorado su favor la sombra de María Terésa de Áustria, Maria Antonieta habria consentido en perder la corona primero que en perdonar el ultrage de su honra de muger y la mancilla de su dignidad soberana; pero al oir con los ojos arrasados en llanto la patética relacion de Cárlos de Belleville, y al saber que la venganza de su madre dependia de su renuncia á la satisfaccion de su decoro real, hecha en términos tan nobles

por el rey su esposo, levantóse con presteza, y tomando de sobre una cómoda el primer volúmen de la historia de Carlos I. de Inglaterra, olvidado en su estancia por Luis XVI en la visita de la noche anterior, le puso en manos del mancebo.

—Tomad, señor de Belleville; (le dijo con aquel tono afable que le conquistaba el aprecio de las almas agradecidas) tomad este gaje de conformidad con la resolución de mi esposo, y decid al rey que este paso nada me cuesta.

—¡Ah señora! prorumpió Carlos doblando la rodilla en un arranque de adoracion hácia la espléndida hermosura y la magnanimidad escelsa de la hermana augusta del emperador José II.

—Levantad, marqués, (interrumpió María Antonieta alargando su diestra al leal servidor, y obligándole á incorporarse con sonrisa de agasajo). No quiero que aparezca este hecho como una generosidad; porque no lo es en rigor. Suponiendo francés, y súbdito nuestro por consecuencia, al autor del villano libelo «*la verdad sobre palacio*», pretendí que se castigaran ejemplarmente su audacia, su felonía, y el indigno pago á los desvelos del Rey y á mis solicitudes por la gloria y prosperidad de nuestra querida Francia. He sabido luego que el difamador es oriundo de los Países-bajos, prófugo de su patria por no sé qué série de bastardos manejos y vilezas; y esta noticia me ha ensanchado el corazón; porque era un extraño, un huésped descortés y grosero, el menguado libelista, y no un súbdito de la monarquía de Hugo Capeto y San Luis.

—Tanto mayor atrevimiento, señora, repuso Belleville.

—Pero tanta menos significacion la calumnia, arguyó la reina pronta y oportuna en su discurso. Así es que tenia pensado impetrar gracia de Su Magestad en cuanto se dictara sentencia contra el culpable, conmutándole el encierro en la Bastilla en extrañamiento de los dominios de la corona; porque es preciso mostrar á los

que no me conocen que la austriaca no es tan rencorosa como la pintan sus encarnizados enemigos.

—De todas manera, señora, añadió el marqués, reconozco la deuda, y la satisfaré el día en que se ofrezca á Vuestra Magestad ocasion de emplear á un vasallo que todo lo inmole en aras de una fidelidad absoluta.

—Belleville, (contestó María Antonieta dando su mano á besar al gentil-hombre) no queremos conocer á nuestros adversarios, bastante inmundos para profanar con sus enormidades hasta el sagrado de nuestra vida privada; pero conocemos á los amigos que nos indemnizan con creces de semejante contrariedad, y vos figurais entre los mejores.

En consecuencia de tales sucesos Luis XVI expidió las órdenes conducentes á sobreeser en la causa contra Wálter Roche por delito de lesa-magestad; entregándolo como asesino de la marquesa á la jurisdiccion del Parlamento, y sacándole de la Bastilla para trasladarle á la Consergeria, y al peor de sus oscuros calabozos.

Introduzcámonos á guisa de sombras calladas y tristes en el recinto de la cárcel intitulada de la Consergeria en la ciudad de París, en uno de esos dias sin sol del otoño, y cuando se anuncia con brumas y calmas bochornosas la proximidad de esa estacion, que los antiguos representaban, con fiel propiedad en el emblema, bajo la forma de un anciano macilento, sentado melancólicamente al calor de la lumbre.

Renunciemos á observar el aspecto friamente orgulloso del alcaide y sus ayudas inmediatos; la dureza habitual de guardas y llaveros; las ceremonias cansadas que constituyen el régimen interior, y reconocen por base el recelo perenne contra el ingenioso instinto de la libertad perdida, y la esperiencia luchando con la artera malignidad.

Atravesemos las medrosas crujías, los sombríos ca-

llejones, y los patios insalubres; sin fijar nuestra atencion en los celadores y vigilantes, verdaderos cómitres de la chusma criminal; sin estudiar con pena cómo el delito tiene su arrogante y hasta adulada aristocracia; sin detenernos en examinar las fisonomías de los encarcelados; bajamente humildes las unas; cínicamente burlescas las otras; aquellas, contraídas por la desesperacion reconcentrada; estas, estúpidamente tranquilas; esótras, revelando malvadas intenciones que aplazan su desahogo; pero todas marcadas por una especie de sello uniforme; porque uniforme es la sujecion de aquellos malaventurados á la fuerza social que domina con rudo imperio á los que abusan de su fuerza; porque uniforme es la rebeldía á la presion del poder, que es aun, y á pesar de sus pretendidos progresos, un Alcides exterminador, y no un padre que castiga para escitar á sus hijos al arrepentimiento y procurar su enmienda.

Entre esa turba de séres degenerados habrá sin duda inculpados con injusticia, y hasta verdaderos inocentes; pero ¡ay!..., así como la autoridad humana es falible, la penetracion del hombre es mezquina; y basta que vaguen confusos y desconcertados por los ámbitos de lóbrega prision para que nos parezcan en su traza y actitudes iguales á los demás réprobos que pueblan aquella mansion de horrores.

Pasemos á los calabozos, sitios en el fondo del último patio, y labrados contra el muro exterior de una espesura disforme; sobre las atageas del edificio que exhalan mefítica humedad al través de un piso cenagoso; apenas capaces de contener dos personas en su infecto espacio; recibiendo escasa luz por una ventana contigua á la bóveda, cerrada en clave por anchas piedras de sillar, y quebrándose la claridad del día en los fuertes y cruzados barrotes de rejas tan espesas que el viento silba al estrellar sus ráfagas en los intersticios de aquellos hierros, periódicamente registrados por carceleros suspicaces, y batidos por el instrumento que denunciara la mordedura de la lima, ó el relajamiento de sus engastes en las paredes.

En aquellos muros se registran fechas, nombres, preces, maldiciones y cantares; escritos con un carbon; grabados con el asegurador de una esposa, ó en relieve con la masilla del polvo y la secrecion salival, arreglada en caractéres, adheridos á la fria y porosa piedra á fuerza de proligidad y constancia.

De aquellos cuadrángulos espantosos salen diversidad de signos de vida que impresionan el espíritu mas que el reposo de las tumbas en un cementerio; porque la muerte es la destruccion de la materia y la emancipacion del alma; pero en aquellos nichos de mampostería yacen los cuerpos entumecidos, y subyugados los ánimos al embate de las torturas de la conciencia, recuperando su imperio en la soledad y en la agonía de la esperanza.

Escuchad. Ahora es un suspiro de rabia feroz y de encono sanguinario; porque ese hombre robusto, ágil, enérgico, de brutales pasiones, engreido en su celebridad funesta, olvidado de los principios religiosos, en pugna antigua con los elementos del órden social, vegeta entre cuatro muros, aherrojado como una fiera en su cubil, y sin la bárbara satisfaccion de que un viviente se estremezca al escuchar sus blasfemias atroces; privadas de que las repita el eco, mudo en aquel lucillo tenebroso.

Escuchad aun. Ahora es una plegaria ferviente; porque el cautivo que ahí reza no es un desecho de la sociedad; sino un caido en la tentacion; y sabe muy bien que no le oyen sus jueces; que no pueden graduar por tanto sus disposiciones al bien y su abominacion del mal; pero le oye Dios que es juez supremo y á quien lloroso invoca.

Escuchad todavia. Un preso canta, y canta una jácara de invencion remota; pero en ese canto se reasúmen mil recuerdos: patria, familia, amor, amistad, dias felices, plácidas ocupaciones, perdidos bienes, olvido momentáneo.. Ese cantar os parece distraccion; pero es todo un ensueño que vibra en nuestros oidos.

Escuchad ahora. Ese sonido de cadenas, acompasada-

mente movidas, denuncia que el prisionero pasea por los estrechos ángulos del calabozo para restituir la circulación á sus hinchadas estremidades inferiores, y os explica perfectamente los saltos del baron de Trenk, abrumado de hierros por la crueldad de Federico de Prusia, y que al ejercicio violento de todos los dias debió la dicha de salvarse de una parálisis inminente.

Escuchad ahí. Ni el eco de un suspiro: ni el rumor de un movimiento: ni el ruido que la respiracion produce.

Y sin embargo ese calabozo está ocupado por un hombre, escepcional entre los tipos que contiene la cárcel de la Consergería. Ese hombre ha merecido la distincion extraordinaria de que se le sustituya con un sillón de vaqueta el banquillo que se otorga al comun de los encarcelados. Ese hombre tiene fuertes y pesados grillos; y tal es la inmovilidad de su cuerpo que no rechina la barra contra las armellas en que se asegura, ni golpea las argollas en la más mínima extension de un pié sobre el nivel del otro.

El hombre no blasfema, ni ora, ni canta, ni se mueve, como hacen sus demás compañeros de infortunio.

Es Wálter Roche.

Entrad conmigo en su calabozo, exactamente igual á los que dejamos reseñados mas arriba, y vereis el estrago tremendo de las pasiones en aquella naturaleza privilegiada, y envilecida por infames empleos de sus dotes con todas las ruindades primero, y despues con todos los crímenes en gradacion abominable.

¡Qué cambio! Wálter fué uno de esos hombres, imposibles de confundir entre la multitud por el aire dominador de su notable persona, por la espresion altiva de su semblante, por la irónica superioridad de su cáustica sonrisa. Y ahora su continente revela una degradacion moral que inspira un sentimiento mixto de horror y lástima; porque la inteligencia parece espirante en aquella mirada hosca, fija, empañada, casi imbécil. La vida es mecánica en aquel hombre, abandonado á un estupor que llamaremos embriaguez del ánimo; pero em-

briaguez embrutecedora y obtenida á costa de esfuerzos inauditos por sumir en ella memoria, entendimiento y voluntad: suicidio execrable del alma: mutilacion maldita de la naturaleza harmónica del sér humano. La sonrisa burlona del abogado flamenco, estereotipada en sus labios, y objeto de la repulsion universal, no ha podido borrarse enteramente de su descompuesta fisonomia; pero ya es una mueca sardónica, un mohin mofador, tan helado como la espresion de una máscara de cera.

Sus vestidos participan del mismo abandono que absorbe sus potencias en entorpecimiento mudo, como el efecto suporífico del opio en los orientales. Lleva el mismo trage con que fué preso en su huida de la IMPERIAL CORONA por los apostados contra el zorro, escepto las botas á la inglesa, secuestradas en la oficina del registro en la Bastilla. El frac, el pantalon, el chaleco y la corbata están en el último grado de su deterioro; porque el preso no se desnuda, ni se cuida de reparar desgarrones, ni prevenir el total destrozo de su equipo. Escaso de barba, una especie de sombreado ceniciento embebe aun mas sus descarnadas megillas, amarillentas como el marfil. Sus cabellos han crecido, volviéndose grises, y revolviéndose en mechones en torno de su cabeza como la corona de serpientes de Medusa. El roce de los grillos ha grietado su cutis, y su presion ha entumecido sus piés; debiendo á la piedad del alcaide una maltraidas chinelas, mohosas por la humedad de aquellos malos sanos recintos.

Hélo ahí; sentado en el viejo sillón de piel; los brazos tendidos y las manos sobre las rodillas; los piés juntos; la cabeza apoyada en el espaldar de cuero; los ojos tenazmente clavados en un rincón próximo á la ventana, donde una araña voraz y diligente multiplica los hilos sutiles de su red en torno de una mosca, presa en la tela fatal, y que agita desesperadamente sus alas, produce un zumbido incesante y angustioso.

Wálter ha conseguido sumir su imaginacion en tal

especie de cáos que ni se le ocurre ver su imagen en aquella araña astuta y destructora; gozándose en el martirio mas que con el pasto de sus victimas.

¿Y cómo ha llegado Roche á ese abismo de insensibilidad idiota?

¿No tiene períodos de viva escitacion ese espíritu, postrado á la somnolencia del beodo?

Preguntad á los infelices que han vivido en la in-comunicacion largo espacio de tiempo si no han sentido los síntomas precursores de ese anonadamiento cruel de las facultades, en consonancia con la forzada quietud de la naturaleza fisica. Preguntad á los encerrados por largos dias si no los han pasado entre exuberancias de vitalidad cercanas á la demencia, y abstracciones de la perturbada mente, muy análogas al idiotismo.

Pero... suenan pasos cerca del calabozo de Wálder.

Se detienen al llegar á la puerta.

Un manajo de llaves choca en la cerradura; gira una por fin y la puerta queda franca de par en par.

El carcelero se cuadra respetuosamente y concede paso á un venerable religioso capuchino.

Es Fray Andrea de Castellamare.

El guardian de los calabozos encarga al asceta que eche el cerrojo por la parte de adentro mientras él queda de vigilante á cierta distancia, y esperando que termine su comision el monge para asegurar la maciza puerta.

Fray Andrea sigue la indicacion de su guia, y deslizándose con dificultad por el estrecho espacio que resta entre el muro y el sillón que Wálder ocupa, y cuyo espaldar obstruye el ingreso, se dirige á un banquillo inmediato al asiento de Roche, y quédase mirando de hito en hito y con aire de profunda tristeza al verdugo de Cristina.

Wálder ha permanecido extraño á cuanto pasó en torno suyo: indiferente á ruidos, palabras, y acceso del religioso.

—La paz del Señor sea con nosotros, hermano, dijo

el siervo de Dios con voz sonora y acento solemne.

El preso clavó su mirada opaca y vidriosa en Fray Andrea, frunciendo ligeramente el labio inferior.

—Vengo á veros, hijo mío, añadió el capuchino con una afabilidad conmovedora, ocupando el banquillo desvencijado.

—¿Y para qué?

—Para consolaros, si me es posible.

—Fraile, exclamó el prisionero con eco ingrato, mira que no soy católico.

—La obra de misericordia que mi fé me enseña dice solo: «*consolar al triste.*» Yo no hago escepciones donde no las hace mi religion, toda de caridad y mansedumbre, hermano.

—Yo no pido consuelos: no los necesito: guárdalos para quien te los pida, contestó Roche duramente.

—No se incomode, hermano, replicó Fray Andrea con serenidad imperturbable.

—Asi pues, hemos concluido, declaró con ronca voz el abogado de Bruselas.

—Un momento aun, siguió el monge impasible. Me trae á este sitio una comision sagrada.

El hombre funesto se esforzó por recobrar su antigua y punzante sonrisa irónica.

—Yo he recibido la confesion ejemplar de Wandrillo Götting en Roma antes de su trágico fin.

Walter miró ceñudamente á Fray Andrea.

—Yo he auxiliado en la capilla de la fortaleza de Sant'Ángelo al matador del suizo, al húngaro Herman Huguell, que murió con la resignacion cristiana mas edificante.

Roche arqueó las cejas y un hondo suspiro se exhaló de sus labios cárdenos, secos y ardientes.

—El húngaro dejó consignado el mas ámplio perdon de sus cómplices en el acta que hizo estender en Sant'Ángelo, y donde se confesaba autor del suceso de *Chateaufeuré*; omitiendo toda especie de indicacion de sus cómplices en aquel hecho lamentable.



V. Herraldeta dib.^o y lit.^o

Imp. de A. Gonzalez Madrid

— Sesion solemne.

—¡Su perdón! repitió el preso con reconcentrada furia. ¡Miserable!... ¿Y ese hombre dices tú que murió como un santo?... ¡hipocresía! ¡espectáculo! ¡farsa!... Y mirándolo bien, era natural. Sí; lo creo; porque á última hora los canallas de su especie se asen á esa tabla para escapar del naufragio de sus esperanzas é ilusiones. Hizo bien; lucirías el triunfo como un testimonio de tu habilidad de misionero. ¿Qué te dieron en tu orden?

—¿A qué culto pertenecéis? preguntó Fray Andrea con tono perfectamente sosegado.

—Pertenece á la comunión presbiteriana, respondió con sequedad el preso.

—¡Pertenece! repitió el monge con extrañeza... ¿Habéis abjurado de esa comunión?

—Sí, replicó Wálter friamente.

—¿Y cuáles son vuestros principios?

—Las leyes inmutables de la naturaleza: nacer y morir.

—¡Desgraciado! (esclamó Fray Andrea dejando caer sobre el banquillo el libro de sus rezos y extendiendo la mano con la severa magestad de un apóstol.) ¿Qué has hecho de tu inteligencia luminosa, de tu posición aventajada, y de tus bríos juveniles?... Adorador de la naturaleza... ¿Has respetado tú sus leyes mas insignificantes?....

—¿Con qué derecho me reconvenís? interrogó Wálter estremeciéndose.

—Con el derecho de un hombre de verdad ante un histrion inhábil; porque todo ese sarcasmo es mentira; mentira ese convencimiento de un materialismo, contra el cual protesta tu alma despedazada y que se alucina con la ilusión de escapar al juicio tremendo é inevitable.

—¿Y qué os importa á vos? agregó el cautivo procurando en balde disimular el sobrecogimiento de su espíritu.

—¿Qué me importa! agregó Fray Andrea con exaltación religiosa vehemente. Pues qué, infeliz criatura ¿este sayal nada te dice? ¿Cabe en ti, que no perteneces

al número de los entendimientos vulgares, la mezquinidad de creer que el claustro es un mero asilo de hombres que evitan la carga del trabajo material?... ¿Vas á persuadirme que no entiendes la caridad evangélica arrojando gustosa los suplicios por rescatar un alma?... ¿Llamarás impostores ó fanáticos á los hombres de mi familia que se internan en el África, que se esponen á las iras de la crueldad japonesa, que sufren la persecucion mahometana por difundir entre infieles la ley que declara hermanos á todos los hijos de Dios?

Wálter sentíase dominado á su pesar por aquella elocuencia de autoridad y palabra.

—Yo no veo en tí, (continó el capuchino con la conmiseracion mas profunda), al cómplice de Góttig, muerto á mano airada; al amigo de Huguell, egecutado en Roma; al perseguidor de la señorita Armand, triunfante en Bruselas....

—Cristina, exclamó el preso con emocion extraordinaria, y anhelosa respiracion. Cristina triunfante.

—Yo no veo en tí (siguió Fray Andrea) al acusado de homicidio alevoso en la persona de la marquesa de Belle-ville....

—Acabemos, gritó Wálter resistiendo al efecto que le producian aquellas lúgubres memorias.

—Yo solo miro en tí al desgraciado; al único que no conocia de cuatro personas que la Providencia ha permitido que se unieran en el desarrollo de una accion llena de interés y de enseñanza; al abogado á sufrir pruebas durisimas, y á quien no puede ser indiferente una voz amiga que le hable, una mano bienhechora que se le tienda.

—Os agradezco la buena voluntad, dijo Wálter con ahogada voz; pero toda relacion entre nosotros es imposible.

—¿Y por qué, amigo mio?

—Porque yo no reconozco el carácter sacerdotal que os autoriza á ofrecerme consuelos.

—Ni yo os pido tal cosa, repuso el asceta. Miradme

como uno de tantos filántropos, y amigos del hombre, en que abunda la Francia; aunque muchos dellos no darian por la felicidad de sus prójimos un átomo de su ambicion orgullosa. Consideradme mas bien como un anciano, que sea extravagancia ó manía, consagra todos sus desvelos á ser útil á los que padecen. Renuncio á proferir una palabra que me dé sombra de catequista. Admito la base general de toda religion: Dios: el hombre inmortal en su esencia: el bien y el mal encontrando sus términos lógicos en las condiciones de una vida futura: la justicia divina templada por la misericordia...

—No, no, (contestó enérgicamente Roche, debatiéndose con desesperada ansiedad con la persuasion insinuante del religioso): dejadme creer ó no creer, segun convenga á mis intereses, á mis antojos ó á mis inclinaciones. Soy libre, fraile, y nadie puede imponerme por la fuerza vuestra direccion. Aquí no domina el Santo Oficio como en Italia y en España.

—Está bien, respondió Fray Andrea con triste y grave lentitud. Dije que me traia una comision para mi sagrada á vuestro lado; y me congratulo que no os opondreis á que la cumpla... ¿No es cierto?

—Y cumplida ¿me dejareis libre de vuestra importunidad? preguntó Wálter temiendo el influjo del capuchino en su conciencia, ahogada en las sombras de una exasperacion muda y terrible.

—Me alejaré al punto, repitió el cenobita con positiva seguridad.

—Sed breve, concluyó el prisionero bajando la turbada vista.

—Os ha irritado el perdon de Herman Huguell...

—Sí, interrumpió escitado Roche; porque él me arrastró al crimen como un demonio...

—Sea lo que fuere, cortó el monge con visible disgusto. El perdon de un ofendido es mucho mejor sin duda, y os le traigo.

—¡Cómo! exclamó el abogado incorporándose con violenta zozobra.

—Os traigo el perdón de Cristina Armand.

—¡Su perdón! repitió Wálter estupefacto, trémulo, fuera de sí.

—Contenido en este lacónico billete, agregó Fray Andrea poniendo de manifiesto al encarcelado una esquelita, en cuyo sobre conoció al momento la letra clara y elegante de la virgen de *Chateau-fleurí*.

—¿Y qué dice ese billete? preguntó Roche trastornado, y sin atreverse á tomar ni abrir la carta de su víctima.

—Es muy conciso: escuchad:—«*Me habeis hecho cuanto mal os fué posible; pero yo os perdono de todo corazón, y ahora que sois tan desgraciado rogaré por vuestra...*»

El carcelero llamó con repetidos golpes á la puerta del calabozo. Fray Andrea se apresuró á descorrer el cerrojo que la interceptaba, y á una seña del vigilante de las prisiones evacuó la medrosa estancia con premura.

El carcelero cerró con llave y candado la pesada puerta, alejándose en compañía del religioso.

—Padre, (dijo sigilosamente al capuchino) no había tiempo que perder: porque están ahí los subalternos de justicia en el Parlamento á notificar á ese pobre señor la sentencia de muerte.

CAPÍTULO VII.

LA ULTIMA HORA.



EPUGNANTES siempre los preparativos y ceremonias que exige la aplicacion de la última pena, lo son infinitamente mas allí donde menos importancia se concede á la valía del hombre á quien se extermina á nombre de la ley: ley demasiado extrema para que añada á lo tremendo de su accion la arrogancia ó la crueldad de sus desdenes.

Yá lo hemos dicho antes: el verdugo es todavía un instrumento execrable, pero necesario. La espada de la ley privada de filo y de punta serviria de juguete á la multitud desmandada, y cuando el suplicio, con su horror, con la sublevacion de los ánimos en contra suya, y sus inconvenientes palmarios, no ha caido por tierra es que le sostiene la íntima persuasion de que roto ese dique la inundacion amenaza con sus incalculables estragos y ruinas.

Se acusa á la pena de muerte de ineficacia: pero ¿qué

medio coercitivo cuenta el poder contra los desafueros que no venga á estrellarse impotente en la libertad del hombre, héroe para el bien como para el mal?...

Se alega que desmoraliza. ¿Y desde cuándo acá una causa recta y noble no se tuerce por la perversion de los sentimientos, y donde se procura una leccion ejemplar el vulgo se empeña en no ver otra cosa que un espectáculo?....

Se establece que alienta el orgullo de la gente desalmada. Y cuando llega la hora del ejecutor ¿no están ya formadas esas deplorables nombradías, asuntos de romances, trovas y endechas?...

No está ahí el origen del daño; y seria risible, si no fuera tan acerbo, el trabajo de una filosofia que tan diligente destruye, y tan torpe repara; que declara absurda la fé y escita luego el entusiasmo en cooperacion de su obra; que huella la base de las virtudes y apela á la moralidad; que conculca instituciones y las reemplaza con ensayos aventureros; que abate sistemas para erigir métodos.

En la pena de muerte hay un daño radical, comun á todos los elementos sociales que padecen el influjo de la subversion obstinada y caprichosa del prurito innovador.

Falta en el poder la solemnidad de las acciones que sanciona la conciencia, segura de sí misma.

Falta en quien la presencia el buen sentido que solo dá la harmonia entre los derechos y los deberes, cual los enlaza una educacion francamente religiosa y moral.

En el sentenciado nada hay que ver; porque lo que se estudia no es lo que hay, ni lo que hay ofrece datos fijos para el estudio; porque cada reo es un libro cerrado cuya encuadernacion escudriñamos curiosos, y cuyo testo solo penetra y descifra la mirada de aquel ojo que la escultura coloca dentro del triángulo simbólico de la trinidad divina. La regularidad del pulso, la energia de las acciones, la conversacion ordenada, que se interpretan por signos de tranquilidad de espíritu, son por

lo comun la calma de la materia, encubriendo la lucha suprema del ánimo; así como las alharacas insolentes, los alardes de serenidad y las cínicas bromas, que con tal interés acoge el vulgo, aplaude y celebra, se esplican harto por el miedo transtornador, por la vanagloria que dejenera en monomanía, ó por esa desesperacion que impulsa á fingir desprecio hácia la fuerza que no se puede contrarestar.

Si el poder público fuese mas digno en el pensamiento principal y accesorios de la última pena, si diese al principio de autoridad y á sus consecuencias todas la energía y el aplomo de los actos solemnes, presididos por un cálculo maduro, y puestos por obra después con la perseverancia de los intentos concienzudos y loables, el ejemplo sería mas útil, y la lección mas profunda y fructuosa. Y en último extremo, si nada conseguia remediar de lo que en el particular acontece, quedárale entonces el consuelo de haber prevenido su solidaridad en la depravacion espantosa que sufren las bases del orden público, blanco de acometidas temerarias por parte de espíritus ávidos de regeneraciones universales, y objeto de apreciaciones absurdas de la estraviada muchedumbre.

Esta no es una acusacion; sino la determinacion sencilla de un hecho inconcuso.

La pena de muerte se impone como una concesion violenta á las tradiciones penales, y á guisa de sacrificio penoso en aras de una monstruosa ley que nadie se encuentra con valor para confinar al olvido. Esta es una grande indignidad. El juez que así entienda la pena de muerte y sin embargo la fulmine es una continuacion de la familia de Poncio Pilatos. El legislador que mina la institucion sin aliento para derribarla ó aplaza el término de la razon y la justicia, ó entrega á los ataques exteriores el principio que no se atreve á extinguir. Lo primero es una infamia evidente: lo segundo es una ruindad vergonzosa.

Esto sentado, y convenidos en que el legislador ni el

juez aceptan la pena de muerte como transaccion, sino como hecho práctico elevado á derecho, veamos qué falta al hecho para que el derecho logre sus fines saludables.

El principio de justicia hace muy poco tiempo que se emancipara de las formas feudales y de la division en jurisdicciones altas, bajas, centrales y de múltiples foros, para organizarse uniforme y consecuente bajo la sancion de la autoridad suprema en cada pueblo, y en consonancia con su índole, costumbres y adelantos.

Yá no hay señoríos con alta y baja justicia; porque pasó la época de los poderes intermedios cuando el poder es bastante robusto para defender, conservar y regir lo que antes le convenia recomendar á la tutela de sus agentes y fautores.

Yá no refluyen á los grandes centros jurídicos los procesos todos de un extenso territorio, huérfano de autoridades hábiles para entender en los hechos en el mismo teatro de la acción punible.

Yá van recibiendo el golpe de gracia los privativos fueros, tan fáciles como privilegios á reprehensibles abusos; tan ocasionados por su misma escepcionalidad á extorsiones arbitrarias y demasías.

Los poderes sumos al recobrar el arbitrio de la justicia como una atribucion propia, rescatada al fin de comparticiones inconvenientes, hijas de la necesidad unas veces y otras de yerros costosos ¿han levantado el principio á toda la alteza, indispensable para marcar el nuevo y feliz período en que entraba?

Contraigamos la atencion á la pena de muerte.

Comprendo muy bien la horca de la villa y el verdugo del señor feudal: escena de familia en la edad media; barbarie consuetudinaria; fiel reflejo de aquella organizacion de la fuerza contra la fuerza en continuo choque.

Entiendo las audiencias y parlamentos despachando causas de un vasto distrito, y manteniendo constantemente en accion al verdugo para estirpar los grandes criminales traídos de cincuenta leguas en contorno, ha-

cinados en la cárcel central, y destruidos por turno sin directa influencia en su vecindario, y sin escitar el debido interés en las capitales que no conocian los antecedentes del hecho, cuya espiacion presenciaban.

Alcanzo la accion desatentada y convulsiva de comités políticos, comisiones militares, y juntas de salvacion en las terribles crisis de la sociedad, y deploro las infinitas ocasiones en que se ha invocado el apotegma «*salus populi suprema lex*» para convertir en verdaderos y abominables asesinatos jurídicos los que pudieron y debieron ser ejemplares actos de justicia, revestidos de sus mas delicadas condiciones.

Lo que no se concibe es que centralizado el principio de justicia, y dueño el poder sumo de imponer formas á todos sus detalles, no se haya cuidado de revestir su derecho á secuestrar á un hombre del número de los vivientes de moral prestigio y ritualidades que den justa y oportuna idea de su magestad y á la vez de su prevision. Entonces el hecho no seria un espectáculo á la curiosidad malévola; sino una página del libro de la ley, severa y grandiosa.

Pero aquí coinciden el dia de la ejecucion y el dia de una fiesta notable, y se confunden, como yo lo he visto en una noche memoranda, los rezos de piadosos asistentes del reo, metido en su capilla, con los ecos de la orquesta de un cercano circo olímpico, los aplausos que recibian las sílfides y las careajadas que escitaba el clown.

Allá nada se suspende de cuanto constituye la vida normal de las poblaciones. Es cierto que se ha representado la escena mas imponente del drama social; que ha sido preciso cortar una vida al filo del hacha del ejecutor; que la sociedad ha usado de un atributo que es propio de la divinidad; pero el tráfico continúa; las campanas repican anunciando cultos alegres; los teatros funcionan; la serenata es lícita, y el sarao no aplaza sus ruidosos goces.

En este pueblo la ejecucion es un mecanismo vergon-

zante, que se levanta como subrepticamente en un extramuros; y acude la plebe, y se amontona, y se estrecha para ver al paso al reo; y todo es un relámpago; porque á la hora del sacrificio no se apercibe la huella de la catástrofe; y la ciudad canta, ríe, sé divierte; sin que los templos anuncien con su doble que la ley está cumplida en su disposición mas alta; sin que haya un algo en aquel pueblo que señale aquel día.

En esa nación se despliega una moda de emociones terribles que hace al cadalso un circo de los tiempos de Neron, y al sentenciado un siervo con destino á la lucha de muerte; y los círculos elegantes, y la clase media disputan á la multitud el bárbaro espionaje de la agonía; y se comentan las palabras y los gestos del que sucumbe, como las frases y actitudes de un Roscio, de un Talma, de Garrik ó de Maiquez.

Y todo esto proviene de que los legisladores no han educado á sus respectivos súbditos en la enseñanza de la justicia bajo formas augustas, cuales fueran:

La solemnidad en los preparativos de la pena, rodeando al penado de los supremos consuelos religiosos:

Ocultar á la vista del pueblo los estertores y combates de la agonía:

Señalar estas sangrientas efemérides con un tributo público de conmiseracion y duelo.

.....

A los diez minutos de evacuado el calabozo por el reverendo misionero Fray Andrea de Castellamare, tornó á introducirse el carcelero en la prision de Roche, intimándole con cierta especie de consideracion tétrica la órden de seguirle al departamento del alcaide.

—¿Sabeis para qué? preguntó Wálter con torvo gesto.

—Así me lo ha dicho el gefe del establecimiento, contestó el guardian con mal disimulado embarazo. El gefe es poco comunicativo y yo menos aficionado á husmear.

Ayudadme, repuso el prisionero con aspereza. Estoy entumecido con estos hierros y apenas podré dar un paso, si no venís en mi socorro.

El carcelero se prestó complaciente al auxilio de Roche, é incorporándole no sin trabajo, le puso de pié, y otorgándole el firme apoyo de su brazo robusto le sacó á paso lento y penoso del infecto cuadrángulo en que yaciera tantos días.

Si la vista de aquella miserable criatura en el antro tenebroso donde antes le ofrecimos á la compasion de nuestros lectores lastimaba el corazon, mucho mas le conmueve el espectáculo que presenta en su marcha dificultosa por los patios y pasadizos de la Consergería; sirviéndole de sosten un rudo y fosco carcelero, y cediendo á cada paso á la debilidad física; mirando con inquietud sombría en todas direcciones, receloso de importunos testigos, y resguardándose con las manos del resplandor del dia, insufrible á sus ojos avezados á la oscuridad.

—¡Maldicion sobre mí! exclamó desesperadamente haciendo una pausa en su fatal camino: ¿cuándo terminará esta série de tormentos..... Amigo, (continuó mirando á su conductor con brusca confianza) vuestros jueces del parlamento de París me tratan muy mal: en vez de condenarme á muerte me han condenado á que me muera. Yá veis que no es igual.

—Vamos, cortó el carcelero con repugnancia. Otro esfuerzo y adelante.

Wálter siguió el consejo de su guia, y sacando como dice el vulgo fuerzas de flaqueza, llegó al departamento de la alcaidía, siendo introducido en una reducida estancia; sita en el fondo de las habitaciones destinadas á intervencion y registro de los presos recién entrados. Allí le esperaban el alcaide y el herrero del establecimiento, provisto de un pequeño yunque y un pesado martillo, con objeto de desembarazarle de sus prisiones. Sentado en un sillón de madera en bruto con alto espaldar, el asesino de la marquesa de Belle-ville prestó una

atencion preocupada á los detalles de la operacion ferrera, y libre de los grillos, cruzó una pierna sobre la otra, diciendo al alcaide con admirable serenidad:

—Ya pueden entrar esos señores.

—¡¡Cómo!! exclamó el alcaide desconcertado.

—Señor mio, replicó el preso con altivez, aquí donde me veis, he sido abogado de nombradía y fiscal de la corona. Yá comprendereis que sé á donde conducen estos pormenores.

—Sin embargo.....

—Estoy dispuesto, concluyó Roche con fiera orgullo. La muerte es un beneficio para mí. Un golpe y luego nada; porque creedme, ese mas allá de la tumba es una quimera de espíritus locamente ambiciosos.

El alcaide se retiró, impresionado desagradablemente por aquellas palabras impías, y poco despues el secretario del parlamento y un oficial de la curia superior entraron á notificar al verdugo de Cristina la pena de horca que debia sufrir en la mañana del inmediato dia.

Al oír esta parte del fallo Roche se inmutó vivamente, interrumpiendo la lectura con ansiosa reclamacion.

—¡¡La horca!! repitió balbuciente de ira y de sorpresa. Yo pertenezco á una noble familia de los Países-bajos. La decapitacion es la pena de los nobles. Pido que se me imponga.

Yo no vengo aquí á discutir, respondió friamente el secretario del parlamento. El tribunal ha tenido presente cuanto debia en este asunto, y despues de lo que resulta contra vos en Bruselas es muy estraña la invocacion de un fuero que en los Países-bajos se pierde por todo acto de alevosía.

Walter inclinó la cabeza á este recuerdo amargo de las leyes de su pais, y el resto de la sentencia sonó como un ingrato murmullo á sus oídos: siendo tal su absorcion letárgica que ni contestó al saludo ceremonioso de los subalternos del tribunal superior francés, ni pareció advertir que le habian dejado solo.

El ruido de una culata de fusil, cayendo pesadamente

sobre el piso de la estancia, sacó al sentenciado de su estupor siniestro, y girando sus ojos, resplandecientes con un fulgor febril, hácia el ángulo próximo á la puerta vió á un granadero suizo, cuadrado con una precision militar escrupulosa, é indiferente á lo ingrato de su mision, como podria serlo un autómatá colocado en su lugar.

Roche retiró la vista de aquel hijo de la Helvecia, inerte á los sufrimientos del cautivo que le tocaba guardar, y su pensamiento se engolfó con infinita amargura en la idea del infamante suplicio que se le habia deparado.

Porque el hombre que afectaba despreciar las condiciones sociales, las gerarquías, y las distinciones aceptadas por bases del órden público en los pueblos civilizados, el hombre que exageraba la igualdad moral del Evangelio para pedir en nombre de una filosofía subvertidora un nivel absurdo y que echase por tierra hasta el mérito y las circunstancias extraordinarias de las sociedades, aquel hombre no queria para sí la abdicacion de sus fueros en pró de los demás. Discípulo de Maquiavelo, escitaba á los pobres contra los poderosos para alzarse de las ruinas de estos, volviendo á dominar á ese pueblo infeliz que se adula y se engríe para mejor abrumarle los unos y los otros, y sin que la esperiencia le haga cuerdo con sus continuas lecciones.

—¡Ahorcado como el último plebeyo! decia entre sí con sorda rábia aquel hombre, que seguro de no escapar á la justicia del parlamento de París, se habia lisonjeado de merecer la decapitacion á fuer de noble; rodeando su hora postrera de aquella pueril vanidad que cubria de bayeta el patibulo.

El rumor de lentos pasos aproximándose al reo le hicieron volver la cara. Un jóven abate de tímido aspecto y mirada apacible vino á colocarse ante Roche; llevando bajo del brazo el libro de sus rezos y en la diestra un pequeño crucifijo de ébano y marfil.

—Caballero, (dijo á Wálter con voz extraordinaria-

mente dulce) soy el capellan del establecimiento, y os vengo á ofrecer mis auxilios en el amargo trance en que os encontráis.

—Muchas gracias por la oferta, contestó Roche con irónica urbanidad; pero no puedo aceptarla.

—Si preferís otro confesor, caballero, vendrá inmediatamente que me lo designeis.

—¿Y si escogiera á Monseñor el Arzobispo de París?

—Vendría Monseñor, contestó el jóven eclesiástico con firmeza, apercibiéndose de la burla.

—Es el caso, continuó Roche con sonrisa de hiel, que no puedo aprovechar tan señalados favores; porque tengo la desgracia de pertenecer á la grey protestante, y á la familia presbiteriana por mas señas.

—En tal caso, caballero, nada tengo que hacer aquí, repuso contristado el sacerdote.

—Eso mismo habia comprendido al veros entrar, replicó Wálter gozando en la confusion del ministro católico.

—El Señor os ilumine, exclamó el capellan con noble acento; y cualquiera que fuere vuestro culto, plegue á Dios que en él halleis los medios de morir sin terrores por la vida futura.

Y el jóven abate se alejó tras de saludar al sentenciado, cuya insolencia quedó confundida con solo aquellas frases, tan espontáneas como espresivas de un veraz sentimiento piadoso.

—¡Y siempre la vida futura! exclamó Wálter con atormentadora incertidumbre, separando de su frente bañada por el sudor de la congoja los descompuestos mechones de su encrespada cabellera.

Un ayuda de carcelero, un viejo semi-idiota á quien llamaban *manant* (villano) los guardianes y llaveros de la Consergería, penetró en la oscura y retirada pieza, trayendo una especie de jarro de madera lleno de agua que dejó sobre un banquillo, inmediato al asiento de Roche.

—Escucha, le dijo el condenado con eco misterioso ¿qué dices tú de la otra vida?

—¡Yo! respondió *manant* con aire imbécil. No os entiendo ¡cuerpo de tal!

—Te pregunto, (amplió Wálter) si crees en el cielo y en el infierno. Responde.

—Allá lo vereis, contestó el viejo con acento desabrido; pero mi abuelo, que era el médico mas sábio de Laon, decía siempre: «Dios no se queda con nada de nadie y al fin se canta la gloria.» Adios y paciencia.

Y muy satisfecho de su respuesta *manant* salió de aquella medrosa estancia, dejando al sentenciado meditando, y mordiendo el índice de su mano derecha con inquietud convulsiva.

Un cabo de suizos, hombre de cincuenta años, estatura elevada, fisonomía denunciando la fuerza inteligente y modales resueltos, vino á sentarse en un asentillo de campana á cierta distancia del reo y como su principal vigilante.

—Buenos dias, dijo sencillamente cortés al ocupar su asiento.

—Buenos dias, repitió maquinalmente Roche, examinando al paisano de Wandrillo Góttling con suma curiosidad, y conociendo la necesidad de distraerse de sus lúgubres ideas con cualquier punto de conversacion.

El cabo no parecia dispuesto á entretener al condenado; porque se puso á limpiar la hebilla de su cinturon con la parsimonia de una faena poco urgente, y tomada por recurso para matar el tiempo.

Wálter se propuso explorar sus facultades comunicativas.

—¿Teneis prohibido hablar, camarada? preguntó con marcialidad extravagante.

El cabo miró al reo con indagacion cautelosa.

—Segun y conforme, replicó tranquilamente. Estoy aquí de observacion y por una hora. Si habeis menester alguna cosa yo avisaré para que os la traigan.

—Nada necesito; pero si podeis charlar un rato...

—¡Charlar! exclamó el militar con un gesto de sorpresa desagradable. Aunque me estuviese permitido no

lo haría ¡pardiez!... Es preciso no distraer á los que van á morir, y harto hacen con ajustar su conciencia para la cuenta suprema de sus obras en la otra vida.

—Está bien ¡basta! concluyó Wálter con ira, sintiendo mas profundo el dardo punzador que pretendia arrancar de su pecho con esfuerzos delirantes.

El suizo siguió limpiando la empañada hebilla de su cinturón con polvos, restregados fuertemente con un pedazo de cuero.

El mísero sentenciado procuró á toda costa renovar aquella embriaguez de sus potencias que le habia otorgado la calma de la muerte en su calabozo; pero ante la hórrida perspectiva del suplicio y frente á los términos del azaroso problema de la eternidad no era yá posible aquel anonadamiento voluntario de las facultades intelectivas, especie de sopor pesado que podriamos fundadamente llamar encarcelamiento del alma.

Una idea súbita ocurrió á su mente que dilató las arrugas del despecho en su contraído semblante.

—Cabo, dijo secamente al vigilante suizo, tened la bondad de advertir que tomaria con gusto una media botella de vino generoso; porque me siento muy débil del estómago y de la cabeza.

El guarda de vista se levantó servicial pero mudo, y encargando al centinela redoblara su cuidado en la custodia del reo, salió á dar noticia al alcaide de la peticion de Roche, que nada tenia de singular por otra parte.

El reverendo misionero apostólico Frá Andrea de Castellamare se introdujo en el aposento. Wálter al divisar al capuchino esperiméntó una sensacion atormentadora entre cólera y espanto, porque el religioso era la forma mas agresiva que tomaba su conciencia; y luego que habia conocido á Góting, á Huguell y á Cristina, aquellos tres diversos testigos del perverso proceder que de grado en grado le trajera al punto de una espiacion infamante.

—¡Otra vez! esclamó rechazando con brusco ademán al cenobita. ¿Qué os proponéis obtener de mí?

—Que os ocupeis de vuestra salvacion, contestó Fray Andrea deslumbrándole con una mirada radiosa de ardiente caridad; que termineis vuestros dias como debe concluirlos un cristiano.

—Salid de aquí, monge, gritó Wálter enardecido y trémulo de secreto pavor. No quiero veros, ni oiros más. ¿Oís?...

—Saldré, replicó el asceta con inflexion solemne; saldré ahora porque no quiero aterraros.

—Dejadme olvidar todo: el dia de mañana; el verdugo; el cadalso; Dios; su gloria y su infierno... Olvidarlo todo, repito.

—No lo conseguirás, repuso el misionero con seguridad lastimera.

—Lo intentaré, concluyó Roche haciendose ilusion sobre sus fuerzas, agotadas por la tremenda crisis que atravesaba, precursora de momentos aun mas angustiosos.

—Mañana, declaró Fray Andrea con acento decisivo, me verás frente al patíbulo en la Greve, diciéndote como ahora: «¡infeliz! muere como cristiano.»

—¡Maldito seas, fraile! rugió el sentenciado en el frenesí de su escitacion rabiosa.

—Hasta mañana, dijo el religioso compadecido, y retirándose á paso lento.

Luce espléndido el sol despues de cuatro dias nebulosos, y tales como en el norte anuncian el período en que otoño cede su lugar al aterido invierno.

El Sena no carga la atmósfera con sus brumas. El cielo está libre de celages. El viento es fresco y grato.

Son las nueve de la mañana, y un numeroso gentio se agolpa en la carrera del tránsito á la Greve del sentenciado á muerte; disputándose con encarnizamiento la primera fila, el resalte de un guarda-canton, ó el poyo de una puerta

Los muchachos trepan denodados á la cima de los árboles ó se encaraman á las rejas, ó escalan atrevidos los menores puntos salientes de los edificios donde apenas pueden asegurar sus plantas.

El pueblo se impacienta; porque se le hace tarde ver conducido al cadalso á un hombre de elevada esfera, de educacion distinguida, y sin embargo asesino como el último canalla del arrabal de San Antonio. La plebe tiene hoy una curiosidad que no satisface con frecuencia: asistir al suplicio de un caballero: comparar el trágico fin de un individuo cualquiera con la catástrofe de una persona superior: averiguar si se amilana, si marcha con desahogo, si se muestra indiferente á su aciago destino, ó bien afronta su suerte con impavidez estoíca.

Algunos sugetos de suposicion se mezclan con las turbas, atraídos por el afan de conocer en la última escena de su tempestuosa vida al matador aleve de la marquesa de Belleville; al hombre que llegó en la capital de los Países-bajos á la respetable categoría de magistrado fiscal.

Muchos espectadores, y aun mas del sexo femenino, disculpan su ávida espectacion con lo notable del tipo á cuyo paso se apostan, y esplican su venida á espectáculo tan triste por la circunstancia de extrangero que concurre en el héroe de aquel drama horroroso.

El concurso produce el atronador ruido de una violenta marejada, perdiéndose á larga distancia y repercutiendo las vibraciones sin apagar sus ecos. Y la naturaleza, mústia dias antes, se engalana con todos sus rozagantes atavíos, como si no reconociese por hijo suyo á la criatura que la ley se prepara á exterminar.

—Ahí llega! ¡Ahí viene! gritan por todas partes entre ondulaciones y desasosegadas actitudes.

Nosotros, mas previsores que la muchedumbre, fijándonos en el verdadero interés de la accion, iremos á esperar á la Greve el desenlace de aquella existencia tormentosa; instalándonos lo mas cerca posible del patíbulo, cuyos cuatro ángulos guardan otros tantos gendar-

mes á caballo, cuidando de mantener espacio suficiente entre el tablado y la primera fila de curiosos.

—¡Ahí llega! ¡ahí viene! claman en torno nuestro tambien, y sobre el mar de cabezas que se agita en la desembocadura de la plaza sobresale la del condenado, conducido en un carreton al descubierto; sentado en su primera banqueta; atadas las manos con esos cordeles delgados y retorcidos que se conocen por de *pata de araña*; llevando una especie de corta blusa encarnada y un birrete del mismo color; escoltado por cuatro guardias franceses que abren camino con el cabeceo de sus caballos, y guiando el tiro de dos mulas negras enlutadas maese Samson, verdugo de Paris, que no podia sospechar el fabuloso número de cabezas augustas, ilustres y notables, destinadas á pasar por sus manos en breve, y segun el procedimiento mecánico puesto al servicio de la revolucion por el memorable doctor Guillotin.

¡Qué decepcion para los que se han prometido un tipo fuera de lo comun en el asesino de la noble marquesa!

Menos alentado que los hombres de la escoria criminal, Wálter Roche carece de otra espresion en su fisonomía que el hielo del espanto, y la falta absoluta de conciencia de sí mismo. Su boca entreabierta jadea, como si careciera su pecho de libertad en las funciones respiratorias. Sus ojos parecen los de un cadáver; empañados, secos, y circuidos de una ojera violácea. Ninguna frase, ninguna esclamacion de la multitud que bulle en rededor de la fatal carreta parecen herir su enervado tímpano. Su cuerpo se mece en los vaivenes del carruage, cual si no tuviera fuerza para mantener el equilibrio.

Hé aquí llegado el momento. La carreta se detiene al pié del suplicio. Maese Samson se apea, y se apresura á subir al vehículo en compañía de su ayudante, que esperaba á la comitiva junto al tablado. Es preciso levantar de su asiento á Roche, y bajarle como un idiota transportado al hospital. El auxiliante del ejecutor le ayuda á franquear los peldaños de la escalera que al ta-

blado conduce, mientras Samson con diligente pulcritud arregla el lazo, y se cerciora del libre juego del poste de madera que ha de servir de piso al reo: pérfido piso que en un punto se hundirá bajo el cadalso, produciendo la estrangulación con la caída del cuerpo, secundada por el abrazo del verdugo á las piernas del ajusticiado hasta completar con sus sacudidas vigorosas la operacion que determina la ley.

El pueblo arroja un grito unánime al divisar al condenado sobre el plano en que ha de perder la vida: grito en que funden sus manifestaciones diversas la ansiedad cruel del testigo solícito; el terror de quien conoce que su valor desmaya en lo más crítico del trance; tal vez un estéril sentimiento compasivo; quizás una escitacion feroz á completar el espectáculo.

Wálter balancea, como si fuese á caer, en cuanto el servidor del verdugo de París le abandona para acelerar los siniestros preparativos de su faena, y permanece en medio del tablado como una masa pesada, sostenida por la propia gravedad de su peso; más deforme; inoble; embrutecido; repugnante.

—¡Cobarde! le grita un hombre barbudo, de salvaje catadura, y revelando en las manchas de sangre de su colete de piel, como en el cuchillo que ostenta en la cintura en mugrienta vaina, su especialidad de mozo de matadero.

—Mírale ahí, comadre Fanchon (esclama una vieja furia que luego habia de pertenecer á la canalla femenina, conocida durante el dominio del terror por *calceteras de Robespierre*); mira á ese tuno aristócrata, hecho una momia, y sin higados para darnos los buenos dias antes que le demos las buenas noches.

—Buen amigo, (le dice con su atiplada voz uno de esos pilluelos de París, tan descarados y procaces) mucho compás y á comenzar la danza.... ¡Vamos!.... Solo de caballero.

Roche no escuchaba estas injurias que le dirigia la animadversion brutal de esa plebe, donde puede sacarse

á cada segundo un Calígula, un Neron, ó un Domiciano. Roche no se daba cuenta de su situacion, ni de lo que iba á suceder, y fué trasladado al poste y puesto bajo de la pértiga infausta sin dar signo alguno de inteligencia.

Al ajustar á su cuello el dogal Walter se estremeció como el que despierta de un profundo sueño; giró la vista desatentado; estiró sus manos ligadas por récios cordeles con desesperada violencia, y quiso dar un paso adelante; pero le detuvieron Samson y su ayuda, porque precisamente era entonces cuando enganchaban el garfio al dogal.

En los ojos del sentenciado hubo una irradiacion suprema; un reflujo potente de vida; un mundo de simultáneos y activos pensamientos.

En él se rebeló el hombre de limpio origen contra el oprobio de su fin.

Protestó el hombre inteligente contra la fiereza y ávida atencion de los circunstantes.

Se despertó el instinto de la vida, mas enérgico ante los tremendos aparatos de la muerte violenta.

—¡Cobardel repitió el carnicero que antes le denostara con furibundo teson.

El condenado le dirigió una mirada de menosprecio y encono, tan intensa y vehemente que el cortador retrocedió confuso, evitando el efecto de aquella maldicion, terrible al exhalarse de un sér suspendido sobre el abismo sin fondo de la eternidad.

El auxiliar de maese Samson se deslizó por la escalera del cadalso; introduciéndose en el hueco del tablado á fin de descorrer el cerrojo que sostenia la trampa y el poste á ella adherido, hundiéndolos al percibir la conveniente señal.

—No os movais (encargó el verdugo á Roche con exquisita cortesanía): sería mucho mas penoso para vos.

Y descendiendo del poste el ejecutor de justicia ocupóse en desembarazar la trampa de una aldabilla de fierro, bastante gruesa para impedir que se resintiera el piso antes del momento señalado.

Wálter quiso huir; pero el dogal cortaba su aliento á cada conato por separarse de bajo la pértiga, y hubo de permanecer inmóvil. Trató de levantar sus atadas manos, llevándolas hácia el cuello con aheloso afán; pero entonces conoció que habian prevenido aquella intentona asegurando con disimulado ligamento sus codos.

A cada vano esfuerzo de la víctima por sustraerse á su posicion el pueblo pròrumpia en crecientes murmullos, y una especie de vértigo acometía el cerebro de Roche al ver como entre una vaporosa neblina aquella confusion de personas, cuyos ojos reflejaban como una llama ardiente é inmensa en los nublados ojos del reo.

—Wálter, dijo una voz sonora, impregnada de emocion y dominando el alboroto de la plebe.

Wálter retembló en el poste; porque al fin habia cedido la pesada aldabilla, exterior sosten de la trampa.

—Wálter, repitió la voz redoblando la instancia de su invocacion afectuosa.

El condenado conoció á Fray Andrea de Castellamare, inmediato al patíbulo y señalándole al cielo.

—¡Infeliz! Aprovecha la última hora y muere como cristiano.

Wálter abrió los lábios, dilatada su fisonomía por un rayo de inspiracion súbita; pero Samson hizo la señal; hundióse el poste; comenzó la horrible agonía, y la muerte recogió su presa de entre los mismos brazos del verdugo.

—Señor, exclamó el religioso inclinando la frente. ¿Quién puede medir vuestra infinita misericordia?

CAPITULO VIII.

SESION SOLEMNE.

SE presentó Carlos de Belleville en el presbiterio de la capilla católica de San Gevi un cuarto de hora despues de la salida de Jaime, gravemente preocupado, y con cierto aire de incertidumbre que disminuia con su agitacion la palidez de sus mejillas; sacándole del ensimismamiento doloroso de su profunda pena.

La criada del abate Exter le franqueó el acceso, como si estuviese iniciada en el objeto de su venida, y le reconociese por informes recibidos de antemano acerca de su persona.

—¿La señorita Armand? preguntó el marqués con el laconismo de la impaciencia.

—¿El señor marqués? interrogó el ama de gobierno ensayando una reverencia aristocrática.

—Yo soy, contestó el jóven con ligero saludo.

—La señorita no está visible por hoy. Se halla indispuesta.

—¿De alguna gravedad?

—¡Oh! no señor: malestar pasajero; jaqueca; algo de poca entidad, pero incómodo.

—Respiro. Y... tened la bondad de decirme, señora... ¿Os ha confiado alguna razon para mí?

—Si tal, (replicó la flamenca, muy lisongeada por el tratamiento de señora que le dispensara. Carlos) sí tal. Me dijo que suplicara á usía dilátase la entrevista hasta el dia de mañana.

—¿Se dignó fijar la hora?

—Sí señor, la misma de hoy.

—Infinitas gracias, repuso el nieto de Bayardo con efectiva gratitud, y celebraré en el alma su restablecimiento.

—Si gusta usía esperar al señor abate mi amo, ó al señor abate de L'épée....

—Volveré mañana, dijo encaminándose á la puerta con repentina resolucion el gentil-hombre. Adios, señora.

—Servidora de usía, contestó la anciana deshaciéndose en grotescas civilidades.

—¡Qué mancebo tan lindo! exclamó viendo alejarse al garrido guardia de corps de S. M. Cristianísima.

Dos veces vino en el mismo dia un criado de la fonda del Prusiano en la gran plaza del Sablon á preguntar de parte del señor marqués de Belleville por la salud de la señorita Armand.

Cristina no pudiendo conciliar el deseado reposo después de la difícil conferencia tenida con Lutgen, y sintiendo la necesidad de restituir la calma á su agitado espíritu, hizo avisar á un establecimiento de carruages de paseo y camino, próximo al presbiterio de San Gevi, que aprontasen una berlina cerrada con el propósito de hacerse conducir al castillo de Hartz; teatro de dias dulces y serenos, y después de una tragedia inolvidable.

Hay un empeño singular en la criatura humana de poner á prueba los resortes de sus facultades sensitivas: lucha perenne del espíritu con las fuerzas materiales que determina el dualismo de la familia racional.

Chateau-fleuri habia sido sucesivamente para la huérfana un oasis bendito y un lugar de horror y duelo; y ella queria explorar cómo obraba en sus sentidos el espectáculo de aquella mansion; evocando una mezcla de recuerdos apacibles y de memorias lúgubres en vertiginoso tropel.

Tomó su cofia de viage y un largo y tupido velo, y se informó del ama de llaves del abate Exter sobre la probable llegada del insigne L'épée que habia salido á evacuar breves diligencias; contando con el favor de su compañía en la escursion que proyectaba al castillo de Hartz;

El repartidor de la correspondencia pública trajo un pliego voluminoso, dirigido á Cristina, con el timbre de París, y cuyo sobre rompió la jóven hermosura con apresuramiento convulsivo, conociendo el carácter de la letra.

Era del abogado Geffard, y contenía una extensa y puntual relacion del fin desastroso de Wálter, egecutado en la plaza de la Greve; tan detallada y precisa que la ahijada de Fabricius creía asistir á las escenas, descritas con una verdad y una viveza, superiores á todo encarecimiento.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! (esclamó la huérfana traspasada de dolor). ¡Desgraciado! ¡Cuánto habrá sufrido!

—Señorita, (dijo la sirvienta del párroco de San Gevi penetrando en el aposento) el señor abate acaba de entrar, y el carruage espera hace mas de cinco minutos.

—Despedid el carruage, amiga mia, (resolvió la jóven con abatimiento): necesito quietud; quedar sola.

La anciana evacuó la pieza, condolidada de aquella peregrina beldad, acosada sin tregua por los azares de un riguroso destino que los paganos hubiesen llamado fatalidad, conforme á sus creencias materialistas.

El abate de L'épée habia visto á Carlos de Belleville, y por él sabia que Blanca de Bayard, retraida al cláustro de las carmelitas de Paris despues de la sensible pérdida de su tia, manifestaba la resolución de ceñir el sagrado velo de las esposas de Jesucristo; sin que el

jóven marqués. acertara á tomar una determinacion en el caso, como le cumplia en su calidad de pariente y cabeza de la generosa estirpe.

Cárlos Miguel de L'épée rehusó por entonces dar su dictámen en la materia, desentendiéndose de las marcadas insinuaciones de Belleville; porque depositario de los secretos de Cristina, y sabiendo cual era su plan de conducta respecto al hijo de Juana Luisa Constanza, le imponia la discrecion el fundado recelo de indicar estos antecedentes en cuanto resolviera un punto de la cuestion de familia, íntimamente ligada con la de aquellos amores, tan puros como irrealizables en rigor de las leyes de la delicadeza.

L'épée, informado por el ama de llaves de la situacion de su protegida, guardóse de interrumpir su doliente soledad, siempre solícito con las penas del alma, y alcanzando que hay momentos en que las tentativas consoladoras degeneran en importunidades: pues como dice el Evangelio *«hay tiempo de callar como le hay de hablar.»*

Llegó poco despues el venerable párroco de San Gevi, y ambos ministros conferenciaron largo rato sobre las decisiones de la huérfana respecto al porvenir, recogidas de sus labios en una consulta, anterior á la entrevista de Cristina Armand con Jaime Lutgen.

A la hora de sentarse á la mesa hicieron avisar á la prohijada de Fabricius, quien respondió que no se hallaba en disposicion de acompañarlos; remitiendo á L'épée la carta de Geffard que contenia el relato de las últimas horas de Wálter.

El abate leyó la estensa misiva de su amigo; deplorando la suma de crueles padecimientos que atrajeran al abogado el abuso de sus dotes; conduciéndole á reprehensibles escesos; precipitándole en compromisos infaustos, y trayéndole, por último, á la sima de la depravacion, sin resolucion válida para retroceder en la senda en que debia perder su cuerpo y su alma

A la mañana siguiente la huérfana bajó muy tem-

prano á la iglesia de San Gevi, donde pasó cerca de dos horas en piadosos ejercicios; buscando en la religion las fuerzas prodigiosas que elevan el espíritu á la heroicidad, libre de alardes y exenta de vanidosos anhelos.

Al restituirse al prebisterio Cristina parecia alentada por una inspiracion enérgica; radiando en su interesante fisonomía la calma de los ánimos superiores, cuando la idea del deber y la convicción de la rectitud los afirman en una decision contra pasiones tiránicas ó sentimientos pródigos en atractivo.

El abate Exter subió á su modesto hogar con señales de conmocion profunda; porque en el tribunal de la penitencia habíase espaciado el alma noble y cándida de la virgen de *Chateau-fleuri* en comunicacion absoluta, y al dar el pan de los ángeles á la jóven el sacerdote católico creyó apercebir una especie de fúlgida aureola en torno á las sienes de aquella mártir de una diabólica perversidad.

L'épée estaba pensativo, aunque procurase disimular su abstraimiento durante el frugal desayuno de la familia. Aquel anciano, maestro y padre de los míseros sordomudos, encontrará en su protegida una hija de adopcion; hija imponderable en gracias externas y en prendas raras; hija que lejos de necesitar le suplieran defectos de esplicacion, como los desheredados del trato racional de quienes era el Mesías Carlos Miguel, enseñaba la virtud y prudencia con sus ingénuas expansiones, y aquella razon fácil al imperio de la eterna verdad, que hizo á Jesucristo en su infancia disputar victorioso con los doctores de la ley judía en el templo de Jerusalem. Perder aquella hija y perderla luego y para siempre, era un pesar que abrumaba el corazon del ilustre abate; tanto más cuanto menos espacio restaba á su vida; porque ¡ay! es necesario quitar la calificacion de egoista al afan codicioso de la vejez por rodear de prestigio sus dias postreros.... ¡Es tan ténue entonces la luz de la esperanza! ¡Se teme tanto que falte la vista para distinguirla al fin!

Terminado el almuerzo la huérfana se retiró á su habitaciones, y poco después el ama de llaves del párroco de San Gevi advirtió al maestro de los sordo-mudo que su protegida le aguardaba.

Aproximábase la hora fijada á Cárlos de Belleville para la solicitada audiencia, y aquella cercana crisis tenía mucho más inquieto al presbítero francés que á la propia Armand.

La hora de la cita sonó lenta y solemne en el reló de la enhiesta torre de San Gevi.

A los cinco minutos la criada del cura belga vino á anunciar que el marqués de Belleville aguardaba la honra de ser recibido por la señorita Armand; saliendo con el encargo de introducir en la sala al aristócrata.

Cárlos entró en el estrado con paso inseguro y desigual; pugnando por encubrir su ansiedad embarazosa con las apariencias de una delicada galantería; pero la incertidumbre de su suerte y la singularidad de su visita le privaban de ese aplomo que distingue á las acciones ordenadas y á las posiciones definidas.

Al notar la presencia del abate de L'épée Belleville no pudo reprimir un rápido gesto de contrariedad, notado por el eclesiástico que esperaba aquel signo de disgusto, y se levantó con afecto bondadoso al divisar al mancebo.

Cristina palideció y se puso de pié; luchando por someter un conato de rebeldía desu corazón comprimido.

Cárlos por el contrario sintió reñuir la sangre á su cabeza, y estremecerse todo su sér, como Jesus cuando la muger enferma tocó su vestidura, llena de fé salvadora.

La huérfana dió involuntariamente dos pasos hácia el hijo de Juana Luisa Constanza.

El marqués no fué ya dueño de sobreponer la conveniencia al arranque de su alma expansiva, y tendió francamente su diestra á el objeto de su respetuoso culto, quien abandonó la suya al contacto de aquella mano; abrasadora con la fiebre del amor y la impaciencia.

Amor! amor! Tú eres como la muerte, y tu silencio es irremplazable en elocuencia con la palabra.

—Bien venido, Carlos; (dijo L'épée con paternalidad benévola) bien venido tú, que testigo de la acusacion y el vilipendio de mi pobre hija, lo has sido tambien de su rehabilitacion y de su triunfo.

Carlos llevó á sus labios la mano que temblaba entre las suyas.

Cristina la retiró ruborosa, pero sin hosquedad ni sobresalto.

—Sentaos, amigo mio, repuso con inmediata seguridad, y evitemos renovar reminiscencias dolorosas. Mejores dias renacen para las almas, probadas en el crisol del infortunio.

—¡Mejores dias! repitió el marqués tristemente. ¡Ay Cristina! El campo pierde y cobra sus galas. El pobre corazon humano jamás restaura las ilusiones que se marchitan.

—Dejad llegar el porvenir con aliento, replicó el sacerdote con inflexion persuasiva. ¿Quién sabe lo que puede suceder aun? Fé y tiempo, Carlos.

—Conozco que me falta ese brío que impele á buscar el consuelo de los dolores, haciéndolos incurables.

—Mudarás, niño, contestó el anciano moviendo suavemente la cabeza, mudarás.

—¡Imposible, padre mio! Tengo la desgracia de la consecuencia, y es el precedente lógico que produce la consecuencia de la desgracia.

—Mudarás (reiteró el abate con acento de profecía) mas tarde ó mas temprano; y cuando vuelvas la vista á tu existencia pasada, como recuerda el soldado en paz sus trances de guerra, dirás, como yo he dicho, penetrado de reconocimiento hácia el que así lo dispone: «dichosa humanidad que puede ser inconsecuente!»

Carlos enmudeció, vencido por la mágia del saber y la esperiencia, sublimadas por la virtud.

Cristina sintió correr un escalofrío por su cuerpo virginal.

¡Ay! Por mas que las lecciones del cuerdo anciano expliquen la inconsecuencia como una ley providencial ¡es tan duro á una muger enamorada concebir que mengua el amor y se evapora!

—Y en fin, exclamó la gentil hermosura sin darse cuenta de lo que decia ¿cuándo volveis á Paris?

El marqués miró á Cristina con impresion dolorosa y evidente estrañeza!

—No lo sé, señorita, respondió bruscamente decidido. No depende de mi voluntad.

—¿Habeis abandonado el servicio ó vuestro rango en la corte?

—Ni uno ni otro; pero obtuve una licencia de S. M., para venir á los Países-Bajos, só el pretesto.... es decir, no, realmente para alejarme de Francia mientras se cumplia la sentencia del hombre fatal que....

—¿Le habeis hecho acusar ante el Parlamento? interrogó Cristina con ávida indagacion.

—No, señorita, replicó el gentil-hombre con hidalga franqueza. He dejado á la ley el campo libre, y la justicia y no el odio han herido su culpable cerviz.

—El Señor le haya perdonado sus culpas, dijo el sacerdote dando un suspiro.

—Así sea, terminó Belleville, hermoso y grande en su piedad hácia el hombre que le habia dejado huérfano; pagando la deuda de sangre con la suya, vertida por la mano del ejecutor.

—Así os quiero ver, Carlos, exclamó la huérfana con emocion indescriptible.

La llama que rutiló en los ojos del guardia de la real persona de Luis XVI hizo entender á Cristina que habia ido mas lejos de lo conveniente en la dificultosa conversacion que sustentaba.

—La ejecucion ha tenido lugar, repuse L'epée con exploracion cauta, y cierto buen amigo de Paris nos participa la circunstancia de tan luctuoso suceso. ¿Tiene vuestra licencia tiempo marcado, hijo mio?

—No, señor, declaró el mancebo con naturalidad y prontitud en la réplica.

—Lo digo, porque muy luego tornaré á Paris, y si volveis allá partiremos juntos.

—Yo aguardo aquí un acontecimiento de grave importancia, se aventuró á decir el nieto de Bayardo.

—Cristina deja también este pais, espuso el abate con apariencia candorosa.

Cárlos palideció, sobrecogido de sorpresa.

—Cómo! balbuceó. ¿Os sigue á Francia?

—No por cierto, respondió L'épée con melancolia real y hasta acerba. Se propone viajar por climas templados para restablecer su salud, quebrantada por repetidos sin-sabores.

Los ojos de la huérfana se arrasaron de lágrimas, que deslizándose de sus pestañas sedosas y rizas corrieron silenciosas por sus pómulos, sonroseados por la emocion.

—¿Es posible! dijo el marqués entre la angustia y la esperanza. Me habian asegurado, Cristina, que ibais á... que os proponian cierto enlace....

—¿Con el señor Jaime Lutgen? interrumpió el favorecedor de los sordos-mudos.

—Precisamente, espuso Cárlos; pero yo lo dudaba: nunca lo crei, mejor dicho.

—¿Por qué? preguntó la jóven, arrastrada por un afan mas fuerte que su prudencia.

—Porque vos no dareis vuestra mano al hombre que no pueda poseer vuestro corazon, Cristina.

—Oh! mi sueño, murmuró Cristina con espanto, apoyando la barba sobre el pecho con macilenta expresion.

—Le haceis justicia, hijo mio, apoyó el ministro católico: Así es que ésta boda no se verificará por mas que conciliara intereses, muy atendibles por otra parte.

—De suerte, continuó Belleville receloso de dar crédito á sus oidos, que permanecis libre. ¿No es verdad?

—No señor, aseguró ella con acento breve y terminante.

—No acierto á comprenderos, señorita.

—Estoy ligada por un voto supremo é irrevocable,

meditado en largas horas de recogimiento profundo, y que me dispongo á realizar con la entereza de los que llevan á cabo sus propósitos.

—¡Un voto! reiteró el mancebo abdicando toda reserva en la vehemente escitacion de su alma. Y por ventura ¿os reputais libre de todo vínculo? ¿árbitra de vuestro albedrío?

—¿Y quién puede pedirme cuenta?

—Yo, Cristina, que os amo como nunca se amó en el mundo: yo que he visto granar á mi aliento el capullo de vuestra primera ilusion de adolescente: yo, que he conquistado la palma del martirio en los tormentos de una adoracion, ocultada como un crimen: yo que no concibo la vida, separada de vuestro influjo bienhechor.

—¡Insensato! replicó la huérfana levantando sus ojos y sus manos al cielo.

El abate de L'épée se levantó de su asiento, porque el llanto rebosaba de sus párpados enrojecidos.

—Perdon, padre mio, le dijo Cárlos asiendo sus manos en humilde actitud; faltó al respeto que se os debe...

—No hijo mio, respondió el anciano enternecido y desasiéndose de la sugecion en que el gentil-hombre le mantenía. Desahogad vuestras almas lastimadas por la desventura...! Es natural y justo ese desahogo.

Y el venerable viejo empezó á pasear agitado por el fondo de la estancia.

—¡Un voto! agregó el marqués exaltado. Cruel! ¿Y no habeis pensado en mí?

—¿Y qué idea se hubiera unido á ese pensamiento? interrogó Cristina animosamente.

—La idea de mi acendrada pasion; la recompensa de mis sacrificios; la dicha, ó al menos el consuelo de nuestros amargos pesares.

—Olvidais pronto, marqués. ¡Quién tuviera la fortuna de olvidar como vos!

—¿Y qué olvido, Cristina?

—Las palabras de vuestra madre en la *Imperial Corona* la misma noche del atentado feroz de Wálter.

—Y ¿vos escuchasteis aquellas palabras? preguntó Belleville con desaliento.

—Yo estaba alojada en el cuarto contiguo y todo lo percibí; (añadió la huérfana, gradualmente elevada por la idea de arrastrar su cruz al Gólgota) y juzgad de mi terror al oír de lábios tan augustos para mí aquella sentencia inapelable, aquella decision que hizo herizarse los cabellos en mi cabeza.

—Os creia un monstruo de perfidia entonces. Estaba sedueida por el talento infernal de Walter.

—Culpable ó inocente repetia que nunca debia consagrar nuestra union su consentimiento, viva ni muerta.

—Pensad que en la otra vida no pueden subsistir injustas preocupaciones.

—No, Carlos, no: (agregó la encantadora Armand sublime en la explosion de su intensa amargura) yo no puedo defenderme del efecto terrorífico de aquella esclamacion, cuyo recuerdo me hiela todavia.

—Pero ¿vais á labrar mi perdicion, tal vez eterna? interrogó el maneebo desesperado.

—En el silencio de la noche (esclamó Cristina imitando el acento solemne de la difunta marquesa) volveria de la tumba para decir á vuestro oido con una voz sorda é implacable: «*Carlos de Belleville ¿qué has hecho del honor de tus ascendientes?*»

—Oh! repuso el marqués levantándose con violencia. Vos sois tan inexorable como la nieta de Bayard.

—No quiero espectros medrosos en torno de mi lecho, declaró Cristina con ímpetu: no quiero voces recónditas en mi interior, resonando lúgubres en mis oidos. El amor es un fuego que corta la comunicacion, si no lo extingue, y esta es la última vez que nos vemos, mi pobre y buen amigo, mi primero y solo amado.

—¡Dios mio! gritó Carlos, enloquecido por el exceso de su dolor, y dirigiéndose á una imagen de Cristo moribundo en la cruz, colocada sobre una mesa contigua. ¿Hay mas hiel que apurar en mi cáliz?

—Hijos míos, dijo el sacerdote acudiendo en alivio

de aquella situacion insoportable; no irritéis las heridas de vuestros corazones ulcerados. Vuelve acá, jóven. Alza la cabeza, Cristina. Reunios aquí; junto á mí; mas cerca. No habeis fijado aun vuestras respectivas condiciones: dejadme hablar en este punto.

—¿Para qué? replicó Belleville resistiendo á la influencia benigna que le brindaba con tierno agasajo el maestro de los sordo-mudos. Yo sé que el orgullo femenino no transige, y que lo sacrifica todo.

—Esplicaos, señor marqués, dijo Cristina revistiéndose de serena dignidad.

—Sí, (insistió el mancebo fuera de su tranquilo juicio y extraviado por el resentimiento) vuestra repulsa es una satisfaccion del amor propio ofendido, y me haceis pagar á muy alto precio, señorita, la oposicion obstinada de mi pobre madre. Estais en vuestro derecho ciertamente, y soy un imbécil en manifestar mi queja. En cuanto á...

—Marqués, interrumpió el abate con entonacion severa, recordad quien sois y ved lo que haceis.

—Dejadle concluir, (suplicó con triste sonrisa la huérfana) dejadle concluir, padre mio. Es la justa pena de mi tenacidad. Yo debia escribirle comunicándole mis resoluciones, como lo aconsejaba vuestra prudencia. Hé preferido recibirle, verle por última vez y hé aquí de qué suerte me corresponde el ingrato.

—Padre mio.... Cristina, (esclamó el jóven con una desolacion que partia el alma.) Soy un miserable, digno solo de vuestro desprecio. No sé bajar la cabeza ante la desgracia que Dios me envia para probarme.

—Acabad por favor, repuso L'épée lastimado por la desdicha de ambos amantés. Yo no puedo resistir esta escena.

Cristina secó sus lágrimas con un movimiento lleno de nerviosa energia, y dirigiéndose á Carlos con una entonacion amable y melancólica le dijo:

—Es fuerza que me conozcais, marqués, antes de separarnos.

—Yo te conozco bien, ángel adorado, respondió Belleville. Hace un momento estaba loco.

—Os amo, y os amo bastante para combatir mi amor en gracia de vuestra felicidad.

—¡Felicidad sin tí, muger incomparable!

—Felicidad sin arrebatos ni transportes, añadió la ahijada de Fabricius con la elocuencia de la inspiracion entusiasta: felicidad durable y legítima en cambio; porque hay un goce sin medida en cumplir un encargo difícil y espinoso, cuando se corresponde á los compromisos que crean familia, posicion y aspiraciones al porvenir; y vos disfrutareis esa felicidad, Carlos.

—¿Y vos, Cristina, y vos? preguntó el marqués recobrando su presencia de ánimo.

—Yo (respondió la huérfana con la beatitud de una santa y la heroica resignacion de una mártir) aceptaré las condiciones de mi situacion; sin murmurar de Dios que me las traza, ni de la sociedad que las formula en leyes. La educacion en las Ursulinas de Paris ha sido un beneficio funesto de minheer Fabricius; porque allí hé abierto á mi ser un espacio en que mi clase no me permitia vivir. Gracias á la Providencia que esta circunstancia fatal ni me ha hecho locamente ambiciosa, ni me ha reducido á la desesperacion de los deseos impasibles.

—¿Dónde hallais ese valor sobrenatural, muger sublime?

—Donde le encuentra quien le busca, repuso la doncella con la espresion de un ángel de consuelo: en la obediencia filial á los decretos de lo alto, y en el testimonio de una conciencia segura de si propia.

—Me avergonzais, Cristina, dijo humillado Belleville.

—Pide y te se dará, (añadió el abate recordando el texto evangélico) llama y te se abrirá la puerta.

—Cediendo á la pasion que hácia vos me impele; (continuó la huérfana), olvidando que espongo mi nombre, objeto de triste celebridad, á los tiros de la envidia

calumniadora y á los ataques de una gerarquía que me rechaza, y ós haría sentir una parte del despego que me conságrase; atendiendo á labrar mi ventura sobre la ruina de unas esperanzas justas, nobles, sancionadas por las miras é intereses de dos progenies ilustres....

La voz de la hermosa y digna Armand quedó ahogada en profundo sollozo.

Carlos se precipitó á sus plantas, fortalecido por el espectáculo de tan rara abnegacion.

—Te comprendo, ángel, (esclamó con acento impregnado de pasion) te admiro, y seré digno de tí.

—Esa promesa me indemniza de todo, replicó la belidad estrechando la mano del amado de su corazon. Esta felicidad que soñábamos nosotros, Carlos, era demasiada para caber en el mundo; demasiado bella para ser verdad. Pero hay otra que disfrutaremos aun.... ¡Oh!.... no lo dudes: Yo en mi voluntario destierro: tú en el seno de la familia y en el círculo de tu clase. Felicidad, que es el recuerdo suave y triste del bien pasado, que puede ser una bienaventuranza en la vida futura.

—Basta! contestó Belleville levantándose con esfuerzo y sustrayéndose al encanto que le subyugaba torturando su espíritu á la vez.

—¿Cuándo resolvéis regresar á Paris? preguntó el sacerdote á Belleville.

—Me es indiferente el dia; replicó el mancebo, y espero vuestras órdenes.

—Sea pues mañana, fijó el abate despues de breve reflexion.

—¡Tan pronto, padre mio!

—Si, mañana, reiteró L'epée gravemente. Hay un alma noble y pura que consolar.

—Carlos, dijo Cristina abandonando su asiento y adelantándose con lentitud hácia el marqués. ¿quereis darme una prueba suprema y bendecida de vuestro amor?

—¿Lo dudais?

—Haced dichosa, muy dichosa á Blanca de Bayard, y que yo sepa en mi retiro que el reposo reina en vues-

tro hogar doméstico y el bienestar refluye al exterior.

—Os lo juro, respondió Carlos con la diestra sobre el pecho, los ojos febricitantes, y el alma anonadada á fuerza de padecer en aquella entrevista anhelosa.

—Os acompañaré, hijo mio, espuso el ministro católico queriendo poner término á la conferencia.

—Marqués, concluyó Cristina tendiendo su mano á Belleville, adios.

—Una palabra (insistió el gentil-hombre apoderándose de aquella mano con instancia suma y atrayendo á sí á la vírgen de Hartz). ¿Me escribireis?

La huérfana se estremeció, vacilando en contestar.

—De vos depende, declaró al fin luchando por retener sus lágrimas en balde.

—Yo sabré llevar á cabo mi sacrificio, terminó el jóven con majestad. Lo he jurado y nada me hará retroceder.

—¡Dios te bendiga en tí, en tu esposa, en tus hijos y en tu claro nombre! exclamó Cristina en el acceso mas vehemente de su pesar, dando rienda á su llanto, y huyendo del lado de aquel hombre tan querido.

L'épée prestó su apoyo á la doncella hasta la puerta de su gabinete.

Cárlos habia llegado á ese punto del dolor que no exhala su martirio en signos esterioreos.

—Madre mia, (murmuró con eco sombrío) duerme en paz. Tu voluntad vá á cumplirse.

CAPÍTULO XX.

AMOR Y DEBER.



ÉTRICOS y sombríos parecen los muros de un convento de religiosas á quien se desliza á lo largo de sus espesas, altas y descarnadas paredes; como si rodease en torno del circuito de un vasto panteon.

Si levantais la vista distinguireis ventanas á doble altura que la mayor del cuerpo humano, resguardadas por alambros tupidos al exterior. Pequeños cuadros de oscuros vidrios en armazones de fierro encajan en el marco detrás de la red metálica, permitiendo á la luz externa una entrada que modifica su brillo, y concede al claustro una tenue parte del resplandor que necesita el resto de la humana sociedad. Otras ventanas más bajas y pequeñas corresponden á las oficinas y servicios subalternos del asilo piadoso; mas para reprimir las agresiones de la curiosidad las rejas se guardan de agudas puntas de la parte de afuera, y de un fino alambrado por la parte de adentro. Aquellos hierros hostiles son tanto una defensa como un símbolo: desvian

de cualquiera intentona profana á los audaces indiscretos: simbolizan la lucha social y la paz del santuario en aquellas espinas que amenazan al siglo y protegen al monasterio. Terrados con verjas y cancelles, y azoteas caladas como un encage de Malinas otorgan á las moradoras del convento registrar lo que pasa al rededor de su vivienda, y obstan á la escudriñadora indagacion de transeuntes y malignos; porque en el nido de Dios en nada ofende la paloma que deja vagar su mirada por el libre espacio; más importa que no la divise el sanguinario halcon, ni la aceche el milano voraz. El campanario descuella sobre los estensos y pendientes tejados, con su veleta móvil y su fija cruz; imágen elocuente de la humanidad voltaria y de la eternidad prometida por la religion. Cuando las campanas ríen ó lloran, repicando alegres ó tocando á la agonía, vibran las cuerdas y permanece invisible la mano que las pone en movimiento; y la imaginacion se complace en inquirir si el repique procede de una campanera anciana y dolorida, y el doble de una monja bella y en la flor de sus años; si es un gnomo deforme ó una hada rozagante los que ensanchan ó comprimen el corazon por conducto del templado metal que ha recibido á la vez origen y nombre de la célebre Campania.

Nunca un grito de pesar ó de alegría, un canto apasionado ó indiferente, el rumor de la vida afanosa ó de la existencia arrebatada y procaz, salen de aquel solemne recinto, ni se escapan de aquellos ámbitos, concedidos á la contemplación y al retraimiento. Allí el júbilo no halla eco para las carcajadas, ni vibra el dolor en ayes y lamentaciones; porque uno y otro no son allí convulsiones violentas que se reparten las horas en alternativas agitadas: sino sucesos que refluyen á un centro comun: la oracion, que es un grito de socorro, como una expansion de gratitud: un eco del salterio que acompañara el himno judáico, *Cantemos al Señor*, cual una nota del harpa en que el Rey-profeta decia «*Apíate Señor, de mí:*» una gota de sangre sudada en Gethse-

maní, ó una lágrima de ternura vertida en el triunfo del espíritu, confortado por el ángel.

Del templo se exhala el aroma de la mirrha y de la goma de Thus, y ese hálito fresco y perfumado, que es mas una impresion que cesa del exterior ambiente que una impresion nueva y propia del santuario. Arde tranquila la luz en la lámpara; reflejan en el piso formando mosaicos los vidrios de colores de las ojivas y rosetones, calados junto al arranque de las bóvedas; duermen sobre sus lechos marmóreos las estatuas de fundadores insignes y patronos benéficos, y el chillido de algun ave nocturna rebulléndose en su nido interrumpe solo el silencio de la iglesia, en cuyos ángulos se apercibe un bulto envuelto en semi-oscuridad que abisma su alma en las regiones inmensas de la meditacion, sugetando el cuerpo á la actitud conveniente á su caduca miseria.

Y cuando la campana congrega á la comunidad en el coro, (grite la revolucion desatentada por las calles ó solace al pueblo el aparato festivo de una ceremonia cívica, sonría la prosperidad al vecindario ó diézmale inexorable el azote de la epidemia,) conmueve aquel rezo uniforme y monótono, mantenido en la viva y magestuosa tradicion de una lengua muerta, como si debiera pensar la religiosa que es el cadáver del mundo, conservado en la urna cineraria después de consumido en el fuego del divino amor.

El monasterio, como el espíritu religioso que le ha producido, está bien donde quiera, cuando las casas del Estado tienen su localidad distinta y su disonancia en la variacion.

El monasterio en el campo es la vida, recordada en la soledad dulcemente.

El monasterio en poblado es la paz, melancólicamente enseñada á los que viven en cruda guerra.

Perdona, lector, estas reflexiones preparatorias, confiadas á tu sensibilidad antes de conducirte al convento de carmelitas en Paris en busca de un cabo de nuestra leyenda, que toca á su término despues de hacerte pa-

sear de Bruselas á Versalles, y del camino de Paris al puente de Sant'Angelo.

La novela contemporánea te ofrece los pormenores de la existencia libertina en *la dama de las camelias*; te brinda en risueño panorama la vida nómada y desenvuelta en *Bigotes*, y te daguerreotipa la monstruosidad del gran mundo parisiense (real ó ficticia) en los *dramas de Paris*.

¡Paso á Dumas, hijo, que desentierra á las muchachas perdidas para conmover la fibra delicada de las mujeres nerviosas y recrear á la turba de Arturos, cesantes y jubilados!

¡Honor á Pablo de Kook que es digno retratista de veleidosas grisetas y Lovelaces del barrio latino!

¡Gloria al vizconde Ponson du Terrail, rival del papel continuo, y escritor que concluirá por dividir sus novelas en kilómetros como las vías ferriles!

Tolerancia para mí, que comprendo el mal y el bien por el prisma de la cultura católica, con el mismo derecho con que Jorge Sand pone á tributo las viejas heresías en su *imponderable Esperidion*.

Digamos de paso que el escándalo es mas productivo que el orden y la armonía, y que la rebelion es mas atractiva y escitante que la obediencia: razon que aliena á los escritores inmorales.

Pero dividido el público en gentes de buen sentido y vulgo, la mayoría es bien poco honrosa para los que prestan su pluma al escándalo, y harto noble la minoría para el que respeta los principios sagrados y las buenas costumbres.

Adelante pues, y plaza á la intencion laudable junto á los designios depravadores.

Las carmelitas pueden preciarse de Teresa de Jesus como de Ignacio de Loyola los jesuitas, como de Domingo de Guzman los dominicos; y hé aquí tres hijos de la católica España que sintetizan con escelsa fidelidad al pueblo hispano, donde la inteligencia no embota y perverte el corazon, ni el sentimiento fecunda á expensas de la razon que avasalla.

Hé aquí tres polos donde ha girado el catolicismo ensanchando sus condiciones externas, por mas que la envidia ó la animosidad inventen epígramas harto fáciles.

Las Carmelitas gozaban de cierta distincion creciente de parte del mundo exterior; porque una hija de aquel Luis XV, tan escandaloso y corrompido, habiase refugiado en el seno de su estrecha órden, huyendo la disolucion de la córte francesa, y abdicando su prez y fuero de categoría para disfrutar la beatitud deliciosa de las almas, consagradas á disponer su tránsito para el cielo. Algunos años mas tarde la revolucion desenfrenada, despues de los degüellos de setiembre, pensó en perseguir á la monarquía y á la nobleza en las tumbas de la abadía de San Dionisio, y trayendo á la memoria que una hija de Francia dormía el sueño de la muerte en un lucillo del cláustro carmelita, fué á exhumar sus despojos para reunirlos con los restos, sacrilegamente profanados por una chusma feroz.

Allí se habia retraido la señorita Blanca de Bayard tan luego como se repuso un tanto del golpe abrumador que recibiera con la noticia de la catástrofe que tuvo por teatro á la *Imperial corona*.

Allí vino á esconder la sobrina de Juana Luisa Constantza su honda pena por el trágico fin de su ilustre tía, peleando con esfuerzo tenaz por vencer y hundir en la nada la pasion devoradora que sometia su albedrío al imperio de su primo Cárlos de Belleville.

Nada faltaba á su amor para revolverla en el lecho de Procusto con fiereza despótica: ilusiones alimentadas con todos los colores de la realidad y todos los prestigios de un éxito fausto; pasto á su llama en esas galantes atenciones que la rica fantasía mugeril abulta y embeleece con románticos matices; punzadoras sospechas y celos irritados por la ley del decoro que les manda arder sin chispear haciendo cenizas el corazon; cansancio doloroso y ánsias vivas por apurar las heces de amargo cáliz, procurándose la letargía ó la absoluta insensibilidad

de esos desgraciados que llegan á ser cadáveres que viven.

Blanca habia comunicado al jóven marqués su ánimo de ceñir el sacro velo de las consagradas al Señor segun la forma carmelita en un billete, mil veces comenzado, roto, vuelto á empezar, interrumpido de nuevo, y terminado por último, gracias á la intervencion maternal de la superiora.

Carlos dejó algunos dias sin respuesta á la seca y lacónica misiva de Blanca; escribiéndole al fin que se proponia tratar el asunto en una entrevista próxima.

La señorita de Bayard aguardaba impaciente á su noble primo, gefe ahora de la familia.

El abate de L'épée se hizo anunciar á la madre superiora una mañana; siendo inmediatamente recibido en el locutorio de las monacales por la digna hija de Teresa de Jesus con la distincion y preferencia correspondientes á la nombradía de saber y probidad que Carlos Miguel disfrutaba en su pais y en Europa.

La conversacion de aquellos personajes nacidos para entenderse fué tan espontánea como de breve duracion; porque alli donde hay rectitud de miras y franqueza de estilo el diálogo es una linfa pura y grata que corre sin rumor ni extravio, falta de obstáculos á su curso y libre de sinuosidades peligrosas.

La madre superiora no creia en la vocacion de la señorita de Bayard; absteniéndose tanto de alentar aquel giro de sus ideas, como de contrariarle provocando una resolucion extrema, hija del amor propio ofendido.

El protector de los sordo-mudos contó á la religiosa lo bastante de la existencia de familia en el hotel de Belleville para que la imaginacion privilegiada de la muger ligase estrechamente y en una ilacion admirable los datos nuevos con sus propias y sagaces observaciones.

Blanca escogia el claustro con esa desesperacion que haria enterrarse vivo á un hombre, agobiado por el suplicio de una vida execrada; y eran el amor, los celos, y

el desengaño los demonios que la conducian al martirio; cabalmente adonde el ángel de la paz lleva á las almas escogidas y en quienes Dios se complace.

Era necesario salvar aquel alma desgarrada de ese entusiasmo frenético que armó la diestra de Orígenes contra su cualidad viril: que emparedaba á las penitentes en la edad media bajo el piso de las calles.

L'epée trazó un plan de conducta que aprobó la superiora de las carmelitas, prometiendo su cooperacion á los designios del sacerdote; y para comenzar era indispensable que el confesor de Blanca estuviese de acuerdo con ellos; que lo supiera todo, y que obrase en consecuencia, dando por fruto esta conjuracion combatir en su exterior falaz y pernicioso el amargo secreto que hacia pensar á Blanca en sepultarse viva.

Por fortuna el director espiritual de la nieta de Bayardo no era uno de esos muchos ignorantes y orgullosos que ni tienen conciencia del mal que producen cuando estiman sembrar el bien, y la superiora convino en abordar la cuestion eximiendo á L'epée de una inteligencia embarazosa que podia suplir con ventaja la intermision de una muger como la virtuosa carmelita.

Durante la conferencia de L'epée con la superiora habia pasado en el monasterio una escena extraordinaria que nos interesa conocer.

El cardenal de Rohan, gran limosnero de la corona, habia recogido una niña de origen misterioso; haciéndola criar en Strasburgo, y confiándola al cuidado de las madres carmelitas de Paris tan luego como rayó en la pubertad.

¿Era un desliz del galante prelado?... Monseñor de Rohan manifestaba á la niña mucho mas patrocínio benevolente que interés paterno... ¿Era un legado de la amistad aquella linda criatura?... Un sacerdote-príncipe parecia el menos indicado para este género de confianzas. ¿Se educaba aquella muchacha para un sacrificio infame?... Monseñor carecia de vicios innobles, y su amor y su ambicion política le rendian como un es-

clavo al influjo de María Antonieta que lo rechazaba de sí con insultante despégo.

Sea de esto lo que fuere, la señorita Hortensia, protegida del príncipe-cardenal, era una rubia encantadora; de alma cándida, retratada en sus ojos del azul mas límpido; trato dulce y lleno de abandono seductor; delicada salud y complexion peculiar á esos ángeles, posados en la tierra bajo una forma humana en armonía con su tipo ideal y fantástico.

Blanca habia conquistado su afecto y recibia de Hortensia ese homenaje de cariño y sumision que corresponde á las hermanas de mayor edad; no existiendo en el corazon de la sensible niña un pliegue donde reservar un arcano á la mirada casi maternal de la prima de Cárlos de Belleville.

Rendida al rigor de una amenazadora nevrose hacia treinta horas, Blanca velaba junto al lecho de Hortensia, con solicitud infinita, habiéndose apresurado á noticiar aquella triste circunstancia al gran limosnero, como lo tenia prevenido encarecidamente la ternura de Monseñor.

Las campanillas de aviso vibraron en los cláustros, advirtiéndole á sus moradoras la entrada inescusable del hombre de la ciencia de Hipócrates, que no debía ver mas que á su guia y á la enferma.

La señorita de Bayard abandonó la celda para dejar el campo libre al Galeno, y poco despues volvió á entrar acosada por el anhelo de inquirir la situacion de Hortensia.

El doctor se despedia en aquel instante, y sobre la mesa de noche junto al lecho de la doliente quedaba un frasquito de elixir rojo cuya administracion fué prolijamente esplicada.

La hermana conductora adelantóse repitiendo el aviso con su campanilla de alarma.

El facultativo disponíase á seguir sus pasos, y habia vuelto la cabeza hácia el lecho de Hortensia para tranquilizarla con una sonrisa bondadosa, cuando la seño-

rita de Bayard atravesó por delante de él, examinando su fisonomía.

Blanca y el médico cruzaron una mirada rápida y llena de escudriñadora intencion.

La sobrina de Juana Luisa Constanza retrocedió sobrecogida, bajando la vista con turbacion estremada.

El discípulo de Esculapio devoró á Blanca con ojos fascinadores, y una espresion de predominio satisfecho iluminó su semblante como el resplandor de una azulada llama alcohólica.

El doctor avanzó un paso y la doncella pareció vacilar cual si no pudiera sostenerse.

A todo esto la hermana guía, advirtiendo que el médico de Monseñor de Rohan no seguia su camino, paróse al extremo del claústro, suspendiendo el acompasado toque de su campanilla.

El Galeno de Monseñor comprendió que si se detenía un punto mas la hermana conductora vendria á conocer el motivo de aquel retraso, y aproximándose á Blanca hasta abrasar con su cálido aliento la frente de la noble pupila del convento del cármén, le preguntó con voz serena:

—¿Me reconocéis, señorita de Bayard?

—El conde de Cagliostro, respondió dominada y temblorosa la prima de Carlos.

—Animo pues! dijo el singular personaje con acento inspirado. Se acerca el cumplimiento de mi profecía, y aunque os parezca imposible, jóven, sereis marquesa de Belleville y se consumará vuestro destino.

Y mientras la vírgen de Gascuña cubria su inmutado rostro con el pañuelo José Bálamo salió de la celda tarareando una marinaresca siciliana.

La carmelita avisadora le vió á lo largo de la galería y continuó su marcha y el anuncio del tránsito de un hombre por los claústros silenciosos.

Mas de un bulto pardo se deslizó por el fondo de los corredores, como las sombras de los insepultos por las orillas del Leteo.

Mas de una mirada curiosa fulguró por la estrecha cabida de las cerraduras.

—¡Pobres palomas! (murmuró lánguidamente el italiano.) La revolucion vendrá muy luego en nombre de la tolerancia á vedaros vivir y morir dentro de estos muros.

Han avisado á Blanca que en el locutorio de seglares (*parloir*) la esperan el abate de L'épée y su ilustre primo el marqués de Belleville, y á pesar de la ansiedad cruel en que la tienen sumida las severas amonestaciones de su confesor respecto á el propósito de abrazar la vida religiosa, se agita impaciente por reformar su tocado y atender al adorno de su persona; espoleada por el ardiente deseo de ensayar el poder de sus encantos en aquel mancebo, tan querido como sospechoso de ingratitud al cariño que ha sabido inspirar con su mérito y relevantes circunstancias.

Cárlos se pasea por el locutorio con esa regularidad reposada que indica una resolucion firme y tranquila; resolucion que se lee en sus ojos serenos, se dibuja en la triste sonrisade sus lábios, y denuncia azarosos combates, aplacados yá, en la mate y suave palidez de sus mejillas.

Viste el mancebo trage de cabalgador á la inglesa, y la cinta de la cruz de San Luis se anuda en el primer boton de su holgada casaca de *sportman*. A cada ruido que percibe en el cláustro cercano Belleville se vuelve con interés y como el que tiene determinado marchar recto y animoso al aceptado destino.

El maestro de los sordo-mudos ocupa un sillón con honores de asiento abacial, y pasea la vista con distraccion gustosa de la fuerte reja, que dá luz al interior del cláustro y protege su inmunidad, á un lienzo de estilo gótico que representa á la Virgen María en trage de Reina visigoda ó franca, y del lienzo y su moldura

en pleno gusto de Churriguera á un cuadro genealógico de la familia carmelita, en que el profeta Elías sirve de tronco al árbol de la mística generacion del monte Carmelo.

A lo lejos suena un clave, pulsado por la maestra de cantoras y coristas, y despues de los ecos melodiosos y vagos de una voz infantil, embellecida por la melancolía de la distancia, sigue un coro de voces frescas y puras, cuya sencilla letra dilata el corazon, recreando los oidos:

*«Y suban nuestros cantos
por el espacio inmenso
entre nubes de incienso
que ascienden del altar.»*

Una figura airosa y gallarda pasó ante la reja del locutorio como fugitiva aparicion.

El abate reconoció á la señorita de Bayard.

Cárlos no llegó á divisarla porque tenia la espalda vuelta; pero percibió el crugir de la doble seda de su traje de gala, y el rumor de ligeros pasos que acercábanse al aposento.

—Ahí está, le dijo L'épée á media voz.

Belleville no tuvo tiempo de contestarle, porque su prima entró en el locutorio, hermosa con la belleza de una sacerdotisa gaula; digna sin afectacion; alta la cabeza, coronada de sedosos y largos bucles de un negro azulado, vestida con gusto y elegancia esquisitos, y denotando en sus nobles modales el imperio de la voluntad sobre afectos poderosos.

—Bien venida, hija mia, le dijo el sacerdote saliendo á su encuentro con halagüeña actitud.

Blanca llevó á sus purpúreos labios la consagrada diestra del ministro católico, y tendió su mano con emocion indefinible al marqués, su primo, que la besó, humedeciéndola con una lágrima de ternura.

—Sentémonos, repuso Cárlos Miguel dando el ejemplo á los jóvenes parientes.

La señorita de Bayard ocupó un sillón á la derecha del abate.

El hijo de Juana Luisa Constanza tomó asiento frente á su prima, recogiendo sus ideas un breve rato.

—Hija mia, exclamó L'épée con aire decisivo, antes de dar comienzo al encargo que nos trae importa mucho que penseis en renunciar á todo género de reserva; porque en los negocios trascendentales de la vida, mi querida Blanca, perjudican mas de lo que parece la indeterminacion y el disimulo.

Blanca se inclinó en signo respetuoso de asentimiento á las prevenciones del sacerdote.

Cárlos se dispuso á iniciar la espinosa cuestion.

—Además, (continuó el valedor de los infelices sordo-mudos con marcado tono) se trata de ciertos deberes, hijos de la posicion social de cada uno, que exigen el acatamiento, aunque impongan el sacrificio.

—Espero vuestras órdenes, padre mio, respondió la señorita de Bayard sin el mas leve asomo de flaqueza.

El abate animó á Cárlos á dar principio á su comision.

—Prima mia, dijo el marqués con voz mal segura, una desgracia espantosa me ha conferido el rango de gefe de nuestra familia.

—Es verdad, replicó Blanca exhalando un doliente suspiro.

—En esta condicion (siguió Belleville) te has dirigido á mí, hace dos meses, anunciándome....

—Que deseaba entrar en la órden carmelita, concluyó Blanca con paladina declaracion.

—Te respondí que hablaríamos del particular próximamente....

—Has regresado del extranjero, interrumpió la nieta de Bayardo con acerada ironía, y vienes á decirme....

—Que niego mi aprobacion á tu pensamiento, espresó con la autoridad de su carácter.

—¿Absolutamente? preguntó Blanca tiñéndose de vivo carmin sus megillas.

—No, repuso el marqués con impasible gravedad; despues de consultar el caso con personas de inculpable vida, cordura y letras; y entre ellos con el digno señor de L'épée.

El abate apoyó con el gesto la aseveracion del gentil-hombre de Su Magestad Cristianísima.

—Primó, dijo la señorita de Bayard un tanto cortada, quisiera conocer alguna de vuestras razones. Serán muy eficaces sin duda cuando valen mas que una determinacion piadosa y un voto sincero.

—Tened la dignacion de comprender nuestras posiciones respectivas, añadió Cárlos, herido por el tratamiento ceremonioso de vos que le daba la alegre compañera de sus juegos infantiles.

—¿Cómo así? interrogó Blanca suspendido el aliento.

—Vos aceptais una costumbre, recibidá en las familias ilustres, consultando al que figura como su gefe sobre vuestros designios, y yo respondo á la consulta segun me dictan de consuno mi cabeza y mi corazon.

—Acaba, dijo la doncella palpitando de conmocion afanosa.

—Ambos pagamos un debido homenaje á nuestra gerarquía, espuso el marqués con tinte sarcástico, y las tradiciones de raza no estienden á mas su exigencia. Vos sois árbitra de insistir en vuestro propósito á pesar de mi oposicion, y yo, señorita, dejo mi responsabilidad á salvo con la réplica que doy.

—¡Ah! esclamó con amargo resentimiento la virgen de Belleville. ¿Es decir que sacrificamos á la fórmula la espontaneidad de nuestros actos?

—Amigos míos, (interpuso L'épée) no sembréis de abrojos la senda que os toca hollar.

Cárlos convino en la oportunidad de aquella prudente observacion del abate.

—Blanca, dijo á su prima con hidalgo brio, es indigno de nosotros la doblez en las relaciones, y serian mezquinos los ambages en la inteligencia que nos cumple establecer.

—Habla, repuso la señorita de Bayard cediendo al influjo de aquella franca esplicacion.

—Nuestras familias tenian resuelto renovar sus vínculos con nuestro enlace.

Blanca palideció, fijando su vista en el suelo con pudorosa timidez.

—Era espreso convenio entre nuestros difuntos padres, agregó Belleville enternecido.

La doncella sentia latir sus sienes, agolparse el llanto á sus ojos y palpar sordamente su corazon.

—Mi madre, continuó el bizarro guardia con voz ahogada; seguia el proyecto de nuestros progenitores como un legado de honor que merecia á la par su respeto y la simpatía de su grande alma.

La sobrina de Juana Luisa contenia dificilmente encontradas pasiones en fiera lucha.

—Yo.... (balbuceó el gentil-hombre confuso) ignorante de aquella estipulacion sagrada, separado de tí en los albores de la juventud, acostumbrado á considerarte con el desinterés del cariño fraternal...

—Continúa, exclamó la nieta del héroe francés alzando la cabeza con aire intrépido.

—No he sabido corresponder á deberes que no me fueron esplicados.....

—Continúa, repitió Blanca redoblando la espresion imperativa de su radioso semblante.

—Hé pasado junto al tesoro de dulce y tranquila felicidad que me deparaban sin sospechar que....

—Continúa, reiteró la hermosa patricia en el colmo de la exaltacion.

—Sin sospechar que tú lo sabias todo, y que te dignabas conceder tu aprobacion al proyecto de familia.

—¿Y nada mas? preguntó enardecida la jóven.

—Blanca, (esclamó Cárlos juntando las manos con súplica dolorida) no toques á los hinchados bordes de heridas crueles que manan todavía sangre. Reconozco que soy del todo indigno de tu amor; pero olvida mi ingratitude y mi desgracia, y cumplamos un deber augusto.

—¡Egoísta (esclamó la señorita de Bayard estallando al fin su cólera y su despecho, y poniéndose de pié con el desplante magestuoso de una soberana ofendida). ¡Egoísta y duro á fuer de hombre!

—Haces bien, replicó el mancebo abrumado. Fustígame sin misericordia.

—¡Egoísta! (siguió la virgen gascona con arranque violento.) Ama á una muger que la casualidad le presenta en sus mismos hogares, junto á mí, al servicio de mi pobre tia, ocultando su nombre, su clase, y la terrible historia de su vida anterior: la ama; lo conocen todos, y todos me escarnecen ó me insultan con su lástima....

—Prima mia, repuso Cárlos en el frenesí del pesar, esa muger es una figura celeste que ha cruzado nuestro camino; pero impalpable para mí, perdida para siempre á vuestros ojos. Los muertos se dejan reposar en el fondo de sus tumbas. Los que se evaporan se dejan subir al cielo en exhalacion serena.

—¿Por qué me ofrecéis vuestra mano, marqués? preguntó Blanca con un resto de celosa ira.

—Porque es libre, y debe consumir la voluntad de nuestros mayores.

—Porque Cristina Armand la ha rechazado, dijo la señorita de Bayard rompiendo en sollozos. Si; fuisteis á Bruselas; lo sé todo: os hicisteis presente en el presbiterio de San Gevi, y allí os declararon que....

—Os engañáis, Blanca, interrumpió L'épée con tono suave y persuasivo. Aquella entrevista no era un conato amoroso del marqués, ni una ligereza de mi patrocinada. Era el adios de dos personas que no han de encontrarse nunca.

—Y aun en tal caso (contestó la doncella abatida al embate de vários afectos). ¿Qué felicidad me aguarda al lado de un hombre que no puede amarme: que tiene su pensamiento lejos de mí: que reprimirá en buen hora sus recuerdos pasados y el hastío de su espinoso papel; pero yo que le amo, padre mio....



V. Urrabieta dib. y lit.

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8, Madrid.

AMOR Y DEBER.

—¡Bendita seas, alma de mi vida! (esclamó el marqués arrojándose á las plantas de aquella criatura apasionada y pundonorosa). ¡Bendita seas, tú que tienes en tu mano el alivio de mi existencia miserable!

—Hija mia, (apoyó L'epée uniendo su instancia á las gestiones de Cárlos) no rehuses un consuelo que dará á tu cariño el carácter de santificación de una providencia.

—Blanca, (dijo Belleville besando las manos de su prima con ardor febril) despiértame de un sueño que me tortura y me mata. Resucítame en el santuario de tu amor. Sálvame y recibe en cambio mi vida.

—Cárlos, respondió la señorita de Bayard con súbita decision. Yo unia en los planes de nuestra prosapia el amor al deber. Si el amor se conquista con sacrificios y desvelos yo lograré el tuyo, y si no prevalece esta idea moriré sin quejarme, inmolada al deber como nuestros gloriosos abuelos, los Bayard y los Belleville.

CAPÍTULO X.

LA VOZ DEL CLÁUSTRO.



UN año despues del trágico fin de Juana Luisa Constanza en la hospedería de la *Imperial Corona*, y cumplido elluto por sus deudos, prévia licencia real y asistiendo á la ceremonia los dos parientes mas próximos de ámbas líneas, Monseñor el arzobispo de París bendijo en la capilla de palacio á Cárlos de Belleville y á Blanca de Bayard; sirviendo de padrinos en nombre de Luis XVI y de María Antonieta el conde de Artois y la hermosa princesa de Lamballe, cuya cabeza de querubín habian de jactarse tantos mónstruos de haber cortado, entre las hazañas que subliman una revolucion, llamada por algunos el desarrollo del Evangelio.... ¡Pobre humanidad!....

El hermano de S. M. entregó al gentil-hombre un despacho de capitán de guardias de corps como regalo de boda, y la princesa anunció á la nueva señora de Belleville su nombramiento de dama de honor de la hija

de María Teresa de Austria, deseando toda suerte de prosperidades á los desposados, que recibieron una licencia por tres meses para aislarse en su hotel de Belleville y pasar allí esa temporada que con tanta razon se denomina *luna de miel*.

El abate de L'épée se presentó en casa de los jóvenes esposos, reclamando el derecho de bendecir el tálamo nupcial, llamando sobre él la custodia del ángel de los castos amores, y la fertilidad de las uniones venturosas.

El ilustre sacerdote parecia contristado por vivas y sensibles reminiscencias, y en todas sus palabras y actos notábase un no sé qué de melancolía profunda y de exaltacion, combatida por la prudencia trabajosamente, que impresionaba al corazon menos accesible á preocuparse de el infortunio ageno.

Cárlos Miguel, separado de la huérfana, era un padre en el ocaso de la vida que ha visto morir á la hija de su predileccion, y resiste el peso de su desgracia porque otros hijos reclaman su tutela y asíduos cuidados.

Su amigo, el abate Verland d'Aiguillon, párroco de San Sinforiano en Montreuil, habia muerto, y fueron ineficaces las instancias del obispo de Versailles para decidir á L'épée á servir en comision el pingüe curato.

El abate Siccard dirigia la escuela de sordo-mudos en sustitucion del valedor de Cristina, y el anciano ministro alegaba con sobrado fundamento el deber de contribuir á el lustre y auge de su instituto, cuyo patronato habia cometido la torpeza de rechazar el gobierno de Luis XVI.

Blanca advirtió la agitacion mal disimulada de su marido en presencia del abate, y el temblor nervioso de la mano que oprimia cariñosamente la suya durante el diálogo con L'épée; mas en toda la conversacion no hubo una frase que aludiera, ni en sentido remoto, al paradero de la huérfana, y cuando el maestro de los sordo-mudos se dispuso á partir insistió con tanta vehemencia en que se escusara de acompañarle que el marqués se limitó á conducirle hasta la puerta de la sala de recibo,

despidiéndole con un gesto de veneracion filial.

Cárlos tocaba las consecuencias de su anómala situacion en el cambio incesante de sentimientos dulces y penosos que experimentaba su ánimo; porque el hechizo seductor de su esposa, la bondad angélica de que daba señales á cada momento, y el afan de hacerla feliz, dissipando las sombras de celosa duda, le imprimian una série de movimientos apasionados hasta el frenesi; semejantes á la alegría del que sufre y se embriaga para ahogar sus dolores en el fondo del cáliz báquico. Cuando su júbilo rayaba en el máximum del acceso la reaccion no se hacia esperar; puesto que un nuevo grado no hubiera sido ya la embriaguez, sino esa locura destrozadora que revela en carcajadas las convulsiones del cerebro. Entonces pasaba Cristina por la imaginacion del mancebo, como á la evocacion de un siniestro conjuro pasa el fantasma por el espejo mágico; y el marqués ocultaba la nublada frente en el seno de su esposa; pedia en oracion secreta la fortuna incomparable de olvidar, y una lágrima se abria paso á lo largo de su megilla; restaurandus agotadas fuerzas para tornar de nuevo á la exaltacion intermitente que le acarreaban las sucesivas crisis de postracion y triste languidez.

Blanca habíase propuesto una línea de conducta indeclinable al cabo de luchas terribles y de pródigas reflexiones. Tambien ella padecia; pero el valor moral de las mujeres es una maravilla que rehusan admirar los hombres, neciamente preciados del valor fisico, tan fecundo en dolos y decepciones ridiculas. Era necesario disimular á su marido que comprendía las causas de aquellas mutaciones súbitas; era menester rodearle de prevencciones solícitas y de una ternura inalterable, como la eterna primavera de los campos elíceos en la fábula pagana. Era preciso llevar la abnegacion hasta imbuir á Cárlos en el convencimiento de que la candidez de su desposada acercábase al límite de la tontería.... ¡Nobley santa muger! ¡Qué serena consumaba el sacrificio!

Eldia despues de la primera noche conyugal, y á ho-

ra del desayuno, anunció el diplomático Lafleur la visita, de un caballero que aguardaba permiso para introducirse en el gabinete del señor de Belleville.

Cárlos salió á recibirle, saludando con esmerada cortesía á un individuo de aspecto respetable, envuelta la mitad del rostro en un abrigo de cachemira, y apoyado en una gruesa caña de bambú con el aire de un enfermo de gota. Despues de los primeros cumplimientos y de ocupar una muelle otomana de damasco azul con flecos de seda color de plata mate, el recién venido por un rápido movimiento se desembarazó del abrigo oriental, enderezó su flexible talle, y rompió en una alegre carcajada.

—Mi querido hechicero, exclamó el marqués reconociendo al conde de Cagliostro ¿qué significa este disfraz?

—Significa (respondió el discípulo de Althotas con la producción desembarazada que le era característica), que vengo á sentarme á vuestra mesa con el fuero de amigo, y á bañarme en el agua rosada de vuestra doméstica ventura; yo que puedo llamarme como Juan Jacobo Rousseau el marido mas infeliz del universo; porque mi Lorenza, caro marqués, bien vale la Teresa del filósofo ginebrino.

—Pero ¿á qué viene esa apariencia de financiero gotoso, con la cual me habeis dado un chasco singular?

—¡Ah! es que importa mucho que no sospechen mi venida á Belleville.

—¿Y por qué?

—Porque vamos á ser de hoy más decididos adversarios, mi antiguo enfermo.

—¡Nosotros, conde!

—Nosotros, repitió el siciliano moviendo la cabeza con marcada contrariedad. ¿Olvidais que me unen á Monseñor de Rohan y al duque de Orleans unos lazos que me complican en la animadversion que se les tiene en la corte? ¿No sois capitan de guardias de corps y amigo de Breteuil? ¿No habeis sido pretesto para un desaire de la Reina al gran limosnero de la corona? ¿Quiénsino Monseñor debia bendecir vuestro enlace, cuando las reales

personas se hacian representar como padrinos por Artois y la Lamballe?

—Pero yo no entiendo que para servir á los Reyes y Príncipes sea necesario participar de sus odios.

—Pero así tiene que suceder, mi buen amigo; (dijo el gran maestro de la masonería egipcia) porque la planta que brota á orillas del arroyo se cree nacida para mirarse coqueta en sus tranquilas ondas; y hé aquí que las lluvias del invierno acrecen el raudal; que el riachuelo truécase en torrente y arrebatá á la planta en su curso raudo y turbulento.

—Poético estais, conde, repuso Cárlos sonriendo con afabilidad.

—La poesia no es otra cosa que la verdad del sentimiento, espresando el sentimiento de la verdad, marqués.

—¡Con que enemigos? preguntó chancero Belleville.

—Y acérrimos; hasta donde cabe que los que en el fondo se estiman se revuelvan en lid á todo trance; porque la hostilidad de palacio hácia mí raya en la befa, y haria conspirar por vengar tantos ultrages á la estatua del gran rey, como teneis la osadia de llamar á Luis XIV.

—Siento mucho que os dediqueis á conspirador, replicó el esposo de Blanca; porque es un oficio ingrato.

—Cómo ha de ser, contestó el italiano encogiéndose de hombros. La córte me provoca; esa córte que os interna en su confianza, y os involucra en sus borrascosas cuestiones; amenazando envolveros en sus riesgos inminentes.

—Suceda lo que suceda (concluyó el bizarro capitán con resolucion altiva) yo sustentaré, Dios mediante, el lema de mi famoso abuelo, el caballero de Bayard: «*sin miedo y sin reproche.*»

—Otra vez os lo dije (añadió Cagliostro con voz apagada y tono solemne) ¡lástima que hombres de vuestro valer y prendas se alíen á esa córte insensata, que se divierte en suscitar huracanes; olvidando que el profeta Oseas há dicho: *¡quien siembra vientos recoge tempestades!*»

—Conde mio, (declaró Cárlos entre broma é intencion) aunque os creais obligado á travestiros para hacerme una visita por miedo de desagradar á vuestros patronos, que ya me consideran un formal adversario suyo...

—No (interrumpió Bálamo con negacion energética). Mi disfraz es un favor que pretendo haceros; porque mi última visita á fuer de amigo os dañaria en el concepto de los Reyes. Yo carezco de patronos, marqués.

—Continúo (prosiguió Belleville): en cuanto á mí, aunque la corte os haga maldecir por el Vaticano, nunca haré un misterio de mis simpatías á vuestra persona, y diré muy alto que os debo la vida.

Cagliostro estrechó con efusion la diestra del mancebo.

El marqués se levantó, despues de un gesto que prevenia la espera á su original convidado; haciendo acudir á Lafleur á la sonora vibracion de un tímpano de llamada.

El lacayo recibió sus órdenes con ceremoniosa atencion, marcando al fin con inclinacion reverente la obediencia y el respeto de un servidor que conoce sus obligaciones, y les comunica el mérito de la buena voluntad.

Belleville restituyóse al lado de Cagliostro, diciéndole con obsequiosa entonacion:

—Hé mandado que adviertan á Blanca el favor que recibimos de vuestra amabilidad, conde.

El marido de Lorenza Feliciani inclinó graciosamente la cabeza.

—No tardarán en servirnos un almuerzo campestre, (agregó Cárlos tocando con familiaridad el hombro del alquimista) y sin extraordinarios; porque sería desacertadísimo posponer vuestro estómago á nuestra vanidad.

—Y que tengo hambre, marqués; (confesó el aventurero dejándose arrastrar por la franqueza con que le trataba Belleville) hambre como un lazzarone *per Bacco!* yo, que fabrico diamantes, que labro el oro, que doy convites á que concurren los muertos, y que leo el porvenir tan claro como una nota del sastre.

—Sereis un terrible conspirador ¡pardiez!

—Niño, niño, (repuso José Bálamo, como el padre que contiene las osadías de un insurgente rapaz). Las cosas serias deben tratarse seriamente. Yo os juro que la córterecibirá lo que merece de parte del individuo á quien persigue con sus burlas, sus menosprecios y sus agresiones multiplicadas; porque ya no se contenta su encono procaz con esgrimir el ridículo contra mi nombre; sino que se me agravia en las personas que hablan de mí, ó por algun motivo me conocen ó tratan, como ha sucedido con el joyero Boehmer.

—Los sucesos se abultan por la maledicencia, conde.

—No en vano (añadió el amigo de monseñor de Rohan) hé temido comprometeros si venia á Belleville en mi coche y á cara descubierta; y la verdad, mi jóven amigo, yo tenia precision absoluta de veros, unido á una muger, digna de que la adoreis de hinojos, porque es un tesoro de valor y de virtud.

La sonrisa desapareció de los lábios del marqués.

—Quería aspirar aquí, en el retiro de los amantes que huyen el contacto prosáico de la sociedad, ese aura de ilusion y encanto que dilata el pecho. No podia resignarme á romper lanzas con los áulicos que me escitan á devolverles humillacion por humillacion é insulto por insulto, sin daros la última y espresiva señal de una estimacion desinteresada, y despedirme de vuestro noble trato con un testimonio de mi leal cariño.

—Conde (respondió el mancebo afectado por reminiscencias punzadoras), sed bien venido á esta casa, que os recibe con un tibio fulgor de dicha, turbado por las sombras de pérdidas irreparables.

—Marqués (terminó Cagliostro con sentenciosa lentitud), la naturaleza es una madre que brinda amorosa consuelos é indemnizaciones. El hombre es un niño obstinado que se empeña en no admitir la ley de la compensacion, ni el alivio de la conformidad con lo que carece de remedio.

—Teneis razon, conde, apoyó el jóven capitán, engolfándose en meditaciones vagas.

El extraño personaje fijó en el apuesto marqués una mirada rebosando inspiracion, y por algunos momentos pareció pronto á comunicarle uno de aquellos arcanos del porvenir, con que habia consternado á los espíritus fuertes, que llamando mitos á los fundamentos religiosos, se acercaban sumisos y temblando de pavor á los altares de Baal. Pero Cárlos dominó por último la preocupacion anhelosa que embargaba su ánimo, y su fisonomía dejó notar ese brio que corresponde á refluir el aliento al espíritu vacilante. Cagliostro apagó entonces el fuego profético de su mirada fascinadora; alegrándose de haber resistido á la tentacion de oráculo que encendiera en sus ojos el délfico nùmen; porque Dios ha dispuesto que la escrutadora curiosidad de inquirir lo futuro guarde á quien no se confía á la Providencia el castigo de sus exploraciones temerarias, y la pena es igual para el consultante y para el consultado.

—Conde (esclamó Belleville rebosando sus agitados sentimientos en expansiva confidencia), venís á despediros de mi trato con una cortesanía verdaderamente encantadora, y á gozar en el espectáculo de mi felicidad. ¿No es esto, amigo mio?

—Eso es, respondió Bálamo acomodándose con indolente postura en la muelle otomana.

—Y decidme, vos que todo lo sabeis (añadió Cárlos bajando la voz) ¿me reputais feliz?

—Distingo (contestó el conde incorporándose un tanto): si me preguntan si lo sois responderé afirmativamente y sin vacilar. Ahora, que vos no tengais la debida conciencia de vuestra dicha, eso es diferente.

—Yo poseo una muger que me envidiaría el monarca mas poderoso de la tierra, y quejarse con tamaña ventura parece una blasfemia execrable. Yo hé perdido otra muger ideal, divina, cuyo recuerdo me despedaza el corazon, cuya imágen me persigue por todas partes, y no me deja saborear la copa de oro que la fortuna me ofrece por mano de Blanca.

—Y sin embargo (replicó Cagliostro con tierna melancolia) si supieseis.....

—Oh! (interrumpió Cárlos con una espresion indefinible de ansiedad tormentosa). Daría la mitad de mi existencia por alcanzar el porvenir como vos, conde.

—¿Y para qué? preguntó José Bálsamo con espontaneidad lastimera. Yo os fio que Adan fué un miserable. El árbol de la ciencia es mas amargo que el lotho y mas pestilente que la ruda.

—Sabría el término de esta lid en que agotolas fuerzas de mi alma.

—Llegará el dia pronto, declaró el adivino.

—¿Podeis fijarlo, conde?

—Sin duda, respondió irguiéndose arrogante el discípulo de Althotas; pero á riesgo de que me reputeis un charlatan callaré; porque no puedo ser indiferente al daño que causan revelaciones tales, tratándose de un amigo á quien amo con afecto paternal.

—Tengo valor para ver llegar el infortunio.

—Lo creo; pero sabed que en las poblaciones invadidas por la epidemia inmola mas víctimas la aprehension que el contagio, y la expectativa de acontecimientos predichos abate mas que la propia desgracia.

—Sea como gustéis, replicó el marqués, desalentado por la negativa de Cagliostro.

—Me limitaré á daros un consejo provechoso, amigo mio.

—Yo os anticipo las gracias, conde.

—Venced la menguada flaqueza que juzga irremediable una situacion penosa. *Querer es poder.*

—No es fácil empresa.

—Dios vendrá en vuestra ayuda; (añadió Bálsamo en un transporte de fé) dando nuevo giro á vuestras ideas el nacimiento de un hijo, que llevará en su rostro el estigma de distincion de los Bellevilles, y en el alma el santo reflejo de las virtudes de su madre.

Cárlos sintió penetrar en su ánimo el alborozo de la fruicion mas pura.

—No desperdicieis un minuto; (agregó el hechicero con intimacion magestuosa) no perdais la ocasion mas

leve de rodear á Blanca de solicitudes y halagos; porque esa muger, que os ha jurado ante las aras participar de vuestro destino, marqués, no sabe que su juramento encierra una verdad terrible.

Belleville se levantó con la inquietud mas viva retratada en el semblante.

—Si; (terminó el profeta con acento cavernoso) morirá en el mismo dia, en la misma hora, en el punto propio que vos, y de vuestra propia muerte.

Lafleur abrió la mampara y dijo con tono oficial:

—La señora marquesa aguarda en el comedor á vue señorías.

Tres meses despues de la escena anteriormente referida, y el dia mismo en que terminaba la licencia, concedida á los jóvenes desposados por la benignidad régia, ocupábase Carlos en dar sus órdenes para marchar á Versailles, donde habian resuelto fijar su residencia; trasladando los mejores muebles que decoraban el hotel de Belleville, y proponiéndose vender el edificio.

Blanca, sola en el salon principal, sentada junto al balcon del fróntis, sonreia lánguidamente á un pensamiento embriagador, como los delirios del *hátchis* ó los ensueños del ópio.

Porque Blanca comenzaba á ser dichosa; apreciando como un inmenso favor de la Providencia el retorno en sí de su esposo; la sabrosa calma de su hogar; la atmósfera de beatitud que circuía sus amores; el deleitesin remordimientos, ni severas protestas del alma, envilecida á los goces reprobados; esa mútua y ciega confianza del matrimonio que unifica y concentra las emanaciones de dos espíritus y que define la ley evangélica en su frase: "*erunt duo in carne una.*"

De improviso la marquesa dió un grito que avergonzada trató de ahogar en su laringe, llevando las manos á su seno, pálida y trémula; exclamando con sobresalto y misterio:

—¡Otra vez! ¡Oh! es indudable. ¡Gracias, Dios mío!

Y Blanca cruzó las manos con exaltación ferviente; cerrando los ojos, rendida á la emoción que le arrancara aquel movimiento de todo su ser.

Cárlos penetró en la estancia visiblemente agitado, y teniendo en la diestra un billete que alargó á su esposa con premura.

—¿Qué tienes? le preguntó Blanca observándole con exaltado interés.

—Acabo de recibir esa carta del abate de L'épée, incluyendo una otra.....

—¿Y qué dice? interrogó la marquesa, olvidando en su conmoción que el escrito le había sido entregado por su consorte.

—Lee, querida mía, dijo el mancebó sentándose en el taburete donde Blanca tenía apoyados sus piés diminutos, calzados con chinelas turcas, bordadas maravillosamente.

—Veamos, repuso ella dando comienzo á la lectura con el esfuerzo animoso de quien se sobrepone á una impresión de ingrato desasosiego.

El abate de L'épée decía en una breve apostilla, inclusa en la carta, y unida por una oblea:

«Marqués: á Cristina Armand pueden aplicarse las palabras de Jesús á Marta=*Marta ha escogido la mejor parte*. Ved lo que me comunica.»

Cárlos ocultó su cabeza en la falda de su prima y conyuge, abrazando sus rodillas con nerviosa vehemencia.

Blanca leyó, sin que vibrara en su acento un eco, alterado por sensación desagradable alguna.

»*Roma.*—*Monasterio dominico*—Mi querido protector: acaban de cantar por mí las preces de los difuntos. »El orador mas ilustre de la orden capuchina, Frá Andrea de Castellamare, me ha dicho desde la cátedra del »Espíritu Santo lo que soy yá para el siglo, y lo que me »cumple ser en la religion de Domingo de Guzman. Mi »nombre de batalla en la sociedad quedó en el féretro, »donde tendida y cubierta con el sudario, oí los fúnebres

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo

—Otra vez volví a estudiar el libro y me dio
 Y ahora como las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo
 cuando las cosas van en el mundo



V. Urrabieta, dib. y lit.

Lit. de S. Gonzalez, Madrid.

...r Maria de Jesus.

»obsequios de la Iglesia á los fieles que han dejado de ser, y esposa del Dios-hombre, llevo el nombre de mi señor por apellido: *Sor María de Jesus*.—
»¡Ah padre mio! ¡Qué insoportable peso hé dejado á la puerta del cláustro! ¡Qué deliciosa paz restaura mi ánimo y me permite sentimientos de inefable dulzura! Os escribo de rodillas ante mi reclinatorio; en una retirada celda; rodeada de una sencillez que escluye todo lo superfluo á la vida de la perfeccion; teniendo presente al esposo elegido por impulso de mi alma, pendiente de la cruz en holocausto por la humanidad.....»

Cárlos se levantó súbitamente y abrazó llorando á su muger.

Blanca le estrechó con apasionada ternura, y posando la faz en su hombro con abandono adorable le dijo con voz melodiosa:

—¡Valor, amigo mio! Eres padre. Tu hijo ha palpitado por dos veces en mis entrañas.

EPILOGO.

I.

El gacetero, Morand, delicia del pueblo inglés, y celebridad de Londres, publicaba en 1784, en el número correspondiente á la primera semana del mes de abril, un artículo intitulado »*Misiones al Asia*,» cuyo testo nos interesa trasladar, como noticia relativa á un personaje de nuestra leyenda, demasiado importante y simpático para que le releguemos al olvido. Hé aquí la nota del famoso gacetero:

»La Europa, ahora como siempre, olvida por sus miserables luchas, sustentadas por el vicio que se llama »pomposamente *orgullo nacional*, que depositaria á su vez de la civilizacion, y enemiga por tanto de la barbarie, tiene contraído ante Dios y los hombres el compromiso ineludible de abrir ancha vía al progreso de la humanidad; haciendo ineficaces los conatos del mundo bárbaro por resistir al triunfo de la cultura. Mientras se organizan expediciones para tentar el paso por entre las nieves de Bering, y el baillío Suffren, y el almirante Ulloa fijan las bases del rumbo marítimo, nada se emprende, nada se intenta en favor de los emisarios del Evangelio en las regiones del Asia y del África, y los gobiernos dejan á los sacerdotes de las comuniones varias en que se divide el cristianismo, proyectarla catequizacion de infieles sin condiciones de seguridad personal; si quiera las que imponen el respeto á las hordas sémi-salvages por la esperiencia de ese vigor de las ra-

»zas privilegiadas de nuestro continente. En esos pueblos
 »desafortunados hay creyentes en Jesucristo, hermanos
 »nuestros, que reclaman la proteccion de las grandes
 »potencias de Europa; que tienen razon en demandar que
 »se escude su rito con las bases del derecho público que
 »amparan las transacciones mercantiles; que desean pa-
 »ra el ministro de su creencia la propia inviolabilidad
 »que se procura á los empleados de una factoria; que per-
 »severan hasta el martirio en una fé que los inmola á la
 »crueldad de los tiranos ó á la saña de fanática muche-
 »dumbre, sin que amague con su enojo la Europa á sus
 »inhumanos sacrificadores, ni parezca recordar la triste
 »suerte que un dia y otro dia cabe á esos mártires, desco-
 »nocidos por los habitantes del Occidente, tan celosos por
 »otra parte de estender su tráfico al abrigo de estipula-
 »ciones ó á la sombra de su artillería.—Hombres consa-
 »grados al servicio de la causa evangélica arrostran, sin
 »desmayar por terribles contrariedades, los riesgos inhe-
 »rentes á la cura de almas en el Japon ó en Tripoli; y sin
 »otras armas que la persuasion adscriben á la Iglesia á los
 »sectarios de *Brhama* ó á los creyentes en Mahoma, que
 »repugnan el fatalismo espantoso ó la brutalidad feroz de
 »ambas religiones. La Europa sabe el fruto que puede
 »recoger de que sus luces se difundan en remotas comar-
 »cas, y se radiquen sus intereses morales en fraternal co-
 »munidad con los de familias esparcidas por las diferen-
 »tes comparticiones del globo; pero ella que explotará la
 »idea con grande júbilo cuando entre en placentera rea-
 »lizacion, no aventura una negociacion diplomática, no
 »dispone un alarde de fuerza para poner coto á la periódica
 »matanza de misioneros y súbditos cristianos en las
 »naciones idólatras, y lleva su horrible egoísmo al pun-
 »to de posponerlo todo al pensamiento material de fran-
 »quear mercados á sus productos fabriles y favorecer la
 »importacion en tratados, que se conquistan con recata-
 »das bajezas, y elevando á Pluto sobre los derribados y
 »proscriptos altares de Dios.—Pero ¿qué digo? ¿No es la
 »misma Europa que desoyendo al Papa en los siglos XV

»y XVI, desconociendo el peligro de su situación, enredada en el dédalo de ambiciones y envidias monstruosas, permitió á los turcos amenazar á la cruz con los progresos inauditos de la media luna?... Yo sé demasiado, por desgracia, que estas reflexiones dejarán poca huella en el ánimo de los hombres políticos de nuestros días; porque en vez de gritar ¡*Dios lo quiere!* como los capitanes de la éra de Pedro el heremita, dicen como Luis Onceno de Francia: *el corazon es el enemigo de la cabeza.*—Partidario de lo que debe ser, yo acuso á lo que es de ingrato y cobarde: ingrato, porque paga con su indiferencia á quien pierde la vida en pró de sus legítimos y directos intereses: cobarde, porque carece de audacia para sostener que estima inútil la base religiosa como elemento de asimilacion, y si la juzga útil no la sustenta poderosamente.»

»Después de las precedentes líneas vienen como prueba irrecusable de lo espuesto algunos párrafos de cierta carta, escrita á un negociante de nuestra capital por el gefe de una factoría británica en la India, sobre cuyo espresivo contesto me permito llamar la atención de mis lectores. El período en cuestion dice así:—Tenemos alojado en el establecimiento de Bombay, al reverendo Butler, única ministro de la propaganda inglesa que ha conseguido escapar á la tremenda persecucion de los desapiadados anamitas, gracias á la proteccion de un mandarín, disidente secreto de la religion del Estado, y amigo de la civilizacion europea. Por él hemos sabido la série de incalculables tormentos en que perecieron sin desplegar sus lábios los reverendos Smith y Crammer, gefes de la piadosa espedicion, y el degüello de varios naturales del pais, en cuyo poder fueron encontrados ejemplares de la sagrada Biblia en el idioma de Anam, últimamente remesados por la infatigable sociedad bíblica de Oxford, impresos en la estenografía de su célebre universidad.—Habian precedido á nuestros predicadores buen número de misioneros católicos de diferentes paises, y aunque al principio aquellos mandarines

»vieron con indiferencia desdeñosa la llegada de los
 »monges latinos, se alarmaron extraordinariamente al no-
 »tar que no ceñían sus tareas á fortalecer el ánimo de
 »las familias cristianas, tratadas con vilipendio en el ter-
 »ritorio, sino que acrecían los creyentes, contándose en-
 »tre ellos personas de suposicion, y un mandato iracun-
 »do del emperador en odio de las misiones dió la señal
 »de una carnicería horrenda, cuyos detalles sublevan el
 »espíritu y estremecen de indignacion.—Los presiden-
 »tes de las misiones francesa, española é italiana fueron
 »las primeras víctimas del encono idólatra, y el abate
 »Denisard, Fray José de las Casas y Fray Andrea de
 »Castellamare perecieron en la hoguera, lacerados sus
 »cuerpos por azotes, quemaduras y mutilaciones bárba-
 »ras, entonando el *Tedeum* y desafiando con su heroica
 »constancia el sanguinario furor de aquellos verdugos.—
 »Nuestros ministros anglicanos dieron principio á su
 »obra poco después, y no tardaron en experimentar idé-
 »nticas consecuencias de su celo apostólico.—¿Merecen es-
 »tos adalides de la civilización el desamparo vergonzoso
 »de la Europa?»

II.

El embajador de Francia en la córte pontificia comu-
 nicaba con fecha 30 de mayo de 1785 al gobierno
 de S. M. Cristianísima Luis XVI una memoria extensa,
 respectiva al concurso artístico y exposicion de obras de los
 jóvenes, pensionados en la metrópoli del catolicismo por
 la munificencia soberana. Despues de razonamientos jui-
 ciosos acerca de los horizontes que abrian al génio de los
 alumnos el estudio del arte antiguo y los adelantos del
 gusto contemporáneo, el embajador entraba en reseñas
 personales, y marcada con el número cuatro aparecia la
 que nos incumbe trasladar aquí fielmente.

NÚMERO 4:—*Javier Lapride, sordo-mudo, proceden-
 »te de la escuela privada, dirigida por los abates L'epée
 »y Siccard.—Primer premio de escultura.*—Este desa-

»fortunado jóven obtuvo el accesit de escultura en la
 »Academia real de artes de París, y quedó comprendido
 »en el número de pensionados por decreto de V. M. de 15
 »de setiembre de 1783; viniendo á Roma con los demás
 »discípulos de la escuela de San Lúcas, donde ingresó en
 »la clase del ilustre profesor Giordani; ganando el pri-
 »mer puesto en los primeros exámenes de semestre. En
 »el verano siguiente enfermó de ictericia, llegando á
 »desesperar los facultativos de su curacion; pero una evo-
 »lucion feliz de su naturaleza le salvó inopinadamente,
 »siendo necesario que se le fijaran horas de estudio, pro-
 »hibiéndole una aplicacion exagerada y bastante á minar
 »la salud mas robusta.—Los médicos afirman, Señor,
 »que este mancebo singular no llegará á sobreponerse á
 »una melancolía incurable, que resiste pertinaz á toda
 »tentativa de consuelo, y el maestro Giordani publica
 »que en treinta años de enseñanza no ha conocido mejo-
 »res disposiciones ni inspiracion mas valiente.—Adjun-
 »tos son los modelos que le han valido la medalla de oro
 »y el primer rango entre sus condiscípulos. El busto del
 »señor abate de L'épée es admirable como retrato y como
 »figura de estudio. La Santa Cristina ha merecido una
 »ovacion general en los salones de la exhibicion en la
 »academia, y nada mas grandioso y terrible que su es-
 »tatuá gigantesca del *dolor en silencio*, verdadero poema
 »del cincel.»

III.

Es un triste edificio la *Morgue*: depósito en París de
 los muertos que nadie conoce en la populosa capital;
 bien hayan perecido á mano airada, víctimas de un sú-
 bito y mortal accidente, ó lo que es mas desolador y co-
 mún, á impulsos de la desesperacion, de la demencia, ó
 de un conjunto de circunstancias, que solo Dios puede
 conocer y apreciar, y què la inteligencia del hombre
 persigue con vanas congeturas.

Yo no alcanzo á esplicar debidamente qué especie de

atracción despótica ejerce en los espíritus el espectáculo de las miserias y horrores que se resuelven en el asesinato, en las defunciones repentinas, en el suicidio y las catástrofes inesperadas; pero es lo cierto que la *Morgue* recibe la diaria visita de una multitud curiosa; distinguiéndose en ella á los extranjeros, ávidos de emociones, é interesados por las lúgubres escenas que se suceden sin cesar en aquel teatro de consternación y luto.

Porque en la *Morgue* vienen á parar, exhibidos en mesas de mármol, y numerados como objetos de venta en un almacén, los que ha hundido en la nada una mano alevosa; los que caen heridos por la explosión de una causa mortífera; los que sucumben á efecto de los accidentes de industrias, oficios, y terribles casualidades, y los que aconsejados por el demonio de la desesperación, ofuscados por un frenético arrebató, ó perseguidos por el torcedor insoportable de su conciencia se lanzan de la altura de sus ventanas á la calle como un fardo inútil, se asfixian con el humo del carbón, ó se precipitan en las ondas del Sena desde los puentes y malecones. Yá se exhala un grito de suprema angustia frente á este cadáver de un jugador, reconocido por su muger que temia á cada hora tan cruel resultado de la ruina, la rábia, y el terror á las perspectivas de un infamante porvenir. Yá es un padre anciano que encuentra á su hijo, despedazado por las ruedas de una máquina, y maldice un progreso que ha quitado á la fuerza bruta el obstáculo de la dirección inteligente. Yá es el triste suspiro del hombre que se halla en un lecho de piedra, estrellada contra el pavés de las calles en un acceso vertiginoso de odio contra sí misma, á la gentil y loca griseta con quien pasó una temporada bucólica dominical en los pintorescos alrededores de París.

Hoy, 13 de febrero de 1786, no hay mas que un caso de suicidio en la *Morgue*: una muger de apariencia bastante regular; desfigurada por los combates y fatigas de la asfixia por inmersión en el Sena; magullado el cráneo por el choque de su cabeza contra el fondo de un buque

al salir á la superficie en los esfuerzos de una espantosa agonía: llenos sus vestidos de ese légamo pestilente que deposita en los bancos de un río el curso de las mareas.

—¿Vos la conoceis, comadre Latouche? preguntaba cierto saboyano á una de esas viejas fúrias que no se pueden comprender separadas de esos otros cancerberos que tienen la desvergüenza de hacerse llamar *conserges*.

—¡Vaya! Es mi inquilina del tercer piso. Esto le habia de suceder tarde ó temprano, dijo la Euménide.

—¿Y por qué, señora? interrogó una muger del pueblo, abriéndose paso por el corrillo hasta acercarse á la que decia conocer á la difunta. ¿Sabe V. la historia de esa pobre criatura?

—Perfectamente, replicó la vieja contoneándose con gesto de importancia. Es nativa del Poitou, y vino á la capital por yo no sé qué escándalo amoroso; saliendo de su comprometida posicion, y poniéndose á servir.

—Historia de cien mil mugeres, interrumpió un viejo pecador con pretensiones de chusco.

—Estuvo en diferentes casas de fuste; porque era de muy buen palmito, y una lengua que... vamos; se explicaba como una niña de ringo-rango. Pero de pronto abandonó el puesto de camarera para entrar en relaciones con un alferez de guardias francesas, y vino luego un comisionista, y después...

—Historia de cien mil hombres, añadió el viejo verde con risa escéptica y burlona.

—Trataba con un relojero aleman cuando vino á mi casa, calle de los pequeños agustinos, número 36, y estaba en cinta; pero tan dengosa, tan exigente y tan llena de caprichos que mortificaban al señor Spawn, que mi Pierrot solia decirme al verla pasar por delante de nuestra garita, fruncido el labio, y aspirando pomitos de olor con aire de náuseas continuas:—«Fortunata, mi tesoro, mucho te amo; pero sí.....»

—¿La abandonó por fin el aleman? repuso impaciente un testigo de la escena.

—Hace dos días, y dos meses después de muerto al niño que le querían colgar por suyo; machacándole sin compasión para que se casara esa muger intolerable, visionaria, y capaz de aburrir al lucero del alba.

—El relojero tomó la del humo, é hizo bien, esclamó un hombre de aspecto brutal.

—¿Cómo se llamaba esa infeliz ¿preguntó un caballero de edad madura y distinguido porte.

—Ruperta David, respondió la comadre Latouche.

IV.

El día 23 de diciembre de 1789 había pasado en una mortal ansiedad para los dependientes y educandos de la escuela de sordo-mudos, establecida en París bajo la planta del ilustre abate de L'épée, y continuado su método por el celoso abate Siccard con una perseverancia digna de tan humanitario propósito.

A las doce de la mañana el insigne Carlos Miguelsalió del profundo sopor que embargaba su espíritu y su cuerpo, y abriendo desmesuradamente los ojos, y levantando la diestra, que tornó á caer sobre el embozo de su manta, vencida por el aniquilamiento de sus fuerzas vitales, murmuró con acento apenas inteligible:

—Javier.....¡Tú eres dichoso!...Vela por mí....junto á mi ángel de guarda.

El médico, llegado á los pocos minutos, le encontró sepultado en una letargia, precursora de la última y temida crisis; dudando que dilatara su vida mas allá de la media noche.

Poco antes de ocultarse enteramente en su ocaso el ástro del día el moribundo despertó de su letal somnolencia; y haciendo un esfuerzo infructuoso por incorporarse, la mirada alegre, la sonrisa en los lábios, exclamó con voz ronca:

—Espérame, Cristina.....Hija mia, ya te sigo....Un instante mas, y....

La sombra avanzó en el cuadrante, y el anciano cayó

de nuevo en la inmovilidad; apercibiéndose cada vez menos su respiracion, y allegándose callada la muerte á recoger un exíguo resto de vida.

El doctor vino al cerrar la noche, y administrados ya todos los sacramentos al agonizante en el dia anterior, retiróse manifestando que nada le quedaba que hacer.

Dos minutos antes de las doce dió un grito el enfermo que hizo al abate Siccard acercarse alarmado.

L'épée le estrechó la diestra; fijó sus ojos sin vista en su discípulo y sucesor, y solo pudo decirle:

—¡Pobres criaturas!....No los abandones.

—Os lo juro, padre mio, exclamó sollozando Siccard.

Entonces hubo un estremecimiento en el pecho del anciano: siguieron dos gemidos flébiles: una vaga sonrisa, y luégo la completa insensibilidad y el frio marmóreo del cuerpo sin alma.

—Señor, exclamó edificado el nuevo padre de los sordomudos, otorgadme un fin igual.

V.

Cárlos y Blanca.....

Pero ¿no os parece que estos personajes valen la pena de una historia especial, ligada al asunto ruidoso del robo de diamantes al joyero Bohemer, y á las primeras jornadas de la revolucion francesa?

Tened pues un poco de paciencia, lectores, y si Dios me concede el favor de la vida, y me continúa el auxilio de sus luces, un dia, para mí afortunado, os ofreceré con el título de «*Blanca de Bayard*» la continuacion de esta obra, que os habeis dignado acoger con tanta benevolencia como yo os la brindaba con inmejorable deseo.

FIN.



En el año de 1717 se fundó el Hospital de San Juan de Dios en esta ciudad de Mérida, Yucatán, por el Sr. Don Juan de Dios, Obispo de Yucatán, con el fin de atender a la asistencia de los enfermos de esta ciudad, y para el sustento de los religiosos que en él se establecieron. Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador.

Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador. Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador.

Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador. Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador.

Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador. Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador.

Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador. Este Hospital se fundó en el día 17 de Mayo de dicho año, y se le dio el nombre de San Juan de Dios, en honor de su fundador.



INDICE DE LOS CAPITULOS.

| PARTE PRIMERA. | Págs. | PARTE SEGUNDA. | Págs. |
|---|-------|---|-------|
| CAPÍTULO I.—Ángel y demonio | 7 | CAPÍTULO I.—Belle-ville | 243 |
| CAP. II.—El cómplice | 17 | CAP. II.—La marquesa de Belle-ville | 253 |
| CAP. III.—Franz Fabricius | 22 | CAP. III.—Blanca de Bayard | 260 |
| CAP. IV.—La rolina | 31 | CAP. IV.—Javier | 268 |
| CAP. V.—Bruselas á la luz de la luna | 42 | CAP. V.—Cárlos de Belle-ville | 278 |
| CAP. VI.—Dos pícaros á la luz de una vela | 51 | CAP. VI.—Una esplicacion | 288 |
| CAP. VII.—El dia feliz | 58 | CAP. VII.—Centauro | 298 |
| CAP. VIII.—Dos pícaros á la luz del dia | 69 | CAP. VIII.—El vértigo | 308 |
| CAP. IX.—Frente á frente y mano á mano | 78 | CAP. IX.—El doctor | 318 |
| CAP. X.—La cisterna seca | 85 | CAP. X.—Delirio | 325 |
| CAP. XI.—El gabinete | 94 | CAP. XI.—La convalecencia | 333 |
| CAP. XII.—Confidencias | 103 | CAP. XII.—Una espontaneidad | 343 |
| CAP. XIII.—La alcoba del señor Franz | 111 | CAP. XIII.—El encuentro | 351 |
| CAP. XIV.—Borrar la pista | 118 | CAP. XIV.—El hechicero | 359 |
| CAP. XV.—Golpe cruel | 123 | CAP. XV.—El té á la inglesa | 370 |
| CAP. XVI.—El foro | 132 | CAP. XVI.—Ruperta David | 383 |
| CAP. XVII.—El fiscal | 139 | CAP. XVII.—El libelo | 394 |
| CAP. XVIII.—La consulta | 148 | CAP. XVIII.—La cita | 405 |
| CAP. XIX.—Entrevistas | 156 | CAP. XIX.—La conferencia | 413 |
| CAP. XX.—Víctima y verdugo | 166 | CAP. XX.—Milano y paloma | 424 |
| CAP. XXI.—La acusacion | 177 | CAP. XXI.—Wálter Roche | 433 |
| CAP. XXII.—El mensajé | 188 | CAP. XXII.—Visita domiciliaria | 444 |
| CAP. XXIII.—El golpe de gracia | 198 | CAP. XXIII.—La revelacion | 456 |
| CAP. XXIV.—Dos cartas | 207 | CAP. XXIV.—Cristina Armand | 467 |
| CAP. XXV.—La del humo | 212 | CAP. XXV.—La Imperial Corona | 481 |
| CAP. XXVI.—El duelo | 221 | CAP. XXVI.—Hijo y madre | 494 |
| CAP. XXVII.—El favor de Dios | 226 | CAP. XXVII.—El asesino | 505 |
| CAP. XXVIII.—El favor del diablo | 236 | CAP. XXVIII.—El interrogatorio | 518 |
| | | PARTE TERCERA. | |
| | | CAPÍTULO I.—Giovanni | 333 |
| | | CAP. II.—Roma de noche | 544 |

| | <i>Págs.</i> | | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|---------------------------------------|--------------|
| CAP. III.—El rey del crimen | 561 | CAP. II.—Jaime Lutgen | 670 |
| CAP. IV.—A Dios y a la ventura | 578 | CAP. III.—El sueño | 679 |
| CAP. V.—Cara á cara | 585 | CAP. IV.—La indemnidad | 688 |
| CAP. VI.—La capilla | 601 | CAP. V.—Testamento de Fabri- | |
| CAP. VII.—Frá Andrea de Caste- | | cius | 696 |
| llamare | 612 | CAP. VI.—El condenado | 711 |
| CAP. VIII.—El acta | 625 | CAP. VII.—La última hora | 727 |
| CAP. IX.—El misionero en Bru- | | CAP. VIII.—Sesion solemne | 745 |
| selas | 636 | CAP. IX.—Amor y deber | 760 |
| CAP. X.—Libertad y honor | 647 | CAP. X.—La voz del claustro | 776 |
| | | Epílogo | 789 |
| PARTE CUARTA. | | | |
| CAPÍTULO I.—La serenata | 661 | | |

GUIA DE LÁMINAS.

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Portada | 3 |
| Cristina Armand | 60 |
| Rapto y robo | 116 |
| Wálter Roche | 210 |
| El abate L'epée | 252 |
| Carlos de Belle-ville | 364 |
| El interrogatorio | 528 |
| El rey del crimen | 572 |
| Frá Andrea de Castellamare | 662 |
| Sesion solemne | 723 |
| Amor y deber | 775 |
| Sor María de Jesús | 787 |

Obras del mismo autor.

- EL BRAZO DE DIOS.—Historia-novela española.
 LA SOCIEDAD DEL PUÑAL.—Novela histórica.
 CARLOS QUINTO.—Novela histórica.
 EL CANTOR DEL PUEBLO.—Leyendas, tradiciones y poesías.
 LA VENGANZA DE UN PLEBEYO.—Novela histórica.
 PAGINAS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA.—(De 1800 á 1840.)
 EL GUANTE DE LA NOBLEZA.—Ensayo dramático.

611731382
i 12172696

X940157089



